

ZAPIKIA Y NANTO
Novela histórica

Eudófilo Alvarez

ZAPIKIA Y NANTO
Novela histórica



2003

ZAPIKIA Y NANTO

Novela histórica

Eudófilo Alvarez

1ra. Edición: Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Telf.: 2562-633 / 2506-267
Fax: 2506-255 / 2506-267
Casilla: 17-12-719
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

Editor: Alfredo Costales e Instituto Ecuatoriano de Antropología

Autoedición: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-22-348-7

Impresión Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, octubre del 2003

ÍNDICE

Introducción	7
<i>Capítulo I</i>	
El confinamiento	51
<i>Capítulo II</i>	
El Esbirro.....	55
<i>Capítulo III</i>	
Los Andes	61
<i>Capítulo IV</i>	
Macas.....	67
<i>Capítulo V</i>	
El Sangay	75
<i>Capítulo VI</i>	
El Mariposero	93
<i>Capítulo VII</i>	
Hacia el Morona	101
<i>Capítulo VIII</i>	
La cueva del Tayu.....	107
<i>Capítulo IX</i>	
La fuente de la sal	133
<i>Capítulo X</i>	
Hacia el Tambachi	149
<i>Capítulo XI</i>	
La isla de yukuincha en el Miánza, Tihuiruma-Jea	187

<i>Capítulo XII</i>	
Las cautivas	231
<i>Capítulo XIII</i>	
La fuga	329
<i>Capítulo XIV</i>	
La isla de Jangarana	367
<i>Capítulo XV</i>	
Hacia el río de las Amazonas o Marañón	373
<i>Capítulo XVI</i>	
El ponco de Manseriche	383
<i>Capítulo XVII</i>	
Por el Santiago hacia antigua Logroño	389
<i>Capítulo XVIII</i>	
Macas la prisión	397
<i>Capítulo XIX</i>	
A la Campaña.....	409
<i>Capítulo XX</i>	
La fiesta de la tsantza.....	413
<i>Capítulo XXI</i>	
La caída de Tungura	453
<i>Capítulo XXII</i>	
El duelo. Conclusión	465
Apéndice	
Exactitud histórica, geográfica y etnográfica de la novela Zapikia y Nanto .	499
Vocabulario Jívaro	505

INTRODUCCIÓN

1. Apuntes sobre la literatura de aventuras en la selva

“Ji Píngara. Huino Píngara
Tienes unos lindos ojos; pero tu
boca es más linda que tus ojos.

Etza era para ellos como el dios
de los ríos, como el dios de las
selvas, y su voluntad había que acatar.

Nanto. Alta, delgada, pálida y a
diferencia del color bronceo
de Etza, aquella tiraba más bien
a blanco, pero un blanco pálido
como de un lindo color a marfil

Etza parecía un roble, Nanto parecía una palmera.
Etza era alta, muy alta, pero gruesa
como un matapalo; Nanto era
también alta, pero menos que Etza, y
era delgada.”

2. Esquemas históricos

Estos apuntes corresponden específicamente a tres géneros narrativos, parientes entre sí; el primero en 1.879 ofrece a **Cumandá** de Mera en el campo de la novelística; la cuasi novela de Vacas Galindo responde ingenuamente con **Nankijukima** a la aventurera que comienza su vida útil entre 1.892 – 1.894; **Zapikia** (Etza) y **Nanto** y **Sukanga**, las dos escritas entre 1.912 a 1.914 por Eudófilo Álvarez ; **Etza o Alma de la raza jívara** de Alejandro Ojeda que se publicó en 1.935. Entre estas novelas, cuasi novelas, el relato de viaje de Pierre (1.892) se hace presente con una fría exposición analítica al estudio antropológico de Karsten (1.916 –1.928), en dos etapas diferentes. La presencia de

esta expresión narrativa se manifiesta a finales del Siglo XIX, entre 1.870 y 1.899 coincidiendo con la irrupción del Liberalismo y el siglo XX, en sus tres primeras décadas logra consolidar la novela de aventuras en la selva con Vacas Galindo, Eudófilo Álvarez y Alejandro Ojeda, llegando a dejar una huella visible para la novela realista que vendría después.

De alguna manera las narraciones que mencionamos logran **desnudar a la cultura del selvícola**, mostrando al mundo blanco mestizo aquel esplendor etnográfico que había estado oculto por siglos que igual que las entrañas de la tierra tenía hasta ahora escondidas las minas de oro.

Todas ellas, con más o menos carga emocional y argumentos obedecían a claros antecedentes históricos que tuvieron lugar durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, con especiales características literarias que no calzan en la historia de la literatura ecuatoriana, por no habérselas conocido oportunamente las publicadas ya que sus ejemplares no estuvieron al alcance de los críticos y las otras por haber permanecido inéditas por casi cerca de un siglo.

3. Algo sobre los precursores

Hablar sobre los precursores de este tipo de producción literaria nos lleva a mencionar que las **tierras de misiones** cristianas, habían acuñado la frase **conversión de infieles**, a fin de legitimar con ello su presencia en aquella diversidad de grupos humanos de las selvas del río Amazonas y sus afluentes, particularmente los que descendían de los Andes ecuatoriales. De allí nacen, auspiciadas por las diferentes órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y los llamados presbíteros seculares (curas de montaña), llegándoles a denominar **operarios** que en tropillas más o menos numerosas, se desplazaban a las selvas con el fin de evangelizar a sus pobladores que vivían en la barbarie.

Estos **operarios o misioneros** de las diferentes órdenes religiosas, en sus permanentes entradas o salidas dependían de una u otra manera de los **guías, arrieros, porteadores, remeros, regatones, shiringueros** que oralmente difundían la presencia de los infieles con los que tenían tratos, siendo adentro los **ladinos** de las propias etnias que desempeñaban aquellos oficios.

Luego son los misioneros europeos de muchas nacionalidades, sujetos bien capacitados física y mentalmente los primeros en poner por escrito y luego en letras de molde las relaciones e informes sobre los diferentes grupos étnicos describiendo, con mucha objetividad, la geografía, hidrografía, la esplendorosa maraña verde de la selva, los recursos materiales y humanos y sus usos y costumbres.

Debemos los pocos o muchos conocimientos a los misioneros que establecidos en los **puestos o reducciones** vivían dispersos en los territorios orientales de la Real Audiencia de Quito.

Si ojeamos la historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español, 1.637 – 1.767, escrita por el P. Chantre y Herrera se comprueba, debidamente afianzada por las informaciones históricas y sociales que los verdaderos precursores estaban conformados por una pléyade de misioneros cuyos apuntes, cartas, relaciones, mapas, diarios de viaje, llegaron a despejar a su debido tiempo la incógnita de las desconocidas selvas amazónicas de la jurisdicción civil y eclesiástica de Quito.

De aquella época de audaces viajeros y exploradores son los Padres Samuel Fritz, Juan Lorenzo Lucero, Lucas de la Cueva, Maroni, Acuña, Figueroa y más importante aún, el Padre Juan Magnin (1.701 – 1.753) autor de la “**Descripción de la provincia de misiones de Maynas en el reino de Quito**”, obra “de evidentemente singular importancia y trascendencia histórica, escrita en el propio teatro de operaciones apostólico”, concebida “por quien fuera uno de los señalados protagonistas de la admirable empresa misionera” (1).

Las entradas y salidas de los Misioneros, de quienes les acompañaban como guías, arrieros, porteadores y taoneros, de época en época, permitió la divulgación, hecha a viva voz, de lo que habían visto por sí mismos en las selvas, sobre todo lo que hace referencia a usos, costumbres, lenguas, es decir los hechos más asequibles a su elemental formación y no pocas veces con marcada exageración. A ninguna de estas informaciones las podemos desechar por la especial calidad del informante y de las otras, las del alfabeto (misionero). Sin embargo nos incumbe eso sí, buscar y encontrar a los precursores de la narrativa, cuyo escenario geográfico y humano fue la selva de los jívaros, záparos y aguarunas.

Sin el deseo de recargar la tinta en el asunto, confesamos, con entera certeza, que la literatura en general y la narrativa en particular, la hicieron y la pusieron en práctica los misioneros de las diferentes órdenes religiosas y que la mayoría de los literatos de la época republicana conocían, en particular, los libros y apuntamientos misionales. Nos ha preocupado ahora y siempre la tarea de la **conversión** que llevó sin remedio a la **reducción**, cerco religioso en que cayeron sistemáticamente todos los grupos de selva, llegando a producir la **destribalización**, es decir la quiebra de las organizaciones sociales de los nativos y en particular su personalidad modal. El Padre Magnin, como buen suizo, empleando la austeridad en su narrativa, ayudó poderosamente a visualizar la selva y a entender los conceptos de los selvícolas, como vamos a comprobar en es-

te concretísimo esbozo etnográfico: “Esas son sus cosas en general, como también el pintarse de colores con achiote o de negro con jagua u otros sumos, cara, dientes, pies y manos común entre todos, pero en particular cada uno se diferencia en costumbres, en géneros, oficios y mantenimientos. Lábranse el cuerpo con varias señales endebles, con introducir polvos de copal quemando la estilan los Omaguas, pebas y ticunas. El aplastar la cabeza desde tiernos con tablitas que las atan a la frente, es de los omaguas o cocamas, persuadidos que la hermosura consiste en tener, como dicen, cara de luna, como así mismo raparse las cejas, es de los primeros hombres y mujeres, éstas para ver mejor el pescado y poder más fácilmente clavarlos en el agua o asaetearles desde la orilla” (2)

Su cohermano, el Padre Juan de Velasco, en nuestro caso, es analizado como el más firme y elegante de los precursores de la narrativa. Sus logros descriptivos, son verdaderas calcomanías multicolores que logran salirse del recuadro de sus páginas para ser admirados por sus lectores en toda su plenitud. Un solo trozo, conteniendo la descripción de un hecho histórico, a finales del siglo XVI, en la rebelión de los jívaros, da el significado de su presencia en la narrativa nacional, hecha y dicha en paisaje propio. En el tomo III de la Historia Moderna, estudiando el Gobierno de Macas, relata con pluma maestra la rebelión de los jívaros y la destrucción de la ciudad de Logroño de los Caballeros, oigámosle...” desnudaron (al gobernador) enteramente, y le ataron de pies y manos, y mientras unos se entretenían con él, haciéndole mil escarnios, y burlas, plantaron otros en el patio, una gran fragua, con todos los instrumentos necesarios de fundición que llevaron prevenidos, juntamente con todo el oro recogido por la nación. Estando ya este prevenido en los crisoles, le abrieron la boca con hueso, diciéndole que querían ver si alguna vez se saciaba de oro. Se le fueron echando poco a poco, hasta que le hicieron pasar con otro hueso, y reventando por el cruel martirio por las entrañas, levantaron todos la risa y la algazara” (3)

Además de una prosa elegante, tan elegante como el antiguo manteo de jesuita, destila un realismo que pocos cronistas de misiones lo habían logrado. Fiel a la tradición histórica fue uno de los primeros, en generoso acto de protesta, en defender a los jívaros y a su cultura contra muchos extranjeros que les habían tildado de “pusilánimes y cobardes”, absurdos calificativos que Velasco rebatió con altura, pero con la firmeza propia de un americano.

Hay fuerzas oscuras e intereses desnaturalizados que nos han impedido que muchos ecuatorianos lleguen a comprender al P. Juan de Velasco y su celeberrima Historia del Reyno de Quito, contra ella se ensañaron sin razón alguna tanto críticos como literatos, atribuyéndole con suma ligereza las características de novela y no las de Historia en rigor.

Primero Zaldumbide y después Carrión y otros supuestamente “grandes” de la época, grandes si en los imperdonables errores que cometieron contra la verdadera historia nacional, decían de la Historia del Reino de Quito que era como “la leyenda de Parsifal para los pueblos teutones de más allá del Rhin, como la Canción de Rolando para los franceses y el poema del Cid para los iberos” (4). Grande equivocación, equivocación de tal magnitud que aún hoy pesa sobre la verdad de la historia nacional y que ha contribuido grandemente a que se nos impusiera una historia peruanófila anulando nuestros verdaderos valores y la trascendente presencia de aquellos que verdaderamente nos precedieron.

Después de que el papa de las letras nacionales pontificara, escudándose en las mentiras de Marcos Jiménez de la Espada, titulado Americanista, y luego, escuchando la voz conservadora de Jacinto Jijón y Caamaño, nadie, ni monos ni serranos se atrevieron a contradecirle, aceptándose modosamente aquel criterio antojadizo dicho en pura lengua de castilla. Muchos años después, un inteligentísimo crítico, acaso sin leer siquiera la Historia de Velasco pero allanándose a lo dicho por Zaldumbide y Carrión, volvió a pontificar de un modo muy singular: “puede que el imaginativo jesuita sea más que el padre de la Historia, el padre de la novela en el Ecuador (Rojas, Ángel Felicísimo. Estudio sobre la novela ecuatoriana. Col. Ariel. Pág. 54). Advuértase que esto no lo decía por el imponderable estilo de Velasco, sino por su contenido histórico, según él, novelesco. Con esto reafirmaba lo que los ladinos criollos habían dicho en párrafo anterior que “el autor de la **discutidísima, pintoresca e ingenua** Historia del Reino de Quito, en muchos aspectos y a la luz de una **severa crítica** (?) histórica, verdadera obra novelesca” (Ob. Cit. Pág. 51). Tan connotado crítico desbarró con la misma desfachatez de los anteriores.

Velasco **narra** los hechos históricos con elegancia, dejando al margen lo novelesco que casi siempre es invención que caracteriza a este género. Sus críticos seguramente confundieron el término narrar, con obra novelesca, existiendo entre el uno y el otro término mucha distancia. Hasta ahora y según nosotros sabemos, nadie ha calificado de novelesco a Sarmiento de Gamboa, a Pedro Cieza de León, a Miguel Cabello y Balboa, incluso a Garcilazo de la Vega y más cronistas antiguos que tratan de los mismos temas históricos con una narrativa envidiable y maestra.

En este punto neurálgico de la historia nacional, a los ícaros que pensaron volar muy alto, se les derretieron las alas luego de una leve chamusquina del sol equinoccial. Y como en este mundo el pensamiento es libre, otros

críticos actuales llegaron a entender lo contrario de lo que dijeron Zaldumbide, Carrión y Rojas, desmintiéndoles de manera tajante.

Nosotros ya lo hicimos oportunamente unas décadas antes en el campo de la historia documentada, ya que nunca fungimos de tales y dejamos que hablen los críticos del anterior fin de siglo. ¡Qué bueno es escuchar el pensamiento de otros, dicho con buena fe!. Escuchémoslos.

La Historia del Reino de Quito, **“obra fundamental, cimient formidable de la cultura ecuatoriana” ... “obra maestra de la narrativa “Velasco nos fundó la Historia patria de este decisivo siglo XVII” Rodríguez Castelo, Hernán. Discurso de ingreso a la Academia de Historia. Boletín Bibliográfico. Distrito Metropolitano, Junio del 2.002. Número 1; Pag. 3**

Velasco narró sabia y prudentemente la Historia profunda del Reino de Quito con estilo tan fértil y elegante que los críticos literarios no han podido imitarle siquiera, en el mejor de los casos. Ojalá las nuevas generaciones dejen de lado los fanatismos, los dogmatismos y tengan el valor y la apertura mental suficientes para leer la Historia del Reino de Quito escrita por el ilustre Riobambeño. Un Oxforiano, por más señas, mal paisano de Jacinto Collaguaso, fungiendo de historiador, seguramente por no haber logrado concluir adecuadamente el análisis del liberalismo y su caudillo, en más de dos décadas, se ha atrevido con insolencia propia de la ignorancia a negar la veracidad de la Historia del Reino de Quito, base y sustento de la cultura matriz ecuatoriana.

En la antigüedad clásica, Sócrates nos había dicho que el único bien que hay en la vida del hombre es el conocimiento y así mismo el único mal es la ignorancia. Evitemos en lo posible no caer en el grito oscurecedor del mal, la ignorancia.

Velasco, a pesar de no haberse sujetado a las restricciones del método histórico, fue el suscitador indiscutible de una narrativa limpia, elegante, caudalosa, parecería haber conjugado en ella la totalidad de todo el torrente amazónico de aquellas aguas puras que recorren por todas las latitudes con el propósito de fecundar la tierra. Estas son las características de las tierras equinociales, a pesar de haber transcurrido casi un siglo, brindando sin egoísmos las frescuras de esas aguas que aplacaban cualquier sed literaria, sobre todo la narrativa tan apegada a las raíces ecuatorianas.

A mediados del siglo XIX, Modesto Larrea logra recaudar los originales de la historia para ser entregados al Abate José Dávalos. Intentaron publicarla en los Talleres Gráficos de Guayaquil, sin haber conseguido este propósito. El Dr. Abel Victoriano Brendin los llevó consigo a París con el propósito

de publicarlo, logrando hacerlo tan solo de unas páginas del tomo II, un tanto desfiguradas. Posteriormente, la Gaceta del Gobierno, No. 307, anunció su publicación por cuenta del Dr. Brandin, mediante una suscripción de 2 pesos por tomo.

Por fin se logró el propósito entre los años 1.841, 1.842 y 1.844, gracias a la iniciativa del Dr. Agustín Yerovi. La intelectualidad de aquel entonces lo recibió con entusiasmo aunque con alguna reserva, por razones que no entendemos. Pero de esta fuente bebieron los intelectuales con mucho interés. Después de una lectura adecuada, Mera, Vacas Galindo, Pierre, Álvarez, recibieron aquella benéfica influencia de conocimientos y estilo.

En el Tomo I de la Historia Natural resalta, en la parte final, otro mérito indiscutible. Indignado por las opiniones de filósofos y sabios del viejo Mundo, entre otros Robertson, Reynal, Paw, Marmontel y Buffon, sin el más mínimo complejo de inferioridad, replica y rebate los criterios erróneos de aquellos personajes que sólo conocían a América por referencia. El Abate Velasco se muestra ahí como el más lúcido defensor de los indígenas de América y por tanto su nombre debe estar junto a Niza, Jodoco Rickie, Las Casas, Motoline, el P. Morales, pensadores con una visión clarísima de lo que fue el Nuevo Mundo y sus gentes.

4. Jívaros y jivaráis desde la conquista a la República

4.1. Antecedentes

4.1.1. Siglos XVI, XVII Y XVIII

A pesar de la conquista guerrera hecha por los soldados y la pacífica de los misioneros, América seguía recibiendo la consideración de salvaje, particularmente la Amazonía que no había podido ser dominada a pesar de la ocupación. Era todavía necesario **convertir a los brutos en hombres y a los hombres en cristianos**, a fin de que sean sujetos dignos de la civilización occidental cristiana.

Desde el descubrimiento, la conquista y la colonización misionera (1.534 – 1.900) de las selvas amazónicas, hubo especial preocupación por establecer puestos de misión evangélica entre los **jívaros cortadores de cabezas**.

Para el análisis del período colonial, empleamos el término **histórico** para caracterizarle etnográficamente, porque el genérico **shuar** es moderno, a pesar de ser término lingüístico tan viejo como la etnia misma.

Apuntamos aquí, no por curiosidad, sino porque se trata de un análisis lingüístico de acuerdo a la opinión del Dr. Remigio Romero y León, sobre la graficación con V basado en este análisis: “**Aishamango** significa en lengua jívara un hombre, un individuo cualquiera de la especie; **apachi** ES UN EXTRANJERO y **shuar o shihuar** es un individuo de la tribu, un salvaje como ellos, un jívaro, de modo que al preguntarles quienes son ellos, contestan **shihuar**. Los antiguos escritores para representar en sonido equivalente a nuestra combinación SH se valían de la X que tenían en veces, el sonido de la J, y con posterioridad, llegó a sustituirse por la castellana; y así para significar el sonido **shihuar**, que se convirtió más tarde en **jiuar** y luego en jívaro dándole la terminación española” (5). En este caso tiene un doble mestizaje: el biológico entre la mujer india, surgiendo a la vida social y demográfico el **macabeo** y el del castellano y el **Xiuar** presente en el jívaro. Es evidente y así debemos admitir que en los dos casos hay una simbiosis.

El análisis, tal cual está presentado por autoridad lingüística, no sólo es original sino una verdad idiomática sabiamente expresada por el Dr. Romero y León que la hacemos nuestra por mil razones válidas. Jívaro, como ya indicamos en otro acápite, es un término de uso histórico, es decir una castellанизación y la deformación fonética de shihuar la generalizaron los lingüistas modernos como una verdad irrefutable. En este caso tanto la fonetización de los autores de las novelas y relatos de viaje del Siglo XVI, particularmente de los misioneros.

La primera entrada al territorio de los **jívaros** tuvo lugar en septiembre de 1.534, al mando de los Capitanes Díaz de Rojas y Díaz de Pineda, para establecer lo que llamaron los **asientos de minas**. A poco de ello hace su aparición el Capitán Diego de Torres en el año 1.538, sin resultado positivo alguno. Una nueva entrada de conquista a los Huamboyas y Macas la practica el Capitán de Conquista Rodrigo Núñez de Bonilla el 28 de Agosto de 1.540; por el mismo año lo que podría ser otra entrada la ejecuta Juan Rodríguez de Medina. En 1545 Rodrigo de Paz y Rodrigo de Ocampo penetran nuevamente a la región jívara sin haber logrado consolidar la conquista.

Así transcurre el tiempo que media entre 1.534 a 1.548, donde tuvieron lugar las que podríamos llamar entradas anónimas, con el propósito escondido de establecer los asientos de minas. (6)

Hernando de Benavente, esforzado y viejo soldado hacia 1.550, por primera vez ofrece la imagen geográfica y étnica de la “Conquista y reconocimiento de las provincias de Payra, Chamagoy, Chapico, Guallapa, JIVARO,

Cuyes y Sangorima”, en guazabaras sucesivas explora y ocupa parte del territorio de los tributarios del Morona, el Santiago, el Upano más la cordillera de Cutucú. Por esta hazaña recibió del Virrey del Perú las encomiendas de Macas y Huamboya, para perturbar cruelmente las *jívarías* del alto Morona y el Upano. Estuvo implicado en estos trajines Hernando de Barahona, pero no se sabe cuando y en qué lugar de aquellas selvas.

Cuando en verdad se consolida la conquista y ocupación del territorio de los *jívaros* o *xiuar* fue durante la gobernación de Juan Salinas de Loyola hacia 1.571; su sobrino Juan Salinas de Guinea funda la ciudad de **Nuestra Señora del Rosario en término de Macas**. Históricamente en ésta llegan a formarse las provincias de **Palliqui**, **Xivarolaguay** y **Guayama**. Hacia 1.556, Salinas de Loyola recibe la gobernación de **Yaguarzongo** (**corazón sangriento**) con una extensión de 200 leguas.

En aquel tiempo los capitanes de Salinas, entre otros José Villanueva Maldonado, tuvieron que enfrentarse en **Coropino** con el cacique blanco de apelativo **Ocarigua**, héroe de sangrientas guazabaras. Entre 1573 y 1.576 hacen **apuntamiento general de las encomiendas de Sevilla de Oro**. Después de estas entradas logran los capitanes de Salinas las fundaciones y encomiendas de los afluentes del Morona, el Palora, el Pastaza, el Santiago en su parte superior, dejando que las *jívarías* de las cuencas bajas continúen gozando de entera libertad. El denominado pie de montaña del Norte, desde Pastaza al Sur, en el Chinchipe, permitió el desarrollo minero y el poblamiento de villas y ciudades, creando una verdadera época de prosperidad.

En 1.599, por efecto de la explotación aurífera de los encomenderos, coaligados con los *jívaros* de Zamora, Logroño, Bilbao, Sevilla de Oro con los oyaricos serranos de Cañar y Azuay que trabajaban como **Curicamayos**, arremetieron todos a una, contra las prósperas fundaciones, encabezados por los caudillos o *ayumbas* : **Quirruba**, **Carapali** de los *jívaros* y de los *tecles* (jefes) oyaricos **Pincho** y **Chimbo**. A dos décadas y media de la conquista (1.534), para finalizar el siglo XVI (1.599) terminan con el esfuerzo civilizador de los blancos que habían logrado establecer en la ceja de selva antes señalada, la jurisdicción de Yaguarzongo.

“La rebelión de los *jívaros*, dicen los Esposos Costales en la Historia Colonial del Gobierno de Macas- tuvo efectos que perduraron varios siglos, causando un permanente distanciamiento de tan vasta región de la selva del resto de la Audiencia. En particular los *jívaros* y las *jívarías* dieron con audacia su grito de libertad, volviendo a disfrutar de autonomía étnica, casi hasta la república misma”(7).

4.1.2. Siglo XVII

El Siglo XVII encuentra al Oriente en su zona sur, en un estado de depresión, en tanto los jívaros y las jivarias gozaban a plenitud de aquella costosa libertad natural.

Pero el colonizador, hijo del conquistador, gracias a su necesidad vital, tardó menos en enterrar a sus muertos que en poner en pie las **entradas**. A partir de 1.600 y quizás mucho antes, los reducidos grupos humanos que lograron escapar con vida de la arremetida jívara, valiéndose del Auto proveído en 1.636, dictado por el Conde de Chichón que pedía a la Junta de Hacienda que asista al Capitán **Cristóbal de la Serna** “ para la pacificación y conquista de los indios jívaros” y “poblar una ciudad de cincuenta españoles, dentro del

Territorio de los jívaros”. El segundo antecedente era una tendencia natural que en este caso logró perdurar durante los Siglos XVII y XVIII, incluyendo todo el siglo XIX. Ahora la tendencia trata de la pacificación, concretándose el objetivo a encontrar las ruinas de las ciudades destruidas por los jívaros aquel trágico fin de siglo. Conociendo la petición de La Serna, **Pedro de la Cadena y Vaca**, se apresuró a demostrar que la conquista le pertenecía a él.

Así y todo, Sevilla de Oro vivía penosamente como una aldea por estar en “ la frontera de los Xívaros indios de guerra”. Constantemente las denominadas **armadillas de guerra**, con numerosas partidas de soldados, sea por Loja, Sevilla de Oro, Zamora y Macas intentaron durante el Siglo XVII domesticar a estos **bandidos de la selva**, sea mediante descamisadas sangrientas o por medio del EvÁngelio que pretendía ser para ellos, la panacea de la civilización. Todas, sin excepción alguna, terminaban en rotundos fracasos.

Entre tanto el jívaro atacaba constantemente a los centros poblados establecidos con no pocos sacrificios, sin dar tregua, tanto que la Real Audiencia se vio precisada a emplear los medios necesarios para domesticarle. Sevilla de Oro, Macas y la gran mayoría de los puestos de misión eran víctimas de los asaltos de los **ayumbas**, algo así como decir **cortadores de cabezas**. El siglo indicado transcurre en medio de una simpleza histórica tal, que nadie apunta y habla de los pobladores indígenas, sino como bandidos y verdugos que intentaban destruir todo. Las ciudades y pueblos han sido tragados de nuevo por la montaña feraz, sin dejar rastro alguno de su presencia. Fueron diez décadas perdidas para la conquista de los jívaros.

El apetito por el oro se acentúa entre los colonizadores de este siglo buscando sin descanso El Dorado nunca alcanzado. Una Cédula de 1.643 ordenaba asistir y favorecer al Corregidor de Loja y Zamora en la reducción de

los indios jívaros. Años más tarde en 1.676, el Gobernador de Quijos, Melchor Mármol trata de reducirles, pero en 1.679 se le niega la autorización.

4.1.3. Siglo XVIII.

Tan estéril como el anterior fue éste, respecto a la conquista y pacificación de los jívaros de la baja Amazonía, particularmente de los ríos Pastaza, Morona, Santiago, Cenepa y el Alto Marañón. Por una Cédula dictada el 10 de Julio de 1.720, se autorizaba el descubrimiento de la ciudad de Logroño. Entonces el Dr. Juan Bautista Sánchez de Orellana, Presbítero Oidor que fuera de la Real Audiencia de Quito, queriendo imitar las correrías realizadas contra los jívaros, por su padre, don Antonio Sánchez de Orellana que prestaba sus servicios para entonces como Gobernador y Capitán General del Marañón, hacía esta proposición, fundamentándose en lo que decían “ las tradiciones antiguas”, la cual fue rechazada por sus condiciones inauditas (Cedula del período comprendido entre 1.700 a 1.720). Ofreció el contingente de sus cuatro hermanos para la conquista, “la reducción de más de doscientas mil almas que tiraniza el demonio, casi a los ojos y a pesar del católico celo español”. Las capitulaciones que proponía, eran estas: la Presidencia y la Capitanía General de la Provincia de Quito; la asistencia de los cuatro hermanos, a Miguel Jerónimo con el grado de General, a Juan José con el mismo grado, a Nicolás con el grado de Coronel de conquista de la ciudad de Logroño; a todos una asignación de 2.000 pesos de oro cada año de por vida; para Pedro Javier el Señorío de un lugar que se ha de fundar con el nombre de Orellana que ha de ser hereditario para los demás marqueses de Solanda, con más el título mayor de las conquistas de Logroño. A esta propuesta la calificó el Rey de inaudita.

En buena hora que esto no sucedió, de otra manera la región de los jívaros se habría convertido en el **SEÑORÍO DE ORELLANA CON DERECHO A LA HERENCIA PERPETUA DE LOS SUCESORES**. Renació otra vez Logroño en la codicia de los Sánchez de Orellana, quienes no pudieron lograr sus fines por cuanto los jívaros fueron inconquistables en todos los tiempos.

Como los siglos que le precedieron, éste se caracterizó por lo que dieron en llamar **las entradas y correrías** a la vez, haciendo punto de partida a Macas. El Maese de Campo Ignacio de Montesdeoca por espacio de once años, entre 1.745 a 1.765, sirvió en las milicias de los **castillos presidios** haciendo permanentes correrías contra los infieles que continuamente atacaban a Macas. Se estableció una dura represión que detuvo el progreso de la región y se exacerbó la domesticación del jívaro quien llegó a odiar verdaderamente las cadenas que le ofrecía el blanco conquistador.

Por el informe que hiciera José Basabe, como Gobernador de Quijos en 1.745 se sabe “que el peligro de las invasiones de los infieles siguió siendo uno de los peores obstáculos para el desarrollo armónico de la región. Que debido al terror que despertaban aquellas gentes, fue el jívaro conocido bajo el nombre de ATCHUMBA y su lugar teniente QUENIETIS, ambos denominados así por los Macabeos” (8)

En 1.778 el Gobernador Hipólito Mendoza decía que Macas era una plaza de armas que para la fecha estaba desolada por ser frontera de infieles.

En 1.784 logra hacer una descripción del GOBIERNO DE MACAS Antonio Gortaire, gobernador de aquel partido, en donde observaba que el progreso de la región había sido nulo, pese a haber obtenido auge la producción de la canela y el tabaco que le llevaron a ser próspera factoría a finales del siglo.

4.1.4. Siglo XIX

Las tareas misionales que en el siglo XVI habían tenido preponderancia en el sector, se mantuvieron con poco o ningún efecto, tanto en el Siglo XVII como en el Siglo XVIII. La expulsión de los jesuitas significó para Maynas y las regiones aledañas una rémora irrecuperable.

En 1.801 se comunicaba a la Real Audiencia la suscripción de un tratado de paz y amistad hecho en Macas “entre las naciones infieles de Tutanangoza, Changaza, Yungoanoza, Ubipalas y Somatas a excepción de los Logroños”. Este tratado permitió un notable progreso en la región.

En 1.813 siendo Gobernador ANTONIO VENEGAS, aprovecha el tratado suscrito años antes, el mismo que le convirtió en uno de los mayores exploradores de la región de los Jívaros, particularmente del Santiago y del Pongo de Manseriche en el Alto Marañón. Después de la muerte de Venegas, con el nombramiento de factor de Macas de JOSÉ LÓPEZ MERINO el que toma a su cargo las exploraciones, concretamente la entrada a las jivaráas del Bajo Morona, entre los años 1.816 – 1.817, se inaugura una nueva época. López Merino en 1.819 escribe el texto de lo que se llamó EL PLAN, sobre las poblaciones de los infieles de la jurisdicción de Macas. Esta es una crónica de las postrimerías de la Colonia (1.819), en la que por primera vez se habla de la demografía de las Jivaráas con sus respectivas ubicaciones geográficas, inclusive agregando una ligera referencia del idioma y sus costumbres. López Merino, natural de Penipe, pueblo de los primeros exploradores del Oriente des-

de La Candelaria; en febrero de 1.819, preparó una exploración que le condujo a la **raya de Maynas**, acompañado del Capitán Gavino Ribadeneira. Dejó largo testimonio escrito de aquella expedición armada.

Por ese año, nace otra vez la codicia por el oro, codicia que sólo había estado aletargada. Se arman expediciones de Cuenca, de Loja (Zamora) y Macas con el propósito de dar con los vestigios de la famosa ciudad en ruinas de los indígenas, llamada Logroño de los Caballeros. Se destacó en aquella búsqueda el Franciscano JOSÉ ANTONIO PRIETO quien finalmente dio con los vestigios de aquella ciudad perdida, entregando el trazo de la misma en mapas y estampas.

Las cuatro primeras décadas del Siglo XIX son de intenso trajín, buscando las riquezas naturales para explotarlas, como fue el caso del algodón, el tabaco, la vainilla, la canela y su fragante flor, el ishpingo, la cera vegetal del copal. En el propósito de los nuevos capitanes de conquista constaba con gran expectación el descubrimiento de minas de oro y la máscara hipócrita de la evÁngelización de los xiuar o jívaros, quienes más aprecio tenían a la libertad que a la amistad de los **apachi**. Libres de España, gracias a la Independencia, las nuevas autoridades criollas se ocuparon de la exploración de aquellas regiones como el bajo Morona hasta el Marañón. En esta nueva tendencia apuntaban a la exploración y a la aventura; tenaces y valerosos fueron los Macabeos, naturales de Macas que desde tiempo atrás habían nacido de la unión del blanco con la jivara.

A mediados del Siglo XIX aparece, por casualidad política, en Macas, convertida en lugar de destierro el Coronel Víctor Proaño Carrión, quien con el tiempo abrió las puertas de las jivarías al mundo, apenas rebasando la década de 1.860. En calidad de desterrado político acometió aquella estupenda hazaña de recorrer los afluentes del Morona y del propio Morona Bajo, río densamente poblado de jivarías. Corría el año de 1.861 y gobernaba el ciclón de la política el Dr. Gabriel García Moreno.

4.1.5. Siglo XX

a) Aventureros, exploradores, misioneros, geógrafos y antropólogos

Como acabamos de ver, la mitad del Siglo XIX con las dos primeras décadas de la Colonia todavía, sacan a relucir el espíritu de aventura de los llamados **Nuevos capitanes de Conquista**, figurando de modo preferente Venegas, López Merino, Merizalde, Ribadeneira, inspirados en el alma de los ma-

cabeos y los frailes **Prieto y Morales** tratando de legitimar las expediciones con su presencia.

Todavía en esa época, salpicada de glorias, seguía siendo el motivo auténtico los jívaros y las jivarías. En aquel escenario geográfico e hidrográfico del Morona, el Upano, el Santiago (Canusa), el Chinchipe, el Cenepa y el Alto Marañón con los aguarunas, guambizas, antipas, grupos importantes de la familia etnolingüística jívara.

Al mediar el Siglo XIX, después de aparecer en el escenario de la política casera, muchas veces por efecto del confinamiento a Macas, entre 1.861-1.865, pone sus pies en territorio jívaro y más bien por fuerza de las circunstancias antes que por vocación, el entonces Coronel Víctor Proaño redescubre las jivarías del Morona, cosa que antes lo habían hecho los macabeos, recorriéndolas de arriba abajo en un formidable viaje de exploración. Luego llega a descubrir aquella vocación por la aventura, a la que añade las investigaciones geográficas e hidrológicas que poco o nada habían sido conocidas hasta entonces.

Poco después, cuando los jesuitas retornaban a las Misiones, los Padres Gaspar Tobía y Cáceres, retoman las tareas misionales en el Oriente, ofreciendo informes de los grupos de selva que antes habían sido del Gobierno de Maynas a cargo de los propios Jesuitas. Esto acontecía entre 1.888 hasta 1.892. Años antes, el párroco de Andoas Fray Manuel Catruchi Vernozzo, en un relato de viaje hecho a los territorios habitados por los záparos y jívaros de Pastaza, Napo y Bobonaza, entre los años 1.845 a 1.848, deja importantes informaciones etnográficas.

El ecuatoriano Manuel Villavicencio en 1.858 en la “Geografía del Ecuador”, trata con algún detenimiento sobre los grupos de selva, poniendo particular atención en los jívaros.

Un relato que llega al alma, por la valiente denuncia hecha contra los caucheros que cometían matanzas contra los pobladores del Alto Curaray es “El viaje de Exploración a las Tribus Salvajes del Ecuador”, escrita por el fraile dominicano Francisco Pierre en 1.889, relato que llegó a impresionar al mundo, conteniendo además algunas noticias sobre los cortadores de cabezas y los záparos siempre presentes en el Pastaza.

Todas estas informaciones dadas a la luz pública por sus autores despertaron interés en Europa y América del Norte, tanto que los especialistas, aventureros y misioneros penetraron agresivamente para conocer la maravilla de la etnografía de aquellos pueblos americanos.

Después de tres siglos, más una década y media, la historia fue acumulando tantos y tantos elementos culturales, geográficos y etnográficos sobre los jívaros que con entera facilidad lograron restituir el mundo cultural de estos formidables hijos de la selva del Santiago, el Morona y el Pastaza. Muchos han sido los esfuerzos modernos por restituir la compleja vida de esta parte del Oriente, pero nadie logró hacerlo por falta de investigaciones que lleguen a agrupar informaciones bibliográficas, parte en manuscritos inéditos o textos que habían quedado congelados en folletos, revistas, periódicos y aún libros con abundantísimo material etnográfico.

El Siglo XX no es la excepción y cuando se suscita el vacío, a mediados de la primera década, aparece un escritor, periodista e investigador de la región oriental y en ella, específicamente, la familia etnolingüística jívara, el Sr. Eudófilo Álvarez. Deja el periodismo ideológico – político, la Dirección de la Biblioteca Nacional, la Secretaría Privada al servicio del propio Alfaro que le ha permitido conocer las exploraciones, descubrimientos y aventuras del General Morona (General Víctor Proaño), apodo con una carga de ironía e irrespeto social con la que le tildaban sus enemigos. No contento con ello le conocían con aquel otro de COJO DE GALTE, por haber perdido una de las piernas en el combate sangriento del mismo nombre.

4.1.6. Primer cuarto de siglo XX.

a) Llegó la Antropología como ciencia del hombre

El aporte exterior de los estudios etnográficos llegó con **Rafael Karsten**, primero entre los años 1-916 – 1.919 y luego de 1.928 a 1.929. Una beca de la Universidad de Elsinfors del Gobierno de Finlandia, sirvió para el objeto que le permitió estudiar a profundidad algunos de los grupos de selva como el **Tsáchila** (Colorado), **Quichuas** del Bobonaza y los jívaros del Sur Oriente. El propio investigador se califica así mismo “**como etnólogo**”, para agregar luego la suerte de “**un pacífico explorador y viajero**”; los dos calificativos no fueron excluyentes en su especialidad sino complementarios, porque no habría podido llegar a los grupos de selva sino mediante el viaje y la exploración.

Los resultados de las minuciosas investigaciones con carácter antropológico los publicó en 1.935, con el título de la “**CULTURE OF JIBARO INDIANS**”, empleando la denominación histórica, con viejo antecedente temporo-espacial. La publicación en español, en dos tomos, fue hecha por el Banco Central y Abya Yala en 1.988; los traductores sustituyeron el término jíva-

ro por shuar sin razón ni motivo alguno. A ello nos referimos en otra parte de este análisis, acogiendo la explicación lingüística que dejara el Dr. Remigio Romero y León sobre el asunto.

Karsten por primera vez en el Ecuador, en su calidad de etnólogo utiliza los métodos de la Antropología Social, logrando dar el valor científico a su tarea mediante las dos vertientes que fluyen en su estudio, es decir los aspectos referentes a la cultura material y a la cultura espiritual, propios de la Antropología clásica.

La técnica empleada por el antropólogo fue la de la investigación directa participativa, aplicada mediante cuestionarios previamente elaborados. Karsten en los dos volúmenes que ocupa el producto de su investigación, la presenta con llaneza, comprobando una y otra vez el dato mediante informantes calificados, según el caso que aborda. Es muy amplio el universo de la investigación y no llega a agotar el tema habiendo empleado más de dos años en esta tarea. La consistencia es completa en todo su trabajo a pesar de que no logra una solidez histórica en base a una apropiada bibliografía sobre la materia. Este limitadísimo empleo de la bibliografía que ha sido abundante en todos los siglos, tanto en la conquista como en la colonización, la independencia y la república deja vacíos que podrían haber sido cubiertos en base a documentos de gran valía publicados e inéditos. Sin embargo en su ligero recuento bibliográfico menciona entre otros a Jijón y Caamaño, Reiss (1.880); los Misioneros Protestanes Frelanda y Olson (1.902 – 1.905), Osculati (1.859), curiosos viajeros y nada más.

No conoció las informaciones geográficas, históricas e hidrográficas que dejaron Proaño, Álvarez, Tufiño, aún frescas en la memoria de la gente. Karsten, así y todo, es el pionero en la investigación antropológica desconocida hasta entonces en nuestros lares.

Partió de una premisa base para la investigación, la observación directa, válida para entender a cabalidad su esfuerzo en tarea tan magna : “ Los jívaros -dice- han estado en contacto con los blancos por muchos siglos (contacto beligerante) y pese a los repetidos intentos realizados para civilizarles han sido capaces de mantener tanto su independencia política como la cultural “ (9). Eso y no otra cosa mantiene hasta el día de hoy la cultura, mientras otros grupos aledaños a éste se han extinguido o sólo han quedado registrados por la historia. El trabajo de este Antropólogo, escrito con madura reflexión contiene verdades científicas que son de gran interés hasta el momento actual.

5. Novelas, cuasi novelas, relatos de viaje, dramas inspirados en la cultura jívara

Partiendo de mediados del siglo XIX y principios del XX (primeras décadas) la producción literaria en los indicados géneros fue significativa.

La fama de valerosos, indomables, presencia de lengua, costumbres y aquella gran espiritualidad mal llamada salvaje, de los jívaros, inclusive la tzantza de sus rituales de guerra, despertó el interés en los escritores y literatos de los siglos XIX y XX. Vamos a citarlos en orden cronológico a fin de estudiarlos en forma breve : “ Cumandá “ de Mera; “ Viajes de exploración a las tribus salvajes del Ecuador “ de Francisco Pierre (1.892); “ Nankijukima” de Enrique Vacas Galindo (1.894); Zapikia y Nanto y Sukanga de Eudófilo Álvarez y “ Etza o Alma de la raza jívara “ de Alejandro Ojeda.

5.1. Cumandá

Cuando se trata de estudiar a Cumandá, después de haber transcurrido 123 años de su publicación, estamos obligados a hacerlo desde una triple perspectiva: **la social, la histórica y la estética** que en ella se complementan adecuadamente. En un siglo y cuarto (1.879 – 2.002) de haber visto la luz del sol la crítica de propios y extraños se redujo mezquinamente a lo estético en lo cual pesó una estimable carga ideológica.

a) EN LO SOCIAL. León Mera como hombre de cultura universal había advertido a tiempo, que las noticias que circulaban en el mundo exterior sobre los habitantes de la amazonía, concretamente de los jívaros eran del todo negativas: bárbaros, matadores de hombres, cortadores de cabezas, hechiceros, de brutales costumbres. Esto poco o ningún favor hacía al Ecuador. Mera como el más cabal y centrado indigenista quiso demostrar lo contrario y por ello se gestó en su mente Cumandá, como un verdadero reflejo del mundo de los indígenas del oriente, en este caso los jívaros. De este anhelo germinal nace Cumandá de la exuberante selva tropical de la mitad del mundo, con toda la brillantez del sol equinoccial, de principio a fin india, parida por esta tierra generosa.

b) Se conoce por su texto el fenómeno de las migraciones interregionales de los indígenas de la Sierra, cuando eran compelidos por las rebeliones a trasmontar la cordillera de los Andes. El fenómeno fue en la Colonia permanente y Mera reconoció este hecho en su novela. Intentaba, sin decirlo, el aco-

plamiento étnico entre los indios de la sierra y los selvícolas, en un claro fenómeno de solidaridad.

c) Demuestra también ser un auténtico indigenista y sociólogo. Cuando le acusan de no haber conocido las selvas, olvidaban el hecho de que él suplió el vacío, sobre todo en las épocas en que pasaba vacaciones en el pueblito de Baños (antiguo IPO), indagando a los arrieros y porteadores que entraban por esta puerta abierta al Oriente. Conoció y platicó con muchos de los Misioneros y porteadores que durante todo el año viajaban a Andoas y Canelos. En Ambato se honró con la amistad de los misioneros dominicanos y jesuitas, de ellos recibió las opiniones calificadas de la selvas y sus habitantes.

Vio con ojos ajenos lo que los suyos no pudieron ver por sí mismos. Debemos reparar, provistos de buena fe, que este hombre multifacético poeta, novelista, crítico, indigenista, escritor de elegías, era el dueño de grandes capacidades internas. Mera es en esta novela la voz del porteador indio, blanco o mestizo, la palabra del misionero y la suya propia, que luego de un sabio procesamiento creó la naturaleza y el paisaje precisos que rodearon a Cumaná. En todo caso, no fue únicamente la imaginación lo que da paso a esta obra, sino también la visión auténtica de los que le narraban sus experiencias de viajeros permanentes.

Por ello si es que los hay, tanto el error histórico como el etnográfico no invalidan sus estupendas descripciones vistas a través de los ojos ajenos. Tal vez por todos estos elementos conjugados dio paso a un estilo exquisito, paradisiaco, especie de cascada vestida de espumas que ha permanecido, desde entonces, con el velo blanco del ángel de la guarda.

El indigenismo reivindicador, en este caso sale a la luz, cuando demuestra que los llamados “salvajismo” y “barbarie” no son tales. El selvícola, ahora si destribalizado, como todo ser humano es un sujeto de grandes virtudes y defectos.

d) El ESCENARIO Y LA GEOGRAFÍA. El autor seleccionó adecuadamente el escenario y la geografía, para ello se valió de las informaciones de viaje de los misioneros y exploradores como Fernández Zeballos, bisabuelo del historiador Cevallos. Esta circunstancia lo llevó a entender aquel proceso de integración étnica que nadie había logrado percibir hasta aquel entonces, conformado de esta manera: **záparos, jívaros, gayes, simigayes** de Andoas con los quichua hablantes de Columbe y Guamote. Al leer con atención la novela de Mera se nota a las claras que él percibe sucesos que para los profanos no

tenían significación alguna. Mera actúa a la vez como indigenista, sociólogo y hasta etnógrafo por instinto natural. Ahora hay que leer y entender a Cumandá como debió leerse y entenderse durante todos los tiempos. Al respecto bien decía el novelista con modestia que no “debe menospreciarse ni desecharse un don de la naturaleza” (10)

La novela de Mera, menospreciada por la dulce ingenuidad del motivo gestor, mirada a través de la verdad, es a no dudarlo, el germen de la denuncia social que luego aparecería en las descarnadas expresiones del reclamo que había permanecido oculto por siglos en las entrañas mismas del pueblo ecuatoriano.

e) FUNDAMENTO HISTÓRICO. Mera como nato y severo investigador de los fenómenos sociales de su tiempo, incluso de las costumbres populares, presentes en el folclor, buscó afanosamente el fundamento histórico, tanto de la geografía como de los personajes de la novela. El sólo hecho de haber encontrado el material humano, entre los blancos, mestizos y los indios de las dos regiones, resultó una novedad en la novelística ecuatoriana de entonces. Antes de él nadie había logrado estampar en el papel un argumento en que los personajes pertenecieran a la más variada gama étnica.

Mientras Mera buscaba la solidez histórica para Cumandá, dio con una fuente primaria básica: la odisea de Isabel Grandmaison Bruno, perdida en las selvas de Bobonaza y el Pastaza, después de haber entrado por Baños hasta Canelos y finalmente a Andoas. El novelista por ser parte de una familia enterada de los hechos culturales que lograron hacer llorar a la Real Audiencia toda, llegó a conocer a fondo las peripecias de Godin, aventura que González Suárez la categoriza de una “invención novelesca más bien que versión histórica”. Viaje realizado por efecto de una increíble fidelidad y que debió indagarse por el propio Corregidor Fernández Zeballos de Ambato. Mera conoció al detalle el hecho que conmocionó a las colonias al mediar el Siglo XVIII. Igualmente tuvo en sus manos aquel “expediente sobre la pérdida de la familia de Don Pedro Grameson en la Provincia de Maynas”. El propio esposo de ella, Godin de Odonais, llegó a describir al detalle basado en el mismo, la odisea de la Grameson y los frailes ermitaños, sus hermanos...” Mi mujer – dice – había salido con una comitiva de treinta y dos indios que debían de cargarle a ella y todo su equipaje. Los indios que tenía madame Godin llegados que fueron a Canelos, se volvieron atrás ora por temor al ambiente maleado, ora de que se les obligaría a embarcarse cuando apenas habían visto de lejos una canoa. En la aldea no quedaban sino dos indios que se habían escapado del con-

tagio pero no tenían canoa. Prometieron fabricar una y conducirles a la Misión de Andoas, situada a 12 días de viaje, orillas del Bobonaza, distancia que puede volverse de 140 a 150 leguas; se les pagó de antemano y acabada la canoa, salieron todos de Canelos: a la mañana siguiente ambos indios había desaparecido”. Este episodio penoso estimuló la imaginación de Mera y comenzó a gestarse Cumandá que nacería en aquel escenario de la selva de la misión de los dominicos en Canelos y Andoas. En este primer punto están claros los antecedentes históricos de Cumandá.

La geografía, historia, etnografía, los padecimientos de la navegación en los ríos, el peligro que representaba la presencia de las jivarías y zaparías, los amores, los desencantos de la Grandmaison de Godin fueron, a la vez, el escenario de Cumandá que había venido al mundo de la tragedia hermosamente novelada por el ambateño. Godín y Cumandá habían sido hermanas de las circunstancias y la tragedia. Se ve que el hecho histórico de la colonia inspiró sus trabajos literarios, tan delicadamente concebidos. Aquellos veinte años de aventuras de la Godín en nuestras selvas inspiró a Julio Verne la Jongada o las 800 leguas de navegación a través del Amazonas.

Afanosamente buscó en la Real Audiencia otro hecho histórico compatible con el argumento y lo encontró a tiempo, en la rebelión indígena de Columbe y Guamote del 23 de Febrero de 1.803. Este movimiento pre – independentista fue protagonizado por el caudillo Julián Quito. En el encontró Mera tanto los personajes blancos como los indios. Igualmente la tradición oral que fuera la única fuente de conocimiento, estuvo presente en el argumento fundamental, mediante las relaciones hechas por su amigo Pedro Ignacio Lizarzaburu. La mayoría de los analistas y críticos equivocan el siglo y las fechas. En la cronología de las rebeliones indígenas del Siglo XVIII (1.790), no consta ninguna, según refieren equivocadamente respecto a Cumandá.

Por la declaración de testigos tomada en Columbe el 7 de Marzo de 1.803, treinta y dos en total, 14 españoles y 18 indígenas se sabe que fueron asesinados a golpe de palos, como el caso del Teniente Pedáneo Manuel Orozco, sus hermanos Ramón, Crisanto, Teresa la madre de los mismos y otros trece individuos en total. Primero refugiados en la iglesia, luego en el propio domicilio, a pesar de haber luchado bravamente por sus vidas, tuvo lugar este hecho que transcribimos: “...muchacha virgen (Teresa) de vida recogida y la pasearon una y otra vez por sobre los cadáveres de su madre y hermanos, y le dijeron que con ella sucedería lo mismo; que dicha Teresa hincada de rodillas y puestas las manos al cielo les clamaba le perdonara la vida, que les protestaba no poner nunca más los pies en Columbe y condenaría voluntariamente

entrar al Monasterio de las Monjas en Riobamba... los indios a pesar de sus ofrecimientos no le creyeron, no querían dejar rastros de la familia... y poniendo la cabeza sobre una piedra le descargaron fuertes palos quedando esa lastimosa víctima con las manos puestas del mismo modo que se entregó con vida a la crueldad de los indios” (11). Los autores de aquel bárbaro ajusticiamiento fueron Rafael Pathalo y Pedro Carapuma, después ahorcados en la plaza de Columbe. Se sabe por el documento transcrito a la letra que los indios acabaron con todos los componentes de la familia Orozco de Columbe, quedando en las haciendas los demás parientes, quienes también fueron víctimas del alzamiento, consiguiendo parte de ellos, escapar con vida, no así una tierna niña que su **nuño** (nodriza) se llevó consigo a la montaña, según lo confirma la tradición oral. Para los trabajos de Mera, nada estaba al azar o a la contingencia, tal como ya lo dijimos, pues el investigaba, preguntaba y se documentaba cuando era necesario, dando a su esfuerzo la requerida credibilidad. Es poeta y no pocas veces el poeta devoto, el de las alegrías indígenas, el crítico profundo, severo, el folclorólogo, aunados en él en el empleo de todas las técnicas para la recuperación de los hechos sociales del pasado, porque era necesario. En su novela y en sus cuentos trabajó con la misma severidad y lucidez mental, tanto que ninguna de sus obras ha perdido la claridad y el dominio del lenguaje, ente vivo y personalidad que se modifican de siglo en siglo. Su apego al hecho histórico, inclusive para crear sucesos, darle giros más humanos, es evidente en todos sus escritos.

f) LA LUCIDEZ ESTÉTICA. Si como se dice, el estilo es la manera de escribir de un autor, el de León Mera, en “Cumandá”, es en verdad un punzón de oro que a medida que pasa el tiempo, ya pulido, brilla más, sin el favor ni la alabanza de los críticos. El autor de Cumandá, no movido por la vanidad, consideró de modo permanente el arte de escribir como valor esencial. Por eso su estilo, en todo lo que escribía, es trascendente e insuperable a pesar de los cambios sociales y las modas de las diferentes épocas.

Para el tiempo en que la salvajita llamada Cumandá salió a la luz pública (1.879), la crítica de los españoles Alarcón y Valera saludaron con verdadera admiración, y Pereda, el novelista de “Peñas Arriba” descubre “la valentía del dibujo y la brillantez del colorido” (Carta de Pereda 1.892), para agregar más abajo con admirable picardía : “si estuviera modelado por los troqueles de aquel romanticismo convencional y empalagoso de los Atalayas”. Los tres, Alarcón, Valera y Pereda fueron justos con este americano que no tuvo temor a dibujar con el pincel y la pluma a Cumandá.

La crítica nacional, igual saludó al autor, aunque su filiación política le condenaba, sin razón ni motivos válidos a la prescindencia en los análisis literarios. Posteriormente, a mediados del Siglo XX, Barrera decía que “Cumaná era la llamada más hermosa y más bien lograda del arte nacional, que se inspiraba en **motivos propios**”, por haber nacionalizado la literatura. Casi en iguales términos, con la elegancia de caballeros lo hacían Arias, Zaldumbide y otros. Rodríguez Castelo, agrega que el romanticismo de Mera se desenvuelve “entre europeizante e ingenuo de los héroes, su idilio, y peripecias contrasta con la pintura, casi realista, del marco geográfico y humano” (12)

6. Nankijukima y viaje de exploración a las tribus salvajes del Ecuador

Las dos, sin ser novelas, sino relatos de viaje en la selva, resultan gemelas en la temática, no en el estilo, menos en la etnografía. Las dos tienen intención misionera y religiosa. Los escenarios en el uno y otro caso, son las mismas selvas de los puestos de misión, donde actuaron como frailes misioneros, educados para evangelizar salvajes.

6.1. *Nankijukima*

Su autor fue el dominicano Enrique Vacas Galindo, natural de Cotacachi en Imbabura, nacido en 1.865. Igual que el P. Pierre, sale de la Misión de Canelos en 1.887, habiéndole tocado su tarea en Macas con el P. Francisco Lasplanes. El propio Vacas Galindo es quien en una carta escrita a Alfredo Coloma en 1.937 hace conocer el itinerario de sus aventuras evangélicas: “En Noviembre de 1.887 marché a la región oriental para dedicarme a la **evangelización de las tribus salvajes** y estudio especialmente la geografía de dicha región. Recorrí gran parte del sur de Macas y del Norte, hasta Pastaza y Canelos. Dejando la misión de Macas en 1.891 pasé a la de Canelos, me marché después a Andoas por el Bobonaza y de Andoas caminé hacia el Occidente hasta el río Macoma (Makuma) afluente del Morona. Bajé por el Pastaza al Marañón y fui al Guallaga, por el cual subí hasta Yurimaguas”. Justo allí traza el escenario geográfico e hidrográfico de Nankijukima que tanta admiración causara en la época más por las aventuras que por las informaciones etnográficas y sociales de los relatos de viaje.

Nankijukima, nombre de un héroe legendario de los jívaros que lleva lanza para el combate, costumbre bélica propia de los indios záparos o jívaros transferida a los quichuas de Canelos y el Puyo que lo llamaron **chonta pala**, es arrojar la lanza para hacer el mal. El librito – relato contiene algunos aspectos de la religión, usos y costumbres de los selvícolas del Oriente. Da la im-

presión que el término **salvaje** lo emplea de modo peyorativo y despectivo a la vez, propio de la técnica de los misioneros de cualquier nacionalidad de aquella época.

La narrativa es ágil, simple, sin las elegancias de una literatura pulida, a veces redactada como si se tratase de unas páginas del catecismo de la doctrina cristiana. No deja de describir las costumbres, guerras y los mitos que como misionero los recogió pero sin reconocer la obvia teología natural. Por no ser ni etnógrafo ni antropólogo se empeñó en profundizar en las maravillas de las culturas de los aborígenes. El cohermano y compañero de misión en Macas, el P. Francisco Laplanes se ocupó de la geografía, la hidrografía, los recursos naturales e incluso de los hechos históricos referentes a nuestros derechos territoriales. (13).

Los padres Lasplanes, Pierre y Vacas Galindo de los predicadores, por los mismos años (1.887 – 1.892) hicieron una trilogía de exploradores, movidos por los mismos fines religiosos de “evangelizar a los salvajes”

Nankijukima, relatos histórico – geográficos seminovelados y distribuidos en capítulos en los que sobresalen los usos y costumbres de los llamados **llucho aucas**, así conocidos por no haber sido bautizados, fue publicado en Ambato en 1.892 para reeditarlo en 1.894 en el **Industrial** del periodista artesano San Martín en fascículos, en el Número 84. Siempre o casi siempre encontró, según su propia expresión “jívaros feroces y záparos indolentes con los cuerpos pintarrajeados”. ¡Pobres salvajes vistos por los ojos de los misioneros!. Álvarez juzgaba a esta obra como “libro escrito sin arte pero con mucha verdad”.

7. Viaje de exploración a las tribus salvajes del Ecuador

Francisco Pierre, misionero dominico, de nacionalidad francesa, entró en calidad de tal a Macas, donde lo encontraba el P. Laplanes. A más de misionar a los infieles, era su especial preocupación la exploración de aquellas regiones ignotas, pobladas de salvajes, según expresa el título de la misma. Dio en una de sus entradas al Curaray con los Aucas y Záparos, río al que describe de esta manera: “... cae por una serie de cascadas del bosque montañoso de Llanganate (Llanganati) destrozando enormes rocas y arrastrando algunas veces un peñasco, que sus aguas han estado minando silenciosamente. Ábrese al través de la roca viva un profundo lecho entre las gigantescas murallas tapizadas de plantas trepadoras y coronadas de palmeras” (14). En el mismo texto escrito con adornado lenguaje, casi diríamos con señorial elegancia,

añade que este, el Curaray, era el **río de las lágrimas**, porque pudo ver en persona los inhumanos tratamientos que recibían de los shiringueros sus pobladores.

El viaje de Pierre trajo consigo una viril denuncia social que por entonces aterraba a las selvas amazónicas: el auge del caucho que llegó a empapar de sangre las cabeceras del Curaray en el Ecuador, desde donde se proveían de esclavos para su explotación, arrasando los poblados, particularmente de mujeres, ancianos y niños para llevarse a la sogá, sólo a los elementos activos. A estas alturas del tiempo denunciaba con voz firme la extinción de los **Aucas, Aushiris y Tagaires o Puca Chaquis (pies colorados)** conducidos a las plantaciones de la Casa Arana. Hizo saber al gobierno y a sus cohermanos aquella explotación inhumana, desde donde había salido el grito herido de La Vorágine de José Eustaquio Rivera. Pierre fue el primero en denunciar aquella barbarie.

Concretando la ubicación geográfica de las tribus refiere que “entre estas dos facciones de la tribu zápara y sobre la de una orilla del Curaray y del Napo, se encuentran los Aguashiria (Aucas)”, éstos, agrega con cierto temor “forman hordas terribles en extremo”. Relación elegantemente narrada, vio la primera luz en París en 1.889. Fue la obra, según lo creen algunos comentaristas una relación abrigada a la luz de sus propios conocimientos con exquisita pluma. Descripciones bien logradas del bosque, las cascadas que guardan colgadas de por vida los pensamientos de la selva.

Comienza su aventura misional por Archidona hasta el Puyo, haciendo su entrada por Papallacta para salir por la puerta grande del pueblo de Los Baños.

Un antecesor que se anticipó a los señalados misioneros fue Pedro Fernández Zeballos Correche, acompañado por los dominicanos Reyes, Noroña y Andocilla; dejó el **Diario de viaje en 1.775**, bajo el título de “La exploración de los Machutacas en el río Corino o Pastaza”. De aquel voluminoso expediente de los que fueron contrapartes los propios dominicanos (Siglo XVIII) se valieron Pierre, Laplanes y Vacas Galindo. La relación de Pierre, por tratarse de un buen explorador y penetrante observador está concebida en lenguaje florido, expositivo y lleno de metáforas que bien caen en ella corriendo torrentosas como el mismísimo Curaray. La claridad se evidencia en las descripciones que hace de los ríos y los abundosos e intrincados paisajes de la selva. Esta habilidad de hacer ver los paisajes de la selva, es propia sólo de los buenos narradores. Si comparamos con el estilo de Vacas Galindo, simple, doméstico, las diferencias entre uno y otro son palmarias. Pierre es un romántico exube-

rante, Vacas Galindo, práctico y directo. Con ellos termina el Siglo XIX en-
vuelto en sus exploraciones y aventuras.

8. Etza o alma de la raza jívara

Pocas, poquísimas informaciones tenemos sobre el perfil del escritor Alejandro Ojeda Vega a quien hizo figurar, en el campo de la novela, el Señor Isaac J. Barrera, en el Tomo IV de la Historia de la Literatura.

Entre los cargos públicos que desempeñó se sabe que entre 1.911 a 1.913 fue secretario y luego subrogante del Intendente General de Pastaza y Zamora y en los años 1.925 – 1.926, Gobernador de la Provincia Sur – Oriental. Esto nos permite afirmar que conoció la región oriental en diferentes años, durante los cuales logró acumular experiencias y conocimientos en torno a los pobladores de aquellas regiones selváticas. Producto de esta experiencia fue la elaboración y publicación de la novela **ETZA O ALMA DE LA RAZA JÍVARA**, que llegó a ver la luz pública en 1.935.

A la novelita la llamamos como hace Rojas con Nankijukima, **cuasi novela**, debido a su limitadísimo campo de acción técnico dentro de la narrativa ecuatoriana. Nadie sería capaz de negar la emotiva presencia de los aborígenes orientales dibujados por sus quince esquemas o capítulos del argumento central, tanto que José Santos Chocano después de haberlo leído decía que “**es de un gran colorido y a la vez de una gran intensidad**”, logrando eludir toda otra opinión.

Isaac Barrera nos pone sobre una pista, cuando se refiere a él en estos términos “Un hermano materno de Álvarez, Alejandro Ojeda, ha compuesto apreciables colecciones de poesías y escrito sobre diversos asuntos, con soltura de pluma y gran conocimiento de los temas que trata. Publicó otra novela de la selva, *Etza o alma de la raza indígena (Jívara)* en la que regresa al escenario que sirvió a Mera para su novela.” (15)

Barrera en este caso y en muchos otros, aparece excesivamente condescendiente, de suerte que su juicio queda sujeto a sospecha. Es casi seguro que los trabajos en el área de la narrativa de su medio hermano Álvarez los conoció a detalle, sobre todo la novela histórica que escribiera, creemos entre 1.912 a 1.914, con el título de **ZAPIKIA Y NANTO** que quedara inédita por haberle sobrevenido la muerte. Los originales debieron haber permanecido en poder de su madre o del mismo Ojeda, permitiendo que éste último le llegara a plagiar en sus temas e ideas en totalidad, convencido de que la novela del fallecido no iba a ser publicada, como en efecto así sucedió hasta el día de hoy.

Ojeda, desaprensivamente, utilizó las informaciones relativas al Oriente, en particular las de las jivarías, sus usos y costumbres y la lengua que en forma magistral estaba apuntada y descrita en la novela histórica. Inclusive los personajes, la geografía, la etnografía y muchos de los apelativos indígenas los transporta a su novela sin hacer referencia de su recopilador, su medio hermano Eudófilo Álvarez.

No es de sorprenderse que la lucha que tuviera lugar en la plaza de Macas entre **Mashu y Changachangasa** logra sólo cambiar el escenario y los personajes. La lucha que describe Ojeda entre **Cungusha y Etza** por el amor de **Noria**, la protagonista de la novela, una hermosa jivarita, emplea una ficción descabellada con la presencia de dos tigres. Queriendo maquillar ese error emplea antropónimos quichuas no existentes en territorio jívaro y hasta el personaje central se denomina Etza o Sol, igual, mal retrato de Zapikia de Álvarez, cuyo verdadero apelativo era Etza. La coincidencia, por decir lo menos, de los temas, resulta harto sospechosa.

La narración de Álvarez en Zapikia es caudalosa como el propio Morona y la de Ojeda esmirriada, sin agua propia, corriendo a escondidas en la selva como si se tratase de un topo queriendo esconder su vergüenza bajo tierra.

Sería necesario hacer una comparación cronológica de años y documentos válidos para un cotejamiento de fuentes, sean documentos o escritos contemporáneos, para tener en claro de todo lo que se apropia mañosamente el autor de Etza.

Sea cual fuese el resultado del cotejamiento, una investigación a profundidad de las obras de los dos medios hermanos carnales: novelistas, escritores y hombres públicos por igual, es de gran interés. **Zapikia y Nanto y Etza**, personajes de las novelas, son hermanos de la misma selva pero distintos en el hacer literario.

Rojas, severo crítico del arte de la novela, juzga con alguna condescendencia a Ojeda. “Etza, novela jívara, trata de penetrar en el medio selvático y primitivo a través de la creación novelesca” (16). Rojas, al igual que Barrera no estuvo enterado de lo que sucedía en este caso. Igual, ninguno de los dos conoció Zapikia y Nanto de Álvarez, debido a lo cual no emiten juicio alguno sobre esta novela, aliviando de alguna manera a la de Ojeda, por desconocimiento de la otra.

Ahora que se ha logrado publicar la novela de Álvarez, después de 76 años de su creación, ofrecemos la más clara evidencia de la falsificada Etza de Ojeda. ¡¡Ayer, hoy y siempre, el plagio de ideas o de textos debe llenar de vergüenza aún a los muertos!!

9. Eudófilo Alvarezz Vega

Mientras sustentaba una conferencia en la Universidad Central, con el auspicio de la Sociedad Jurídico – Literaria, el 24 de Abril de 1.917, acabó con él un ataque cerebral, conmocionando al mundo cultural de ese entonces, tanto que Calle, aquel que escribía con la **curarina** de su tintero – platillo en el Guante del mismo año, trazaba certera necrología : “envidio su muerte. Morir como él es acabar, como César quería, de modo rápido, fulminante, con las manos en la obra y no bien trazado todavía la página del último ensueño de esperanza y alegría : que es vivir agonizando en este arrastrar del cuerpo miserable, enfermo y adolorido, a la expectación de las gentes, lleno el corazón de infinita amargura, henchido de desaliento el espíritu, y sin ver por todos los horizontes de la penosa vida sino sombras, mientras la necesidad aguija y esclaviza empujándonos al trabajo aniquilador, y enseña el rencor sus dientes, a nuestro paso, y no hay alegría, un reposo, una ilusión en nuestro camino y la mente nos envuelve lentamente, angustiosamente de modo irreparable y seguro.”

¡Qué modo de escribir más profundo tenía el tuerto ¡parecía estar viendo con su sólo ojo, las profundidades inescrutables del ser humano. Por conocer, como conocía a Álvarez, dentro de su especial credo liberal, traza sus perfiles humanos con estupenda maestría, otro que no fuera él no lo habría logrado mejor. En pocas palabras descubre los desengaños, los sueños y padecimientos de quien era dueño de una fragilidad innata con una plena grandeza espiritual.

Le tocó la muerte fulminante a los 41 años, cuatro décadas y un año más del Siglo XX, dejó atrás en la penumbra al siglo anterior, durante el cual se había formado para recibir los primeros lauros de su formación cotidiana. Para el año de su muerte, el liberalismo, fuente de su formación académica, había logrado consolidarse penosamente pero en firme. El caudillo que lo introdujo había sido inmolado por las propias pasiones del militarismo liberal, por creerse dueño de esta patria que tanto había soñado en la libertad.

Eudófilo Álvarez Vega nace en la ciudad de Latacunga, llamada desde antiguo de San Vicente Mártir, en 1.876, inicio de la dictadura de Veintimilla al deponer al hombre de las leyes, sucesor del Dr. Gabriel García Moreno. Fueron sus padres Emiliano Álvarez que en esta convulsionada República se de-

sempañó como primer Jefe del Escuadrón Sagrado de la Restauración contra el capitán General, como diría el pueblo, **el mudo de los mudos**. Su madre fue una señora Vega del mismo vecindario de Latacunga.

Debió haber recibido las primeras letras de un preceptor privado o en alguna de las escuelas primarias establecidas en los Conventos de La Merced o San Agustín, por disposición del Gobierno. Cuando llegó a la adolescencia, a la que podríamos llamar educación media, con toda seguridad lo hizo en el Colegio Vicente León que la Municipalidad estableció en 1.840, con el patrimonio que dejó el filántropo de ese nombre.

Rafael Portilla, conociendo su juvenil talento, llegó a prohijarle y cuando aún no había llegado a madurar en el mundo de la cultura le llevó consigo a Europa. Al cuidado del Mecenas que al igual había sido para con Montalvo, el propio Alfaro y muchos otros, fue modelando sus talentos, aquella capacidad innata de Álvarez para entender las añeja cultura de Europa. En Francia sigue las huellas de Montalvo, conoce sus escritos y se maravilla de la gran capacidad literaria del Cosmopolita, trata de imitarle pero con su particular modo de ser. Portilla, hombre hábil para guiar talentos y voluntades, imbuje en su protegido las ideas del liberalismo, convirtiéndose en un aprovechado discípulo de la Revolución Francesa. En el viejo mundo, gama insuperable de culturas se llenó de maravillas espirituales y materiales y regresó al Ecuador rebosante del verbo revolucionario.

Cuando en 1.895 triunfa la revolución con el liderazgo de Alfaro, el propio Portilla le encamina a su país de origen, porque supone que Álvarez estaba listo para las tareas literarias y políticas. Apenas llega advierte que la oposición al liberalismo era tenaz y observa que el adversario no cede el paso.

Mira cautelosamente como lo oposición vivía de la cultura del panfleto, el folleto, la hoja suelta o volante, el periódico de combate, en ella se sumerge con habilidad y logra utilizar el mismo instrumento con no poca insolencia y valiéndose de ella fustiga severamente a los enemigos del liberalismo. Su hacer de polemista, el de la letra bien dicha, la frase pulida dentro de una sabia ironía con la que logra decir lo que se le ocurre. Diríamos nosotros: **a la curarina enemiga había que combatirla con la propia curarina** (*). Álvarez llega a dominar en tan buena forma la hoja volante que con su pequeña dimensión física logra decir todo, incluso lo que no debe, por prudencia.

Otra vez Calle que le seguía los pasos con curiosidad, con esa perspicacia muy suya, advierte a tiempo, esa habilidad y sutileza de emplear el panfleto; al enterarse de la historia, explica en una crónica del Guante de lo que era capaz Álvarez. Recordando de una hoja que circuló en Quito, firmada con

seudónimo, los resultados de indagación de aquella hoja...” Será Peralta... Será Moncayo, Andrade, Vela o La Pierre que así disfrazaban su modo de escribir ¿... imposible... No era ninguno de ellos... pero en qué están pensando ustedes ¿...No. Dijo alguien al inolvidable Gabriel Arsenio Ullauri, a Federico Malo y a mí: ...Si es un niño. Un chiquito noblemente protegido por Don Rafael Portilla, es quiteño (?) y se llama Eudófilo Álvarez “ Este chiquito débil, flaco, enfermizo, esmirriado, ante los problemas de la vida lograba agigantarse y su alma, torrente de energías, de fuerza, de valor, se extrapolaba al mundo con unas energías de volcán encendido, logrando todo lo que se proponía. Ingresó al gremio de los periodistas con energía propia y aunque por poco tiempo fue redactor principal del **Grito del Pueblo**. Bajo su cuidado fue un verdadero grito y lo que es más, del pueblo. En el periódico **El Pichincha** hizo chasquear muchas veces su látigo ideológico.

Álvarez con la fuerza de voluntad que le brotaba de la raíz misma del pueblo intentaba ponerse a la altura de Montalvo el polemista; tanto en la hoja suelta como en el periódico logró colocarse a su altura, con la medida de verdad del periodismo de la época.

Montalvo tuvo el privilegio de combatir a dos gigantes: a García Moreno y a Veintimilla. A Álvarez le faltó la talla de sus contendores para enterrarles en sus propias y singulares mediocridades de vieja tradición (16)

Imbuido como estaba del liberalismo, con el nuevo régimen del gobierno triunfante, después de una derrota calamitosa para los curuchupas, sabiendo de sus ejecutorias intelectuales, el nuevo régimen le nombró Director de la Biblioteca Nacional, ocupando aquel honroso sitio que había tenido el médico de los pobres a la vez duende de la libertad, el Dr. Santa Cruz y Espejo. Por poco tiempo estuvo en ella, porque Alfaro le requirió para el desempeño de la Secretaría privada, cosa que cumplió con mucho acierto. Álvarez entró a la vida pública con pie derecho. En la biblioteca tiene el tiempo necesario para escribir y pulir sus manuscritos.

Aprovecha de esta especial circunstancia para publicar en la Imprenta Nacional **Abelardo** (1.895) y más tarde en la imprenta Rápida las **Ocho Cartas Halladas** (1.897). Novelas las dos, con las que cobra relieve el singular género epistolar. El estilo es limpio con una bruma o dosis de romanticismo que el autor logró asimilar en Europa. Decíamos, también, que como Montalvo lucía espléndidamente la erudición, al encontrar el alma histórica de Europa en sus monumentos y en las piedras milenarias de sus castillos y edificaciones reales. Álvarez sabe como manejar la palabra en castellano, aunque no dejan de encontrarse algunos galicismos en la estructura de la frase. El arte, la cul-

tura en general, la literatura, la música, la historia, corren parejas y limpias por sus páginas, que en esta parte parecen haber sido escritas exclusivamente para una élite de la cultura urbana que para entonces soñaba con la grandeza del viejo mundo y en el romanticismo de Chateaubriand. Sus dos novelas fueron saludadas con entusiasmo por la crítica. Gallo Almeida, su paisano, en *Literatos ecuatorianos* decía que “su estilo animado y pintoresco ya ha sido aplaudido por Rubén Darío y Enrique Rodó” (17) se sumaron luego a los títulos indicados, *Cuentos y otras cosas* usando hábilmente motivos nacionales, logrando hacerlo con mucha claridad y un estilo criollo lleno de sabrosura literaria. Eudófilo Álvarez recogió, en 1.915, artículos y cuentos publicados en “El grito del pueblo” y “El Chimborazo” (Timoleón Coloma. *Cuentos Ecuatorianos del Siglo XIX*; pag. 15)

10. El humanista

Entre el desempeño administrativo, el periodismo y no pocas veces la hoja volante, se revela, poco a poco, el humanista, tratando temas de singular importancia. Como periodista aparece como severo analista de la política truculenta y amañada al insulto y a la mentira. Sin tratar de imitarse se imitó a sí mismo, mirándose en el espejo pulido de Montalvo, por eso llegó a ser: “escritor combativo, de profunda y honda raigambre liberal, de aquel liberalismo quijotesco diferenciado hoy por sus falsos adeptos”, decía refiriéndose a él Leonardo Barriga López. Y aunque el periodismo combativo tanto en la vertiente del liberalismo como del conservadorismo había logrado *amindalarse* (mindala es la mujer que vende en los catos y que tiene lengua larga) con la hipócrita mentira, con el procaz insulto, ha dejado en ambos casos un estilo que ya ha desaparecido con el correr de los tiempos. Como humanista no podía dejar sus pensamientos en aquella prensa de mil formas y tamaños y se refugió a más no poder, en algunas revistas literarias que habían logrado salvar a la cultura de una hecatombe segura. La Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, el Boletín Eclesiástico, La Ilustración Ecuatoriana pasan a exponer el humanismo en sus páginas que se le abrieron generosamente para sus colaboraciones. Dentro del esquema bibliográfico figuran estos títulos evidenciando sus vastos conocimientos humanísticos : Una obra maestra nacional o sea el dies irae en pintura (1.903); Ojeada sobre la Historia del Arte (1.904); Angoteros y Solano (1.904); Teatro Antiguo (1.906); Conferencia sobre el Modernismo (1.911); Jesús y Prometeo (1.911); La Belleza Física y la Belleza Moral en Grecia (1.911); Mi canelo (1.913); José Enrique Rodó (1.914); Los Andes

(1.917); La Historia superior al drama y a la novela (1.917). Los títulos muestran una variedad temática, signo de una sólida formación filosófica y literaria que tan aprovechadamente logró durante su estadía en Europa y particularmente en Francia.

Esta abundante miscelánea llegó a darle carácter de humanista con alma ecuatoriana tal que se ocupa del análisis folclórico del carnaval de Guaranda, especie de crónica documentada de las coplas que se cantaban en Guaranda con ese motivo. Integrar la bibliografía que transcribimos le ocupó el tiempo de una década y media logrando definir la vocación literaria de una pluma templada con fuego en Europa y que retornaba a la patria con ánimo redoblado. En los títulos se transparenta un estilo sencillo, explicativo, didáctico, cariñosamente elaborado para quienes leían. Se alejó a tiempo de las extravagancias de la ideología liberal deformada por el militarismo criollo y logró explayarse en las verdes pampas de la patria que seguía padeciendo de la intransigencia de la guerrilla curuchupa

En el espacio de algo más de una década, Eudófilo Álvarez, liberal protegido de Portilla, a partir de su llegada ha distribuido el tiempo entre el periodismo, la hoja volante, el cargo público, el artículo en revistas y sobre todo en largos y prolongados sueños azules. Su pluma incansable no ha logrado reposo: dos novelas largas, una corta, 19 ensayos e innumerables conferencias habían nacido a borbotones para finalizar el Siglo XIX y la primera década del recién nacido Siglo XX. Para el joven intelectual fueron años de trabajo intenso y producción fecunda; pocos intelectuales como él han logrado prestigio en el país y fuera de él entre el siglo que moría y aquel que nacía en una conjunción inesperada.

Sobre la persistente resistencia conservadora, el cambio ha sido posible, pese a la disputa canibalesca entre los propios liberales, la doctrina con ciertas limitaciones ha ido consolidándose, aunque nuestro personaje se ha situado justo en el ojo de la tormenta. Como el liberalismo nació del militarismo criollo, quienes se disputaban el poder a mordiscos sangrientos, así mismo llegaron a envolverse en rebeliones casi sin razón ni motivo.

11. El explorador y el aventurero

A pesar de su endeble complexión física, ganado enteramente por el tema orientalista y sus poblaciones indígenas, después de haber leído todas las informaciones civiles y misionales, llega a tener una idea completa de sus territorios ignotos y desconocidos.

Calle que le seguía las pisadas informa: “...Antójjale a don Eudófilo meterse a excursionista... y se va al Oriente; éntrase por selvas intrincadas, vadea ríos, bordea abismos y precipicios, pasa hambres y necesidades, corre peligros entre las tribus bárbaras y vuelve con un legajo de apuntamientos y notas bajo el brazo” (18). Hazaña de tanta magnitud sólo puede hacer un viril espíritu como el suyo con aquella reserva de valor extraordinario. Fue un milagro de su fuerza interna que, luego de tan largas y difíciles caminatas en la selva, “no se llevó el diablo al pobre Álvarez de débil complexión, flaco, enfermizo, esmirriado y para nada...” (19). Nadie puede haber hecho retrato tan real del personaje que llegó a dominar a la selva, a las gentes y a los peligros. Ganando tiempo, con el alma mágica de la selva, robustecido por sus aires, dominado por los paisajes y sobre todo embelesado por la etnografía de los jívaros, regresa entero y de pie. Cuando ha terminado con esfuerzo los viajes por el Curaray y otros ríos, a su retorno, asqueado de la política de ese entonces, se interna por meses en esa naturaleza virgen hasta saturarse, a tal punto que transpiraba al pronunciar sus palabras la clorofila de la selva.

En 1.912 – 1913, a tiempo, seguramente, por expresa petición suya, fue nombrado Jefe Político de Oriente con sede en Macas y desde allí, como el más avezado investigador hace amistad con alguno de los **macabeos** que aún vivían y habían acompañado a Proaño en sus viajes. Cumplidamente sigue las huellas del **capitio de los infieles** y, recogiendo la tradición oral, se informa de las hazañas del audaz explorador. Los macabeos, bravos montañeses, indios y blancos viejos, son para él los más efectivos conservadores de la tradición que llega a recoger fielmente en sus apuntes. Producto de esta paciente búsqueda es la novela histórica **Zapikia** y **Nanto**, el drama **Sukanga** y mil o más escritos que salieron de su pluma a raudales. Siendo Gobernador del Chimborazo funda y crea a la vez, la **Junta Orientalista** con el propósito de fomentar la viabilidad abriendo el camino de Riobamba, Guamote, Huamboya a Macas, un sueño largamente acariciado por la provincia. Convertido de la noche a la mañana por convicción en orientalista funda, sabiendo lo que hacía, el 12 de Julio de 1.914 la ciudad de Méndez e igualmente la parroquia Santiago sobre las ruinas de Logroño y para dejar testimonio de sus ideas y aspiraciones de visionario pertinaz deja informaciones científicas de la parte que lindaba de Riobamba y jurisdicción político – territorial y por esto, tomó como suya, aquella idea de dar salida al Atlántico con ferrocarril de trocha angosta que partiendo de Guayaquil por Riobamba, Guamote, el Hatillo, Macas, terminaría en **Puerto Proaño** en las cabeceras del Morona, sueño del Cojo de Galte. Dos son los informes científicos que dejó: “ **Informe de la Misión científica**

Tufiño – Álvarez” enviada por el gobierno a las regiones de Macas”. 1.912 e “Informe relativo al sur oriente, presentado por el Ministerio del ramo “. 1.913.

Luego de su inesperada muerte acaecida en 1.917, cuando aún poseía las fuerzas suficientes para otras exploraciones y ese enorme aliento de su pluma veterana en las lides de la cultura, demostrado en sus escritos más importantes tanto científicos como en la novelística, el drama y los cuentos, su obra se mantuvo relegada al olvido hasta ahora.

12. Zapikia y Nanto (Novela) Sukanga (Drama)

Por singular casualidad me tocó, durante mi adolescencia, leer por repetidas veces *Zapikia y Nanto*, la novela de Eudófilo Álvarez en uno de sus originales inéditos, obsequiado por él a mi padre, con quien mantuvo especial amistad. Así pues, lo que diga de ella lo diré en mi calidad de antropólogo y por haber tenido el privilegio de leerla con mucha delectación durante mi más temprana juventud.

Álvarez había oído vagamente de boca de sus parientes y amigos las exploraciones realizadas en el Oriente, de modo particular, en el alto y bajo Morona, sus afluentes, morada ancestral de una numerosa población jívara, hasta ese entonces desconocida e inconquistable. El tema le fascinó como ningún otro y comenzó desde los cargos públicos que detentaba a indagar y recuperar la bibliografía que la encontró numerosa en la Biblioteca Nacional.

Intrigado por la personalidad de Proaño, su coterráneo, entre otras cosas y por sus hazañas, hurgó además los Archivos de la Función Legislativa y logró obtener muchos de los informes, solicitudes y peticiones hechas por el propio Proaño Carrión. Mientras ejerció la dirección de la Biblioteca pudo por sí mismo recoger la información diseminada en los periódicos oficiales como “*El Nacional*” (1.865), “*El 8 de Septiembre*” (1.876), “*El Combate*” (1.883) “*Informe ante la Convención Nacional*” (1.884); “*La Gaceta del Ecuador*” (1.884) y muchos otros que logró recabar de los archivos de la Gobernación de Pichincha y Chimborazo, respectivamente.

Bien documentado, con el entorno preciso del personaje, aprovechó del nombramiento de Jefe Político del Oriente para seguir paso a paso las huellas del Capitio en la exploración y descubrimiento del Morona y sus jivarías; nada le detuvo, ni siquiera la flacura, endebles y delicadeza de su organismo para desafiar a la selva, allí más intrincada que en ningún otro sitio porque era dominio de los jívaros que lograron hasta entonces conservar bien la natura-

leza. Una vez en el escenario, emplea todos los recursos técnicos de la investigación. Conversa e indaga a los macabeos y jívaros sobre la personalidad del jefe blanco y cuando tiene listos sus apuntes y hallándose ejerciendo la Gobernación del Chimborazo entre 1.912 y 1.914, comienza a crear la gran novela que la va escribiendo poco a poco para no errar ni histórica ni geográficamente y por fin desde allí empieza a perfilarse nítidamente la figura del protagonista con todas sus virtudes y defectos. Nada resulta, por tanto artificioso; sus propios ojos, testigos idóneos de haber visto, para hablar de su naturaleza exuberante e igual de los personajes que emergen de las entrañas de la selva, como el *ivianche*, *atzúta* o *las ningüis* no disfrazados, eso si vestidos de americanos como eran ni más ni menos. Advertimos tanto en el argumento como en los personajes que están sostenidos por los conocimientos que tuvo por su especial cultura, sean estos blancos, macabeos o jívaros. Se siente como neblina espesa un aliento vital, seguramente recogido en Verne y Mayne que se anticiparon en las novelas de aventuras medio siglo atrás para influir en su narrativa de la misma índole, destacándose más todavía Emilio Salgari (1.862 – 1.911) que le dio esa tónica de imposibilidad en donde el ingenio vence a pesar de las adversidades. Salgari debió haber estimulado favorablemente la aventura de su mente cambiando en el uno y en el otro el escenario y los personajes. Así, según sabemos nace al mundo de las letras *Zapikia* y *Nanto* que permanece en el olvido más de ochenta años.

Novela que el mismo la llama histórica porque tanto la base del argumento como el personaje son históricos. La compuso en 22 capítulos y se tardó cerca de tres años, mientras desempeñaba la Gobernación de Chimborazo en la ciudad de Riobamba.

Los cinco primeros capítulos, desde el confinamiento (I) hasta el Sangay (V) ponen en evidencia el recorrido personal de la cordillera y sus páramos que los ve con los ojos abiertos del cuerpo y del alma, poniendo los pies en todos los pisos ecológicos de la ceja de la selva, describiéndolos sostenidamente, diríase sin bajar la pluma ante el páramo de poderosas raíces ancestrales, esos mil ojos de Dios hechos lagunas, dispersas en el erizado lomo de la cordillera oriental, para descender luego, hasta llegar a Macas, viejo poblado de siglos, en ese entonces convertido en insignificante aldehuela. Va poniendo sus pies en cada una de las huellas que dejó Proaño en aquel doloroso viaje de confinamiento, siguiendo la ruta del sol, tan vieja como el tiempo mismo. Ve el anochecer cuando se han apoderado las tinieblas de la luz, con los ojos desorbitados, contempla a esa boca de fuego llamado *volcán de Macas* por la

geografía, **Sangay** por los Macabeos e indios serranos y **Tungura** por los jívaros, explotando en un enorme hongo de candela para caer luego en parábolas de deforme cuerpo de fuego.

Ha comenzado la aventura, inclusive algo dice de la versátil política al describir al esbirro o empleado público en el Capítulo II con esa esencia de las tradiciones urbanas. A partir de ahí inicia la gran aventura, especie de epopeya nunca antes escrita., mediante las exploraciones seguidas en el Upano, posteriormente en el Santiago, con las consiguientes rectificaciones histórico – geográficas. De todos los ángulos subiendo o bajando en la bocana o fuera de ella, el Tungura parece un castillo encantado haciendo malabares con sus propias entrañas. Con gran habilidad se apropia del escenario de fuego, mediante estupendas descripciones cromáticas, tanto de los Andes, el Sangay y el Macas. El pie de montaña ha sido siempre propicio para dejar descabellados a los pajonales con el fin de entrar al trópico donde arden de impaciencia el río y la montaña.

El personaje central, Proaño, que ha sido confinado por García Moreno, el todo poderoso, en estos capítulos luce más bien como un explorador tratando de despejar incógnitas, antes que medir los complejos de la gente.

Matiza la dureza de la selva, hablando del encuentro casual con el Mariposero -Herr Séller- el que logra salvarle del feroz ataque de los **sainos o mundapaquis**, vulgarmente llamados puercos de monte.

A partir del capítulo VII, titulado **Hacia el Morona**, llamado el **Río de los Jívaros** por los exploradores de todos los tiempos, combina a la perfección la Geografía y la Historia, así como la Etnografía de sus pobladores que en los afluentes superiores tuvieron tradicionalmente sus fortalezas de guerra o **shuáronunos** los jívaros. Paulatinamente va creciendo el interés a medida que avanzan los capítulos, cuando describe con un realismo extraordinario **las tenebrosas cuevas de los tayos ubicadas al pie del Tayu Nainda**. El Capítulo VIII, sobre la cueva de los Tayu está lleno de encanto, todo arrancado de la tradición mestiza de los macabeos. Formaba parte importante del **Tayu Nainda...** cerro áspero de aspecto lúgubre que se levantaba en los abismos del impetuoso Aindikaimi... después de emoción tan fuerte recuerda que de la boca de Marcial Noguera brotaba raudo el cuento de **Tunduana y Kanura**, rebozando de noble ingenuidad selvática.

Esto querría decir que la primera referencia de la cueva de los tayos la encontramos a mediados del Siglo XIX en los apuntes geográficos de Proaño y luego en Zapikia y Nanto de Álvarez. En las fuentes de sal de **Mangosisa** empieza la **aventura del Capitio**, logrando conseguir amigos y enemigos entre los jívaros y con ellos asciende al abismal **Tambachi** mediante descripciones tan

realistas que hasta en la oscuridad logramos ver con los propios ojos de Proaño. Allí el **Tambachi**, parte de la cordillera de Cutucú; los grupos rivales se preparan afanosamente para la **méseta** o guerras tribales del alto y bajo Morona respectivamente.

En los citados capítulos muestra el novelista, sin ser geógrafo, escrutando con la mirada del jívaro los accidentes naturales de las estribaciones de la cordillera del Cutucú hasta en sus más ocultos rincones, llegando a penetrar en las cuchillas y abismos del **Tambachi**, el **Tayu Nainda** en sus formas, símbolos de la epopeya no descrita por la pluma sino por los ojos.

Sin ser etnógrafo, tanteando con los dedos del alma, permite al lector disfrutar de lo exquisito del **tarachi**, el **tayu ucunchi** y el **cungo**, este último hecho con las alas secas de la cantárida; muéstranos en su escribir ágil, pintoresco, lleno de cromatismos el colorido del **tendema** o **taguasamba** y cuantos objetos de la cultura material vio, palpó y sintió con su cuerpo y con su alma; se embriagó imaginariamente del **nijamanchi** y el **natema** en peleas míticas con **ivianchi**.

Sin ser un historiador buscó en la fluida oralidad de la gente, los sucesos del pasado. Sin ser lingüista, aprendió el golpe gutural del idioma, encontró los conceptos primigenios, la magia inimaginable de sus fonemas, palabras e ideas rehaciendo ese mundo único de aquellas tribus que aún no habían llegado a la escritura.

Sin ser pintor ni tener lienzos, pinturas y pinceles, con habilidad y paciencia, pintó todo aquello que se veía en la selva por una sola vez. Era si escritor de pluma galana que llegó a asimilar aquellas verdes maravillas de la selva, los ríos, las montañas y sus gentes, hijos de una cultura admirable que todavía vivía en un pasado esplendoroso, a pesar de la conquista.

No era zoólogo, sin embargo de sus páginas emergen, como por arte de magia la maravilla alada del gallo de la peña, el ventrílocuo trompetero **chihua**, el pingullero **kashicuyo**, el papagayo, los loros y pericos y mil aves de aquel paraíso perdido.

No era botánico y logró ver brotar de la foresta el chontaruro, el huambula, el pambil, el canelo, el ceibo, la vainilla y las mil y mil siluetas de los señoríos ancestrales del bosque. Gracias a una especial sensibilidad tropezó con toda clase de orquídeas sonriendo al sol en el estallido de colores. Con delicada mano logró recoger el mito de **Ipiaka** y **Súa** (achite y huito), el rojo y el negro de dos vegetales sagrados que en tocados fantásticos daban vida a las pinturas faciales y corporales, pigmento de los dioses que lograban dar personalidad al jívaro. En trozo cortísimo entrega el mito diciendo todo en lo po-

co. En el mito de Súa e Ipiak recuérdanos el autor que es la semilla, representada en color blanco – maíz que entra y sale en el surco terrígeno, cósmico e histórico. De allí aparece, de improviso, lo que podríamos llamar **dialéctica de los colores** en el rojo del fuego y el negro de las tinieblas, contrastes superiores para el alma del mundo jívaro. Álvarez entendió el fenómeno así y lo describe como un estudioso de la materia. Aquí aparece la habilidad de síntesis en los asuntos fundamentales del indígena de la amazonía. Con la misma raíz milenaria, enterrada como semilla luminosa aparecen el **tunduy**, el **huambo ekena**, medios de comunicación de la selva el uno y el otro un juego ritual hoy extinguido. El **achiote** y el **huito**, los dos, acentuando la belleza del grupo étnico, como parte de la semilla maravillosa de la naturaleza.

No era un sacerdote ni un brujo y sin embargo sus brujerías fueron embrujos que naciendo en el **soñadero** con el **natema** (**Ayahuasca**), la **cimacuya** y la **cantárida** le condujeron a los dulces sueños o a los mundos donde vivían las **Ningues**, **Atsúta** y **Ayuta** creadores y padres ancestrales de la cultura jívara plantados allí mismo en las selvas de cuyo embeleso las aguas, cascadas, remansos y ríos aún no despertaban en milenios.

En el capítulo X, titulado “Hacia el Tambachi”, el autor trata, con éxito, de lo que era capaz el espíritu bélico de los jívaros que siempre hacían su vida útil en torno a la lucha armada y a la guerra. Son imponentes los preparativos para los combates fluviales, para los cuales bajan flotillas de canoas y balsas ligeras, ágiles, desplazándose rápidamente impulsadas por los **remos** y **taonas** y luego, de repente hinchándose el río por un aluvión que baja veloz desde las naidas de arriba. Aquel aparato de guerra lo conducía **Nanki** en compañía del apachi Proaño y sus bravos macabeos. El escenario, el Makuma, que en aquella noche oscura, tenebrosa se le sentía por los mil ojos de las antorchas de copal encendidas para guiarse en la oscuridad. En ambas orillas las aguas chicoteaban furiosas en los peñascos, porque en esa parte el río corría encajonado y se lanzaban como en un chiflón ocasionado por el soplo de ivianchi. De repente, en tumbos sucesivos bajaba un griterío ensordecedor, acompañado por el ruido confuso de la lluvia que caía en la selva.

La descripción, vista a la luz de los rayos, centellas y los puntos luminosos de las antorchas la hace con feliz acierto, trasluciéndose los perfiles de las balsas, canoas y los caudillos que dirigen semejante temeridad de desafiar a la naturaleza, sobre el bamboleo macabro del río que baja rugiendo en su crecienta.

El interés de la aventura crece y en esa medida parece irse sumergiéndose en los abismos del Makuma. En la oscuridad, el aluvión y las aguas parecen

más terribles todavía. Sea en las orillas llenas de peñascales, sobre las balsas y las propias canoas **Tzerembo** y **Mashanda**, gracias al llamado del tunduy reciben la ayuda que les salva de la derrota segura. Combates de lanza con lanza, de flecha con flecha, cuerpo a cuerpo salpican aquellas escenas de terror y muerte a la vez. Atrincherados en los peñascales de las riveras se matan sin compasión y después de largo tiempo, logran desalojar a los enemigos de Nanki las valerosas fuerzas de Mashu. El obstáculo visto a medias, en la oscuridad es espeluznante, feroz porque la lucha parece protagonizada por el hombre y la naturaleza a la vez, sin contemplación alguna. Cuando **Mashu**, **Tayu** y **Mundapaki** trepan por las peñas a cantar victoria, sienten de improviso el contraataque de Nanki al toque del clarín y las balas de los macabeos de Proaño. La mortandad, de parte y parte es espantosa debida a la sorpresa. Este prodigio se debió a la vez, a la astucia de Nanki y la estrategia guerrera del apachi. Las descripciones de las escenas de guerra las hace con tal maestría que podrían figurar con luz propia en la antología del suspenso de las mejores novelas de aventura. Este enfrentamiento entre miles de jívaros llamado **Yangana Naínda**, por haber cortado tantas cabezas como muertos, aún se recordaba 50 años después en la tradición oral del Bajo Morona.

En el Capítulo XI (*Tinhuiruma –Jea*) el autor llega al clímax tanto dentro de la descripción, como en la pintura de los caracteres de los personajes, logrando con ellos hacer una monumental síntesis repartiendo los colores, las formas, inclusive el macabro espectáculo del corte de cabezas que luego llevaban en la punta de las lanzas. El peso del argumento está en ellos. De allí, de ellos, nace la gran aventura, donde el personaje central pierde a veces el protagonismo, por el bien manejado recurso de la novelística, su imagen surge desde la lejanía para corporeizar a los personajes femeninos del mundo jívaro.

Y a medida que surcan las aguas del Morona las escuadras vencedoras, van desfilando personajes como **Nanki**, **Tayu**, **Tinhuiruma**, **Tzerembo**, **Tungura**, **Intzakua**, el ser más poderoso, jefe del Morona Bajo, **Japayahuara** corpulento como un ceibo y feo como la roca del Tungura arrancada cuando recién nace el Pastaza. La versatilidad con que se maneja el describir uno a uno los personajes citados es de los mayores éxitos de la narrativa en aquella parte de la novela de aventuras; cada uno es sujeto que se diferencia por lo mismo trajinando por el río, ostentando la grandeza cultural, aún sobre las lanzas de guerra.

Como Proaño ha venido escuchando muchas veces el nombre de **Zapikia** la hija de **Tungura**, señor del Bajo Morona, pretendida de **Mashu** por lo que se había desencadenado la guerra tiñendo de sangre el alto **Tambachi** y

sus ríos, cada vez siente más curiosidad por conocerla, hasta que llega a hacerlo con el nombre auténtico de **Etza**, equivalente a Sol, encontrando en su porte físico de “**corpulenta estatura, curvas delicadas**” logrando llenarla de epítetos y galanterías por ser realmente una hermosa hija de la selva.

Luego se suceden capítulos de gran interés en los cuales conoce de la existencia de unas cautivas blancas raptadas por los jívaros del pueblo de La Barranca en el Perú. Mientras dura el calor de la narrativa, la aventura a menudo tropieza con lo repetitivo llegando a desteñir el esplendor inicial, hasta caer en una monotonía que logra, en los capítulos siguientes a recuperarse sostenidamente aunque persiste en su lánguido romanticismo.

En este capítulo conoce a **Nanto** a la que llamara en el colmo del entusiasmo “**la casta virgen del Chaymi**”, una mestiza, hija de la blanca Rosario e **Intzokua**, uno de los grandes Jefes del Bajo Morona. Este Capítulo XII es el más hermoso gracias a las descripciones etnográficas de las dos mujeres, bañado en romanticismo. En los dos capítulos que siguen (XII – XIII) al que acabamos de glosar, cuando el Bajo Morona se desparrama como una laguna tranquila, serena, llena de hermosura, hay descripciones insuperables. En tanto sus amigos Tinhuiruma, Intzakua y Tungura le persiguen implacablemente al punto que tienen lugar combates durante los cuales mueren algunos macabeos e incluso es herida mortalmente **Nanto** la mestiza hija de una de las cautivas que luego morirá aquejada por las heridas, dejando a Proaño en increíble desolación.

En este punto se destaca el feroz encuentro a lanza entre **Japayaura** y el cazador de tigres, el macabeo **Herrera Cevallos** defendiendo la vida de las cautivas y Proaño saliendo vencedor con la muerte de aquel legendario jefe de los jívaros del Morona.

Después de una descabellada fuga llena de aventuras río abajo, llega al Amazonas, atraviesa el pongo, logrando descripciones magistrales cuando se libra el río del estrangulamiento de la cordillera al romper impetuoso esa colosal garganta de rocas.

En el abismal pongo de Manseriche, se esmera, con escalofriante serenidad de lo que era el poder de las aguas convulsionadas con ese realismo salvaje y estremecedor. Con seguridad allí, de cara a los abismos, las rocas y la vorágine llegó a entender que el miedo, el terror, estaba haciendo de umbral a lo sublime. Frente a la ansiedad de la aventura cobran vida sus mejores páginas. De esos infinitos remolinos sale el protagonista aprendiendo el espanto, según el significado del topónimo en Quichua. Las figuras de Kiriko y Tangamash son como para pintar el alma de los abismos del pongo de Manseriche, especie de grito cordillerano repetido por el eco de la selva.

Sube por el Santiago llamado en jívaro **Kanusa** y luego el Ñamánsa (Paute) en busca de Logroño, la ciudad perdida del oro. Y cuando después de mil peripecias toman preso a Macas y lo guardan en prisión. Logra escapar a pedido de los macabeos a fin de conjurar el ataque e invasión de los Jívaros, cosa común para entonces. En ese intermedio no cesa el interés por la aventura y logra hacer in extenso la descripción de la fiesta de la **tzantza**, escenas etnográficas únicas vista con sus propios ojos y al detalle.

Ni Etza ni Nanto, en la novela, bajo la mirada del hombre blanco, han perdido las características de la mujer jívara, más bien conservan esa especial hermosura india adornada con los aderezos y vestidos que llega a describirlos con una fidelidad extraordinaria.

En Macas, durante el capítulo final se suscita el duelo entre dos gigantes de las selva: **Mashu** y **Chagachangasa**, rematando así el interés de la novela por mantener a través de casi todos los capítulos, a partir del V en completo suspenso tal como lo habrían hecho Salgari o Verne. Se agrega a la novela un apéndice histórico-geográfico y otro conteniendo un extenso vocabulario de la lengua jívara, seguramente el primero que se hizo en ese género.

La novela por si sola, como ya lo dijimos, es un trasunto de la historia, la geografía, la etnografía y la lingüística que constan diáfananamente en la redacción del texto general que luego se concreta en apéndices, a base de los cuales se llega a entender a Zapikía y Nanto como la novela de aventuras mejor escrita y concebida por ese narrador latacungeño. Entre la relación del viaje, la novela y la cuasi novela ésta, la de Álvarez, ocupa un sitio de honor que estuvo perdido por no haberse publicado hasta ahora.

El único juicio crítico emitido sobre ella lo encontramos en una carta escrita por el Deán de la catedral de Riobamba, Dr. Juan Félix Proaño, primo paterno del cojo de Galte, suscrita en Riobamba el 16 de febrero de 1.916 y la que destaca, entre otras cosas, lo más saliente de los méritos:

“El fondo y muchos pormenores de la novela son en verdad históricos. La obra puede calificarse de hidrográfica; por las noticias interesantes que contiene acerca de los afluentes del Morona, con especialidad el Makuma, fruto de las propias exploraciones. Las cualidades distinguidas del héroe de la novela no pudieron ser más fielmente retratadas... Puedo asegurar a usted, con pleno conocimiento de causa que el delirio trascendental de Proaño era abrir a esas poblaciones las puertas del oriente, no solo al comercio del mundo, sino principalmente a la civilización cristiana. Y así se demuestra en el último capítulo de su misma novela, **capítulo admirable que lo llamaré homérico**, cuando el tema llega a su postrer desenlace en la plaza de Macas, con el due-

lo imponente de tres capitanes jívaros, cual si fuese la pelea reñida de tres tigres en el fondo de la selva” (21).

Cuando hace llegar una de sus copias mecanografiadas al Dr. Proaño, el autor preparaba con mucho empeño la obra para enviarla a un concurso que por entonces debía tener lugar en la ciudad de Buenos Aires. Ignoramos cual fue el resultado.

Nosotros igual que el Dr. Proaño consideramos al Capítulo final de “Homérico”, por tratarse de una lucha a muerte entre gigantes de la jivaria del Morona: **Mashu y Changachangasa** con lo que logran poner punto final a esa aventura, donde aparece de cuerpo entero el pueblo más libre de América selvática, el jívaro. Este juicio autorizado por provenir de pluma severamente calificada por ser de un científico, historiador, poeta y dramaturgo es el único que conocemos y la nuestra pergeñada, sin ser autoridad en la materia, sirve de adecuado marco de referencia, para entender históricamente la época, los personajes: jívaros, macabeos y blancos que tomaron parte activa en este drama hasta ahora desconocidos por los egoísmos propios del olvido humano.

Zapikia y Nanto tiene un motivo histórico central y a pesar de ello es más un recuento etnográfico, explicado al detalle, tanto de la cultura material como espiritual del jívaro, presentado de cuerpo entero en la selva, su bellísimo escenario natural. Bien podría decirse que se trata de un libro de etnografía elegante y oportunamente escrito, gracias a la observación directa y personal del autor.

El ingrediente más poderoso de Zapikia y Nanto es la aventura hidrogeográfica en los ríos: Macuma, Chaimi, Morona, Amazonas, Pongo de Manseriche y el Kanusa (Santiago), escenarios cada uno más hermoso que otro, salvajes y llenos de rugidos y bravuras ancestrales.

Los personajes, al centro Proaño y sus heroicas descamisadas de macabeos, mitad blancos y la otra de india jivara o huamboya, apareciendo entre muchos otros antropónimos: Zabala, Noguera, Carvajal, Rivadeneira, Terán y de contraparte los poderosos jefes de los ríos y dentro de esa mezcla etno-demográfica, la graciosas y robusta Zapikia, perdiéndose en la ternura de Nanto, la mestiza cautiva.

Aquellas batallas, cruzando lanzas en combates cuerpo a cuerpo, sea en la tierra o en las aguas de los ríos, valiéndose de canoas son hoy, debemos confesarlo, lo más alucinante de las aventuras, cosa ni vista ni oída hasta que cobran vida en la novela, monumento escrito con pluma fluida en recuerdo y en memoria de los jívaros, hasta entonces los únicos dioses y señores de la selva y los ríos.

Se sustentan dentro del argumento, acciones valerosas de aquel mestizaje que logró consolidar fundamentalmente los caracteres de los personajes, respondiendo al exhaustivo análisis social indudablemente el primero que tuvo lugar en aquellas etnias.

Los que sorprende en la novela es su propia experiencia vivida una y otra vez, en aquel infierno verde de la Amazonía.

La filosofía de guerra aparecía de cuerpo entero en el himno jívaro de la *tzantza* en la que se oía a menudo decir: “**yo he nacido para morir matando**”; debido a esta especialísima expresión, por siglos la vida tribal estaba dedicada a la guerra ya en ella a la venganza. El propio Álvarez que les llegó a conocer tanto en aquel habitat debido a sus propias exploraciones manifiesta que “**los terribles jívaros, que están siempre ardientes de sangre humana y por más que la beben jamás se sacian**”, dando testimonio de aquella fiera histórica.

En base de esta razón étnica decíamos hacia 1.977 en el Tomo II de *La Nación Shuar*: “La cultura xívara, jívara, gíbara y cívvara según se escribía y pronunciaba la grafía por aquella época, conformó el grupo de selva más gravemente maltratado, depredado y castigado primero por los conquistadores y luego por los colonizadores. Su orgullo étnico, manejado hábilmente por los *ayumbas* o autoridades etnicas imposibilitó la **reducción** y evÁngelización, mediante las más enconadas *guazabaras* o guerrillas defensivas.

Nunca que sepa la historia, nación alguna de la Amazonía ofreció tan enconada resistencia a la conquista y su pueblo altivo, audaz, indomesticable fue demasadamente perseguido, aniquilado por el blanco, pero aún sus rezaños disminuidos lograron sobreponerse al cerco del etnocidio. Su valor inquebrantable es un vivo ejemplo de que la libertad puede aún en los grupos a los que desaprensivamente dominan los salvajes” (22)

Álvarez de Zapikia y Nanto advirtió el modo de ser particular de la nación jívara, por eso la novela retrata fielmente aquel orgullo en superlativo, describiendo las guerras tribales desatadas por esa venganza étnica, tratando de conservar su libertad milenaria, mucho antes de que fuera avasallado por el apachi extranjero y forastero.

Zapikia y Nanto nos recuerda en mucho a las guerras étnicas que tuvieron lugar entre mohicanos y hurones de los Estados Unidos y el Canadá, atizadas por ingleses y franceses, luego trasladadas por James Fernimore Cooper

a la novela “El último Mohicano”. Podríamos decir que la una y la otra se hermanan en la ventura para demostrar aquella etnicidad tradicional del indio de las Américas, para quien, la muerte en la guerra venía a ser la suprema gloria.

Finalmente en Zapikia y Nanto, no solamente se destacan los términos técnicos de la narrativa, sino aquel acervo científico múltiple complementado entre sí. Los 22 Capítulos, del primero al último, en cada caso, traen a lo largo de sus páginas en lo geográfico (topónimos), en los recursos naturales (los zoonimos y fitonimios) y en la historia social (antropónimos) exclusivos de la región selvática del Alto Amazonas, el Santiago, El Tigre, el Pastaza, el Morona más sus infinitos tributarios. A todo aquello hay que añadir el abundante vocabulario de la lengua jívara, quizá el primero recogido con su significado étnico y las abundantes salpicaduras macabeas regadas oportunamente, a lo largo del texto con sus propios matices. La novela está escrita con arte, aunque a veces peca de ingenua, tal vez transmitida por la propia cultura jívara que se ha mantenido aún en los umbrales del pasado y el presente a la vez.

Hay un acondicionamiento del castellano a la lengua indígena que le da ciertos matices poéticos únicos en este género de novelar mestizo de las primeras décadas del Siglo XX.

La novela de Álvarez lleva en su interior una riqueza no sólo de la geografía, la hidrografía, la etnografía y la historia de aquel entonces todavía vivos, ahora extinguidos, borrados, por lo mismo, única en su género no solo en el Ecuador sino en la América toda.

Sukanga. Extractando una parte de la temática general, este drama se resume a aquella **meséta** (guerra) que tuviera lugar en Macas, a donde llegó Sukanga con sus fuerzas de guerra. Sukanga figura en la época, junto a los dramas históricos **Quisquis**, **Condorazo** héroes de la historia antigua de los indios en aquel permanente batallar de las culturas. No llegamos a conocer el texto de la obra de Álvarez en género distinto ajeno a sus inclinaciones literarias. Supimos de él, por un análisis crítico hecho por Alfredo Costales Cevallos, mi padre y que hoy pertenece al patrimonio de documentos escritos inéditos de la familia. A este debemos agregar el drama psicológico titulado “**Dolores Veintimilla de Galindo**”, también inédito, escrito en torno a una gran poeta del austro.

A nosotros, en particular – a mi esposa y a mí – nos ha tocado exhumar, por el lapso de cincuenta años, a personajes de ambos sexos que injustamente han sido olvidados por la mala fe o la envidia de los seres humanos, an-

tes que por la historia misma. Ahora les ha tocado esa especie de suerte a Zapikia y Nanto y en ella a Eudófilo Álvarez Vega.

Alfredo Costales Samaniego
Quito, 28 de Noviembre del 2.002

Notas bibliográficas

- (1) Bravo, Julián. Introducción a la obra de Magnin ; año 1.998; Pág. 1
- (2) Magnin, Juan. Descripción de la Provincia y Misiones de Maynas en el Reino de Quito. Año 1.640; Pág. 151
- (3) Velasco Juan. Historia Moderna. Tomo III; año 1.977; Págs. 290 – 291
- (4) Rodríguez Castelo, Hernán. La Historia del reino de Quito, obra maestra de la Narrativa; Pág. 13
- (5) Transcripción que consta en el pie de la página de la Monografía Histórica de Víctor Manuel Albornoz. Año 1.948; Pág. 41.
- (6) Costales, Piedad y Alfredo. Historia Colonial del Gobierno de Macas 1.563-1.820. Año 1.996; Págs 76-77.
- (7) Costales, Piedad y Alfredo. Historia Colonial del Gobierno de Macas 1.563-1.820. Año 1.996; Pág. 114
- (8) Basabe, José. Informe sobre las Provincias de Quijos, Canelos, Macas. Año 1.754. Documento de Maynas; págs 69-70
- (9) Kersten Rafael. The life and culture of the jibaro indians Ecuador and Perú. Año 1.935. Introducción, págs. 2-3 y 4
- (10) Carta de Mera a la Academia Española de la Lengua, suscrita en 1.879.
- (11) Costales, Piedad y Alfredo. Los Llactaios; pág. 168
- (12) Isaac, J. Barrera. Literatura Ecuatoriana. 1830-1.980; Pág. 53
- (13) Costales, Piedad y Alfredo. Historia de Macas en el Departamento del Sur y la República del Ecuador. 1.822 – 1.928.
- (14) Pierre, Francisco. O.P. Viaje de Exploración a las tribus salvajes del Ecuador. Oriente Dominicano. Año IV. Año 1.931; Número 19; Pág. 66
- (15) Barrera, Isaac. Historia de la Literatura. Tomo IV; págs 128-129
- (16) Rojas, Ángel Felicísimo. La Novela Ecuatoriana; Pág. 219
- (17) Barriga López, Leonardo. Valores Humanos del Cotopaxi. Semblanza y Antología. Edc. CCE. Año 1.968; Págs. 89-90
- (18) Gallo Almeida, Luis. Literatura Ecuatoriana. Riobamba-Ecuador. 1.929; Pág. 97.
- (19) Calle, Manuel. El Guante del 26 de Abril de 1.917
- (20) Calle, Manuel. El Guante del 26 de Abril de 1.917
- (21) Proaño, Juan Félix. Carta del 16 de Febrero de 1.916, El Observador de Riobamba. Número 87 del 23 de Julio de 1.925.
- (22) Costales, Piedad y Alfredo. La Nación Shuar. Vol II. Sucúa. Año 1.977; Pág. 3

Capítulo I

EL CONFINAMIENTO

¡Qué época aquella. Dios santo! En general la política del Ecuador ha sido tempestuosa, y ha originado grandes males a la Patria. Ha sido como los aluviones bajados de nuestros volcanes, que han causado huellas profundas en la tierra. Pero nada como aquella época... Era a mediados del pasado siglo.

Y cuando uno considera la clase de hombres que entraban en escena en ese rudo batallar de entonces, se imagina que está presenciando combates de titanes. ¡Qué inteligencias! ¡qué energías! Pero a la vez cuánta violencia, cuánta facilidad para desbordarse los unos sobre los otros con el ímpetu de un alud!

Por un lado, el clero secular i regular, el Arzobispo al frente, con almas inquisitoriales, y un Juan León Mera, formidable por la pluma, y los Salazarres, formidables por la espada, y un pueblo fanático, cuyos ojos despedían llamas y cuyas fauces olían a sangre caliente. Y todo ese conjunto de fuerzas gigantes, movido por ese omnipotente de entonces: García Moreno.

Por otro lado, unos pocos liberales. Pero si pocos por el número, terribles i casi invensibles por la gran fuerza que representaban: unos parecían estrepitosas cataratas, por la elocuencia; ótros semejabán esas moles de granito de nuestros Andes, por su carácter áspero e indomable; mientras ótros se encumbraban tanto y tanto i brillaban tanto, que como el sol en el cenít, despedían rayos a torrentes, rayos i centellas que deslumbraban al enemigo, que, cual satán, se retorció terrible en lo hondo de las sombras.

Y al frente de estos batalladores, se hallaba el soberano de la inteligencia, aquél astro-rey del Ciclo Ecuatoriano desde cuyas alturas lanzaba rayos contra sus enemigos, como Júpiter Tonante: Juan Montalvo.

Esa lucha de cíclopes, lógico es suponer, causó numerosas víctimas. Y una de aquellas víctimas fue el Coronel Víctor Proaño.

García Moreno, que se engullía a los hombres a grandes bocados, y que cuanto más sangre humana se devoraba, mas sed de sangre tenía, no podía perdonar la vida a un vencido, sino a condición de someterle a penas peores que la muerte. Quizá un día someter a muerte lenta a dos escritores públicos,

que no pensaban como él, Federico Proaño i Miguel Valverde?, pues a las selvas orientales a lo más adentro. Quiso dar la peor forma de muerte a otro enemigo suyo, que tenía sobre sí el pecado de ser liberal, Víctor Proaño?. Pues a las regiones del terror i de la muerte.

“De hoy más –solía decir García Moreno– el patíbulo del malvado será la garantía del hombre de bien”. Y malvados eran para él hombres que como Víctor Proaño, lo censuraban por sus actos tiránicos, por su sistema degradante de vapulación, en el cual sistema envolvía a personalidades como Ayarza general de la Independencia.

Pero en el terreno de los hechos, García Moreno era mas elocuente que de palabra, i el patíbulo solía tomar aspectos varios en sus manos. Malvado era para él todo aquél que combatía el fanatismo, y proclamaba la libertad; y a un tal malvado preciso era desaparecerlo en una forma u otra, como a miembro podrido. Y cuando estos sus instintos encontraban algun estorbo en los Códigos, declaraba a la faz del mundo la insuficiencia de las leyes, i hacía de su voluntad omnímota la Ley Fundamental de la República; y por si, sin otro fundamento, sin fórmula de juicio, mandaba flagelar, como he dicho, a generales de la Independencia Americana, a fusilar a generales de ejército ora a individuos, ora de una vez a grandes masas de gente.

Pero estas hazañas, que constaban la vida a centenares de personas, las atribuía humildemente, no a sus merecimientos, sino a Dios i a la Santísima Virgen. Y así lo vemos en un mensaje a la Nación expresarse en los términos siguientes: “Si al contrario creis que en algo he acertado, atribuídlo primero a Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros inagotables de sus merecimientos...”

Su misticismo le llevaba hasta el punto de prohibir la importación al Ecuador de obras científicas i filosóficas que no estuviesen conformes con sus doctrinas de sacristía. Por la misma razón, llegó a consagrar la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús. Por la misma razón hizo que una de las Asambleas dictase la extra ley por la cual no era ciudadano ecuatoriano él que no fuese católico ya se trate de ecuatoriano de nacimiento o de extranjero.

Muy errado andará el que crea que yo recuerdo estas cosas con rencor contra García Moreno. Los que ni siquiera hemos alcanzado a conocerle, mal podemos hablar de él con ese odio implacable con que sus contemporáneos le echaban en cara su tiranía. Yo hablo de él según el concepto que me he formado por sus hechos y sus escritos. Inteligencia clara i vasta, si él hubiera querido, habría llegado a ser un gran físico, o un gran químico, un gran escritor o un gran poeta, porque de todo tenía y mucho; pero la política le absorbió toda la vida.

Dicen que su fanatismo era fingido, que aún era ateo, y que si defendió a los jesuitas, fue por tener en ellos un punto de apoyo para sus ambiciones desmedidas.

Puede ser. Pero yo prefiero creerlo sincero en sus convicciones, como le tengo por honrado en sus administraciones, económicamente hablando. Y aunque tenía puntos de contacto con Nerón, no era un Nerón; y mas bien podría compararsele con Felipe II. Poseía grandes energías y una actividad asombrosa.

Cierto que fue iracundo, violento i vengativo; pero ni la Carretera i el Ferrocarril de Durán a Chimbo; Carretera en la cual hay que admirar dos cosas, lo grandioso de la obra, y la honradez con que supo llevar a cabo.

Solo el que sabe lo que fueron en esa época nuestros caminos, puede apreciar en lo que vale la mencionada carretera.

Cierto también que García Moreno fue autocrático, fanático y cruel, y que empleaba a menudo el destierro, el garrote y el látigo contra sus enemigos políticos, sobre todo los días que comulgaba; pero moralizó al clero, que antes era corrompido; pero protegió las ciencias i las artes, pues él construyó el Observatorio Astronómico de Quito, el fundó la Escuela Politécnica y el Conservatorio Nacional de Música en la misma ciudad, y trajo para dichos establecimientos notabilidades europeas.

Cierto asi mismo que García Moreno trató de reducir al Ecuador a colonia de España; que lo unió al yugo del Vaticano; que mas de una vez puso en peligro la soberanía de la Nación provocando guerras humillantes con el Exterior, y todo por motivos de ambición o de venganzas personales. Pero uno se olvida por un momento del fanático, del tirano i el traidor, paverle, acompañado de viajeros sabios como Wuisse, treparse volcanes como el Pichincha i el Sangay, cosa de hacerse digno de que sabios como Humboldt perpetúasen sus hazañas.

Digo pues que el Coronel Víctor Proaño, como buen liberal, cayó en desgracia a los ojos de García Moreno, quién dijo para sí que el mejor medio de librarse dél era aventarle a las selvas orientales. Y así lo hizo.

En vano los influyentes amigos de Proaño se opusieron a ello; en vano sus mismos enemigos le hicieron ver a García Moreno que aquella pena era harto cruel; que era tiempo de lluvias en el Oriente, que entónces los derrumbes eran frecuentes, que los atolladeros se volvían más peligrosos, y los precipicios más terribles; que los rios crecian como aluviones, y que era probable que Proaño no llegaría a Macas con vida. En vano. La sentencia estaba dada, i la ejecución vino en seguida.

En ese entónces, aún el viajar de Quito a Riobamba era en extremo difícil: ni ferrocarril ni carretera, i lo que se decía camino, no era tal camino. Solo de Quito a Machachi, en una extensión de poco más de siete leguas, se iba en dos mortales días, por entre desiertos i pantanos, donde los bandidos asechaban al viajero puñal en mano.

Si así eran los caminos de Quito a Riobamba, por donde ahora tenemos carretera i vía férrea ¿que no diremos del de Riobamba a Macas, cuando el mismo que en la actualidad existe, sólo puede llamarse tal por sarcasmo?

En esos tiempos, yéndose una persona, no como desterrado sino con todas las comodidades del caso, el viaje de Quito a Macas duraba un mes. Ignoro lo que habrá hecho el Coronel Proaño, pero si puedo asegurar que no se omitió recurso por hacerle todo, lo penoso posible su camino.

No faltó quién le excitara a Proaño, que se humillase ante García Moreno, y le pidiese le perdonara la pena, o que por lo menos se la conmutara por ótra menos dura. Pero Proaño recibió como una ofensa consejo semejante, y levantándose de su asiento, los ojos centellantes, exclamó con arrogancia: “prefiero ver mis huesos blanqueando en las desiertas selvas, que inclinar mi cerviz ante el Tirano”.

Además Proaño tenía un carácter aventurero, y le gustaban las empresas difíciles, por tener la satisfacción de vencerlas.

“Si la Naturaleza no me aplasta, decía, yo haré algo en el Oriente”.

Y ese algo fue nada menos que el descubrimiento del más navegable de nuestros rios orientales.

Es que siempre se habia sentido atraído por ese encanto indefinible de lo desconocido, y por el misterio de nuestras selvas infinitas, y sobre todo por esa raza jívara, tan terrible como hermosa; de origen desconocido, y cuyas costumbres deseaba conocer, de esa raza indomable i soberbia, única en el mundo, tan amante de su independencia, y que venció a los vencedores de los Schyris, los poderosos Incas; raza gloriosa, que se lo esperaba al cantor épico para que ensalce sus hazañas, como ensalzó Caupolicán.

Además veía con amargura que sus ideales no eran comprendidos por sus compatriotas, quienes aún carecían de espíritu público, y que aún vivían sumidos en la anarquía y el egoismo más profundos; y tuvo por seguro que sería mejor tratado en el oriente por los salvajes y las fieras, que en las ciudades por los hombres, que se decían civilizados.

Y preparó su marcha, llevando consigo pocos libros, entre los cuales hubo, uno de su predilección titulado “La Música”.

Capítulo II

EL ESBIRRO

Un hombre vivía a la sazón, a quien una codicia insaciable le había precipitado a los peores oficios de rufian y esbirro.

Pocos ejemplos presenta la historia del Ecuador, como este sujeto a quien la sed del oro llevó a los más bajos oficios y al más degradante servilismo. Un día se presentó García Moreno y le dijo: “deme Ud. dos mil pesos y yo fundo un periódico en su favor” García Moreno le quedó mirando de pies a cabeza con ese mirar de centella, y luego le respondió: “¿Y Ud. tan liberal. Ud. que tanto ha escrito en mi contra, viene ahora a pedirme dinero para defenderme? Plumas venales no las necesito; tengo hombres dignos que me defienden”.

En oyendo esto, salió, como sale un perro al cual en vez de un hueso le ha dado un patada. Salió aullando interiormente y jurando desde entonces guerra a muerte a García Moreno. “Yo le mato al Tirano”, decía para sí mientras bajaba la escalera rabo entre piernas.

Cierto que tenía muchas ganas de beberle la sangre a aquel que así le había negado un hueso; pero carecía del valor que se necesitaba para enfrentarse con un Tirano tan formidable, y así hubiera podido este vivir cien años, a despecho de aquél, a no haber existido un Rayo.

Ah! es increíble cuanto puede prostituirse una mujer! cuánto puede envilecerse un hombre.

No sabemos como el héroe de nuestras referencias, se había conquistado más tarde la voluntad de un caudillejo cerril, de esos que tanto han abundado en estas repúblicitas anárquicas de la América Latina, caudillejo que aspiraba la Presidencia de la República por segunda vez, a la que al fin llegó merced a uno de los más rudos como injustificables golpes del cuartel.

Pues de este militar, ceñido de la Banda Presidencial, se prendió aquél sujeto como una sanguijuela. Su nuevo amo, es verdad, le despreciaba en su interior hondamente; pero como necesitaba este General de todo elemento bueno y malo para sostenerse en la falsa posesión y usurpador del Poder en que se había colocado, y como por otro lado gustaba mucho de adulaciones,

le colmó a su bueno esbirro más que de honores, y de dinero. Entonces aparecieron hojas volantes y periódicos, en que se empleaba las hinchadas hipótesis en elogio del Presidente usurpador: y que era sabio, y que era justo, y amante del progreso, y que era el genio de la guerra, más grande que Bolívar y Napoleón, y que con Magistrado semejante la República iba subiendo a las cumbres de la civilización cosa de ser objeto de envidia de las demás naciones. El Fetiche entronizado, que carecía de luces y virtudes, y con desprecio de toda ley y opinión del pueblo, iba perpetrando los crímenes más horrendos que le ponían al nivel de los más grandes criminales que el género humano había producido, al ver, digo, el Fetiche que sus crímenes merecían tales elogios, imaginóse como rodeado de una aureola de gloria, y creyó que ese era el camino que debía seguir en adelante. Y así fue cómo fusiló a muchos ciudadanos, a pesar que la Constitución de la República condenaba la pena de muerte; y así fue cómo asesinó a otros en mil formas, a cuantos otros se oponían a sus fines protervos; y como introdujo la relajación más repugnante en el Ejército, y cómo erigió el garrote en sistema, garrote que puso en manos de los más corrompidos contra lo más alto y lo más noble del pueblo ecuatoriano, y cómo cargo de honores a los más ignorantes y perversos que apoyaban incondicionalmente su tiranía, y cómo extendió el espionaje por todos los ámbitos de la República, en los cuarteles, en los conventos, en los salones, los hogares, cosa de convertir en delatores a los mismos hijos contra sus padres; y cómo dió ascensos militares a los asesinos públicos, si después de cada asesinato el asesino daba vivas al Caudillo; y cómo introdujo en los cuarteles y la policía, los peores tormentos inquisitoriales, que así ofendían a la justicia, como al pudor; y cómo pagó a escritores venales dentro y fuera del País, grandes sumas de dinero para que engañaran al mundo, y cantaran, en vez de los crímenes del tirano, hazañas imaginarias; y cómo en fin, por afianzarse en el Poder por medio del terror y del engaño, dilapidó el Tesoro Público, los dineros del pueblo, en más de cien millones de pesos.

Una ocasión, cuando Proaño era un muchacho, le propuso Roberto Andaburro, que así era el nombre de nuestro héroe, que dispusiera, a ocultas de su dueño, un dinero que no era suyo pero que él lo guardaba, y que se lo entregara a él. Proaño, con la entereza que tenía desde niño, le contestó que tal propuesta no debía hacerle a un mozo bien educado como él. Esto dió ocasión a serios disgustos entre los dos, en que el malandrín trató de ofenderlo de hecho al muchacho pundonoroso, cosa que hubiera sucedido a no habersele plantado éste con la arrogancia que su conducta limpia le infundía.

Otra ocasión Proaño protestó contra la inmoralidad del Gobierno, que había declarado texto oficial una obra en la cual su autor, Andaburro, con el mayor cinismo falseaba la verdad, con la mira de adular al tiranuelo que le pagaba por sus adulaciones y bajezas.

Además Andaburro era traidor a su Patria, pues siempre defendía los intereses de cierta Nación en contra de los intereses del Ecuador; lo que no podía sufrir el patriotismo de Proaño; y así le salía al encuentro afeándole sus traiciones a un País al cual le sangraba tanto dinero en uno u otra forma.

Pero lo que nunca perdonó Roberto Andaburro a Proaño, como si éste hubiera tenido la culpa, es lo que le pasó al pobre Andaburro en uno de los centros sociales de la República: sucede que una de las familias principales de la localidad resolvió festejar un año nuevo con bailes. Nuestro personaje, que tenía muchas ganas de saber lo que sería eso de pasar una noche divertido en medio de muchachas guapas, hundió los mundos (?) por hacerse invitar al dicho baile, y lo consiguió. Tanto por que se trataba de un baile en provincias, donde el refinamiento en las costumbres siempre es tardío, como por la época en que se verificó, ello es que el baile aquél no era como los que se estilan al presente, y así se permitían confianzas, y se tocaban las piezas que se podían y como podían. Con todo, no estuvieron tan atrasados, que no comprendieron el despropósito de Andaburro, el cual lo primero que hizo fue ir a invitar a una joven a un **costillar**; y como no lo aceptase, le propuso un **alza que te han visto**, cosa que tan poco fue aceptado, pues le dijeron que eso era bueno a la madrugada, y siempre que hubiera buen humor en todos.

No dicen en las crónicas lo que logró bailar Andaburro; lo que sí nos dicen es que el pobre hombre jamás había bailado otro baile que no fuera el **costillar o al alza**. De suerte que esa noche quedó tan en ridículo que todas las muchachas se burlaron de él; al punto que cuando iba a sacar a una de ellas, le respondía: “estoy comprometida con Víctor Proaño: con Ud. he de bailar un costillar. Sacaba a otra, y le respondían lo mismo. Sacaba a otra, y lo mismo. Y mientras así le respondían a él, con Proaño bailaban todas. Esto lo hizo suponer, erróneamente por cierto, que estaban ellas de acuerdo con Proaño, para mofarse de él, y concibió desde entonces el negro desigío de vengarse.

Proaño estaba inocente del caso. Si bailaban con él era por que lo hacía con habilidad y gracia.

Andaburro se equivocó mucho al atribuir a Proaño que a causa de la actitud hostil de las muchachas hacia a él. Andaburro no era nada simpático; muy al contrario, presumido, vanidoso, y sin maneras sociales, cuando invitaba a bailar a una joven, más parecía una ofensa que hacerle una cortesía ga-

lante de esas que cautivan a una joven bien educada. Fue de eso, Andaburro por dárseles de muy cumplido, hacía lo que nuestros chullas de Quito que para invitar a bailar sacar en vez del guante un pañuelo.

En Quito, menos, muchos menos era recibido Andaburro en sociedad: allí no tanto porque no supiese bailar, cuanto por el nombre que llevaba y por sus negros antecedentes. Por eso jamás sus plantas mancharon los salones de la sociedad quiteña.

Todos estos antecedentes reunidos movían el odio y la venganza contra Proaño en el pecho de Andaburro. De suerte que en los días negros para la Patria, en que tuvo Andaburro que adular a un tiranuelo, fundó un periódico, no recuerdo si con el título de “Moscas” o “SOS”

Pues en dicho periódico derramó toda la hiel que abrigaba y encastillado allí le dirigió a Proaño, no solo injurias de todo linaje, si no, lo que es mas grave calumnias negras.

Así como las mujeres perdidas no miran con buenos ojos a las honestas, y aprovechan de toda ocasión para desacreditarlas; así Andaburro se sentía como humillado al tener que reconocer en su rival, que como a tal le tenía a Proaño, al caballero sin tacha, que se había captado las simpatías y las consideraciones de todos, gracias a su cultura y buenas costumbres. De modo que Andaburro parecía un poseído contra Proaño, según se revelaba en periódicos y folletos.

Ya se comprenderá pues lo que habría hecho contra Proaño, esta ocasión en que tenía contra su enemigo una arma tan formidable como es un periódico.

¡Ah, vosotros los periodistas que así convertís la noble pluma de un Tácito, un Juvenal, en la cuchilla del carnicero, mas os valiera no haber nacido!

El que tiene un periódico a su disposición, pelea con arma desigual cuando ataca a otro que no la tiene; y el que, prevalido de esta desigualdad, acomete, es un villano; y si sobre esto los móviles son egoistas y mezquinos, el tal es cien veces villano; y si sobre todo esto, no se limita a injuriar, sino que se lanza a la calumnia, entonces el tal ya no es solo un villano: es un criminal peor que asesino, peor que salteador de caminos, por que el tal le arrebatara más, mucho más que la bolsa y la vida, le arrebatara lo que vale más que la vida, le arrebatara la honra; y no a los ojos de un reducido círculo de personas, sino de un pueblo todo, de una Nación entera de muchas naciones a la vez, del mundo todo y de la historia, por que la imprenta tiene cien alas y vuela en todas direcciones al través del tiempo y del espacio.

Y Proaño, que tan agudos dardos recibía en su espíritu, tenía concien-

cia de que no merecía injurias, menos calumnias; cuando el único pecado que tenía era ambicionar la gloria y amar a su Patria con delirio. Le gustaba las grandes empresas que le dieran renombre; y su patriotismo era tal, que con gusto se hubiera ido al sacrificio por su Patria, a la que tanto amaba i a la que hubiera querido verla en las cúmbres de la gloria. I por ese exeso de patriotismo, sentía profunda amargura de verla tan pequeña i tan dada a las estériles revueltas, siendo como era tan rica en los tres reinos de la naturaleza, i tan extensa que podían caver en ella una extensión mayor que la de Centro América. Sólo cuando veía injusticias en los mandatarios se volvía terrible i formidable. A la vez que era severo en sus actos, era un niño por la bondad, i obraba el bien casi por instinto. I este hombre que se sentía bueno, recibió escarnios de todo género por la prensa, i se le llamó presuntuoso, i loco, i tomto, i pícaro, e hipócrita i farzante, que especulaba con los dineros del pueblo, socapa de patriotismo. I todas las gentes llegaron a tenerle por tal tanto leer en los periódicos esas especies. Las gentes no piensan, o piensan poco por sí, i así se dejan arrastrar por lo que dice la Prensa, sobre todo si se trata de juzgar mal de una persona en virtud de ese fondo de maldad que hay en el corazón humano. Lo que entonces pasó en el espíritu de Proaño, como él se ha hallado en casos semejantes, ¡Oh la Prensa la magna, la sacrosanta ¡cuantos bienes hace al mundo, cuando está dirigida por manos puras; pero cuántos homicidios, cuantas infamias, cuantas crueles ferocidades, si manos venales lo manejan!

Tal era el estado de ánimo de Proaño, cuando recibió de García Moreno la orden de confinio a Macas. De modo que la dicha orden fué uno para él como lenitivo: “a lo menos allá moriré tranquilo”, dijo, haciendo alusión a la manera cruel como se atormentaba su existencia sin acabar de matarle.

Capítulo III

LOS ANDES

¿Cuándo salió Proaño de Quito? Cuándo salió de Riobamba? Nadie sabría decirlo; pues las crónicas no nos lo presentan sino en el momento en que atraviesa las elevadas breñas de los Andes para hundirse luego, como en un abismo sin fondo, en las infinitas selvas orientales.

Cuando uno va de Ambato al Oriente por Baños, parece que desde un principio se abisma en las entrañas de la tierra; pero cuando va de Riobamba al Oriente por los páramos de Zula, entonces uno siente lo que tal vez habrán experimentado solamente los más atrevidos exploradores del Planeta: asombro terror, vértigo... Uno se imagina que va a recibir el suplicio que los Incas daban a ciertos ajusticiados, a quienes les llevaban a las más altas cimas para de allí precipitarles a los abismos.

El Pastaza, que ya en Baños va adentro, bien adentro; aquí en los páramos de Ichumbamba y Atillo se lo sube se lo sube siempre: río arriba, siempre río arriba hasta su origen, por donde va el camino.

¿Pero dónde está ese origen?

A medida que uno asciende, las paredes de los Andes se levantan y se encrespan más y más. Parece increíble que a tanta altura el Pastaza sea tan caudaloso. Todo contribuye allí a aumentar el terror al viajero: las piedras, de mayores proporciones que una casa, que han rodado de las alturas; las extensas zonas de lodo que han dejado los aluviones causados por la reventazón de los cerros; las grietas profundas abiertas en el suelo por esos aluviones, que muestran el ímpetu con que han bajado las aguas; y más allá, cavernas gigantes y tenebrosas... Y si uno alza la vista a las alturas, ve esas moles de roca negra que han tomado mil formas extrañas; fieras antidiluvianas, listan ha lanzarse sobre el viajero que se ha atrevido a hollar esas soledades profundas; leones colosales dormidos; cóndores con las alas entreabiertas como que van a encumbrarse a las regiones del trueno, o bien colosales atalayas que están guardando el Universo.

Hubo un momento en que la naturaleza pareció encrespase más todavía; fue cuando las paredes de los Andes tanto se estrecharon, que hicieron sombra al viajero, que apenas veía una faja de cielo sobre su cabeza. Y tan im-

ponentes se volvieron esas paredes erizadas de picachos, que le amedrentaron al que viajaba por allí por la primera vez.

Pero esta garganta oscura no había sido sino una como entrada a un mundo nuevo, donde lo bello, lo tétrico y lo sublime tomaban nuevas formas y vastas proporciones; pues de pronto el cielo se le ensanchó a su vista, y uno como colosal anfiteatro vio dilatarse en su torno. Cielo y luz le alegran el espíritu, y uno como lago encantado, con islas misteriosas, se le presentan de improviso; son las lagunas de donde nace el magestuoso Pastaza, y en cuyas aguas se dibujan las nubes del cielo que, rápidas, cruzan ese rato. Absorto, quedóse contemplando ese nuevo escenario de los Andes, de cuya colosal magnitud no se iba dando cuenta sino muy lentamente.

Bien pronto olvidóse Proaño de lo ameno del lago, cuando reparó en esas moles de roca negra, que a manera de amplio anfiteatro, como he dicho, se dilataban allá al otro lado del lago; moles que se encumbraban tanto, que sus cúmbres parecían tocar el cielo; según que subían mucho más arriba que el límite inferior de las nieves eternas.

Esas colosales rocas negras eran el Yana-hurco, que en quichua significa “cerro-negro”.

En efecto, la mitad para abajo era negro, pero la mitad para arriba era nieve.

En ese momento en que Proaño pasaba por allí, las nubes volaban hacia las cumbres de los más altos picachos, entrecubriendo esas moles de roca i nieve.

A pesar de lo tétrico, nada más fantástico que aquello: diríase que magos invisibles cambiaban de decoración a capricho aquellos cuadros dantescos que tenía a la vista. La niebla que así volaba, iba a condensarse en las cumbres del Yana-hurco, que comenzó a entonebresarse; lo cual era tanto más amenazante, cuanto que un trueno lejano se dejó oír por ese lado, más allá del cerro, que anunciaba tempestad.

Eso, y ese laberinto de rocas y de abismos, por donde se desprendían al lago Colay numerosas cascadas, todo eso aumentaba el terror y el asombro en el pecho bien templado de Proaño. Tanto más cuanto que por donde debía continuar su viaje, no había camino, y así tuvo que continuarlo por donde más pudo, trepando cerros tras cerros, cada vez más altos, y atravesando feos atolladeros i pantanos.

Y su asombro subió de punto, cuando un hatillano, habitante natural de esos páramos y esa nieve, compañero sempiterno del ciervo, y que por mas señas llevaba gruesos pantalones de cuero de **chivo**, le dijo a Proaño en su semi castellano lo siguiente: “por que se ve de aquí parece nomás pequeño los

cerros: el Yana-hurco grande es; yendo allá todo es pampas de nieve y lagunas grandes”.

—Cómo ¿también en esas alturas hay lagos?

—Oh! lagunas nomás bastantes hay; allí donde parece que no hay nada, por donde bajan esas chorreras, está la laguna de Sasquín. Por más arriba, donde sólo se ve cerros, está la laguna que se llama Yana-hurco; y allá, más lejos, donde está tronando, tras el púlpito, hay bastantes lagunas, hay la de Tagtalán, hay la de Ubillán, hay la de Yuntana; ni me acuerdo también las demás”.

Acordóse Proaño ese rato de las visiones del Dante, y, como agoviado su espíritu por algún peso enorme, bajó la cabeza y siguió su camino.

Digo que siguió su camino, más en realidad tal camino no había, como he dicho.

El lago Colay, que estaba a su derecha, iba quedando cada vez más abajo y tomaba en su prolongación indefinida, la forma como de media luna.

A medida que ascendía, el frío se le iba haciendo cada vez más intenso. Espesas nubes cubrían el sol, y el agudo silbido del viento en la paja, hacía un extraño contraste con el tronar de la tempestad. Fuera de los patos que agitaban ligeramente las tranquilas aguas del lago, no había señales de vida, ni se veía otra cosa que **pajonales** extensos que por doquiera, con una monotonía desesperante, se dilataba; rocas negras, más arriba, y nieve en las cimas. Hasta la vida orgánica más simple había desaparecido en la región de las nieves perpetuas, aquello era la soledad eterna, apenas interrumpida por el silbido del viento o el retumbar del trueno.

Como aquellas ciénegas eran profundas, no era posible ir por allí a caballo de suerte que toda la mañana había caminado a pie nuestro personaje, que ya iba muy cansado.

Pero era preciso seguir adelante, pues por esos contornos no había habitación humana de ningún género: paja y más paja y valeriana. Era peligroso pernoctar en un páramo tan helado, que puede costarle a uno la vida, y más con esas tempestuosas granizadas que allí son frecuentes: cosa que aquella misma tarde comenzaba a amenazar, según que ya caían las primeras gotas de esa tempestad lejana que desde mucho antes venía amenazando.

Llegó al fin a una pequeña laguna, denominada Cuyo, que está a lado del lago Colay. El suelo que rodea a la dicha laguna es más pantanoso que el anterior; cuyo nivel está superior al lago Colay, el cual envía sus aguas después de recibirlas de una alta cascada que se desprende al lado del norte.

Pasó aquella laguna y subió unos cerros más altos aún que los que acababa de recorrer, siguió unos desfiladeros por unas escarpaduras, cuándo de

pronto se le presentó un gran lago, sombrío, tétrico, de aguas de color de plomo, y de paredes verticales que impedían el acceso a la ribera; era de forma casi cuadrada, y de muchos centenares de metros de diámetro.

– ¿Y cómo se llama este lago?

– Esta es la laguna Negra, respondió el guía.

Pero mientras así contestaba el indio, nuestro viajero medía, en frente, con la vista la altura inconmensurable del cerro del púlpito, uno de los contrafuertes más bajos del Yana-hurco; pero el cual se levanta verticalmente sobre la laguna Negra de manera imponente, y, de cuyas cumbres se desprendía una de las mayores cascadas que alimentaban la laguna.

– Esta no tiene fondo, dijo el indio, como para aumentar el asombro que su vista le había causado a Proaño. Dicen que todo esto había sido en otros tiempos un solo volcán, más alto que el Chimborazo— añadió, al tiempo que miraba la laguna, el púlpito, el Yana-hurco y los demás cerros de ese laberinto infernal. —Sigamos no más, patrón, por que ya llueve— siguió diciendo.

– Volcán? De véras? —Preguntó Proaño, sin darse cuenta de que en realidad ya llovía, al tiempo que recorría su imaginación esas crestas erizadas de picachos, y esas lagunas y pantános, y la lava y las piedras ígneas que había visto aquél día; lo cual confirmaba lo que el indio acababa de decirle.

– Sí, patrón, esto había sido volcán, pero el volcán se había sentado, la copa había volado lejos, y el aluvión de agua y lodo había corrido por todas partes, sobre por aquí al Upano— añadió señalando al otro lado de la laguna Negra, donde estaba el borde de un abismo a cuyo fondo debía luego descender Proaño.

– ¡Cómo! ¿por allí se va al Upano?

– Si pues, élé por allí baja el agua de la laguna Negra, que más abajito se llama el Upano que pasa por Macas. Esta es pues la Cuesta Calgalán hondo es, aquí algunas horas hay que tardar pa bajar la cuesta. Si no vamos breve hade anochecer.

Estas palabras del indio fueron una como revelación para Proaño. Al punto comprendió que se hallaba en una de las regiones más extraordinarias del Planeta. Recordó que del lago Colay nacía, por el Norte al Pastaza, y vio que de aquí, de la laguna Negra, nacía, por el Este, el Upano, el cual luego se tornaría en el Santiago.

Es decir que de esta región procedían dos de los más poderosos rios de la tierra, que no reconocían otro vasallaje que el que rendían al rey de los ríos del mundo, el Amazonas, su imaginación, como el relámpago, cruzó las regiones infinitas que esos dos rios recorrían, cada uno de los cuales podía ufanar-

se de ser navegable en centenares de kilómetros de extensión. Siguió Proaño en imaginación al Pastaza, y vio que al atravesar los Andes, hacía estremecer desde sus cimientos al Tungurahua; y siguió también al Santiago, y vio como iba agobiado con el peso de tanta materia ignea de otro volcán, acaso más terrible que el Tungurahua, el formidable Sangay, el más activo de los volcanes del mundo.

Esos ríos grandiosos, esas ruinas gigantescas de otro volcán despedazado, que acaso desapareció conmoviendo medio continente, todas aquellas consideraciones le maravillaron tanto, que dudaba fuera una realidad el hallarse en tan extraordinarias regiones.

Sacó su barómetro y observó que se hallaba a 3.620 metros sobre el nivel del mar.

¡Y pensar que a esa altura hubiese una laguna, y que aún hubiese otras y otras, mucho más altas y escalonadas, en esas regiones cuya inmovilidad semejaba a la eternidad!

Allí se habría estado Proaño sabe Dios hasta cuándo sumido en esos pensamientos, si el guía no le hubiera sacado de ese como enajenamiento, diciéndole que ya se le hacía tarde, que ya comenzaba a caer gruesas gotas de agua, y que era preciso proseguir.

En efecto, aún no había acabado de hablar el hatillano, cuando les alumbró un relámpago, al que se siguió inmediatamente un trueno que retumbó al punto en todas esas concavidades, lo que probaba que el rayo había caído cerca.

Y en seguida del trueno arreció más el aguacero.

Proaño se inquietó, y siguió adelante.

—Conque, ¿vamos a llegar a la famosa cuesta de Galgalán, donde dicen que hay minas de plata?

—Cierto hade ser, amó, toda la cuesta mismo parece de plata, por que allí todas las piedras brillan de arriba abajo.

—¿Y es larga esta cuesta?

—Bien larga mismo es, algunas horas se tarda en bajar. Muy hondo es adentro.

Conforme a lo pedido por Proaño, primero le condujo el guía a la parte por donde la laguna mandaba sus aguas al Upano, la cual laguna, como he dicho, se hallaba casi al pie de la altísima cascada que se desprendía del Púl-pito.

Una vez allí, quiso medir con la vista a que profundidad las aguas de la laguna se despeñaban, y sacó la cabeza. Pero involuntariamente retrocedió so-

brecojido de un sentimiento de terror. No vio el fondo porque estaba a muchos cientos de metros, pero alcanzó a ver adentro un monte cerrado que era el comienzo de las selvas interminables del Oriente, mientras las cumbres de los altísimos cerros que de ese fondo se levantan a modo de pirámides gigantes, hallabanse cubiertas de la helada paja de los páramos.

Contraste sublime que le dejó atónito a Proaño. Pero continuó mirando aquella profundidad oscura. Un relámpago que brilló a tiempo, le descubrió la magnitud de esos...

Capítulo IV

MACAS

¿Qué es el destino? Es una fuerza de origen desconocido, que a nuestro pesar nos arrastra y nos arrastra sin que sepamos a donde.

Cuando he visto descender de los montes esas enormes piedras arrastradas por las corrientes, y chocar entre sí y precipitarse de sima en sima, y seguir adelante movidas por esa fuerza que sin cesar las impela hasta dar con ellas en fondos de los mares, no he podido menos que exclamar en mis adentros: he ahí la imagen del hombre.

¿Qué fue de Proaño después de la tempestad?

Las crónicas nada o muy poca cosa nos dicen de su odisea de Gálgalán a Macas. Y solo los que conocemos ese trayecto, de Galgala abajo, podemos vislumbrarla que habría experimentado esa alma grande, al ver sobre su cabeza esas pirámides cuyas cúspides se encumbraban hasta los cielos, y al ver esas cascadas de centenares de metros, que descendían de alturas desconocidas; y al ver por otro lado a sus piés, esos precipicios de profundidad vertiginosa; y al verse además abrumado por ese ruido ensordecedor de los torrentes, que de todas partes se precipitan para aumentar el caudal del Upano, haciendo espuma y arrastrando piedras que retumban...; y al ver al mismo tiempo que tiene uno que pasar día tras día la orilla de un río, esperando que baje la creciente, sino quiere verse despedazado por esos chiflones a donde caería sin remedio si llegara a pasarse por esos puentes de un solo palo.

Un fragmento de carta a un amigo suyo, escrita desde Macas, nos revela algo de lo que entonces pasó en el ánimo de Proaño: "...Pero de Gálgalán a acá ya es otra cosa, —dice— ya no es solo la contemplación de lo sublime que eleva el alma, sino ese sentimiento de terror que se apodera de uno al verse pequeño como una hormiga, y rodeado de fuerzas tan poderosas que amenazan devorarlo. Ciertamente que lo terrible puede confundirse con lo sublime, pero siempre es otra cosa; si yo contemplo el sol en el ocaso, o el cielo estrellado en una noche serena, experimento muy diversa impresión que si me pongo al borde de un abismo sin fondo: es que aquí veo la muerte junto a mí en sus peores formas.

Las impresiones que experimenté de Galgalán acá, solo podrían compararse con las que sintiera un torbellino si un torbellino fuera capaz de sentir. Pero te aseguro que lo grande me atrae a un cuando me venga en un seno la muerte. Jamás me he de olvidar lo que experimenté un momento aquella tarde en que venía abismado en esas profundidades: un ruido sordo pero fuerte, que apagó todo los ruidos de los rios, unos como bramido subterráneo, hirió mis oídos de repente, al tiempo que bajo mis plantas sentía estremecerse el suelo fieramente. Pregunté qué era aquello.

“Es el Sangay”, me respondieron.

Jamás podría explicarte lo que sentí en esos abismos atravesando las regiones del fuego.

Oh! te aseguro que eso de luchar con la naturaleza tiene sus encantos! y tanto más cuanto que nunca le deja al corazón dañado como cuando se lucha con el hombre.

No sabes cuánto he llegado a odiar la política desde que estoy aquí.

¡Cuán miserable es el hombre que vende su libertad a un tirano, o que por aplastar a un rival acude a la calumnia! Puede ser la conciencia de un hombre brillante y nítida como las alas de una crisálida; pero que si se note a político se hunde en el fango, y no vuelve a levantarse. Un político me infunde asco. No sabes cuánto gozo con estar libre de esas cosas. Te aseguro que desde que estoy aquí se ha verificado en mi ser una transformación completa. Jamás he sentido los encantos de la libertad como ahora; ni jamás como ahora he alcanzado tanto dominio sobre mi mismo. Me figuro que mi naturaleza no es de carne y huesos, sino de bronce: veo que cuanto me rodea es formidable, y que puede devorarme; y sin embargo me siento impasible ante todo peligro y superior a todos los obstáculos que se me presentan al paso. Yo creo que si presenciara un cataclismo en que se desquiciarán los cielos y la tierra, me sorprendería la muerte contemplando el espectáculo, sin que el temor se hubiese apoderado de mí ni un instante. Me siento fuerte, querido amigo, y con ánimo para grandes cosas. Yo presiento que aquí he de hacer algo digno de la posteridad.

Quisiera hablarte de cuanto aquí me rodea, de ese mundo diminuto de los insectos, de formas infinitas y colores maravillosos; quisiera hablarte de estos troncos seculares que me hablan tanto y tanto de lo que han visto en centenares de años. Quisiera hablarte de Macas, del Jurumbaino, del Quilámo, del Upano, de la muerta Sevilla de Oro, del Sangay que tengo a la vista, y de muchas otras cosas... pero ya tendremos ocasión para ello. Adiós”.

No obstante ese entusiasmo que revela Proaño pro la naturaleza de estas comarcas, con todo hay momentos en que aparece osco y taciturno, cosa de vérselo con frecuencia en paseos solitarios.

Hay cosas que no se olvidan: hay injusticias, hay calumnias que se clavan en el alma como aguijón empozoñado, cuyo filtro maligno va penetrando hacia adentro poco a poco, cosa de ir apagando todo rayo de alegría en el alma y consumiendo toda fuente de ventura.

Sentía Proaño no sé que secretas simpatías por los árboles que habían sido arrancados por las crecientes y abandonados en las playas del Upano, sin hojas, sin raíces y sin vida.

Más de una vez se le vió sentarse en uno de esos troncos; cuando no iba a su cueva predilecta, que llamaban la Ermita, donde, recostado, la mano en la mejilla, se ponía a ver correr las aguas del caudaloso río.

Lo que más le contrariaba, era la carencia de medios pecuniarios para poder realizar sus nuevos ideales.

Parece que el espíritu de Stanley y Libingnston le animaba. Tenía deseos vehementes de emprender en exploraciones por estas regiones delitadas y misteriosas, en las que veía como el futuro Eldorado del Ecuador, tenía el ímpetu del águila, pero no podía volar por que carecía de dinero.

He aquí, cómo termina una carta en que habla de Macas: "...En fin, querido Luis, esto es un edén, yo no tengo otro pensamiento que seguir adelante. Si le hubieras visto anoche al Sangay... no tengo que envidiar a los que han visto la aurora boreal (libro de los meteoros).

Estas maravillas del Oriente me hacen olvidar lo pasado y desear la vida. Ya le he hecho despejar algo más al Quilano, o Kiamo, como dicen los jívaros, y he subido a sus cumbres por la tercera vez.

Pero tú estarás curioso de saber que es el tal Quilano, que tantas veces te he nombrado. Pues no es otra cosa que un hermoso cerrito, talvez más alto que el antiguo Yavirác de Quito, que ahora llamamos el Panecillo, pero largo como el Ychimbía de la misma Capital del Ecuador; cerrito este que domina a Macas por el Occidente.

El Jurumbarino, de aguas puras, y en cuyos vados abunda sabrosísimo pescado, corre como el Upano, de Norte a Sur, bañando las faldas del Quilamo, hasta que va ha rendir vasallaje en el Upano una legua abajo de la población. Esta tarde estuve sobre el Quilamo, y tan embelesado, que casi me sorprende allí la noche. Es que hizo buen tiempo hoy día cosa muy rara aquí, y que por lo mismo había que aprovechar cuando estuve allí, el sol doraba al-

gunas partes de las inmensas selvas que dominaban la vista. No sabes cuanto se alegra el espíritu cuando hace sol aquí, donde todo es llover.

Macas está en un plano ligeramente ondulado: lo que le vuelve pintoresco. Pero visto desde el Quilamo, parece que estuviera todo a nivel. No suelen estar las casas unas junto a otras, como se ve en toda población, sino desparramadas por los bosques y las **chacras**, y a largas distancias de unas de otras. De manera que el perímetro de Macas es vasto, cosa de alcanzar, de Norte a Sur sobre todo, más de una legua de extensión.

Visto Macas desde el Quilamo, es encantador: todo es risueño por el lado del humilde Curumbayo, y todo es imponente hacia la grandiosa cuenca del Upano. Macas se extiende entre los dos mencionados ríos.

Oh! y como se dilata la vista desde allí! A pesar de que Macas está en una extensa llanura, todo desaparece ante esas regiones infinitas que se dilatan hacia el Norte, donde domina el Sangay, el omnipotente de las selvas, y hacia a los campos de la antigua Sevilla de Oro por el Oriente, al otro lado del Upano, Sevilla de Oro que fue un día destruida por Kirruba, el héroe legendario de estas misteriosas formidables jivarías, cuyas hazañas, superiores a las de Caupolicán, pregonan montes y valles al fragor de los torrentes.

“Mas allá de Sevilla de Oro, se dilata, asimismo de Norte a Sur, como el Upano, como el Quilamo, cual isla en este océano de verdura, la extensa cordillera de Kutukú, tan ancha y tan alta que a uno y otro lado alimenta ríos navegables, tan grandes como el Morona y el Santiago que van a dar al Marañón.

“Yo no te podría explicar ese efecto mágico que me produce la vista de aquella cordillera: la miro, la miro siempre, y no puedo dejar de mirarla: me parece que es un imán, que me atrae irresistiblemente: a este lado de la cordillera, los mustios campos de la que fue Sevilla de Oro la famosa, y al otro lado, el misterio...

Algo adivino, algo presiento de lo que esa cordillera me oculta.

La imaginación de los macabeos se torna tenebrosa, cuando me hablan de esas regiones desconocidas del Morona. Me hablan de una manera tan extraña que a veces me hacen temblar, y a veces me entusiasman, que me dan ganas de volar a ver lo que aquello será.

A veces me pintan todo eso como la mansión del horror a veces me lo presentan con todos los encantos de un edén.

Los macabeos se han ido muchas veces hasta dos y tres días adentro de la cordillera, hasta el cerro de la sal; y alguno aún más allá, hasta los grandes afluentes de las cabeceras del Morona, que aseguran son tan caudalosos, que

entiendo que vapores podrían subir por ellos. Los macabeos son casi tan salvajes como los jívaros, y no entienden de estas cosas de los civilizados, pero por la explicación que me dan a su modo comprendo que esos ríos son navegables.

Pero jamás ni los macabeos han pasado de allí, por que no se atreven, pues me hablan con terror de los de mas allá. Asi es que ni los más atrevidos de estas selvas pueden darme siquiera una idea remota de lo que ello pueda ser. Me pintan con los colores mas espantosos; a la vez que me dicen que en ninguna otra parte de la tierra pueden encontrarse productos tan preciosos, ni animales tan raros y tan bellos, ni aves de mejor canto ni de tan fantásticos colores. Eso no tiene fin, dicen, eso es muy grande muy grande.

Lo que mas les aterra es las jivarías del Morona. Son muchos, dicen, y no conocen el miedo, y siempre están en guerra, y siempre vencen, y se llevan las cabezas de los vencidos y las reducen a tzantzatzas y todo el año están en fiestas celebrando esas tzantzatzas. Son terribles, de alli salió Kirruba, el que destruyó a Logroño, el que destruyó a Sevilla de Oro, y causó la desaparición de Mendoza. Ninguna de las otras tribus es tan numerosa ni tan feroz, ni manejan también la lanza como esos terribles moronas y los upanos. Ahora mismo están en guerra, y las matanzas han sido tan horrorosas que los ríos se han teñido en sangre.

Estas y otras cosas peores me decían el otro día los macabeos, hablándome de Upanos y Moronas.

La historia de los Macabeos es muy triste historia: durante siglos enteros han sufrido en repetidas ocasiones asaltos nocturnos de estos terribles salvajes, que, después de dar muerte a los maridos, se han llevado consigo a las mujeres prendiendo fuego a las casas.

Tal pánico han sabido infundir los jívaros a estos pacíficos moradores, que más de una vez se han visto éstos forzados a trasladar de un lugar a otro la población, a fin de evitar nuevos asaltos. Y por esta misma causa no tienen sus casas agrupadas como en todo pueblo, sino diseminadas, y muy distantes entre sí, en medio de cerrados plantíos de yuca, plátano y caña de azúcar y medio ocultas entre cafetos y árboles de achote y de canelo. Entonces, dicen, mientras los jívaros destruyen una casa, ya tenemos tiempo de defendernos. Y ahora están más acobardados que nunca; desde que un tal Savino Ribadeneira, macabeo de pelo en pecho, cansado de soportar las crueldades de los jívaros, se puso al frente de unos tantos macabeos, y voló al campo enemigo y a muchos jívaros mándoles a mejor vida.

Pero los macabeos, y sobre todo las mujeres saben muy bien que para los jívaros su religión es la venganza, y que jamás perdonan un agravio, y vi-

ven temblando con la idea de que de un momento a otro pueden acometerles.

En fin los macabeos me han hartado de historia jívara; de estos jívaros ante quienes retrocedieron no solamente los terribles shires, sinó también los vencedores de éstos, los invencibles incas.

Todo es los jívaros para ellos, los terribles los feroces jívaros, los sanguinarios jívaros, que siempre están sedientos de sangre humana, y que por más que la beben, jamás se sacian.

Pero nadie como los moronas dicen, para atravesarse a nado los más caudalosos ríos, y acometer fieramente, llevarse a las mujeres de los vencidos, y las cabezas de éstos en las puntas de sus lanzas.

Pero en cambio las mejores maravillas del Oriente se encuentran en las jívarias del Morona —añaden después de amedrentarle con la relación de tantos horrores: “Ud. se admira, me dicen, de nuestras riquezas de Macas, de nuestro caucho, nuestro canelo, nuestro copal, nuestro laurel, nuestra toquilla, nuestros almendros; pero todo esto es nada a lo que se ve yendo al Morona. En ninguna parte la pesca es más abundante y variada como los ríos que van al Morona. Las aves que mas linda pluma tienen y que mejor cantan son las traídas del lado del Morona— me repiten todos que me traen loco no sé si con sus exageraciones o con sus verdades.

En vano me desanimas querido Luis temiendo por mi vida. Los peligros no me amedrentan: muy al contrario, todo en esas regiones nebulosas me atraen: su grandeza, sus tesoros, sus peligros, su misterio. Todos hablan del Morona, pero nadie le conoce, nadie ha penetrado por él.

¿No te parece que es preferible sucumbir en una empresa de estas, que pudiera redundar en grandes bienes para la Patria, antes que llevar una vida tranquila pero estéril? que te importa a tí vivir largos años, si con tú muerte se desvanece tu memoria, y si nada noble has hecho que obligue la gratitud de las futuras generaciones?

Sólo un obstáculo tengo, bastante serio por cierto, para llevar a cabo mi propósito, y es que me falta dinero.

Tengo ya algunos macabeos que quieren acompañarme, entre los cuales figura un mozo robusto y resuelto, llamado Marcial Noguera. Pero como es natural suponer éstos esperan que se les pague; fuera de que necesitamos muchos víveres para un viaje cuya duración nadie conoce. Yo no tengo dinero suficiente para uno ni otro.

Te confesaré que le escribí a García Moreno, hace veinte días, comunicándole mi propósito, pidiéndole apoyo en esta empresa. A él le gustan estas expediciones y espero conseguir algo.

Yo le detesto a ese hombre, políticamente hablando, no solo por los males que causa al país con su fanatismo y su ferocidad, sino por los muchos males personales que a mi me ha irrogado. Pero cuando se trata del interés de la Patria, estoy dispuesto a todo sacrificio; y así no he vacilado en escribirle una extensa carta, en que le hago ver las maravillosas riquezas de estas selvas seculares, la fecundidad asombrosa de este suelo que dá de si lo s más preciosos frutos, y que por lo mismo es preciso que un Gobierno serio se preocupe de combinar la navegación de los caudalosos ríos de esta provincia con vías férreas que vengan de nuestra costa del Pacífico y atraviesen la sierra. Le hablo en fin, en ella, de propósito que me anima de explorar una de las regiones más extensas, más ricas a la vez que desconocidas, las regiones del Morona, por donde no ha pisado planta de hombre civilizado, y cuya capacidad para la navegación en grandes vapores, es innegable, dado que son navegables las cabeceras que lo forman, a juzgar por los informes que estos semisalvajes me han dado. Y termino la carta pidiéndole su apoyo para esta empresa. Yo no sé si he hecho bien o mal en escribirle, pero estoy medio loco por realizar este mi pensamiento, y soy para ello capaz de acudir a los medios mas imposibles y absurdos. Adiós”.

Capítulo V

EL SANGAY

Hasta que llegue el día de emprender en la peligrosa expedición, Proaño, cuyo espíritu era harto inquieto e investigador, no cesaba de hacer sus excursiones por distintos puntos que él creía interesantes según los informes que recibía.

La falta de recursos no le permitió irse hacia el sur hasta el río Paute, que los macabeos llaman Mamangosa, y que con el Upano, forma el imponente Santiago: Su poética imaginación creía que en llegando al Paute, se pondría en contacto con las sombras que debían de revolotear por allí de los que poblaban la antigua y famosa ciudad de Logroño destruida por Kirruba. Nada le impacientaba tanto a Proaño como no poder admirar en persona toda la poesía que encerraba las riberas del Paute. Había macabeos que tenían una vaga idea de la historia de sus antepasados, y vivían orgullosos de descender del gran Savino Ribadeneira, el vencedor de Shukanga, el que vengó tantos y tantos asaltos a su querida Macas; pero los más lo ignoraban todo; siendo así que Proaño hubiera querido ver donde estaba la casa del Gobernador, a donde Kirruba en persona fue a amarrarlo a ese desventurado español, y darle a beber oro derretido hasta que se le abrasasen las entrañas en castigo de su codicia. Proaño hubiera querido oír de boca de quienes más interés debían tener en conocer estos asuntos, los lugares de las escenas más sangrientas y más tiernas, aquellas en que las esposas y las hijas, eran arrancadas de los brazos de sus seres queridos por los mismos verdugos de sus esposas y sus padres de sus esposos y sus madres. Pero tropezaba con la ignorancia absoluta de los más. Y así cuando Proaño les preguntaba que era lo más interesante por ese lado del Sur, a lo largo del Upano, por donde hubiera querido ir, no tenía otra respuesta que esta: “la famosa vainilla de Mendéz, el caucho, el cacao del Tutanango, el oro del Namangosa”.

Pero adonde pudo hacer una excursión, en que tardó mas tiempo de lo que se imaginó, es hacia el Norte, río arriba del Upano, y aún más allá siempre hacía al Norte.

Desde su niñez Proaño había soñado en el Sangay, del cual tanto y tanto había oído hablar, y hasta se había aprendido unos versos populares, en que un amante, ciego de amor por una ingrata, no tuvo otra comparación mejor, para probarle su amor inmenso, que decirle que su pecho estaba inflamado como el Sangay. Y en la escuela, entre las lecciones de Geografía de la República, cien veces le había repetido al **Monitor**, las siguientes palabras que tenía bien grabadas en la memoria: “el Sangay es el volcán más activo y terrible del mundo”, lección en la cual jamás le cogieron una falta, ni le habrían cogido si le hubieran hecho repetir en la época de su confinio. Pero con todo en su vida le había visto ni oído; no obstante de su continuo viajar no solamente por el Ecuador sino también por gran parte del continente; en lo mucho que había recorrido la meseta interandina del Ecuador, había visto cuantos volcanes se levantaban en una y otra cordillera de los Andes: el Chiles, el Cotacachi, el Pichincha, el Cotopaxi, el Tungurahua, y todos, activos y no activos; pero jamás le vió al Sangay, del cual ni llegó a saber a punto fijo en que situación geográfica se encontraba. Y sin embargo era formidable por su actividad y por su elevación, más terrible que otros volcanes del Ecuador!

Pues ¿qué pasaba? así como en el género humano hay genios huraños y sombríos, que deliberadamente huyen de todo trato con las gentes, porque por su sátnica soberbia se tienen por superiores a un a los más poderosos cerebros; así el Sangay. Parece que menospreciara a la misma majestad de su regia extirpe, los Andes, y que, creyéndose de origen superior, se ha ido a formar su trono aparte allá en la inmensa soledad de las selvas. Y así como los castillos feudales, símbolo de la fuerza y del poder solitario e independiente, tenían en torno fosas profundas, para que nadie osase penetrar a la morada del gran señor; así el Sangay, con poder soberano, ha hecho en torno de su olímpica mansión, tajos en la tierra de profundidad inconmensurable y subterráneos infernales donde rugen las corrientes. Mansión de terror, donde no se ven ni una planta ni una ave; donde todo es cenizas y bramidos horrendos salidos de esas cavernas de fuego.

Así sucede que este océano de verdura, que se llama Región Oriental del Ecuador, bañada por infinitos y caudalosos ríos, se halla dominado por dos monarcas cuyo poder es sin rival el Universo todo; el uno es el Amazonas, rey de los ríos del mundo; el otro, es el Sangay.

El hallarse, pues, el Sangay al otro lado de los Andes Orientales, fue la razón por qué Proaño nunca pudo verlo desde ningún punto de la alta meseta que se extiende por entre las dos cordilleras paralelas.

De suerte que cuando venía de la cuesta de Galgalán a Macas, fue cuando le oyó por la primera vez; y cuando llegó a Macas fue la primera vez que llegó a verle.

Pero no se crea que el volcán se presenta a la vista de Macas según los deseos del espectador. Muy al contrario, los altos y numerosos cerros que uno tras otro les sirven como de real cortejo, le cortan oblicuamente a la vista; y así no se deja ver sino la cima trunca y una parte de las faldas, que siempre está envuelto en niebla aún las horas en que el cielo aparece limpio por ese lado; pues aún entonces se vé por lo menos una neblina tenue que con la distancia se torna densa y lo oculta al volcán en lo absoluto. De modo que uno tiene que estar siempre alerta, aún en los momentos en que está en sus quehaceres cotidianos, para llevar la vida allá, tratando siempre de sorprenderlo siquiera unos instantes despojado de su real manto. ¡Pero qué bello es cuando se le ve cubierto de nieve, lo que es raro; y por el contrario que sombrío cuando se le ve oscuro cubierto de ceniza, lo cual casi se puede decir en un estado normal. Es que entonces, en este segundo caso, es cuando el volcán arde y truena, y entonces es cuando el humo toma la forma y las proporciones de crespas montañas y mil figuras apolíticas, que se encumbran y encumbran hasta hundirse en la inmensidad de los cielos.

Una tarde, una de aquellas montañas de humo había tomado hacia el S. W. sin duda por que esa era la dirección del viento: media hora después comenzó a salir del cráter otro herbidero de humo negro, el cual tomó las alturas por el Norte; y después, quizá en mayores proporciones que las anteriores, comenzó a salir por el N. E. Pero esta vez, no parecía salir del cráter, sino bien abajo de él, de las paredes del volcán; y con tal fuerza era arrojado el humo, como arroja vapor por sus costados una locomotora, vapor que en seguida se encrespaba a medida que subía. ¿Se debería a la inclinación del cráter, o a la acción del viento o alguna otra causa, esta apariencia de despedir el Sangay humo por sus paredes? no le podría yo decir, tanto menos cuanto que esa parte de la pared no estaba visible a Macas.

Esa misma tarde se observó el magnifico espectáculo de que cuando ya había anochesido en el Oriente, y que mas a los mas altos cerros envolver las sombras de la noche, esos gigantescos penachos de humo salidos del volcán, aún recibían los rayos del sol, cosa de parecer que estaban inflamados.

Pero cuándo se sintió Proaño verdaderamente sobrecogido de admiración a la vista de un espectáculo jamás visto ni imaginado, en una noche en que le vió encendido. muchas veces le había visto al Cotopaxi, que es uno de los más altos y terribles volcanes de la tierra, bramar fieramente, y lanzar sus

llamas a centenares de metros sobre el cráter y alumbrar sus contornos de resplandores infernales. Pero aquello le pareció un pálido reflejo para lo que vió desde aquella noche memorable desde una colina de Macas. La aurora boreal no le hubiera causa tanto asombro, pues no encuentra Proaño palabras suficientes para explicar lo que sintió en su interior al ver aquel maginifico espectáculo, cuya imagen la conservó siempre viva en al memoria al travéz de muchos años. “Oh! si estás maravillas de la naturaleza pudieran repetirse a mis ojos fácilmente —dice entusiasmado al referir aquel fenómeno— entonces daría yó por bien sufridas todas mis desventuras. Estaba la noche oscura como nunca, y el ruido del poderoso Upano, que en alas del viento iba y venía sin cesar, me hirieron los oídos de extraña manera. Movido por no sé que secreto impulso que no podría explicar, fuíme a una de las colinas de Macas, desde donde el día se dominaba el Upano. Durante el día cualquiera comprende que había razón en verse atraído aquella eminencia: la cuenca de ese río es en extremo imponente; tiene la playa como mil metros de anchura, donde las aguas corren divididas en muchos brazos impetuosos, cada uno de los cuales tienen muchos metros de profundidad. Las paredes de la cuenca son altísimos peñascos cubiertos de espeso bosque. De suerte que siempre me sentí atraído durante el día a esa eminencia, desde donde se dominaba la playa algunas leguas río arriba. Más sucede que aquella noche me ví atraído por la misma obscuridad, y fuíme allí.

¿Qué iba a ver desde aquella colina? tinieblas.

Oh, largo tiempo permanecía clavados los ojos en ese fondo tenebroso, de donde salía ese ruido incesante y misterioso, que a veces parecía acercarse y a veces hundirse más en los abismos.

Bajaba ya, con ánimo de recogerme a dormir, cuando intistivamente dirigí una mirada hácia al Sangay, como tenía de costumbre, y ví que ardía. Pero como en esa forma ya le había visto más de una vez, desde el mismo pueblo de Macas, no me llamó la atención. Con todo, siempre era un espectáculo digno solo de nuestros grandes volcanes, y así me quedé contemplando; cuando advertí que de pronto el fuego comenzó a levantarse a levantarse tanto, que las llamas alcanzaban a algunos centenares de metros sobre el cráter, y que con el humo se formó uno como docel inmenso encima de las llamas, el cual docel se hallaba iluminado por el fuego. Luego ví que, como esos castillos de fiesta, hechindos de pólvora hacen explosiones bruscas, así hizo el Sangay, dilatando las llamas y arrojando lejos numerosos piedras ígneas, que describian curvas de fuego a la manera de los surtidores de una fuente. A este es-

pectáculo se sucedió un terrible estampido, y este estampido fue el comienzo de una serie no interrumpida de bramidos en que los cañonazos menudeaban.

Parece increíble, pero lo que digo es la verdad, que en el espacio de una hora se oyeron centenares de bramidos, que se sucedían siempre a nuevas y nuevas erupciones. Las piedras otras veces eran arrojadas en línea recta hacia el cielo, y volvían a caer sobre el cráter; pero aún no llegaban al fondo, cuando como en la *macateta*, o juegos malabares, salían otras y otras, cada vez más altas, que se cruzaban con las que descendían.

Hubo un momento en que llegué a temer. Ver y sentir a la vez aquel espectáculo pavoroso, era para amedrentar a los espíritus más fuertes. Diríase que había llegado el fin del mundo, y que ese volcán se había vuelto loco. No era para menos sus rugidos.

Pero como si lo anterior hubiera sido bien poca cosa, hubo un momento en que el volcán pareció querer agotar todo el fuego de sus entrañas despidiéndolo por la boca. Tales fueron esas masas enormes de lava roja, que se levantaron de improviso a las alturas, acompañadas de pavorosos bravidos, las cuales lavas, como cuando se estrellan las rocas las olas de un mar embravecido, se abrieron, cosa de cubrirle de fuego a todo el cerro. Por desgracia, no pude verle ese instante sino en la misma forma en que se dejaba ver el día. Dios mío! cuánto hubiera dado por hallarme en pleno Oriente, para ver desde allí en toda su magnificencia a ese dios del fuego, alumbrado no solo las cuencas tenebrosas de los ríos, sino ese mar infinito de las selvas orientales.

Digo pues que Proaño quedó maravillado de estos espectáculos que acababa de presenciar, y así, hasta que volviera la contestación de la carta a García Moreno, y resolvió hacer una ligera exploración, no al Sangay como hubiera querido, sino a lo menos por sus contornos.

Si lo suponemos al volcán una mirada al Amazonas, tenemos que envía sus aguas a derecha o izquierda, por numerosos ríos, de los cuales dos son los dos más caudales, como las canales maestras por donde envía no solo agua sino escorias: el uno es el río llamado Volcán, que afluye al Upano, y el otro el Sangay que desemboca en el Palora, esto es, en aquel río formidable, semejante al Upano, y que más tarde había de ser el teatro de una de las mas hermosas novelas de Sud-América, la *Cumandá* de Juan León Mera.

Todas las aguas del Oriente son puras y transparentes como el cristal, pero la de éstos dos ríos son espesas, como que arrastraran lava eternamente.

Esta última circunstancia, que le hicieron saber los macabeos, le picó más aún la curiosidad de verlos.

Como el que debiera servirle de guía al río Volcán se había ausentado a la Sierra, resolvió hacer su excursión al otro brazo del monte, el río Sangay.

Llevó cuatro peones, dos de los cuales eran macabeos, y los otros dos, colombianos, caucheros todos; más un guía, que mejor que los otros había conocido aquellas escarpadas regiones.

La mañana de partir amaneció obscura; toda la noche había llovido, cosa de crecer fuertemente el Upano.

Los macabeos manifestaron a Proaño que era produnte diferir el viaje para otro día, puesto que había peligro en pasarlo en esas condiciones.

Hay que saber que el Upano en derecho de Macas, se compone de varios brazos, como he dicho, a cual más violento, brazos que en puntos se abre, y en otros se cierra, cosa de formar remolinos terribles, en que los mismos jívaros, esos peces humanos, han perecido aún en tiempo seco.

Los macabeos pues, le tiemblan al Upano cuando está crecido, por que entonces no hay vado en ninguna parte, sinó que todo es una sucesión de violentas olas. Y así se lo manifestaron a Proaño, sobre todo los cargueros, que era imprudencia pretender pasarlo, estando tan crecido como estaba. Y para que no insistiese en su temerario intento, le dijeron que acababan de descubrir que ninguna de las dos únicas canoas que había, estaban a la mano, que el dueño de una de ellas, había pasado dos días antes a la banda, donde le había dejado; y que la otra, su dueño, para irse al Mamangosa, le había dejado escondida en el monte, y que no daban con ella.

Más, Proaño conoció bastante a los macabeos, para dejarse sorprender por ellos fuera de que era tan impaciente, que cuando había resuelto hacer una cosa, lo llevaba a cabo a despecho de todos y de todo. De manera que permaneció firme en su propósito de marcharse el mismo día.

¿Pero cómo?

Vivía a la sazón en Macas un macabeo llamado Gabriel Zavala, padre del actual, que lleva el mismo nombre. Este celebre montañez era el alma de los macabeos: todos le temían, todos le respetaban y todos le querían. Falta de cura, el hacía de cura; falta de sacristán, él era el sacristán; él casaba, él bautizaba; él era el síndico, él manejaba los dineros de la Iglesia, y los del pueblo; él, en fin guardaba las joyas de la Virgen; era tan honrado que todos confiaban en el ciegamente; no hacía mal a nadie, y hacía bienes a todo el mundo; y era tan activo que parecía multiplicarse, o que poseía el don de ovicuidad ¿quién no le necesitaba a Gabriel Zavala? pero el sacaba de apuros a todos. Hablaba el jívaro maravilla, y nadie como él para intérprete ni nadie más útil en los viajes por lo bien que manejaba el machete. Cuando se les preguntaba a

los macabeos cuál era el mejor nadador de Macas? Gabriel Zavala respondían todos a una; en seguida de lo cual referían alguna anécdota relativa a sus hazañas. Y si se les preguntaba cuál era el mejor remero? Gabriel Zavala respondían siempre. “Hay también el Dionisio, el Noguera, el Pedro Carvajal, añádan, pero ninguno como el Gabriel Zavala”.

Este Gabriel Zavala llegó a cobrarle mucho cariño a Proaño, a quien estaba siempre dispuesto a servirle en toda ocasión.

Proaño pues acordóse de él y mandó a llamarle. Zavala vino al punto. “A sus órdenes mi Coronel” (porque entonces Proaño no era todavía General).

Proaño le llamó a un lado, le habló al oído cuatro palabras, y Zavala se fue.

Una hora después ya estuvo de vuelta, habló asimismo a solas con Proaño, y éste entonces dió orden de marchar al punto.

Sucede que Proaño le hizo saber al Zavala las dificultades en que se hallaba, y le pidió se las allanara. Entonces, él no solo fue a sacar la canoa de los infiernos a donde habían ido a esconder los macabeos, sinó que él mismo se prestó a pasarle el río.

Para alcanzar lo que vale un hombre de éstos en nuestras selvas orientales, es preciso saber lo que el Upano es cuando está crecido, como estaba en aquel día. Un remero del Guayas se declara rendido ante un remero del Upano. Jamás el Upano había crecido como entonces: aterraba verlo, y más aún aterraba ese retumbar de piedras que iban en el fondo venidas por la corriente; así como esos grandes árboles con raíces y todo que pasaban y pasaban columpiándose sobre las crespas olas.

Se necesitaba la serenidad de un Proaño, el tener mucha confianza en el remero, para poder pasar aquel río.

Pero quien conocía a Zavala, no podía menos que confiar ciegamente en él. Cuando estaba el río bajo, Zavala lo pasaba en su canoa, vestido como todos los macabeos. Pero cuando estaba crecido como aquel día, a Zavala se le veía desnudo, y solo en un turbante en la cabeza, y un lienzo que lo bajaba de la cintura a la rodilla, a la manera del *itípi* de los jívaros. Entonces, todos los del pueblo bajaban a admirarle a Zavala.

De suerte que aquella mañana hubo gran gentío en la playa. Como la canoa estaba retirada de la orilla, tuvieron que acercarla al río entre seis personas: Zabala que ya está dentro del agua, la recibe con un aire de superioridad como quién está acostumbrado a domar fieras. I asido de ella, va subiendola, subiendola hacia un remolino mostruo. Mira para abajo i casi mira pa-

ra arriba, mira enfrente, hace con la vista sus cálculos matemáticos i precisos i sigue subiendola: el sabe hasta donde puede acercarla al remolino sin peligro. Llega el momento, le llama a Proaño i le hace sentar en la canoa. Al punto, Zabala, que tenia un carácter amable, se torna en sañado. Ya no indica ya no insinúa; ordena, i ordena com imperio, i hay que obedecerle so pena de la vida. Le coloca a Proaño de la manera mas conveniente, le dá instrucciones acerca de la postura en que se ha de mantener durante la travesia. “Nos fuimos”! dice al punto: enpuña el canaleta, i con la agilidad de les élices de un vapor, bate sus brazos con tanta violencia, que si asi no lo hiciera le devoraran las ondas; los ojos le saltan, i con la vista mide el peligro por instantes. El que va dentro oye el rugir del rio i el retumbar fieramente de las piedras en el abismo. Suda Zabala como una locomotora, los tendones parecen que se le revientan, i los musculos se le hinchan como los de un gladiador. Llegó la canoa a la orilla opuesta; pasó Proaño sin novedad el primer brazo; i como pasó el primero, pasó el segundo, a pesar de ser el mayor de todos, i pasó el tercero. Un hurra en honor a Zabala se levanta de cuantos estan en la playa, que casi nunca habian presenciado hazaña semejante. Oh ¡cuánto habria dado de la Croaix, para su flejias (¿?) tener a la vista a este Dios de los torrentes.

Salvado el paso del Upano, Proaño hubiera realizado sin dificultades su empresa, si al día siguiente no hubiera enfermado gravemente el mejor guia que llevaba, cosa de tener que dejarlo en una jivaría, i él seguir adelante, confiado a los demás que aseguraban ser conocedores de esas regiones.

La enfermedad de este guia fué el comienzo de nuevos contratiempos que le sobrevinieron, cosa que tener de prolongar su viaje mucho mayor número de dias para los cuales se habia preparado con los viveres necesarios. Pues Proaño iba viendo con extrañeza que el guia improvisado, cuyo nombre era Domingo Terán, le conducía siempre hacia el Norte, lejos de hacerlo hacia el N. W., donde le suponía al rio Sangay, según los datos que habia recibido. Al fin, después de haber pasado muchos rios, entre los cuales los habia de altísimas peñas, como el Guaguaimi, el Padimi, i sobre todo el Chihuasa i el Tuna-Chihuasa; llegaron al cabo de tres dias i medio, no al rio Sangay como se esperaba, sino al Palora, dos o tres jornadas abajo de la desembocadura del Sangay en ese rio.

Dos sentimientos contrarios experimentó Proaño, al llegar por equivocación a ese gran rio; desde luego, disgusto mucho de ver que el individuo que allá le habia conducido, se hubiese atrevido a titularse guia sin serlo, cosa que podía acarrearle graves consecuencias.

Pero esa contrariedad la creyó bien compensada con el placer que tuvo al contemplar la magnificencia de ese río, en el cual vió gran semejanza con el Upano, por su caudal, su ímpetu i su basta cuenca, i al ver al otro lado del río, hacia el Norte, i más aún hacia el este, ese océano sin fin de vegetación, que en lontananza partía límites con el firmamento; en el cual océano, al Habitahua i los bordes del Pastaza, apenas parecían las ondas de un mar en tormenta. Y vióse hacia sus espaldas, es decir por el Santiago i el Morona, i se le presentó otro océano semejante de verdura.

Proaño, como verdadero latino americano, llevaba en su alma dos cosas grandes: poesía i amor al progreso. Y con estas dos alas de su ingenio voló su fantacía por esas regiones infinitas del Huancabamba al Caquetá, i vió surgir de allí al futuro Ecuador, bello como un fénix, e inmenso como un imperio; i vió locomotoras i vapores cruzar las llanuras i cruzar los ríos, llevando consigo las maravillas que los siglos se habían complacido en ir amontonando en estas vírgenes selvas; i que la industria humana ha ido trasformando de brillantes mariposas, i millones de aves de resplandeciente plumaje i divino canto. Y vió por encima de todo esto, al hombre, dominando con el poder de su inteligencia, las selvas i los ríos i los mares, las cúmbres i los abismos, los cielos i la tierra dando a conocer con esto que el hombre es en el planeta la imagen fiel de la Divina Omnipotencia.

Proaño quedóse como cansado: su espíritu había trabajado mucho en pocos instantes, i se recostó allí al pie de una palmera los ojos puestos en la cuenca del Palora. Cuando menos pensó quedóse dormido. Al cabo de una media hora despertóse asustado, i siguió su camino.

Tomaron río arriba, como que era la vía mas segura para ir a dar con el río Sangay; cosa que disgustó tanto menos a Proaño, cuanto que quería adivinar donde estaría al otro lado del Palora, la ciudad muerta, la antigua Mendoza, que desapareciera un día, al soplo de huracán del impetuosa Kírrúba.

Dos días se tardaron en llegar al Sangay, al cual le reconocieron por sus aguas espesas i violentas i sus peñas imponentes. Pero Proaño no habría querido verlo en su desembocadura, sino en su origen, por tener ocasión de aproximarse todo lo posible al volcán.

Y así le dijo al supuesto guía, que le llevase aguas arriba del Sangay.

A lo cual éste le respondió que así lo haría, siempre que primero pasasen dicho río a la orilla opuesta, por que él conocía la izquierda de él pero no la derecha, causa que nunca se había acercado al Sangay sino cuando había entrado por Huamboya.

Hicieron pues como quizo el guía. Pasaron el ancho río por un gran vado, i con el agua hasta el pecho, gracias a que habia estado bajo, i tomaron aguas arriba como quería Proaño.

Tres dias anduvieron penosamente, abriendo pica por la izquierda del río, hasta que el guía, viendo que se les agotaba los víveres, se vió precisado confesar que, aunque habia entrado por Hamboya, nunca habia venido hacia las regiones del Sangay.

Proaño, viéndose burlado asi, montó en cólera, i su primer movimiento fué echar mano de su pistola, cosa que le hizo retroceder tan violentamente al pobre Domingo Terán, que le hechó al suelo a uno de sus compañeros que se hallaba tras de si.

Pero Proaño refexionó: supo contenerse, i resolvió perder un día para castigar debidamente a ese individuo que habia sido un verdadero farzante: i así ordenó que le pusieran en sepo de campaña.

Apenas oyó la sentencia, el infeliz se arrojó de rodillas a los pies de Proaño implorándole misericordia.

Proaño le hubiera perdonado, pero le disgustó verle en esa actitud tan indigna de un hombre, i resolvió tenerle siquiera una hora castigado.

Lloraba el desgraciado como una Magdalena.

Pero como bajar a tanta profundidad? recorrieron todos río arriba y río abajo, en la esperanza de llegar con paso fácil, cosa de estar una hora o mas al otro lado del río. Pero lejos de mejorar empeorar, porque cada vez le veian al río mas adentro. La dificultad crecía de punto, al ver que tenian que conciliar el paso de la pared de ese lado con el de la de enfrente; porque nada hubieran ganado con llegar al río, si al otro lado se encontraban con peñas perpendiculares imposibles de franquear. Al fin cansados del cual los tres individuos robustos. Operación esta que le hizo imperante la busca de camino, uno de ellos, Euclides Guevara, antiguo cauchero y arrojado hasta la temeridad en las montañas, dijo con la mejor sangre fría del mundo: "No hay mas remedio que descolgarnos por aquí". Sacó la cabeza Proaño para ver a donde miraba Guevara, y se estremeció al ver el abismo, pareciole un sueño lo que acaba de oír.

Proaño se propuso pues buscar con mas empeño un descenso accesible, y al mismo Guevara ordenole fueran abriendo pica río arriba. Y así caminó Proaño cerca de dos horas; y en este tiempo le ocurrió que siempre que sacaba la cabeza, el río se le presentaba cada vez más adentro. Mientras tanto, y el un montañéz, y al otro, iban confirmando la necesidad de hecharse abajo escurriéndose.

De suerte que lo que en un principio le pareció a Proaño un sueño, un absurdo iba ya viendo que aquello no era un sueño sino pura realidad.

Retroceder tres días, para ir a pasar el río por donde vinieron, ni los víveres lo permitían, menos su amor propio, si acaso hubiera visto en ello siquiera una sombra de cobardía. Volvió a sacar la cabeza, ya por un punto ya por otro, y no podía comprender que fuera posible un descenso por allí, pues veía que las copas de árboles altísimos, quedaban bien adentro, que mucho mas abajo que esos arboles, se veían las copas de palmas corpulentas. Con todo, ya no era posible vacilaciones. Ya así, Proaño vió con asombro que el práctico, gran Euclides Guevara, con una precipitación que casi le cuesta caro, se descolgó, ya haciendose de una rama, ya cogiendose una roca, ya de otra, por puntos tan difíciles, que algunos eran completamente verticales, por la que desapareció en el fondo. En esto vió Proaño orrorizado, que a Euclides se le safó la rama de que se asía, y que ya rodaba al abismo, cuando con una sangre fría increíble se agarró de la punta de una roca que por casualidad tuvo al paso, y así salvó la vida. La sorpresa de Proaño subió de punto cuando le vio desaparecer a Euclides. ¿A donde se fué así, tan repentinamente, sin decir palabra? Cuando a un rato oyó una voz cavernosa que decía: “Bajen nomas” y entonces Proaño comprendió que Euclides se había adelantado a examinar la parte baja de la peña, en previsión de que hubiera podido suceder que hubiese desendido en derecho en que el río pasase por el pie mismo de la peña, entonces toda tentativa hubiera sido vana. A la voz de “bajen nomas” no había otra cosa que hacer. Pues vámonos dijo resueltamente Proaño. Entonces los peones le ataron por entre los muslos i la cintura con el un extremo de una cuerda bien gruesa i bien larga, mientras el otro extremo lo sujetaron con muchas vueltas al tronco de un arbol; le sostenían por la punta del cabo tres individuos robustos. Operación esta que le hizo sin afanarse Proaño que le estaban atando para llevarle al patíbulo.

Y comenzó el descenso...

Proaño, a pesar de su valor, experimentó en ese instante uno como cosquilleo acompañado de cierta ansiedad, que por cierto se cuidó de ocultar a los demás, no advirtiéndose otra cosa en su semblante, que serenidad imperturbable. Mientras descendía, oyó que de abajo le gritó Guevara con insistencia” ¡cuidado! ¡no a la izquierda... ¡a la derecha a la derecha. Cójase de esa punta, pise en ese hueco, alcance esa vena ¡”cuando esto le gritaba Guevara, volvió la cabeza Proaño, i vió que en efecto a la izquierda era la pared enteramente vertical, i que el abismo parecía por allí no tener fondo. Pensó en ese rato lo que sería de él si por desgracia se le arrancara la cuerda. Quitó pronto

la vista de allí de temor del vértigo, i trató al punto de asirse de la punta de una roca que estaba a la derecha, cosa harto difícil por cierto a causa de la distancia, i por que el cuerpo de Proaño, en su bamboléo, tendría hacia el abismo por hallarse en ese derecho el centro de gravedad. Al fin, con mucho esfuerzo logró hacerse de la mencionada roca, i continuar desendiendo por allí hasta que llegó, después de recorrer veintiocho metros, a un ligero descanso de un metro de ancho, que se hallaba a su vez al borde de otra profundidad de treintidos metros, i más difícil aún que la anterior. Bajaron los peones de arriba, i fueron amontonando las cargas en ese estrecho recinto unas sobre otras; i se repitió con Proaño la misma operación que de primero. Es decir que recorrió sesenta metros de cuerda, para llegar ¿a donde? No al río todavía, sino solo a una meceta ya no vertical pero en no tanto que necesitasen de cuerda, por la cual pendiente descendieron otros cincuenta metros con bastante dificultad.

Y con todo no habian llegado al río todavía. Pero como ya se acercaba la noche, i estaban todos muy cansados, resolvió Proaño pernoctar al pié de esa meceta.

Bien pronto esos peones se repartieron a traer postes i bejuco para el rancho, a tumbar árboles para leña, i palmas que daban de si hoja para la cubierta del rancho a la vez que el agradable **bombom** para ensalada. Durmieron aquella noche persuadidos de que habian vencido ya todas las dificultades que el Sangay les oponía.

Pero se engañaron.

Sucede que cuando Euclides Guevara, el día anterior se lanzó por la peña a buscar paso en el río, y dijo desde el fondo “bajen nomás”, todos creyeron que Guevara había llegado hasta el río, y que de allí les había llamado. De suerte que al dormir en la meseta aquella, creyeron que al día siguiente, a primera hora pasarían el río sin cuidado, y continuarían su marcha.

Pero no fue así, sino que estaban metidos sin saberlo en un verdadero atolladero.

Cuando ellos quicieron salir a la orilla, se encontraron con otra pared vertical de unos veinte metros de profundidad, y con la circunstancia agravante de que toda la fuerza del río pasaba por debajo de esa peña.

De modo que se dieron a abrir **pica** primero río abajo. Y así anduvieron largo tiempo, sacando siempre la cabeza, y encontrándose siempre con el río que rugía a sus pies: hasta que se los terminó la meseta al pie de una peña de más de unos cien metros de altura, y con el río siempre debajo.

De allí regresaron a tomar río arriba del rancho. Pero justamente por

ese lado, por donde parecía más infranqueable la peña, fue por donde recibió Proaño resultados que no esperaba; pues cuando menos pensó fue sorprendido por un papelito doblado, que uno de los peones le entregó, en nombre de Juan Velín Villagómez, macabeo medio rústico, pero abnegado, que se las daba de letrado, y que hacía como de Jefe de la gente que trajo el explorador.

En ese papelito, leyó Proaño lo siguiente: “Coronel Victor Proaño; La providencia está con nosotros, interpretérito Coronel. La Virgen de Macas no podía dejarnos desamparados a sus hijos. La orden que Ud. dio a yo, de buscar un paso por donde bajar a la playa, lo he cumplido con el arrojo temerario que Dios se complació prender en mi pecho. Estamos salvados: aquí hay un paso que parece puesto por el mismo Dios para nosotros. Véngase mi Coronel que allá va a conducirle el conductor del presente parte”.

Aunque Proaño sabía lo exagerado que era Velín Villagómez, y dudaba en consecuencia de la verdad de lo que se le afirmaba; con todo el papelito aquél fue uno como rayo de luz que penetró en la obscuridad de su espíritu, al cual toda esperanza de salvación se le iba desvaneciendo.

“¿Por dónde?” –preguntó Proaño al guía, y se voló a donde le llevaban.

En efecto, Juan Velín Villagómez, no le había engañado: llegado allí, vio con grande alegría, que aunque la peña era vertical y de una profundidad como de treinta metros; con todo, había la circunstancia en extremo favorable, de que allí el río no pasaba por el pie de la pared, y que había gran parte de playa a donde poder descender.

Y descendió.

Pero antes de bajar al fondo, cosa que tenían que hacerlo con tanta dificultad, se hicieron algunas reflexiones; el río está crecido, y es impetuoso, y su ruido asorda, y arrastra mucha piedra, a juzgar por el sonar continuo como estampidos de cañón que se suceden unos tras otros.

En consecuencia, es necesario una balsa; pero en la playa no hay monte; no hay más que arena y piedras.

Resolvieron pues almorzar, y entregarse a la tarea de derribar árboles en el número que creyeron convenientes.

En efecto, después del almuerzo, toda la tarde la emplearon en tumbar balsos corpulentos, los cuales iban lanzando a la playa entozos de siete metros de largo, por unos veinte y cinco centímetros de diámetro. Y, como para evitar que se les agotaran los víveres, se les redujo a media ración diaria, y tumbaron algunas palmas de **bombom**, cuyo fruto tanto les gustaba; mientras otros se ocuparon en recoger cierto fruto, que en el gusto se parecía a la naranjilla.

Pasaron la noche allí, y a la mañana siguiente, llevando varas y clavos de chonta y mucho bejuco tahuano, bajaron a la playa donde construyeron una sólida balsa, compuesta de cuatro palos o trozos.

Está la balsa...

Mas para utilizarla, es preciso que siquiera uno se pase de antemano a la orilla opuesta.

¿Cuál se pasa primero y cómo se pasa? Fulano? Zutano? “No, yo no me atrevo, yo no se nadar, respondían.

Al fin, Euclides Guevara, dice: “yo me paso, pero no solito; Quién me acompaña”?

Proaño entonces, dirigiéndose a Zenón Noguera, el mas arrojado después de Guevara, le animó a acompañarle a éste, para lo cual le manifestó que ese paso del Sangay le parecía tan insignificante, que ni siquiera merecería mención, sobre todo si se recordaba ese arrojito temerario de esos hombres que muchos años atrás se pasaron por el Pongo de Manserich, asi mismo en balsa, en donde no se trató de atravesar un río, por ancho y fuerte que fuese, sino de irse a lo largo del el Pongo, por rápidos vertiginosos, y en extensión, no de cientos de metros solamente, sino de muchas millas, en que se encontraban remolinos que se engullian las balsas con gente y todo.

El mencionado Zenón, que tenía hartos amor propio, al oír estas palabras de Proaño, no quiso quedarse atrás de Euclides Guevara, y dijo con resolución: “también yo me paso!” y endiciendo esto se montó en la balsa, donde ya estaba Guevara. Proaño, por supuesto, se cuidó de no hacerle saber, que aquellos atrevidos viajeros que se habían lanzado al Pongo de Manserich, perecieron los treinta, todos menos uno. Noguera solo se sintió estimulado, por ese Valor heroico de esos hombres, y se montó en la balsa.

Ambos tenían remos.

Pero ni los remos, ni el empujar toda la gente la balsa adentro del río, con los brazos y con palos, les valió; porque cuando la balsa se acercaba a la mitad del río; o los tripulantes dejaban de manejar bien el remo de temor del peligro, o los tumbos del río les cortaba el paso; y así siempre sucedía que la balsa regresaba a la misma orilla, pero mucho más abajo de donde había partido.

Cansados de repetir esos ensayos sin efecto ninguno, Proaño les ordenó subieran la balsa mucho más arriba, donde el río, aunque más violento era menos ancho.

En efecto, una vez la balsa junto a un remolino, todos a una la empujaron, no sin antes de haberla sujetado con cabos por uno y otro extremo de la balsa; de suerte que unos la sostenían de un cabo y otros del lado de arriba.

Bien pronto la balsa en ese punto, llegó a la mitad del río; donde se puso a merced de los violentos tumbos. El mismo Proaño ayudó entonces a sostenerla de uno de los cabos; cuando en eso oyó decir a los de abajo: “¡se arrancó el cabo!” Los de arriba en consecuencia, tuvieron que hacer mayor esfuerzo para sostener esa balsa que con tanta violencia era arrastrada por las olas; cuando en ese vio que casi todos los que estaban delante de él, dieron en tierra, a causa que se arrancó también su cuerda. “Se arrancó el otro cabo!” Alza la vista Proaño, y en efecto, ve que esa balsa vuela río abajo! y que mientras Guevara va de pie sin hablar una palabra, como una estatua; el otro echaba maldiciones, dirigiéndose a los que estaban en la orilla: “bandidos, decia, asesinos, así nos sacrifican!...”

Proaño no tuvo más tiempo que decir: “a salvarlos!” Pero mientras esto decia, ya en imaginación los veía despedazados; tanto más cuánto que la balsa se adelantaba muchos metros, mientras Proaño y los otros daban un paso, sobre todo a causa de la mucha piedra que en la playa había.

Seguramente hubieran perecido ese día, si la balsa no se hubiese detenido en un bajo que se alzaba algunos cientos de metros abajo, dividiendo en dos partes el río.

Cuando los sacaron de allí, con el auxilio de cuerdas, Proaño los veía sanos y salvos, y no creía; le parecía mentira. Tal fue la honda impresión que aquel accidente produjo en su ánimo.

Y no se atrevió a decirles palabra acerca de la necesidad de emplear algún otro medio para el paso del río: pues que era preciso pasarlo a toda costa, dado que les era imposible retroceder.

Afortunadamente, Guevara, siempre Euclides Guevara rompió el silencio y dijo: “!Pero hay que pasar este río bruto; ¿qué hacemos?”

Y miró Guevara río arriba...

Allá me dividía el Sangay en cuatro brazos, de los cuales el tercero, era al parecer el mayor de todos, pero cuyo cauce en cambio era estrecho y profundo. “Pues no hay más remedio que poner puentes en esos brazos”, dijo Guevara. Pues a cortar palos muchachos!, prosiguió ¡a subir por la cuerda!”

A Proaño le pareció muy feliz la idea.

Subieron pues a la meseta a cortar árboles. Los palos tenían que ser de quince metros de largo, a la vez que delgados y fuertes. Por desgracia sucedía que la parte de las paredes donde había árboles, quedaba altísima. De suerte

que al tumbar esos árboles bajaban dando botes y llegaban a la playa en pedasos. De modo que tenían que repetir muchas veces la operación, para que algunos llegásen enteros.

Al fin, con mucha dificultad pasaron a pie los dos primeros brazos, con el agua hasta sobre la cintura, y colocaron un puente de dos palos en el tercero, merced a dos bien formados pie de gallo que sirvieron de estribos; operación que a Guevara le hizo arrojar sangre, por la boca.

He dicho que el tal puente constaba de sólo dos palos; de suerte que no necesitaba de mucho arrojito para pasarlos; pero Juan Manosalvo, estimulado por los anteriores, fue el primero que los pasó.

Más como ya la noche venía, dejaron así, y se recojieron a dormir.

Había al pie de la peña del río, donde la pared formaba un codo, una gran cueva, cubierta por fuera, de zuro, abierta por la corriente cuando el río pasaba por allí durante siglos enteros; pero donde todavía suelen entrar las aguas en las grandes crecientes, según se deja ver por el bien nivelado piso, y por las olas de arena que correspondían a las olas de las aguas.

Mandó Proaño la gente a dormir en la meseta, y él se entró en la cueva.

Después de mudarse ropa, salió de noche a la playa atraído por el encanto de su poesía.

¡Qué grande, qué bella estaba la luna, y qué puro el cielo, como casi no se ve nunca en el Oriente! Las numerosas chorreras que durante el día había visto descender de las alturas, por ambas riberas del río, ahora, las unas estaban en la sombra, pero en cambio las de la izquierda brillaban como plata. Las piedras de la playa en gran parte eran blancas; más ese blanco en esa soledad y a esas horas, no sé por qué le recordó las lápidas de un cementerio. Mejestuosas palmas, con hojas como de pluma de avestruz, cuyas bellas siluetas se dibujaban en el firmamento, parecían los eternos centinelas del Sangay, plantados en las altas peñas. Ese olor de ceniza de la playa, ese conglomerado, esos peñascos ígneos y negros, y porosos como esponja, esas aguas espesas del río, y ese resonar continuo de las grandes piedras arrastradas por la corriente; todo mostraba que esa playa era uno de los respiraderos del terrible Sangay. ¡Oh, y cuántas y cuántas cosas se le agolparon a la mente de Proaño!... Y así se dejó ir río arriba por la playa, como embargado por el misterio que con tanta elocuencia le hablaba, y como atraído por los antros del volcán cada vez más formidables y terribles. Y así hubiera querido pasarse toda la noche, subiéndolo por la playa río arriba; pero era preciso recobrar las fuerzas con el sueño, y regresó a más de las doce a su cueva, la cual como no recibía los rayos de la luna, estaba lóbrega.

Cuando se acostó, y apagó la luz, vio desde el fondo de la cueva, la playa, el cielo, las palmeras, las cascadas, todo bañado de luz. Y se durmió tranquilo, con la idea de que el buen tiempo les favorecería a la mañana siguiente para emprender en el paso del río.

El sueño fue profundo y largo. Pero hubo un momento en que parecía estar como aletargado: era ese estado del espíritu en que parece hallarse entre la nada y la existencia, y en que los sentidos, aunque persiven muchas cosas sólo las ven en conjunto y más confusas. Y así estaba. Cuando de repente un relámpago deslumbrador y un trueno lo despertaron del todo. Vió para afuera... ¡Que horror! quedóse inmóvil como un muerto, los ojos cerrados: estamos sin balsa, estamos sin puente, se dijo sobre todo al oír que el río sonaba más que el día anterior, tanto por el mayor caudal de agua que traía como por el número de piedras que retumbaban.

Y así se mantuvo cerrados los ojos largo rato. Pero entonces sus oídos persibieron lo que jamás pluma humana acertará a describir: ruidos diversos inexplicables, millones de voces confusas, como venidas de otros mundos, un respirar difícil del gran monstruo de la naturaleza, que, no obstante estar pretórica de vida, parecía jadeante, a causa de su labor sin término en su evolución eterna. Oh ¡y cuántas y cuántas otras cosas le vinieron a los oídos ese rato! violines, clarinetes, trombones músicos marciales, armonías lejanas y misteriosas... y en el fondo de todo, un ruido como de cien maquinarias que trabajaban sin cesar.

Sólo el que ha venido al Oriente, ha podido ver y oír cosas tan extraordinarias, y solo él puede comprender lo que experimentó Proaño en la cueva del Sangay. Aquí en el Oriente hay melodías no descubiertas por Bellini; aquí hay conciertos ante los cuales quedarían débiles las poderosas sinfonías de Beethoven.

He dicho que Proaño, horrorizado aquella mañana, con la idea de que se había quedado sin balsa y sin puente, cerró los ojos y se quedó como muerto. Pero un nuevo y prolongado trueno, que siguió a un relámpago que inflamó los cielos, hizo estremecer la cueva, cosa de desprenderse de su bóveda enormes porciones de conglomerado.

Entonces levantóse. Vio el reloj: eran las cinco. Cubrióse el cuerpo con impermeable, y en medio de la lluvia salió a ver la suerte que balsa y puente habían corrido.

La balsa se estuvo allí, pero como danzando locamente: mas el segundo, había desaparecido por la creciente, la cual fue tanta que los tres primeros brazos se habían confundido en uno sólo.

No hay para qué detenerse a explicar las grandes dificultades que a Proaño y los suyos les acarreó este nuevo contratiempo; dificultades que subieron de punto, cuando llegado el caso descubrieron que el cuarto brazo que les había parecido, pequeño, era tan grande como el tercero, y que también necesitaban de puente para pasarlo. Razón por la cual tuvieron que demorar dos días más, que añadidos a los tres anteriores, fueron cinco los que demoraron en el paso del Sangay.

Largo sería recordar todos los percances y todos los peligros que en ese paso les sucedió. Pero no quiero pasar en silencio la manera triste cómo se despidieron de la balsa cuando ya la dejaron: Como que hubiera sido un sér inteligente, le dieron al separarse un adiós eterno, como que era ella a quién le debían la vida.

Capítulo VI

EL MARIPOSERO

No se crea que aquí cesaron los contratiempos que experimentó Proaño en aquella excursión que él se imaginó sería corta. Pero los pasaré en silencio, por que no quiero abusar de la paciencia del lector en esta ya cansada relación. Y así me limitaré a recordar un incidente ocurrido a los dos o tres días de salidos del Sangay; incidente tan inesperado como de poca monta, al parecer, pero que con todo le dejó hondas huellas en el ánimo de Proaño.

Hallábase ya en esas hermosas y dilatadas llanuras comprendidas entre el Tunachihuasa y el Chihuasa, los cuales, después de encontrarse entre sí y con el Pádimi, van a rendir tributo al poderoso Pastaza abajo del Palora.

Se encaminaban ya hacia las breñas del Pádimi, en la esperanza de dar cuanto antes con la mansión del jívaro Andicha, porque ya el hambre les amenazaba seriamente; cuando de pronto les vino a herir los oídos un ruido tan extraño y tan terrible, que Proaño suspendió el paso involuntariamente.

Proaño no sabía lo que ello era, pero los montañeses y los caucheros, que conocían el peligro en que estaban, palidieron viéndose las caras.

“¡Huyamos, mi Coronel, huyamos— dice Domingo Terán, todo él tembloroso, y con los ojos que ya le salían de las órbitas.

¿Pero a dónde se va Ud.? quién le ha ordenado a Ud. irse?— le dice Proaño frunciendo el entrecejo, al verle que ya con el sombrero en la mano emprende en la carrera.

—Pero es lo cierto que aquí corremos peligro, dijeron todos.

—Cierto, mi Coronel, que hay gran peligro— saltó Zenón Arévalo; pero no hay para qué correr así, y menos que hacer lo que ese hombre ha hecho, añadió mostrando con desprecio hacia los pantalones de Domingo Terán.

En efecto, clavaron todos la vista en él, y se encontraron con que del susto se habían mojado. “Aunque sea para morir, muera como hombre”— volvió a decirle Zenón Arévalo con un gesto de desprecio.

—Pero de qué se trata? y en qué consiste el peligro?, dijo Proaño, ¿qué es eso que así truena? por dónde truena?

—Mi Coronel, estamos perdidos— dijo otro —aquí nos cojen, nos despedazan añadió mirando a un lado y otro sin saber qué hacerse ni por donde correr; por que no sabía a punto fijo de qué lado venía el peligro, a causa que la montaña temblaba por todas partes.

Ese horrendo zumbido de la tierra en los grandes temblores, no aterran tanto como ese rechinar de colmillos con que partidas de centenares de saínos atraviesan las selvas como una tempestad, como un huracán.

—¡En prevención las escopetas!— dijo Proaño sacando su pistola.

Bueno Señor, ni no son diez, ni son veinte, ¡son cientos! Lo grave aquí es que no sé por dónde vienen, por que por todas partes oigo el mismo ruido.

En esto, por una feliz coincidencia, suena por ahí un tiro de escopeta.

No podría yo decir si esto les desconcertó más todavía.

¡Alguien pide auxilio! a salvarlos! —dijo Proaño lanzándose por donde el tiro había sonado.

Pero apenas llegó a un punto dado, retrocedió involuntariamente clavando los ojos abajo en una hondonada: eran dos hombres en un árbol, con semblante de angustia, que estaban allí, suspendidos sobre la muerte que en su mas horrible forma les aguardaba a sus pies. No sé que le aterró más a Proaño, si el número o la ferocidad de los saínos. Tiembla el árbol a las hoci-cadas que le dán. Como no pueden devorarse cuanto antes la presa que ya la tienen segura, arrojan de ira fuego por los ojos, y espuma por la boca. Mira esos colmillos que rechinan, tan largos, tan corvos, tan agudos, que les salen por los lados de la trompa, y se estremece al imaginarse, cómo serían triturados esos desgraciados que en tal situación se encuentran y no piensa sino en salvarlos. Por fortuna, el estruendo que ellos mismo hacían no les permitía oír ningún otro ruido, y tan inquietos estaban, girando en torno del árbol, que no veían otra cosa.

Proaño aprovecha de no ser vistos, y se apresura a treparse un árbol, mientras hace señas a los demás que haban lo propio.

Una vez arriba les da a entender que él dará la señal; y en seguida les dice que apunten bien, mirando abajo: “al centro!” les dice...

Bum! todos los tiros se suceden al de Proaño.

Cayó el Capitán!, dijo uno de los montañeses, viendo cómo se dispersaban las fieras.

Los saínos mientras viva el Capitán, hacen frente a todo peligro, a toda acometida; pero tan pronto como viene al suelo su jefe, cada cual se va por donde mas puede.

Así sucedió esta vez, pues todos se desparramaron dejando en el campo cosa de seis u ocho muertos.

Al punto acudieron a salvar a los que se hallaban en el árbol, quienes todavía no se daban cuenta de lo que presenciaban; pues el ruido de los tiros que oyeron los sorprendió tanto, que uno de ellos se escapó de caer de susto.

La gratitud hacía aquél a quién le miraron como a su Salvador, fue inmenso: un abrazo fraternal se dieron con Proaño, a pesar que nunca se habían conocido.

Vino el reconocimiento; el uno era el Coronel Proaño, confinado en Macas por el Gobierno; el otro era un alemán, llamado Herr Féyer, pero a quién nadie le conocía por otro nombre que el de “Mariposero”.

En efecto, Proaño había oído mucho esta palabra: el Mariposero.

Desde que volvió los Andes hacía las selvas orientales, comenzó a oír, junto con el ruido de los arroyos, sonar por todas partes esta palabra; el Mariposero: en Zuña, en Chanalá, en Huilca, por todas partes.

Llegaron una tarde a un riachuelo llamado el Normandía, entre Chanalá y Macas, y los cargueros le dijeron: este rancho hizo el Mariposero; aquí pasó un mes el Mariposero cojiendo mariposas. Y todo esto lo decían justamente en momentos en que muchas mariposas revoloteaban por el rancho, y cruzaban el arroyo.

Llegado Proaño a Macas, una de las primeras cosas que oyó hablar, fue de los viajes del Mariposero: “Cuando vino el Mariposero, –cuando pasó por aquí el Mariposero, –cuando se fue a Gualaquiza el Mariposero”.

Todas estas cosas le despertaron la curiosidad a Proaño respecto del tal Mariposero.

Tuvo pues Proaño verdadera complacencia de conocer aquél día, y más aún de haber llegado sorprendido por la providencia por una feliz casualidad.

“Es Ud. mi salvación, le dijo a Proaño: yo le debo la vida, y soy su esclavo. Jamás he visto cosa más terrible que una partida de saínos, añadió. Me parecía que la montaña tronaba por todas partes. Y mientras yo buscaba con la vista en torno mio por descubrir lo que era aquello, ya los saínos me vieron y se lanzaron sobre nosotros. No tuvimos otro refugio que este árbol, de donde ya nos desprendíamos de cansados. Sin Uds, éramos muertos... Y ustedes: cómo así por aquí? prosiguió.

Entonces le contaron las aventuras que el lector sabe.

Luego dijo el Mariposero: “a lo que veo ustedes estan sin víveres”.

–Tan sin víveres, respondió Proaño, que hace dos dias estamos sólo a **palmito** y otros frutos recojidos por aquí.

Por fortuna algo tengo, dijo el Mariposero. No puedo ofrecer en estos desiertos nada digno de Ud., pero tengo plátano y yuca, de que acabo de pertre-

charme en una de las jivarías no muy lejos de aquí; tengo además un faisán y un paují. Fuera de que tenemos carne de saíno de sobra.

Y así, como de costumbre en estas selvas, en estas selvas buscaron un arroyo para sentarse a comer, cosa que lo hicieron con muy buen apetito cuantos allí se encontraban.

Mientras tanto no cesaba Proaño de hacerle preguntas al Mariposero, acerca de su oficio.

Herr Féyer, al comprender que se hallaba con otro que acaso pensaba y sentía como él, se entusiasmó a las preguntas de Proaño. Hablar de sus mariposas era como hablar del Edén. “Me parece, decía, que las mariposas son fracciones desprendidas del iris, que andan revoloteando por las selvas como estrellas errantes: si los espíritus celestes tomaran forma, serían mariposas. Nada más bello que una mariposa: verlas revolotear!... Me parece que así han de ver los niños cuando sueñan, que con eso ríen. El vuelo de una mariposa que acaba de salir de su capullo, es una de las maravillas de la creación; entonces conservan todo su esplendor, y brillan como la luz, y matizan de mil colores los follajes.

En eso pasó una linda mariposa por allí, y con la vista le seguía ansioso, hasta que se posó en una rama. Entonces levantóse con su mariposero a cazarla, como en efecto, la cazó.

Era una de las más bellas que por esa región había encontrado.

—Yo le envidio a Ud., su noble ocupación— dijo Proaño contemplando la mariposa.— ¡Qué linda está!: en esas alas transparentes, como de diamantes, ese matiz dorado le comunica una delicadeza indefinible!

—Desgraciado de aquél que nunca se interesa por una mariposa ni una flor, dijo Féyer. Manera por cierto indirecta y delicada de elogiar el buen gusto de Proaño.

—¿Y cuánto tiempo ha permanecido por aquí, señor Féyer?

—Siete años hace que ando recorriendo el Oriente en general; pero en esta región no paso de estarme cuatro meses. De aquí he mandado lindos ejemplares a los Museos de Berlín. Es que el Oriente Ecuatoriano es superior para estos insectos al Brasil y a Bolivia, y sólo puede compararse con la Polinesia. Ah! las que yo les he mandado a Europa! Una sobre todo, la que los naturalistas la bautizaron con mi nombre. Pero no sabe Ud. cuánto me costó el cojerla; de repente se me apareció un día; era a orillas del Pádimi, cerca de su confluencia con el Chihuáza y el Tunachihuáza, afluentes del Pastaza; cuando se me apareció, y cómo si yo hubiera sido un imán, vino casi a toparse conmigo.

Así sucede a veces.

Su vista deslumbróme tanto más cuanto que era esa la primera vez que veía una mariposa de esa clase: era la mejor que yo había visto hasta entonces en materia de mariposas. Por fortuna no me costó mucho trabajo el cojerla.

Pero un solo ejemplar no bastaba; pues podían decir los naturalistas allí que ese solo ejemplar era quizá una casualidad, un capricho de la naturaleza, que no les autorizaba a clasificarla con una especie.

¿Qué hacer? Esperar que aparesca por allí mismo ótra como la primera: Allí hice mi rancho, en la misma confluencia, que es un ancho vado, un hermoso vado, entre grandes cascadas; y me dejé estar esperando. Pasaron ocho días, pasaron quince, y nada. Mientras tanto cojía ótras y ótras más o menos bonitas. Pasaron veinte días, tampoco. Iba a ser un mes, y ya desesperaba. Quería irme, e involuntariamente me quedaba: quizá esta tarde, quizá mañana por la mañana. En efecto, habían transcurrido ya treintidós días, cuando una hermosa mañana, de ésas que se ven pocas veces en el Oriente, se me apareció del mismo lado que la ocasión pasada, una mariposa en todo semejante la anterior; sólo que esta vez andube menos afortunado que en la primera. Era más grande, era más hermosa, pero más esquiva. Su aparición me enagenó; placer, ansiedad, temor, todo tenía. Mil ideas se me venían al seguirla: parecíame ver en esa mariposa, que iba y venía, y me provocaba con sus graciosas y caprichosas ondulaciones, la imagen de mi propia felicidad, que así se jugaba conmigo, para desaparecer bien pronto. Otras veces me imaginaba ver en ella una dorada ilusión desprendida de algún amante afortunado, y ya veía desvanecerse esa ilusión... Oh! ¡cuantas cosas se me venían a la mente! Tenía fiebre... Y la mariposa, más inquieta que mi espíritu, revoloteaba por todas partes; y yo, los ojos fijos en ella, como un hipnotizado. Ya me subía por la orilla del río, ya bajaba; ora me trepaba una peña, ora clavaba la vista en la arena de la playa. Hubo un momento en que la mariposa se posó en una rama bastante alta, sobre una roca, pero que podía estar al alcance de mi **Mariposero**: mil encontradas emociones experimenté allí al acercarme. Sabía que, errado el golpe, alzaría el vuelo, y no volvería a verla. Mas, cuando me acercaba paso a paso, la inquieta mariposa se levantó antes del ensayo, se levantó a considerable altura, y se fue río arriba por la playa; yo, atrás como un enajenado. Volvió a bajar, y, cuando ya llegó cerca de la confluencia, entonces... al otro lado del río!... Pues yo, sin ver nada me eché a pasarlo, y cuando menos pensé el agua me venía encima de la cintura cosa que quería arrastrarme. Hice grande esfuerzo, los ojos siempre en la mariposa para no perderla de vista. Cuando en eso vi que se me quedó quieta en una pequeña rama tras un pedrón. Acerquéme por atrás de la piedra, casi arrastrándome por no ser visto.

Me aseguré del punto mismo en que se hallaba, y de un golpe pasé por ahí el mariposero. Cuando ella alzó el vuelo, ya estaba presa...

Le aseguro a Ud. que no hubiera dado yo ese momento por ninguno de los placeres de la tierra. La mariposa una vez en mis manos me pareció mejor todavía: era una crisálida que acababa de salir de su capullo. En esa mariposa, especie de estrella errante, pude admirar lo que la naturaleza puede cuando quiere hacer un dechado de vaporosa hermosura cuya alma es la luz revestida de matices jamás imaginados.

Cuando la mandé a Europa, los naturalistas le pusieron mi nombre; y uno de ellos me escribe felicitándome por tal hallazgo, y termina la carta diciéndome que me envidia: "Yo viviera encantado, me dice, en ese país que tales maravillas produce, porque ese país debe de ser el paraíso".

Proaño, acostumbrado a la rudeza de los hombres y de las cosas, vio en aquél mariposero uno como oasis en el desierto de su vida. Nunca se imaginó que ese mariposero, cuyo nombre había oído tantas veces con indiferencia, hubiese podido encerrar una alma tan delicada. Sintióse Proaño conmovido, y como regenerado. Comprendió toda la fuerza que la poesía encerraba: puesto que en pocos momentos sintió en sí una como evolución interior, de la cual una nueva naturaleza iba surgiendo, capas de más elevados ideales y de más puros sentimientos.

Y tan hondamente le impresionó este encuentro feliz con el Mariposero, que le duró largo tiempo la impresión; y así vemos como más tarde, en una carta en que da cuenta de su salida de Macas hacia el Morona, se expresa respecto del Mariposero en estos términos: ¡El Mariposero!... Nunca me ha de olvidar de sus palabras cuando dijo: "Desgraciado de aquél que permanece indiferente a la vista de una mariposa o de una flor" —llegué a quererle tanto, y él a mí, que nuestra despedida en el Upano fue de lo más tierna. Ya se había puesto el vestido que usa en la montaña, el mismo que tenía cuando le conocí. La misma mañana en que yo me venía al Morona, él debía partir a Riobamba, para de allí irse por Baños al Curaray. Yo no quise que bajara hasta el río: las breñas del Upano son demasiado altas, y él tenía que caminar mucho ese día, y aquí en el Oriente no se camina sino a pie. Mas él se empeñó en acompañarme. Yo sentía verle bajar por esas peñas con grande dificultad, medio tembloroso, apoyándose fuertemente en su bordón. Pero a la voz me lisonjeaba la consideración de ser yo el objeto de tales manifestaciones hechas por un espíritu superior.

Cuando la canoa estaba lista, y llegó el momento de abrazarnos; más que nuestros cuerpos se estrecharon nuestras almas. Usted se va lejos, muy le-

jos, me dijo, y yo también, y ambos llevamos caminos opuestos... Adiós amigo, quiera el cielo que algún día volvamos a vernos. Adiós!

Jamás me he de olvidar, cuando una vez al otro lado del río, volví la cabeza para despedirme de él una vez más, jamás me he de olvidar, digo, de esa actitud que había tomado ese momento. Apoyado en su bordón con ambas manos delante del pecho, parecía una estatua, los ojos fijos en mí con aire de melancolía. Le batí fuertemente la gorra que iba puesto; pero él permaneció inmóvil. Había caminado ya largo trecho de la playa, e iba a internarme en las selvas, cuando regresé a verle por última vez; pero él siempre allí como una estatua fija en mi la vista. Ya con la distancia se confundía su vestido gris con las piedras y los troncos que le rodeaban. Parecióme una sombra que se desvanecía, y me conmoví tanto ese rato, que se me fueron las lágrimas. Hacía años que yo no había sentido esas ternuras infantiles. La lucha con los hombres me había puesto como de piedra, duro y hosco; tenía me por indiferente a todo, por insensible a todo. Pero el encuentro casual con este mi semejante, me transformó, y las lágrimas que por él derramé sirvieronme de consuelo, porque entendí que aún era hombre, y que aún tenía corazón. “No, no todos los hombres son malos” —me dije entonces— y cometería una grande injusticia en envolver a todos en el triste concepto que del género humano me he formado.

Capítulo VII

HACIA EL MORONA

Vuelto a Macas de su excursión al Sangay, encontróse Proaño con malas noticias venidas de Quito; de las cuales la principal fue que García Moreno lo había negado todo apoyo, fundándose en que cometería pecado si prestase algún auxilio a quién se había presentado como enemigo de Jesucristo y de su Santa Madre Iglesia.

De suerte que quedó abandonado a sus propias fuerzas.

Indignado Proaño por esta conducta intransigente de García Moreno, exclamó: “¡Y este es el hombre de progreso, el filántropo, el patriota, y cuanto hay de bueno y santo para los de su escuela!”

Lo más grave para Proaño fue que los macabeos, viendo ese espíritu hostil contra él, también ellos comenzaron por lo menos a alejarse de su persona, cuando no a serle adversos; y cuanto a las autoridades, abiertamente se declararon en su contra hasta el punto de ocultarle las canoas para el paso del Upano.

Pero Proaño era de esos hombres que mayores bríos cobran cuanto mayores son los obstáculos que les salen al paso. Y así, con más empeño que nunca, vendiendo hasta sus muebles y gran parte de su biblioteca, preparó una gran expedición hacia esas brumosas y desconocidas regiones del Morona, al otro lado de la cordillera del Kutukú, es decir de ese como gran ramal desprendido de los Andes, y que, como ellos, de Norte a Sur se extienden, frente a Macas, como ya lo he dicho antes.

Para esa expedición tuvo Proaño el acierto de hacerse amigo de las principales jivarías vecinas a Macas, que le prestaron eficaz apoyo, gracias a las simpatías que le cobraron debido a ese su don de gentes que le caracterizaba y a los muchos regalos que sabía hacerles.

Macabeos llevó también algunos, de los cuales sólo uno sobrevive, llamado Marcial Noguera, quién conserva los más gratos recuerdos de “ese caballero tan cumplido, tan bueno, tan generoso, tan caritativo con los pobres, tan compasivo con los desgraciados”, como él dice.

Los que algun tanto le orientaron respecto del rumbo que debía tomar, fueron los jívaros, sobre todo ciertos jívaros inteligentes. Ambísha Guanshéra y sobre todo Yúma, que es el Yumala de los Macabeos, y que entre los jívaros es el único sobreviviente, como entre los macabeos lo es Noguera, el cual Yuma conserva así mismo de Proaño los más gratos recuerdos, y hace de él los mayores elogios. “Averigué —dice Raimondi en su importante obra titulada “El Perú”, al hablar de esta expedición de Proaño—, con los naturales del lugar y con los indios jívaros, que viven inmediatos a Macas, la dirección de los ríos y sendas que había seguido para comunicar hasta el río Marañón, y habiendo adquirido datos muy favorables, proyectó emprender un viaje y reconocer esa nueva vía (del Morona) entre el Ecuador y la región Amazónica”.

Lo que más le preocupaba a Proaño era la creencia general en ese entonces de que el Morona no era otro que el bajo Upano; cosa que no se explicaba, cuando para mejor orientarse, subía a las cumbres del Quílamo, y desde allí sabía dominar al Upano de Norte a Sur, y más allá al otro lado del Upano la extensa cordillera del Kutukú paralela a este río. Creencia errónea que, a pesar de Proaño, alcanzó aún a Raimondi y a Wolf.

Si el Upano corre hacia el Sur, se decía, si el Morona me dicen está hacia el Oriente al otro lado del Kutukú, y si esta cordillera se extiende tanto más y se levanta más hacia el sur hasta perderse de vista, ¿cómo sucede que el Upano venga más abajo a ser el Morona? ¿Será que el Upano se ha abierto paso al travez del Kutukú, como el Pastaza al travez de los Andes en la región de Baños?; o será que más al sur, el Kutukú desaparece, y corre por ahí sin dificultades el Upano?

Había leído la geografía de Villavicencio más de una vez. En ella se lee lo siguiente: “MORONA. Nace en el descenso de la cordillera oriental de los Andes, i se compone del **Suñac**, que nace del lago de Quinua-loma i del **atillo**; y corren juntos hasta su unión con **río del Volcán**, que viene del Monte Sangay: desde este punto toma el nombre de **Upano**, hasta el estrecho de **Narous**, en el cual toma el nombre de Morona, con el que desagua en el Amazonas”.

No hay otro que con mayor acierto y más extensamente hubiese hablado sobre el Oriente que Villavicencio; luego debe de ser así, aunque a la simple vista no me puedo explicar-se decía Proaño en sus adentros.

Y por lo mismo tenía mayor vehemencia de emprender en su expedición. Cosa que en efecto emprendió, pero no sin sufrir en sus comienzos una contrariedad digna de referirse:

Había pasado ya el Upano, gracias al jívaro Puanchéra, quien le prestó su canoa, por haberle ocultado los macabeos la suya, en obediencia a ór-

denes impartidas por las autoridades locales, como he dicha antes. Había pues pasado y el Upano, y atravesaban la vasta llanura de la antigua Sevilla de Oro. Pero al llegar al Yukíasa o Yukípa, río que corre por las faldas del Kutukú, para comenzar el ascenso de esta cordillera, se desencadenaron, por rara coincidencia, en el derecho mismo donde había sido la antigua Sevilla de Oro, una tempestad tan furibunda, que Proaño no había visto en los días de su vida. Aún tronaba lejos todavía por el Norte, cuando ya densos hubarrones, color de ceniza volaban por encima de sus cabezas en alas de vientos tan recios, que zumbaban fieramente, cosa de darse las copas de los árboles unas con otras. Todo se estremecía esos momentos, y la naturaleza parecía una loca. Los vientos no cesaban; lejos de ese bien pronto tomaron las proporciones de huracán, tan formidable, que habrir en las cerradas selvas anchos surcos en la extensión de leguas, envolviendo en sus alas debastadoras las casas de los jívaros, y tronchando y amontonando unos sobre otros los árboles más corpulentos. Diríase que tan formidable fuerza era más bien la acción de la electricidad que de los vientos. ¿Serían una y otros?...

Sí Proaño y los suyos se hubieran retardado media hora en su viaje, les habría envuelto el huracán, y hubieran perecido triturados por los troncos de los árboles.

Lo más curioso, lo inaudito del caso fue que el huracán le acompañó tal tempestad de granizo, que causó verdaderos estragos en las gallinas y sobre todo en los pollos de los jívaros. Y sólo después de esto vino la tempestad de agua, que parecía el diluvio, por que las gotas no eran gotas sino chorros. Y si durante el huracán no hubo rayos, en cambio durante la lluvia, la tempestad de rayos y de truenos era verdaderamente aterradora, dantesca: Los mismos jívaros, con estar acostumbrados a estos fenómenos de la naturaleza, se estremecían, ante ese caer continuo de rayos, y ese retumbar sucesivo de los truenos en los montes. Si aún las pequeñas lluvias suelen hacer gran ruido en las selvas a causa de ese resonar de las hojas; ya se podrá suponer lo que fue aquella tempestad que presenció Proaño.

A la verdad parece increíble lo que a él le pasó; pues bien sabido es que en nuestra zona tórrida, si bien se ve granizo, no sólo en las más elevadas montañas, sino tambien en las llanuras; no se ven sin embargo en los climas cálidos como aquel en que Proaño se encontraba. Y con todo así pasó: fenómeno excepcional que como una tradición ha quedado entre los macabeos aquel huracán famoso, acompañado de granizo, que no ha vuelto ha repetirse al travéz de más de siglo. El alma grande de Proaño sintió una como ansia de confundirse con esas fuerzas desencadenadas de la indómita naturaleza.

Los jívaros que le acompañaban como cargueros, y que le seguían con grande repugnancia, a causa que entre ellos es afrontoso para los hombres eso de llevar una carga a cuestras, oficio propio de las mujeres; esos jívaros, digo, que así tan contrariados iban, se aprovecharon de la presencia de aquella impetuosa tempestad, que juzgaron como un mal agüero para ellos y le abandonaron a Proaño, sin que él lo advirtiese; temerosos de que si a pesar de los anuncios de la naturaleza, seguían adelante a territorio de enemigas tribus, allí les matarían. A esa determinación de los jívaros contribuyó con mucho la manera extraordinaria cómo se hinchó el **Yukípa**, cosa de arrastrar grandes piedras y árboles corpulentos arrancados de cuajo por el aluvión.

Proaño en tal situación, tuvo que demorar allí cuatro días, tanto para conquistar nuevos jívaros, como, para esperar que bajara el río.

Transcurrido ese tiempo siguieron adelante.

Cuando ya subían por las breñas del alta cordillera del Kutukú por la derecha del Yáhui-entza, por donde, a pesar de algunos puntos de escalera de raíces, la pendiente era suave; Proaño de cuando en cuando volvía las espaldas a gozar de ese magnífico panorama que se representaba a la vista; a sus pies el hinchado Yukípa, que los jívaros llaman Yukiaza, como he dicho; luego Sevilla de Oro: más allá del Upano, y Macas, y el Jurumbayno dominado por el Kilamo, que los jívaros llaman Kiamo; y por último, esas gigantescas moles escalonadas de los Andes, cuyas altísimas cumbres se elevan cual fantásticas estalacmitas; por cima de las cuales se destacaba el Sangay, volcán que con sus penachos de humo replegándose sobre si mismos, semejava una magnífica columna corintia sosteniendo la vasta bodega de los cielos.

Llegados a lo más alto del Kutukú, a donde, por evitar rodeos, subieron por escaleras de raíces, y donde jívaros y macabeos sintieron frío, y Proaño una temperatura grata al cuerpo, y donde el monte es bajo, a pesar de uno que otro árbol corpulento; siguieron una pequeña travesía horizontal por una bóveda de cedros, y a poco de haber comenzado el descenso, llegaron a las magníficas cascadas del Yukáipi-nainda, origen del Ayndikáimi, que más abajo, esto es al pie del Kutukú se encuentra con el Marembáymi, para luego entrar en el Miaza o Hunda-mangosisa, el cual con el Makúnma forma el Morona.

Proaño quedó maravillado a la vista de esas aguas espumosas y blancas como nieve, que de tales alturas se precipitaban a tales abismos, dando saltos tras saltos y corriendo atronadamente por canales abiertos por los siglos en esos enormes bloques de piedra viva.

Allí mandó Proaño hacer rancho, resuelto a pasar en ese lugar la noche. Mientras construían el pequeño edificio, sentóse sobre un tronco a leer en vía

de descanso, unas páginas de un libro que sobre música llevaba con sigilo, cuyas páginas tanto y tanto le deleitaban, a él que tan amante era de la música.

Una vez preparada la cama, en vano se acostó: no pudo consiliar el sueño. Había leído en el libro que el ruido de las cascadas era música, que el silencio era música; llena la imaginación de estas ideas, se puso a escuchar, los ojos cerrados, esos murmullos extraños y misteriosos de las cascadas, que con el viento iban y venían en series intermitentes.

Estas aguas toman más abajo el nombre de Kuyuta-entza, que es el Zanjaseca de los macabeos.

El nombre jívaro de Kuyúta, en explicativo del hecho de perderse o secarse el río a trechos, a causa que corre en gran parte por profundos subterráneos; razón por la cual en verano el Zanjaseca se lo pasa a pie enjunto.

Pero sucede que había llovido toda la noche, cosa de bajar por allí una avenida asoladora, de esas que son frecuentes en el Oriente. Y así, a pesar de haber pasado ya toda la fuerza del aluvión, tuvo que esperar Proaño un día y una noche hasta que rebajara algún tanto; pues allí el río serpenteaba en extremo, y había que pasarlo y repasarlo, como en efecto lo pasaron hasta doce veces, con el agua a la cintura y con grandes dificultades, sobre todo en un punto donde tuvieron que tumbar un árbol para hacer puente por encima de uno como chiflón de molino.

Por los rastros que dejó el aluvión, se comprendía las proporciones que había tomado; pues las ramas de los árboles más retirados del río, estaban cubiertas de tierra, e inclinadas río abajo, como que aún sufrieron el ímpetu de la corriente.

El camino estaba borrado, lo que dió ocasión a que los cargueros se perdiesen; pues donde había sido el camino, sólo se veía arena y más arena, y montones de piedras fuertemente enlazadas con las raíces de los árboles corpulentos que habían sido precipitados de las alturas.

A pesar de la falta de camino, y de tener que abrir un safo-bulto en más de un punto, a causa de lo cerrado de la selva; Proaño no cesaba de admirar la exhuberancia de una vegetación tan varia, a la vez que aquellas suaves ondulaciones de la cordillera, aquel escalonamiento de vastas mesetas que continuaban sin interrupción hasta muy adentro por las vertientes orientales del Kutukú. Donde ya el Aydikáimi es caudaloso, aunque precipitado todavía, desemboca en él por la izquierda el Yahüi-entza, aguas medicinales, donde acuden a abreviar las dantas, los ciervos y las aves, y en las cuales se bañó Proaño, después de tomar de ellas algunos tragos.

En este punto había pasado largo tiempo el Mariposero, a causa de la abundancia de bellas mariposas de alas transparentes, como unas azules, salpicadas de plata, que encontró el mismo Proaño.

Capítulo VIII

LA CUEVA DEL TAYU

Cansados de andar, llegaron al fin sobre tarde a una de las más famosas cuevas del Tayu, donde resolvió Proaño pernoctar.

Estas cuevas se encuentran en el Tayo-Nainda.

Nainda en jívaro quiere decir cerro; y en consecuencia Tayo-Nainda significa la Cueva del Tayu.

El Tayu-Nainda es un cerro áspero, de aspecto lúgubre, que se levanta desde los abismos del impetuoso Aindikaymi.

Diré desde luego que el táyu significa, y entonces el lector alcanzará la razón por qué a Proaño tanto le interesaba aquellas horrendas cuevas.

El Tayu es una especie de gavilán, con alas desproporcionalmente largas, y con patas por el contrario cortas; con grandes y fuertes garras, y pico bien corvo. Es nocturno. Siempre busca las más ásperas peñas para su guarida. Busca profundidades naturales con paredes verticales en torno, y allí con las garras y el pico cava en la peña en sentido horizontal, formando un feo laberinto de galerías de altas paredes verticales, en cuyas eminencias la hembra pone huevos en abundancia.

Los machos y pichones de esta ave son el pasto de animales carnívoros y terribles; de donde proviene el gran peligro que arrostran los jívaros al cazar tayus, y el valor grande que adquiere aquel precioso adorno que usan con nombre de Tayu-kunki.

Nada más lógrego que aquellos laberintos, ni nada más siniestro que el canto del tayu en esas profundidades tenebrosas.

Los jívaros que van en caza de tayus, son solo aquellos que han hecho resolución de morir. Tal es el peligro inminente que llevan, a causa que aquellas cuevas no solo son la guarida del tayo, sino el jumbumbi, y otros animales más feroces todavía, que se alimentan de sus pichones.

Los jívaros jamás van solos a esta caza, sino siempre entre muchos, llevando para el efecto gruesas cuerdas de lianas.

Una vez al borde la peña, arrojan cargas de leña al fondo, cogen la lanza con los dientes, y con teas de copal en la mano se descuelgan con aquellas cuerdas por la peña.

Cuando ya todos han bajado, empuñan su lanza con la diestra en ademán de acometer, y así penetrar en aquellos oscuros antros.

Si han tenido la fortuna de no encontrarse con fieras, entonces prenden fuego en abundancia, y una vez henchida de humo la cueva, entonces hacen gran ruido con voces roncadas como de osos que llenan las concavidades de la caverna. Entonces las aves se espantan y alborotan, y comienzan, bobas con el humo y ofuscadas con el resplandor de las llamas, a revolotear por allí en bandadas como de murciélagos sin acertar a dar con la salida. Y en ese revolotear es cuando los jívaros las cubren al vuelo con los tarachis de sus mujeres.

La vuelta a sus casas, es un acontecimiento para las familias, quienes miran a los cazadores como a aparecidos, y celebrar su regreso con grandes algazaras y fiestas, para lo cual le sirve la misma carne de los numerosos tayus que han cazado.

De las extremidades de las alas sacan un hueso del grosor y forma de tallo de trigo, y de un centímetro o más de largo. Estos huesos que en un principio son de color verdoso, los ponen a secar al sol sobre matas de yuca, luego los raspan con navajas de concha, hasta que queden blancos, en seguida de lo cual los ponen al sereno para que blanquen más todavía, pasándoles para el efecto en hilos de chambira, yuxtaponiéndolos cosa de formar fajas de cincuenta y sesenta tayos cada uno. Luego unen estas fajas entre sí en sentido vertical, hasta ocho, diez y doce de ellas, intercalando entre faja y faja unas cuentesillas vegetales, a modo de cintas negras, o cafés, o colorada, que de todos esos colores usan, y que dan al conjunto un hermoso aspecto gracias al contraste.

Esto es lo que los jívaros llaman **Tayukúncchi**, que luego ponen al sereno por varias noches, sobre matas de yuca o de algodón, a fin de que blanquen más todavía.

Ukunchi en jívaro significa **hueso**; y por eso llaman al todo **Tayúkunchi**, cometiendo así la figura que llamamos sinéresis.

El **Tayukúncchi** es uno de los adornos mas lindos y lujosos que los jívaros tienen. Lo cual se explica fácilmente, dado que de cada tayu solo sacan dos huesos para el efecto, y dado que todo **Tayukúncchi** se compone de quinientos y seiscientos huesos; lo que quiere decir que han tenido que cazar de doscientos cincuenta a trescientos tayus, en lo cual, como he dicho, han jugado muchas veces la vida.

El Tayukúncchi no lo usan los jívaros sino en las grandes solemnidades y no cualquiera, sino solamente los mancebos, quiero decir los solteros. Y cuanto más gallardo es hermoso, mejor le sienta el Tayukúncchi el cual le cuelga por las espaldas desde la nuca hasta mucho más abajo de la cintura, llevando al pie lindos flecos de alas tornasoladas de cucuyu y de plumas de dios te de, y arriba, largos **guáhuos** o pendientes asimismo de alas de cucuyus y moscardones, que le cuelgan al pecho por sobre los hombros.

He dicho pues que Proaño, atraído por lo tétrico de Tayu-nainda o Cerro del Tayu, resolvió pasar allí la noche, aun cuando jívaros y macabeos le hicieron presente que había peligro dormir junto a una tal cueva.

Proaño por toda precaución acostóse al medio de su gente, hizo colocar los víveres, a modo de paredes, a los lados del rancho, y mando prender fuego a los pies para evitar la aproximación de las fieras; fuera de que tenían lanzas y escopetas a la mano.

Acompañaba a Proaño un macabeo, hijo de un blanco en una jívara, llamado Marcial Noguera, que pasaba por ilustrado en Macas, a causa que mucha había aprendido con los misioneros dominicos, a quienes no solo había acompañado en sus misiones por las selvas, sino también a Quito y Guayaquil. Este macabeo, cuando no estaba con los misioneros, solía hacer el triple papel del sacerdote, médico y contador de cuentos.

En largos años que permaneció este individuo postrado en su casa con reumatismo, nunca le faltaron amigos que, más que por acompañarle, venían por escucharle. A más que todo lo contaba con gracia, se sabía al dedillo la vida íntima de los macabeos y de los jívaros, fuera de que no eran un secreto para él los misterios de las selvas.

Proaño, hasta que le viniera el sueño, si no leía su libro favorito, se hacía contar de él alguna anécdota, que de seguro le servía de narcótico.

Y así lo hizo aquella noche, y comenzó su cuento más o menos en los términos siguientes:

“No hace mucho tiempo que la linda jívara Tunduáma vivía a orillas del manso Kusuimi, en uno como islote formado por uno de los numerosos anillos de este dormido río que, como todos los de esa comarca, desemboca en el caudaloso Makumma.

Un poco más al sur, y en las breñas del Kangáymi, antes de su confluencia con el Kasuimi, vivía el poderoso Mashumáru que tenía un hijo esbelto como una palma, a la vez que se distinguió por lo valiente y generoso.

Llamavase Kanúsa el joven.

La fama de la hermosura de Tunduáma confundíanse con el ruido de estas cascadas, y por todas partes resonaba el dulce nombre de Tunduáma.

Pero a nadie impresionó tanto esta linda joven como a Kanúsa, quien solo buscaba una ocasión para declararle su amor.

Y esa ocasión la tuvo cuando Chumbi el padre de Tumduáma, que vivía a la sazón, aunque murió poco después, celebró una fiesta en honor al Tabaco, a fin de asegurar la fertilidad de las sementeras, y el incremento del pescado, de los cerdos y animales de caza.

A dicha fiesta concurrieron de todas las tribus que habitaban a orillas de los numerosos afluentes del Makumma; vinieron en consecuencia del Kangáymi, del Shimbími, del Pángui, del Guahuáymi y muchos otros.

Allí vino también Mashúmaru con su hijo Kanúsa.

Tres días duró la fiesta; pero en esos tres días hubo pesca en canoa, hubo banquetes en que se derribaron muchos cerdos que habían engordado para el efecto; hubo en fin canto y mucho baile.

Durante la fiesta muchas veces tuvo ocasión Kanúsa de dar a conocer su amor intenso a Tunduáma, la cual en un principio se portaba indiferente, pero que luego cambió en extremo cosa de ponerse loca de amor por él merced a la *simayuka* que disimuladamente le dio a beber en una pininga de *nigamanchi*. Tunduáma, que ignoraba el artificio de Kanúsa, se imaginó que se había prendado de esa manera de él por cuanto muchas veces le habían ponderado lo bien que tiraba *pukúna*, cosa de coger muchas aves, y por lo bien que manejaba la lanza.

Lo que más le enamoró a Kanúsa fue la manera, en el baile zapateaba Tunduáma, con el objeto de hacer sonar mejor que las otras su sonoró *Kúngo*, que con tanta gracia le colgaba de la cintura.

—¿Y en qué consiste el tal Kúngo? - le interrumpió Proaño, que hasta entonces no había visto aquella prenda jívara.

—El Kúngo —respondió Noguera— es una como falda compuesta de un tejido de conchas superpuestas y escalonadas a modo de escamas. Esta falda que llega hasta cerca de la rodilla, cuelga de la cintura por numerosos cordones en cuentas del monte de colores diferentes. Este adorno se compone de dos piezas, la una grande, y la otra pequeña. Con la grande, que propiamente, se llama Kúngo, se cubren las caderas; con la pequeña, que llaman *natera*, solo la parte anterior a modo de delantal. Mientras están en cualquier oficio extraño al baile, se están solo con la pequeña; más para bailar, se ponen también la grande, la que se quitan luego que han dejado de bailar.

Al sacudir el cuerpo en el baile, hace el Kúngo gran ruido, como de muchos cascabeles. Por eso el lujo de los jívaros en las fiestas está en pintarse bien la cara de negro y colorado, y tener un buen Kúngo para poder bien sacudir el cuerpo mientras bailan, de manera de hacer sonar fuerte y cadenciosamente aquel adorno. Por donde se comprenderá que un conjunto de cincuenta o cien jívaras bailando a la vez, hacen un ruido tan extraño que resuena en las selvas a largas distancias.

Pues el Kúngo de la Tundúama –continuo Noguera– era el más elegante en esa fiesta del tabaco, y era la Tundúama la que mejor bailaba. En ese quitarse parajas o cambiarse, Kanúsa era el que mejor ejercitaba ese derecho, por gusto de bailar con la graciosa Tundúama. En esa confusión de danzadores, con frecuencia se veía a esta pareja, ya aun lado ya al otro de la sala: él, pintaragiado el rostro, tocando la flauta, unas veces, su tamboril otras, y devorándosela siempre a su compañera con miradas de fuego; élla, con su cadencioso sacudir del cuerpo, con ese saltadito de los pies unidos, y los ojos en el suelo, y alzándose, ya con una mano con otra, el pelo que entrecubría el rostro, ya en fin enpuñándose los senos graciosamente con las manos.

Ya entre los dos estaba concertado el matrimonio; y los padres de los novios por su parte, que tan amigos eran trente sí, y que conocían los amores de sus hijos, en su interior lo aprobaban.

Iba pues el negocio para los dos viento en popa, y toda auguraba completa felicidad a tan simpática pareja.

Más por desgracia, sucedió que al misma fiesta concurriese también el terrible brujo de la tribu de los Panguis, llamado Manguzuza.

Nunca vieron los habitantes de estas selvas hombre ni más feo ni más malo que este brujo; era grueso, contrahecho y rechoncho; tenía la piel escamosa, cenicienta y partida, de elefante. Como era glotón, tenía una panza descomunal, que parecía contener una tonelada de sabandijas adentro; pues le gustaba mucho engullirse zapos, lagartijas y hasta culebras. Adolecía de todas las enfermedades que suelen padecer los jívaros: tenía úlceras en las plantas y entre los dedos de los pies, en el cuerpo, y aún en la cabeza en la cual, a causa de esto, le faltaban mechones enteros de pelo; era además reumático, pues con frecuencia se le veía vendado de las piernas; era gangoso, porque tenía polipo; y todo el cuerpo, las manos, el cuello, la cara, tenía salpicado de feas manchas de carate ya blanco ya amoratado. Yo no sé que sería más feo en él, si esa voz ronca que tenía, o ese cuerpo tan deforme que tan malos olores despedía. Estar junto a él era poner en suplicio todos los sentidos.

Pero si su cuerpo era así, su alma era mucho peor. En los setenta años que llevaba de vivir, dicen que los sesenta era de crímenes y vicios, por que desde niño se distinguió por sus excesos de todo género; era tan lividinoso como glotón, y tan sanguinario como lividinoso.

Como era brujo, su voluntad era omnipotente; todos le obedecían, nadie le contrariaba, de temor de ser el objeto de sus brujerías, para lo cual tenía a su disposición al Huijuanchi y las serpientes.

Desgraciado de la joven en quien hubiese puesto los ojos, por que enseguida se apoderaba de ella para mujer suya, sin que nadie, ni los mismos padres de la muchacha se atreviesen a oponerse a ello.

Muchas mujeres tuvo en su vida, pero a todas iba matándolas, a medida que se cansaba de ellas, iba luego reemplazándolas con otras de su agrado.

Pues también este brujo vino como he dicho a la fiesta del Tabaco, desde las orillas del Panguí en donde tenía su guarida. Su costumbre era asistir a toda fiesta, con el fin siniestro de asechar la presa.

Esta vez, el objeto de su predilección fue Tunduáma, y no pensó en más que arrebatarla. Pero como él sabía que ninguna mujer quería seguirlo voluntariamente, adoptó la costumbre de concertar el matrimonio con los padres de la víctima.

Y así sucedió, que mientras Kanusa y Tunduáma bailaban entre sí en la fiesta lleno de ilusiones en su futuro enlace, el viejo Mangurusa descubrió su siniestro pensamiento al padre de Tunduáma, el cual quedóse yerto al oír las palabras del brujo, que cayeron sobre sí con una sentencia de muerte inapelable. “Tú hija es hermosa— le dijo al brujo a Chumbí— y he resuelto casarme con ella y quiero que me la entregues”.

Yo le consultaré a ella —respondió Chumbí temblando de temor.

—Nada tienes que consultar, dijo el brujo, tu voluntad se hará. Pero como sé que tanto quieres a tu hija, he resuelto no alejarla mucho de tú lado, y en vez de llevarla al Panguí, quiero venir a vivir en este cerro vecino, junto a esas cataratas donde tiene origen este manso río a cuya orilla habitas. ¿Me permitirás hacerlo?, le interrogó con esos ojos de berraco.

Como Chumbi viése que la pregunta del brujo, más que tal fue una amenaza, le contestó solícito diciendole: “puedes venir a mis dominios sin temor ninguno. Nadie te estorbará. El Atzúta hizo estos inmensos bosque no solo para unos sino para todos los jívaros. El viejo y sabio Atzútua, el dios que vive en las alturas, el que ha hecho estos cerros, estos ríos y estos bosques, nos ha dejado en plena libertad para que, sin molestarnos los unos a los otros, usemos de la yuca y el plátano, que producen en estos suelos, del sabroso pes-

cado de que dan de sí nuestros ríos, de las aves que cantan en nuestros follajes, de los cucuyus que iluminan nuestros bosques, del barro de que hacemos nuestras ollas, y el algodón que nos sirve para tejer los tarachis de nuestras mujeres. Eres pues libre, sabio Manguruza, para venir a establecerte en mis dominios, a enseñorearte de las rugientes cascadas del Shimbimi, allá en las ásperas peñas del Kutukú, a donde quieres fabricar tu morada para vivir en ella con mi hija Tunduáma y tus demás mujeres”.

Así terminó la conversación de Chumbí con el brujo, mientras Kanúsa y Tunduáma no se cansaban de bailar, bebiendo del sabroso Nigamanchi, que más y más les inflamaba esos pechos ardientes de amor, que más y más les encendían esas sus doradas ilusiones que titilaban como las brillantes mariposas de sus selvas.

Terminada la fiesta, todos se fueron; Kanúsa llevándose un secreto que guardaba también Tunduáma, y el brujo, otro secreto que ocultaba también el viejo Chumbí.

Cuando Karúsa le habló a Tunduáma de matrimonio, ella le respondió que nada podía ofrecerle al respecto mientras no hablara con Chumbí su padre, y así concertar en que vendría a pedirle su mano poco tiempo después, esto es en los días de la madurés del chonta ruo, en que tendrían ocasión de reunirse una vez más en son de fiesta. De suerte que por ahora se limitó Kanúsa al despedirse, a obsequiar a su futura con una linda gargantilla de dientes de mico, y con brazaletes de piel de culebra.

Pero Mangurusa no perdió tiempo. Fuése al Panguí, mató con su lanza a dos de sus mujeres que vio que ya envejecían, y se alzó con las demás a las cascadas del Kusuimi, donde por lo pronto improvisó un **rancho** para traer allí a su futura, mientras, para defenderse de sus enemigos, levantaba un palacio a manera de fortaleza, en las cumbres del Tambachi, ásperas breñas sacudidas a la continua por las grandes y profundas cascadas que allá abundan, las cuales echan humo en los abismos a donde caen.

Terminado el rancho, al cabo de un mes más o menos, y formadas las nuevas chacras por sus mujeres, se fue a casa de Chumbí a pedirle cumpliera con lo pactado.

Indescriptible es la escena de dolor que allí se desarrolló, tan pronto como Chumbí tuvo que descubrir a Tunduáma lo que no se había atrevido hacerle antes de ahora acerca de la triste suerte que le esperaba.

Pero como estos casos entre estas gentes son fatales como los cataclismos de la naturaleza, ante los cuales el pobre mortal tiene que rendirse mal de su grado; como la mujer jívara no tiene voluntad propia, y es el padre o el ma-

rido el único que puede disponer de su albedrío y de su vida; esa desgraciada Tunduáma, a cuya memoria acudieron en tropel todos los horrores que Manguruza había cometido en su negra vida, las muchas mujeres que había asesinado, y lo mucho que tenía que trabajar, so pena de la vida, para dar de comer y de beber a ese viejo glotón cuyo vientre era un tonel sin fondo; esa linda Tunduáma, ante los decretos de un destino tan cruel como inflexible, no hizo otra cosa que acercarse a donde le esperaba el brujo, al hecho nupcial que inicualemente le había preparado su propio padre, simple acto con el cual quedó casada, no obstante que supo luchar con buen éxito con el leproso brujo que en vano trató de poseerla.

El viejo entonces, ante las resistencias de su nueva esposa, no hizo observación ninguna, pero se prometía vencerla cuando estuviese en su casa allá en las peñas del Kutúku; y así, sin decir palabra, se retiró, en la seguridad de que su nueva esposa le seguiría.

Y así lo hizo.

Puso Tunduáma en su **Tukupi**, sus espejitos, una **yukunda**, especie de pininga pequeña, en que debía servir sumo de tabaco a su marido, el **natipa**, especie de copa asimismo de barro, en que guardaba el achote para pintarse; puso también en el tukupi, su tarachi, algunas chakiras, sus huahuos de alas de cucuyu, y sobre todo las gangantillas de dientes de mico y los brazaletes de piel de culebra que le había regalado Kanúsa; puso asimismo en el tukupi los vestidos nauseabundos del leproso Mangurusa, se echó a la espalda el canasto, y en silencio, los ojos en el suelo, siguió las cuadradas pisadas del horrendo brujo.

Y mientras así subía río arriba del Kusuimi, con su tukupi a cuestras la imagen de kanúsa se le presentó mas hermosa que nunca, y se figuró que aquél Kanúsa era el más valiente de los hijos del desierto.

Pasó la primera cascada, pasó la segunda, y cuando ya estaba cerca de otra mas imponente, llegó a lo más alto y áspero de aquellas breñas del Kutukú donde se hallaba el rancho.

Las otras mujeres de Mangurusa recibieron con júbilo a su nueva compañera, la cual en cambio, no revelaba en su semblante ni placer ni pena a cuantas demostraciones le hacían.

A poco de llegado Tunduáma, presentóse el brujo a ella lanza en mano, pintado cuerpo, piernas y cara, y la invitó a que se viniera con él a dentro del bosque. Ella, que comprendió lo que viejo quería, ella cuyo cuerpo había destinado para su adorado Kanúsa, le hizo creer que ya le seguía, y le dijo que se fuera esperarla, que bien pronto iba a seguirla, tan pronto como se pintase

bién ella, para aparecer más hermosa a los ojos de su querido esposo.

Ynternóse pues en el bosque el lujurioso brujo, lisonjeándose de desflorear, dentro de breves a la más bella de las hijas del desierto.

Entonces ella, sin hacerse notar de sus compañeras, se detuvo en lo más alto del Tambachi, desde donde se dislumbraban las riberas del Kangaymí, echó una mirada por allá, por donde debía de estar la mansión de Kanúsa, le dio una despedida íntima con el alma, al tiempo que lágrimas de fuego le corrían por las mejillas, y, arrancando unas lianas que colgaban de un árbol, las torció, ató luego a un grueso tronco uno de sus extremos, se enlazó con el otro al cuello, y, después de lanzar una mirada postrera a las riberas del Kagyaimi, se arrojó al abismo, sobre el cual quedó colgada, en las paredes que descendía a una oscura cueva del tayu.

Mientras tanto, el brujo, febril en su lujuria, la esperaba impaciente en el oscuro bosque, en su improvisado lecho de hojas secas. Hasta que las jívaras del rancho, que casi no se habían apercibido de la salida de Tunduáma, furiosas de su tardanza, salieron en su busca, y a poco de andar vieron con horror que estaba muerta oscilando en la peña. Y volaron en busca de Manguruza, dando voces agudas que resonaban lúgubrementemente en los cerros vecinos. “Valiente Manguruza –le dijeron tan pronto como dieron con él– la bella Tunduáma, tu nueva esposa, acaba de ahorcarme en las peñas del Tayu, y está muerta!”

El monstruto, al oír esto, se arrastra pesadamente por entre los árboles, a ver lo acaecido. Y al verla muerta ya, y en esa forma, dio rugidos tales, tan roncós y tan fuertes, que apagó el ruido de las cascadas, haciendo que el eco de tales voces, que resonó en todas direcciones, parecía bramar de furia los cerros circunvecinos”.

Al llegar a este parte de su cuento Noguera, por una feliz coincidencia, salieron de la cueva del Tayu junto a la cual dormía, unas voces roncás como de fieras, hicieron temblar el suelo más que las mismas cascadas del Aindikaymí que a sus pies bramaba.

Proaño, que estaba nervioso con el cuento que acababa de escuchar, se asustó al oír esas voces extrañas, y preguntó lo que aquello podía ser.

Fijaron los oídos jívaros y macabeos:

“Es lucha de fieras, dijeron. Así pasa. Vienen unas y otras por los pollos del tayu, y se encuentran en la cueva, y pelean, y el vencedor es el que se los come”.

– Y es tigre?– dijo uno de ellos asustado.

—¡Sí, el tigre el tigre!! dijeron los demás poniéndose de pie.

Pero tanto por que estaba lloviendo ese rato, como por que estaba la noche en extremo oscura, y sobre todo de miedo, no se atrevieron a salir a ver lo que pasaba en el fondo de esos tenebrosos abismos. Y si algo vieron desde sus camas; fue gracias a la luz de los relámpagos, y por que estaban todos listos con una rodilla en el suelo y sus escopetas cargadas, mirando hacia a las cuevas, momento en que vieron salir a todo escape un animal negro del tamaño de un lobo, y trás de él un tigre que de ojos de fuego, que lo perseguía mostrándole los dientes y con fieras arrugas en las comisuras de su enorme boca. Aunque en seguida se apagó la luz del último relámpago, pero alcanzaron a ver por donde los dos animales se internaron en el bosque, y entonces los macabeos, todos a una, descargaron al acaso sus escopetas por ese lado.

Como todo quedó en silencio, ignoraron el efecto que los tiros habían hecho; y solo a la mañana siguiente pudieron ver regueros de sangre, que indicaba que la fiera había huido herida.

Al día siguiente continuó su camino Proaño, siempre al S. E de Macas, impresionado, más que de la ventura del tigre, de la suerte de Tunduáma, con tanta mayor razón cuanto que los demás macabeos le aseguraron que lo que Marcial Noguera le había contado como cuento, sucedió en realidad una ocasión en esas desiertas selvas.

Proaño, a más de ese espíritu de observación que tenía, era meditabundo; todo cuanto veía hacía objeto de hondas consideraciones, y así fue como lo relacionado por Noguera le sumergió en las más profundas reflexiones.

Proaño había creído que una jívira, por el hecho de ser tal, era incapaz de sentimientos delicados, de emociones profundas, de pasiones violentas: la suerte de Tunduáma despertó en Proaño simpatías que antes no había sentido por esta mujer selvática, que a pesar de ser salvaje, ha sabido amar con frenesí, distinguiendo lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo, y prefiriendo lo primero que adhiriéndose a ello, hasta el punto de lanzarse antes a la muerte que entregarse en brazos de aquél que le repugna. Y Proaño se lastimaba hondamente de la suerte de la jívira, que a pesar de tener tal corazón y tales sentimientos, carecía de libre albedrío, hasta el punto de no ser para el padre o el marido déspota otra cosa que un objeto mercantil o un instrumento de placer.

Y no sabemos hasta cuando hubiera continuado en esta meditación nuestro héroe, a no haberse encontrado de improviso con una de esas bellísimas curvas que en esa serie de escalones del Kutukú va formando la Yindikaymi; en donde no solo podían caber balsas sino lanchas, y ya se imaginaba her-

mosos paseos en canoas por allí. Muy soñador era Proaño, y siempre tomaba el lado poético de las cosas.

Un poco más abajo de esa curva, aumenta el canto de esas aguas dormidas, una linda isla que los jívaros llaman Namiki, en donde abunda la ceíba.

Caminaron gran trecho, de la isla de Samiki abajo, siempre en dirección S. E. de Macas, cuando oyó Proaño un ruido sordo como subterráneo, pero tan fuerte que hacía estremecer la tierra: era la Aindikaymi, que se precipitaba a una profundidad vertiginosa en las Peñas del Churubí.

Como ya era tarde, resolvió pasar allí la noche, y ordenó que en seguida se fabricara el rancho; pues aunque había allí una casa de jívaros, pero como estaba ausente el dueño de ella, y la jívara su mujer, viéndose sola no quisiera recibir huésped ninguno, Proaño no quiso forzar la voluntad de la jívara, con tanta mayor razón cuanto que él prefería prenoctar en medio de esas terribles breñas, cosa que ejercía en él una especie de sugestión, sin duda por ser hijo de los Andes y estar acostumbrado a tan ásperos paisajes.

El carácter de Proaño era múltiple. A pesar de su gusto refinado por todas las delicadezas de la naturaleza, con todo, entre una brisa perfumada y un huracán, él prefería el huracán; entre una laguna y una catarata él prefería la catarata. Y por eso quiso pasar allí la noche como había pasado dos días antes en las Cuevas del Tayu, oyendo las cascadas del mismo río en las cumbres del Kutukú.

Y lo que le pasaba con las cosas de la naturaleza, le pasaba con las obras de arte y con el trato de las gentes; los cuadros dantescos, como los de Delacroix, le atraían más que los amenos paisajes de un Corot, de una mujer de fuego le arrebatava más que otra de apacible genio.

Es que Proaño había nacido para la lucha, y seguro de sí propio, se creía el mismo una fuerza capaz de desafiar a los elementos.

Nada de nuevo ocurrió aquella noche, sino es que les cayó un aguacero torrencial cosa de desbaratárselos el rancho y mojarseles la ropa de la cama.

Pero desde allí comenzaron para Proaño sus aventuras más peligrosas, aquellas que tanto lo habían anunciado desde Macas antes de su partida, hasta el punto de asegurarle que tal riesgo llevaba su empresa, que de seguro no volvería y que su cabeza quedaría en manos de esas terribles tribus eternamente en guerra; tanto más cuanto que Proaño iba del lado del Upano, o sea el Kanusa de los jívaros, y que los kanusas y los moronas eran encarnizados enemigos que se hallaban en perpetua guerra. Y para más amedretarle le aseguraron que un jívaro, llamado Nanchi que acababa de llegar a Macas, y que

era muy conocedor de esas regiones por donde Proaño quería aventurarse, se había reído a carcajadas al saber que Proaño tenía tal pretensión, y dijo que los apachis se imaginaban que era lo mismo trazar caminos en el papel (como le había visto hacer a Proaño), que irse por esas regiones tan llenas de peñas, como de peligros de todo género. Aseguró además que las jivarias del Morona eran tan bravías, que solo que fuera Dios Proaño podría recorrer con vida el terrible río Morona.

Se acordaba también Proaño de lo que le habían dicho acerca de la ambición que los enemigos de Tungura tenían, de cortarle la cabeza, a fin de tener libre el paso del Morona, y poder llevar por allí al Maraón la sal del Mangosiza, y sobre todo para llevarse consigo a su hija Zapikia, que estaba reputada como la más bella del desierto.

Digo esto, porque en aquella mañana, en momentos en que alzaba las camas y preparaban las maletas para proseguir el viaje, subían por las riberas del mismo Aindikaymi, dos jívaros que pasaron a saludar con los otros que acompañaban a Proaño, con quienes les ligaban lazos de parentesco.

Los jívaros, tanto en sus visitas, como al saludarse en los caminos, tomar un aire tan marcial, hasta los demás humilde condición, que parecen dos leones amenazados; empuñan bien su lanza, fruncen el entrecejo, se yerguen fieramente, y sus voces ordinarias se tornan en voces de cascadas. Ya lo he dicho, hasta los jívaros más humildes toman ese aspecto arrogante al saludarse. Y si ese encuentro es entre jefes, y tratan de asuntos guerreros, la cosa no puede ser más imponente. Puede un jívaro considerar cuanto se quiera a un jefe blanco, a quien quizá está sirviendo de guía; pero si se encuentra con otro jívaro en el camino, se olvida de toda consideración al blanco, y conversar indefinidamente entre ellos, teniendo mientras tanto el jefe blanco estarse esperando con paciencia franciscana aquella conversación, que a veces toma avisos de indefinido.

Aunque Proaño había visto ya otras veces estas conversaciones de dos jívaros que se encontraban en un camino, a cuyas exigencias había tenido que someterse más de una vez; con todo la manera como estos jívaros hablaban en esta ocasión, no pudo menos que despertar la curiosidad a Proaño, quien entonces preguntó a los macabeos que era lo que aquellos jívaros decían:

“Está contando –dijo Noguera– que su tío Timaza ha venido al Uchi-chi-Mangosiza, a cocinar sal, de la cual sustancia le ha regalado a él una olla llena”.

En efecto, tras los jívaros estaba humilde como un perro, la mujer de uno de ellos, que traía a cuestas una changuina de mimbres con hitipis aden-

tro, más unos atados de maszato de yuca en hojas de plátano, y la olla de sal de que el macabeo le había hablado.

“Dice también –prosiguió Noguera– que ellos por ser kanusas, y enemigos de los moronas, van huyendo, por que están en guerra los miasas y los makummas mostrando con la vista este último río a su izquierda, esto es al N.E. de donde se hallaban.

Pero si la guerra es allá, ¿qué tienen que ver con ella los jívaros que residen en el Uchichi-Mangosiza y el Aindikaymi, y por lo mismo que tienen que temer los que andan por aquí– preguntó de propósito Proaño por ver que respondían.

–Es que los aindikaymis son amigos de los moronas– dijo Noguera– y pelean también ellos contra los Makummas por Tungura jefe de los Moronas.

–Pero ¿cómo es –replicó Proaño– que Aindikaymis y Makummas pelean entre sí, cuando tanto distan unos de otros, y hay tantas tribus intermedias, según me han dicho los mismos jívaros?

–Sí– dijo Noguera– pero es que de esas tribus intermedias, unas pelean por los Makummas, y otras con los Miaszas. Pelean con los Makummas todos los jívaros que habitan en los ríos que van al Makumma, y pelean con los Miaszas todos los jívaros que viven en los ríos que forman el Miásza o Nunda-Mangosiza, al cual va también el Aindikaymi.

–¿Y cuáles tribus son más numerosas, los aliados de los Makummas, o los aliados de los Miaszas?

–Los Makummas– se adelantó a responder Juan Bravo, otro de los macabeos–, por que el número de ríos que entran al Makumma es mayor que los que entran al Miásza. Como el Makumma –prosiguió– es el más largo de todos estos ríos, la tribu del Makumma por sí sola es numerosa. Fuera de que a esa tribu ayudan las que están a este lado del Makumma, como son, los Hua-huaymis, los Panguis, los Shimbimis, los Kangaymis, los kusuymis, y por último, los Kayanazas, que viven muy cerca de sus enemigos los Miaszas.

A la tribu del Miásza, ayudan los que están más acá, esto es, los Nuibaymis, los del Hechichi-Lumbaymi, los del Hunda-Numbaymi, los Aindikaymis, y por último los Márimbaymis y los Uchichi-Mangosizas, sin contar con otras tribus de muchos otros ríos asimismo pequeños, tanto en la región del Makumma como en la del Miásza o Hunda-Mangosiza.

–Según esto, ¿los Makummas serán los vencedores en esta guerra– preguntó Proaño?

–Sí solo pelearán los Makummas con los Miászas, estos saldrían vencidos –respondió Noguera– porque los Makummas, a más de terribles son nu-

merosos. Pero los Miászas son aliados de los Moronas, y la guerra es sobre todo contra éstos, y donde estos pelean, jamás salen vencidos. Y la prueba del poder de Tungura, jefe de los Moronas, prosiguió es que él tiene, puede decirse, las llaves del Morona; pues tiene sus fortalezas en los dos poderosos ríos que forman el Morona, el Makumma y el Miászas o Hunda-Mangosiza.

—¿Pero no me han dicho ustedes que el Jefe de los Makummas es Mashu?

—Sí, el Jefe de los Makummas es el famoso Mashu.

—¿Pues cómo me dicen ahora que Tungura tiene su fortaleza en el Makumma?

—Cierto que anteriormente Mashu ocupaba todo el Makumma, y era el Dios de ese río, como ahora Tungura es el Dios del Morona; pero poco a poco, los Moronas, en una serie de combates, en que unas veces han sido vencidos, pero las más vencedores, han ido invadiendo el Makumma, y ahora los Moronas tienen su fortaleza en el Makumma algunas leguas arriba de su confluencia con el Hunda-Mangosiza, justamente la parte más navegable y más hermosa, y como ese lado es asimismo la parte más peligrosa, puesto que tienen los Moronas a poca distancia un enemigo poderoso y siempre en asecho, por eso Tungura ha levantado su fortaleza en el Makumma, y es él quien en persona habita esa fortaleza por defenderla.

—Pero si los Moronas, dijo Proaño, son amigos de los Miászas, los aikaymis y más tribus de estos ríos, ¿qué necesidad tuvo Tungura de levantar otra fortaleza en el Miásza?

—Es qué en un principio los Miászas ocupaban todo el río hasta el Morona, —respondió Noguera— pero Tungura, temeroso de que los Niászas fueran sorprendidos y vencidos por los Makummas, caso en el que le hubiera sido muy difícil mantener su dominio en el Morona; resolvió celebrar tratados con los Miászas, según los cuales éstos le permitirían a Tungura levantar su fortaleza en el Miásza, leguas arriba del Morona, en cambio de lo cual Tungura se comprometía a sostener la independencia de los Miászas, sus aliados, contra toda invasión extranjera, ya fuera de parte de los Makummas, ya de los Kanusas o Upanos, ya en fin de los Namagozas o Pautes, que unas y otras eran para ellos de los terribles rivales. Así ha logrado Tungura asegurar el predominio del Morona, cosa de no dejar pasar por él sinó a sus aliados y más amigos, y de cortarles la cabeza a los temerarios que sin ser uno ni otro se han atrevido a penetrar por su dominios, como pasó con un temerario explorador español, quien, abusando de que traía consigo gente armada de Macas, trató de recorrer el gran río Morona presentando combate sucesivos a los súbditos de

Tungura, quienes al fin le vencieron en un asalto nocturno, en que, arrastrándose como culebras por la espesura de las selvas, dieron con ellos, se lanzaron sobre todos como tigres, y les atravezaron con sus lanzas, primero al centinela, y luego a los demás, inclusive el Jefe, el cual trató de resistir, pero en vano, por que al fin fue enzartado por la lanza de Tungura; y así perecieron todos esa noche cosa de no quedar uno para contar el cuento”.

Después de lo que acababa de escuchar, dióse cuenta Proaño de la situación, y entendió que le llegaba el momento de redoblar sus energías y de arrostrar todos los obstáculos que se le presentara, resuelto como estaba a llevar adelante su temeraria empresa de descubrir el Morona, aun cuando para ello fuere necesario exponer mil veces la vida.

La mayor desesperación del viajero en el Oriente Ecuatoriano, en verse rodeado siempre de espesa niebla y de espeso bosque, y no poder dilatar la vista ni por el firmamento ni por el horizonte.

Pero esta vez tuvo Proaño la fortuna de poder contemplar uno y otro. Para lo cual se encaramó, seguido de su intérprete y de un jívaro, a lo alto de unas rocas que a modo de púlpito socavado por su base a la acción de las aguas, se levantaba imponente sobre la catarata que tan fieramente retumbaba. Encarámodo allí, digo, y después de hacer tumbar algunos árboles que estorbaban la vista, vio con asombro esas infinitas llanuras de verdura, en donde las peñas y los cerro parecían ligeras ondulaciones de un Océano, y vio muchos y caudalosos ríos, que a modo de brillantes lagos, cruzaban esos horizontes infinitos, formando eses o anillos, como serpientes monstruos, y vio que esos numerosos ríos navegables que así tan bellamente brillaban, y que en la apariencia tomaban direcciones diversas y aún opuestas; vio en definitiva todos se encaminaban al S. E. como en magnífico cortejo, a rendir homenaje al rey de los ríos del Oriente Ecuatoriano, el magnífico Morona.

—Eso que está allá— dijo el jívaro, haciendo con el dedo una curva inmensa del S.E. al N.E. de Proaño— eso que está allá, eso es el Makumma”.

Pero Proaño no veía al Makumma, ni por el Oriente, menos por el Norte, por donde todo a su vista no era otra cosa que altísimas montañas del Kutukú; pero no veía del Makumma, hácia el Este sino sus bordes en los confines del Horizonte que, con la distancia semejaban olas azulinas y prolongadas que se confundían con el azul del firmamento. Tampoco veía Proaño al Morona, pero su ardiente imaginación creía ver en esas altísimas palmeras de los collados, gigantes de crespa cabellera que atónitos contemplaban a aquél magnífico monarca, del cual apenas veía Proaño sus reflejos en el cielo a modo de puertas fantásticas de un mundo desconocido.

Y la imaginación de Proaño penetró en lo futuro, y vio surgir de sus profundidades al género humano, y poblar esos desiertos, y pulular en esos grandiosos ríos, como pululan ahora esos millones de dorados insectos.

Y así se habría dejado estar Proaño, quien sabe hasta cuando, contemplando esas maravillas de la naturaleza, si no hubiera venido un agente del campamento a decirle que ya los jívaros estaban impacientes por seguir adelante, que ya era tarde, y que el desayuno estaba listo. Proaño trató de remediar el retardo, apresurándose a continuar el viaje, pues sabía bien que tenía que someterse a la voluntad de los jívaros, so pena de que le abandonasen el rato menos pensado.

Bajaron y bajaron toda la mañana por esas mesetas escalonadas que formaban las laderas del Kutukú, hasta que llegaron a un punto delicioso del Aindikaymi que llaman “El Vado”, el cual era preciso pasar. Pero no había otro medio de pasarlo que en la canoa del jívaro Nanchi, que vivía al otro lado del río. Mas en la ribera de enfrente no se veía otra cosa que matas de yuca y de algodón; achiotos y papayos. Por el humo que se levanta de en medio de un platanal que está más allá, se comprende que allí se encuentra la casa del jívaro, y que allí hay gente.

¿Pero cómo llamar la atención del dueño de la casa y hacerle venir a la orilla del río? no hay otro medio que echar un tiro de escopeta.

Cuando Proaño salió de Macas, trajo consigo algunos Kanusas, pero estos regresaron de las cumbres del Kutukú, tan pronto como vieron que se aproximaban a la Aindikaymi, río habitado por enemigas tribus, donde podía peligrar su vida.

Para reemplazar a los Karusas, comprometió a otros jívaros de la cordillera, que si bien no era amigos de los Aindikaymis, tampoco eran sus enemigos.

Más en el curso del viaje logró Proaño conquistarse además y traer consigo dos Aindikaymis, hermanos entre sí, muchachos todavía, llamados Manllu y Katañi, con el objeto de que le sirvieran de guía por lo menos a lo largo del Aindikaymi.

Cuando los macabeos hicieron el tiro de escopeta, los jívaros que reemplazaron a los Kamusas, trataron de ocultarse tras unos troncos y tras los cuerpos de Manllu y de Katañi, temerosos de que Nanchi, viéndoles desconocidos les tomara por enemigos suyos, equivocación que para ellos hubiera podido ser peligrosa, dado que en esos momentos estaban en guerra, según veían sabiendo.

Como Nanchi no vino al primer tiro, echaron otro y otro. Al fin al tercero asomó por entre un cañaveral, una vieja enclencle, con la cabeza en desorden, y cuyos pelos le bajaban por las sienes casi cubriéndolo los ojos.

Aunque la distancia era grande, y la aguda voz de la vieja apenas se oía, con todo el oído perspicaz del jívaro distinguió claramente lo que ella decía.

—Quién eres?— preguntó la vieja, sin duda porque medio ciega ya, no veía quien le hablaba.

—¡Mánllu!— respondió el enclencle jívaro con voz de trueno.

Proaño quedóse sorprendido de que un mocito de tan mala catadura, que por lo delgado, parecía que ya se arrancaba, hubiese tomado ese rato un aire tan marcial y tan solemne. Parecióle un cordero se había transformado en un león, y que era el rey de las selvas el que así rugía.

—Apachis vienen— dijo Mánllu con voz ronca— y quieren pasar el río. Mándala la canoa. El Kapitio trae lienzo para tarachis, y trae pólvora para regalarnos. Mándala la canoa.

—Meséta, meséta— dijo la jívara mostrando por el lado del Miásza.

Méséta en jívaro es guerra. Y añadió que Nanchi se había ido a la guerra, y que ella estaba sola, que ignoraba donde había dejado escondida la canoa, y que ni siquiera había quien la pasara.

Proaño, a esta respuesta terminante de la jívara, vio que era inútil replicar, pues que de nada hubiera servido el pasar a nado uno de los jívaros, ya que la vieja ocultaba la canoa.

No había pues modo de pasar el vado sino en balsa, y el hacer balsa no era cuestión de un momento.

Resolvió en consecuencia pasar allí la tarde y la noche.

Mandó hacer el rancho y preparar el almuerzo, mientras él tomaba un baño, por que tenía costumbre de bañarse diariamente, y aún dos veces al día en las selvas orientales.

Distraídos pasaron la tarde aquella, porque mientras unos se ocuparon en tumar balsos, otros fueron a cazar, y con tan buena suerte una numerosa grey de monos que, bamboleando, bamboleando, asidos con las colas, saltaban de rama en rama haciendo gran ruido con sus voces agudas y desapacibles. De esa manada cayó un enorme **Huáshi**, cuyos quejidos lastimeros, al verse herido, lloraba la selva.

La tarde en momentos en que pelaban el mono en una gran parrilla de palos, por entre los cuales las llamas se alzaban cosa de hacer titilar los árboles, en ese momento el jívaro Kangajo, que mirada al oriente por donde el cie-

lo estaba algo nebuloso, hizo un gesto que indicaba terror, y exclamó con los ojos saltados: “¡Tandákuishi!”... Weséta!...”

Alzó la vista Proaño, curioso de saber que era aquello que así lo había puesto a Mánllu, y vio con sorpresa que un hermosísimo arco-iris se dibujaba en el cielo.

—¿Por qué te asustas, carajo?— preguntóle Proaño.

—Por qué el Tandákuishi está allá— dijo el jívaro— precisamente por donde vamos, y eso significa guerra, y que vamos encontrarnos con enemigos poderosos.

No dejó de contrariarle a Proaño esta creencia de Kangajo, como sabía que estas preocupaciones entre los jívaros solían tener muchas veces consecuencias graves.

—No tengas miedo, Kangajo, todos somos valientes, todos llevamos buenas armas, por fuerte que el enemigo sea hemos de vencer sin remedio— dijo Proaño, a tiempo que sacó una pistola e hizo un tiro al aire.

El estallido del tiro le asustó a Kangajo, que estaba nervioso, pero las palabras de Proaño contrarrestaron la acción del tiro, y el jívaro se sereno algún tanto. Pero solo en la apariencia, por que por la noche, con mucha cautela se mandaron cambiar, sin ser vistos de Proaño ni su gente.

Quedóse pues Proaño con solo Nánllu y Katáñi, y con los macabeos, de los cuales solamente los diez que iban armados y libres, era gente de guerra; que además que llevaban cargas no podían serle útiles en un conflicto.

Por fortuna, a la mañana siguiente, en momentos en que se disponían a pasar el vado se presentaron seis jívaros que venían del remoto Tunachihua, cerca del Palora, a elaborar sal en la Fuente del Uchíchi—Mangosiza. Lo que más le gustó a Proaño fue entre estos seis jívaros se hallaba uno llamado José, de quien ya era amigo desde Macas. Este, llámase así, por que había sido bautizado por unos misioneros que años antes habían penetrado por Macas, y lo habían sacado consigo a Riobamba. En dicha ciudad llegó a casarse con una blanca, pero bien pronto se olvidó de ella, le dio muchas palizas, hasta que la mató y regresó de huida a las selvas orientales, donde volvió a casarse con una jívara, a la cual también la trató mal, y la abandonó en seguida. El padre de la joven jívara consiguió en más de una ocasión que su yerno se reconciliaría con su hija, pero bien pronto volvió enojarse con ella, lo atravesó con su lanza en la pierna y la abandonó. Ahora el padre de la jívara lo persigue de muerte a su yerno, el cual de fuga anda de jivaría en jivaría. Pues este José se hizo muy amigo de Proaño en Macas, porque recibía de él muchos obsequios, así como la

comida de su mesa, puesto que, éste, a la inversa de todo jívaro, que no gusta la comida de los blancos se acostumbró con los padres a esta clase de alimento. Este José era muy pobre: no tenía casa, ni tenía chacra, y su *itípi* estaba roto. Proaño le dio unas varas de lienzo, con que se hizo dos *itípis*, con lo cual ya se consideraba rico. José le quería a Proaño, y cuando éste recibía alguna contrariedad de los jívaros, él le decía: “asimismo son estos salvajes”. Cuando estaba con los jívaros, él comía con ellos la misma sopa sin sal, el mismo pescado sin sal, y bebía el *nijamanchi* con la ávidez que todo jívaro. Con todo, en sus conversaciones con Proaño, aparentaba hacerse a los blancos, y quería presentarse como civilizado, y rajaba contra el salvajismo de los jívaros. “Estos, asimismo son unos brutos”, decía hablando de ellos. Este José era más **caratoso** que todos los jívaros, y más jívaro que todos. Este contraste entre su triste figura y su modo de ser contradictorio, lo hacía mucha gracia a Proaño, y así siempre le atraía a su lado, con tanta mayor razón cuanto que hablaba castellano.

Digo pues que en el vado del *Aindikáymi* se presentaron seis jívaros, inclusive este José, venidos todos del rémoto *Tunachihuaza*.

Estos jívaros no eran aliados de las *Aindikaymis*, pero eran muy amigos de *Makummas* y *Aindikáymis*, y en consecuencia, se mantenía neutral en la presente guerra, y nada tenían que temer de unos ni otros, razón por la cual emprendieron sin inconveniente en tal viaje en momentos tan peligrosos.

Proaño vio pues en los *Tanachihuazas*, más que en los *Aindikáymis*, uno como escudo para defenderse de los unos o de los otros en un momento dado. Les dio agujas, pañuelos y remedios, entre los cuales se encontraba la sal marina, tan apetecida por los jívaros, y así les comprometió a que le acompañaran.

Caminaron gran parte de aquella tarde, cuando llegaron a la confluencia del *Aindikáymi* con el *Marembaymi*, el cual desembocaba en aquél por la derecha.

En dicha confluencia vivía el jívaro *Nanchi*, cuyo gusto poético admiró Proaño, al ver que había sabido elegir para su mansión playas tan deliciosas, por donde corrían esas aguas tan profundas como dormidas.

Nanki y los demás varones se habían ido a la guerra, y solo había quedado en casa *Niztípe*, padre de *Nanki*, viejo caratoso y elefanciaco, y dos de las mujeres de *Nanki*, las cuales se internaron en el bosque huyendo de esos desconocidos que llegaban.

De suerte que Proaño no tuvo con quien entenderse, sino era con *Niztípe*, que estaba sentado enteramente desnudo, con las piernas cerradas, y a

quien una vieja le curaba de su reumatismo, bañándole, o mejor dicho, quemándole el cuerpo con un cocimiento hirviendo de raíces para luego vendarle como le vendó con muchas hojas.

Ya la casa de Nanki parecióle a Proaño una fortaleza sobre el edificio veíase uno como atalaya, y a dentro, en torno de una vasta sala elíptica, había hondas trincheras, las cuales a su vez se hallaban protegidas por fuera por zócalos de robustas vigas en las paredes de **chonta** de la casa, y por montones de piedra que hacían como de contrafuertes de la fortaleza.

Todo pues indicaba el estado de guerra en que los jívaros se hallaban.

Proaño era inteligente y era osado, y creyó que ésta era una buena coyuntura que se le ofrecía para el buen éxito de su empresa.

Por medio de su intérprete y de Mángu, hízole decir a Miztípe que él venía allí como amigo suyo, como enemigo de los Makummas, y que quería poner su gente a disposición de su hijo Nanki, y que él mismo pelearía en persona al frente de los suyos.

En prueba de lo cual le obsequió con bastante pólvora, municiones y fulminantes, cosas éstas en esos momentos eran de un valor inapreciable para ellos.

Entonces Nitzípe, llenó de alegría y de esperanzas en la victoria, mandó a Mánllu a llamar a las jívaras que se habían escondido, y se puso expansivo con Proaño, a quien le contó que Mánshu, Jefe de los Makummas, aprovechándose de la ausencia de Tungura, Jefe de los Moronas, había invadido o nó a éstos, pero sí a los Miázás a quienes les creyeron más débiles; razón por la cual hallábase actualmente en guerra; que habían tenido ya dos combates, que en el primero triunfaron los Miázás, pero que en el segundo salieron vencidos con muchas pérdidas de vidas, entre ellas la de un hermano materno de Nanki; a lo cual la vieja que le curaba se puso a llorar tristemente como madre que había sido del recién muerto. Dijo también el viejo que su hijo Nanki había levantado allí esa fortaleza, como habían levantado ótras los de la misma tribu a lo largo del Maribaymi y el Cuchichi-Mangosiza, con el objeto de defender la Fuente de la Sal, que al Sur de su casa se hallaba, a la derecha del mencionado Uchichi-Mangosiza.

“La principal ambición de Máshu— dijo Nitzípe con ojos centellantes y voz de trueno— es matar a Tungura, para llevarse consigo a su hija Zapikia, que es la más bella de estas selvas, y luego, dueño ya del Morona, apoderarse de la Fuente de la Sal, para llevar este artículo por el gran río a cambiarlo en el Amazonas con armas de fuego, pólvora y veneno, con el siniestro propósi-

to de volverse invencible y dominar su contrarresto como el soberano de las selvas.

Pero Tungura jamás ha sido vencido –añadió– él ha sido siempre vencedor, y cuando ha salido de su casa a la campaña, no ha vuelto sino después de muchas lunas trayendo numerosas cabezas de los vencidos que ha reducido a tzantzas. Por eso ningún palacio, ni de los más poderosos jívaros, está mas lleno de tzantzas como las fortalezas de Tungura, y ninguno tiene el mayor número de mujeres jóvenes y hermosas como Tungura, por que a todas ellas, las ha traído eligiendo de las tribus vencidas, y todas ellas le sirven humildes el *Nijamanchi* al terrible Tungura. Ahora está ausente del Jefe de los Moronas; fuése al Marañón, a cambiar con caucho tzantzas y jívaras esclavas con armas y veneno. Mandó también traer el terrible veneno de los Achuáras, y entonces, cuando él vuelva nada podrá resistir a su empuje”. Mientras tanto nuestros hombres pueden resistir a Mashu y de momento a otros hombres también de todos los afluentes del Alto Andaimi y el Alto Morambaina y numerosos jívaros del Charupe y mi hijo Nanki para marchar al combate. Proaño, al oír esta relación de hitzípe, se afirmó mas todavía en su propósito de apoyar a los Miánzas: comprendió Proaño que Tungura era más poderoso que Máshu, tanto más cuanto que sabía que los numerosos afluentes del Morona estaban habitados por tribus terribles como los Kanduáshas, los Setúches, los Cikunngas, los Púsiagás, y sobre todo los feroces Chámymis; todos los cuales estaban sometidos a Tungura.

Bravo Nitzípe –dijo al fin Proaño– a mí me gustan los valientes, los que cortan muchas cabezas; Nanki tu hijo es valiente; todos los Marembáymis son valientes, como lo son los Aindikaymis y los Miázas. Por eso quiero ser amigo de Nanki tu hijo, y quiero darle una prueba de mi amistad tomando en parte en la guerra, en su favor. Tengo armas, tengo gente y todo pondré a disposición del poderoso Nanki, yo mismo tomaré parte en los combates. Quiero que mandes un emisario con esta nueva a Nanki, para poder saber a donde dirigirnos.

Brilló el placer en sus ojos sanguinios a Nitzípe a estas palabras de Proaño, y le dijo que cuando más hasta el día siguiente sabrían a punto fijo en donde se hallaban Nanki y los suyos, pues que con frecuencia venían emisarios del campamento, así por comunicar el estado de la guerra, como por llevar masato de yuca a los combatientes, mazato que en grandes cantidades en enormes ollas de barro preparaban las mujeres de Nanki.

Y añadió Nitzípe, que tanto Proaño como los suyos podían quedarse allí, con la mayor confianza como en su propia casa, seguros de que tendrían

a su disposición plátano, yuca, nijamanchi, barbasco para la pesca, fuera de que también le cedía en obsequio uno de los gordos chanchos que tenía.

Maravílole a Proaño sobre todo el ofrecimiento del puerco, cuando sabía que los jívaros nada, ni lo que más tienen, como la yuca y el plátano, nunca ofrecen en obsequio, menos puercos, que siempre los reservan con el mayor cuidado para las grandes fiestas que con frecuencia tienen; sobre todo después de una guerra en que las tzantzas abundan.

Resolvió pues permanecer allí en espera del desarrollo de los acontecimientos, resuelto como he dicho a tomar parte activa en la contienda jívara, en eso entraron con Nánllu las mujeres de Nanki que habían huído.

Nitzípe les ordenó que sirviesen nijamanchi a Proaño y su gente; a poco de lo cual se iban presentando una tras otra, con sendas basijas de barro coloradas, que llaman **piningas**, llenas de una chicha blanca como la leche, todas las jívaras al ofrecer la chicha traían una mano dentro de la pininga desliendo el masato. Al llegar a Proaño se chupaban los dedos de esa mano y volvían a meterla en la chicha para ofrecersela en seguida al extranjero. Proaño aparentaba tomar unos bocados de cada pininga, pero en realidad las pasaba enteras a sus peones.

Los jívaros hacen esto, de chuparse los dedos de la mano con que han disuelto el masato, antes de ofrecer al huésped el nijamanchi, en prueba de amistad sincera; pues quiere hacer ver que la bebida ofrecida no está envenenada y que puede tomarla sin temor; que bien sabido es la manera artificiosa que tiene, cuando quiere envenenar a una persona de introducir veneno dentro de la uña del pulgar, y, disimuladamente, meter ese dedo en la chicha al tiempo de servirla al sujeto que ha señalado para víctima.

Proaño, que siempre miraba el lado estético de las cosas, o cesaba de admirar la gracia con que esas mujeres le ofrecían la chicha.

Pero lo que más le sorprendía era esas transformaciones en que en sus aptitudes manifestaba la jívara, según los distintos oficios que desempeñaba; pues una era cuando en los largos viajes seguía a su consorte, muy agachada, **changuina** a cuestras, o cuando en las visitas se sentaba humilde a los pies de su marido, mientras su amo y señor se sentaba en uno de los mejores asientos que el dueño de casa le había ofrecido; y otra muy otra era cuando se hallaba en los bailes de las grandes fiestas, o sirviendo nijamanchi a un desconocido. En el un caso, parecía un animal doméstico, un perrito de la casa; en el otro, erguía involuntariamente, cobrando una arrogancia sin rival como quien quiere salir por los fueros de su raza de suyo tan soberbia.

Así, Proaño, más que la chicha que le ofrecían las mujeres de Nanki, miraba su gracia y su esbeltez y esas curvas voluptuosas de los senos y los muslos, que se ostentaba al andar, y que le recordaba las gallardas figuras del Paranza de Mantegna. Una, de ellas sobre todo, la Máku, cuyo mirar profundo tanto y tanto le seducía. Y sin embargo —decíase— esta Máku ninguna fama tiene de hermosa, tal es lo acostumbrados que están a estos hermosos tipos. De donde deducía lo que podría ser Zapikia, que de tanta fama de hermosa gozaba en todas las jívarías.

Con estas ideas salió Proaño, solo, a pasearse por la playa, a donde había salido también antes que él, a la ribera del Marimbaymi, algunos macabeos jívaros que le acompañaban; de los cuales unos andaban, otros lavaban su ropa o la secaban al calor de las llamas, mientras otros se entretenían en asar al fuego monos, en grandes parrillas de palos que para el efecto habían formado, mientras los demás habían improvisado fogones, y plantado allí horquetas con palos cruzados, de donde pendía ollas de fierro de diferentes tamaños, con que cocían, plátano, yuca, una perdiz que habían cazado, y otras cosas que su buen apetito les reclamaba.

La mayor alegría reinaba allí.

Los jívaros que nadaban se acometían unos a otros echándose agua a la cara, o tratando de sumergirse a lo hondo del río con el objeto de ahogarse; el cielo estaba diáfano como nunca. Y fue para Proaño momento aquél verdaderamente delicioso.

La casa del jívaro estaba en un ángulo que formaban el Marimbaymi y el Aindikáymi; los dos ríos, que allí parecían lagos, habían formado una punta que semejaba isla, donde se alzaban la poética mansión de Nanki.

No parecía que estuviera en una tan cerrada selva, como era aquella, donde todo parecía desorden a la vez que extraordinario, donde los altos y corpulentos árboles, cargados de bellísimos párasitos, reveleban los siglos que tenían, cuyas raíces se extendían como arañas monstruos en todas direcciones y en cuyos intermedios se habían formado grandes cuevas que servían de guarida a las fieras. Aparte. A pesar de ese aparente desorden.

Proaño se imaginó hallarse en un jardín ameno formado por algún artífice opulento. Así estaba el ilustre viajero, engolfado en ese mundo de sueños y de encantos, cuando de pronto vino a herir sus oídos, del lado de arriba del marimbayne unas voces roncadas y siniestras, como de muchos jívaros que cantaban. Asustado Proaño, llevó la vista allá, justamente por dónde los macabeos se entretenían cocinando entre las piedras y troncos de la playa, y

vio con sorpresa que también ellos miraban curiosos por donde aquellas voces salían.

Cuando ya se aproximaba, pudo distinguir que aquellas voces eran lo que llaman “El canto del brujo” himno jívaro que suena en el desierto, o bien cuando hay enfermedades que curar, o en los combates o matanzas, o en el acto de tomar natema para ponerse en contacto con el Iguanchi, el negro genio de las selvas.

Así estaban todos mirando río arriba, curiosos de saber lo que aquello significaba, cuando a poco salieron de la obscura selva hacia la playa desnudos unos tantos jivaros, a lo cual Proaño se vió en presencia de un cuadro horrendo inesperado.

Un jívaro alto, gordo, de piel de elefante, que dijeron se llamaba Timaza, se presentó primero, seguido de una jívara y de otros indios lanza en mano: tenía los ojos cárdenos y sentellantes y en desorden la larga cabellera, diríase que era el furor guerrero que el así se presentaba, empuñando con la diestra la lanza, mientras con la obra sostenía de los cabellos una cabeza humana chorreando sangre: era la del jívaro Timaza a quien acababa de matar en la fuente de la sal al sur de allí.

Es el caso que Tzentsaka y Timaza habían sido pretendientes a la mano de una jívara llamada Chihuazo, y que ésta prefirió a Timaza, razón por la cual cobró Tzentsaka negra venganza contra su rival, y juró matarle en la primera ocasión.

Un juramento jívaro es una sentencia de muerte inapelable.

Desde entonces Tzentsaka no cesó de asechar a su víctima, quien a su vez tenía siempre mucho cuidado de no dejarse sorprender.

Así habían transcurrido cuatro veces la madurez del **chóntaruru**, lo que equivalía a unos cuatro años, cuando llegó a conocimiento de Tzentsaka que Timaza iba a emprender en un largo viaje a la Sal del Uchichi-Mangosiza.

Para mayor desgracia del incauto Timaza, sucede que no hizo tal viaje sino en compañía de un jívaro mozo hermano suyo y de su mujer la simpática Chihuazo, la misma que había sido sujeto de la rivalidad ante dicha

Así estaba el ilustre viajero, engolfado en ese mundo de ensueños y de encantos, cuando de pronto vino a herir sus oídos, del lado arriba del Marimbaymi, unas veces roncas y siniestras, como de muchos jivaros que cantaban.

Asustado Proaño, llevó la vista allá, justamente por donde los macabeos se entretenía cocinando, entre las piedras y troncos de la playa, y vio con sorpresa que también ellos miraban curiosos por donde aquellas voces salían.

Cuando ya se aproximaban, pudo distinguir que aquellas voces eran lo que llama “El Canto del Brujo” himno jívaro que resuena en el desierto, o bien cuando hay enfermedades que curar, o en los combates y matanzas, o en el acto de tomar el **natema** para ponerse en contacto con el *i huanchi*, el negro genio de las selvas.

Así habían transcurrido cuatro veces la madurez del **chóntaruru**, lo que equivalía a unos cuatro años, cuando llegó a conocimiento de Tzentsaka que Timaza iba a emprender en un largo viaje a la Sal del Uchichi-Mangosiza.

Para mayor desgracia del incauto Timaza, sucede que no hizo tal viaje sino en compañía de un jívaro ... hermano suyo y de su mujer la simpática Chihuazo, la misma que había sido objeto de las rivalidades antedichas.

Con la mayor cautela, Tzentsaka se acompañó de algunos de su tribu, y sigilosamente siguió a Timaza la pista.

Hállabase éste muy tranquilo elaborando la sal con su mujer, cuando Tzentsaka, que dentro del bosque se arrastraba como culebra en asecho de Timaza, saltó de pronto como un tigre sobre éste, al tiempo que sus compañeros hicieron lo propio de distintas direcciones; todos los cuales le atravesaron con sus lanzas.

Timaza dio gritos horrendos que repercutieron en las peñas, pero a poco quedóse muerto envuelto en su propia sangre.

Entonces le cortaron la cabeza para reducirla a *tzantza*, e hizo Tzentsaka seguirse de la Chihuazo; la cual, humilde, tuvo que seguir la huellas del asesino de su marido.

Estos son los jívaros que acaba de ver Proaño en ribera del Marimbay-mi.

Como ya habían transcurrido algunas horas, la cabeza de Timaza estaba hinchada, y la sangre en su mayor parte coagulada.

Como estos jívaros habían sido amigos de los macabeos, pidió Tzentsaka a uno de ellos, a Juan Medina, una olla grande de barro que tenía, para cocinar en ella la cabeza. Medina, que había llevado esa olla, para traer sal a su regreso, tuvo que presentarsela al jívaro para tan repugnante objeto, temeroso de resentir a salvajes semejantes.

Lo primero que hacen los jívaros con la cabeza del enemigo, que quieren seducir a *tzantza*, es cocerla a fin de evitar la putrefacción y la caída del pelo.

Y esto es lo que hicieron con la cabeza del infeliz Timaza.

Proaño, horrorizado de semejante espectáculo, y curioso de conocer la tan famosa Fuente de la Sal, y de ver con sus ojos el lugar de la triste escena

con Timaza, resolvió, hasta que se fuesen esos jívaros de allí, ir a volver conociendo él Uchichi-Mangosiza. Y así lo hizo, no sin antes dar cuenta de su proyecto a Niztsípe el padre de Nanki.

Capítulo IX

LA FUENTE DE LA SAL

Si de Macas al Marembaymi el viaje es penoso, a causa que no hay camino, que todo viajero tiene que abrirse paso por donde pueda, muchas veces a fuerza de machete; todavía con mayores dificultades se tropieza, del Marembaymi adentro sobre todo a la Sal del Uchichi-Mangosiza, río que no es navegable sino a muy pequeños trechos, y por donde ya no se ven solamente los corpulentos cedros sino los más corpulentos **copales** y **zapotes**, cuyas raíces unidas entre sí forman grandes concavidades como naves; y por donde, a más de la pita, de la toquilla, de los guabos, los papayos, los **pindos**, y espinosos y cerrados guaduales, que por todas partes venían dejando, se levantaba una vegetación más extraordinariamente corpulenta y cerrada; donde había árboles seculares, cargados de párasitos y de musgo, como el **mata col**, el **cuijicafo**, el **loro caspi**, como dicen los macabeos, árboles que dejan muy atrás al cedro, tanto por su corpulencia como por la dureza y finura de sus maderas; y otros árboles, de preciosos frutos como el caucho y el cacao, y plantas hermosas, como la **chambira**, cuyas fibras delgadas y resistentes, aventajaban a las de la pita en hermosos tejidos; numerosas lianas, que unas se arrastraban por el suelo como culebras, y otras colgaban de los altísimos árboles vertical u oblicuamente, como jarcias de buques, que se retorcían como boas; y por último festones magníficos, grandiosos cortinajes, como de real morada que formaban trepadoras como el **granadillo**, como la habilla o el almendro.

Lleno de dificultades fue como he dicho el viaje de Proaño desde el Aimbaymi hasta la Fuente de la Sal. Yban rompiendo con machetes la cerrada selva; abriendo lo que los macabeos llaman **safa-bulto**, esto es, la avertura necesaria para poder pasar una persona. De suerte que tuvieron que ponerse uno tras otro, formando así un largo cordón, como suelen hacerlo las hormigas, para poder cambiar por tan estrecha senda.

¿Por dónde pasaron Tzentsaka y los suyos? Era imposible saberlo: los jívaros no usan machete ni saben manejarlo, y se escurren por la selva como culebra, sin dejar rastro por donde han pasado.

Así llegaron, tras múltiples dificultades, a la deliciosa confluencia del Marembaymi con el Uchichi-Mangosiza, en cuyo ángulo interior se alzaba la casa-fortaleza, por ahora abandonada, del jívaro Taijinda, y en donde más tarde debíamos fundar, como en efecto fundámos, la Parroquia de Morona, por hallarse cerca de ese lugar la Fuente de la Sal, y por la maravillosa fertilidad del suelo para muchos cereales, como el maíz, el fréjol, la alverja, el maní, y para todo género de fruta, que allí es más bien sasonada que en ninguna otra parte.

Había que pasar al otro lado del río para seguir hacia el Sur, dejando el Marembaymi a la derecha de los viajeros.

¿Pero cómo? Tayguinda no estaba allí para pedirle la canoa, la cual de seguro para irse la ocultó, como tenían de costumbre. Así es que estaban viendo la manera de pasar aquél profundo vado, para lo cual se disponían a tumbar algunos balsos, cuando uno de los jívaros que acompañaban a Proaño, dio casualmente, bajo un oscuro follaje, con una balsa que flotaba en esas dormidas aguas, la misma sin duda en la cual había pasado Tzentzaka.

Una vez al otro lado, subieron río arriba por la derecha del Uchichi-Mangosiza.

Pero aquí las dificultades se aumentaron, por que, si bien había menos peñas, en cambio gran parte del camino había que seguir por la orilla del río con el agua hasta las rodillas, mientras por tierra se encontraron con que el huracán, venido del Amazonas, había barrido con una extensa zona de árboles, cuyos gruesos troncos estorbaban el paso a los viajeros; quienes unas veces tenían que pasarlo a gatas por debajo, y otras por encima, formando gradas con los maches; cosa que a los cargueros sobre todo causaba gran fatiga.

De modo que aquella noche durmieron con las espaldas doloridas de tanto encorvarse por esas bóvedas de palos y de espinosas ramas entretejidas.

Proaño, casi despreocupado de las molestias del viaje, iba admirando esas islas hermosas, pobladas de tortugas, esas aguas que a trechos parecían tranquilas, donde los peces bullían, y ese sin número de insectos que brillaban como fuego, mariposas que pululaban cual fracciones de arco-iris; y esas aves de plumas variías y caprichosas, algunas de las cuales, ocultas en las ramas, se dejaban oír de pronto de manera extraña como el silbido de un bandido.

Y así, Proaño, iba como soñando.

Pasó la fortaleza del jívaro Kungúsha, asimismo abandonada, en el punto donde afluyó en el Uchichi-Mangosiza el Yuniza, llegó al fin a otro punto bellísimo donde se encuentran dos ríos, y en donde se halla la famosa Fuente de la Sal.

¡Qué cuadro aquél!...

Llegaron en momentos en que un lagarto arrebatava dentro del río el cadáver mutilado de Timaza, consumando así aquel terrible reptil la obra sanguinaria de Tzentzka; y solo pudieron ver en la ribera el cadáver de Chuími su hermano y compañero.

Hizo Proaño cavar una fosa en el bosque y enterrar allí aquel cadáver, ya un tanto descompuesto a causa del calor; en seguida de lo cual mandó cubrir de arena la sangre que cubría la playa.

Honda impresión causóle a Proaño lo que de ver acababa, y quedóse sumergido en consideraciones meláncolicas: un lagarto y un jívaro, halla va a dar, se decía: tan insensible es el uno como el otro al dolor ajeno; tan fuerza ciega es el uno como el otro, y ambos cumplen su destino de matar y deborar.

Y cuanto más meditaba en esto Proaño, mas su memoria se remontaba al través de los siglos, donde había visto esas horrendas hecatombes en que los jívaros habían ido devorándose los unos a los otros. Centenares de miles en otros tiempos, y ahora... apenas han quedado unas que otras tribus vagabundas en la inmensidad del desierto. Y lo que es peor, sin darse cuenta del que a fuerza de guerra se consumen. ¡Oh! estos árboles seculares, de cuánto son testigos —se decía—; cuántos ríos de sangre han corrido por aquí al Amazonas; cuántas veces los gritos de venganza se han confundido con los rugidos de las fieras, y los ayes de las víctimas han resonado siniestros en lo más hondo de estos bosques. ¡Venganza venganza!... Grito salvaje, que así significa placer, si celebran fiestas, como significa furor si están en los combates. ¡Venganza venganza! Grito horrendo, que resuena en lo más hondo de los abismos, que cual catarata va a dar de caverna en caverna en los infiernos... ¡Venganza venganza!, dicen unas veces, y matan; amor, dicen también alguna vez, pero matan, matan siempre, por que todo en ellos es matarse. ¿Amor? Nó, que todo es venganza entre los jívaros; por ella viven, por ella mueren; ella es el fin supremo de sus aspiraciones. Amor no existe entre los jívaros; solo existen apetitos, como entre los tigres, como entre las yenas. Amor... Esta llama divina, que tanto ennoblece a quien la siente, no ha aprendido todavía en pecho jívaro. La mujer, este sér superior, este ángel caído del cielo para consuelo del mortal, oh, la mujer no existe para el jívaro, porque el jívaro no ve en ella sino un instrumento de placeres torpes y una sirvienta destinada a servirle **nijamanchi**, ¡Pobre mujer!, que solo esta para el jívaro mientras le dura la juventud, que después... la abandona o la mata. Pobre mujer! Y a pesar de ese embrutecimiento en que el hombre la mantiene, ella es siempre más sensible que él, tiene más alma que él, tiene más corazón: es siempre mujer, Oh, las selvas son

testigos de como saben amar, de como saben llorar, de como saben preferir. Oh cuántos casos se conocen de haber antes preferido el suicidio, a unirse con aquél que su corazón le rechazaba, pero que el despotismo de su padre le imponía. ¡Cuántas cosas, Dios Santo, pasan aquí en el corazón de estas selvas!

En estas consideraciones habíase abismado el alma sensible de Proaño, cuando oyó de repente un tiro de escopeta; era que un macabeo acababa de matar una enorme equis que encontraron enroscada junto al sitio en donde preparaban el rancho para Proaño, metida en la cueva de un tronco diez veces secular. Entonces volvió sobre sí de ese como enajenamiento en que se hallaba.

Miró en su torno, y vio maravillado aquél hermoso manantial cuyas aguas rebosaban hacia el río. Y vio, repartidas por allí, dentro y fuera de numerosos ranchitos, muchos objetos de que los jívaros se valían para elaborar la sal: fogones fríos, cubiertos de ceniza únos, con numerosos jigarros ótros, clavados en el suelo para parar en ellos las ollas en que dan punto el agua salina, ya que los macabeos llaman **paradores**; **bunques** abiertos en enormes troncos; grandes cucharones con bocas de pilche atados al mango con delicadas venas; abanicos de plumas de pauguí para hacer lumbre; canastos rotos de bejuco; pedazos de **itipis** y hahuanguímias; cañutos de guadua, para acarrear el agua de la vertiente; ollas rotas por todas partes, y tiestos de **piningas**. Estas y otras cosas se veían allí, que recordaba la labor humana de mucho tiempo.

Así estaba Proaño, viendo estas cosas tan nuevas para él, cuando vino a herir sus oídos una voz aguda y siniestra salida de adentro del bosque.

—Qué es eso! —preguntó Proaño.

—Es jívara, que está llamando a algún perro que se le ha perdido, o a los puercos para darles de comer, respondieron.

—¿Y dónde está la jivaría?

—Sobre esas peñas— dijeron, mostrándo unas que estaban visibles a cierta distancia, y sobre las cuales se veían grandes casas de jívaros, con especie de torre sobre ellas; en todo lo cual no había reparado hasta entonces Proaño.

Eran las fortalezas, que los Moronas habían fabricado allí para asegurar el dominio de aquella salinas; razón por que venían a morar allí de entre los mejores guerreros, como en las fortalezas del Makumma y el Miáza o Miazál como dicen los macabeos. Envío Proaño dos emisarios de paz, un macabeo y un aindikáymi, a entenderse con el dueño de la fortaleza.

El parte de la condición fue que todas las puertas estaban cerradas, que todos habían marchado a la guerra, y que solo habían encontrado a una vieja que estaba dando de comer papayas a los cerdos.

“Este es el mayor peligro— dijo Noguera a Proaño, mostrando aquellas fortalezas—, para los jívaros que sin ser aliados ni amigos vienen ha llevar sal de aquí. Por eso, de propósito han tumbado todos los árboles y han cortado todas ramas en ese derecho: así, desde esas alturas, las flechas envenenadas son certeras”.

Como tanto de Macas, como de Nánki-jea, habían traído consigo jívaros y macabeos algunas ollas, con el objeto de beneficiar esta sal, toda la tarde se ocuparon en hacer leña en abundancia, y por la noche prendieron grandes fogatas en torno de la fuente principal.

Y al cabo de pocas horas, en que hizo algunas experimentos, pudo Proaño ver maravillado que tan saturadas de sal estaban aquellas aguas, que un kilo de ellas contenía hasta seiscientos gramos de cloruro de sodio.

Hermosa parecióle a Proaño aquella noche, pues gozaba al ver a su gente, que tanto había padecido, descansando ahora, tomando esos caldos succulentos de pavas, faisanes, y tortugas, comiendo esos sabrosos *ayampacos* de pescado, esa delicada yuca; todo sazonado con la rica sal de Mangosiza, y le parecía un sueño el verse allí. Y al resplandor de las llamas clavó los ojos en burbujas de la fuente, y al contemplar aquella maravilla de la naturaleza, dióse cuenta del por qué hubiese sido el objeto de la codicia peruana, y el centro de atracción de todas las jivarías. Y casi se avergonzó de ser ecuatoriano, al ver cómo los gobiernos de su país se habían preocupado tan solamente de una política de mala ley, y de que nada, nada hubiesen hecho por volver accesible esta región magnífica de riquezas varias ilimitadas, que a gritos pedían ferrocarril. “Mientras el Perú —se decía— vence obstáculos infinitamente superiores a los nuestros, y vienen a dominar hasta en nuestro territorio, al través de distancias inconmensurables, de ríos y montañas formidables; el Ecuador, que casi todo ha tenido al alcance de sus manos, no ha sido capáz de dar un solo paso en el sentido de salvar las barreras que la naturaleza ha puesto entre el Oriente y el resto de la República”. Y veía que solo por falta de un mal camino, no podían los habitantes de esas regiones recorrer pequeñas distancias a elaborar la sal del Uchichi-Mangosiza, y que tuviesen por dicho artículo que emprender viajes eternos hácia el Guallaga arriba de Yurimahuas. Y se acordaba de aquellas palabras de Chantre-Herrera, cuando dijo: “La Providencia divina descubrió unas salinas abundantes en los cerros del Pongo del río Guallaga y en el río Paranapurá, con que se pudo abastecer calmadamente toda la misión de Mainas”. Y pensaba Proaño en como los habitantes de Canelos, por ejemplo, de las margenes del Bobonaza, tenían que emprender largos viajes al Guallaga en busca de sal, de donde no volvían sino a los tres meses, sur-

cando difícilmente el Bobonaza, el Pastaza, el Marañón, el Guallaga, ya de ida o ya de vuelta; siendo así que con caminos, en seis y ocho días habrían podido llevarla del Uchichi-Mangosiza. Y veía que para los habitantes del Napo, la cosa era más dura todavía, pues en vez de los tres meses que empleaban los bobonazas, los napos no podían hacer el tal viaje sino en cerca de medio año. Y con todo, tenemos el Uchichi-Mangosiza tan cerca de nosotros, y sin embargo, es como si estuviera en el país de los Antipodas. Y veía Proaño cómo la sal del Mangosiza eran tan grata al gusto...

“La sal del Mangosiza –se decía– ¿quién me hubiera dicho que en el seno de estos desiertos iba encontrarme con este elemento que es la vida de los pueblos? sí... los jívaros... saben lo que hacen: ellos no comen sal, pero es por que la aman demasiado, y por que conocen su valor inmenso a los ojos de los **apachis** con quienes comercian este artículo. Ellos no comen sal pero la pasan por la lengua, como el creyente pasa el agua bendita por la frente se complacen en saborearla con la lengua siquiera alguna vez como la cosa más preciosa para ellos. Ellos no comen sal pero pelean por ella, por ellos saben que pelear por la sal es pelear por la vida, por que la sal es vida. Donde está la una está la otra. Las religiones mismas han hecho de la sal uno como elemento sagrado: el agua lustral de los gentiles, era salada, como lo es la agua bendita de los cristianos. La Iglesia, este poder respetable que dirigió al mundo sin contrarresto durante muchos siglos, la Iglesia no hace descender la gracia de Dios sobre el recién nacido, sin antes ponerle en la boca está sal sacrosanta, por que la sal es para ella el símbolo de la sabiduría. Hasta las lágrimas que ha derramado el género humano, tienen sal, y río de estas lágrimas han corrido por la superficie de la tierra. El Sol microbesido universal, mata cuanto puede dañar al hombre, y anima cuando puede convenirle. Pero la Sal, ni es menos benéfica, ni menos necesaria que el, sol para la vida. Quitad la sal de los mares, y los mares se habrán corrompido; eliminada la sal del globo, y habráis por el mis hecho eliminado al género humano. Por eso Jesús, la sabiduría infinita, dijo a sus discípulos: “vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo”, por que para Jesús la sal era el símbolo de la sabiduría. ¡Pobres jívaros! cuánta razón tuvieron de venir a esta fuentes... Pobre Timáza!...

Así estaba Proaño en sus meditaciones cuando vino Herrera, su confidente, a ofrecerle una piringa de humeante blanquísima yuca, que acababan de cocinar en la misma agua-sal que dan. Luego le rodearon de plátano, de carnes varias bien aderezadas, que tortuga, que perdis, que faizan, y otros platos suculentos que ofrece la riquísima cacería de aquellas selvas.

Proaño no se hizo de rogar, por que estaba con buen apetito, y así fue comiendo de todo un poco, por que a él le gustaba siempre la variedad en la comida. Ellos ya conocían su gusto.

Como trasnocharan, al día siguiente se levantaron cuando ya el sol estaba bien alto, y emprendieron viaje de vuelta a Nánki-jea.

Si de la Fuente de la Sal hubiera tomado Proaño hacia el Este, trazando un perpendiclar sobre la derecha del Uchichi-Mangosiza, en un día hubiera estado en el Miáza o Hunda-Mangosiza; y si en vez de tomar al Este, tomaba al S. E., en día y medio o dos hubiera estado en el Morona. Pero no era esto lo quería Proaño, y así prefirió volverse al Aindikáymi, aun cuando fuera para hacer una gran curva en su viaje hacia el Morona.

Pero sucedió, que en momentos en que Proaño se despedía de las fuentes aquellas, y por última vez recorría con los ojos los objetos jívaros allí esparcidos, oyó con sorpresa y susto grande algazara y salvaje por el lado de las peñas. Llegó la vista allá y vio que numerosos jívaros, lanza en mano, les miraban y les hacían señas, que los otros no entendían.

Como medida de precaución, ordenó Proaño se pusieran trás seculares y herones y ceibos, temeroso de que alguna saeta viniera a herirles.

Les ordenó también que alistarán sus armas para cualquier evento.

Más, a poco se asomaron por ahí lanza en mano dos jívaros altos y garbosos, con penachos de loro en la cabeza, pintarrajiados cuerpo y cara de negro y colorado, y atravesados con carrizos las orejas.

Con esos ojos prespicases que tienen, desde lejos vinieron buscando al Jefe, y al punto dieron con él sin equivocarse, según que se presentaron directamente ante Proaño, quien estaba listo con su intérprete de más confianza cual era Noguera.

“Bravo Kapitio –le dijeron en expresiones breves y precisas– venimos en nombre de estas fortalezas que guardan estas Fuentes, del valeroso curaca Charupe, de las tribus de los Moronas, y uno de los cabezas que mas han cortado al enemigo. El curaca-Nanki lo ha comunicado a Charupe que tú venias como amigo, y que querías ponerte del lado de los Moronas contra los Makummas en la actual guerra, y por eso nos envía a que te conduzcamos hasta él porque quiere conocerte”.

Proaño comprendió todo lo solemne de la situación, y, dando muestras de júbilo por el mensaje que de escuchar acababa, apresuróse a seguirles.

Quando ya Proaño con los suyos trepaba la peña, oyó gran bulla arriba, voces como de osos, las de los hombres, y otras agudas, las de las jívaras que

llamaban a las casas vecinas, diciendo: “Vengan pronto que ya llegan los **Apaches** a regalarnos remedios y pólvora para la guerra”.

La pólvora en esos momentos era para los jívaros artículo tanto más precioso, cuanto que tenían de él muy poco; razón por la cual Tungura había emprendido en viaje al Amasonas hasta Iquitos, llevando mucho caucho y muchas tzantzatas, en busca de mucha pólvora; y aún de armas; pero de cuya ausencia los Makummas habían querido aprovecharse para invadir su territorio, como en efecto lo habían hecho.

Proaño fue recibido por Charupe con muchas deferencias: los súbditos del curaca no se atropellaron entre sí por verle y por tocarle, como tenían de costumbre aquellos salvajes siempre que veían un **Apache**: y así todos guardaron las fórmulas de la etiqueta.

Larga fue la conferencia de los dos Jefes, durante la cual trató Proaño, con nuevo empeño, de dicipar en los jívaros toda sombra de sospecha contra su lealtad, y de infundirles confianza absoluta respecto del apoyo que les venía ofreciendo.

Y en prueba de su leal amistad regalóles pólvora, municiones y fulminantes; a lo cual ya no pudieron continuar guardando la debida corrección como hasta aquí, sino que cada cual se apresuró como pudo a recibir los obsequios.

Charupe miraba con grande complacencia esta generosidad de Proaño.

Las jívaras por su parte, iban presentándolo al Jefe blanco sus hijos en brazos, pidiéndole que los bautizara, como venia haciendo con los demás.

Aunque esto quería decirle nuevas dádivas, y temía que llegaran a agotársele las provisiones que traía; con todo, ésta era la ocasión feliz que se le presentaba para estrechar más todavía las relaciones de amistad con lo jívaros de esa región; lo que seguramente contribuiría a asegurarle el buen éxito de su empresa.

En estas ceremonias sacramentales se le desempeñaba a maravilla Marcial Noguera, con quien empleaban en el acto del bautizo, en lugar de agua bendita, en cuya eficacia ningún jívaro creía sublimado con sal, sobre lo cual echaba pomada de azufre, por cuanto casi siempre las cabezas de aquellas criaturas estaban llenas de granos, de sarnas y otras enfermedades cutáneas, cosa de atrechos faltarles pelo en lo absoluto en aquellas cabecitas; razón por la cual Proaño evitaba su contacto del temor del contagio. Y con tanta mayor razón Proaño procedía así, cuanto que estaba persuadido de que sí los jívaros hacían bautizar a sus hijos, no era tanto por amor al catolicismo, del cual no

tenían ninguna idea, ni los importaba un comino, sinó por interés de los regalos que a cada bautizo se seguía.

Terminada la ceremonia, en que al hijo de Charupe, que ya tenía unos veinte años de edad, le bautizó con el nombre de Manuel Villavicencio, y a otro, asimismo de los principales con el de Vicente Piedrahita; regaló a las madres muchos remedios, entre ellos sal marina, que miran esas gentes como verdadera panacea; y a las criaturas, franelas y zarazas coloradas para camisas, amén de brillantes chaquiras.

Seguro Proaño de que todos los ánimos de aquellos jívaros estaban dispuestos en su favor, prosiguió su conversación política con Charupe, quien entonces le hizo saber sin ambages en que estado se hallaba la guerra.

Dijo Charupe que los Makummas, a las dos lunas de haber partido Tangura al Amazonas llevando la vainilla del Kamusa, asaltaron intempestivamente, a eso de las tres de la mañana, las fortificaciones de Tungura, que se alzaban un poco más abajo (no sería mejor decir en la confluencia?) del Makumma con el Jusini; que para asegurar el éxito habían resuelto acometer a la vez por dos puntos, y en cada punto por agua y por tierra: ellos, por el Makumma, y sus vecinos y aliados, los Huahaymis y los Panguis, por el Kusuhy-mi, ayudado sobre todo por la poderosa tribu del Kanyaymi, río que se forma de los dos ya citados, antes de unirse con el Kusuyumi; y con la más poderosa todavía del bajo Kusuyumi; y añadió que el plan había estado también concertado por el inteligente Mashu, que el mismo día y a la misma hora debían también cargar los de la poderosa tribu del alto Kusuyumi, y los Kayamazas, sobre los vecinos del Sur las jivarías del alto Miáza o unda-Mangosiza. Que asaltaron con verdadero brío y por dos veces las fortificaciones del Makumma; pero que ambas fueron rechazadas con grandes pérdidas para los Makummas y Kusuimís; que acometieron así con tal impetu los fuertes del Makumma por que allí trataron de sorprender a Zapíkia la bella hija de Tungura, objetivo principal de las empresas guerras de Mashu. Pero si que es verdad que fueron rechazados en el Makumma, gracias al valor de Huashikáta, por que Tihuiruma a la sazón estaba ausente; en cambio salieron vencedores en el alto Miáza, cuyas dos riberas se tomaron, después de reñidos combates al mando de Tayu, el famoso Jefe de los Kusuimís; y que aun siguieron adelante hasta tomarse las dos riberas del Uchichi-Numbaymi, y que siguieron aguas abajo en dirección a las fortalezas de Tihuiruma, hermano de Tungura; pero que lograron contenerlos cerca de la unión del Uchichi con el Hunda-Numbáymi, después de una gran extensión de avance. Y que desde entonces los combates habían sido frecuentes y reñidos, cosa de quedar aquellos ríos tintos en sangre. Dijo por último, que el resultado final estaba indeciso todavía, y aún manifes-

tó temores, por cuanto sabía que veían grandes refuerzos de las dilatadas cuencas del alto Makumma; que ellos, los Moronas, por su parte habían también pedido refuerzos, pero que temían les llegasen tarde. Y con tanta mayor razón temían esto cuanto que Tihuiruma demasiado confiado de su poder se resistía a pedir auxilios. Y por último, que en esos momentos precisos era cuando habían recibido aviso de parte de Nitzipe, padre de Nanki, de la presencia en su casa de un extranjero que traía gente armada, y que había ofrecido sus servicios en la presente guerra en apoyo de los Moronas. “¡Y ese extranjero eres tú?...” dijo enfáticamente Charupe.

Estas últimas palabras las asentó Charupe con modo tal, al tiempo que le tendió la mano a Proaño, que este Jefe se olvidó por un momento de sus fríos cálculos políticos, y con la mayor buena fe del mundo le ofreció su apoyo incondicional en términos vibrantes.

Una vez enterado Proaño de la situación, vio que no había tiempo que perder, y que su salvación y de los Miázas estaba en apresurarse a dar fin con el enemigo antes de que le viniesen los refuerzos del alto Makumma.

Bravo charupe –le dijo Proaño, ha llegado el momento de hacer ver a los invictos Moronas que no solamente soy su leal amigo, sino que quiero correr su misma suerte en la presente guerra. Y pongo en consecuencia a su disposición toda mi pólvora, todas mis armas y toda mi gente, a la cual en persona dirigiré a la victoria.

–¡A la victoria!– gritaron a una los macabeos como contagiados por esa nerviosidad guerrera que revelaba Proaño.

–¡Tzantzas tzantzas!– gritaron a su vez los jívaros, lo que equivalía decir: “¡A la victoria!”

Y en seguida entonaron el **Himno del Brujo**, que resonó ingratamente en lo interior de Proaño, a quien aun le duraba la fea impresión que recibiera al ver la cabeza cortada de Timaza al son del Himno del Brujo.

Pero las circunstancias eran tales, que Proaño tenía que disimularlo todo, y aparentar el mismo entusiasmo y el mismo furor bélico que los salvajes. Hizo hechar tiros de rifle a sus soldados a lo alto de un palma cuyas hojas parecían magníficos abanicos; mandó tocar el clarín que consigo llevaba, y en seguida se pusieron en marcha, marcha que ya parecía triunfal, según era el entusiasmo y la fe en la victoria que todos llevaban.

Grande fue la sorpresa de Proaño, al ver que de Charupe-jea a Nanki-jea, numerosos jívaros esperaban su presencia; pues las casas de tránsito, que a la ida encontró cerradas, ahora las encontró henchidas de gente de donde

iban engrosando las filas de Proaño y de Charupe, las cuales fueron ya numerosas al llegar al Aindikaymi.

Este guerrero, que no conocía el miedo, no pudo menos que reflexionar por un momento sobre lo difícil de su situación. Sólo en caso de triunfo podía recorrer el Morona, objeto único de todas sus aventuras. Pero si eran vencidos, aún en el supuesto de salir con vida, y de no caer en manos de los vencedores, siempre correría el peligro de ser degollado por los jívaros vencidos, por cuanto no era difícil que se les pusiera en la cabeza que la derrota se debía alguna brujería de Proaño, por que así son esos salvajes, suposición que por cierto sería su sentencia de muerte. Y a estos pensamientos pesimistas, ya Proaño se veía blanqueando sus huesos en el fondo oscuro de aquella salvajes selvas. Era pues para Proaño cuestión de vida o muerte ese embolismo en que tan adentro se iba metiendo, y cuyas proporciones se le iban haciendo cada vez más imponentes.

Pero a Proaño le gustaban estas situaciones difíciles, para tener la satisfacción de salir airoso de ellas, y así, a mayores dificultades y peligros, más sus bríos crecían cosa de sobre ponerse a ellos, y no perder la fé en la victoria ni un momento.

Al llegar Proaño a la unión del Marembaymi con el Aindikaymi, quedóse maravillado a la vista de numerosos jívaros que se ocupaban allí en construir muchas balsas, ya atando los palos unos con otros con fuertes venas y bejucos, y sujetándolos con clavos de **chonta** y otras maderas duras. Las piraguas, que antes estaban escondidas, ahora están como las balsas flotando sobre las aguas sujetas a las raíces de las orillas de los ríos.

El encuentro de Proaño con Nanki, que acababa de llegar de los cerros vecinos trayendo mucha gente para la pelea, fue todavía más imponente que con Charupe. No por que el prestigio de aquél fuera mayor que el de éste pues era igual, sinó por el mayor número de gente armada que había en Nanki-jea, y por los aprestos bélicos que allí se advertían, como tambores, como lanzas, como **tandáras**.

Charupe era alto y grueso. Nanki era también alto, pero delgado a pesar de su gran musculatura, y de cabellos abundantes y largos que le daba hasta abajo de la cintura. Traía como adorno Nanki en las orejas grandes **Kuishis** pintados, y pintado traía también el cuerpo y la cara a rayas coloradas onduladas ligeramente; y le ceñían las sienes la **Tendema**, especie de corona de plumas con alma de mimbres.

Nanki recibió a Proaño de gran parada: a la aproximación del Jefe blanco, toda la gente de Nanki, aún los que construían las balsas, acudieron presu-

rosos al vasto patio rodeado de platanales y cañaverales, todos pintarrajeados, la lanza en la diestra, la **Tandara** en el brazo izquierdo, y terciados el cuerpo de sus **Tundas** o Aljabas de guadua con flechas envenenadas.

Dos de ellos, que habían tenido escopetas, se pusieron orgullosos a la cabeza de todos y mostraban empeño por que los blancos les viesan que tenían escopetas, y que eran por lo mismo los más fuertes.

Después de una salutación breve pero expresiva entre Proaño y Nanki, sobrevino la conversación ritual entre Nanki y Charupe: irguiéronse los dos y tomaron ese aspecto solemne que acostumbran cuando hablan de cosas de la guerra sus voces naturales transformase en voces de trueno, pero rápidas, rápidas siempre: *yá yá-huáre áyu yá yá!*... —palabras breves y entrecortadas, como he dicho, que se suceden cual chispas eléctricas al contacto de dos polos opuestos. Diríase que eran el leopardo y el león quienes así hablaban. Escupen mucho cuando hablan, pero entonces hasta ese escupir es rápido.

—De qué hablan? qué dicen? —preguntó impaciente Proaño a su intérprete.

—Cuando hablan así —respondió Noguera ni el más versado de los macabeos en la lengua jívara pueden entenderles todo. Muchas palabras se nos escapan, a causa de ese modo de hablar con rápido que tienen.

—Pero al fin ¿qué dicen? de qué tratan?

— Están hablando de la guerra: dicen que Tayu, el Jefe de los Kangaymis es terrible, y que ha logrado avanzar mucho río abajo del alto Miáza; pero que más terrible aún que Táyu es Máshu, el Jefe de los Makummas, el cual, después de haber fracasado en su intento de apoderarse de las fortificaciones de Tungura en el Makumma, defendidas por el invicto Huashikáta, avanzado a cargarnos con su gente, reforzado de los Shimbímis; mientras ha enviado a uno de sus capitanes, el famoso Chumbi, a traer refuerzos de las dilatadas regiones de alto Makumma. Dicen también —añadió el intérprete—, que Ud. se ha presentado como muy amigo de ellos, que les ha regalado mucha pólvora, muchas municiones, que ha venido a tiempo, que ha traído armas, que ha traído gente, que tiene toda la apariencia de valeroso, y que en consecuencia es preciso que no perdamos tiempo.

Proaño hubiera querido que terminase pronto aquella conversación para consertar el plan, pero no se atrevió a interrumpirlos, tanto por que se trataba de dos capitanes como Charupe y Nanki, como por que sabía que sería inútil intentarlo, pues este momento es tan sagrado para los jívaros como entre los católicos en momento en que alza la hostia el Sacerdote.

Al fin terminó. Bajaron las voces, cambiaron de tono y volvieron a la actitud reposada de costumbre.

Entonces convinieron en que lo urgente era terminar la construcción de las balsas aquella misma tarde, a fin de emprender la marcha a la madrugada del día siguiente.

Proaño y Nanki irían por agua con toda la gente que cupieren las balsas; Charupe iría por tierra con los demás, partiendo de la izquierda del Aindikaymi hacia el Norte.

Mientras así construían las balsas, invitó Nanki a Proaño a entrar a la sala, donde sus mujeres ofrecieron al extranjero la mejor **Kutángá** de la casa junto al fuego como de costumbre, y sucesivas piringas de **nijamanchi**. Pero antes de sentarse Proaño, reparó, al través de numerosas jívaras que cocinaban yuca, en el viejo Tzizípe, que estaba hilando sentado junto a uno de esos numerosos fogones encendidos, y pidió a Nanki que le permitiera ir a sentarse junto a Tzizípe, a lo que Nanki accedió gustoso; a lo cual una de las mujeres de éste, la única que por el momento estaba presente, pasó la Kutángá de Proaño junto a Tzizípe.

Nanki llamó luego a sus demás mujeres que viniesen a servir a los huéspedes, **nigamanchi**, yuca y plátano. Pero las mujeres demoraban en salir. Proaño sabía que una jívara jamás se presentaba ante un extraño, sobre todo si era blanco, sin antes irse al tocador, y así supuso que se estarían arreglando.

En efecto, a poco vio que iban saliendo de entre los biombos o guadas, espejito en mano, y echándose al rostro las últimas brochadas de achiote, a la vez que se colocaban en el labio inferior el **Tukuno**; hasta que al fin se presentaron a Proaño, airoas y risueñas, como que trataban de deslumbrarle con su hermosura, después de lo cual fueron todas ellas a traerlo sendas piringas primero de chicha, luego de yuca y de plátano, como les había ordenado su marido y señor.

La yuca, tal como la preparan los jívaros, cocida solo al vapor es realmente un manjar muy delicado, de que Proaño gustaba mucho. Para cocerla, ponían al fuego grandes ollas de barro con un poco de agua en el fondo; cruzado kummas y kusuimis a los fuertes de Tungura en el bajo Makumma; que Tihuiruma dejó en su lugar a su hijo Yaguara y al intrépido Huashikata, y tomó luego la ofensiva contra los kusuymis, los cuales iban en retirada río arriba, y tanto, que aun pasaron por la confluencia de este río con el kangaymi y aun mucho mas arriba por el Kusuyimi, cosa de encontrarse muy cerca de su confluencia con el Kayamazaentza; y que aun habia sido el ánimo de Tihuiruma de perseguirlos mas arriba de dicha confluencia, hasta encontrarse con el

rio Huambiza, donde una vez apoderado de esas tan ásperas breñas, se habría vuelto invencible; con lo cual habría alcanzado doble objeto; impedir que lo kangaymis, shimbimis, panguis, makummas y mas tribus del norte, protegiesen a los del alto Kusuymi y los huabizas del sur, quienes entonces trechados a dos fuegos, serian destruidos por las fuerzas del alto Miáza.

Pero por desgracia, fracasó en parte su bien concertado plan, debido a que su avance por el Kusuimi, por fuerza tuvo que ser lento, teniendo como tenia que ir presentando combates sucesivos con los indomables Kusuinis, cuyo Jefe era el terrible Ypíamata, que en su lengua significaba “trueno”; y por que así tuvo tiempo Tayu, el Jefe de los Kangaimis, de auxiliar a Kúndu, Jefe de los Huambizas, y a Mundapaki, y por último, al feroz Puini; Jefe de los Kayamazas, todos los cuales, cual piara de sainos se arrojaron sobre las fuerzas, interiores en número, del valeroso Tzerembo, jefe de las tribus del alto Miáza, a quienes las arrollaron después de larga y sangrienta batalla en las memorables breñas del Yahuara-nainda, o Cerro del Tigre. Que entonces Tzerembo, salvando milagrosamente la vida, tubo que retroceder abajo del Miáza, hasta su confluencia con el Hunda-Numbaymi, de aguas sanguíneas, donde se mantiene firme en esas inexpugnables peñas, esperando refuerzos; a la vez que ha ordenado al inclito Múra, que defienda a todo trance las breñas que se levantan en la confluencia de esos dos lúgubres rios, de color de sangre, el Uchi-chi-Nunbayni, cuyas aguas proceden de las oscuras cuevas del Tayu. Dijeron por último los emisarios que Tihuiruma por su parte sino habia podido avanzar mas, tampoco habia retrocedido el camino que logró retroceder, y que se mantenía firme en la confluencia del Kusuimi con el Kumayaza, rio este inexpugnable y que sabia rugir como el tigre.

Se trataba pues de rescatar el alto Míaza que habia caído en poder del enemigo, punto sobre el cual deliberaron los jefes largamente.

Por desgracia, no habia medio de ponerse en marcha enseguida, como hubieran querido; por cuanto no todo el bajo Aindikaymi era manso como allí; pues habia puntos impetuosos, habia remolinos que era preciso evitar, habia en fin peligros que a la oscuridad de la noche se aumentaban, cosa que podia conducirles a un fracaso, y por si acaso comprometerseles seriamente la causa de Tungura.

Todo el grueso de las tropas tuvieron pues por fuerza que esperar que amaneciera. Solo unos trescientos jívaros debían ir por tierra; pero estos no pudieron adelantarse como hubieran querido, por cuanto tuvieron que ceder todo su masato y todas sus flechas a los de la escuadra que tenían que recorrer mayor distancia, y cuya marcha era necesario apresurarla. Y así, ellos se atra-

saron hasta prepararse las flechas necesarias; después de lo cual pasaron el río y tomaron así a los Nunbaymis al mando de Charupe.

Esa noche nadie durmió; todo ruido les inquietaba; a cada paso salían a pesar de las avanzadas que habían puesto, salían sobresaltados de sus numerosos ranchos que se habían construido entre el bosque, temerosos de que el enemigo les sorprendiera. Las mujeres unas se ocuparon en cocinar yuca, y otras en preparar masato de yuca y de chontaduro para la campaña; mientras los hombres, por la mayor parte, pasaron aguzando flechas de dura chonta que debía servirles de proyectiles en los combates; y en arreglarse sus huamchis o sacos de piel de mono, o de león o de tigre para terciarse en el cuerpo.

Unos tres o cuatro jívaros que habían estado ayunando y que no podían comer pescado, ni carne de puerco, ni de mono, pasaron la noche en recorrer los arroyos a la luz de habillas, cogiendo iguanas, y en levantar las piedras para cojer caracoles o sapos, y en abrir los huecos de las lagartijas, para sacarlas de allí y envolverles en hojas, para ir comiéndolas en el camino, asadas al fuego como ayampacos.

Capítulo X

HACIA EL TAMBACHI

Al rayar el alba gran bulla en el campamento.

Tanto del Aindikaymi y el Marombayni, como del Uniza y del Uchichi-Mangosiza, de todas partes habian traído piraguas en gran número; bien que mas numerosas eran todavia las balsas, las cuales del lado del Marombaymi parecían dormir, mientras parecían danzar del lado del Aindikaimi.

Todo en ese momento era ruido de tambores, mientras se aprestaban a la marcha.

El espíritu bélico de los jívaros hacia que se adelantaran en imaginación a los combates, y así en sus juegos simulaban encuentros con el enemigo, en que se batían cuerpo a cuerpo o se embestían masas de hombres de un lado y del otro, haciendo siempre gran ruido, al tiempo que con su lanza venían apuntándola al pecho de su adversario, o bien aparentando arrojarle flechas desde lejos; siempre con voces roncadas como de oso, y como quien imita el salto de una fiera sobre su presa; voces roncadas cada vez mas fuertes y mas rápidas, como el zumbido de la tierra de un terremoto que se aproxima.

Llegó la hora...

Todos ese momento calentaron al fuego hojas de tabaco; exprimieron en pilches el zumo y tomaron de él todos, todos, y se frotaron el cuerpo con el mismo fin de alcanzar valor y resistencia en los combates.

Salieron a ocupar el puesto de honor. Proaño y Nanki, en una de las balsas mas grandes y mas bien construidas.

Con Proaño iba también su confidente Herrera Cevallos, a quien mucho lo quería por las repetidas pruebas de adhesión que le habia dado.

Imponente estaba la alta figura de Nanki vestido de guerrero.

Esa su corona de plumas de loro, alternadas con plumas de Churubi, la mas grande y terrible ave de rapiña del Oriente, hacia extraño contraste con esa larga cabellera que le bajaba graciosamente por las sienes, y con esos ojos negros y profundos que le brillaban como rayo; su nariz torva se parecía al pico del Churubi; las pinturas de su cara parecían llamas de fuego. Traía el pe-

cho pintado a modo de escudo, una cabeza de tigre, y al cuello un collar de grandes colmillos de sainos y de tigres, y ajorcas de piel de culebra en los brazos. Su lanza de negra tenemba, era alta y fuerte como la palma de donde provenía.

Al descender a la balsa, plántose arrogante al borde la peña, empuñado de su lanza con la diestra, y miró hacia las breñas por donde iba luego a combatir... Y un gesto de desdeñosa sonrisa dejóse ver en el rostro; con que mostraba la confianza que en su persona tenía, a la vez que el desprecio que el enemigo le inspiraba.

Complacido miraba Proaño esta extraña y nueva manifestación de la salvaje naturaleza en cuyo seno se encontraba; pues a su poética imaginación lo mismo soñaban las cascadas y los huracanes, como los leones y los churubis, como los Charupes y los Nankis. Y como tenía tanto de guerrero como de poeta, también él, como Nanki, ya se imaginaba verse combatiendo y venciendo en esas peñas.

Era un hormiguero de jívaros en ambos ríos, que acomodaban en sus barcos las municiones de boca y de guerra, todos ellos también pintados, terciados al costado izquierdo sus huambáchis de piel de mono, y de león, y de tigre, y a las espaldas sus **tundas** con flechas, y en el brazo izquierdo la **tandá-ra**.

Traía consigo Nanki un corneta, el cual tocaba una especie de cuerno, bien grande, de esos que suele dar de sí la más esbelta palma del Oriente, la **tenemba**, de igual forma que el churo de nuestros indios serranegos, pero de mayor tamaño y de más fuerte sonido.

Ordenó Nanki a su corneta tocar a marcha, orden que fué obedecida al momento.

Al sonido de la tenemba todos los jívaros doblaron su actividad.

Mientras soltaban las amarras a las canoas y las balsas, Nanki, que se veía deslumbrado por el brillo de un clarín que consigo llevaba Proaño, pidióle hiciera tocar en dicho instrumento, cosa a que Proaño accedió gustoso, y dió la orden.

El músico blanco dió a su modo la señal de marcha, y esto lleno de asombro a todos los jívaros, que se quedaron como paralizados mirando al clarín con ojos centellantes, y haciendo entre la lengua y el paladar ese sonido metálico que suelen hacer siempre que ven algo que les sorprende y maravilla.

Nanki no hizo ese gesto de sorpresa que los demás, pero miraba aquello con aire de satisfactoria atención, sobre todo cuando comprendía el partido que de ese instrumento podía sacar contra el enemigo en los combates.

Comenzó el desfile de las balsas de a ocho en fondo por el anchuroso Dikáymi.

Las canoas iban a los lados custodiando las balsas, y listas a auxiliarlas en los puntos rápidos del río.

Los mas diestros flecheros iban a la cabeza flecha en mano, a los cuales seguian los que llevaban el parque en grandes haces de flechas a las espaldas.

Todos al partir entonaron el Himno Jívaro al son de cien tenembas y tambores; cosa que repercutió de extraña manera en lo interior de Proaño, quien a pesar de ese espíritu aventurero y guerrero parecióse como sorprendido de si propio en ese instante, al verse metido en tan singular como peligrosa aventura.

Nada mas grandioso que aquel desfilar de la escuadra, que cubrió grandes trechos por esos mas que río parecía una grandiosa avenida de palmeras.

La naturaleza, por su parte, parecía secundar el entusiasmo de los guerreros; las numerosas aves, las infinitas cigarras parecían hacer coro al canto de los jívaros y a los conciertos de tenembas y tambores.

Y así se alejaron y se alejaron a merced de las ondas, ahuyentando a su paso los ciervos que paseaban por las riberas, hasta que el canto jívaro iba extinguiéndose y como confundándose con la brisa que susurraba en los follajes.

Así navegaron todo el día, hasta que sobre tarde, a las palmas de las riberas se sucedieron extensos platanales, que eran los de Tzerembo, curaca súbdito de Tihuiruma; los cuales platanales se extendian por uno y otro lado del río hasta su desembocadura en el caudaloso Míáza, al que los macabeos llaman Miazál, y desde donde este soberbio río toma tambien el nombre de Húnda-Mangosiza hasta encontrarse con el Makuma, para formar el Morona.

Engolfarse en el Oriente ecuatoriano parecióle a Proaño como engolfarse en mundo de pura poesía; en el cual a medida que iba avanzando, nuevos y nuevos horizontes a cual mas bellos y magníficos se le iban sucediendo unos tras otros.

Las casas de Tzerembo forman allí un triángulo: las dos están en los ángulos que forman el Míáza y el Aindikaymi, y la otra, al fondo, esto es a la ribera izquierda de aquel gran río, que mira al Aindikaymi.

Antes de llegar la escuadra a la confluencia, momentos en que relampagueaba y tronaba en las cumbres del Kutukú; Nanki mandó a los suyos tocar las bocinas.

En ese toque dieron la señal que eran ainkikaimis quienes venían, esto es los aliados de los miázas.

A su vez de la casa del fondo correspondieron con otro toque de bocinas en que daban a los aliados la bienvenida.

A estas voces salieron de todas tres casas a las orillas de los ríos multitud de jívaros, sobre todo mujeres y criaturas de ambos sexos, de cuatro a seis años de edad, enteramente desnudas, con el pelo hasta los ojos, y con grandes abdómenes, a pesar de su corta edad, a causa de la chicha que sin cesar tomaban en abundancia.

Entre esas criaturas, una había que apenas frisaba con los cinco años, que lejos de estar desnuda estaba bien vestida, y que además llevaba emishis, gargantillas, brazaletes y otros adornos; es que estaba de novia, y el futuro marido, un jívaro de unos cincuenta años de edad le había dado todo eso.

Cuatro jívaros mozos, que salieron de la fortaleza del fondo, se apresuraron a embarcarse en sus piraguas para salir al encuentro de Nanki, llegados al cual hicieron girar sus canoas para entrar a la fortaleza entre todos con aire triunfal.

Una vez la escuadra en el Miáza, todas las balsas y canoas las aproximaron a las orillas del majestuoso río, donde las amarraron contra los troncos y ramas de los árboles hasta segunda orden.

Cuando desembarcaron, los jívaros del lugar miraron con grande curiosidad a los apachis, a quienes les rodearon en todo el trayecto desde el río hasta la fortaleza, y aun adentro del edificio; mirándoles siempre con la atención con que se mira un animal raro; el vestido, el cabello corto, la barba, los bigotes, todo les pareció extraño, y de todo hacían objeto de comentarios entre sí, y todo les provocaba a risa, algunos de los cuales se reía a carcajadas con imprudencia y todo.

Una vez adentro fueron sorprendidos horriblemente con la vista de muchas cabezas humanas, cortadas a sus enemigos en la guerra; las cuales unas estaban sobre lanzas en media sala; otras, colgadas de las columnas de chonta de la sala, y otras se cocían al fuego en grandes ollas de barro.

No bien entraron, les ofrecieron kutangas junto al fuego para sentarse como lo hicieron.

A poco fueron viniendo jívaras, una tras otra, con sendas piningas de blanco *nijamanchi*, que ofrecían, primero a Nanki, y después a los apachis.

Cuando ya hubieron servido la chicha, entonces el inteligente y esbelto Vayjinda, el hijo de Mashánda, mozo de aire soberbio, cambiando de modo y

de tono le dijo a Nanki “¿Ya vienes?” A lo que le respondió Nanki, sañudamente, “Ya vengo”.

Y en seguida se entabló esa conversación ceremonial, en que debían hablar de cosas de la guerra.

¿Que están diciendo? preguntó Proaño a su intérprete.

Dice Naijinda –respondió Noguera– más ó menos esto; que acaba de llegar del campamento; que Mashánda su padre le ha enviado con el objeto de esperarle aquí a Nanki y darle cuenta del estado de la guerra, para que se apresure a venir en su auxilio.

Dice que Tzerembo, hasta hace dos días, estaba firme en la unión del Miáza con el Hunda-Numbaymi; pero que luego vinieron con el ímpetu del huracán, uno tras otro, primero Mundapaki después Tayú, y que le obligaron a Tzerembo a retirarse; pero que ayer se fué Mashánda con mucha gente en auxilio de Tzerembo, y que después de un reñido combate lograron recuperar esas peñas; pero que de allí no puede pasar; que Múra se mantiene firme en la unión de los dos sanguíneos Numbaymis; lo mismo que Tihuirumma en la unión del manso Kusuími con el Kayamaza, de donde ha logrado rechazar por dos veces el furor de dos guerreros tan formidables como Ipiámata y Máshú, que en vano han intentado romper sus filas; pero que en cambio Tihuirumma no ha podido dar de allí un solo paso. Dicen también Naijinda prosiguió el intérprete– que dos son los peligros que amenaza gravemente a la causa de Tungura, si no se trata de remediar el mal con tiempo; el uno es que Máshu ha enviado a uno de sus mejores capitanes a traer un numeroso ejército de las vastísimas regiones del Makumma, ejército que si no ha llegado hasta hoy, es a causa de la gran distancia que tiene que recorrer, pero que probablemente llegará de mañana a pasado. Que el otro peligro que les amenaza es la testarudez inexplicable del viejo Tihuirumma, el cual aunque es valiente y aunque sabe hacerse temblar de sus mayores enemigos, con todo, tiene la aberración de creerse que el solo se basta, y así no quiere pedir auxilio ni a los Chaymis, ni a los Machines ni a los muratos y mas tribus que habitan en los afluentes del río de los ríos del gran Morona; todos los cuales rinden tributo al poderoso Tungura, quien les ha permitido extenderse por sus dominios, a condición de que se les envíen ejércitos para la guerra al punto que los necesitare. Tanto los chaymis, los anguashas, como los machines, como los muratos son terribles; saben aullar como perros, y como ellos son rabiosos. Si los trajeran a la campaña y los soltaran en los campos de batalla, no quedarían ni makummas, ni kusuinois, ni kangaymis; que todos ellos serían despedazados con sus fieras garras. Pero Tihuirumma no quiere nada de eso; es soberbio y astuto co-

mo el Yhuanchi, y desprecia a los makummas y a todos sus adversarios. El inteligente Tungura nunca pone en peligro la victoria, ni expone su gente, si no está seguro de alcanzarla; con el triunfamos siempre. Pero Tihuirumma procede de otro modo, y no hay manera de sacarle de esa su testarudez; muchos de los nuestros han muerto ya, y muchas cabezas cortadas se ha llevado el enemigo para tzantzas y para fiestas, y todavía esta indecisa la victoria.

A estas últimas palabras del fiero Nainjinda, dejóse oír por el lado del alto Miáza, un ruido sordo y lejano, que arrancó intempestivamente, a todos los jívaros allí presentes, inclusive los que llevaba Proaño, esta unánime y terrible expresión: “tunduy...” Al tiempo que todos se pusieron en pie con semblantes espantados, y con aire cada cual de querer correr a refugiarse por los rincones, como los polluelos cuando pasa el gavilán.

El impasible Nanki, aunque también se puso en pie, conservó su serenidad, y se limitó a ponerse alerta: No así el soberbio Vijinda, quien se levantó de su asiento con gesto de águila, que mostraba la impaciencia juvenil que no ve el peligro.

Solamente los macabeos permanecieron sentados, viéndose las caras y tratando, eso sí, de descubrir en los gestos de los jívaros y en sus palabras, la causa por qué les había alarmado tanto aquel lejano tambor, que para ellos, los macabeos, no era un misterio, pues muchas veces lo habían oído en sus largos y repetidos viajes por las selvas.

Proaño sí, era ésta la primera ocasión que oía sonar dicho instrumento de guerra jívaro, del cual tanto y tanto había oído hablar; pero cuya forma y cuyo sonido había deseado conocer. Y así, al oír a todos exclamar “tunduy” entendió que aquel sonido lejano era aquel instrumento; el cual por cierto, en aquellos momentos, algo grave debía anunciarles, y en consecuencia prestó a aquella escena que presenciaba toda la atención que merecía.

Es el caso que cuando los jívaros están en guerra, las bolas desfavorables corren numerosas entre ellos, que les ponen cada vez más exaltados e inquietos, al punto que la menor cosa les alarma por extremo.

Al oír pues el **tunduy**, se imaginaron oír la señal de que el enemigo estaba en puertas y de que ya les acomatía.

Pero cuando Nanki fijó bien los oídos, y escuchó el número de golpes que en el instrumento daban, y el ritmo con que lo tocaban, entonces pudo darse cuenta de que aquello no era la señal temida, si no otra muy diferente pero muy seria.

Lo que aquella señal decía era que Tzerembo y Mashánda acababan de pegar los oídos en el suelo, y que oían que el enemigo como un aluvión venía

sobre ellos, y que presto iban a entrar en combate, y que en consecuencia esperaban el oportuno auxilio de cuantos oyesen el tunduy.

Esto si que le sobresaltó a Nánki.

Al ver Proaño la actitud de este gran jívaro, y que se encrespaba como león, preguntó lo que había. Pero Nánki, a quien se le alcanzó lo que Proaño preguntaba, apresuróse, después de cruzar breves palabras con Nainjinda, a contestarle en persona, poniéndole al corriente de todo, y manifestándole que el momento era llegado de que Proaño cumpliera con su palabra de apoyarle con su persona y con su gente.

“Bravo Nánki –respondió oportunamente Proaño– mi persona y mi gente están a tu servicio; y yo correré la misma suerte que tú en los combates. Estoy listo –añadió– levantándose de pronto, y tomando de propósito tal actitud guerrera que llamó la atención de todos los jívaros allí presentes –estoy listo, y esta lista toda mi gente.

Después de lo cual salió al patio y ordenó alistarse a sus soldados, quienes conocedores del pensamiento de Proaño y de la difícil situación, y mas conocedores aun del espíritu de los jívaros; hicieron gran bulla con sus armas, y tomaron tales actitudes marciales que dejaron atónitos a los jívaros, para quienes las armas de fuego valían un mundo. Las mismas jívaras, que mascaban yuca para la chicha, tanto las que estaban en casa como en los numerosos ranchos improvisados en el bosque durante la campaña, todas al oír el ruido de las armas, jóvenes y viejas se agolparon en torno de los macabeos con los carrillos abultados, escurriéndoseles por las comisuras de la boca la blanca yuca que mascaban.

Quedóse Nánki satisfecho de ver a los soldados de Proaño, en tal marcial actitud, y mas satisfecho aun de que aquella escena hubiese presenciado Vainjindia, ante quien se mostraba orgulloso de ser él, Nánki, quien había traído a Proaño.

Desde que sonó el tunduy hasta ese momento, apenas han corrido breves minutos, pero ya Nánki y Proaño estaban impacientes para continuar la marcha; aun cuando era demasiado tarde, pues que ya el sol se había ocultado tras los altos montes en cuyas faldas se extendía el teatro de la guerra.

Preguntó Nánki si habían terminado de cargar balsas y canoas de todo el masato y todas las flechas y mas armas.

Como le dijiesen que si, mandó a su corneta hacer igual pregunta por medio del cuerno a las casas de enfrente.

La respuesta que asimismo por medio de bocinas dieron el otro lado del río fue también afirmativa.

Ordenó enseguida Nánki la bocina que diera la señal de marcha. Al punto que sonó la bocina, salieron de los bosques a las orillas de los ríos los centenares de jívaros que componían la escuadra, haciendo en la garganta unos ruidos agudos como de un sinnúmero de monos.

Luego dijo Nánki a Nainjinda que era preciso anunciar con el tunduy a Tzerembo y a Mashánda en el alto Miáza, que ya marchaban ese momento en su auxilio y que nada temiesen. Dijo también Nánki a Nainjinda que asimismo con el tunduy comunicáse este particular hacia el bajo Miáza o Hunda-Mangosiza, a fin de que, por tunduis sucesivos, llegase la noticia a los fuertes de Tihuirumma, y mandasen de allí nuevos refuerzos; pues no se hallaba en esa plaza el testarudo Tihuiruma, sino el bizarro Kásenda, uno de los más inteligentes y astutos generales de Tungura.

En seguida dos gallardos jívaros, seguidos de otros muchos armados de lanzas y tandáras, sacaron a paso lento, de dentro de la casa, un grueso tronco, y lo suspendieron horizontalmente entre dos árboles de achiote, a poca altura del suelo en una ligera eminencia.

Como Proaño ignorase las disposiciones de Nánki había dado, no sabía que era aquello que sacaban de la casa, con ese recogimiento y ese aire tan solemne de la multitud, como sobrecogidos de un religioso respeto, hacia aquello que a sus ojos no era más que un tronco de árbol grueso y tosco; y preguntó curioso...

Cuando le dijeron que aquello era el tunduy, maravillóse Proaño de que tan ruda apariencia hubiese tenido el tan famoso tambor de guerra de los jívaros.

Acordóse enseguida de que un tronco igual había venido en la balsa, en la cual se embarcó Nánki; y tuvo gran curiosidad de oírlo.

Proaño sabía que el tunduy se hacía oír a leguas de distancia; y, como buen guerrero que era, prometióse escuchar gustosos aquel estallido, que de seguro sería mayor que el de un cañón.

Tomó Nainjinda un mazo envuelto en trapos, y con aire imponente, con faz sañuda, dió con él golpes rápidos, con ritmos diferentes, sobre el labio superior de una como boca que, haciendo un gesto de soberbia, se abría en la parte superior del instrumento.

Cuando sonó el tunduy, una especie de desencanto experimentó Proaño, a la vez que de sorpresa.

—¿A qué distancia de aquí estará Tzerembo?— preguntó curioso el Jefe blanco.

Por las señas que le dieron calculaba en unas tres o cuatro leguas. Y entonces, su desengaño trocóse en admiración. ¿Como es posible que este ruido tan sordo, que parece que apenas pudiera oírse a media cuadra de distancia, haya llegado hasta Tzerembo?— se preguntaba.

Y acercóse al instrumento con ánimo de analizarlo, y descubrir el secreto que habia de encerrar aquella tan rústica apariencia.

Preguntó de que madera habia hecho aquel tunduy, y respondieron que de una especie de balso altísimo y grueso, llamado *Shimúta*, único árbol del cual podia hacerse aquel instrumento, pero árbol que por fortuna abundaba en todas las jivarias.

—Y el mazo?

—El mazo, por el contrario, es hecho de una madera durísima llamada *Apáy*.

Midió Proaño el tunduy, y vió que tenia metro y medio de largo, y casi otro tanto de circunferencia. Como la parte superior del tronco tenia cuatro huecos triangulares enlazados entre si por una hendedura horizontal, dos de los cuales, los de los extremos, semejaban las orejas de una cara, y los dos interiores las comisuras de la boca, y como advirtiese que esas hendeduras iban al fondo, metió la mano, que entró ajustada ya por la comisura, ya por la oreja, y vió que el instrumento era hueco aunque no tanto, y que lo habían ahuecado artificialmente y en sentido cónico, como los asientos de las ollas de los jívaros.

Preguntó entonces Proaño a Nainjinda, si ahuecando mas aquel instrumento, aumentaría el sonido.

No respondió Nainjinda, sonaría lo mismo.

—¿Pues a que se debe que así suene cosa de oírse a tan larga distancia este tu hermoso tunduy?

Eso se debe —respondió Nainjinda irguiéndose orgulloso— a que ni comí carne, ni bebí nijamanchi, ni dormí con mujer mientras lo trabajaba.

Proaño quedóse como aturdido a estas respuestas, y sin tiempo para reflexionar, siguió adelante su camino por esos como torbellino por donde el destino lo arrastraba.

Cuando ya el pintoresco y soberbio Miáza estaba cubierto de la poderosa escuadra de Nánki, y éste y Proaño se acercaban a las peñas, pidió Nánki al Jefe blanco que hiciera sonar una vez mas el brillante clarín que consigo llevaba.

Hízolo así Proaño.

A ese sonido todos los jívaros que cubrían el río, miraron con grande atención hacia el clarín, y numerosas jívaras y jivaritos desnudos salieron del bosque como un conjunto de monos, curiosos de saber lo que aquella voz tan singular significaba, y todos miraron la trompeta, cuyo brillo a la vez que su sonido les deslumbraba.

Embarcóse Nainjinda en la balsa de Nánki, y, al son del himno jívaro de numerosos cuernos de tenemba, comenzaron las embarcaciones a subir por el majestuoso Miáza.

Tomó en un principio la escuadra la forma de un navío: la proa, en la cual se hallaban los mejores flecheros, iba como surcando las aguas, y en medio, de a estribor econtrábanse las líneas de las balsas mas extensas, y en número de veinte y hasta veinticinco en fondo, en cuyo centro se hallaba la que sobre si llevaba a Nánki, Proaño y Nainjinda.

Pronto les anocheció: la noche era lóbrega; llovía mucho en las alturas, pero apenas les llegaba a los tripulantes unas ligeras gotas.

Prendieron teas de copal en todas las balsas y en todas las canoas. Y ese inmenso conjunto de luces produjo en la atmósfera un resplandor como de vasto incendio, que al surcar de los barcos iba iluminando las majestuosas palmas de las riberas, y otros árboles seculares, tan altos como las palmas pero mas gruesos que ellas, cargados de floridos parásitos, y enlazados entre si por cien clases de yedras que a modo de magníficos festones realzaban la majestad de tan grandioso río.

Y mientras asi tan bellamente iluminaban las luces en las copas de los árboles, abajo en las peñas, por el contrario, su iluminar era siniestro; feos derrumbes, o paredes verticales de piedra viva; aquí; rocas enormes que parecían querer desplomarse sobre el navegante, allá, o bien negras guaridas de serpientes, formadas por las raices de árboles gigantes que han vivido siglos.

Y a medida que la escuadra avanza, las paredes del Miáza van tomando un aspecto cada vez mas imponente y siniestro; porque las peñas van levantándose mas y mas, y los cerros tomando mayores proporciones.

Y la escuadra, que antes tenía la forma de un ancho navío, ahora va tomando la de una canoa, dado que las paredes del río van estrechándose a medida que más y más se levanta.

El resplandor de las luces apenas alcanza ya a las raices de los árboles, que ya sus encumbradas copas hacen parte de las tinieblas.

Las balsas, que antes venían algun tanto tranquilas, ahora zozobran, por que las olas van encrespándose a medida que avanzan los tripulantes, e hinchándose cada vez mas a causa de las lluvias torrenciales en los cerros.

Jamás había visto Proaño, como aquella noche, un conjunto tan extraño de ruidos múltiples en medio de una naturaleza tan siniestra como abrumadora: el canto del brujo tomó a sus ojos los colores mas negros, y a ese canto acompañaron los lúgubres tambores y bocinas, el tac-tac seco de las canoas que entre si chocaban, el batir unísono de centenares de remos en las ondas, el chil chal de las olas contra las peñas, ese ruido tan singular como imponente, que viene haciendo en las selvas el aguacero que se aproxima, ruido inmenso, como el chasquido unísono de millones y millones de látigos con que legiones invisibles azotaran la tierra. A todo lo cual había que añadir ese tronar lúgubre de los cerros entre relámpagos que unos tras otros se sucedían.

Este conjunto de fuerzas aterradoras, de tal manera hirieron la viva imaginación de Proaño, que produjeron en su ánimo dos efectos encontrados; por un lado admiración de ese como caos, de esa como locura en que había dado la naturaleza, admiración acompañada de uno como sobrecogimiento religioso que le inspiraba esa fuerza oculta, que desde el fondo de las cosas movía conforme a un plan fijo ese que parecía desorden universal; y gozaba en sus adentros de haber tenido ocasión de presenciar un espectáculo de tan colosal magnitud.

Por otro lado lo que Proaño experimentaba era uno como encogimiento del espíritu, cosa de verse anonadado ante esa especie de torbellino que amenazaba devorarlo.

Todo allí era extraño para él, y todo amenazante: jívaros, ondas, tempestad, rayos y truenos... Y aun hubo un momento para Proaño como de lucidez, en que ya vió en imaginación blanquear sus huesos en aquellas tan siniestras breñas.

Como ya la lluvia comenzó arreciar sobre ellos, Proaño cubrióse el cuerpo con su poncho de caucho, y la cabeza con una capucha de lo mismo; mientras los demás se cubrieron el cuerpo, a modo de paraguas con grandes hojas de plátano.

Solamente los remeros tuvieron que soportar a cuerpo limpio el aguacero.

Muchas teas se apagaron a causa de la lluvia, y las dificultades de la embarcación se aumentaban con el encrespase progresivo del caudaloso rio.

Ya nadie cantaba y cada cual solo se ocupaba de vencer dificultades.

Nánki ordenó que todas las balsas pegasen hacia las orillas, y que continuase la marcha por allí.

Y así lo hicieron.

Bien pronto pudo apreciarse lo oportuno de la medida del inteligente Jefe de los *aindikaimis*; pues que a poco de lo ordenado, como que hubiese tenido el curaca algún presentimiento, comenzó el río a hincharse repentina y fieramente, cosa de arrastrar numerosas ramas, numerosas balsas, y hasta fracciones de piraguas. Cuando de pronto dejóse oír por arriba un ruido ensordecedor tan recio, como de una montaña que se desploma. Comprendieron los *jívaros* el peligro, y todos de un salto hecharon pie a tierra, y al punto ataron las balsas ya contra los troncos de los árboles, ya contra las rocas, lo que estaba más a la mano.

No tuvieron casi tiempo para esto, cuando llegó el aluvión, en que el agua del río ya no era tal, sino lodo, lodo espeso como lava de un volcán, y en cuyas encrespadas hondas venían como danzando locamente gruesos troncos de árboles corpulentos que habían sido arrancados de cuajo, y se venían esos árboles como dando volatines, unas veces de pie, otras, con las raíces para arriba y las copas en el abismo. Las piedras retumbaban en lo hondo de la corriente, a causa que se daban unas contra otras al ser arrastradas por el ímpetu de la avenida.

Una balsa de las que iban a la cabeza, fue arrebatada por la avenida con cuatro de los indios que en ella iban, que no alcanzaron a saltar en tierra como sus compañeros; dos de ellos pudieron arrojar al río y salvar a nado; no así los otros dos, que no pudieron hacer lo propio, a causa de que se les enredaron los cabellos en las raíces de los árboles, lo que les impidió salvarse, y perecieron.

Nada mas triste y negro para Proaño, que ver a la luz de los relámpagos, como esos dos infelices *jívaros* iban siguiendo los movimientos de los árboles, como unas veces aparecían suspendidos de las raíces sobre la superficie de las aguas, mientras otras veces los veía sumirse al hondo del abismo.

Proaño que tenía el temple de guerrero, era sin embargo, en extremo sensible, y así produjo en su ánimo un efecto trágico aquella horrenda escena.

A pesar de este suceso desgraciado, anduvieron felices, porque no hacía mucho que había pasado a lo largo de una estrecha garganta de solo unos cincuenta metros de anchura, garganta de paredes verticales de piedra viva y de unos cien metros de altura; cuando ahora se encontraba en parte donde casi no había paredes, porque allí los cerros iban declinando suavemente hasta las riberas del alto *Miáza*. Que si el aluvión les hubiera pues alcanzado en esa garganta de piedra, de seguro que habrían perecido sin quedar uno con vida.

Pero ¿como seguir adelante?

En eso dejóse oír otra vez el tunduy de lado de Tzerembo; lo que causó en todos grande alarma.

Sonaba el tunduy con signos convencionales a fin de que no entendiese el enemigo y según esos signos decían ese momento que el enemigo, aprovechándose de lo recio de la tempestad, y creyéndole descuidado a él, a Tzerembo, acababa de acometerles, y que se encontraban en ese rato en combate, y que en consecuencia viniesen a la brevedad posible en su auxilio.

Grande ansiedad advirtiósse a este aviso en toda la tripulación.

El río estaba terrible: seguir por allí era perecer seguramente.

¿Que hacer?

Nánki esperaba oír el sonido de algun otro tunduy amigo, del lado de los altos Numbaymis, por ejemplo; pero no oía nada, a causa seguramente de la mucha distancia que mediaba.

¿Que hacer?

Una hora esperaron en vano, pues la avenida no pasaba; mientras tanto los compañeros combatían.

Pero era preciso acudir en su auxilio. ¿Como dejarles entregados a sus solas fuerzas a Tzerembo y a Mashánda?

En tan duro trance, Nánki tuvo una feliz idea, de enviar gente por tierra; lo cual por cierto solo era posible entre jívaros, que saben andar por esas selvas, en noches tenebrosas en que abundan las víboras, con la misma facilidad que las fieras.

Conferenció pues al respecto con Nainjinda, y se resolvió que sería precisamente él, el invicto Nainjinda, quien llevaría a su padre refuerzos por tierra.

Y así sucedió.

Púsose al frente de la mitad de los tripulantes, y marchó por esas ásperas breñas, siguiendo siempre la dirección del alto Miáza; no sin antes haber comunicado a Mashánda y a Tzerembo su marcha, por medio del tunduy, que consigo llevaba.

Por fortuna, por el aviso que recibieron de Tzerembo, se advertía que la distancia que les separaba era corta, y así abrigó la esperanza que presto estaría el impetuoso Nainjinda en auxilio de Mashánda su padre.

A Proaño que no estaba acostumbrado a tan salvajes aventuras, le hubiera sido físicamente imposible dar un paso en esas tinieblas por esas tan ásperas selvas, donde con frecuencia se interponían al paso feas escarpaduras que tenían que trepar haciéndose con pies y manos de las raíces y de las piedras saledisas, y por donde tenían que ir rompiendo con el cuerpo esos teji-

dos de espinosas guaduas por donde las víboras se cruzaban en mayor número que durante el día.

Pero lo que para Proaño era imposible, para el hijo de Mashánda no solo era posible sino fácil aquella empresa.

Diríase que un jívaro es como la resultante de todas las fuerzas salvajes combinadas, como las cascadas y los peñascos, como las garras de las fieras y el veneno de la serpiente. Por eso, nunca un jívaro es mas ágil como cuando esas fuerzas salvajes entran en mayor actividad cosa de conmover los cerros y las selvas. Todas las comodidades que la civilización puede ofrecer a un jívaro fuera de sus guaridas, las rechaza, y prefiere a todo aquello el morir arrebatado por los aluviones o aplastado por un peñasco como las serpientes.

Proaño quedóse pues con Nánki para seguir su marcha por el río; aunque bien podíamos decir que fue Nánki quien se quedó por acompañarse de Proaño, en quien la perspicacia del curaca veía un auxilio nada despreciable.

Habría acaso transcurrido un espacio de hora y media de terrible combatir en las breñas del Miáza y el Hunda-Numbaymi, con iguales bríos de parte y parte, en que murieron centenares de jívaros; cuando se declararon en derrota las huestes de Tzerembo y de Mashánda.

Y habría sido completo seguramente aquel tan inesperado fracaso, puesto que Kashpi, Mundapaki y Tayu se habían apoderado ya de la ribera derecha, tanto del Hunda-Numbaymi como del Miáza, y habría sido, dijo, completo aquel fracaso, si a tiempo no hubiera llegado el violento Nainjinda, y con tal ímpetu no hubiese cargado sobre los Kayamazas y Kusuimis, sobre los Huambizas y Kangaymis, cosa de arrollarles y obligarles a repasar precipitadamente los ríos en cuyos remolinos perecieron gran parte.

Como era de noche, no podían verse los combatientes; y solo se oían sus fieros aullidos que resonaban feamente en las cuencas de los ríos. Y si alguna vez veían algo, solo era la luz de los relámpagos, que, como habían disminuido las lluvias, eran entonces menos frecuentes.

En noche tan oscura poco uso podían hacer de las flechas, y así esa serie de combates verificáronse a pura lanza de cuerpo a cuerpo.

Pero una vez que repasaron el Miáza, tomó el enemigo en esa breñas muy buenas posiciones, desde donde le hizo tal resistencia que duró como una hora, y fue necesario que desplegaran una bravura y un ímpetu incontenible, tanto de parte de Mura y de Charupe, como de Nainjinda, Mashánda y Tzerembo, para poder desalojarlos, como en efecto los desalojaron de dichas posiciones, a costa de muchas vidas, después de lo cual eso si lograron empu-

jarlos como una legua, tanto arriba del Miáza, como por el lado del kayamáza.

Mas sucede que en esos momentos recibió Mundapáki refuerzos del norte, de parte de los terribles Shimbimis, y entonces, ya con el auxilio del famoso Kasénda, tales bríos cobraron, Kayamazas, Kusuimimis, Kangaymis y mas huestes de Mashú, que a la vez arrollaron a las huestes de Tzerembo, nada menos que hasta la confluencia del Miáza con el Hunda-Numbaymi, después de unas dos horas de rudo batallar.

Ya estaban casi de dueños los Máshus de toda esa basta confluencia; y para apoderarse por entero solo les faltaba vencer la resistencia que el bravo Charupe y el corpulento Tzerémbo les oponían desde las cumbres de unos altísimos peñascos, desde donde les lanzaban a los invasores grandes piedras que con ellos y todo rodaba al abismo.

Las aguas del río estaban tintas en la sangre de Kangaymis, de Kusuimimis y cien más.

Con todo, Táyu, Mundapaki, y Kásenda, seguidos de su gente subían como hormigas por esas peñas, según se dejaba ver a la luz de los relámpagos, que vinieron a ser mas frecuentes ese rato, por cuanto el aguacero que ya había pasado volvía a arreciar.

Y ya coronaban las cumbres del peñasco, y ya estaban casi al alcance de la lanza de Charupe y de Tzerembo, el violento Táyu y el terrible Kasénda y el formidable Mundapaki; y ya la derrota de los Miázaz iba a ser completa; cuando en eso llegó, allá abajo en el río, y en el mayor silencio, la poderosa escuadra de Nánki, la cual, después que hubo pasado el aluvión, había seguido su marcha venciendo grandes obstáculos, sobre toda la corriente del río que arriba era ya mas violenta.

Proaño venía consternado de ver a la luz de las teas y los relámpagos tan ensangrentada el agua, y como bajaban tanto jívaro muerto, unos rapidamente por la mitad del río, y otros deteniéndose en los remolinos, en uno de los cuales vió que giraba cuatro cadáveres formando un sólo todo con las raíces de los troncos.

Tan pronto como desde muy abajo comenzaron los tripulantes a oír los gritos de los combatientes, apagaron las teas a fin de no ser vistos.

Por los fieros ladridos que aquellos daban y por los gritos horrendos que lanzaban los heridos, pudieron darse cuenta de las verdaderas posiciones que el enemigo había tomado.

Tanto por un plan secreto que concertaron Proaño y Nánki, como por la dificultad de avanzar por la mitad del río, dividióse la escuadra en dos alas, cada una de las cuales tomó una orilla.

Y así subían.

Hubieran podido los tripulantes echar pie a tierra, y escurrirse por los follajes en auxilio de los suyos; pero aun no convenía.

Y así sigilosamente subían, subían, asiéndose de las ramas, de las rocas, de las raíces, a fin de remar lo menos posible y evitar de esa suerte todo ruido.

Por fortuna no podían ser oídos, porque el ruido que ellos hubieran podido hacer habría sido apagado por los ladridos que daban los combatientes, por los alaridos que lanzaban los que caían atravesados por la lanza enemiga, por el búmbúm de las piedras que sobre el enemigo lanzaban los Míazas, y que bajaban por esas peñas triturando cráneos; por el estruendo de los ríos, sobre todo del espumoso y violento Hunda-Numbaymi, por fin por los truenos que desprendían de las nubes y retumbaban lúgubremente en las cuencas de las montañas.

Llegaron ya casi frente a frente, y Proaño pudo ver asombrado la manera temeraria cómo esas fieras combatían.

Cada relámpago les descubría nuevas y nuevas escenas a cual mas aterradoras.

No era tempestad lo que ese rato caía; era una lluvia menuda pero cerrada, y al través de ese velo denso de la lluvia, descubría Proaño a la luz de los relámpagos esas escenas siniestras: veía jívaros que caían boca arriba, boca abajo, aplastados por las piedras lanzadas de las cumbres; veía grupos enteros acometerse con sus lanzas invocando el nombre de Zapikia, y caer unos sobre otros heridos de muerte, y que al tiempo que abrían sus fieras fauces dando roncós gritos de dolor, sus vencedores les cortaban la cabeza para trofeos de guerra; veía jívaros que encaramados en los troncos, enviaban al enemigo sus saetas certeras, mientras, por el contrario, volaban desde las mas altas copas de los árboles con la flecha en el pecho o la garganta, y que así caían a los violentos chiflones del lúgubre Numbáymi, donde eran batidos de piedra en piedra y despedazados horriblemente sus cuerpos.

Que cuadros aquellos. Que fieros alaridos llenaban esas cuencas, que repercutían en las cavernas.

Era aquello el infierno, en que todos gritaban “¡Zapikia Zapikia!” Pero veía Proaño que a pesar que los invasores caían por cientos, pronto los Míazas iban a ser vencidos; porque esos vacíos que iban dejando los muertos al punto llenaban las nuevas hordas de invasores que iban viniendo.

Ya ese cerro, que los jívaros llamaban Yahuara-Nainda, porque allí abundaba el tigre, ese cerro digo era ya un hormiguero.

Y ya el impetuoso Tayu, el feroz mundapaki, iban bien pronto a coronar las cumbres, y ya Proaño estaba impaciente, porque para él era sentencia de muerte la derrota de los Miázaz, y esperaba con ansia que Nánki se hiciera sentir.

Pero Nánki era astuto por extremo, y así no quiso aventurar el golpe, y lo preparó a maravilla.

Cuando de pronto, en momentos en que el fuerte retumbar de un trueno apagó los alaridos de los salvajes, en ese momento oyó Proaño que imitaban el lúgubre y agudo canto de cierta ave nocturna del Oriente.

Era la señal convenida.

Entonces Proaño, tomando las providencias del caso, a fin de no ser descubiertos, subió con su gente, guiados por el jívaro Nánllu, a una eminencia que caía sobre la unión de los dos ríos.

Una vez allí, ordenó Proaño a Nánllu que imitara la voz de aquella misma ave nocturna que había oído abajo.

Los jívaros son hábiles en esto de imitar la voz de todo animal, el canto de toda ave, y es así como cazan.

Dio pues Nánllu, ayudado de las manos y la boca, un sonido igual al canto de aquella ave nocturna, conforme a lo convenido entre Nánki y Proaño.

No había acabado Nánllu de cantar, cuando resonó al pie del cerro donde se combatía, un imponente coro de cuernos de tenemba, a la vez que cien voces roncadas que imitaban los rugidos del tigre, el oso y el león, y fieros silvidos como el de la serpiente.

Tan repentina tempestad de ruidos desconcertó por unos momentos a los que prestó iban a ser vencedores, y por tanto, que ya comenzaron a retroceder a los fieros ataques del astuto y valeroso Nánki que acometió con verdadero denuedo. Y fue necesario el supremo esfuerzo y Táyu y Mundapáki, que dieron voces mas fuertes que el infernal Numbáymi, para poder establecer el equilibrio; hasta el punto de quedar otra vez indecisa la victoria después de nueva y mas sangrienta contienda.

En tales circunstancias, Nánki, viendo comprometida la situación, imitó por segunda vez el canto de aquella ave nocturna de manera que oyese otra vez Proaño.

Entonces, en el campamento del Jefe blanco en lo alto del peñasco, resonó a una el clarín guerrero y una descarga de fusiles.

Esto fué como si hubieran volado con dinamita el Yahuara-nainda, donde se combatía: todos, tanto del un lado como del otro, con excepción de Charupe, que al punto se dió cuenta de lo que ocurría, y sobre todo de Nánki, que estaba en el secreto, todos quedaron como paralizados; creyendo los unos, que era la acción de algún brujo, enemigo suyo, y los otros, la obra de Ihuanchi, el genio malo de las selvas, quien así venía amenazante y terrible a anonadarles y muchos de ellos hasta cayeron por tierra como petrificados.

Nánki, que como he dicho estaba en el secreto, y que comprendió el estado psicológico de los combatientes, aprovechó de esta coyuntura para cargar como cargó con los suyos, con tal ímpetu, que en pocos minutos mató centenares de enemigos; eso de los que quedaron, que los demás huyeron des-pavoridos, lanzándose ciegamente a los ríos, donde fueron devorados en gran parte por las corrientes y los remolinos.

Charupe supo secundar a maravilla la acción destructora de Nánki; de suerte que fue imposible a los capitanes de Máshu contener esa derrota, por mas que rugían amenazantes Táyu y Mundapaki; únicos que hicieron frente, pero quienes pagaron su temeridad con su vida; eso si, no sin antes haber pasado con sus lanzas en su desesperada lucha a numerosos Ainkicáymis.

Jamás se imaginaron los Miázaz y los Aindicáymis obtener una tan completa victoria, en momentos en que precisamente comensaba para ellos la derrota.

Este prodigio debióse a la astucia de Nánki y de Proaño, cuanto que en vano Máshu acometió en persona con tres mil makummas a Mashingashi que apenas tuvo consigo dos mil moronas.

Máshu con este asalto se habría propuesto dos objetos: por un lado evitar que Mashingashi auxiliase a los Miázaz, a combatir con los cuales había enviado a los mas famosos guerreros, tales como Katípi, Táyu, Ypiámata y Mundapáki y por otro lado, triunfo de Mashingáshi, cortarle la cabeza, y seguir su marcha triunfal por el bajo Kusuimi y el bajo Makumma, y por ahí apoderarse del Morona pasando por encima de Tihuiruma si se le oponía al paso, pues que para entonces ya contaba con que los miázaz habrían sido derrotados al furor de Ypiámata y los demás héroes en quienes tanta confianza tenían.

Pero las contingencias de la guerra burlan muy facilmente los mas bien concertados planes de los mas grandes capitanes.

Máshu ignoraba la presencia de Proaño en esos momentos precisos en que se jugaba la vida de esas numerosas tribus; e ignoraba por consiguiente que su influencia había de ser fatal para los makummas.

Tampoco se imaginó Máshu que tan tenaz resistencia le hubieran ofrecido primero Mashingáshi, y después Tihuiruma, siendo así que no ignoraba el temor que él, Máshu, había sabido inspirarles.

Pero en el valeroso Mashingáshi y sobre todo en el orgulloso Tihuiruma pudo más su soberbia que su temor a Máshu; y así le hicieron uno tras otro una resistencia inesperada, a pesar de que vieron perder en el primer empuje más de mil quinientos de los suyos; resistencia debida sobre todo a que en la confluencia del Kusuimi con el Kayamaza tenían posesiones estratégicas admirables, de que Tihuiruma supo aprovecharse a maravilla. A tal punto, que aunque perdió como he dicho, más de mil quinientos hombres, apenas pudo Máshu sacarle en parte de esas posesiones, que después logró recuperar merced a desesperados contra ataques que duraron algunas horas.

Máshu esperaba con ansia los refuerzos que había pedido al Makumma, pero no le venían, debido a que las lluvias habían sido torrenciales por allá, y que los ríos habían crecido como nunca.

Con todo Máshu, ciego como estaba de ira y de venganza, acometió a Tihuiruma con mayores bríos que en un principio había acometido a Mashingáshi; resuelto a vengar la sangre de los dos mil quinientos que había llegado a matarle Mashingáshi.

Pero sucede que en momentos en que todo estaba dispuesto, y en que comenzaban a acometer, gruñendo fieramente a modo de grandes manadas de jabalíes, cosa de hacer estremecer al mismo Tihuiruma, en esos momentos precisos, digo, sonó a lo lejos el tunduy, el cual refiriéndose al aviso de otros tunduyes más distantes, decía que, tanto Ypiámata, como Mundapáki, como Katípi, como Táyu, acababan de ser completamente derrotados al empuje irresistible de las legiones enemigas, y que los vencedores perseguían tenazmente a los derrotados, sin duda con el propósito de poner como si dijéramos a dos fuegos al terrible Máshu.

Este fatal tunduy cayó como un rayo sobre las al parecer invencibles huestes del Makumma, todos los bríos se le aflojaron a su Jefe, y tanto que todos comenzaron a huir despavoridos, al extremo de ser vano los esfuerzos del famoso Máshu y sus no menos famosos capitanes, Kiríko, Kumára, Tamarin-da y otros, que hicieron lo posible por contenerlos con sus rugidos y con su lanza, con la cual alcanzaron atravesar a muchos mientras huían.

Tihuirúma que también había oído el tunduy, y que viera el efecto desastroso que su sonido estaba haciendo en sus poderosos y terribles adversarios, salió de sus trincheras, donde se había encastillado, y cayó con tal ímpe-

tu sobre ellos, que fué sembrando de cadáveres la selva, y arrancando de los heridos rugidos espantosos.

Los que mas bien librados salieron de esa derrota, fueron los huahuas-mis y los pangis; no así los schimbimis y los makummas, a quienes les fue imposible salvar en su fuga un ancho y profundo estero, de esos que tanto abundan en el Oriente ecuatoriano, por donde no pudieron pasar con la rapidez que necesitaban para salvarse, y así fueron alcanzados por la flecha y la lanza de los fieros moronas, cosa de quedar el estero henchido de cadáveres, y sus aguas convertidas en pura sangre.

Allí en ese mismo estero pereció también Sukanga uno de los mas bizarros tenientes de Máshu.

Y aun el mismo Máshu hubiera también perecido allí, a no haber primero pasado con su lanza a Puími, el ágil morona, que mas de cerca lo perseguía, y si al punto de no se hubiera pasado ágil como un tiburón con la lanza levantada en la diestra.

Al son de los tundúyes iban aproximándose entre si los vencedores del Kusuimi y parte de los vencedores del Miáza, es decir, la parte que perseguía al enemigo río arriba del Kusuimi hacia el occidente; que cuanto a la otra parte, tomó enteramente hacia el norte en persecución de los huhuaymis y los pangis.

Todo el día se escurrieron por la espesura de las selvas persiguiendo a los derrotados, hasta que por la tarde llegaron primero los miázaz, y después los moronas, a las famosas y terribles peñas del Tambachi hasta donde duró la persecución.

EL TAMBACHI, por su situación topográfica y por la forma especial de la naturaleza ha recibido, es un cerro que entre dos abismos se levanta a modo de **cuchilla**, o por mejor decir, de poderoso contrafuerte de la gran cordillera del Kutukú. Y ese contrafuerte altísimo termina al encuentro de los dos abismos, en una especie de arista, a modo de proa de buque, a la que propiamente conocen los jívaros con el nombre de Tambáchi.

La fama del Tambáchi en el Oriente es bien merecida fama. Decir Tambáchi es como decir tigre, como decir cueva del táyu, como decir ciclón: sólo despierta ideas de terror.

En tiempos de guerra, que diremos de paso entre los jívaros es perpetua, el Tambáchi ha desempeñado siempre un papel importante. Muchas veces ha servido de campo de batalla, cosa de estar esas rocas perpetuamente enrojecidas con la sangre de miles de combatientes que allá han perecido a saeta o lanza o rodados a los abismos, ya por el lado del Kusuimi, ya por el lado del Samiti-entza que tanta sangre se ha llevado hacia el Kangáymi.

Es que por difícil, por vertiginosamente terrible que el paso del Tambáchi sea, es el único punto humanamente posible por donde pueden ponerse en comunicación las jivarías del Sur con las del alto Kangaymi, el alto Schimbimi y el alto Makumma; pues para comunicarse por otra parte, sería preciso dar una gran vuelta por el lado oriental, cosa que no se compadece con el temperamento nervioso de los jívaros, y menos en tiempo de guerra en que buscan siempre la línea mas corta para sus expediciones, y mucho menos todavía así como en el Tábachi sabe atrincherarse el enemigo, como en efecto muchas veces se han atrincherado aún los mismos derrotados, cosa de volverse allí tan fuertes, que no pocas veces los vencidos se han tornado en vencedores.

Pues allí llegaron los vencedores del Míaza, inclusive Proaño, en persecución del enemigo.

Pero como Tihuiruma había llegado momentos antes, ya todo aquello estaba bien explorado, y se sabía que, tanto los mangaymis, como los shimbimis, como los makummas, todos, todos, no habían pensado sino en huir, en huir siempre, en huir despavoridos llevando en el alma las mas hondas y terribles impresiones que en el seno de las tinieblas recibieron en ese combate del Yaguara-Naínda, en el cual habían sido aquella voz siniestramente aguda, acompañada de voces de truenos que ellos se imaginaron eran legiones de Ihuanchis que habían salido del seno de la tierra a devorarles.

Apenas Nánki, Tzerembo y los demás aindikaymis y míazas llegaron al pie del Tábachi, cuando Tihuiruma y los suyos que se hallaban en lo alto del peñasco, entonaron el Himno Jívaro, levantando en alto cada uno de ellos, a modo de trofeo, una cabeza humana.

Charupe, Mashánda y los demás respondieron desde abajo con el mismo canto del brujo, empuñando asimismo en la diestra levantada cabezas humanas.

Siempre había hecho en Proaño la mas grata impresión aquel canto del brujo, desde cuando lo oyó por la primera vez a orillas del Marembaymi; pero nunca le había causado una tan horrenda impresión como ahora, en que no era solo una cabeza humana lo que él veía arrancada y levantada así en alto, como he dicho, sino centenares de cabezas, en cuyo rostro conservaban todavía el horrible gesto que las víctimas habían hecho al recibir la lanzada.

Y hasta en esas como escaleras de raíces que se habían formado en las altas paredes del Tambáchi, también allí habíanse encaramado muchos jívaros, que cantaban asimismo con fiero gesto en el rostro y con su cabeza humana levantando en la diestra.

Tan pronto como terminó el himno, manifestó Proaño a Nánki el deseo que tenía de subir también él a lo alto del Tambáchi, por cuanto estaba impaciente por conocer a Tihuiruma, y por que además, estando como estaban aquellas desnudas rocas muy altas, comprendía que sobre ellas podría dominar un vasto panorama, cosa tanto mas interesante cuanto que casi era inaudita en esas selvas orientales, por donde el viajero solo camina por estrechas y oscuras bóvedas de exuberante vegetación.

Nánki y los demás curacas habían resuelto no subir al Tambáchi, por cuanto aquella operación requería mucho tiempo, y así se habían limitado a esperar que Tihuiruma bajara con su gente, para de allí regresar a la brevedad posible, por cuanto muchos asuntos de la mayor importancia habían quedado pendientes.

Pero Nánki había cobrado afecto a Proaño, y así se empeñó en convencer a Tzerembo, Charupe y los demás, acerca de lo conveniente que sería acceder a los deseos de un Kapitio como Proaño, que tan bien se había portado con ellos. En confirmación de lo cual les recordó el efecto desastroso que en el enemigo había hecho el clarín y armas que se habían dejado oír justamente en los momentos mas difíciles del combate; y lo que era peor para el enemigo, que aquellas voces había tomado éste por voces del Ihuanchi, que esa fama había cundido hasta entre las huestes de Máshu, y que ello produjo su total derrota, al punto de no haber hecho resistencia ni en el Tambáchi, cosa para ellos inaudita; y lejos de eso, sabían que Máshu había dicho que toda reacción era imposible por el momento, si bien se proponía prepararse para mas tarde, eso si que con mayor encarnizamiento que nunca.

Así les habló Nánki.

Aunque Mashánda, Tzerembo y los demás curacas se manifestaron disgustados con las pretenciones de Proaño, pero tuvieron que acceder ante las justas observaciones de Nánki; y así le dieron gusto al jefe blanco.

Como los que solo llevaban consigo las municiones de boca y las de guerra estaban libres de todo otro estorbo, pusieron a las espaldas, los unos su masato, los otros sus flechas y veneno y se adelantaron a todos a treparse como ardillas, por ese agudo peñasco, de donde numerosos jívaros, en muchas ocasiones, al bajar o al subir, se habían despeñado, ya del lado del Kusuimi, ya del lado del Samíti, cosa de llegar al fondo despedazados.

Los demás jívaros se ataron en la nuca con sus propios cabellos su lanza atravesadas, se pasaron el brazo izquierdo su tandara, se echaron a la espalda la cabeza que cada cual llevaba, sujetándola en la frente con el propio pelo de la cabeza decapitada; y así subieron el Tambáchi, uno tras otro como un

cordón de hormigas; pues no había medio de subir siquiera de dos en fondo, sobre todo desde cierta altura para arriba.

Los curacas, antes de subir, se acercaron a los macabeos, y hablaron con ellos medio en secreto, sobre alto que Proaño no entendía, pero que por la manera misteriosa como le miraban, comprendió que se ocupaban de él, sin duda respecto del peligro que corría al subir el Tambáchi, y que trataban por lo mismo de tomar las providencias del caso para evitar una desgracia, con tanta mayor razón cuanto que Proaño no estaba acostumbrado a este género de aventuras.

Algunos macabeos se portaron cobardes, a pesar de lo acostumbrados que estaban a treparse por peñas y por árboles corpulentos; otros aunque temblaban se resignaron a seguirle.

Otro macabeo que estaba con los brazos cruzados y como dando diente con diente de tan fea perspectiva; al ver la resolución que de subir tenía Proaño, no pudo contener esta exclamación: “Jesús el señor Proaño a lo que nos precipita”.

Proaño, lejos de indignarse contra esos macabeos que así se manifestaban cobardes, no pudo menos que disculparles, tanto porque la sola vista del Tambáchi era para amedrentar al mas valiente, como por que en llegando allí, con lo primero que se encontraron fué con dos jívaros que acababan de despeñarse, el uno de los cuales había pasado al fondo del Kusuimi, sin duda haciéndose pedazos en el aire, y el otro estaba allí al pie del peñasco, a la vista de todos, con el un ojo saltado y una pierna casi desprendida del tronco.

Viendo pues Proaño el pánico que los macabeos tenían de subir el Tambáchi, y comprendiendo que no necesitaba de tales sacrificios y que podía prescindir de ellos, les autorizó que se quedasen, y solo se hizo acompañar de Pedro Carvajal el famoso cazador de tigres.

En efecto dejó éste abajo su carga, y solo terciado de su escopeta que jamás abandonaba, comenzó el ascenso, poniéndole a Proaño entre los jívaros que le guiaban y él que iba inmediatamente tras el explorador.

Habrían subido ya cosa de veinte metros, cuando comenzaron a desaparecer las raíces que serpenteaban por sobre las rocas, de las cuales raíces tan bien sabía aprovecharse Proaño con pies y manos.

Afortunadamente para el Explorador, el canto del brujo que acababa de oír y esas cien cabezas humanas decapitadas que aun parecían chorrear sangre, que acababa de presenciar; todo ese conjunto horrendo había hecho en Proaño la impresión de una pesadilla, estado de ánimo que contribuyó con mucho a despreocuparse algún tanto del serio peligro que corría al treparse por ese agudo peñasco, y por esas gradas así tan diminutas y toscamente

abiertas por los jívaros, donde tenía que poner los pies, ora de punta, ora de lado, o ya solamente los talones y por donde en fin tenía que ir agarrándose de pequeñas puntas de roca apenas con los dedos de las manos.

Pero sucede que estando para coronar el Tambáchi, después de hallarse a mas de cincuenta metros de altura, vuelve la vista Proaño curioso de ver la extensión recorrida y la apariencia que de allí tenía aquella escalera. Ese acto imprudente casi le cuesta caro, por que la profundidad que se abría a sus pies, sobre todo del lado del Kusuimi era como de trescientos metros. Esta horrenda visión produjo en Proaño tal impresión de terror, que se vió amenazado del vértigo, al punto que comenzaron a temblarle las piernas, cosa que Pedro Carvajal al apercibirse de lo que a Proaño le pasaba, apresuróse a sentarle con fuerza las manos en las pantorrillas, diciéndole a la vez con voz fuerte y casi amenazante: “Nada de cobardías: adelante adelante; no es nada; no es nada; arriba, que ya llegamos, arriba arriba”.

Estas palabras alentadoras de Pedro Carvajal, y sobre todo el verse tachado de cobarde, él que tenía temple de acero, produjeron en su ánimo tan saludable reacción, que al punto le desapareció el temblor de las piernas, y sobre todo ese como cosquilleo interior acompañado de cierto impulso involuntario de arrojar de cabeza en el abismo, y así pudo, aun que maquinalmente, subir los últimos peldaños de aquella escalera horrenda. Pero al tiempo de coronar el Tambáchi le volvieron los síntomas del vértigo con tal fuerza, que no pudo por menos que tenderse boca abajo al borde de la peña con los ojos cerrados y las piernas al abismo. Y cuanto mas cerraba los ojos, mas el Kusuimi se le representaba a su imaginación calenturienta allá en el fondo, negro como la noche y amenazante como la boca de un dragón; y así le acometieron por dos veces convulsiones nerviosas violentas.

En eso, oyó que los jívaros comenzaron a reirse de verlo así, lo que le dio a entender que estaba pasando por cobarde a sus ojos, cosa que por cierto constituía para él una verdadera amenaza, dada la manera de ser de estos salvajes.

La risa de los jívaros y esas breves consideraciones que dicha risa le sugirió le sirvieron como de verdadero reactivo, tanto mas eficaz cuanto que se encontraba allí el famoso Tihuiruma, a quien aun no había sido presentado, y ante quien quería pasar por gran guerrero y no por vil cobarde como hasta aqui está pareciendo.

En tal conflicto vónole a la mente como un relámpago la idea de levantarse de pronto con cara de pascuas, y de hacerles creer que todo había sido

pura broma, y que se encontraba satisfecho de haberles engañado así tan habilmente.

Este paso era tanto más acertado cuanto que los jívaros son bromistas en extremo, y no podía sentarles mal una humorada de este género. El secreto estaba en llegar a convencerles de que realmente aquello fue una broma; porque si sospechaban siquiera de que la tal broma no existió, y si suponían acaso que Proaño quería pasar por valiente sin serlo; entonces la actitud de Proaño hubiera sido contra productiva y aun peligrosa. Al jívaro le gusta mucho engañar; sabe ocultar y disimular mucho, de lo cual con frecuencia saca partido en su favor. Más por lo mismo que sabe cuanto vale el engaño, no quiere ser víctima de él, y así, tan pronto como llega a sospechar de que alguien le ha tratado de engañar, involuntariamente se torna en enemigo suyo, enemigo oculto, disimulado, al extremo de jugarse con él, de emplear bromas, pero dispuesto en su interior a aprovecharse de la primera oportunidad para hacerle todo el daño posible, ya en una forma ya en otra, empleando de preferencia el veneno en la chicha, o el asalto nocturno en lugares desiertos con la flecha o con la lanza.

Nada de esto se le ignoraba a Proaño y por lo mismo supo desempeñarse en su papel a maravilla. Y así, con el objeto de darles una sorpresa, púsose de pie de pronto con la agilidad de un acróbata y con la risa en los labios, y, con aire de orgullo satisfecho, miró a todos abriendo los brazos, como quien dice: “Así se engaña”... Pensamiento que el inteligente Carvajal se encargó de interpretárselo admirablemente. Un silencio de estupor advirtióse desde luego en los jívaros a esa actitud inesperada de Proaño, a quien ya le tuvieron por muerto, y una estrepitosa y general carcajada dejóse oír en seguida, tan pronto como se dieron cuenta de que todo había sido broma de Proaño. Y el buen humor cundió entonces al través de los centenares de indios que allí estaban. Todos reían, poniéndose al reír la mano en la boca como tienen de costumbre, y todos comentaban el chasco; menos Tihuiruma, que se mantenía muy serio en una actitud de fiera indomable, lo cual por cierto no llegó a notar lo Proaño, por cuanto aún no le conocía. Mas como ningún otro le interesaba a Proaño a Tihuiruma, lo primero que hizo fue preguntar por él.

Pero cuando se lo mostraron, la decepción que sufrió fue grande, al ver como ese viejo rechoncho, semi-calvo, se mantenía la lanza en mano con la inmovilidad de estatua, fruncido el ceño como fiera amenazante.

Al punto dirigióse Proaño a Nánki por medio de su intérprete a pedirle que le presentara al vencedor de Máshu, en la confianza Proaño de que le

recomendaría cumplidamente, puesto que nadie como él era testigo de su actuación en aquella guerra a favor de los Moronas.

Nánki le respondió que con el mayor gusto lo hará, pero no ahora, que no era éste el momento oportuno, por cuanto Tihuiruma tenía primero que conferenciar con Tzerembo el Jefe de los Miázaz.

En efecto, acercóse el hercúleo Tzerembo a Tihuiruma, lanza en mano, y comenzó entre los dos la conversación oficial, que versó sobre los últimos combates habidos en las riberas del Miáza.

Jamás había visto Proaño cosa mas imponente ni mas terrible, que ese hablar de los dos formidables curacas; si la voz de Tzerembo era de león, la de Tihuiruma era de catarata; era su voz como de trueno, pero trueno repetido, repetido con solo intervalos de instantes: hablaba como hablaría un cañón de tiro rápido.

Es que Tihuiruma se mostraba impaciente contra Tzerembo, a quien le colaba en cara su cobardía, y sobre todo su ningun acierto en la dirección de la campaña.

El orgullo Tihuiruma estaba empeñado en llevarse para sí todas las glorias del triunfo, y no quería reconocer mérito ninguno en los demás capitanes.

Por supuesto que no se quedó corto en las réplicas el inteligente y denonado Tzerembo, quien en términos breves pero precisos, le hacía ver las medidas oportunas que había tomado, el acierto con que había procedido en la dirección de la guerra en la zona de su mando.

Pero la terca vanidad de Tihuiruma no podía darse por satisfecha con las explicaciones de Tzerembo; y así, aunque al fin aparentó dar algún valor a las explicaciones de este curaca, pero en su interior concibió el propósito de dar cuenta a su hermano Tungura, como en efecto lo hizo, de los errores en que tanto Tzerembo como los demás capitanes habían incurrido en la presente guerra.

Luego le comunicó a Tzerembo la nueva de que Máshu, el tigre cebado del Makumma, a quien hasta aquí se le había tenido por invensible, pero a quien su poderoso brazo acababa de poner en vergonsoza fuga, que ese tigre cebado furioso de su derrota y sediento de venganza, había resuelto prepararse para mas tarde a una guerra mas formidable que la presente; pero que de todos esos preparativos y amenazas él se reía puesto que estaba seguro de que para vencerle no necesitaba desplegar los esfuerzos supremos que su adversario, ni recojer como Máshu las numerosas tribus que a su disposición tenía; pues que él, Tihuiruma, con un pequeño contingente de sus huestes se basta-

ba para cortarle la cabeza, y reducirle a tzantza, a aquél que así se había atrevido a poner los ojos en la sin par Zapikia, y así trataba de apoderarse de la Fuente de la Sal y del Morona, como si no le bastara a su desmedida ambición ser del señor y dueño del Makumma, de ese río tan caudaloso y tan inquieto, que como Pangi serpenteaba por esas bastas llanuras antes de rendir tributo al rey de las selvas, el Morona.

Proaño, a estas palabras del intérprete, mas impaciente se puso por descubrir el Morona, que poco le importaban las futuras guerras de los jívaros, y así ya sólo pensó en salir cuanto antes de ese como atolladero en que se había metido, y en proseguir su marcha exploradora por esas regiones que más y más le atraían, por que cada vez más se presentaban a su poética imaginación como envueltas de un mágico misterio.

De suerte que, terminada esa conversación de Tihuiruma con Tzerembo, conversación que mas que tal, fueron graves cargos contra éste, de haber dirigido mal la campaña, cosa de poner en peligro la soberanía de su hermano Tungura en el bajo Miáza, el bajo Makumma y aun en el Morona, y en que le decía además que por lo menos su falta de pericia militar había dado ocasión a que se multiplicasen los combates, en los cuales tanto amigos y aliados habían perecido, sobre todo los mas vigorosos miázas y moronas, en número tal como árboles caían al ímpetu del huracán, entre los cuales había sobre todo que lamentar la muerte de Huasumba, que rugía como león, la de Júpata el violento, que sabía lanzarse sobre el enemigo como tigre; la de Huashikáta, que como aluvión arrastraba consigo kayamazas y kangaymis; y sobre todo, Huambutzéra, el sobrino de Tungura y yerno de Tiguiruma, Huambutzéra el violento, que serpenteaba rápido y partía como el rayo... Terminada, digo, esa conversación entre Tihuiruma y Tzerembo, Nánki hizo la presentación de Proaño a Tihuiruma el vencedor de Máshu, encareciendo a la vez los importantes servicios que Proaño, el valiente el inteligente Kapitio acababa de prestar a los moronas en la actual campaña.

A pesar de todos estos encarecimientos Tihuiruma recibíole al jefe blanco friamente: lo cual disgustó sobremedida al jefe blanco, porque preveía peligros para su vida misma, dado el poder de Tihuiruma.

Este famoso jefe de los Miázas era uno de los que participaban en esa honda aversión que su hermano Tungura tenía a los blancos.

Por otro lado, la vanidad de Tihuiruma no tenía límites, y así jamás reconocía méritos en ninguna persona que no fuera la suya propia.

Además Tihuiruma y Tungura eran celosos de sus dominios, y no miraban bien que ninguna tribu extraña, aun cuando fuera jívara, invadiese su territorio, ni siquiera de paso, menos para ocuparlo y habitar en él.

Estos celos eran mayores en tratándose de **apachis**, cuyo poder invasor era tanto mas temido de ellos cuanto que usaban armas de fuego, y hablaban siempre de abrir caminos con el objeto de facilitar la entrada a aquellas selvas a los apachis, cuya tendencia era siempre penetrar allí como un aluvión, a fin de apoderarse de su sal, su pesca, su cacao, su toquilla, su vainilla, su pita, su chambira, sus aves, sus mariposas y todo aquello que mas estimaban los blancos; razón por la cual mas de una vez había hecho fracasar exploraciones de aquellos atrevidos viajeros que habían intentado, ya del lado de Macas, ya del lado del Marañón, penetrar a las regiones del Morona; les había hecho fracasar en tales exploraciones merced a los medios artificiosos que contra ellos acostumbraba emplear, ya sorprendiéndoles dormidos en la madrugada, ya quemándoles la casa en la cual dormía, para recibirlos con su lanza, ya en fin preparándoles emboscadas y lanzando sobre ellos flechas envenenadas de lugares ocultos.

Dados estos antecedentes, ya se explicará el lector el por qué del comportamiento poco satisfactorio de Tihuiruma con Proaño. Tendióle la mano, es cierto, al saludar con él; pero lo preciso para llenar la fórmula, y esa su manera al darle la mano, revelaba bien ese sentimiento de disgusto que en vano trataba de ocultar.

Tan pronto como pasó la ceremonia de la presentación, irguiéndose Tihuiruma, empuñando bien su lanza, y, dirigiéndose a Proaño con aire de Juez que interroga al reo, le dijo:

Me dice Nánki que tu vienes con el objeto de recorrer el Morona. ¿para que vienes? qué te propones con recorrerlo? No sabes que el Morona está en los dominios de Tungura, el guerrero de los guerreros, el que ha ganado mayor número de batallas de cuantos jefes has conocido, el que mayor número de fiestas de tzantzas ha celebrado, y el que tantas y tantas mujeres tiene, las cuales rendidas, le sirven el blanco nijamanchi?

—Gran Tihuiruma— respondió Proaño— no ignoro que el Morona, lo mismo que esta vasta región en donde nos encontramos, con todos sus lagartos, sus tigres y serpientes, pertenecen al ínclito Tungura, el mas poderoso de cuantos capitanes han dominado hasta aqui estas selvas. Mas, por lo mismo que la fama de Tungura, como un lejano rumor de trueno ha llegado hasta la tierra de los apachis; por lo mismo he venido yo a conocer a tan poderoso Capitán y a su hermano Tihuiruma, cuya fama de valiente y de invencible es tan-

ta como la de Tungura; y he venido a recorrer sus dominios y conocer sus riquezas, y admirar su poder, con el exclusivo fin de ofrecerle no solamente mi amistad sino mi alianza.

—Pero entonces, si has venido como amigo— dijo Tihuiruma— ¿para qué has traído tanta gente armada?

—He traído gente armada— respondió Proaño con viveza— por que he querido mostrar a Tungura que también soy yo kapitio, que también yo poseo vastos dominios, y la fuerza necesaria para poder entrar dignamente en alianza con jefes tan poderosos como Tungura y Tihuiruma. Seguro de que, si entramos en alianza, yo estaré siempre de lado de Tungura en toda guerra que tenga con sus numerosos enemigos, a quienes seguramente les venceremos siempre, porque para ello tengo mucha pólvora, muchas municiones, muchas escopetas, y aún otras armas de más poder que la escopeta, las que por lo mismo son más temidas, puesto que de un golpe matan mucha gente haciendo gran ruido como el Tungura.

—Sí, si conozco esas armas— apresuróse a responder el orgulloso Tihuiruma, que ni quería ser menos a los ojos de Proaño— sí, las conozco, las conocí en Iquitos.

Y rugió ese rato Tihuiruma con voz fuerte y cavernosa, tratando de imitar al cañón, rugió fieramente, como para convencer a Proaño que realmente había conocido aquellas armas de que Proaño hablaba con tanto encarecimiento.

—Pero aunque yo no uso de aquellas armas— añadió el hinchado Tihuiruma— ya ves que no necesito de ellas para vencer como he vencido a mis mas fuertes enemigos.

—Me alegro que sepas lo que valen los cañones— dice Proaño— No podía suponer otra cosa de un Jefe como tú. Mas por lo mismo espero que aceptarán mi alianza, y que me permitirás llegar al Morona y que darás las órdenes necesarias a tus súbditos para que no me impidan el paso, y por último espero que me darás todo el apoyo que necesito para recorrer tan vasto río. En cambio de lo cual tengo muchas cosas para obsequiarte— añadió, al tiempo que pedía a uno de los macabeos un bote de pólvora, de color de sangre, como para tentarle con él a Tihuiruma.

—¿Y qué tienes para darme?— preguntó el codicioso curaca sacando los ojos bien grandes a la vista de aquél bote.

—Tengo pólvora, municiones, fulminantes —respondió— tengo espejos, pañuelos, cuchillos, remedios, y tengo además mucho lienzo para tarachis. —¿Y donde tienes todo eso? —dijo Tihuiruma—, que aquí nada veo. —Cuando te he dicho tengo —respondió Proaño— pero casi todo dejé encargado en casa de

Tzerembo, donde podré entregarte cuando quieras— ¿no es verdad Tzerembo que en tu casa tengo todo eso.

—Sí— dijo Tzerembo— en mi casa está todo: el kapitio tiene allí mucha pólvora, muchas municiones y grandes rollos de lienzo.

—Pero yo no quiero nada de eso, lo que quiero es escopetas— dijo Tihuiruma, mirando las que traían terciadas los macabeos.

—Dame todas las escopetas que tienes, toda la pólvora, todas las municiones, todos los fulminantes y todo el lienzo, y entonces te dejo pasar no sólo hasta el Morona sino hasta el Marañón, sin que nadie te moleste,— dijo el codicioso Tihuiruma.

—Pero si te doy todo a tí ¿qué regalo a tus súbditos del Morona, ni con qué compro yuca ni plátano ni canoas?

—Los jívaros te han de regalar cuanto les pidas, aunque no les des nada, dijo, pues basta que les hagas saber que todo me has dado a mí. Proaño sabía bien que de nada le hubiera servido el disculparse con las otras jívarías con las razones que Tihuiruma le aconsejaba.— De nada, porque la insaciable codicia del jívaro no vé mas razón que el regalo. Y donde aquello hubiera faltado, era seguro que Proaño y su gente habrían carecido de yuca, de plátano, de fuego, de todo auxilio; y entonces los víveres que Proaño llevaba se le habrían agotado bien pronto y así el recorrer el Morona le era imposible.

Pero no solamente le venían a Proaño estas dificultades con dejar de llevar regalos a los jívaros; sino que exponía a su gente a perecer de hambre; y eso si es que los jívaros les daban tiempo aquella muerte lenta; que lo seguro habría sido les hubiesen muerto a todos; puesto que, según su criterio y sus sentimientos, no tenían por qué perdonar la vida a unos apachis que sobre intrusos eran tan pobres.

—todo no puedo darte, dijo Proaño, pero sí te daré bastante de todo: te daré escopetas, te daré pólvora, te daré municiones, fulminantes, lienzo, espejos, cuchillos, pañuelos, shautas, te daré en fin cuanto tengo.

—Cuando vino Juanga Cruz— dijo Tihuiruma con disgusto, refiriéndose a un español llamado Juan de la Cruz—, con la pretensión de pasar el Marañón por el Morona, le matamos, a pesar de los regalos que nos dio. Cuando vino Huisón con las mismas pretensiones, tambien le matamos —añadió refiriéndose a un yanqui de apellido Wilson— y eso que Huisón nos dio mucha pólvora y mucha sal para remedio de ésa que usan los apachis, y que trajo gente armada como tú. Desde entonces nadie, nadie se ha atrevido a venir por aquí, y no hay ejemplo de que ningún apachi hubiese recorrido el Morona. Tú has podido también correr la misma suerte que los anteriores —prosiguió—, y

sin embargo, te perdono la vida, y lo que es más te abro las puertas del Morona, ¡y con todo me niegas lo que te pido!”

No podía ser más crítica para Proaño la situación aquella en esos momentos.

Cierto que tenía gente armada consigo; cierto también que los jívaros tenían mucho miedo de las armas de fuego. Más, en primer lugar, la gente que allí tenía Tuhiruma era infinitamente superior en número a la de Proaño, y en segundo lugar, los jívaros saben comunicarse entre si a grandes distancias con la velocidad del telégrafo, y no muy lejos al pie del Tambáchi, tenían tunduis para el efecto.— Fuera de que Proaño se hallaba como cogido en trampa en las cumbres del Tambáchi. Y sobre todo lo dicho, ¿por dónde regresaba sin los jívaros? Ninguno de cuantos acompañaban a Proaño había conocido jamás el Tambáchi, ninguno de ellos podía darse cuenta de la dirección que habían tomado; en una palabra ninguno de ellos podía orientarse. La selva era espesa, y no podían dar un paso sin abrirse pica a fuerza de machete, o a lo menos lo que llaman **safa-bulto**. Pero sobre todo, ¿que dirección tomaban? la brújula no le servía a Proaño si no para ir trazando la dirección que llevaban, **siempre después** de haber recorrido un camino: pero esta vez ni eso tenía, por que no había pensado en la tal brújula, ni había tenido posibilidad de manejarla.

Se hallaban pues allí como en el limbo.

En consecuencia entrar allí en lucha abierta con los jívaros hubiera sido la perdición de Proaño; no sólo por que se le hubiera vuelto imposible el descubrimiento del Morona, objetivo primordial de todas sus aventuras, sino lo que es más porque seguramente habrían perecido en una u otra forma él y los suyos en aquella contienda.

En todas estas consecuencias reflexionó rápidamente Proaño, en seguida de esa como ráfaga que le vino al pensamiento de estar contra Tihiruma.

Y supo contenerse, y supo disimular.

Y así, mientras trataba de convencer a Tihiruma, mandó uno de sus agentes, Pedro Carbajal, a que interesase a Tzerembo, a Nánki, a Charupe y mas jefes amigos suyos en el sentido de que influyesen en el ánimo de Tihiruma, que aceptara éste la oferta que le hacía. Para lo cual Proaño les ofrecía tambien a ellos, los mediadores, hacerles partícipes de las dádivas que a Tihiruma había ofrecido.

Pedro Carbajal era uno de los mejores agentes que consigo llevaba Proaño, no sólo por lo bien que hablaba el jívaro y era para él uno de los mejores intérpretes, sino por la fama que de valiente y de buen cazador tenía, al punto que

entre los macabeos no le conocían con otro nombre que “El Cazador de tigres”. Estas prendas de Carbajal le revestían de cierta autoridad, a los ojos de los jívaros, ante quienes por lo mismo ejercía casi una influencia decisiva.

El inteligente Carbajal supo desempeñarse en su cometido satisfactoriamente: habló desde luego a Nánki, habló a Tzerembo, habló a Mashánda, a Charupe, a Múra, a los principales guerreros que combatieron el Miáza.

Estos, que de suyo estaban inclinados en favor de Proaño, cuando oyeron a Carbajal que su Jefe les ofrecía hacerles participar de sus bienes, si conseguían que Tihuiruma limitara sus pretensiones; al punto le rodearon al vencedor de Máshu e intercedieron con él en favor de Proaño, fundándose en los importantes servicios que acababa de prestar a Tungura en el más sangriento de los combates librados en el Miáza, servicios tan oportunos y eficaces que decidieron la victoria en favor de Tungúra.

Tihuiruma, que tenía bien creído respecto de sí mismo que no solo era el vencedor del Kusuimi, sino también del Miáza, y que seguía creyendo que a sus acertadas disposiciones debióse la victoria en el río mencionado; recibió con disgusto el que tanta importancia atribuyesen a la ingerencia de Proaño en la guerra, por cuanto veía en ello un menoscabo de sus glorias.

Pero como Proaño se dió cuenta exacta de lo que pasaba en el ánimo de Tihuiruma, y como por otra parte poco le importaba de participar de glorias jívaras, preocupado como estaba en solo remover obstáculos a fin de alcanzar el ideal que perseguía, cual era el descubrimiento del Morona; apresuróse a calmarle a Tihuiruma con palabras lisonjeras y oportunas, y así le dijo que aunque él, Proaño había trabajado mucho en favor de los Moronas, pero que de nada hubiera servido su apoyo sin las sabias providencias que había sabido tomar el supremo director de la guerra el invicto Tihuiruma, cuya voz obedecían humildes no solo todas las tribus de las selvas, sino hasta los yaguaras y los panguis, esto es los tigres y las serpientes.

Estas palabras no pudieron menos que halagar la vanidad sin límites de Tihuiruma, que aflojaron algún tanto ese rencor invencible que contra Proaño sentía.

Los demás curacas, por su parte, que comprendieron el pensamiento de Proaño, no pudieron menos que aprobar en su interior, aprobación que se dejaba traslucir en cierta sonrisa y en las miradas maliciosas que mutuamente se dirigieron.

En este estado de ánimo del hermano de Tungura, hizo Proaño que Nánki y los demás insistieran con Tihuiruma en su favor, aconsejándole sí que

no dejasen de reconocer en él, en Tihuiruma, al único dueño de la victoria en la guerra que acababa de terminarse.

Aunque Nánki, Charupe, Tzerembo, Mashándá, Múra y los demás se dieron cuenta exacta del verdadero pensamiento de Proaño, del cual tan sinceras felicitaciones de buenos guerreros habían recibido por repetidas ocasiones; con todo como veían que ninguna disposición había dado Tihuiruma en el Miáza, y que toda la victoria allí la debían a su propio valor y pericia y al auxilio oportuno y eficaz de Proaño; se les hacía muy duro dirigirse a Tihuiruma en los términos aconsejados por el Jefe blanco. Más como éste insistiese en que les daría pólvora, y municiones, y lienzo, si le hablaban a Tihuiruma en esos términos, apresuráronse a hacerlo, y con tanta mayor eficacia cuanto que ya les corroía las entrañas la envidia de Tihuiruma, al ver que Proaño le llenaba de obsequios para ellos tan valiosos, sobre todo cuando vieron que ese mismo rato le entregaba Proaño a Tihuiruma todos los botes de pólvora que a la mano había tenido, y que aún seguía ofreciéndole más pólvora y lienzo y hasta escopetas, para cuando se hallasen al pie del Tambáchi y en casa de Mashándá, lugares donde había dejado cuanto le venía ofreciendo. Envidia que hubiera subido a un punto para ellos insoportable si Proaño le hubiera entregado todo a Tihuiruma como éste pretendía.

Satisfecha así la vanidad de Tihuiruma, y contento de recibir por lo pronto tanta pólvora, accedió a lo que Proaño y los curacas le habían pedido.

Ese momento fue para Proaño más que si hubiera ganado una batalla, porque vio abrírsele ese rato de par en par las puertas del Morona, puertas que eternamente se habían mantenido cerradas a toda civilización.

Y tanto más se sentía Proaño atraído hacia el Morona, cuanto más le habían ponderado lo imposible que en todo tiempo había sido a los blancos el acceso a ese río misterioso.

De suerte que su júbilo no tuvo límites cuando recibió de Tihuiruma el consentimiento de cruzar el Morona: solo que trató de ocultar ese júbilo a los ojos de los supersticiosos y cavilosos jívaros.

Y como para halagarle más a Tihuiruma, le hizo decir Proaño con su intérprete, que quería darle ese rato una sorpresa que sería muy grata para él. Tihuiruma a estas palabras de Proaño sacó los ojos bien grandes por entre sus espesas y cerdosas cejas, y, con una sonrisa del más áspero salvajismo, preguntóle curioso cuál era esa sorpresa, y que esperaba que cuanto antes se la diera.

Entonces Proaño llamó a su confidente, Herrera Cevallos, y le mandó que tocara la corneta. Herrera descubrióla y con tal fuerza tocó en ella que re-

sonó sublime a todas las concavidades de la montaña al punto de acallar el retumbar de las cascadas.

Grandioso parecióle a Proaño aquel momento en que el eco del clarín le llevó la vista en torno suyo: los gigantescos contrafuertes del kutukú internabánse en el corazón del Oriente; el kakao-Nainda, el Zapote-Nainda, el Huayúsa-Nainda, el Tundiuke-Nainda –nombres jívaros que han tomado aquellos cerros, según que abundan de cacao, o de zapote, de guayuza o de bellas palmeras de coroso.

Cuando miró al Oriente, un tanto hacía su derecha... y vió como aquellas inmensas selvas se dilataban cual océano, hasta confundirse con el firmamento, y cómo apenas interrumpía ese horizonte igual e infinito los bordeas de los ríos que a lo lejos tenían la apariencia de las olas de un mar embrabecido.

Pero el clarín seguía, y el eco fue tal que le atrajo, sobre todo a su espalda, hacía las escarpaduras del kutukú gigantesco bañado de espumosas cascadas. Y miró allá... y miró sobre todo a los abismos, a cuyo fondo, que no veía, caían todas las cascadas, convertidas en una sola poderosa catarata que hacía estremecer al Tambáchi.

En ese abismo se unía el Kusuimi con el Huambiza; pero no se les veía, como he dicho, por cuanto les cubría las numerosas copas de palmeras, y apenas se oía salir de allí uno como bramido subterráneo que llenaba el espacio. Solo en dos puntos pude ver, al través de un cerrado follaje de chapí y de toquilla, al caudaloso Kusuimi, que, después de haber dado tan formidable salto, rendido de fatiga se había dormido.

Lo que yo he contado en mucho tiempo, vió y sintió en breves instantes, con ese mirar rápido y observador que tenía.

Todos los jívaros, sobre todo los que había traído Tihuiruma, apiñáronse en torno del corneta; deslumbrados con el brillo del metal, y como aterrados por ese agudo sonido que creían podría llegar a los confines de los caudalosos ríos, y aún más allá; al extremo que uno de ellos llegó a preguntar a Herrera si habrían llegado a oír aquel instrumento las Nunguis, divinidades enanas, que, según el mito jívaro, vivían en los antipodas.

Sólo Tihuiruma mantúvose en su puesto sin dar señales de sorpresa: actitud en la cual había parte de verdad y parte de ficción.

–Lo primero, porque, en efecto ya había conocido ese instrumento en Iquitos, según que lo dijo con cierto gesto de estudiado desdén. Lo segundo, porque, por mucho que Tihuiruma lo hubiese visto y oído, no era posible que aquel clarín no le interesase vivamente, dado que los jívaros, merced a su es-

piritu guerrero y novelero a la vez siempre se muestran entusiastas a la vista de cosas que saben son buenas para la guerra.

Pero al astuto Tihuiruma no le convenía dar mucho valor a cuanto a Proaño le pertenecía; tanto por ese rencor invencible que en el fondo de su pecho seguía ocultando contra el apachi, como por lo poco satisfecho que quedó de la conducta del Jefe blanco, quien a la postre habíase negado a entregarle en obsequio la totalidad de los artículos que consigo llevaba. Y sobre todo, se explica esa actitud disimuladamente hostil de Tihuiruma, por esa desconfianza que de Proaño seguía sintiendo, contra quien tanto le habían hablado, atribuyéndole miras que acaso no tenía, de recorrer el Morona con engaño, a fin de luego traer gente, armada de armas de fuego, y apoderarse por la fuerza de los dominios de Tungura; donde enseguida abriría caminos y dominaría sin contraresto, sometería a su poder a todas las tribus jívaras, como ya en otros tiempos habían hecho los **Apachis**...

Manera de ver de Tihuiruma que constituía un peligro inminente para Proaño; a quien de seguro le habría costado la vida su temeridad, a no haber tenido como tuvo en su favor jefes de tanto prestigio como Nánki, como Tze-rembo, que tan bien habían hablado de Proaño al presentarle a Tihuiruma.

En ese momento regresó la columna exploradora, que Tihuiruma había enviado por el Norte hasta las cascadas del Kangáymi.

El Jefe de la comisión, el ágil y valiente Kupíta, dijo que no solamente se había ido hasta el Kangaymi, sino aún más allá, hasta un punto donde ya se oían las cascadas del Shímbimi, esto es hasta la casa de Tekénday, donde solo encontró a la vieja Mashumára la madre del famoso Tekénday, uno de los mejores Tenientes de Máshu; la cual de miedo reveló muchas cosas, pero a quien a pesar de todo la mataron. Y dijo Kupíta que en todo ese trayecto no había encontrado enemigos, del cual aseguraban que a pesar de Máshu, habíase remontado al Makumma, a donde llevaban la terrible nueva de que en el combate último del Yaguara-nainda el Miáza, el Iguanchi, en defensa de Tungura, había dejado oír su voz de trueno con todas las legiones subterráneas; y que en tales condiciones, una vez que el Iguanchi estaba de parte de Tungura, había sido imposible para los makummas vencer a los moronas. Pero que sabía por otro lado que Máshu no se daba por vencido, y que rugía como tigre, y que con mayor actividad que nunca se aprestaría para una nueva campaña en que alcanzaría a vengar terriblemente su derrota.

A esta relación de Kupíta, Nánki lanzó una carcajada incontinente, y acercándose al oído a Tihuiruma, le dijo: “Lo que han creído los Makummas

que era el Iguanchi, no era otra cosa que la corneta y las escopetas del Kapitio Proaño”.

Pero Tihuiruma hizo el sordo a esta revelación de Nánki, é hinchándose como un pavo, y apretando en la diestra su fiera lanza, dijo con voz ronca de saíno: “Hace bien Máshu de rugir como tigre herido, por que mi lanza hirió de muerte su poder. El ruge de venganza; pero más que de venganza ruge de rabia, al verse impotente para vengar la vergonsoza derrota que sufrió de Tihuiruma. Máshu no volverá, por que por todas partes el miedo le hará ver a su vencedor el terrible Tihuiruma. Marchemos, confiados, al Makumma y al Miáza. Sí sí marchemos soberbios de haber vencido al Pángui, al terrible Pángui, al más poderoso rival de Tungura. ¡Marchemos marchemos!...

Proaño, que no se atrevía a revelar su impaciencia por seguir adelante en su viaje, no pudo menos que bendecir en sus adentros el feliz pensamiento de Tihuiruma, de regresar al Miáza, dado que toda demora quería decirle nada menos que disminución de escopetas, de municiones de guerra y de boca; lo cual le volvía cada vez más difícil la empresa de recorrer el Morona, que era como el dorado de sus ambiciones.

Nánki le observó a Tihuiruma que para regresar de allí sería conveniente dejar en ese punto, en las cumbres del Támbachi, una fuerte guarnición, a fin de asegurar el dominio de aquellas tierras conquistadas.

Pero Tihuiruma, recibió aquella insinuación prudente como una ofensa a su prestigio, puesto que le parecía acto de cobardía eso de tomar tales precauciones. Pues que, según él, su fama le bastaba para ahuyentar al enemigo de aquellos sitios.

Tan pronto como oyeron a Tihuiruma él “marchemos marchemos”, todos los jívaros se aprestaron a contramarchar, deseosos como estaban de volverse cuanto antes a sus moradas con sus trofeos de victoria, a recibir en recompensa de sus hazañas el blanco nijamanchi de manos de sus mujeres.

Al “marchemos marchemos!” de Tihuiruma, comenzaron a sonar los tambores y los cuernos de tenemba. Y para descender el Tambachi, todos a una entonaron primero el Himno Jívaro.

Proaño estremeciéndose al ver aquello... todos, erguidos, empuñaban con la diestra la lanza, mientras con la izquierda levantaban en alto por los cabellos las cabezas enemigas que habían cortado. Nada más terrible que aquel canto aquel momento, ni nada más sombrío que aquel cuadro en que todos los salvajes estaban pintarrajeados cuerpo y cara, como con achiote, con la sangre de esas cabezas cortadas.- Parecióle a Proaño que ese rato era víctima de horrenda pesadilla.- Y Proaño no se cansaba de ver cómo abrían todas las

bocas bien grandes para cantar aquel cantar siniestro, revelando en sus semblantes que se hallaban como inflamados de furor guerrero, en el cual no sabría decir qué prevalecía más, si lo salvaje o lo siniestro, sobre todo al ver aquellas cabezas cortadas, cuyos cabellos que parecían mechas de sangre se habían enrespado fieramente.

Ese canto, esos tambores, esos cuernos de tenemba que tan lúgubremente habían repercutido en todas las concavidades de las montañas, quedaron largo tiempo resonando en lo interior de Proaño...

Capítulo XI
**LA ISLA DE YAKUÍNCHA
EN EL MIÁZA TIHUIRUMA-JEA**

Jamás Proaño habría podido salir de esa como trampa del Tambáchi, por que el vértigo le hubiera llevado infaliblemente al abismo, si para descender por aquellas peñas, los más hábiles jívaros no le hubieran atado a la cintura, con fuertes lianas torcidas remendadas unas con otras, con grueso cordón que iban aflojando lentamente, a medida que Proaño iba descendiendo por esas diminutas y terribles gradas. Pero con cuerdas y todo, y a pesar de la serenidad que Proaño solía revelar en los mayores peligros, y aunque su ánimo se hallaba consternado, por lo que acababa de oír y de ver, con todo, tal vez no hubiera podido sobre ponerse a esas ansias que sentía, a esa como locura acompañada de un cosquilleo interior que se revelaba a modo de contradictorio impulso hacia el fondo de esos abismos; con todo, digo, quizá no hubiera podido evitar una catástrofe, si por un lado no hubiera estado seguro de que en la parte superior la cuerda estaba atada a un grueso tronco, fuera de que cuatro robustos jívaros le iban aflojando lentamente; y si por otro lado, no hubiera ido a sus pies otro jívaro, especie de acróbata, de esos que como los monos recorren grandes trechos saltando de rama en rama y de uno a otro árbol; el cual inteligente jívaro, a la vez que iba agasajándole a Proaño, cogiéndole de las piernas, dándole así a entender que no le desamparaba un instante, iba también evocando con voz ronca de león, a todas las fuerzas y a todas las fieras de las selvas: a las cascadas, los panguis, a los tigres. El jívaro hacía todo esto de propósito, con el objeto de alentarle a Proaño, de comunicarle valor como en efecto sucedió, porque cuando las piernas comensaron a temblarlo, cesaba el temblor al punto que sentía en su cuerpo las manos del jívaro y le oía sus bramidos.

Así salvó el Tambáchi el futuro descubridor del Morona.

Parte de su gente al mando de Massingashi, envió Tihuiruma, en balsas y canoas, por el Kusuimi, hasta la fortaleza de Tungura en el Makumma;

mientras él con su deudor Proaño se fue a Tzerembo-jea, que, como he dicho, se levanta en la confluencia del Miáza con el Aindikaymi.

Bien que Tihuiruma, una vez en casa de Tzerembo, le cobró a Proaño con creses cuanto le debía, éste por su parte logró muy hábilmente sacarle un puerco grande y gordo.

Los jívaros suelen engordar muchos puercos, pero nunca para venderlos, por que todos los reservan para las fiestas de tzantzas, y con mayor razón ahora que tantas cabezas traía y que a tantas fiestas se preparaban.

De suerte que fue para Proaño un verdadero triunfo el sacarle un puerco al mismo Tihuiruma, esto es al que mayor número de cabezas humanas tenía. No por que Proaño comiese carne de chanco, que aunque le gustaba no la comía. Pero tenía necesidad de esa carne para su gente, y sobre todo necesitaba la manteca para aderezar las comidas, pues la que tenía se le iba agotando.

Cuatro días demoraron del Tambáchi a Tzerembo-jea, no tanto por la distancia cuanto por que, por evitar la putrefacción de las cabezas cortadas y en consecuencia la caída del pelo, tuvieron que cocinarlas en las primeras casas a donde iban llegando.

Una vez que Tihuiruma recibió de Proaño los regalos ofrecidos, no tuvo inconveniente en llevarle consigo como le llevó a sus fortalezas del bajo Miáza; con lo cual le daba a entender al mismo tiempo que le franqueaba las puertas del Morona.

Al cabo de seis horas de navegación en canoa, estuvo Proaño en las fortalezas de Tihuiruma, quien había anunciado su aproximación por medio del tundúy.

Jamás se imaginó Proaño encontrarse con un río tan caudaloso como el bajo Miáza, ni menos se imaginó encontrarse con una mansión tan llena de encantos como la que presentaba aquel vasto río.

Desde luego topóse con las fortalezas de Tihuiruma coronadas de altos atalayas que, en la parte menos ancha del Miáza se levantaban en las dos riberas sobre altas peñas verticales.

Pasado ese como estrecho, que apenas tenía unos cuarenta metros de anchura, el río se le abrió a uno y otro lado a modo de bahía, abrazando al centro la deliciosa isla de Yakuíncha.

Playas e isla, todo allí estaba cubierto de tabacales, yucales, algodones y sobre todo hermosos platanales. Y todo ese cuadro veíase realzado por los dos lados por lejanas colinas que a lo largo del río se extendía coronadas de magníficas palmeras que parecían gigantes de crespas cabellera.

Al sentir la aproximación de Tihuiruma, multitud de jívaros aparecieron a las riberas del río y de la isla, mientras otros venían al encuentro en numerosas balsas y canoas. Por todas partes se oían tambores y tenembas, y tanto la escuadra de Tihuiruma, como los que venían a su encuentro, todos entonaban el siniestro Himno Jívoro en honor al vencedor de Máshu, cuya gente mantenía ese momento levantados en alto las cabezas de los vencidos cual trofeos de victoria.

Proaño sentíase a todo aquello movido de las más contradictorias y extrañas impresiones: por un lado, esos cuadros maravillosos de la naturaleza, inagotable en su fecundidad y en su hermosura; por otro, esos espectáculos horrendos, esos cantos siniestros que despertaban en su memoria visiones infernales.

Aunque por lo regular en las jivarías toda casa está aislada y rodeada de bosque, y a grandes distancias unas de otras; con todo aquí no pasaba lo propio, a causa que se trataba de la mansión de uno de los más poderosos jefes de la tribu. De suerte que se veían allí, aun que no agrupadas, sino algo diseminadas varias casas de altas paredes de chonta, con cubierta de hoja de palmera.

Como en cada una de ellas había muchos fogones encendidos, de todas salía humo sobre todo al través de las paredes.

En torno a esas casas pusieron a danzar los vencedores con las cabezas humanas ensartadas en las puntas de sus lanzas.

Los que no bailaban, colgaron sus cabezas de los árboles de achiotá.

También en el patio principal pusieron otros a danzar en las mismas posturas que los demás, formando un gran círculo de hombres con las más hermosas de las mujeres, entre los cuales hombres se hallaban los principales jefes vencedores, como Tihuiruma, como Mashánda, Tzerembo, Nánki, y entre las mujeres, las predilectas de los jefes danzadores.

Entre las mujeres de dicho círculo, había una, que sobresalía por su esbeltez, por la gracia de los adornos que llevaba, y por ese aire de distinción que infundía cierto respeto en quien la miraba.

Proaño al verle se preguntó en sus adentros, si aquella hermosa jívara no era Zapikia la famosa, y la causa de tanta guerra.

Pero tenía los senos bastante desarrollados para suponer que fuera la virgen Zapikia, que aún no había conocido varón al decir de los jívaros.

Y así, tanto por salir de dudas, como por la mucha curiosidad que tenía de conocer a la hija de Tungura, de cuya hermosura tanto había oído pon-

derar en todas las jivarías, preguntó a uno de los jívaros que por allí estaban, si aquella mujer que con tanta gracia bailaba era Zapikia.

Tan alta idea tenían los jívaros de la hermosura de aquella célebre princesa del Morona, que se mostraron chocados a la pregunta de Proaño.

La gentil jívara que bailaba y que tanto llamó la atención de Proaño, no era sino Tunduháma, una de las mujeres de Tihuiruma, que antes había sido una de las muchas que tuvo Huáshi, el terrible jefe de los panguis, a quien Tihuiruma después de vencerle en singular combate, le decapitó y mató a sus mujeres, reservándose para si solo dos de las mejores, entre las cuales se hallaba la linda Tunduháma, que llevaba como se ve el mismo nombre de la protagonista del cuento de Noguera; lo cual no es de extrañar, aun cuando el cuento hubiera sido una historia, y aquella Tunduháma realmente hubiera existido pues muy frecuente es entre los jívaros ver que se repita un mismo nombre con el cual se conocen muchos convivientes de ambos sexos.

Volviendo al hilo de nuestra historia, esta circunstancia del gesto desdenoso de los jívaros a la pregunta de Proaño, avivó más todavía en él la curiosidad que desde antes tenía por conocer a Zapikia.

Más por desgracia no estaba ella presente, y él tenía que continuar su marcha a la brevedad posible, temeroso como estaba que de un momento a otro se le presentara algun nuevo obstáculo a la realización de la mayor parte de sus aspiraciones, el descubrimiento del Morona.

El, lo único que hubiera querido es conocer a Zapikia y pasar.- Más, como he dicho, no se encontraba allí.

Dónde estaba?

A Nánki, con quien tenía más confianza le hizo esta pregunta que en su interior se había hecho.

Nánki dijo:

—La bella Zapikia odia a Máshu por que es viejo y es feo y es malo. Pero Máshu ha sido tenaz en su empeño de llevarla consigo, al extremo de declarar la guerra a Tungura, siempre con miras de arrebatarle a su hija. Zapikia, que sabía todo esto, y que veía que el terrible jefe de los Makummas avanzaba impetuoso contra nosotros, huyó llena de espanto a refugiarse en el Morona en casa de sus parientes. Y allá está, oculta, con las más jóvenes y más hermosas mujeres de Tungura. Pero ya sabe que Máshu fué vencido, y que vuelve vencedor Tihuiruma su tío. Y dicen que baila de contento; tal era el terror que le tenía a Máshu. Ya fueron a traerle sus propios hermanos pronto a de venir.

—Y cuando viene?

Ella estará aquí mañana cuando el sol acabe de ocultarse de tras del Kutukú.

—¿Y por donde vendrá, por tierra o por agua?— volvió a preguntar Proaño.

Los que fueron a traerle fueron por tierra, y es probable que también ella venga por tierra, dijo Nánki.

Esto contrarió sobre manera a Proaño, puesto que su intención había sido marcharse al otro día sin falta. Pero veía que si llegaba a irse así como pensaba, no conocería a Zapikia, cosa en verdad dura, dado el grado de curiosidad a que le habían llevado las ponderaciones de esas gentes.

Al fin, resolvió perder un día más y quedarse, con ánimo eso sí de proseguir su marcha al otro día de conocer a Zapikia.

Mientras tanto, los indios vencedores que allí bailaban con las cabezas humanas ensartadas en sus lanzas, habían desaparecido como por encanto.

Cuando Proaño preguntó por ellos, los macabeos le respondieron que se habían ocultado a reducir a tzantzas las cabezas.

Proaño había admirado siempre aquel secreto precioso de los jívaros, única raza en el mundo que así sabía reducir las cabezas humanas al tamaño de una naranja sin que perdiese el rostro sus facciones. A la noticia de los macabeos creó llegado el caso de descubrir el secreto de aquel maravilloso procedimiento al cual no había llegado aún la ciencia de los sabios.

Cuando Proaño trató de llevar a los hechos su pensamiento, y dió al efecto los primeros pasos de hábil escrudiñador, los macabeos le observaron el peligro que corría si los jívaros llegaban a traslucir su intento, puesto que eran al respecto celosos en extremo. Y aún le trajeron ejemplos de cómo los jívaros habían dado muerte a algunos blancos que, como él habían tratado de arrancarles tal secreto.

Proaño por su parte ignoraba esto, y aun recordó ese rato, a más de los referidos por los macabeos, otros casos de muerte para tal causa.

Proaño, que llegó a convencerse de que por mucho esfuerzo que hiciese, no llegaría al término de su deseo, y que por el contrario, exponía su vida y la de los suyos, desistió de su propósito.

Más no por eso dejó de ver algo, gracias a Nánki ante quien tenía Proaño gran ascendiente.

Se recordará cómo en el combate del alto Miáza, en Yahuara-nainda, Charupe y Nánki, mataron a los terribles jefes Táyu y Mundapáki.

Pues bien, de esas dos cabezas, la una tocó a Charupe, y la otra, la de Táyu, a Nánki.

Este gracias al efecto que llegó a cobrar a Proaño, le toleró que siquiera en parte presenciara el procedimiento de la reducción de la mencionada cabeza.

Y así vió, cómo Nánki, seguido de sus mujeres e hijos se acercó a la orilla del río, donde comenzó la operación por partir con unos cuchillos de hueso y de concha la piel desde la coronilla hasta la cerviz, el cual lo desprendió íntegramente del cráneo, y, con sesos y todo arrojó dicho cráneo a los peces del agua.

Luego, en lugar del cráneo introdujo en esa bolsa, arena candente un molde de piedra de igual temperatura, del tamaño del puño de la mano, molde que acostumbran llevar siempre terciadas en sus bolsas o huambúshos, el cual lo mantuvo así hasta que con el calor y se contrajese y redujese el cuero cabelludo, con lo cual quedó ajustado enteramente al molde.

Entonces cosió la abertura de la piel dejando adentro el dicho molde, con lo que quedó la cabeza de táyu reducida a ese pequeño volumen, sin perder nada de sus facciones, y conservando tan largo y tan duro el cabello que tenía.

Pero esto es lo que vió, o mejor dicho adivinó Proaño.

Mas en cuanto a los demás procedimientos que le ocultaron sobre todo la noche, ¿cómo descubrirlos? en qué consistían esos conocimientos de ciertas yerbas? qué eran esos sumos de raíces y otras cosas que tan sigilosamente empleaban entre ciertas fórmulas y palabras mágicas?

Todo aquello quedó en el misterio para Proaño.

En vano penetró al disimulo a las casas, que allí en las partes visibles no vió sino muchos fogones encendidos en que se cocinaba yuca, y muchas indias que la mascaban para luego echarla de la boca en las grandes ollas que tenían delante meciendo el mazato con palos, y a otras trabajando ollas de barro y piningas. No vió más, que todo procedimiento oculto lo hacían tras las paredes de caña, donde se hallaban las camas o peakas de las mujeres con dos y tres perros cada peaka, que impedían penetrar allí a ningún profano.

En vano recorrió también la isla por las orillas del río, que los que no se habían ocultado en las casas, habían pasado en canoas a las orillas opuestas, a proceder a la fabricación de las tzantzas sin ser vistos de los blancos.

De suerte que al único que pudo ver Proaño fue a Nánki; razón por la cual los demás jívaros sus compañeros comenzaron a murmurar de él.

En las pocas horas que a Proaño le quedaban de permanecer en aquella isla trató de conseguirse siquiera uno o dos cerdos, y por lo menos tres canoas a más de las que tenía; que le eran necesarias para continuar su peligroso viaje de exploración.

Pero no le fue posible conseguirse un solo puerco; y cuanto a canoas, sólo pudo obtener una, y eso gracias a que un viejo necesitaba dos tarachis, uno para su mujer de quince años, con quien acababa de casarse, y el otro para su novia de seis años de edad, a quien acababa de elegir para su futura, la cual hasta entonces andaba enteramente desnuda, pero que en adelante debía llevar vestido y adornos, como huahuos de cucuyo en las orejas, shaukas en el cuello y patakes u ajorcas en los brazos.

Esta canoa perteneció a un cauchero peruano, a quien el viejo jívaro en referencia, en unión de otros compañeros, sorprendió y mató en el río Pusiága afluente del bajo Morona a dos días de la desembocadura de éste en el Maraón.

Cuando había volteado el sol del medio día de aquél en que esperaban a Zapikia, llegaron a Tihuiruma dos emisarios, quienes trajeron la noticia de que aquella tarde acompañaban en sus canoas a Zapikia hasta la isla de las numerosas tribus del Cháymi y el Cetuche afluentes del alto Morona.

Desde ese momento comenzaron los preparativos para recibir dignamente a la reina del desierto.

Sonó el tunduy en la isla, y resonó por todas partes, y de todas partes acudieron numerosos jívaros a Yakuincha.

Las mujeres, unas se ocuparon en preparar masato, otras en machacar tabaco y natema, y en traer de las chacras bastante plátano y bastante yuca.

Cuanto a los hombres, unos se pusieron a cortar barbasco para la pesca, otros a aguzar saetas para la caza, mientras los demás, construían en los patios grandes parrillas de palos para chamuscar puercos y en construir un templete al centro de la isla en el fondo del bosque, donde tomar natema el soñador.

Por lo que hace a Proaño, ordenó a su gente que preparasen las maletas para seguir su viaje al día siguiente, por cuanto aquella misma tarde iba a realizar sus deseos de conocer a la famosa Zapikia.

Cuando ya calcularon los jívaros que Zapikia se aproximaba, numerosas canoas salieron a su encuentro por el anchuroso Miáza.

Los que no se embarcaron, asomáronse a la extremidad inferior de la isla y a las riberas del río los ojos hacia el Morona, empuñados los hombres de sus lanzas, y los numerosos muchachos con tamboriles y tenembas.

Tanto los que fueron al encuentro, como los que quedaron en tierra, estaban vestidos de gala: todos llevaban pintarrajeados cuerpo y cara de vetas negras y coloradas a modo de serpientes; grandes collares de colmillos de saínos y de tigres al pecho; brazaletes y ajorcas de piel de culebra al brazo, y en la cabeza tendemas de delicado minbre y tahuazas de vistosas plumas de dios-tedé, de guacamayos y loros.

Era más de las cinco de la tarde, y el sol comenzaba a ocultarse de trás de la alta cordillera del Kutukú. Ya el río estuvo en la sombra, y sólo brillaban, doradas con los rayos del ocaso, las magníficas palmeras que a modo de cola de pavo real se destacaban en un cielo de nubes purpurinas. Enjambres de doradas mariposas cruzaban el río, y bandadas de bullisiosos loros, el espacio. Las muchas aves, a las que hacían coro las infinitas cigarras, entonaban sus últimos himnos al dios de la poesía.

Tardes así son raras en el Oriente, donde todo es llover, todo obscuridad y tristeza.

En esos momentos en que parecía sonreír la naturaleza toda, en esos momentos comenzaron a asomar los primeros barcos de la gran escuadra que conducía a Zapikia, y al mismo tiempo se oían también los numerosos tambores y tenembas de la mencionada escuadra, a los que contestaban con iguales conciertos los de tierra.

Entonces Tihuiruma se embarcó ese momento con su comitiva.

Y al hacerlo, tuvo la galantería de invitar a su barco a Proaño. Proaño vaciló un momento, pero pudo más en él el deseo de dominar desde la isla el conjunto de aquel majestuoso espectáculo, y a modo de disculpa le manifestó claramente a Tihuiruma este su pensamiento.

El inteligente Tihuiruma, que comprendió gustoso la razón que a Proaño le asistía, dejóle bien acompañado, de Nánki y del hijo mayor del propio Tihuiruma, el célebre Ambutzéra y de otros jívaros principales.

A poco de partir encontróse Tihuiruma con la escuadra de Zapikia, a la cual todos a una exclamaron: Etza, Etza entre cánticos extraños y el resonar de tambores y tenembas y de centenares de remos con que los bogas movían las piraguas.

Etza en jívaro quiere decir sol. Y tanto por la hermosura de Zapikia como en señal de cariño de los íntimos de su real casa, los de familia no la conocían con otro nombre que el de Etza; nombre con el cual seguiremos hablando en adelante de la bella hija de Tungura.

Y así sucedió que por deferencia especial al monarca del Morona, padre de Zapikia, todos a su encuentro con su tío el vencedor de Máshu, todas la aclamaron ¡Etza, Etza entre extraños cánticos guerreros.

Proaño, al oír estas palabras preguntó lo que ella significaba, a lo que le contestaron que etza quería decir sol, y que era con ese nombre como se conocía a Zapikia entre la real familia.

A poco empezaron a llegar a la isla numerosas piraguas de la flotilla, de las cuales iban saltando a tierra gallardos cháymis y cetuchis con plumas de loro en la cabeza, con lanza en mano y larga cervatana en la otra y terciados sus tundas de guadua henchidas de saetas.

Los que no venían a la isla se iban a las orillas del río. Y así avanzaba y avanzaba la flotilla río arriba por ese vasto Miáza que parecía un jardín por las plumas de vistósimos colores con que los jívaros se habían engalanado la cabeza. Y así seguían avanzando las embarcaciones, cuando en eso asomó allá a lo lejos al centro de ella, un grupo de piraguas magníficamente engalanados de flores y elegantes hojas de chambira.

Todas las miradas estaban puestas allí en ese grupo, en el cual venían las más hermosas mujeres de los jefes vencedores que, como Etza, se habían refugiado en el Morona huyendo de los poderosos enemigos con quienes estaban en guerra.

Pero una piragua hubo sobre todas, la que venía al medio la más grande y bellamente adornada, y en la cual conducían a Etza seis altos y robustos moronas bien pintarrajeados y con altas coronas de plumas de guacamayo en la cabeza.

A ese grupo de piraguas ocupaban los principales jefes que habían actuado en aquella campaña contra Máshu, como Tihuiruma, Tzerembo, Mashanda, Charupe, Puimi y muchos otros.

En momentos en que las piraguas de Etza se aproximaban a la isla, con más fuerza resonaron por todas partes extraños cánticos en alabanza de Etza, y por todas partes en tierra, numerosos jívaros simulaban combates con el enemigo, al cual fingía pasarle con su lanza dando feos rugidos. "Almas de Ypiámata y Tayu –decían esas voces– de Katipi y Mundapáki, y tú, feroz Shukánga, salid ahora a arrebatarlos a Etza, salid sí podeis de la mansión negra a donde os ha reducido el furor de nuestras lanzas".

Y en diciendo esto gruñían fieramente como puercos saínos, con voces roncacas que hacían extraño contraste con las agudas voces de manadas de monos que ese rato pasaban por la montaña vecina.

Al fin, iban llegando las piraguas de las mujeres, las cuales iban saltando en tierra con grande admiración de Proaño, que veía en cada una de ellas mozas gentiles llenas de vigor y lozanía.

Hasta que llegó la nave de Etza, que era una especie de góndola bellamente adornada, y a cuyo centro venía la hija de Tungura sentada regiamente.

A los pies de Etza venía, medio sentada, medio echada boca bajo una que a lo lejos parecía un montón de carne, luego una especie de zapo monstruo, hasta que, de cerca tomó a los ojos de Proaño la figura de mujer, con carate en el cuerpo y muy picada de viruelas la cara, que desde luego le pareció muy semejante a una tal que había conocido en una capital de provincia. Después le dijeron a Proaño que esa era que acompañaba siempre a Etza; cosa que le extrañó, por que esa era la primera vez que oía hablar de bruja entre jívaros, que siempre había oído que solo desempeñaban tal oficio los varones.

Pero como he dicho, esto lo supo después, que por lo pronto sólo se preocupó de Etza, a cuya vista Proaño se maravilló, porque en realidad le pareció muy hermosa con hermosura jívara por supuesto.

Pero aún no acababa Proaño de salir de ese estado de admiración a la vista de la hermosa Etza, cuando recibió otra sorpresa que vino como a contrarrestar la impresión que acababa de recibir; y es que Etza, obedeciendo a impulsos bruscos de su salvaje naturaleza, levantóse de pronto, y de un salto estuvo de la góndola en tierra junto a Proaño; el cual involuntariamente retrocedió un tanto hacia atrás ante esa fuerza extraña que como huracán comprimido se le ponía delante.

Y no cesaba de admirar la curvatura de formas, ese armonioso conjunto de su corpulenta estatura, curvas delicadas que hacían extraño contraste con el desorden de su espíritu.

Y así estaba Proaño, mirándola fijamente, cuando ella de pronto volvióse hacia él, y mirándole de frente, por que también él era alto, con osca sonrisa y voz rápida, le dijo: "Proaño!"

Esta sola palabra produjo en él varias y diversas impresiones: en primer lugar, sorpresa de verse llamar por su nombre por quien jamás le había conocido y más sorpresa aún de verse así distinguido entre tantos blancos macabeos como allí había. Y luego aquel ceño con que lo dijo, uno como ceño montaráz, que se revelaba en la boca, en el entrecejo, y que no parecía sino realzar más la gracia de su rostro, tan lleno de singulares atractivos, sobre todo en esos ojos negros y profundos de la salvaje. A lo cual hay que añadir esa manera simpática con que pronunció el nombre de Proaño que pertenecía a una lengua para ella desconocida.

No podría decirse que es lo que más admiró Proaño en Etza: si la curvatura de sus formas voluptuosas, si la gracia de su rostro o su estatura corpulenta que semejaba a los robles del desierto.

¿Pero cómo llegó Etza a saber de Proaño, y menos que fuera él quien se hallaba en aquella isla?

La cosa era clara.

Aunque Tihuiruma envió emisarios hasta Iquitos, al encuentro de Tungura, y a las principales tribus del Morona, con la feliz nueva de sus victorias sobre Máshu, gracias a su valor y pericia; mas al dar la noticia de tan grandes triunfos, nada dijo del arrojo temerario de los demás capitanes jívaros, menos del eficaz auxilio de Proaño. Con todo, la fama había cundido por todas partes y llegado a oídos de Etza, que un atrevido extranjero de alta talla y hermosa barba, llamado Proaño, había penetrado por esas selvas seguidos de numerosos apachis, y que traía consigo una trompa o tenemba que brillaba como el sol, cuyas agudas voces resonaban más terribles que el rugir de todos los tigres del desierto; y que por inspiración de las amigas de los moronas, las enanas Núnguis, que vivían al otro lado de la tierra, Proaño se había dirigido directamente a Nánki, y que entró con él en tan estrecha amistad que le ofreció su apoyo en la guerra con los makummas. Y que así lo hizo; y que tomó parte en el más famoso combate de la presente guerra, y que gracias a la tenemba de fuego que traía, anonadó al enemigo y coronó la victoria de los moronas.

Todo esto vino sabiendo Etza; más, como era mujer de gran penetración, cuidóse, a pesar de su carácter violento, de ocultar lo que sabía a Tihuiruma, de quien no ignoraba su singular empeño en presentarse como el héroe de la jornada en la guerra que acababa de terminar; egoísmo de Tihuiruma que por cierto tanto había irritado a los demás capitanes que como Mashánda, Tzerembo, Charupe, tanto habían contribuido a la definitiva victoria de Tungura, razón por la cual todos ellos murmuraban por lo bajo de la injusta actitud de Tihuiruma.

Más por lo mismo que Etza sabía todo esto, y por lo mismo que su terror a Máshu no había tenido límites, por lo mismo, digo, su gratitud para con Proaño fue grande, y grande su deseo de conocerle. Y si de pronto, sin previa presentación, sin haberle conocido de antemano, ella se dirigió sin equivocarse al mismo Proaño, llamándole por su nombre, fue por las señas que de su presencia le habían dado anteriormente; pues le dijeron que era alto y que tenía hermoso bigote y que era de ojos azules, y que era bien musculado y es-

belto, y que en una palabra, en todo su continente revelaba no conocer el miedo.

Y claro, aunque allí había otros blancos, otros apachis, ninguno de los otros reunía en sí ese conjunto de prendas que a los ojos de los mismos salvajes distinguían a Proaño.

Proaño por cierto, no pudo menos que sorprenderse gratamente, al verse llamado por su nombre de manera inesperada por una mujer que a pesar de sus rasgos salvajes se le presentaba como imponiéndose a su espíritu.

Mas cuando manifestó su sorpresa a sus intérpretes, éstos, que más o menos algo habían traslucido lo que pasaba, le comunicaron en seguida a Proaño lo que había.

Al punto en que vio Tihuiruma que Etza le llamaba a Proaño por su nombre, adelantóse a presentársele al Jefe blanco como a hija de Tungura y sobrina suya.

Proaño entonces estrechó muy cortezmente la mano a Etza, y por medio de su intérprete le dijo que él había venido hasta allí atraído por la fama de belleza de la augusta Etza, y que el valor legendario de su padre, el invicto Tungura y su gran tío el vencedor de Máshu. Y añadióle que había sido gratamente impresionado al conocerla, y ver que en la realidad había superado a su fama, pues que la encontraba mas gentil todavía y más lozana que la tenemba, la más bella palma del desierto.

Etza, mientras así el intérprete le hablaba, puso oído atento hacía él como hace un loro cuando se le enseña a hablar.

Una como sonrisa de satisfacción se dejó escapar de los labios de Tihuiruma al verse lisonjeado así en presencia de su real sobrina.

Cuanto a Etza, ella no contestó palabra; ni por su osco semblante se podía traslucir exteriormente ninguna de las impresiones de su ánimo; y sólo por ciertas manifestaciones posteriores pudo Proaño adivinar el buen efecto que en ella habían producido sus palabras.

Pero si Proaño habló así a Etza en esos términos corteces, fue no solo por ese don de gentes que era peculiar en él, por ese su modo de cortesano que le caracterizaba; no sólo por las conveniencias del momento, de atraer para sí voluntades tan poderosas que podían hacerle mucho mal o mucho bien en su eterno propósito de descubrir el Morona; si habló así, de manera para ella halagadora, fue también porque en realidad fue muy gratamente impresionado de su hermosura tan imponente como contradictoria, de visos tan varios como un camaleón maravilloso.

Terminada la presentación, Tihuiruma invitó a su casa a Proaño, y la numerosa comitiva subió por las varias sendas de la ladera, que se abrían por entre las numerosas matas de algodón, cuyos abiertos capullos blanqueaban a pesar de las sombras de la noche que cada vez más se aproximaba.

Etza, Proaño, Tihuiruma y los más capitanes, seguidos de sus mujeres, tomaron el camino del medio, que, para recibir a Etza, habían regado de flores.

Y mientras subían, millones de cigarras henchían con su canto la vasta cuenca del río; y las gentes por su parte no abandonaban ni sus tamboriles ni sus flautas.

Tihuiruma tenía en aquella isla, entre otras, dos grandes casas: una al un extremo de ella, que miraba al alto Miáza, y la otra, al otro extremo, con vista al bajo Miáza.

Tihuiruma recibióles en esta última, tanto por ser la más cercana, como porque en ella todo lo habían alistado las mujeres para pasar allí la noche.

Esta mansión de Tihuiruma consistía en una vasta sala elíptica de paredes altísimas de negra chonta, y de cuatro naves, cuyas numerosas columnas comunicaban al conjunto el misterio de las selvas. Tenía cuarenta metros de largo por diez y ocho de ancho; y a cada extremidad de la sala, una puerta.

Ambas puertas eran altas pero angostas: la una de tabla, la otra de guadua; la una estaba destinada al servicio de los hombres; la otra sólo al de mujeres.

La techumbre está sostenida no sólo por gruesos pilares que de trecho en trecho se levantaban por entre las chontas de las paredes; sino también por tres hileras de altísimas columnas que a lo largo de la vasta sala se extendían; siendo la hilera del medio, la más alta, como que es la que sostiene el eje mayor de la elipse o sea la cumbre del edificio, en la cual parecían haberse empleado las más altas palmas de las selvas. El techo de la sala se componía de un tejido en forma de romboides, de hojas de TURUPI y de una palma que llaman Kongoko; dicho tejido presentaba a la vista un armonioso conjunto de bellas curvas concéntricas, que contrastaban graciosamente con las guadas o tijeras, que, a modo de rayos, bajaban de la cumbre en todas direcciones a descansar en las paredes del edificio. Toda la sala tenía en torno, al pie de las paredes de la casa, peakas o tarimas de guadua con un fogón encendido delante de cada peaka. La mitad de la sala, con su respectiva puerta, estaba destinada al servicio de los hombres y personas extrañas, y la otra mitad, con la otra puerta, al servicio, exclusivo de las mujeres; razón por la cual la mantenían

oculta con biombos de guadua. A mas de estos biombos que se levantan casi en la mitad de la sala, tienen los lechos de las mujeres unas como cortinas laterales asimismo de cañas picadas. Y cada uno de los mencionados lechos llevaba sobre si dos o tres perros atados a la cama, en cuya compañía solían dormir las mujeres de Tihuiruma; de suerte que a ningún profano le era dado el acercarse allí. Por todo pavimento tenía la habitación tierra bien apelmasada pero igual. Y además de lo bien nivelado del piso, admirábase lo limpio dél, pues no se veía una basura en todo ese vasto recinto.

Como esa casa pertenecía a uno de los más poderosos capitanes, a más de habitación de sus mujeres, era tambien una fortaleza.

Y por eso se veían además, entre lecho y lecho, a lo largo de la sala, huecos abiertos en el suelo, que le servían de trincheras; y en la parte exterior de las paredes de la casa y al pie de ellas, uno como zócalo de largos y gruesos maderos horizontales; a la vez que de una de las esquinas de la sala levantábase una escalera que traspasaba el tejado del edificio. ¿A donde conducía esa escalera? Pues a una especie de torre que hacía de atalaya, nada menos que a unos cuarenta metros de altura, desde donde Tihuiruma solía observar al enemigo, y donde se veían lanzas, flechas y otras armas arrojadizas. y sobre todo un gran túnduy.

Solamente los castillos de Tungura en el Makumma eran de mayores proporciones que estos edificios de Tihuiruma, uno de los cuales he descrito.

Pues a esta casa de Tihuiruma se dirigieron aquella noche cuantos acompañaban a Etza en medio de grandes algazaras y numerosos tamboriles.

En el vasto patio de la casa, rodeado de alto y denso platanal, unos se ocupaban ese rato en matar puercos ahorcándolos, otros en chamuscar los recién muertos; mientras los demás se ocupaban en abrirlos o en secar al fuego los que ya estaban abiertos y lavados.

Con uno de estos últimos ocurrió una graciosa coincidencia, en momentos en que entraba la vistosa comitiva que parecía un jardin flotante: como los jívaros asaran en una de esas parrillas un cerdo con manteca y todo como tienen de costumbre, porque manteca no usan; sucede que con el calor del fuego toda la manteca del animal se había derramado por la parrilla, y en un descuido de los jívaros se prendió toda ella, cosa de formar grandes llamara-das, que como un incendio iluminó siniestramente aquel vasto recinto.

Esto en verdad puso en aprietos a los jívaros, por otro lado aumentó el buen humor de todos, porque todos ellos se reían a carcajadas celebrando el chasco.

Cuando un jívaro visita a otro jívaro, no golpea previamente la puerta, ni llama, ni espera le inviten para entrar; sino que llega a la casa amiga, y entra en ella con la misma arrogancia con que entrara a la suya propia. Una vez que ha entrado, eso sí, se mantiene en pie cerca de la puerta hasta que le traigan una kutanga en la cual se sienta a esperar al dueño de casa. Luego le traen chicha las mujeres, y a poco de lo cual se acerca el jefe de la familia a sentarse junto a él y entablarle conversación.

Mas con los blancos los jefes jívaros proceden a veces de otro modo, acomodándose hasta cierto punto a las costumbres de éstos, y así fue como en esta ocasión Tihuiruma invitó a Proaño a la manera de los blancos a que entrara a su casa.

No bien entró fue sorprendido por la vista de centenares de fogones encendidos, donde las mujeres unas se ocupaban en cocinar yuca, plátano y variedad de carnes; otras en fabricar ollas de barro, o bien en mascar yuca para el masato y en confeccionar la chicha.

Como había afluencia de gente venida de remotos lugares, hasta las peakas de los hombres estaban ocupadas por las mujeres de los huéspedes, y había en consecuencia en esas peakas numerosos muchachos desnudos y muchos perros atados a los lechos.

A mas de los fogones encendidos, veíanse numerosas teas de copal, sujetas a las columnas del edificio, o sobre varas de chonta y caña brava prendidas en el suelo.

El sinnúmero de luces y aquel bosque de columnas, al través de una atmósfera saturada del vapor caliente salido de las grandes ollas de yuca, presentaba a los ojos de Proaño un conjunto fantástico y extraño a la vez, sobre todo cuando le llegaban a los oídos las voces de los chichicos, de los loros y papagayos que allí había, y de los perros que ladraban.

Una vez adentro la comitiva, los hombres se quedaron allí, mientras las mujeres se pasaron al fondo a su propio departamento.

Proaño sabía que esa era la costumbre de los jívaros, y no le sorprendió.

Pero quería ver a Etza, quería conversar con ella, pues que le interesó más de lo que él esperaba. Y tanto, cuanto que pronto tenía que seguir su viaje, y que por lo mismo no quería perder de tratar con Etza las pocas horas que le quedaban. Y le manifestó a Tihuiruma su deseo de ver a Etza. Hubiera querido también preguntar por sus mujeres a quienes asimismo deseaba ver; pero temió que Tihuiruma diese otro colorido a sus deseos, puesto que, como

todo jívaro, era él tan caviloso y tan fácil de las mas gratuitas suposiciones; lo cual por cierto podía constituir serio peligro para Proaño. Y así, con temor a todo se limitó a preguntar por Etza. A lo que le respondió Tihuiruma, con cierta socarrona sonrisa que desagradó a Proaño, que ya venía, que estaba en el tocador lavándose y arreglándose como todas las mujeres que acababan de entrar.

Mientras tanto, la conversación ceremonial se entabló entre Tihuiruma y Tándo, kuraka de los cetuchis, que vino acompañando a Etza, y entre los demás capitanes del Miáza con otros kurakas de diferentes tribus.

Y entonces, ya no había más que hacer sino esperar que aquello terminase.

La voz ronca de Tihuiruma hacía estremecer al suelo; y esos como rugidos de fiera sólo se interrumpían cuando las mujeres les traían la chicha. Tomada la cual, seguían rugiendo, esto es, seguían tratando de los grandes intereses de estado, de la guerra sangrienta que acababa de pasar.

Y todo esto lo decían en medio de un escupir interminable y rápido entre las piernas, de un arrojar saliva lejos a modo de chisguete, a un lado y otro, y muchas veces sobre los plátanos, la yuca o la carne que azaban al fuego los macabeos.

Pero en medio de lo terrible de la conversación, Proaño gozaba con su música, pues había música en ella, sobre todo cuando llegaban a cierto grado de calor, momentos en que alternativamente subían de do a fa, para volver a do, luego a bemol, la bemol, sol natural, fa natural, la bemol; otra vez sol natural; de donde de golpe bajan a do natural. Y todo esto lo hacían con mucha rapidez y con voces como de cascadas, como de leones.

Como por una feliz coincidencia, al tiempo que los capitanes terminaron la conversación, también las mujeres fueron saliendo unas tras otras, con un espejito redondo en la mano, atravesadas el resto de mejilla a mejilla con cuatro líneas de achíote. Y todas se presentaron a Proaño con mirar risueño, como satisfechas de su hermosura, con lo cual pretendían deslumbrar al jefe blanco.

El sagaz explorador ocultó la mala impresión que aquellas caras le hicieron, caras que más que tales parecían máscaras, y así les dió a entender que estaban hermosísimas, lo cual por cierto halagaba grandemente su vanidad, y ante todo de sus maridos.

Etza había tenido el buen sentido de no pintarse el rostro tan feamente, sino de una manera moderada; y así se presentó con poco achiotá en la cara y con unos anillos de lo mismo en los brazos, a modo de ajorcas de coral,

y unas como diminutas serpientes del mismo color que parecían andarle por los senos.

Todas las mujeres, como los hombres, mostraban al reirse una dentadura bien negra; pues no gusta al jívaro en general la dentadura blanca ni el pelo claro; así pelo y dentadura se tiñen de negro con el zumo de unas como nueces que llaman huita pihua y huashúmbe, remedios que además tienen la virtud de endurecerla.

Aunque Proaño advertía en Etza ciertos refinamientos que la presentaban como hija de la real familia, pero por otro lado aparecía a sus ojos como la más jívara de las jívaras; no solo por ese su talle, que tenía de la soberbia esbeltez de la palma y la robustez del higuerón; no solo por esos sus labios voluptuosos que hablaban a los sentidos; sino también por esos sus bruscos movimientos como de fiera nerviosa, y por ese gesto bravío de su semblante, que le comunicaba un aspecto sombrío como de selva.

No podía pues Proaño comprender esos efectos contradictorios que producía en su ánimo esa extraña naturaleza de Etza, en la cual había para él no sé qué fuerza misteriosa que le atraía hacia sí como atrae un remolino sin fondo, como atrae el cráter de un volcán.

Las mujeres que salieron, con Etza a la cabeza, acercáronse a Proaño, haciendo sonar a lo que andaban sus nateras de conchas, que a modo de delantal traían a la cintura; y, con amable sonrisa, le hicieron un movimiento cortés, como dándole la bienvenida; en seguida de lo cual tornaron a sus tocadores, rodeando siempre a Etza que involuntariamente atraía sobre sí todas las miradas de jívaros y blancos.

Mientras tanto, entre el beber interminable de nijamanchi, que unas tras otras traían unas indias en sendas piningas; otras preparaban un opíparo banquete a lo largo de la sala, para los hombres, propios y extraños, blancos y jívaros.

Para lo cual iban colocando en hileras paralelas, de dos en dos, numerosas piningas de manjares varios.

En ese mismo intervalo, un viejo jívaro de gran talla, que hacía el oficio como de sacerdote, y al cual llamaban Huea, era el objeto de las atenciones y respetos de los principales capitanes, a quienes el Huea les daba a sorber sumo de tabaco, metiéndoles en la nariz a veces con su propia boca.

Pero antes de sentarse a comer, las jívaras sirvieron primero unas pequeñas piningas de agua, con la cual todos se lavaron la boca, luego las manos con el agua de la boca.

Entonces sentáronse a comer unos frente a otros.

Curioso era ver cómo por ahora servían a la mesa hombres y mujeres, cuando tales servicios habían estado reservados tan solo a las mujeres.

Todos tenían en su puesto dos y tres piningas llenas de yuca y plátano cocido, de carne de cerdo, ayampacos de pescado y palmito en hojas de tenemba; y hasta namája, la cual no era otra cosa que una especie de sopa de pescado y hoja de yuca sin sal ni otro condimento.

Y todos echaron a devorarse a grandes bocados aquellos manjares, en medio de muchas risas que revelaban el buen humor de todos.

A Proaño le sentaron junto a Tihuiruma, y también él tuvo que comer como los demás, aparentando en su semblante igual placer.

En ese intervalo callaron los pifanos y los tambores, y solo se oían las voces roncadas con que los jívaros hablaban mientras comían, y sus numerosas carcajadas, y el charlar interminable de los loros y los aullidos de los perros que a veces peleaban entre sí, cosa de ahuyentar espantados a las criaturas desnudas que solían estar como en familia con ellos.

En eso vinieron a preguntar si habrían de servir ya el plátano maduro; a lo que unánimemente contestaron que no, sino después con el nijamanchi.

Y mientras tanto se engullían y se engullían de todo lo que tenían por delante.

La sopa o namája, unos la tomaban, con el hungúshpi, o pilchesito largo de que usan a modo de cuchara, y otros, que eran los meas, llevando la pininga a la boca y sorbiendo el caldo ruidosamente.

Los que tenían un trocito de sal marina, que para ellos era a la vez remedio y artículo de lujo, lamían dicha sal y luego sorbían un bocado de sopa.

A veces una misma pininga andaba de mano en mano. Otras veces por el contrario, todos se precipitaban a un mismo plato; pero entonces, el que lo tenía no lo entregaba sino después de coger en la boca lo mas que podía, cosa de quedar las mejillas hinchadas a reventar.

Y todo esto lo hacían a modo de juego con el mayor buen humor del mundo.

Terminada esta primera tanda, entonces vinieron las mujeres con sendas escobas y barrieron el suelo, que tan cubierto quedó de hojas, de cascaras de plátano y huesos de puerco y de pescado.

Una vez el suelo bien limpio, fueron colocando en varias filas piningas vacías para servir la chicha de yuca al mismo tiempo que iban trayendo cabezas gigantescas de plátano maduro; a cuya aparición todos los jívaros lanzaban grandes voces de alegría. Pero la primera cabeza de plátano la trajo el mismo Tihuiruma en persona, y se la ofreció poniéndola por delante a una an-

ciana que hacía como de sacerdotisa, y a la cual todos conocían con el nombre de ujaja, así como al sacerdote, de huéa.

La senda cabeza se la ofreció el mismo Tihuiruma al huéa o sacerdote.

Jívaros robustos iban trayendo ollas bien grandes de nijamanchi y vaciándolas en las numerosas piningas.

Mientras se engullían el plátano, Tihuiruma volvió a levantarse y con sus propias manos ofreció la primera pininga de nijamanchi a la ujaja, a quien hizo tomar un bocado, después de lo cual dejó la pininga en el suelo delante de la anciana sacerdotisa, para luego hacer igual operación con el huéa.

Lo que hizo Tihuiruma con los sacerdotes hizo también con los guerreros, esto es con los que ya contaban en su vida con haber cortado cabezas humanas en los combates, únicos que a sus ojos se presentaban como consagrados, como rodeados de una aureola de envidiable gloria.

Entonces dejó Tihuiruma que siguieran la operación del reparto de la chicha las mujeres.

Luego que la Ujaja ha tomado los primeros bocados de nijamanchi que le ofreciera Tihuiruma, empuña a su vez su pininga, y con ella en la mano, va repartiendo de su chicha a todos los concurrentes; y cuando se le ha acabado, coje otra pininga llena, que le ofrecen las mujeres, y sigue la operación; cosa que va repitiendo de modo sucesivo e interminable, sin perjuicio de que todos por su parte vayan tomando la chicha que van ofreciéndole los jívaros.

La Ujaja con toda bebida fermentada que ha devorado comienza a embriagarse y cantar; y así, cantando, cantando sigue ofreciendo su chicha a todos los concurrentes. También a Proaño se acerca a ofrecerle. Pero antes de ello quiso darle una prueba de amistad, y para hacerle ver que la chicha estaba sin veneno y que podía tomarla sin cuidado, chupóse los dedos de la mano que traía dentro del vaso, y volvió a meterla en la chicha para acabar de disolver el masato, y entonces se la ofreció. Proaño cogió la copa a dos manos y aparentó tomar de ella con mucho agrado, pero se la devolvió sin probar.

Es que Proaño, ese rato estaba presenciando la manera cómo preparaban la tal chicha: era una vieja, de pelo desgreñado, que tenía grandes carizos en las orejas y un palito atravesado en el labio inferior que le caía a modo de chiva, y al que llaman tukúno. Esta vieja mascaba yuca cocida a dos carizos; y mientras así mascaba, movía sin cesar con un palo el masato de una grande olla que tenía delante. Una vez bien mascada la yuca de la boca, echábale en la olla y volvía a llenarse la boca con nuevos trozos de yuca de la misma olla, y así seguía mascando y seguía moviendo el masato de la vasija, y repitiendo la misma operación cuantas veces creyó conveniente.

Pero Proaño no quería manifestar repugnancia, y así aparentó beber la chicha que la Ujaja le ofreciera.

Y la Ujaja seguía y seguía cantando y ofreciendo chicha: metíase por todas partes pininga en mano, y a todos hacía beber.

Y lo que la Ujaja cantaba no era otra cosa que una especie de al nijamanchi: "Nada hay como el nijamanchi —decía— nada como este divino néctar de las selvas; blanco como la espuma de nuestros ríos, dulce como el caldo de la caña, y embriagador como el sumo del natema. Nada hay como el nijamanchi, porque nada como él infunde tanto valor a nuestros guerreros. Cuando van a las cuevas del tayu, beben nijamanchi; cuando van a cazar al tigre, seguidos de sus perros, beben nijamanchi; y lo beben sobre todo cuando van a la guerra, y por eso vencen. Al iguanchi, más que el sumo del tabaco, más que el sumo del natema, le gusta el nijamanchi; y por eso el brujo que quiere consultarle, más que natema toma nijamanchi. Nijamanchi tomaron nuestros abuelos, nijamanchi han tomado nuestros más grandes guerreros. Las almas de los que han muerto, que día y noche nos rodean, siguen pidiéndonos nijamanchi y siguen bebiendo, y por eso a sus sepulturas les llevamos siempre nijamanchi. Las nungüis, que moran al otro lado de la tierra, en eterna primavera, toman siempre nijamanchi. Y por eso, el dios Atzúta, el más antiguo de todos, el que ha creado los cerros y los ríos, el que hizo a los jívaros y a los apachis, y que vive allá metido en las nubes; ese mismo dios Atkúta crió también la yuca de que hacemos nosotros nijamanchi. Y por eso, el dios Atzúta, el mismo que labró la concha de nuestros armadillos y tortugas; el mismo que nos enseñó a hilar y a tejer el algodón de nuestras chacras, el mismo que hizo el barro de que fabricamos nuestras ollas y piningas, ese mismo dios nos enseñó también a elaborar el nijamanchi, blanco como la leche de una parida. No hay nacimiento, no hay matrimonio, no hay fiesta ni hay duelo sin nijamanchi..."

Y mientras así cantaban, tomaba la Ujaja unos bocados de su pininga y seguía ofreciendo de la misma a los demás, cantando siempre, pero ya esta vez llevando el cuerpo con cierta cadencia a derecha e izquierda como tratando de bailar.

Y bebían chicha hombres y mujeres desaforadamente.

Comenzaron a sonar uno que otro pifano, que tocaban los que ya no comían.

En eso Tihuiruma en persona le ofreció a la Ujaja una pininga de pura esencia de nijamanchi, que no era otra cosa que una chicha bien fuerte y embriagadora, por cuanto contenía aquel licor el zumo de ciertos bejucos.

Apuró la Ujaja toda la pininga, y pidió más; y le pasaron una tras otra, y muchas. Pero la primera de ellas fue a ofrecer a Etza en el departamento de mujeres, a la cual hizo tomar integramente, así como ella había tomado la anterior.

Y así la Ujaja siguió ofreciendo de la misma chicha embriagadora a los demás; sin perjuicio de que todos iban tomando de la misma por otras manos.

Comenzaron también a oírse tamboriles.

La levadura va fermentando... según que los jívaros comienzan a hablar más alto entre sí con sus voces agudas que se confunden con el ladrido de los perros, y según que los hombres dejan oír con más fuerza sus voces roncadas.

Dos jívaros que a los tiempos se han encontrado y que conversan con voces de león sobre la guerra, revelan también en sus ojos centellantes, según se advierte a la luz de las antorchas, el efecto rápido que en ellos ha hecho la pura esencia.

Parece que hasta los loros que remedan esa conversación, se hubieran embriagado.

Unas tantas mujeres han salido con escobas a barrer la sala que está cubierta de cáscaras de plátano.

Y la Ujaja sigue repartiendo chicha sin miedo en todas direcciones, cantando y balanceándose cadenciosamente cada vez con más animación, llevando más que antes el cuerpo ya al un lado ya al otro, mientras cantaba.

Diríase que era aquella figura un mágico fantasma, que así se movía involuntariamente por alguna fuerza superior oculta, nadie la resistía, todo el mundo bebía de su chicha con avidez. Sólo uno hubo, un muchacho de unos diez años, enteramente desnudo, que estaba sentado por allí, con el codo sobre la rodilla y la mano bajo la barba, el cual, cuando la Ujaja se acercó a darle chicha, volviole la cabeza al otro lado, como si no fuera con él la cosa. La Ujaja entonces en su eterno balanceo y en su eterno cantar, le puso delante de los ojos la pininga; pero él volvió la cabeza al otro lado, siempre con la misma seriedad, como que nada viera ni nada oyera. Mas no por eso dejaba la Ujaja de ofrecerle la chicha ni dejaba de cantar.

Al fin siguió adelante, pero no vencida, pues que ni dejó de cantar ni dejó de seguir ofreciéndole a los demás su chicha embriagadora: "No hay vida, no hay alegría, no hay amor sin nijamanchi –seguía diciendo– Etza está salvada, pero no hay victoria sin nijamanchi: cantad, bailad, mozos y mozas, por cuyas venas la sangre corre ardiente como el rayo. Bailad, báilad".

A estas últimas palabras, la Ujaja con ojos ebrios ya, púsose a bailar delante de un tamboril que llevaba a sus espaldas un elegante tayukúncchi con fleco de cocuyos y plumas de sukanga.

El músico, que seguía tocando su instrumento, se iba para adelante se iba para atrás, y la Ujaja le seguía balanceando, balanceando, procurando a la vez hacer sonar el sonoro kungo de conchas que llevaba a la cintura. Luego dió unas vueltas y se fué, dejándole al mozo que no dejaba de tocar su tamboril.

Más a poco de haber ido a bailar con otros, volvió la Ujaja a hacerlo con aquel con quien había roto el baile.

No solamente los pífanos y tamboriles se multiplicaban, sino también las flautas. Y la Ujaja que ha dejado por segunda vez al esbelto mozo del tayucunchi, váse en busca de los menos entusiastas para bailar con ellos, y comunicarles el fuego de sus venas.

Sobre todo, a los que estaban sentados era a los que más invitaba en su eterno cantar y balancear.

Y con todos ellos bailaba, pero de cada uno de ellos desaparecía en seguida.

Inquieta como la llama quería al mismo tiempo abrasar a todos.

Los músicos, que estaban calientes ya, buscaban con quien bailar.

Al fin salió una jívara joven cari risueña, que traía patakas en los brazos y en los tobillos y vistosas sháucas al cuello; y echó a bailar a pie juntillas con uno de ellos, los ojos en el suelo, dando saltitos y sacudiendo el cuerpo con el propósito de hacer sonar lo más posible su kungo de conchas.

En seguida salió otra, y luego otra y otra.

De suerte que pocos momentos, después ya eran como cincuenta los kungos que sonaban: chíl chíl, chíl, chíl chíl; porque ninguna jívara bailaba sin primero ceñirse el kungo en la cintura.

Mientras tanto la Ujaja no cesaba de cantar con cierta voluptuosidad ese su canto que tenía un fondo de tristeza, esa tristeza misteriosa de las selvas habitadas por el Iguanchi.

Y como no cesaba de cantar, tampoco cesaba de bailar, sola o acompañada; bailaba siempre erguida y balanceando el cuerpo de un lado a otro con cierta majestad, y con la mano en la ancha faja de vivos colores que le ceñía la cintura.

Diríase que este baile ha comenzado como suele una tempestad que se anuncia a lo lejos con un trueno apenas perceptible, pero que esa tempestad avanza en alas del huracán, y que ya llega, ya llega...

Ya pasan de doscientos kungos los que suenan; y así van saliendo otras y otras de tras de los biombos.

Ya la Ujaja le lleva una gran pininga de pura esencia de nijamanchi a Etza.

Involuntariamente Proaño iba como electrizándose al ver aquello; pues nunca se imaginó ver en las jívaras tanta gracia y tanta coquetería como revelaban no obstante esa su singular manera de bailar; pues bailaban todas con los pies unidos entre sí y los ojos en el suelo, dando siempre saltitos repetidos, para adelante, para atrás, a la derecha, a la izquierda, sacudiendo a la vez con fuerza a fin de hacer sonar todo lo posible los numerosos cascabeles de su cuerpo. Y así se cambiaban de puesto las parejas.

Nada más vistoso que ese conjunto de parejas cuyos cuerpos y caras llevaban bien pintadas de vetas negras y coloradas, y en que las mujeres llevaban vistosos adornos: manillas de chaquira, ya blancos, ya azules; gargantillas de lo mismo o de dientes de mono o de picos de aves varias, y vistosas ajorcas en los brazos; el tukuno en el labio inferior; huahuos o pendientes de alas de cocuyo y moscardones que les colgaban de los pintados kuishis en las orejas; y en que muchos traían ceñidas las sienes con franjas de delicados mimbres. Los hombres a más de ciertos adornos como los kuishis, como los huahuos, que usaban en común con las mujeres, traían también magníficas tendemas y tahuazas de hermosos plumajos en la cabeza; y collares de colmillos, ya de saínos ya de tigres al pecho; ya también elegantes mupíshis o sertas terciadas al cuerpo, de cuentas vegetales negras, cafés o coloradas, o bien de huesos de frutas ahuecados que sonaban a modo de cascabeles; mientras otros traían terciados al costado huanbáchis o bolsas de piel de mono, de tigre o de león. Otros como los mozos de cuerpo esbelto traían a su espalda el elegante tayucuchi o vistosísimos avalorios de aves de brillantes colores, y patakes de piel de culebra en los brazos.

Todos, hombres y mujeres, traían como he dicho, bien pintados rostro, pecho y piernas de achiote y de la azulina pihua.

Todos estos adornos, vistos a la luz de los hogares, de las teas y de las numerosas habillas prendidas, comunicaban a la sala un brillo fascinador que producía un encanto indefinible en el espíritu poético de Proaño.

Y el número de parejas se iba aumentando de un modo maravilloso. Nunca se imaginó Proaño que tantas mujeres hubiesen podido hallarse de tras de aquellos biombos, donde parecía haberse convertido todo aquel vasto recinto en una sola madriguera de mujeres y de perros.

La chicha, que tan buen efecto estaba produciendo, no cesaba de andar en todas direcciones, provocando con su presencia y estimulando con su fuerza, sobre todo a los que no bailaban todavía.

Etza, Etza! a bailar a bailar! —dijo en eso la Ujaja, que no cesaba de cantar y de balancearse mágicamente.

A estas palabras de la Ujaja todos gritaron, las mujeres con sus voces agudas, los hombres con las suyas de osos, todos llamaron "Etza, Etza!"; a cuyos gritos se seguía el chílchil de los centenares de kungos que le atraían a Etza fuertemente.

Como era Etza la que mejor bailaba, hacía mucha falta; pero la necesidad de ataviarse, que esta ocasión la sentía con mayor fuerza, la mantenía en el tocador todavía.

Y en eso la Ujaja seguida de otras mujeres con sendas piningas de pura esencia de nijamanchi, dirigióse a Etza, la cual tomó de todas las piningas; ejemplo que siguieron las demás que la acompañaban, que eran las más bellas mujeres de los más famosos capitanes.

Proaño por su parte hubiera querido también ir a sacar a Etza; pero le estaba vedado penetrar a aquel recinto que los jívaros miraban como sagrado.

Y mientras así toman adentro, Etza, Etza! repitieron afuera las numerosas voces de los vencedores.

Entonces la Ujaja, con cierta majestad y gracia, púsose a bailar delante de Etza, entonando a la vez himnos a Etza, a ese "Sol que iluminaba las más oscuras selvas, a la predilecta de las Nungüis y la que infundía valor a los guerreros en la guerra".

Etza con el calor del nijamanchi y el baile de la Ujaja, enardecióse y se apresuró a ataviarse. Pero antes de esto, cogió una buena pininga de pura esencia de nijamanchi y salió a la sala intempestivamente, y con gran sorpresa de todos dirigióse a Proaño a ofrecérsela. Proaño se había prometido no tomar nunca el nijamanchi de los jívaros; pero esta vez no solo estuvo muy lejos de resistirse a tomarla, sino que tuvo uno como orgullo de verse objeto de tan marcadas preferencias, y así se devoró integra la grande copa de aquella pura esencia.

Y en seguida Etza volvióse a su aposento para acabar de ataviarse: ciñóse el cuello con una cinta de insectos purpurinos; y al pecho una hermosa redcilla de diminutas cuentas vegetales de vistosos colores, con picos de pichones de sukanga y pequeñas alas de moscardones de color de oro por fleco. Colgóse de las orjes magníficos pendientes de alas de cocuyo de un bello tornasol, con blancas y delicadas borlas de plumas de paujíl en la parte inferior,

que le rozaban suavemente los senos. Ciñóse las sienes con un tendema elegante de delicados mimbres, adornado soberbiamente con diminutas plumas blancas alternadas con alas de moscardones de un azul violáceo. Habíase puesto en la cabeza sobre el tendema, a modo de diadema, una mariposa bella y grande, de alas desplegadas, transparentes y doradas, con franjas negras de color de nácar y filos encendidos. Mientras por atrás le colgaban sobre la cerviz dos lindas borlas de plumas de sunga o gallo de la Peña de color de fuego. Pendíanle del pecho, como elegantes cadenas, dos sartas: la una de nupís o gruesas cuentas coloradas a modo de porotos, que le bajaban por el pecho, por bajo el fleco del collar; y la otra, más larga todavía, compuesta de andáchis, que no son otra cosa que elegantes libélulas, de la forma y transparencia de un cometa, pero de más bellos colores.

De una ancha faja de hilos de chambira, en que estaban ensartados moscardones morados y púrpuras, pendían numerosos cordones de diminutos y negros nupís como cuentas de rosario, que a su vez sostenían una red de hermosas y sonoras conchas con largos flecos de diminutos y brillantes colibríes. Era el kungo que debía ceñirse a la cintura para el baile, como en efecto se ciñó.

Jamás se había visto kungo más deslumbrador, ni que mejor dibujase las bellas formas de las caderas.

Como era alta Etza, aunque gruesa, el kungo le sentaba a maravilla.

El cabello como todos los jívaros y las jívaras, traía suelto y le entrecubría graciosamente los hombros.

El tarachi, especie de túnica que solo le bajaba hasta la corva, desapareció bajo el fleco de colibríes cuyos picos parecían picotearle las torneadas y limpias pantorrillas.

También los pies traía desnudos, pero asimismo limpios.

Así se atavió la bella Etza, que quedó deslumbradora como el sol.

Esa feliz propiedad tiene el tarachi de la jívara, que a la vez que es honesto, deja fácilmente adivinar todos los caprichos de las divinas curvas que trata de ocultar.

Y los adornos de Etza, muy lejos de hacer perder las bellas formas de su cuerpo, las realzaba todas. Un instinto de princesa hizo de Etza un artífice insigne.

Y mientras así se engalanaba Etza, la mágica Ujaja no cesaba de bailar grave y cadenciosamente delante de ella.

En eso Etza, con uno de esos movimientos rápidos que acostumbraba, cogió la pininga de pura esencia que la Ujaja tenía entre manos, y se la bebió

integra. Y cosa igual mandó hacer con las demás piningas llenas, a las mujeres de los capitanes que la acompañaban como damas de honor, las que también se hallaban ricamente adornadas con brillos deslumbradores.

Entonces todas las mujeres, con Etza al centro formaron cadena. Y así asidas de las manos, cantando en coro lo mismo que la Ujaja cantaba, y sacudiendo cadenciosamente al son de la música sus esbeltos cuerpos, como para mejor hacer sonar sus kungos, los más bellos y sonoros que se habían visto en el Oriente; así, digo, iban saliendo en cadena; saliendo y entrando, pero avanzando siempre como marea en creciente.

La aparición de Etza en la sala, en son de baile, electrizó a todos los concurrentes, no sólo a los que ya bailaban, sino también a los que indiferentes permanecían sentados todavía.

"Etza, Etza!" —dijeron todos, y los kungos de las mujeres y las sartas de huecas y sonoras anásas de los hombres, sonaron con más fuerza; y los que no habían bailado hasta entonces echaron también a bailar.

Y la ola de aquellas mujeres brillantes, con Etza al centro, seguían avanzando más y más, primero de frente, para luego girar el torno de la sala como un rayo.

"Proaño!" —dijo Etza al pasar por su delante en ese su rápido girar.

Era esta la segunda ocasión que la oía pronunciar su nombre de tan simpática manera. Sólo que esta vez parecióle que lo dijo con más gracia que antes.

Es que ya no le era tan indiferente como al principio; pues al contrario sentíase como atraído por esa hermosura extraña, en quien hasta en ese gesto salvaje que tenía hallaba un no sé que de seductor.

A lo cual hay que añadir que los humos de ese como narcótico que Proaño acababa de tomar, se le iban subiendo a la cabeza, exaltándole más y más la fantasía.

Proaño no pestañaba por mirarla, y cuando volvió a pasar por junto a él: "Píngara, píngara!" la dijo en su lengua con entusiasmo.

Píngara en jívaro tiene muchos significados sugestivos. Es voz de amplio sentido, que encierra muchas cosas buenas. Quiere decir verbigracia: eres linda, tan linda que me encantas, que me enamoras. Quiere decir: bailas divinamente, y brillas como el huambúna, y cantas como el pirisho.

El píngara de Proaño impresionó gratamente a Etza, porque entendió con ello que no le había sido indiferente al apachi su manera de bailar y el esplendor de sus adornos. Y así se dió a girar con más entusiasmo y donaire, bailando siempre y dando ella la nota más alta en el coro.

Y el chílchil de todos los kungos parecía una tempestad.

Bien pronto la cadena comenzó a disolverse, porque los mozos hijos de los capitanes las provocaban, y todos se entregaron luego al baile suelto cada cual con la pareja de sus simpatías.

Como a Etza le tenían recelo, no se atrevía a bailar con ella ninguno de los mozos jívaros.

Etza en cambio se dió a girar como formando caracol a cierta distancia, en torno del apache.

Proaño, que hasta aquí se había mantenido un tanto reservado de temor de Tihuiruma, no pudo resistir a esta invitación directa que a bailar con ella le hacía Etza; tanto más cuanto que Proaño era amante del baile como pocos, y que el nijamanchi que Etza le ofreciera habíale hecho mucho efecto.

Y se puso a bailar con Etza...

Es indecible la algazara con que esta novedad festejó la multitud danzadora. El mismo Tihuiruma echóse a reír de ver a Etza bailando con Proaño; solo que se advertía que era esa una risa mezclada de disgusto. Pero Proaño ya en nada de eso reparó. Seducido por esa fuerza misteriosa que tenía delante, el mundo todo le vino a ser indiferente. En ese momento, nada en el universo había comparable a sus ojos como esa salvaje sublime de mirar de fuego, que a la vez que tenía el gesto propio de su raza, tenía cierta majestad de princesa y una como nerviosidad de pantera; dos cosas que cualquiera diría que eran imposible de conciliarse. Es indescriptible la gracia con que la cabellera solía alzarse siempre que le caía a la cara mientras bailaba; la manera con que se empuñaba sus senos semi desnudos y voluptuosos, y en fin esa coquetería natural con que se alzaba ligeramente el kungo, con esa coquetería tan propia de las elegantes de nuestros salones.

Y Proaño se admiraba de ver en el seno de las selvas este último rasgo que hasta había creído era característico de las civilizadas.

En eso se presentó la bruja, la misma que le seguía como a perro a Etza, e interponiéndose entre los dos pretendió bailar con él. Pero Proaño chocado del atrevimiento de aquella bruja que tan feamente respiraba a causa del asma que tenía, le dió una pechada colérico de que así venía a interrumpirle ese su bailar con la bella Etza.

La bruja se atrevió a interponerse así, porque estaba acostumbrada a hacer libremente cuanto a bien tenía, dado que como a bruja todos la temían, pues se imaginaban que tenía de su parte al genio negro de las selvas al terrible ihuanchi, y que por lo mismo creían que fácilmente podía vengarse de un agravio. Pero Proaño, que no tuvo tales escrúpulos, la empujó como he dicho

a la bruja intrusa y siguió bailando con Etza locamente, sintiendo como calcinada el alma a la vista de esos hombros divinamente torneados de la gentil salvaje.

Y mientras así bailaban, cien sonidos, cien y cien ruidos diversos venían de todas direcciones a herir sus oídos en torno al canto incesante de la Ujaja: eran los numerosos tamboriles, los agudos –pinguis y tiritikis; el chílchil cadencioso de los infinitos kungos; a lo cual parecían hacer coro el resplandor siniestro de los hogares, las luces de las habillas, las llamas humeantes de las hachas de viento, el centellear de los innumrables cocuyos que en la sala se habían introducido por entre las chontas de las paredes, los cuales como aladas sierpes de plata flotaban en el aire. Y a los kungos y tamboriles y flautas, venían a acompañar como nuevas notas de un horrendo concierto, el gruñir de los cerdos fuera de la casa, y adentro esos agudos gritos que en frenética alegría lanzaban músicos y danzadores celebrando a Etza; a la vez que la bulla de los loros y papagayos que no podían dormir y el hablar agudo de las mujeres no danzadoras que hacían comentarios del bailar de Etza con Proaño, hablar agudo que se confundía con los feos ladridos de los perros.

Confusión infernal que era para amedrentar a los mas bien templados pechos; pero que a Proaño no hacía sino atraerle como lo atraían los torrentes, como le atraían las cascadas con las cuales hubiera querido confundirse. Y ese rato que así bailaba con Etza, imaginóse Proaño que había llegado a cumplir con su deseo, puesto que él veía en Etza uno como torbellino, ya gozaba al verse arrebatado por ese huracán de ojos que se llamaba Etza...

Cesada la tormenta, cansados de bailar, todos, hombres y mujeres, asidos de las manos formaron una inmensa cadena; y en coro, en que entonaban cánticos extraños dirigidos por la Ujaja, pusieron a girar de lado de lado en torno de la sala, sacudiendo siempre los cuerpos, a fin de que sus adornos que hacían de sonajas y cascabeles hiciesen mucho ruido. Y así de lado de lado seguían girando, ya a la derecha ya a la izquierda, pero más a la derecha avanzando siempre hacía adelante como marea en creciente. Y así bailando, bailando iban formando un enorme y brillante caracol, el cual se abría y se cerraba cual vistosos anillos colosales de bella serpiente guacamayo.

Bien pronto, el que estaba a la cabeza de la cadena, que era uno de los mozos mas ágiles y esbeltos, echó a correr a lo largo de la sala formando eses, pasando por entre las columnas de las cuatro naves del vasto edificio. Y al mozo siguieron cuantos hacían parte del caracol; de suerte que bien pronto se vió ese bosque de columnas como invadido por el iris que rápido serpenteaba por allí de la manera mas fantástica.

Proaño no hizo parte de esta cadena, porque tan pronto como terminó el baile Etza con mucho disimulo se desprendió de él, a causa que advirtió el disgusto que a Tihuiruma revelaba de verle bailar con el blanco así tan frenéticamente. No porque Etza temiese por ella, que como hija de Tungura era demasiado orgullosa para temer nada contra su persona. Pero temía por el apachi, al cual podían acarrearle consecuencias fatales los enojos de Tihuiruma.

Proaño no se dió cuenta de estas sutilezas de Etza; pero fue mejor para él, porque así pudo admirar con entera libertad toda la gracia extravagante de aquella mujer impetuosa, que como el mar se le presentaba cada vez con nuevos visos de singular hermosura.

En ese intervalo, que era como las cuatro de la mañana, entraron dos misteriosos emisarios enviados a Tihuiruma por Intzákua, el jefe de los cháymis, que moran las riberas del río del mismo nombre afluente del Morona, a tres días de la isla de Yakuíncha.

Y mientras así giraban como el rayo los danzadores por entre aquellas innumerables columnas de la sala saturada de humo de estorake, delicioso incienso de los jívaros; uno de los emisarios, Chikía, el mismo hijo de Intzákua, sentado como Tihuiruma en su kutanga, entabló una seria conversación con el gran jefe de los miázaz.

Dijo Chikía al gran Tihuiruma, que su padre Intzákua le había ordenado desde luego pedirle disculpa de que no viniese en persona, por cuanto esos días estaba un tanto tullido, a causa que le había acometido un fuerte reumatismo pero que como se trataba de un asunto en extremo urgente, relacionado con los futuros destinos de Tungura; había tenido a bien enviarle á él, a Chikía, su propio hijo, y al valeroso Andicha uno de sus mejores capitanes, a manifestarle que era indispensable tener él una conferencia con Tihuiruma sin pérdida de tiempo, y que para el efecto venían los dos a fin de acompañarles en el viaje que convenía emprender en ese mismo día. Díjole también el emisario que el negocio era de tanta trascendencia que Intzákua no había herido confiar el secreto ni a su propio hijo, sino que le esperaba a Tihuiruma para participarle el secreto, y formar en consecuencia las medidas que la gravedad del caso lo exigían.

Tihuiruma, ante semejante embajada, y ante las demás razones de Chikía, no pudo menos que rendirse y acceder en eso de ser él quien vaya a casa de Intzákua, no obstante su extremo orgullo de hermano de Tungura y el vencedor de los makumas.

Pero le dijo a Chikía que aunque el viaje lo haría en todo caso, no podría partir aquel mismo día, sino al siguiente, por cuanto estaba en fiestas ce-

lebrando el arribo de Etza, que de temor a Mashu había ido a refugiarse en el Cetuche.

No hay para qué decir la gran curiosidad que en Tihuiruma despertaron las palabras que de Chikia acababa de escuchar, y aún le infundieron temor, y se puso impaciente contra Intzakua, que no le hubiese hecho conocer con su propio hijo aquel secreto que con tanto misterio le ocultaba.

Terminado el baile y ese furioso serpentear, las mujeres se sacaron el kungo grande que solo para bailar suelen ponerse y se quedaron con el kungo pequeño, especie de delantal de conchas que llaman natéra; y se fueron las más al departamento de mujeres, quedándose unas pocas a recostarse en las peakas de fuera, por cuanto adentro no alcanzaba las que había para las numerosas huéspedes.

Y mientras así descansaban las mujeres, los hombres pusieron a jugar al Gambo-ekénea o juego del Guambo.

Para lo cual sujetaron en una de las columnas de la sala un palo en cruz. También en las fiestas de las tzantzas se ve el Guambo-ekénea; pero entonces cuelgan tzantzas de las extremidades del palo en referencia, y hacen luego otras ceremonias del caso; todo a la voz del coro dirigido por la Ujaja.

Por ahora se limitaron al juego.

Una vez el palo en cruz, el Huéa o sacerdote tomó una varita delgada, de mas de metro de largo, llamada guambo, a una de cuyas puntas estaba atada una larga cuerda de chambira y, sujetando de la mano con la otra extremidad de la cuerda, lanzó el guambo por encima del palo en cruz sobre los numerosos jívaros que unos tras otros se habían puesto tras dicho palo las manos levantadas y listas a cojer el guambo que el Huéa les enviaba. A cada operación de estas, la algazara de los jugadores era grande, porque cada cual se disputaba por ser el primero en coger al vuelo el mencionado guambo, el cual a veces les venía demasiado alto y tenían entonces que dar saltos por sorprenderlo.

Nada mas curioso que ver esas numerosas caras horribles pintadas, riéndose a carcajadas de los chascos que por coger el guambo se pasaban.

Después de repetirse por varias ocasiones la misma operación se cambiaron de puesto: el Huéa se vino a donde estaban los jugadores y viceversa éstos pasaron a donde el Huéa se hallaba.

Y así estaban jugando y haciendo mucha bulla, cuando en eso vinieron a herir los oídos de todos una voz agudísima de mujer, a la que siguieron otras numerosas voces de mujeres que hablaban a la vez como si estuvieran peleando.

Aun las simples conversaciones entre jívaras parecen perros que ladran.

De suerte que esta ocasión las voces eran mucho más agudas, y tan alarmantes, que llamaron la atención a los mismos jívaros que jugaban; quienes al volver la vista advirtieron que huían aterradas las mujeres, mientras los hombres perseguían nerviosamente algo que se arrastraba por el suelo.

Jamás los perros habían aullado tan feamente como aquel rato, sin duda espantados con los gritos de las jívaras.

Que pasaba? Mientras los unos corrían así en todas direcciones, otros se apiñaban en torno de una persona que por la distancia no alcanzó a ver Proaño quien fuese, ni que era lo que a esa persona había pasado.

La única palabra que alcanzaba a distinguir en ese gritar confuso de toda la muchedumbre, era: nápi nápi –palabras que pronunciaban con voces roncadas como si se tratase de perseguir una fiera.

Nápi en jívaro quiere decir víbora; pero Proaño nada entendía, y no se explicó esa confusión de todos si no cuando pasó serpenteando por cerca de él una makánchi, que los macabeos llaman jukengambuo, como de un metro de largo que huyendo de la persecución buscaba salida.

Proaño al ver la víbora dió un salto involuntariamente.

El explorador era valiente, y conservaba la mayor serenidad en los mayores peligros; pero ante el espectáculo de una víbora no podía sobreponerse. Y siempre solía decir que prefería verse en las garras de un tigre que no acometido por una víbora.

La makánchi que así asustó a Proaño, trató de escaparse por las rendijas de la pared; más como fuese algo gruesa, no pudo pasar pronto, y así tuvieron tiempo los jívaros de seguir y matarla.

Proaño, al ver que había sido víbora lo que perseguían, entendió que algo grave había pasado con aquella persona a quien le rodeaban muchos jívaros de ambos sexos, y corrió allá. En efecto, encontró que a una jívara le había mordido en el brazo la jokengámbui aquella a la que acababan de matar.

Cómo había sucedido aquello? nada, si no que la pobre india había venido del otro lado del río, trayendo a espaldas la víbora sin saberlo. Ella trajo auestas su kutúpi, especie de canasto de mimbres y hoja; pero lo trajo sin darse cuenta de que la makánchi se le había metido a dormirse en el kutúpi. Todos decían que esta víbora era mucho más fina que la equis.

Cierto que antes de cargar su kutupí, había puesto adentro un tarachi nuevo para mudarse en llegando a la fiesta; pero como era de noche no vió que la víbora dormía al fondo del canasto, ni tampoco la vió cuando en la casa de Tihuiruma había sacado el mencionado tarachi para mudarse. De suer-

te que cuando la reparó fue por la mañana, cuando fue a sacar algo que del canasto necesitaba. Como metiera la mano adentro con rapidez, no vió que la víbora había estado armada. Y sólo reparó en ella en el momento en que se le prendió en el brazo cosa de hacerle gritar de espanto. Y con tanta fuerza se le prendió que fue necesario sacudir el brazo repetidas veces y con mucha violencia para lograr desprenderla.

Entonces la víbora echó a serpentear por el suelo rapidísimamente, tratando de escaparse, lo que produjo gran confusión en todos.

Entonces fue cuando la persiguieron y la mataron.

Tan pronto como corrió la culebra le chuparon a la india la parte del brazo mordido para extraerle en lo posible el veneno inoculado y luego le aplicaron la leche de un bejuco que consideraban como eficaz antídoto; después del cual le ligaron fuertemente el brazo en la parte superior de la herida, y le dieron a beber una buena pininga de agua cargada de ají, sal y sumo de tabaco.

Quejábase la india no sólo de dolor de la herida, sino de todo el cuerpo, especialmente de la coronilla; y no pasó una hora cuando arrojó sangre por la boca y la coronilla. Quejóse también de fuertes punzadas a los costados y de que el corazón se le quería salir por la boca. Hinchósele el brazo terriblemente y fuertes escalofríos le acometieron. Mas ni cesaban de curarle, repitiéndole cada hora la misma bebida con ají, sal y tabaco. Después le dieron a beber una especie de narcótico o sumo de una planta que llaman maykáhua, y la llevaron al monte, a lo más desierto, a los gritos de "al monte al monte!" que todos daban.

Así estaban las cosas cuando se le acercó al oído a Proaño uno de los macabeos de su mayor confianza, Marcial Noguera, y le hizo saber como en secreto se comentaba desfavorablemente para Proaño aquel desgraciado incidente de la mordedura de la víbora; y como se decía que la bruja andaba propalando la especie de que aquella desgracia se debía exclusivamente a Proaño, por cuanto este apachi había sido hechicero, y que le había brujeadado a la que ahora era víctima de la serpiente; y que aseguraba la bruja, además, que el mismo Proaño había metido la culebra en el kutúpi, después de haber dado a la sabandija cierto narcótico para que se durmiera en un principio, a la vez que le tapó los ojos a la pobre víctima con cierta venda invisible, a fin de que no pudiese ver la víbora que dormía en su canasto.

Al punto se le alcanzó a Proaño que aquella especie era un acto de venganza que estaba tramando contra sí la infame bruja, cuyo nombre era Kana-

kuchi, que en jívaro significa lechuza; venganza que sin duda ejercía por la pechada que le había dado a la asmática intrusa cuando fué a interponerse entre él y Etza mientras bailaban. Este acto de profundo desprecio de parte de Proaño era sin duda lo que no le perdonaba la bruja.

En efecto, reparó con mucho disgusto el explorador cómo le miraban todos los concurrentes de cierta misteriosa manera, mientras conversaban por lo bajo entre sí.

Lo serio para Proaño fue que la víctima de la víbora había sido nada menos que prima de una de las mujeres de Mashánda. Pero lo más grave del caso fue que las jívaras le tenían a la bruja miedo pánico, por cuanto la consideraban como infalible en cuanto ella aseguraba haber visto u oído.

Este ascendiente de la bruja Kanakuchi en las jivarías debía tanto a que era ésta muy querida de Etza, la cual siempre le daba las sobras de cuanto comía, como porque entre los jívaros no suelen ejercer la magia las mujeres sino únicamente los hombres. Y esta misma estraña excepción la daba un valor único a los ojos de todos, que veían en ella una fuerza destructora superior, capaz de hacer impunemente los mayores males a cuantos ella quisiera; pues que para eso estaba en contacto íntimo con el astuto iguanchi, con ese genio negro que para hacer males a todos ora se volvía gigante, ora enano, o bien tomaba la forma del venado, cuando no se armaba de las garras del churubi.

El peligro pues para la vida de Proaño y los suyos no podía ser más inminente. Cuando los jívaros llegan a persuadirse de que algún jívaro, y sobre todo apache, venido de lejanas tierras, ejerce el arte de la hechicería, el tal hechicero les infunde un pánico terror, y ya no piensan sino en eliminarle, empleando para ello la astucia, el engaño y los medios más ocultos.

Cuando la Kanakuchi les había hablado de las brujerías de Proaño, es porque la cosa tenía que ser verdadera; pues como he dicho, los salvajes tenían el convencimiento íntimo de que la bruja no hablaba por sí sola, sino inspirada por el que sabía todos los secretos y podía hacer todos los males, por el terrible iguanchi.

Y esa consideración preocupó en extremo a Proaño, quien desde entonces ordenó en secreto a su gente que tuvieran listas las armas para cualquier evento; mientras él por su parte cargó su pistola y la puso en buenas condiciones. Y ordenó, al mismo tiempo, a su gente, que la comida habría de prepararse en sus propias ollas y no en ajenas, y que no recibiesen nada de comer de los jívaros, o que si recibían se cuidasen de no probar. Les intimó también que ningún macabeo tomase chicha, si la india que la ofrecía no se chupaba antes los

dedos de la mano con que venía moviendo el masato, único medio como he dicho de asegurarse de que el nijamanchi no estaba envenenado.

Proaño tenía razón de preocuparse así, y dar las órdenes que dió tan oportunas.

Pues las palabras de la bruja les alarmó tanto a los jívaros, que ya no pensaron sino en la manera disimulada de enviar a mejor vida, desde luego a Proaño, y en seguida a los macabeos que le acompañaban.

Y quizá habría habido un desenlace fatal para Proaño en esa misma isla de Yakuincha, si a tiempo no hubiesen llegado a conocimiento de Etza las artimañas de la bruja lechuza, y si al punto no hubiera puesto los medios más eficaces a efecto de parar el golpe; tanto más cuanto que comprendió lo que en verdad había en el fondo, élla, que había sido testigo de la manera como Proaño trató a la bruja intrusa, y que se dió cuenta de que la tal lechuza había querido vengarse de aquel agravio.

Lo primero que hizo Etza fué llamar a solas al fondo de un platanal a la Kanakuchi, y una vez allí preguntarle por qué había asegurado que era el apachi quien había puesto la culebra en el kutúpi de la Nujinda, que así se llamaba la jívara a quién mordió la víbora.

Contestóle la bruja que era el mismo iguanchi quien le había revelado el secreto, y que por eso ella lo había divulgado entre la concurrencia.

Entonces Etza, sin más explicación, le dió de golpes, la agarró por las orejas y la zarandeó fuertemente; y no contenta con esto la hechó por tierra, y para mayor desgracia de la bruja cayó junto a un charco donde Etza le puso el pie en el pescuezo y la ahorcó lo bastante para sacarle la lengua, una lengua porosa y amoratada.

Viéndose en esa situación la bruja, le hizo señas a Etza con la mano, dándole a entender que ya iba a confesarle la verdad de lo ocurrido, y que la soltara.

En efecto apenas la soltó echó la bruja a suplicar a Etza la perdonara, diciéndole que era verdad que había engañado a todos tomando en vano el nombre del iguanchi, siendo así que el iguanchi nada le había revelado al respecto, y que en consecuencia cuanto ella había asegurado no era otra cosa que pura invención suya, a lo cual le había llevado el ardiente deseo de vengarse del apachi por un agravio que le había irrogado.

Cierto que Proaño procedió de ligero al tratar a aquella bruja intrusa con el profundo desprecio que merecía.

Pero es que Proaño tuvo muchas razones para proceder de aquella manera. Y es que así como era muy sensible a la belleza en cualquier forma que

se le presentara, así lo feo le repugnaba; y nada más feo a sus ojos que la Kanakuchi; pues que ni una sabandija le causaba a Proaño la ingrata impresión que la bruja.

Contribuyó poderosamente a esta aversión invensible, la manera siniestra cómo la bruja se le presentó a la vista por primera vez, cuando vino en la góndola de Etza a los pies de la bella hija de Tungura. Pues de pronto se le pareció a Proaño que lo que venía a los pies de Etza era como he dicho un montón de carne temblorosa y ya descompuesta, a juzgar por lo negrusco de ella y por las grandes y muchas moscas que la rodeaban. Luego le pareció no sé que animal extraño, como una tortuga monstruo, como una víbora que venían de cazar.

Es que venía medio sentada medio inclinada para adelante, con las manos apoyadas en el suelo y con sus ojos redondos que miraban a todos bobamente. De suerte que con el movimiento de la góndola, ella que se derramaba de gorda, en realidad temblaba como un montón de carne que el carnicero acababa de lanzar al suelo.

Pero nunca le repugnó a Proaño la bruja Kanakuchi como cuando saltó de la góndola a tierra, y pudo ver de cerca esa cara con tantos huecos que le habían hecho las virgüelas, y ese cuerpo caratoso, y sobre todo, cuando pudo oírle esa manera de respirar tan difícil y ronca como de hipopótamo, a causa del asma aguda que tenía; y más todavía, cuando le vino a las narices ese olor pungente y desagradable que despedían sus sobacos. Repugnancia que se le volvió invensible a Proaño, cuando sobre lo feo de su cuerpo le dijeron que era bruja, con lo cual entendió que su alma era más fea que su cuerpo.

Etza al oír la confesión de la Kanakuchi, mandó a una chica sobrina suya, que tenía a su lado, a llamar a Makumata, que era el jívaro que estaba comprometiendo a todos para un asalto nocturno a Proaño y su gente, durante su viaje, si es que antes no había logrado envenenarle.

Acudió al punto al llamamiento Mukumata, quien no pudo ocultar su sorpresa al ver a la Kanakuchi toda ella embarrada de lodo, con los pelos de la cabeza repartidos en tiesos mechones como patas de araña.

Etza hizo entonces que la Kanakuchi repitiera en presencia de Mukumata lo que a ella le había declarado.

Y así tuvo que hacerlo la bruja, con gran estupor y disgusto de Mukumata, quien ya creía asegurada su presa. De suerte que tuvo éste que darse por satisfecho de la tal declaración, más que por convicción, de temor a Etza, a quien le veía muy interesada por Proaño, hasta el punto de que a la misma Kanakuchi, a quien tanto quería, la había reducido a aquel tan triste estado.

Vueltos a la casa, Etza dándole un golpe en las posaderas de la bruja, la mandó a lavar tripas de puerco. La pobre lechuza, al sentir el puntapié, echó a llorar o mejor dicho a aullar de la manera más triste, y cogió humilde la batea con las hinchadas y verdosas tripas, y así aullando aullando se fué al río.

Luego dijo Etza a Mukumata que ordenáse a su gente que no agusasen más saetas. Orden que al punto dió cumplimiento Mukumata.

Los macabeos, que eran tan astutos como los jívaros, que conocían de pe a pa los artificios de estos, y que entendían bien el jívaro, estaban al corriente de cuanto pasaba, de todo lo cual dábanle exacta cuenta a Proaño.

Etza, con la gran penetración que tenía y que era tan conocedora de su gente, entendió que por lo pronto había conseguido conjurar el peligro, pero que no por eso había desaparecido del todo; y creyó prudente aconsejarle al explorador que partiera presto y siguiera su camino.

Pero, cómo decirle?

Proaño llevaba consigo espejitos, shaukas y otros adornos de mujeres, y aprovechándose de esta coyuntura acercose a él a comprarle dichos artículos, o por mejor decir a cambiárselos por otros objetos, dado que moneda no conocen los jívaros.

Proaño la recibió con cierta seriedad en la apariencia, pero con mucho gusto en el fondo; y así ordenó a uno de sus cargueros sacar cuanto ella quisiese.

Como los jívaros, sobre todo los muchachos, vinieron curiosos a rodear a Etza, Proaño ordenó a su gente que disimuladamente los mantuvieron a cierta distancia.

Y así los tuvieron. Pero, el más astuto de los macabeos, Pedro Carvajal, el cazador de tigres como le llamaban sus compañeros, hizo algo más en su empeño a alejarles lo bastante de Proaño y Etza; y así cogió con presteza y como con impaciencia su escopeta, cosa de llamar la atención de todos, sacó luego un bote colorado de pólvora, municiones, fulminantes, y con apariencia de furia, como quien iba a matar a alguien, salió corriendo al patio.

Entonces no quedó uno adentro, todos le siguieron.

De ese momento aprovechó Etza para decir a Marcial Noguera que estaba a su lado, que aconsejara a Proaño irse de allí a la brevedad posible, por cuanto su vida se hallaba en peligro.

"Yo le quiero al apachi –añadió Etza– pero quiero que se vaya. Peden matarle".

En esos intervalos en que ella así hablaba, coger un espejito y se veía la cara, cogía otro espejito y volvía a mirarse; luego cogió unas gargantillas de

mullos blancos y azules, que le parecieron muy bonitos, y con cierta coquetería montaráz púsose al cuello. Volvió a los espejitos, que tanto le atraía, y volvió a verse la cara, acentuando sin quererlo ese gesto selvático que tan estravagante gracia le comunicaba. Luego tomó unas gargantillas de mullos blancos y azules, que fueron los que más le gustaron; por que cuanto a pendientes de metal, sortijas de lo mismo, no hizo caso. No así respecto a los espejos y las shaucas, de que cogió una buena porción.

Cuando le preguntó a Proaño qué quería en cambio de todo lo tomado, éste le respondió que nada, que lo único que quería era que todo aquello lo conservase como un recuerdo suyo, y añadió que si algo más quería que eligiese; y en diciendo esto, él por su cuenta la obsequió con muchos otros objetos curiosos que llevaba.

Etza agradecida, agradecida, fuese a guardar aquellos obsequios en unas elegantes huambáchis o bolsas de mallas de chambira que tenía colgadas junto a su peaka; y sacó en cambio para obsequiar a Proaño unos lindos huáhuos de alas de cucuyo, y unas sertas magníficas, más raras todavía, de alas de moscardones de un verde esmeralda deslumbrador.

Luego le preguntó a Proaño que si era casado, y como de adrede le respondiesen que sí, sacó al punto uno de los kungos mas elegantes que tenía, y le dijo: "Te regalo este kungo para que se ponga tu mujer en los bailes".

Proaño sabía bien que a Etza no se le ignoraba que las apachis no usaban kungos; pero comprendió en seguida que esa no era sino una manera delicada de manifestar Etza sus preferencias por él.

Cualquiera podrá creer que estas escenas son imposibles entre salvajes.

Pero no, no exageró, así pasó. Hasta entre salvajes, si estos son de clase distinguida, se ven estas delicadezas a las cuales tan sensible era Proaño.

Después de esta escena, Proaño no hizo otra cosa que aprestarse a continuar su marcha; pues aunque antes de ello ya Proaño había alcanzado algo, pero no lo había comprendido todo; y la cosa debía ser muy grave cuando Etza había tomado tal actitud, y así en persona se había dirigido a Proaño, exponiéndose a ser descubierta por los jívaros en su propósito de salvar al jefe blanco.

No que Proaño temiese la muerte en sí: sus ideas religiosas eran de tal naturaleza que le llenaban la cabeza y el corazón de grandes ilusiones y esperanzas, que no eran para temer la muerte. Pero si le amedrentaba la consideración de que la parca llegara a sorprenderle antes de realizar su grandioso pensamiento de descubrir el Morona.

Se dirigió pues a Tihuiruma a comunicarle su resolución de proseguir su marcha aquel mismo día; para lo cual tenía a bien recordarle su ofrecimiento de darle dos guías que llevasen para los kurakas de las jivarías del Morona la orden terminante de no molestarle en nada, sino por el contrario de darle paso libre por el Morona hasta el Marañón.

Todo esto por cierto le decía Proaño con mucho recelo, supuesto lo que acababa de acaecer, y que en consecuencia era de temerse que su voluntad hubiese cambiado, y que entonces lejos de darle facilidades le pusiera obstáculos para seguir el viaje.

Más, Tihuiruma, que por lo menos aparentó ignorarlo todo, no se manifestó hostil, y antes accedió a lo que el apachi le solicitaba de darle todos los guías.

Y entonces le contó Tihuiruma a Proaño que también él debía irse por el Morona hasta el Chaymi; más no aquel día, sino el siguiente.

Proaño, al oír esta nueva vio en sus adentros lo conveniente que podía serle el acompañarse del mismo Tihuiruma, aun cuando no fuera sino hasta el Chaymi, que al fin y al cabo este río desembocaba bien abajo del Morona.

Y así, al tiempo que le regaló un bote de pólvora, como para prepararle el ánimo favorablemente, le dijo que, puesto que él, Tihuiruma, se iba hasta el Chaymi, con gusto postergaría su viaje un día más, con tal de tener el alto honor de acompañarse nada menos que del gran jefe de los miázaz, el vencedor de Máshu y hermano de Tungura.

Tihuiruma, que gustaba mucho de la lisonja, escuchó complacido y orgulloso cuanto Proaño le decía, y así le respondió en los términos siguientes: "puedes quedarte para irnos juntos mañana, y entonces yo haré que Intzakua, el jefe de los Chamis, te dé bastante yuca y bastante plátano para tí y tu gente, y que sus mujeres te sirvan hartos nijamanchi.

Como esta conversación alcanzara a oír Etza, salió de pronto de tras del biombo que la ocultaba, y dirigiéndose a Tihuiruma le dijo: "También yo quiero acompañarte; quiero visitar a mi tía Angukera. Además tengo encargados en poder de Intzakua unos ayachuis, un sunga, un chimbi, de bellísimos plumajes y un huasbi, que hace muchas gracias, y quiero traerlos en persona; porque aunque no he pagado todavía el valor de estos animales, ahora puedo hacerlo, pues le llevo muchas cosas al valiente Intzakua.

Este su deseo de Etza no gustó mucho a Tihuiruma, quien por ocultar su disgusto a Proaño, optó por hacer el sordo y no contestar palabra.

Más, Proaño al ver de parte de Etza un deseo tan inesperado, tal complacencia experimentó que fué para él como haber alcanzado una victoria, y

así prometiose en sus adentros vencer la resistencia de Tihuiruma, y conseguir de él que también Etza les acompañara.

Y como quien no quiere la cosa, le dijo a Tihuiruma que había presenciado con suma complacencia el empeño que Etza tenía en acompañar a su invicto tío hasta el Chaymi, lo cual revelaba el amor entrañable que le tenía a él, lo mismo que a su tía Angukera, a la vez que le parecía razonable el querer aprovecharse de la ocasión para traerse consigo las aves y el mono que había tenido encargado en poder de Intzakua.

Dicho lo cual, con mucho arte le hizo entender a Tihuiruma, que le haría muchos obsequios si Etza llegaba a acompañarles.

Estas palabras despertaron grandemente la codicia a Tihuiruma, quien entonces alzó a ver a Proaño con extraña sonrisa, como quien acepta el ofrecimiento.

Viéndose pues Proaño en terreno firme, insistió en el asunto en expresiones más terminantes, y le dijo, que si Etza iba a traer las aves y el mono que había comprado a Intzakua, tendría el gusto de darle él para el pago, sin que necesitase ella desprenderse de los preciosos objetos que tenía.

Entonces Tihuiruma le preguntó a Proaño qué es lo que a Etza le daría para que pagase a Intzakua.

De esta respuesta dependía todo, porque a Tihuiruma no le importaban tanto por ahora ni espejitos, ni shuacas, ni abalorios de ningún género, nada que fuera propio de mujeres; que lo que le interesaba era todo lo relativo a la caza y a la guerra.

Proaño tenía mucha penetración, y supo lo que hacía: "Yo le daría a Etza –le dijo– muchos botes de pólvora, muchas municiones, muchos fulminantes; sobre todo le daría una escopeta, con la única condición de que la escopeta le entregaría en el Chaymi en el momento de despedirnos.

Tihuiruma al oír escopeta, abrió los ojos tan grandes, y le causó tal asombro, que le parecía un sueño cuanto acababa de escuchar.

–No hay necesidad de que le des a Etza esas cosas– dijo entonces Tihuiruma– basta que las des a mí; que yo he de pagar a Intzakua en nombre de Etza cuanto ella deba.

–Con mucho gusto respondió Proaño– si Etza se vá con nosotros, yo te daré a tí cuanto tengo ofrecido.

–Ahi, sí, seguramente se irá Etza con nosotros– dijo Tihuiruma –Es preciso que nos acompañe.

Una vez que se quedaban un día más en la isla de Yakuincha, quiso Proaño aprovecharse de la amistad con Tihuiruma, y sobre todo de su in-

fluencia con Etza, para conseguir que cierto indio perezoso terminara ese mismo día una canoa de que tanto necesitaba.

Aquel indio estaba ansioso de dos hachas y de unas varas de lienzo que Proaño le había ofrecido por la piragua; pero la pereza del jívaro era tal que se pasó días enteros sentado junto al fuego escupiendo y tomando nijamanchi, y si alguna vez se separaba de ese su puesto favorito, era solo para ir a visitar en las casas amigas porque le diesen de comer y de beber de valde.

Pero Etza, que tenía gran predominio en todos, le mandó al jívaro aquel terminara ese mismo día la pirahua, como en efecto la terminó. Pero entonces el jívaro ya no se contentó con solo las dos hachas y las varas de lienzo, sino que exigió otros pagos a los que Proaño tuvo que hallanarse no obstante que se le iban agotando las munciones de boca y de guerra que llevaba.

Una vez terminada la fiesta, todos los concurrentes que había venido a celebrar la llegada de Etza, comenzaron a irse en todas direcciones, llevando consigo las mujeres en sus changuinas a hombros una buena porción de carne cruda de cerdo que el dueño de casa les había ofrecido: pasaban el río en piraguas, y se internaban en los bosques al son de sus tamboriles y sus flautas, persiguiendo a las aves con sus cerbatanas, cantando como ellas, imitando a maravilla su canto vario a fin de engañarlas y atraerlas hacia sí, para luego pasarlas con sus saetas envueltas en lana de ceibo y en veneno.

Al ver que todas las gentes comenzaron a irse, Proaño, que tan avisado era, no quiso que llevaran mala impresión de su persona, menos que le tuviesen por cobarde, por que al tal fácilmente le persiguen y le matan, sobre todo si le tienen por cobarde.

Lo acaecido con la mordedura de la víbora y con la bruja, fué causa de muchas murmuraciones secretas entre ellos contra Proaño, hasta el punto de que algunos se pusieran ya a aguzar sus saetas y sus flechas con fines siniestros contra el apachi brujo, que como a tal llegaron a temerle.

Proaño, que estaba al corriente de la situación, quiso quitarles toda mala impresión que contra el tuviesen; cosa que le convenía tanto más cuanto que tan engolfado estaba en aquellas salvajes selvas, y que tenía que internarse más todavía, y ponerse por consiguiente cada vez más en manos de aquellos salvajes, para quienes todo era ocasión o pretexto para matar a sus semejantes, ya fuesen jívaros como ellos, ya apachis, y más aun si eran apachis.

Cómo pues les inclinaba la voluntad de todos hacia su persona?

Dos medios conocía él, eficaces, para conseguir lo que se prometía; por un lado regalarles mucho, y por otro, imponerse por el temor.

Ambos medios puso en práctica Proaño.

Llamó pues a su lado tanto a su intérprete favorito como a los jívaros, y por medio del macabeo les dijo a todos que habían llegado a quererles mucho, que a todos miraba él como a sus amigos, y que en prueba de amistad iba a regalarles una aguja a cada uno, para que la conservaran como un recuerdo suyo.

A estos ofrecimientos llenáronse de gusto los jívaros, cosa que hablaban en altas voces, riéndose y golpeándose las manos y zapateando de placer, sobre todo los muchachos, algunos de los cuales en tono de juego se abrazaban entre sí levantándose del suelo alternativamente el uno al otro como disputándose en la fuerza; o bien trataban de tumbarse mutuamente a la manera de dos campeones; todo como he dicho como una mera expresión de alegría.

Ordenó pues Proaño a los suyos sacar unos atados de agujas gruesas, como para coser costal, y fué dando una por una a todos ellos.

Es increíble cómo se apiñaron en torno de Proaño, las manos levantadas disputándose entre sí por ser los primeros en coger la aguja.

Luego, a algunos, a los principales, regalóles también espejitos, hilo, sal marina, que los jívaros le consideran como medicinal, bicarbonato, linaza, santonina, y otras bagatelas por el estilo que tanto apreciaban los jívaros.

Y mientras así estaba repartiéndoles Proaño, una vieja había salido a una loma, y desde allí echó a llamar en alta voz a los vecinos, diciéndoles: "vengan pronto a recibir remedios y otros regalos de los apachis."

Proaño que llegó a saber esto, le mando callar a la vieja, de temor que si venían de las vecindades, del otro lado del río, los obsequios de Proaño habrían llegado a ser cuento de nunca acabar.

Una vez que había repartido las agujas a todos, y en momentos en que todos le miraban a Proaño admirados de que fuera tan rico, de que llevara consigo cosas tantas y tan preciosas; de pronto Proaño tomó una actitud imponente, con semblante sañudo, como que fuera a entrar en combate y con voz ronca y fuerte, y con grande admiración de los jívaros, ordenó a su gente a alistarse armas al hombro.

Herrera que aunque pequeño de cuerpo era bravo militar, comprendió al punto el pensamiento de su jefe, y con voz marcial y pistola en mano, dirigió la parada dando la voz de mando. Y para mejor hacerlo la sacó al patio, donde la figura de Proaño se presentó agigantada a la vista de todos, con ese su mirar guerrero sobre su tropa que sumisa obedecía sus órdenes.

En eso Herrera ordenó a los soldados una descarga al aire, y esa descarga fué tan bien ejecutada, que hizo temblar de miedo a los jívaros, que absorbidos contemplaban aquel bélico aparato.

De propósito mandó Herrera amontonar a los pies de cada soldado numerosas balas de plomo; a lo cual los jívaros hacían entre la lengua y el paladar ese sonido que acostumbraban cuando quieren dar a entender su admiración por algo.

Mandó Herrera dar una segunda descarga; pero esta vez ya no al aire sino a las matas de plátano que rodeaban el patio.

E inmediatamente después de la descarga, todos los jívaros acudieron a las dichas matas, a ver las hojas perforadas por las balas.

Y los comentarios entre ellos menudeaban, pues que también ellos se imaginaban verse atravesados sus cuerpos de dichas balas; o bien, atravesados con ellas a sus enemigos, como bien se hubieran querido.

En eso Proaño, que estaba junto a Chikia el hijo de Intzakua, jefe de los chaymis, dió de pronto ciertas órdenes a Herrera, con tal imperio y estentorea voz de mando, que le hizo saltar de susto al jívaro aquel que a su lado se hallaba. Al mismo tiempo Herrera sacó de súbito el clarín, cuyo brillo les deslumbró, y tocó en el con tal fuerza que todos retrocedieron involuntariamente; y tanto retrocedieron, que unos, que estaban atras, se vinieron al suelo, y los que se hallaban delante, cayeron a su vez sobre aquellos.

Los jívaros, por supuesto, a pesar del asombro que se había apoderado de su ánimo, no dejaron de celebrar aquellos sustos y aquellas caídas con carcajadas estrepitosas y mucha gresca.

Proaño que aparentó no apercibirse de cuanto pasaba con los jívaros, dió nuevas órdenes a sus soldados, con voz más ronca que anteriormente, cosa que otra vez dejó en silencio a todos los jívaros que inmóviles miraban a ese apachi que en ese momento se les presentaba como un ser extraordinario y terrible.

Entonces sonaron el clarín y la tercera descarga. Pero esta vez la descarga fué a un tronco altísimo y grueso, que por ser muchas veces secular se le había secado la copa, y se le habían caído las ramas, y ahora solo se hallaba cubierto de hinchadas yedras.

Cuando, después de la descarga, se acercaron los jívaros a ver el tronco desnudándole de la yedra, vieron como las balas habían penetrado bien adentro del tronco, una de las cuales, la más cercana al centro del tronco, había pasado al otro lado, lo cual fué objeto de grande admiración de parte de todos los jívaros.

Hecho esto Herrera entró a la casa con su gente, quedándose Proaño afuera solo con Noguera. Los jívaros le veían la cara pero no se atrevían a de-

cirle palabra, hasta que el mismo Proaño fue el primero en romper el silencio, con voz ya no estentórea sino amable.

Esto les dió aliciente para acercarse a él.

Entonces Proaño les dijo que él quería ser amigo de todos ellos, y que si ellos tenían enemigos, que él estaba listo a defenderles.

—Si tú eres nuestro amigo— le respondieron— queremos ser tu amigo. "Vendrás a mi casa le decía el uno; vendrás a la mía", le decía el otro. Allí te hemos de dar yuca y plátano y nijamanchi— seguían diciendo.

De suerte que al despedirse de Proaño, cada cual para su casa, el Explorador les iba tendiendo la mano y llamándoles "amíko", "amíchi", palabras medio jívaras medio castellanas que aquellos salvajes empleaban para llamar amigo al blanco.

Los jívaros pues, a su vez, le trataron de "amichi" a Proaño, y se sintieron orgullosos de dar a su vez la mano a un apachi que momentos antes le habían tenido como inaccesible a ellos.

Proaño consiguió su objeto: los jívaros fueron a sus casas llevando de él la mejor impresión; y para nada se acordaron ya de lo acaecido con la víbora ni de las acusaciones de la Kanakucha; y todos hablaban solo de lo bueno, de lo generoso, de lo rico que era el apachi, y sobre todo de lo valiente y de las muchas armas que llevaba, cuyos proyectiles tenían una fuerza extraordinaria, como habían podido observar en aquel tronco.

Este fue pues un nuevo triunfo para Proaño en su temeraria empresa, erizada de peligros, de descubrir el Morona.

Con la mala noche anterior, todos durmieron muy a pierna suelta, la víspera de partir de la isla de Yakuincha. Solo que Proaño soñó muchas cosas, a causa del narcótico aquel que le diera Etza, quiero decir, esa bebida que llamaban "esencia pura de nijamanchi". Y cuanto soñó, todo estaba relacionado con Etza, con esa mujer, por quien guardaba en lo hondo de su pecho una eterna gratitud.

Capítulo XII

LAS CAUTIVAS

Pero antes de seguir adelante, he creído conveniente insertar aquí la carta que la mañana de embarcarse en Yakuincha, dirigió a su amigo Ricardo, aprovechándose de dos jívaros que debían irse a Macas, a quienes les pagó bien, para que llevaran dicha comunicación al Kapitio Dionisio Rivadeneira, uno de los principales de Macas y amigo de Proaño, quien a su vez debía enviar a su destino a Quito.

Dice así la carta:

"Querido Ricardo: Te comunicaré que voy viento en popa, no obstante los obstáculos de todo género con que he tropezado en mi camino. "Te aseguro que nada hay tan imponente como eso de ir penetrando cada vez mas adentro en el corazón de estas selvas infinitas, habitadas por estos jívaros, a quienes he llegado a querer, pero en cuyas manos siempre la vida de uno está en peligro.

"Si supieras las cosas que he visto y las cosas por que he pasado! "Como aguas que se despeñan voy saltando de piedra en piedra, pero sin detenerme en mi carrera.

"Yo le estoy muy agradecido a García Moreno, que creyendo hacerme un mal, me ha hecho un bien inmenso.

"Me considero uno de los más afortunados de la tierra, al ver que he podido penetrar siquiera una vez en mi vida por estas selvas maravillosas, que así me deleitan como me asombran.

"Diríase que aquí no solo hay conciertos de aves, sino también de colores y de aromas. Serán influencias del libro que sobre música llevo conmigo, del cual siquiera una página leo diariamente? Oigo el rugido del tigre en el oscuro bosque y el parlotear de los loros que en bandadas cruzan el espacio, y ello es música para mí. Oigo el retumbar de las cascadas, y la voz amenazante del tunday, y la aguda voz de las tenembas ocultas en los follajes, y el silbido de la serpiente, y el silencio misterioso salido de lo hondo de las selvas; y todas aquellas voces me parecen notas escapadas del concierto universal que sin cesar resuena en honor del Dios omnipotente".

"Si vieras donde me encuentro, me envidiarías..."

"La isla de Yakuincha, de clima paradisíaco, como lo es cuanto hasta aquí vengo recorriendo, es vastísima y se halla en medio de un río que vá perdiendo de la violencia del Aindikaymi, a medida que avanza hacia el Morona".

"Ayer tarde eché sonda a este río y ví maravillado que tenía dos y media brazas de profundidad. Lo que como vez haría fácil hasta aquí la navegación en vapores de regular calado, tanto más cuanto que la corriente no pasa por aquí de tres millas, la cual va disminuyendo como te he dicho a medida que avanza a encontrarse con el Makuma.

"Siento no poder retroceder, para medir la profundidad de este río también más arriba; pues entiendo que los vapores podrían seguir surcando sin dificultad mucho más allá de esta isla, porque desde muy atrás estas aguas han dejado de encreparse, y vienen encausadas, y porque desde muy atrás el Miáza viene recibiendo muchos ríos caudalosos.

"Aquí en derecho de Yakuincha, no solo he echado sonda en un punto de este río, sino en varios, y he podido cerciorarme de que este río grandioso tiene fondo igual en toda su anchura.

"Y esto que no se encuentra todavía con el Makumma, lo que no sucede sino algunas leguas de aquí, desde donde comienza el Morona, punto en el cual el Miáza lleva mayor caudal que aquí, por cuanto ha ido recibiendo nuevos tributarios en su carrera.

"Figúrate si no tengo razón de maravillarme de cuanto voy viendo, y más cuando voy dándome cuenta de que todo este inmenso caudal de aguas, procede, no de los Andes, como generalmente se ha creído, sino de una cordillera llamado Kutukú, paralela a los Andes, que hace días atravesé viniendo de Macas; de la cual cordillera jamás se ha hablado en nuestras geografías.

"Mira si no tengo razón de maravillarme, al ver la exhuberancia de esta tierra, esta vegetación cada vez más vigorosa a medida que avanzo hacia la Hoya infinita del Amazonas. Arboles voy viendo que no son seculares solamente, sino muchas veces seculares, cuyos troncos necesitarían muchos hombres para abrazarlos, y en cuyas cuevas podrían caber muchas personas, y cuyas raíces forman tan grandes bambas que no carecen sino contrafuertes de catedrales góticas.

"Ah! si vieras lo que aquí oigo, lo que aquí veo, lo que siento. Sí nunca hubieran creído en Dios aquí creería. ¿Que es este camaleón de la naturaleza de tan múltiples y seductores visos! Qué manantial inagotable es este de la vida? Qué es este océano infinito de cuyo fondo van saliendo estos millones y millones de brillantes insectos que en estas selvas pululan? Y de dónde proce-

den esos otros mundos microscópicos, más numerosos todavía, que mis sentidos no alcanzan a columbrar? Quién dió esa elegancia inimitable a estas hojas, a estas palmeras; quién esos matices encantadores a tantas flores, a tantas mariposas, a tantas aves como las que aquí abundan? Y quién las enseñó a estas últimas a cantar con tan delicado canto? Y de dónde vienen a mis oídos esos miles de voces misteriosas? Quién dirige esos conciertos? Quién es el autor de estas grandiosas armonías?

"¡Oh y cuando considero que esta misma fuente de vida universal de donde ha salido esta misteriosa raza jívara que tan extrañas y hondas y contradictorias impresiones me va causando!

"¡Si vieras lo que es, lo que me parece esta raza jívara!... Oh, es imposible hablarte de ella en los estrechos límites de una carta.

—¡Qué raza tan hermosa, qué raza tan soberbia! si vieras la arrogancia con que un jívaro anda lanza en mano...

Si vieras cómo se planta, y cómo se sienta a hilar al pie de la rueca junto al fuego... Sin darse cuenta de ello, tales actitudes toma, que ya se querrían para modelos los grandes estatuarios griegos y los grandes pintores italianos. Ayer vino de la banda un jívaro: alto, esbelto, bien formado, de nariz aguileña y ojos negros y centellantes. Traía como todos el pelo suelto y largo; y su bronceado cuerpo, desnudo, con su itipi a la cintura. Lanza en mano atravesó el patio a largos pasos con soberbia tal que parecía un dios.

"Después de la salutación y ceremonias de estilo con el dueño de casa, dije a los macabeos que disimuladamente le sacaran a fuera, que le llevaran lejos, y que volvieran a traerle y hacerle atravesar el patio como la vez primera porque quería gozarme con tan gentil presencia y tan marcial andar. Desgraciadamente, el indio, por imprudencia de los macabeos, apercibióse de mi deseo, y entonces, continente sañudo tornóse en risueño, y ya no pudo andar sino viéndome la cara; sus bien templados músculos se le aflojaron, y toda la gracia y donaire primeros desaparecieron, cuando por agradarme tomó un aire marcial muy afectado.

"Feo se pone cuando quieren aparecer mejores a nuestros ojos. Jívaros he visto que por agradarme se han puesto los vestidos de los blancos, con nuestros chalecos, nuestros feos pantalones, y te aseguro que han quedado convertidos en verdaderos mamarrachos. En cambio son hermosos cuando sin preocupaciones andan libres por las selvas, casi desnudos, con sus propios adornos y con su lanza.

"Las mujeres, que son como esclavas del hombre, podría creerse eran de condición humilde y abatida. Nada de eso. Como el perrito que a ella le sigue,

sólo es manso con su dueño, y a todos los demás muestra los dientes; así es ella. Solo ante su consorte se inclina; pero aún ante él mismo, cuando le sirve el nijamanchi, por ejemplo, ella se presenta erguida, formando voluptuosas curvaturas, desde el pecho hasta el vientre y los muslos, con un donaire propio de la soberbia innata de su raza.

"Es que ella, al inclinar la cervis y llevar a cuestras el kutupi, con el itipi y los adornos de su marido adentro, y con el masato para la chicha de su marido, no se cree humillada, sino que tiene aquello como la cosa más natural del mundo. Y, así, esa su triste condición, sólo aparece tal a los ojos del civilizado, pero no a los de ella, que por fortuna de nada se da cuenta.

"Si nuestros indios de la sierra aparecen humildes y abatidos, es por que reconocen el vasallaje del blanco, que está siempre sobre sí látigo en mano. Más los jívaros ningún vasallaje reconocen: erguida la frente, como la palma gentil que les rodea, andan por el desierto con la soberbia del león, como el rey de los bosques. Y así es frecuente verle al jívaro, su cabellera al viento y lanza en mano, escurrirse por las selvas sin camino, saltando y cantando de alegría.

"Ah, raza hermosa, te aseguro! o creo que en el mundo ninguna raza como esta tiene tanto amor a la libertad, y que ninguna otra es tan celosa como esta de su soberana independencia.

"Pues bien, querido Ricardo, de esta raza singular ha salido una mujer, que es como su prototipo, con la condensación de toda su hermosura y todo su salvajismo. Es una mujer atlética, pero tan bien proporcionada y tan bien hecha, que te enamorarías de ella sin quererlo. Esas caderas le tiemblan al andar, es cierto; pero esa mala impresión se te desvanece cuando consideras que ese temblor procede mas bien de los nervios que la agitan, y de que todo está en armonía con ese talle, y con esos bien musculados miembros; a todo la cual hay que añadir sobre todo ese rostro, que cuando no está pintado ni los dientes teñido de negro, parece que la naturaleza se ha complacido en agotar en él toda su gracia salvaje. Esta mujer necesita una especie de gigante para casarse, y que tenga al mismo tiempo grandes fuerzas físicas para domarla; porque no sé por qué me parece en esto una excepción entre las jívaras, que ha de ser indomable hasta con el marido. Es que parece hecha de pólvora, y que sólo necesita una chispa de fuego para inflamarse. Te aseguro que esta mujer singular no necesita sino ocasión para dar de sí todo lo que dar puede: es sin disputa la mujer de las grandes ocasiones.

"A pesar de ser mujer, su voluntad se cumple aquí. La consideración de que es hija del jefe de los jefes del desierto, por un lado, y la misma impetu-

sidad de su carácter, por otro, la vuelve avasalladora. –Dicen que se parece en todo a su padre.

"Pero estarás por ventura impaciente por saber quién es esta jívara de quien así te hablo con tanto encarecimiento.

"Es nada menos que la hija de Tungura, el más poderoso y terrible kuraka de las selvas orientales.

"Los jívaros llaman Tungura al monte Sangay, y éste jefe ha querido bautizarse con el sugestivo nombre del volcán.

"Pues hija de Tungura, nada menos, es la jívara de quien te vengo hablando.

¿Su nombre?

"Su nombre propio ese Zapikia, pero entre los suyos sólo se la conoce con el de Etza.

En su real casa todos la quieren y la respetan, y por eso, porque la quieren la llaman Etza, y yo me he acostumbrado también a llamarla así.

"Es que etza en jívaro quiere decir sol; y como vieron sus íntimos cierta semejanza entre Zapikia y el astro que todo lo hermosea, también a ella la llamaron Etza.

"En efecto, querido Ricardo, a juzgarla por esos movimientos repentinos que tiene, por esa manera rápida de hablar, y por esa manera de herir con sus ojos centellantes, diríase que toda ella es electricidad, y a juzgarla por esa manera de seducir y atraer, diríase que toda ella es magnetismo.

"Es inexplicable lo que pasa conmigo; yo mismo me río a veces, y me pregunto si estoy enamorado de Etza.

"Esta jívara en nuestros salones sería un ser exótico imposible; pero aquí, en medio de la majestad de estas selvas seculares, y en familia con las serpientes, los tigres y los leones, Etza es hermosa; y su hermosura me atrae a despecho de sus maneras cerriles.

"Tengo la satisfacción de haber hecho algo por ella, y de que mi viaje por estas selvas ha sido favorable a Etza.

"Ella en cambio no se ha portado mal conmigo; antes al contrario, ha hecho mucho por mí, acaso más de lo que yo hice por ella.

"El cómo han pasado estas cosas no te lo podría decir en esta carta, porque sería muy largo. Te lo contaré cuando nos veamos, si algún día slgo de este confinio y vuelvo a verte.

"Por ahora me limito a contarte que sigo mi camino, que dentro de poco me habré embarcado; y que al cabo de pocas horas conoceré el Morona, objeto de mis ensueños.

"Te contaré también que me voy con Tihuiruma hasta un afluente del Morona, que llaman el Chaymi.

"Pero, quién es ese Tihuiruma? me preguntarás acaso.

"También me sería largo contártelo: baste que te diga que es hermano de Tungura y uno de los personajes más extravagantes de estas selvas.

"En fin, te diré asimismo que Etza se va acompañando a Tihuiruma su tío.

"Ya amanece... Te aseguro que nada hay tan sublime en el universo como estos momentos en estas selvas vírgenes, en que la naturaleza parece despertar, y que himnos magníficos se levantan ejecutados por millones de cigarras, de aves y de otras voces misteriosas que parecen surgir de dentro de la tierra.

"Siento en este momento algo que jamás he sentido... me voy a las regiones de lo desconocido y lo insomdable, en medio de estos sublimes coros. Adios".

En efecto cuando Proaño terminó la carta, ya todo estaba listo para el viaje, porque sus agentes habían recibido orden de alistarlo todo.

Todos quisieron tomar parte en el extremo de la piragua de Proaño; pero no había espacio para tantos, y así solo entraron en ella, Proaño, Tihuiruma, Etza, Marcial Noguera, los dos emisarios venidos del Chaymi, y los remeros, que eran los mismos que condujeron a Etza del Cetuchi a la isla de Yakiuncha, quienes llevaban bien pintarrajeados cuerpo y rostro, y en la cabeza una tahuaza bien alta de plumas amarillas de guacamayo.

Etza fue la primera que entró de un salto en la piragua, cosa de hacerla bambolear; y de seguro que se habría volcado, si para contrarestar su peso los remeros no hubieran estado listos al otro extremo de la piragua.

Mas al bambolear la embarcación, Etza, en vez de asustarse, abrió sus desnudos brazos como una equitadora, como quien desafia el peligro, o trata de domar una fiera.

Es que Etza era gran nadadora, cosa de sorprender a los peces en el seno de las aguas, y así poco le importaba que la piragua se volcase.

En las demás canoas iban los macabeos y algunos jívaros, y tres jívaras, entre las cuales se hallaba la bruja Kanakuchi, quien llevaba consigo tres perros, el uno de los cuales le había dado Tihuiruma a Etza para que con el pagara a Intzakua lo que de pagarle tenía, en cambio de la pólvora que para el efecto le había dado Proaño a Etza, y que él, Tihuiruma, se reservaba para sí.

Grande animación se advertía en cuantos se encontraban en aquella flotilla; debido en parte a que iban entre muchos, y en parte, a la hermosa ma-

ñana que les hizo, en que todo cantaba, en que las bandadas de loros cruzaban los aires, haciendo sombra como nubes, en que brillantes aves jugueteaban o se perseguían de la una a la otra ribera del río; en que los patos y las garzas flotaban en las aguas, y en que numerosas mariposas iban titilando delante de las piraguas cual sugestivas ilusiones.

Los cuernos de tenemba que tocaban los tripulantes contribuyeron con mucho a aumentar la animación de todos.

Y así bajaban por aquel majestuoso río, que hacia el S.E. se dirigían.

No pasaron seis horas de este hermoso navegar, cuando se encontró Proaño, con un punto delicioso, que parecía laguna, donde hervían los peces, y cuyas paredes eran peñas coronadas de majestuosas palmas, y donde magníficos festones de granadilla, almendro y otras enredaderas, que enlazaban unos árboles con otros.

Curioso preguntó Proaño lo que aquello era:

"Makumma makumma"— respondió entonces, solemne y cavernosamente Tihuiruma mirando hacia el N.E.

Al punto comprendió Proaño que aquello era la confluencia del Miáza con el Makumma, y que allí comenzaba el Morona.

Y quedóse Proaño maravillado, pues aunque es verdad que mucho esperaba, jamás se imaginó encontrarse con un cuadro tan grandioso y tan poético a la vez.

Ordenó Proaño hacer unas evoluciones en forma de caracol allí, en la mitad de ese que si de lejos le pareció lago, pero que ahora veía cómo esas enormes masas de agua corrían, aunque no violentamente, pero que corrían.

Y los jívaros de vistosos plumajes, maniobraron graciosamente.

Es curiosa la circunstancia de que por el momento Proaño manifestó mayor interés por conocer el Makumma que el propio Morona.

Sin duda debióse esto a que por el Morona debía continuar su viaje, en tanto que al Makumma sólo de paso podía verlo.

Es que respecto al Makumma, mucho le habían ponderado los jívaros, asegurándole que era mucho más largo y mucho más caudaloso que el Miáza; y que en su dilatado recorrer venía resiviendo mayor número de ríos caudalosos que su rival.

Y le dijeron además que el Makumma tenía su origen nada menos que al otro lado del Kutukú, allá en la región donde abunda el cedro y el copal, a pocas leguas al O. del volcán Sangay; y que no procedía de ninguna altura, de ningún cerro, sino de un hondo valle donde la tierra hervía, y donde, por todas partes brotaba agua a borbotones; y le dijeron que a poco de esos hervideros se tornaba en río, en un gran río, el cual casi desde su origen ofrecía el

espectáculo curioso, en alternativas con furibundas corrientes de dormirse a trechos, cosa de formar en esas partes unas como lagunas, que los jívaros surcaban en sus piraguas: en una palabra, le dijeron que aquel río era navegable casi en su totalidad.

Dicho río era el Makumma.

Por último le dijeron que a poco de nacer y de recorrer casi paralelo al Kutukú, unas pocas leguas hacia el E.N.E., atravesaba al este la gran cordillera mencionada, haciéndola tajos profundos, como hacía el Pastaza con los Andes al cruzar por las faldas del terrible Tungurahua.

Le dijeron también los jívaros que el Makumma no venía desde su origen en línea recta, sino que formaba primero una gran curva y que luego venía arrastrándose por el suelo: "en esta forma" – dijo al tiempo que con el dedo trazaba, mirando a la superficie de las aguas, grandes eses, dando a entender con ello las muchas y extensas curvas que a modo de anillos de serpiente hacía al correr el Makumma.

Y como para ponderar más todavía aquel serpentear de tal famoso río, dijo que una de aquellas curvas iba casi a toparse con el Chiguaza, río que a poco de allí aflucía en el Pastaza, que es el Guambonaza de los jívaros.

Y en qué derecho está el origen del Makumma?– preguntó Proaño a Tihuiruma.

–Allá– dijo el jívaro, mostrando con la mano abierta hacia el O.E. Entonces Proaño se afirmó una vez más en la convicción que desde antes se había formado, de que los jívaros eran buenos geógrafos por instinto.

Por las explicaciones de Tihuiruma, entendió Proaño que las primeras vertientes del Makumma no estaban sino unas siete leguas más o menos al N.E. de Macas; y que en consecuencia, la curva que antes de unirse con el Míáza había recorrido, era tan grande, que no creía temerario calcular en unas ochenta leguas de extensión, sobre todo si se tomaba en cuenta las dilatadas y numerosas curvas que venía trazando en su carrera.

Y lo que veía Proaño, parecía confirmar la afirmación de Tihuiruma; pues que el Míáza o Hunda-Mangosiza, como también la llaman los jívaros a aquel río, entraba allí con mayor violencia que el Makumma, el cual, por consiguiente, a pesar de su mayor caudal, cedía algún tanto al empuje del Míáza.

Y cuál queda más distante de aquí?– preguntole Proaño a Tihuiruma– tu fortaleza en el Hunda-Mangosiza, o la de Tungura en el Makumma?

–La de Tungura respondióle, haciendo un gesto con la mano, lo que indicaba la mucha distancia en que se hallaba de ese punto.

Lamentóse Proaño de no poder recorrer aquel tan poderoso y bello río, cuya fama correspondía a la majestad augusta con que allí se presentaba.

Pero cómo atreverse a proponer a Tihuiruma tal cosa, cuando sabía la prisa que llevaba, cuando dos emisarios habían ido por él de parte de Intzakua el jefe de los Chaymis? Y cómo no aprovecharse Proaño en su viaje por el gran río, de la compañía de Tihuiruma, que era para él uno como salvaguardia contra esos terribles moronas que le habían dicho ladraban como perros.

Por otro lado, los ya escasos víveres, y los pocos artículos que le iban quedando le preocupaban sobre manera; y así, todo su pensamiento era seguir adelante, cerrando los ojos a toda otra consideración, a todo otro interés. Tanto más cuanto que el Gran Río, el Morona, le iba atrayendo cada vez, con más fuerza, y ejerciendo en su espíritu una especie de mágica sugestión.

Oh, el Morona!...

Absorto quedóse Proaño a su contemplación.

El que hasta entonces se había considerado superior a todo en aquellas selvas, a pesar de las maravillas que venía viendo; ahora quedóse como anonadado ante esa obra maestra de la omnipotencia.

El Morona produjo en Proaño el mismo efecto que en nuestro ánimo suele producir lo sublime.

Midió con la imaginación ese volumen inmenso, que día y noche, eternamente, corría a llenar esas profundas cuencas de la tierra; y se sentía pequeño como un gusano ante tal inmensidad.

Y veía sacar las cabezas a la superficie de las aguas esos centenares de peces de grandes tamaños, que los jívaros daban nombres varios, y comprendió cómo también en esos líquidos senos la vida pululaba como en el corazón de las selvas.

En eso una neblina tenue comenzó a cruzar el Morona, de la una a la otra ribera, y a entre cubrir poco a poco los follajes y las peñas, las palmas y los colosales troncos hinchados de parásitos y musgos, y los magníficos festones de enredaderas, y las gruesas lianas que en todas direcciones serpenteaban como boas.

Pronto el misterio le envolvió al Morona, y los tripulantes se engolfaron por esas regiones ignotas y sombrías al chilchal cadencioso de los remos.

Y así avanzaban y avanzaban siempre, mirando a uno y otro lado, al través de la neblina, esos árboles cada vez más altos y más corpulentos, que, cual fantasmas que iban saliendo sin cesar de mundos desconocidos, venían, venían y pasaban. Todos callaron esos momentos, todos iban en silencio.

Diríase que todos se daban cuenta de aquella solemnidad fantástica de la naturaleza.

Proaño más sensible que todos a aquella belleza extraña, experimentó impresiones nuevas, hondas, inexplicables.

Etza iba allí medio aletargada, a causa del mucho nijamanchi que iba tomando. Proaño la miraba fijamente, y con tanta mayor atención cuanto que la consideraba como a la reina de aquellos fantásticos mundos. Se había pintado la india ligeramente el cuerpo con la negra zúa y el achiote; pinturas que semejaban diminutas víboras corales, cuyas cabezas trataban de ocultar en los voluptuosos senos palpitantes y medio ocultos bajo el tarachi.

Y así estaba Proaño, contemplándola, cuando abrió ella los ojos, y casi inconcientemente le miró de lleno a Proaño. Es que a Proaño le miraba mucho: no se que impresiones experimentaría a su vista, pero el hecho es que mucho le miraba.

Cuando las dos miradas se encontraron, ella hizo por la nariz ese gesto salvaje que le era peculiar; y como reaccionándose de esa modorra, se sentó apoyando la cara sobre el puño, el codo sobre las rodillas.

Interesante se puso la mujer en esa actitud: diríase que estaba meditando en los destinos del desierto. Proaño no cesaba de contemplarla en ese gesto trágico de la boca y ese fruncimiento del entrecejo. Y le hacía gracia verla cómo de una manera acaso inconsciente le miraba de vez en cuando, ella que tan preocupada parecía estar en asuntos serios acaso relacionados con la suerte de la Tribu.

Aprovechóse Proaño de una de esas miradas de Etza, para entablar con ella conversación, en su deseo de profundizar su pensamiento y descubrirle el grado de inteligencia y conocimientos que pudiera poseer.

—Esas lindas pinturas de tus brazos— le dijo, parecen culebras de chonta, y esas lindas pinturas de tu pecho parecen culebras de coral.

Por una sonrisa extraña de ella, entendió Proaño que le había gustado a la hermosa jívara esa comparación.

—Sí, napi napi— dijo ella, con ese su rápido hablar que tenía— por eso me pinto así.

—Y cuál te gusta más, el negro de la zúa o el colorado del achiote?

—Ambos, ambos —dijo élla— ambos me gustan. Si yo dijera que el ipiáko me gusta más, la zúa se enojaría.

—Qué... tiene pensamiento la zúa?

—Sí, sí, la zúa piensa, la zúa habla, el ipiáko también; ambos piensan, ambos hablan, ambos, ambos.

—Y desde cuándo piensan y desde cuando hablan la zúa y el achiote?

—Siempre siempre —dijo ella— mis abuelos me han contado que siempre han sabido hablar, que el dios Atzúta les enseñó a hablar. Sí, Atzúta Atzúta, y que un día, siguiendo los consejos del Atzúta, tuvieron la zúa y el ipiáko una larga conferencia sobre lo que deberían criar. Sí, sí, sobre lo que deberían criar, lo que deberían criar. Y cada cual se reservó para sí las cosas que quería criar; que entonces dijeron era conveniente criar cerros, llanos, rios, y criaron. Sí, sí, criaron, criaron, ellos criaron. Y otra día la zúa, dijo: "Hagamos espinos para que se lastimen las gentes" y contestó el ipiáko: "Hagamos", y las espinas fueron. Sí, sí, las espinas, las espinas.

Es que les aborrecen a ustedes la zúa y el achiote, cuando así han criado espinas para que les piquen.

Sí, Sí, aborrecen, la zúa y el ipiáko aborrecen pero no a nosotros, no a nosotros, aborrecen a los jívaros enemigos nuestros; aborrecen a Mashu a los Makummas, a los kanusas.

—Y la zúa y el achiote se quieren entre sí?

Si se quieren. El ipiáko se muere por la zúa, y ella le corresponde. Ambos se quieren. Un día, en tiempos muy remotos, cuando ya los dos estaban comprometidos a casarse, vino el gavilán nayápi, que se había enojado con el ipiáko, si con ipiáko, y de venganza se enamoró de la zúa, por arrebataresela al ipiáko, si por quitarle. La zúa no le quería al gavilán, pero tampoco le aborrecía. Poco después, si poco después vino el loro tzúna, y se enamoró también de la zúa, la cual entonces consintió en dormir con el loro, pero cuando estaban dormidos, al contacto con la zúa, el tzúna quedóse con la cara negra, razón por la cual este loro siempre tiene la cara negra. Que entonces el tzúna se fue para el nayapi, si para el nayapi, y resentido con la zúa le manifestó su resolución de no volver más a la morada de la zúa, que así le había pintado de negro, si de negro, y que en consecuencia él, el gavilán, quedaba libre para casarse con la zúa. Sí, si con la zúa. Pero entonces la madre del ipiáko le mató al gavilán nayapi metiéndole una araña en el cuerpo, y logró que el ipiáko se casara con la zúa. Y se casaron y se quieren, se quieren. Después de casados criaron como he dicho los cerros y las espinas.

—Y qué más hicieron? Hicieron algo más?

—Una nueva conferencia tuvieron los dos, una nueva conferencia, si una nueva conferencia, y se consultaron si deberían criar algo más que cerros, rios, llanos y espinas. Entonces el ipiáko, si el ipiáko el ipiáko, le contestó además era conveniente criar algo con que los jívaros pudieran hermosearse, que las pinturas eran necesarias para nosotros, si, necesarias necesarias, porque sin

pinturas todos éramos feos. Entonces la zúa dijo: "yo seré el negro", y el ipiáko dijo: "yo seré el colorado". Y así sucedió. Sí, así sucedió, así así. Y desde entonces la zúa es negra, y el ipiáko es colorado. Sí, colorado, colorado.

—Con razón estás linda, porque así te has pintado— le dijo Proaño.

Cosa que le hizo sonreír a Etza con presuntuosa satisfacción, al tiempo que se miraba las pinturas de los brazos.

—Y tú porqué no te pintas? —dijo a su vez Etza a Proaño— tú que eres tan valiente, serías más valiente si te pintaras.

—Sí, sí dijo a la sazón en tono de broma Tihuiruma— por eso Churubi del Achuara es valiente, porque se pinta bien la cara y se pinta bien el cuerpo. Sí el cuerpo, el cuerpo. Y por eso sabe tirar flecha, y sabe tirar úmi. Y nadie mejor que él sabe fabricar veneno; y así, con el veneno y con el ceibo en la punta de sus saetas, sabe matar paujies, monos y faisanes. Nadie como él sabe perseguir al jabalí. Y cuando sale a cacería con sus perros, el tigre no se le escapa. Si el tigre el tigre. Y en la guerra nadie esgrime la lanza como el Churubi del Achuara.

Y mientras así hablaba Tihuiruma, mirando a Etza, siempre mirando a Etza, ella por el contrario fingía no escucharle.

Curioso quedóse Proaño por saber quien era ese Churubi de quien con tanto encarecimiento había hablado Tihuiruma, y por el cual poco o ningún interés parecía tener Etza.

Pero bien pronto llegó a saber que el tal Churubi, cantado por Tihuiruma era hijo nada menos que del gran Huakeréma, el famoso jefe de los achuaras, de los temibles achuaras, de los terribles achuaras.

En efecto, siempre había oído Proaño por todas las jivarías hablar de los achuaras uno como religioso temor. Había visto cómo, si por alguna circunstancia estaban riéndose, con todo, al hablar de los achuaras, todos se ponían serios.

Se trataba de cerbatanas, de tambores?

Pues para obtener las mejores cerbatanas, los mejores tambores, preciso era irse a las jivarías del Achuara, de aquel formidable afluente del Pastaza.

Allí en esa tribus era donde asimismo se obtenían los mejores collares de colmillos de saínos y tigres, y grandes sartas de dientes de culebras ponzoñosas.

Se quiere acreditar entre los jívaros la excelente calidad de un tunduy?

Pues basta decir que ha sido traído de las riveras del Achuara.

Y cuando a lanzas? No hay como las achuaras.

Los achuaras son altos, dicen, son fuertes, son terribles como sus lanzas.

El veneno para que sea eficaz, ha de ser traído, o del Amazonas o de los achuaras: con tal veneno, por mínima que sea la dosis que se introduzca bajo la uña, puede emponsoñar toda una pininga de nijamanchi y matar al punto al incauto que la toma.

El brujo más temido entre los jívaros, es aquel que se ha consagrado en el Achuara.

Yo me hice brujo en el Achuara –dijo un día, en presencia de Proaño, un jívaro que trataba de imponerse ante sus compañeros– Allí, en el Achuara, compré el secreto, allí tomé el narcótico, el cual me hizo dormir, y después soñar, y mientras así soñaba, se me apareció el iguanchi, así, y me dio instrucciones respecto de lo que debía hacer para ejercer con acierto mi profesión. Y ahora, ya puedo curar, ya puedo matar. Y este veneno que aquí tengo –añadió mostrando una caña de guadua que llevaba terciada– es veneno del Achuara, que me lo dio el mismo iguanchi mientras soñaba".

Y los jívaros le escuchaban con asombro y con terror.

"Y el mismo iguanchi, siguió diciendo– para curar a los brujeados, me enseñó a cantar de esta manera...

Y cantó el brujo un feo canto con voz ronca, canto siniestro que los hizo estremecer a cuantos le escuchaban, todos los cuales tenían como a ser sobrenatural, que así podía a su capricho curar como matar.

Y cuanto a la cimayúka, aquella virtud preciosa, que al tomarla, o que a su mero contacto, despierta un amor intenso en los más fríos corazones, ¿de donde procede la más eficaz si no es de aquellas legendarias tribus del Achuara?

Un día, el pobre Sirimbo se enamoró perdidamente de la graciosa Sunga. –Pero ella cruelmente negóse a corresponderla. En vano se iba a la caza el pobre mozo a traer vistosas plumas de Sukanga y de pirisho para sus adornos, en vano le obsequiaba con lindas gargantillas de dientes de mono y de picos de hermosísimas aves; en vano le traía pieles de culebra de colores varios y caprichosos; para sus ajorcas. En vano, porque ella se portaba siempre indiferente y aún desdeñosa para con él.

Hasta que su amigo de Sirimbo, recién venido de Achuara; al mismo tiempo que le ofrecía entre los dedos de la mano un diminuto atadito de hojas, le dijo: "No te quiere la soberbia Sunga? Pues aquí está el remedio, que te traigo del Achuara: no necesitas darle a beber ni ponerte en contacto con ella; basta que lo llesves contigo y te vayas hacia la Sunga; basta que pases por su la-

do, aún cuando no la toques; eso basta. Y no te digo más, y avísame el resultado".

No pasaron cuatro días, cuando Sirimbo tuvo ocasión de poner en planta los consejos de su amigo; y vio con asombro y con placer inmenso, que la ingrata y desdeñosa Sunga, se le tornó en su esclava, gracias a la cimayuka del Achuara.

Todo esto sabía Proaño respecto a los famosos Achuaras.

Pero ¿quién era este Churubi, y por que hablaba así Tihuiruma con tal entusiasmo en el embromar a Etza?

Es el caso que Churubi, desde muy atrás, desde el día que casualmente llegó a conocer a Etza; sintió por ella un amor tan ardiente, que desde entonces no pensó en más que conquistar su corazón, valiéndose para el efecto de los más eficaces medios que su ingenio le sugería.

Y tal fue su amor, que quiso darle la mayor prueba que un jívaro puede dar a su amada; y es que se interesó sobre manera porque su padre entrase en alianza con los moronas, cosa a que siempre se había negado el jefe de los achuaras, de temor de acarrearle la enemistad de los poderosos makummas con quienes mantenía un comercio activo.

Por esta misma razón, del interés que Churubi mostraba en favor de los moronas, no veía con disgusto el propio Tungura sus afectos hacia Etza; y cuanto a Tihuiruma, no quería otra cosa el buen viejo que verla casada con el gentil y valeroso Churúbi.

Churubi tenía es verdad muchos rivales; más, por muchos que hubiesen sido los merecimientos de éstos, no estaban a la altura de un Churubi para atreverse a pretender la mano de la sin rival princesa. Y así Etza, desdeñosa y altiva, jamás se dignó dirigir ni una mirada de compasión a sus amantes; por cuanto su orgullo, era tal, que en lo único que alguna vez hubiera podido consentir era en corresponder a Churubi, por quién sentía las mayores simpatías.

Y con todo, ella solo desdeñosa se complacía en manifestarle. Tal era lo caprichoso de su carácter.

El valor era para Etza el mayor de los atractivos en un hombre; y Churubi tenía fama de manejar la lanza en los combates como los más grandes guerreros de la historia. Y Etza no lo ignoraba, y por lo mismo guardaba hacia él muchas pero ocultas simpatías.

Cuando, pues, le embromaba Tihuiruma en esos términos a Etza; ella aparentaba no escucharle; pero en realidad de verdad todo lo escuchaba.

En eso estaban la conversación los tripulantes, cuando la llovizna, que desde mucho antes les venía cayendo, comenzó a arreciar. Y como no habían

tenido la precaución de poner cubierta a las naves; comenzaron a mojarse, sobre todo los que carecían de hojas para ponerse en la cabeza.

Cuanto a Proaño tenía para su persona capa de caucho con capucha; pero los víveres iban en gran parte al descubierto.

Afortunadamente, pasaban a la sazón por derecho de una casa que habían abandonado sus dueños desde que murió el jefe de la familia; pero cuyas chacras, aunque ya iban cubriéndose de malezas, se conservaban todavía. Allí atracaron las embarcaciones.

Pero mientras los tripulantes las arreglaban, Proaño, curioso siempre de cuanto nuevo se le presentaba a la vista, dirigióse a la casa abandonada, después de ordenar a uno de los suyos, el que tenía el servicio de mesa, que le trajeran allá unas tajadas de piñas y papayas de la chacra; frutas que no acostumbraban comer ni jívaros ni macabeos, pero que a sus ojos tan provocativas se habían dejado ver desde el río.

Más al entrar Proaño a la casa, recibió una muy ingrata impresión: es que en media sala se levantaba una especie de mesa o estrado de guadua, sobre el cual se veía a modo de ataud, una caja de cañas picadas y barro entrecubierta de hojas de palmera. En torno a la caja se veía armas de guerra, muchas cosas de comer, sin duda para el alma del muerto que debía de revolotear por allí; piningas de nijamanchi, infusión de guayusa, de yuca cocida y otros manjares, de esos que más había gustado en vida el que allí yacía.

No se le ignoraba a Proaño que esta era una de las maneras de enterrar los jívaros a los muertos, pero era la primera ocasión que veía tal cosa de sepultura, y así la impresión que recibió a su vista fué grande.

Con todo, haciéndose un esfuerzo avanzó Proaño algo más adentro, lo que ahuyentó a los murciélagos que por allí revoloteaban; y con ese religioso temor que infunden los muertos, y con la naturalidad curiociudad de quien por la primera vez ve cosa semejante, se puso a girar lentamente mirando en torno desde cierta distancia ese cuadro mudo y yerto pero tan elocuente a la viva imaginación de Proaño.

En eso vinieron a servirle la piña y la papaya que había pedido, pero el se apresuró a salir fuera de la casa, con ánimo de hacerse servir la fruta bajo la peña en la ribera del río. Y cuando así salían de la casa, se le presentó de improviso una jívvara, con pininga de chicha en la mano. Pero al ver a Proaño la jívvara asustóse, y se volvió a meter en el bosque de donde había salido.

El macabeo explicóle a Proaño el misterio: díjole que esa india seguramente debía de ser una de las viudas del muerto, y que por eso estaba trayen-

do chicha; y que por la misma razón, porque estaba de duelo, se había despojado de todos sus adornos, se había cortado el pelo, y llevaba en la cara esa faja negra de zúa de oreja a oreja pasándole por la nariz.

Proaño bajó pensativo la peña y se sentó en la playa, sobre un tronco, a donde le llevaron la fruta con hojas de plátano que le sirviera de servilleta.

Pero ya Proaño no tuvo deseo y dió esa fruta a los demás, y prefirió entretenerse en ver como cubrían parte de las embarcaciones con bóvedas de bejuco, que luego forraban con hoja de palmera.

Y siguieron rumbo abajo en su larga navegación. Pero como fuera tarde y oscureció temprano, a causa de lo cubierto del tiempo, resolvieron pernoctar aquella noche en casa del jívaro Húshpa, tres horas abajo de aquella casa abandonada.

Al día siguiente a las cuatro de la mañana, salieron de allí, y después de mucho serpentear, siguieron el curso del Morona, que se mueve como una boa monstruo, de la cual la cola es el Makumma. Fueron a dormir en casa del jívaro Jínchama, a donde llegaron en medio de fuertes lluvias a eso de las ocho de la noche.

Al tercer día madrugaron más que el anterior, y, a la inversa de los pasados días, aquella última tarde les hizo un tiempo tan hermoso, como pocas veces se ve en el Oriente.

De suerte que el Morona con sus peñas, que si no son muy altas son siempre imponentes, con sus islas pintorescas, con sus árboles cada vez más gigantescos, con su vegetación cada vez más exuberante y extraordinaria; el Morona, digo, al través de esa atmósfera transparente y azulina, presentóse a sus ojos como un brazo de mar que lento y magnífico se movía hacia las regiones de los insondable...

Las seis de la tarde serían cuando los tripulantes se encontraron con cuatro jívaros que en sus piraguas surcaban el río recorgiéndose a sus casas.

Estos le dijeron a Tihuiruma que el día anterior Intzakua había levantado a toda su tribu del Chaymi para salir a su encuentro en persona, a pesar de su enfermedad, y que en efecto salieron en numerosas piraguas, y que no sólo recorrieron el Chaymi sino que surcaron gran trecho del Morona. Pero que todos regresaron contrariados al ver que el gran Tihuiruma no asomaba. Y añadieron que también hoy se preparaba Intzakua a salir a su encuentro, aunque ya gran parte de la tribu se había retirado a sus casas.

Como era noche de luna, que provocaba a navegar, no era difícil que Intzakua hubiese repetido el encuentro.

En efecto a eso de las ocho de la noche, cuando ya llegaban a la poética desembocadura del Chaymi en el Morona, donde unas y otras aguas se movían lentamente, allí alcanzaron a divisar unas tantas canoas que evolucionaban en el gran río, y luego oyeron que aquellos jívaros lanzaban agudas voces, como de muchos monos.

Todos dijeron: "son los chaymis, por que los chaymis aullan así".

En eso llegaron al lugar mencionado, y a la verdad vieron que eran los chaymis quienes habían salido al encuentro de Tihuiruma.

El jefe de los miázas creyó encontrarse con Intzakua, pero sucede que se había empeorado con el sereno de la noche anterior. y se vio imposibilitado para repetir el encuentro como había sido su deseo. Y así se limitó a enviar en representación suya a uno de sus hijos, el que seguía a su primogénito, y a una de sus hijas, que era la predilecta suya, y al famoso Ahuanánchi que, después de Intzakua, era el más temido de los chaymis.

Proaño a pesar de lo acostumbrado que a tratar con jívaros estaba, con todo no dejó de recibir sorpresa al ver aquellos cuerpos hercúleos, con grandes cañas pintadas en las orejas, y cubiertos cara y cuerpo de zúa y de achio-te en forma de culebras y de arañas, y al ver esos gruesos collares de colmillos de tigre y de saino que llevaban al pecho, y en las sienes altas coronas de plumas de guacamayo y de loro, coloradas y amarillas, y al ver en fin esa esbeltez de sus cuerpos, esas armoniosas proporciones de todos sus miembros, hermosa que les hacía aparecer como una raza aparte, pero que, por otro lado, hacía extraño contraste con esos rasgos y esos sus gestos profundamente más salvajes que los que había advertido en las otras jivariás.

Pero lo que más le sorprendió a Proaño, de una manera extraña, inesperada y misteriosa, fué la vista de aquella joven pálida, hija de Intzakua, que venía en una especie de góndola elegantemente adornada con una ramada de chambira. Sobre todo le atrajo a Proaño en la joven, la esbeltez de su cuello, que comunicaba a su busto una gracia gentil que no había visto hasta entonces entre cuantas lindas doncellas había podido admirar en aquellas vírgenes selvas.

Ella por su parte no pudo disimular la gran sorpresa que recibió a la vista de ese apachi que acababa de llegar; bien que advirtió que intencionalmente apartó de pronto la vista de él.

Proaño era en extremo sensible a aquellos delicados caprichos de la naturaleza, y así aquella joven pálida entre esas elegantes hojas de chambira y en esa noche de luna encantadora, que cubría de melancólico misterio los ríos y

los bosques, aquella joven, digo, produjo en el ánimo de Proaño, al punto en que la vío, un no sé qué de inexplicable y profundo.

Mientras tanto los demás jívaros chaymis, sorprendidos de ver allí muchos apachis, y sobre todo aquel que traía esa capilla en la cabeza, acercaban todos sus canoas y conversaban entre sí, haciendo comentarios entre algazaras y risas, porque se imaginaban ver en Proaño uno como animal raro.

Hicieron pasar a Etza a la góndola en que iba la hija de Intzakua, que robustos remeros la conducían, y siguió la tripulación con los encontradores, río arriba del poético Chaymi, cuya cuenca henchía el canto de millones de cigarras y de muchas aves nocturnas.

Proaño iba como flotando en un mar de ensueños por ese hermoso río, cuyas playas unas veces se habrían y otras se cerraban, cosa de desaparecer y tornarse en tupidos follajes que a modo de espesa sombra cubrían gran parte de aquel río en que la melancólica luna brillaba como plata. También los árboles de las islas enviaban sus ramas horizontales sobre el río.

Los chaymis, que mostraban muy buen humor aquella noche, corrían parejas entre sí en sus piraguas: kir kir!... —decían con voces roncas; expresión que suelen emplear cuando de sí quieren sacar valor y fuerza para luchar con los elementos. "kir kir!... y luego se metían por los oscuros follajes, dando voces amenazantes, cual si combatieran con fieras, después de lo cual lanzaban siempre sus voces agudas como demonios.

Mientras tanto, en lo interior de Proaño iban resonando con más insistencia que todo otra voz de la naturaleza, la voz de la delicada hija de Intzakua. La primera vez que le oyó hablar, recibió sorpresa: su voz no era como de las demás jívaras, menos aún en el Chaymi, donde estaba presenciando en aquellos habitantes el más profundo salvajismo.

Pues la voz de aquella joven paracióle tan suave y delicada que encontró muchas semejanzas con el canto del pingullero, una de las más elegantes aves del Oriente Ecuatoriano, y cuyo canto tiene todas las delicadeces del oboe.

En eso Tihuiruma y Ahuananchi echaron a conversar entre sí esa conversación fuerte que acostumbran cuando tratan de grandes negocios del estado.

Cosa rara! Proaño poco o nada se preocupó de aquella conversación, cosa de ni cuidar de hacerse traducir lo que decían, con Marcial Noguera que a su lado venía.

Los ojos puestos en la góndola en la cual iban aquellas dos jívaras misteriosas; quedóse como si para el mundo todo fuera de ellas hubiese perdido los sentidos.

En eso, como un capricho de la naturaleza, una niebla tenue y trasparente comenzó a correr del lado arriba del río.

Curioso le pareció a Proaño el contraste de aquellas dos jívaras, que iban la una junto a la otra en la góndola. En el cuello sobre todo, advirtió el cuerpo hercúleo de Etza, junto al cual, el delicado de la hija de Intzakua, parecía al de ciertas aves de encantadora gentileza que abundan en las selvas orientales.

Como los rayos de la luna venían del lado del Oriente, y ellas por el contrario, surcaban hacia el lado occidental, Proaño no podía verlas sino de espaldas, al través de uno como docel de chambira con que habían adornado la nave.

Y el ilustre Explorador sentíase muy diversamente impresionado de la una y de la otra. Y tenía gran curiosidad de saber el nombre de aquella joven; pero estaban en seria conversación los jívaros, y no había medio de interrumpirlos.

En esto llegaron a la isla de Pándama, voz que en jívaro significa plátano, a la que habían puesto ese nombre sin duda por los hermosos platanales que en ella abundaban.

Los que conducían la embarcación de la hija de Intzakua, la arrimaron a la orilla de aquella isla junto a un frondoso árbol de achiote, cuyas ramas estaban al alcance de los remeros.

Dicho árbol, más afortunado que sus semejantes, miraban los jívaros como sagrado, y aseguraban que el achiote de aquel árbol pintaba mejor y volvía a las mujeres más hermosas que el de los demás árboles. Y por eso a la indicación de la hija de Intzakua, los chaymis acercaron allí la nave, para coger el fruto de aquel árbol, y ofrecérselo a Etza, como lo hizo la misma hija de Intzakua con su mano.

Y cuando se puso en pies para arrancar del árbol el erizado fruto, la luna dió de lleno al rostro de la niña.

Proaño entonces pudo admirar de un golpe de vista ese donaire inimitable y seductor de la doncella: se presentó alta, delgada, pálida, y, a diferencia del color bronceíneo de Etza, aquella tiraba más bien a blanco, pero un blanco pálido como de un lindo color de marfil.

Y lo curioso es que esta extraña hija del desierto, fuera de una especie de rosario que le colgaba al pecho, carecía de adornos: no tenía uno solo ni en

los brazos ni en el cuello; y esta sencillez que comunicaba una elegancia por todo extremo seductora. Y todavía lo más curioso de todo es que aquella jívara carecía de pinturas: contraste singular. Su vestido era el tarachi de todas, pero esa su túnica parecía tener mucha mayor gracia que todas las demás.

Esta circunstancia le llamó tanto más la atención a Proaño cuanto que había advertido en jívaros y jívaras, inclusive Etza, que todos gustaban de recargarse de adornos y pinturas: Etza misma llevaba pintados, rostro, brazos y pecho; y al cuello gruesas gargantillas de chaquira, en las muñecas manillas de lo mismo, esto es, de mullos blancos y azules que le habían regalado el Explorador. Llevaba además Etza ajorcas de piel de culebra en los brazos y otras ajorcas en los tobillos. Más, la hija de Intzakua no llevaba nada, y ese momento que alcanzaba el achiote del árbol, tan de lleno le dio al rostro la luna que pudo admirar toda la gracia seductora, ese como ambiente sutil y mágico que la envolvía, que se quedó como hipnotizado contemplándola. La neblina, que era como una gaza tenue y transparente cruzaba ese rato, parecía acariciarla al paso, como le acariciaba la sonrisa cargada de aromas: parecióle a Proaño ver en ella una imagen vaporosa y divina.

Proaño, por estar mirando a la hija de Intzakua, no advertía que Etza se daba cuenta de ello; esa Etza que, como toda jívara, era en extremo perspicaz, una Etza que había experimentado secretas simpatías por Proaño.

Por fortuna este ligero accidente pocas consecuencias debía de acarrear, dado que entre jívaros, los celos solo conocen los hombres, pero no las mujeres.

Así estaba la hija de Intzakua, arrancando esas como almendras del árbol, cuando dió un grito, echó el cuerpo para atrás, como queriendo ocultar el rostro entre sus hombros, al tiempo que miraba aterrada hacia el tronco del achiote.

El movimiento brusco que hizo la joven jívara, hizo bambolear la góndola algun tanto.

Qué había ocurrido?

Que una enorme víbora, verde con amarillo, de esas que llaman Yam-búna, o sea guacamayo, a causa del hermoso color que tiene, se había estado enroscada en el tronco del achiote, en la cual antes no había reparado, no obstante hallarse iluminada por los rayos de la luna que pasaban al través del follaje.

Por fortuna las víboras no ofenden sino cuando están armadas.

Más no por eso los jívaros le perdonaron la vida a ese hermoso reptil; pues al punto saltaron en tierra y le dieron fuertemente con una vara en la cabeza.

Tan pronto como la víbora cayó, ellos se embarcaron, que como el suelo estaba obscuro no podían verla y corrían peligro.

Parece que la dejaron viva, porque ya cuando la tripulación se alejaba, hasta cierta distancia iban oyendo los fuertes azotes que con la cola daba en la hojarasca.

Mientras así seguían surcando por ese delicioso río, entre las numerosas voces de la naturaleza, y las voces roncadas y agudas de los jívaros, el espíritu de Proaño iba lleno de la imagen de la joven jívara en la isla.

—I cómo se llama la hija de Intzakua?— Preguntó Proaño a Ahuananchi por medio de su intérprete.

—Se llama Nanto, respondióle Ahuananchi.

—I qué significa nanto en jívaro?— preguntó Proaño al mismo intérprete.

—Nanto— significa luna— respondió Noguera.

—Profundamente grata fue la sorpresa que recibió Proaño a esta respuesta de Noguera; respuesta que le abismó en consideraciones, más que filosóficas, poéticas.

Y se admiraba de ese don estético de los jívaros para bautizarse con nombres tan adecuados: Se acordaba de Tungura, que, dada la fama del terrible y formidable, nada le cuadraba como el nombre de un volcán; se acordaba de Máshu, quien tanto le habían dicho que era hinchado como un paujé; se acordaba de Nanki, figura alta, delgada, pero fuerte como la lanza; se acordaba también de Churúbi, el terrible hijo del Achuara el amante de Etza, que en los combates hacía más daños que si tuviera garras y pico; se acordaba en fin de la misma Etza, y ahora a Nanto... de la pálida Nanto, cuya voz apacible se parecía al susurro de la brisa, al grato zumbido de las abejas que destilaban miel.

Ni los gritos de los salvajes le sacaron de esos pensamientos en que se hallaba sumergido. Y sólo cuando llegaron al pie de una altísima Peña, y oyó decir: "Ya llegamos", entonces Proaño alzó la vista y vio en efecto al pie de unos cerros cercanos, unos hermosos platanales dentro de los cuales salía para arriba el humo de las casas; cosa que fácilmente se distinguía merced a la claridad de la noche.

En ese momento los tripulantes tocaron en sus cuernos de tenemba como para anunciar el arribo de Tihuiruma.

Estas voces, que en otras ocasiones le habían impresionado gratamente a Proaño; ahora le hicieron no sé qué extraño efecto que no se pudo explicar.

Proaño entonces, apresuróse a preguntar a su intérprete sobre qué materia había versado la conversación entre Tihuiruma y Ahuananchi antes de llegar a la isla de Pándama.

—Poco alcancé a oír— dijo Noguera— pero lo que dijo Tihuiruma a Ahuananchi, es que su primer pensamiento había sido, apenas llegó a la isla de Yakuincha, pasarse en seguida al Makumma; pero en virtud del mensaje urgente de Intzakua, había tenido que venirse abandonándolo todo; eso sí, no sin antes dar las órdenes del caso a sus mejores capitanes, para que fueran a emprender a la brevedad posible en el Makumma, en la construcción de una nueva fortaleza más resistente y mucho más arriba que la actual. Y dice que lo más pronto se va de aquí al mismo Makumma a dirigir en persona la construcción. Y añadió Tihuiruma, que esa orden le había dejado su hermano Tungura, cosa que él no había creído necesario, razón por la cual nada había hecho hasta la fecha; mas ahora, que teme esté Tungura ya de vuelta de Iquitos, por cuanto han transcurrido algunas nantos o lunas desde su ausencia, ha resuelto llevar a cabo la mencionada fábrica.

—Y nada más le dijeron?— preguntó Proaño a Noguera.

—Dijo también Ahuananchi— respondió el intérprete— que Intzakua ha sabido que un apachi pretendía pasar por el Morona al Marañón; pero que él, Intzakua, había asegurado que el apachi no pasaría, por cuanto había llegado a saber que el tal apachi era brujo, y que de un brujo era de temerse, y que por lo mismo no le daría paso por el Morona.

—Y qué dijo a esto Tihuiruma?

—Tihuiruma dijo que era verdad que en un principio llegaron a creer que el apachi era brujo, pero que pronto hicieron las averiguaciones del caso, y llegaron a convencerse de que había sido equivocación de los jívaros. Ahuananchi dijo también —prosiguió Noguera— que Intzakua estaba persuadido de que Tihuiruma vendría a hablar con él, con Intzakua, solo, y nó con el apachi.,

—Y a esto que dijo Tihuiruma?

—Tihuiruma dijo que él no había querido traerle, pero que el mismo apachi se había empeñado en acompañarle, y que él estaba chocado con su compañía. Por supuesto que muchas cosas más dijeron —siguió el intérprete— pero que como bajó mucho la voz, apenas alcancé a oírle estas últimas palabras que le refiero.

Al sonido de las tenembas, comenzaron a asomarse jívaros de entre los platanales. Tan pronto como los tripulantes se pusieron en derecho de la morada de Intzakua, desembarcaron.

Y mientras así caminaban por esa playa escalonada de mesetas, por entre grandes piedras y troncos arrastrados por las crecientes, Proaño pudo admirar mejor la silueta de estas dos singulares jívaras, Etza y Nanto.

Etza parecía un roble; Nanto parecía una palmera.

Etza era alta, muy alta, pero gruesa como un matapalo; Nanto era también alta, pero menos que Etza, y era delgada.

Etza era en extremo nerviosa y todos sus movimientos eran bruscos; Nanto, aunque también nerviosa, todo era interior, pero interiormente era tranquila, apacible, con cierto aire de melancolía que a los ojos de Proaño le volvía más interesante.

En las huellas que las dos iban dejando en las arenas de la playa, Proaño no dejaba de ver los pies grandes y robustos de la una y los angostos y delicados de la otra.

Proaño en sus adentros iba admirándose de que Nanto no hubiese tenido igual fama de hermosura que Etza y acaso mayor que Etza; y que lejos de eso todos en las selvas no le hubiesen hablado de otra hermosura que la hija de Tungura.

Proaño trató de explicarse esta anomalía: en primer lugar, Etza era hija del gran Tungura, cuya fama de poderoso y terrible, se había extendido por las más remotas jivaráas. De donde procedían, las influencias de familia por un lado, por otro el empeño de los aduladores de Tungura en favor de Etza. Razones por las cuales todo el mundo no le había hablado a Proaño sino de Etza, siempre de Etza; hasta que después se volvió moda hablar de la hermosura de Etza, cosa que en todos el hábito fue tal, que ya casi maquinalmente hablaban solo de Etza.

Por otro lado, Proaño comprendía bien que era natural que a los jívaros, raza en extremo sensual, gustase más las formas abultadas de Etza, buenas para servir de modelo a un Rubens, que las sobrias y esbeltas de Nanto, que hubieran sabido inspirar a un Lisipo y un Praxíteles en lo antiguo, y a un Van Dyck en lo moderno. Los desgraciados jívaros no entendían de estas delicadezas, a las cuales tan sensible era el alma romántica de Proaño.

Cierto que mucho antes hizo notar que a Proaño le impresionaban con mayor intensidad las grandes fuerzas de la naturaleza; que ante el ciclón y la brisa él prefería el ciclón; que entre el churubi y la libélula, él se sentía antes bien como arrebatado por el vuelo sublime de aquel cóndor gigantesco, que majestuosamente revoloteaba sobre los altos riscos, acechando desde aquellas alturas a la víctima inocente que yacía en el fondo oscuro de los bosques.

Pero esto era más bien en la apariencia, porque en el fondo la verdad era muy otra.

Cierto que cuando veía un aluvión, tenía ansias de precipitarse de cabeza en los abismos, por hacer quorum a las piedras que retumbaban en su seno; cierto que cuando se hallaba en un campo de batalla, sentía el ímpetu del heroísmo, de se heroísmo que sólo engendran las cosas nobles y grandes.

Pero también es cierto que si una noche de luna le hacía latir fuertemente el corazón, como cuando veía el sol en el ocaso hundirse en sus abismos de fuego; en cambio, lo que entonces sentía era algo tan íntimo, tan secreto, pero tan íntimo que nunca supo Proaño darse mejor cuenta de lo insondable de su espíritu, como cuando se hallaba en algún río, en alguna isla, en algún bosque, contemplando ese misterio de las cosas, esos como fantasmas vaporosos al través de alguna tenue neblina iluminada melancolicamente por el astro de la noche: silencio misterioso de paisajes, que sin hacer ostentación de fuerza, penetraban sutilmente en Proaño hasta los huesos. Nunca como entonces sentía Proaño en el fondo de su ser todo el valor de lo invisible y lo insondable.

El espíritu de Proaño era complejo.

En un salón por ejemplo, una gasa vaporosa de una gentil que bailaba con donaire; un pañuelo diminuto que ponía a un lado la joven para tocar el piano: esas cositas pequeñas, casi invisibles, hacían en Proaño un efecto tan profundo, que como un filtro mágico penetraba a lo más hondo de su ser.

Y lo mismo era en las selvas.

Las formas caprichosamente elegantes de ciertas hojas, de ciertas plantas, que parecían haber servido de modelo a los cristales de Venecia, y los sombreros de las elegantes; esos matices, esos tornasoles, noblemente bellos, de una flor, de una mariposa, de una libélula; esas curvas divinas de las aves, y ese su canto más divino todavía: todo esto impresionaba hondamente el espíritu sutil y delicado de Proaño.

Y así se explica ese efecto mágico, tan profundo como inexplicable, que en solo dos horas produjo en el ánimo de Proaño la vista de aquella misteriosa virgen del desierto.

En eso llegaron a Intzakua-Jea.

Proaño sumergido en sus ensueños, casi no se había apercebido ni de las muchas tenembas, ni de la numerosa comitiva, ni de los más numerosos encontrados.

Llegados a Intzakua-Jea, Etza y Nanto entraron por la puerta reservada a las mujeres, y los demás por la puerta principal.

En ese momento, Etza a modo de despedida le hizo señas a Proaño, dándole a entender que ellas, las mujeres, entraban por allí. A lo que Proaño le tendió la mano, y estrechó fuertemente la de Etza, al tiempo que, a modo de galantería, le dijo en mal jívaro: "Ji-píngara" – "Nuino-píngara". Palabras que Etza supo interpretar muy bien, pues que ellas querían decir: "Tienes unos lindos ojos; pero tu boca es más linda que tus ojos". Cosa que agradó por todo extremo a Etza quien se rió con cierto aire de satisfacción y de orgullo, al tiempo que a su vez le dijo al jefe blanco: "Proaño!", con esa gracia que tanto seducía al Explorador. Y haciendo Etza un rápido y gentil movimiento como de reina, dióle las espaldas para entrar a la casa.

De este momento aprovechó Nanto para volver a Proaño y decirle como le dijo, en español: "Adios blanco", palabras que dejaron atónito a Proaño, quien desde ese momento concibió el propósito de averiguar lo que aquello significaba.

La primera impresión que recibió Proaño en entrando a Intzakua-Jea, fué de lo más grata: no se por qué le hizo la impresión de haber entrado a un templo gótico: la sala de Tihuiruma era más ancha, de cuatro naves, esta no era sino de tres, pero más alta. De suerte que presentaba a la vista un conjunto, a la vez que armonioso, imponente.

Así como Tihuiruma, antes de entrar se lavó las manos cogiendo agua en la boca, y sacó su peine y se arregló el cabello, y se puso itípi nuevo y en la cabeza una vistosa tahuaza que había comprado a los cetuches con gruesas piernas de puerco, y luego se pintó el rostro mirándose en el espejo a la luz de la luna; así Intzakua, a su vez, preparóse también a recibir dignamente a su ilustre huésped, el jefe de los miázas y vencedor de Máshu. Para lo cual se fue al tocador, a pesar de hallarse enfermo de una de las piernas y bien envuelto de hojas, y allí se pintó el rostro y el cuerpo fieramente, y se estrenó esa noche una magnífica tahuaza, que el gentil y valeroso Churubi del Achuara le había dado como un presente.

Bien que el dolor que a la pierna tenía Intzakua era agudo, con todo, gracias a su gran fuerza de voluntad, salió cojeando apenas, apoyado en una de sus mujeres; y se acercó a Tihuiruma que, sentado en su kutanga, que al igual que el nijamanchi, ya le habían ofrecido las mujeres de la casa, se hallaba junto a la puerta.

Antes de que emprendieran Tihuiruma e Intzakua en la conversación ceremonial, dijo Proaño a aquel que primero le presentara al dueño de la casa.

Hízolo así Tihuiruma, peo Intzákua le trató a Proaño muy seria y hasta duramente: por mero cumplimiento dióle la mano, pero se la retiró en se-

guida. Fuera de que le dijo: "Y a qué has venido aquí?" cosa que no entendió Proaño.

En extremo le contrarió al Explorador este recibimiento tan inesperado que Intzakua le hiciera.

En eso entabló éste la conversación con Tihuiruma.

Mientras tanto no sabría yo decir qué era lo que más a Proaño le preocupaba, si esa manera fría y hasta descortés con que Intzakua le había recibido, o esas palabras en español que de Nanto acababa de escuchar, y sobre todo ese apretón de manos tan fuerte tan fuerte e inesperado que aquella joven jívara le había dado.

Y aún comenzó a dudar de que acaso Nanto no fuera hija de Intzakua. Y así se apresuró a decir a su intérprete que, como de una manera disimulada, como quien no quería la cosa, preguntase a unos jívaros de edad madura que estaban en el patio de la casa al Nanto realmente era hija de Intzakua.

—Sí, sí, de Intzakua de Intzakua, hija de Intzakua— respondieron los jívaros. Y hasta mostraron el punto donde había nacido: "allá nació, allá cerca de las cuevas del Táyu— añadieron mostrando a la distancia unos cerros en parte iluminados por la luna, y en parte sumidos en negra sombra, allá río arriba del Cháymi.

Pero a estas respuestas de los jívaros, más crecía el enigma a los ojos de Proaño.

Quién le enseñó estas palabras españolas a Nanto aquí en el seno de este desierto tan abrupto como salvaje?

—Y quién es la madre de Nanto?— preguntó al fin Proaño.

A esta pregunta los jívaros tomaron un aire de misterio, se vieron las caras, y callaron.

—Y vive la madre?

—Ya, ya —respondieron al punto los jívaros.

Ya, en jívaro quiere decir, si, a mas de otros significados que esta palabra encierra.

—Y donde vive?

—Allá— dijeron mostrando cuerdas arriba al otro lado del río, al pie de una cascada.

Hasta la cascada, toda esa playa estaba cubierta de cañaverales y platanales.

La confusión de Proaño subía de punto.

Mientras tanto, qué habían dicho los jívaros Tihuiruma e Intzákua en su larga y acalorada conversación.

Un macabeo le instruyó de todo a Proaño: de muchas cosas hablaron, sobre todo de la guerra, pero Intzakua comenzó la conversación manifestando a Tihuiruma su sorpresa de que hubiese venido acompañado, siendo así que le esperaba solo:

"Tengo que decirte muchas cosas –añadió Intzakua mirando, mirando a los macabeos, de quienes manifestaba recelar– pero otro rato te diré".

Ese momento no quería decirle nada, por cuanto se trataba de cosas reservadas, y temía que los apachis entendiese su lengua.

–Si yo hubiera sabido que venías con apachis –siguió diciendo Intzakua– no hubiera mandado a encontrarte a mi hija Nanto, pues no quiero que los apachis la vean, como no quiero que me vean a mí.

Y esto parece que le decía Intzakua de un modo intencional, con ánimo de que le oyeran los macabeos, cuya presencia por todo extremo le disgustaba.

–"Tú sabes cuánto odio les tengo a los apachis– dijo al fin Intzakua con aire terrible.

–"También yo les odiaba– respondió receloso Tihuiruma, quién en realidad seguía odiándoles en lo hondo de su pecho, pues que solo se aplacó por los regalos– también yo les odiaba, y tú sabes bien cuanto mi hermano Tungura les odia todavía. Yo no quise traerle y si vino fue porque mucho me suplicó le trajera, y porque Etza se empeñó en traerla.

A estas últimas palabras callóse Intzakua. Etza era para ellos como el dios de los rios, como el dios de las selvas, y su voluntad había que acatar.

Mas en el fondo, Intzakua no podía convenir con la presencia de Proaño allí; y esto era para el Jefe blanco una amenaza.

Desde que le dieron cuenta del sentido de la conversación entre Tihuiruma e Intzakua, y le hicieron saber las duras palabras de éste contra sí, Proaño quedóse en extremo preocupado. Pero más todavía le preocupaba la reserva que había observado en el Jefe de los Caymis. Aún mas que lo que había dicho Intzakua, le preocupaba lo que el jívaro había querido decir, pero que no dijo por lo pronto, pero que de seguro iba a decirle en altas horas de la noche cuando ya todos durmiesen.

Como descubrir el secreto de Intzakua?

Proaño sabía bien que de los macabeos mucho recelaba Intzakua, y que por lo mismo de ellos no podía valerse para nada.

Pero luego se acordó del jívaro Antonio, que tan afecto a su persona se había manifestado, y que al mismo tiempo, con tanto arte se había pegado a los dueños de casa, en esperanza de que le dieran de comer y de beber.

Pues le llamó aparte a dicho jívaro, y le dijo: "Voy a regalarte unos botes de pólvora, pero con una condición..."

—Diga lo que quiera,— dijo el jívaro, con ese hablar lento y enfático que tenía, manera como estudiada para aparecer más bien como blanco que como jívaro ante Proaño.

—Pues— bien —dijo Proaño— vas a desempeñarte lo mejor posible en la comisión que te voy a dar.

—Déme no más, yo he de hacer lo que me mande— dijo el jívaro, contentísimo con la tan grata sorpresa del regalo, con el cual ya se hacía castillos respecto del pescado y la carne de puerco que con la pólvora se proponía comprar, para comer todo ello con la buena yuca y sobre todo el sabroso nijaman-chi.

—Pues bien— dijo Proaño al tiempo que sacó un botecito de pólvora que consigo llevaba, y le dió en la tapa que le servía de medida, algunos tiros de escopeta— pues bien, bravo Antonio, tú vas a procurar acostarte esta noche en alguna peaka cerca de Intzakua y Tihuiruma, y vas a oír cuánto ellos conversen, para que mañana me lo cuentes. Y si no hay peaka desocupada por allí, échate en el suelo, pero procura en todo caso estarte cerca de ellos. Eso sí —añadió Proaño— todo en la mayor reserva; que nadie se aperciba de que tú estas escuchando, y que sólo a mí me cuentes lo que hayas oído.

—Pierda cuidado— dijo enfáticamente el jívaro— que yo me he de hacer el mudo y el dormido, y he de oír todo. Y como ya soy también amigo del sobrino de Intzakua, con el pretexto de ir a dormir con él, me he de meter por donde esté el Intzakua.

—Y si me traes buenas noticias— tornó a decirle Proaño— mañana te doy más pólvora.

Y se fué el jívaro contento.

Esa noche Proaño casi no pudo conciliar el sueño: había recibido impresiones tan contradictorias y tan hondas que no le dejaban dormir.

Bien pronto quedó la sala sumida en un silencio sepulcral, interrumpido apenas por el suspiro de un perro o por el ronquido de algún jívaro de los muchos que allí dormían, y afuera, por el gruñido de los cerdos o por el canto metálico y solemne de ranas enormes que parecían decir: "kopal... kopal".

A esto de la una de la mañana, en momentos en que tronaba a lo lejos, levantóse una jívara que estaba allí de huésped, venida del Cetuche, y atizó el fuego, que ya se estaba apagando y sobre el cual mantenía colgados los pies su marido.

Las dos de la mañana serían, cuando comenzó a caer un fuerte aguacero, pero tan recio que los relámpagos menudeaban, relámpagos que al través de las chontas de las paredes, alumbraban siniestramente el vasto recinto de la sala.

A eso de las tres o cuatro de la mañana, se levantó Intzakua, se lavó la boca, se provocó a vómito con una infusión de guayusa, se sentó el pie de una rueca junto al fuego, y se puso a hilar, conversando siempre con Tihuiruma, pero esta vez ya en voz alta.

Mientras así hilaba Intzakua, sus mujeres cocinaban yuca, o preparaban la infusión de guayusa para ofrecérsela tibia a sus hijos, quienes después de tomarla y lavarse la boca con ese líquido se provocaban a vómito con una pluma; cosa que imitaban también las criaturas, con el objeto de tener el estómago bien limpio y el cuerpo expedito para la cacería, pues no creen conveniente a la salud se conserve en el estómago lo que no se ha podido digerir durante la noche.

La conversación de Intzakua con Tihuiruma, mientras hilaba, versó sobre la tempestad de esa mañana: "El aguacero y los vientos vinieron— le decía a Tihuiruma— de las montañas de donde se desprende el Chaymi; sí, de allá vinieron de lado del Chapiza, del lado del Yaupi y más afluentes del poderoso Santiago, que corre al otro lado del Kutukú, y cuyas jivarías, como tú sabes, son aliadas de los kanusas nuestros encarnizados enemigos, sí, nuestros enemigos, nuestros enemigos. Esos jívaros han de estar preparándose para la guerra, y por eso el kutukú, que es nuestro amigo, nos avisa con sus truenos.

—Y ahora es casi seguro, sí, seguro— dijo Tihuiruma que los makummas, que los makumas que jamás han querido entrar en alianza con los kanusas, ahora cedan; sí, cedan, sí, ahora, ahora, que se han visto humillados, y que han tenido que huir despavoridos al furor de mi lanza. Yo sé que Mashu ha dicho que no me perdona, que él sabrá vengar su vergonzosa derrota; pero yo me río, me río. Aunque él entre en alianza con mis enemigos, yo me río. Yo solo me basto, sí, yo solo, yo solo. Mi lanza seguirá siendo con mis poderosos rivales lo que acabo de hacer con los makummas. Yo sólo me basto. No hay poder igual al de mi lanza!...

No dejaron de chocarle a Intzakua estas palabras llenas de presunción de Tihuiruma, pues no se le ignoraba que la victoria sobre Mashu no se debió solo a Tihuiruma sino también al valor heroico de los demás curacas, sobre todo de Mashingáshi, que repelió el primer poderoso empuje de Mashu; si bien respecto de Proaño, de cuya eficaz cooperación en la guerra no ignora-

ba, no quería reconocer en él mérito alguno, a causa de la enemistad que de él le alejaba por motivos de índole diversa.

—Mira cómo truena el Kutukú— dijo Intzakua, como que no hubiera oído a Tihuiruma sus palabras jactanciosas—; quién sabe si a mi sobrino Tzetzema y a Churubi, nuestro amigo del Achuara, que con muchos otros se fueron a cacería, no tratan de matarlos, y que por eso el cerro brama así?

—Qué... aquí está Churubí?— preguntó Tihuiruma, en acabando de tomar la chicha que le sirvieron.

—Sí, aquí está, antier vino. Siempre viene aquí, porque sabe que yo le quiero, que tú le quieres, sí, sí que tú le quieres. Y siempre que viene pregunta por tí, pregunta por Etza, por Etza, por Etza. Antier vino y ayer se fué con mi sobrino Tzetzema y con Páucha y con Núsi y con Masunga y los demás venidos del Cetuchi, y se fueron al cerro a cazar tigres llevando muchos perros. Sí, quién sabe si los chapizas, si los yaupis que antes eran nuestros amigos, pero que ahora se han vuelto enemigos, quién sabe si ellos no le vieron a Tzetzema, que saben que es mi sobrino, y a Churubi, que saben es nuestro amigo, que tanto se interesa con su padre, porque los achuaras celebren alianza con nosotros; quién sabe si nuestros enemigos no los vieron y los persiguieron, y por eso el Kutukú está bravo con ellos y ruge fieramente.

En eso, con gran sorpresa oyó Proaño que mujeres y niños, que habían salido a ponerse al pie de las plantas de plátano, daban gritos agudos y desaforados.

Qué pasaba?

Lo que más sorprendió a Proaño fue que aquellas voces tan agudas y tan lúgubres, que hicieron aullar a todos los perros de la casa, daban justamente en momentos en que más arreciaba la tempestad, y en que los vientos silbaban con fuerza en la casa, mientras en las copas de los árboles zumbaban fieramente.

Y lo más curioso del caso es, que al tiempo que afuera gritaban las mujeres cosa de aumentar el terror de aquella naturaleza desencadenada y furiosa; adentro, los varones se abrazaron fuertemente a las columnas de la casa, al tiempo que daban voces roncadas cosa de hacer temblar el suelo, voces roncadas que hacían extraño contraste con el feo aullido de los perros.

Qué pasaba?

Averiguada la cosa, resultó que tales voces daban adentro y afuera con el fin de amedrentar y de ahuyentar a aquellos vientos que tan reciamente soplaban y que los hombres se habían abrazado de las columnas del edificio, con

el objeto de sostenerlas fuertemente y evitar que la casa se les fuera con el viento.

Afortunadamente comenzó a amanecer, lo que fue para Proaño gran consuelo, pues la cama le estorbaba, y así se apresuró a levantarse.

Lo primero que hizo en levantándose fue buscar con la vista dónde se hallaba Intzakua; pero Intzakua no asomaba, y sólo Tihuiruma estaba allí sentado, tomando la chicha que una tras otra le traían las mujeres del Jefe de los chaymis. Luego, procurando no ser visto de Tihuiruma, que estaba de espaldas, con quien aún no quería saludar, se puso a dar una vuelta por la sala, curioso de ver los diferentes oficios en que mujeres, viejas y jóvenes, se ocupaban: mientras unas hacían hervir yuca en grandes ollas herméticamente tapadas con hojas de plátano o de naranjilla, o que ya cocida la ponían humeantes en grandes hojas de lo mismo; otras hacían grandes tiras de barro, que después las aplanaban a modo de cintas, y luego, con gran destreza de todos, las iban añadiendo al cuerpo principal de la olla o la pininga que fabricaban conforme al modelo que tenían en la mente; otras, entre tanto, sobre todo unas viejas, que tenían su tukúnu en el labio inferior, se ocupaban o bien en amasar a fuerza de mazo en bateas la yuca cocinada, o bien en mascar la que ya está aplastada y molida, para ir arrojando de la boca esa yuca así mascada e impregnada de la saliva, que servía de fermento, en una olla grande que tenían entre las piernas, al tiempo que con un palo mecían sin cesar el masato de dicha olla.

En esto advirtió Proaño lo que antes por muy distraído no había advertido: es el caso que una vieja se había metido algodones en las narices; vio a otra y advirtió que estaba lo mismo; y por último vio cómo todos, mujeres, jóvenes y niños, de uno y otro sexo, todos llevaban algodones en las narices. Y lo más curioso para Proaño fue que se dio cuenta de que todos le miraban como con miedo, como con asco, al tiempo que se conversaban entre sí por lo bajo, mirando mirando siempre con ojos recelosos a Proaño, y diciendo todos sungura sungura, voz que en jívaro significa enfermedad contagiosa.

Curioso Proaño de lo que ocurría, preguntó lo que ello significaba al jívaro Antonio, que ya ese rato se acercaba a Proaño.

—Es que el Intzakua— dijo con ese hablar lento y como sentencioso— que Ud. les ha traído enfermedades contagiosas, y que era preciso taparse las narices con algodón para evitar el contagio. Y estos salvajes brutos se creen, y por eso están así.

A Proaño desde luego le hizo gracia la ocurrencia de los salvajes, sobre todo de aquellos caratosos y elefanciacos; después le dio cólera; pero a poco

que reflexionó, más que hacerle gracia y más que darle cólera fue temor lo que le sobrevino.

—Pero si tú crees que Intzakua es un farsante, y que les ha engañado a todos diciendo que tengo enfermedades contagiosas, por qué también tú te has puesto algodones en las narices?

—Turbóse el jívaro a esta pregunta inesperada de Proaño, y hasta se arrepintió en sus adentros de haberle dado a conocer el secreto de esa especie de amuleto que los jívaros usaban; pues si él se puso también el tal algodón en las narices fue por quedar bien con los jívaros, sobre todo con Intzakua, y porque no se figuró que se aclararía el punto ante Proaño, cuya pregunta le cogió desprevenido.

—Es que yo hice así— respondió el jívaro recobrando la serenidad, y arrojando lejos los algodones de las narices— por engañarle a Intzakua, y para que no caiga en la cuenta de que yo aviso a Ud. todo lo que pasa entre ellos.

Proaño le dió a entender que quedaba satisfecho con la explicación; en la esperanza de que así le contaría cosas que acaso podrían convenirle saber; con tanta mayor razón cuanto que a Proaño no se le ocultaba que Intzakua casi sin disimulo se había mostrado hostil, y que los artificios que estaba poniendo en juego en su contra; podían tener muy malas consecuencias, dado el modo de ser superticioso de los jívaros.

—Está muy bien lo que has hecho— le dijo Proaño—, tú eres inteligente y sabes hacer muy bien las cosas. Pero ahora me vas a contar lo que anoche oíste a Intzakua y Tihuiruma.

El jívaro pareció temeroso de descubrirle cosas que le parecían graves. Pero Proaño, que comprendió el temor de Antonio, le dijo: "Vamos a mi peaka; y has como que me ayudas a componer mis maletas, para que entonces sin recelo me cuentes lo que has oído.

Y así lo hicieron.

—Cuéntame cuéntame— le dijo Proaño por lo bajo, viendo que estaba receloso de comenzar.

—Este Intzakua es un pícaro— dijo al fin el jívaro— no quiere que Ud. pase por el Morona.

—Que dijo?

—Pues le dijo a Tihuiruma que había querido primero hablar a solas con él, para lo cual había enviado a su propio hijo a traerle, seguro de que Ud. mientras tanto quedaría en la isla de Yakuincha. Pero que su disgusto fue grande cuando vio que Ud. estaba aquí junto a Tihuiruma. Dijo también Intzakua —siguió diciendo Antonio—, que su objeto había sido evitar que Ud. pa-

sara de Yakuincha, por cuanto le habían asegurado que su propósito era recorrer selvas para luego traer gente armada, abrir caminos y apoderarse de estos territorios matando a todos los jívaros. Pero ya sé todo...

—Que cosa? Dime dime, no tengas cuidado, que no ha de saber nadie; dime todo, acaba.

—Sí, este Intzakua es un pícaro: es un mero pretexto, una pura invención suya la que alega para impedir que Ud. pase el Morona; pero en realidad la causa es otra. Lo que hay es que este jívaro no ha querido que Ud. venga aquí de temor que Ud. llegue a saber ciertas cosas que él se empeña en ocultar, y que vaya Ud. a contar en el Marañón y venga de allá gente armada contra él.

—Pero qué me dices?... Haber, explícate. Míra este bote de pólvora que ves aquí, este es todo tuyo si me cuentas todo. No te lo doy ahora por que no quiero que vean los jívaros, pero ya es tuyo. Cuéntame, cuéntame todo.

—Pues este Intzakua es un mojigato —dijo el jívaro— pues la verdadera causa por qué no ha querido que Ud. venga aquí ni pase el Morona, es porque hace muchas chontas, hará como veinte chontas, este jívaro a la cabeza de muchísimos otros dio un asalto en Barrancas, que dicen está en el Marañón, y mató a cosa de cincuenta blancos que allí había, casi todos empleados de esa hacienda, y a muchos caucheros, y se trajo consigo a dos mujeres blancas, cuñadas entre sí, de las cuales la una había sido soltera, y la otra, mujer de uno de los caucheros que mató, en quien había tenido una hijita de seis años, llamada Rosario, a la que también trajo consigo en junta de su madre y de su tía.

Esta revelación de Antonio exaltóle sobremedida a Proaño, quien desde entonces fue explicándose lo que antes le había parecido inexplicable. Ese "adios blanco" en español que le había dirigido Nanto iba a sus ojos adquiriendo sentido, y la curiosidad y el interés subieron en él de punto.

—Y qué es de esas mujeres? donde están?

—Dicen que solo la una vive, que la otra ha muerto; que la que vive se llama Dolores, y es la madre de Nanto.

Proaño podría decirse que ya sudaba de la impresión que le hicieron las palabras del jívaro Antonio. Pero pronto reflexionó que era talvez llegado el caso de guardar gran serenidad y disimulo en esos momentos que se le presentaban con todos los visos de solemnes. Y así, como desviándose del asunto, como dando a entender que había dado poca importancia a lo que de escuchar acababa, y deseosos por otro lado de descubrir el sentir de Tihuiruma de cuanto Intzakua le había hablado, le dirigió a Antonio la pregunta siguiente:

—Y qué respondía Tihuiruma a cuanto Intzakua le hablaba?

—Tihuiruma solo a ratos hablaba —respondió Antonio— pero más parece que le daba sueño la conversación de Intzakua, porque se ponía roncar. Es que Tihuiruma siempre le ha tenido envidia a Intzakua —siguió diciendo el jívaro— de ver que tiene mujeres blancas. Y no hace muchas chontas, cuando ya Intzakua había hecho mujer suya a la Rosario. Intzakua entonces, de temor de Tihuiruma, había querido más bien regalarle otra de las blancas, la Dolores, la madre de la Rosario; pero Tihuiruma no le aceptó, porque la que quería era la Rosario. Intzakua en tal conflicto acudió a Tungura, quien influyó en su hermano para que no insistiera, diciendo que no convenía resentir a una tribu tan poderosa como la de los chaymis, que tan bien se portaban como súbditos suyos. Tihuiruma accedió, pero no quedó contento. Intzakua entonces, a fin de no dejarle resentido a Tihuiruma, tuvo que regalarle dos puercos gordos. Por eso —añadió el jívaro— a Tihuiruma poco le importan las bravatas de Intzakua contra Ud.

En eso estaban del diálogo Proaño y el jívaro Antonio cuando oyeron de repente por el lado del río un estruendo tan extraordinario como que se venían las montañas encima de las gentes.

Qué era aquel ruido?

Era un aluvión, de esos que suelen ser frecuentes en Oriente después de una tempestad prolongada en los cerros.

Bien que aún llovía, pero los jívaros se pusieron cada cual una hoja grande de plátano en la cabeza para no mojarse, y corrieron al río a ver los estragos que el aluvión hacía.

Proaño tampoco pudo resistir a la curiosidad: púsose su capa de caucho, calóse la capilla y escurrióse también por entre los platanales a ver lo que había.

En efecto nada más imponente que ese aluvión: las aguas del Chaymi de cristalinas que eran se habían tornado espesas, y sus olas cubrían toda la playa de uno y otro lado del río; y retumbaban las piedras en el seno de la avenida, mientras a flor de agua, pasaban con velocidad vertiginosa toda clase de palos, toda clase de ramas y basura, en gran cantidad, y grandes árboles que con raíces y todo iban dando volatines como en fiera lucha con las crecidas ondas del río.

Muchos jívaros salieron curiosos a la orilla, siempre con sus algodones en las narices que tanto le mortificaban a Proaño. Pero en frente, esto es a la izquierda del Chaymi, no había nadie, y sólo alcanzó a ver una mujer vestida de jívara que parecía blanca. Por la distancia no alcanzó a distinguir clara-

mente si en realidad era blanca. Asomóse a la orilla, miró hacia Proaño, y metióse en seguida por entre unas matas de caña de azúcar.

Los jívaros con voces agudas como si estuvieran ladrando, conversaban entre sí, haciendo comentarios de los estragos del aluvión. Cuando pasaban voloces un pedazo de canoa, un canalete, con gran escándalo los jívaros mostraban aquello con la mano, al tiempo que hacían por entre el paladar un ruido como el de la rana cuando dice *kopal*, cosa que en ellos indica asombro; en seguida de los cual se desternillaban de risa, ya dando golpes en el suelo con el pie, ya dándose con la palma de la mano en la pierna que para el efecto la levantaban, ya tapándose la boca con la mano, y, reventaban de risa al pensar en el chasco que se habían pasado los jívaros de más arriba a quienes la creciente les había arrebatado sus pirahuas.

En esto alcanzó a oír que los jívaros decían no sé qué de Nanto, y que mientras pronunciaban ese nombre, con la mano señalaban la dirección que había tomado algo que había ido en el río; y con la mano y con los ojos, seguían aún más allá de la parte visible del río, como que con la imaginación veían ya muy lejos muy lejos ese algo que habían visto que el río arrebataba.

Proaño, asustado, nervioso en extremo, preguntó al jívaro Antonio que por allí andaba, qué era lo que los jívaros decían de Nanto.

—Están diciendo —dijo él, tranquila y pausadamente— que casi la lleva a Nanto la creciente, pero que la canoa se le ha ido en el río.

—Y cómo así?, y a dónde se iba Nanto?

—Es que el Intzakua, dijo, no ha querido que la Nanto esté aquí entre nosotros, y así en medio del aguacero la ha obligado a pasar al frente a donde dizque vive su madre Dolores. Y dicen que no acababa de pasar cuando vino la creciente, y apenas alcanzó a sacar el pie de la canoa y correr; pero la canoa se le fue.

Entonces acordóse Proaño cómo acababa de ver al otro lado del río asomarse aquella mujer que aunque vestida de jívaro le había parecido blanca, y que al fin desapareció por entre el cañaveral. Y miraba y miraba hacia allá... pero no volvió a ver nada.

Mientras tanto, las reflexiones, las preguntas que en su interior se hacía Proaño eran incalculables. Proaño que veía cuán imponentes eran para sí las selvas, los muchos peligros que le rodeaban, con ser hombre y estar sólo de paso y acompañado de gente armada; Proaño, digo, que todo esto veía, no podía imaginarse toda la magnitud del horror que en Barranca se habría apoderado de esas mujeres cuando vieron de improviso a los salvajes con caras de poseídos atravesar con sus lanzas a todos, y en medio de los gritos y de esa in-

fernal confusión, verse ellas arrebatadas por los mismos asesinos de los suyos para siempre al corazón de estas espesas selvas, donde ya no tendrían más sociedad que el jívaro y el tigre!... Y curioso se preguntaba Proaño lo que esas mujeres pensarían al presente y lo que sentirían. Estarán acostumbradas? –se decía– o esperarán alguna ocasión para salir de esta vida tan espantosa? Y no se les ha muerto ya una de ellas? Qué sentirían cuando hasta sin aquella, sin esa compañera de infortunio se quedaban cada vez más solas y abandonadas al furor de los salvajes en este desierto inmenso?

Estas y otras preguntas semejantes se hacía Proaño, los ojos fijos al otro lado del río, mirando el humo que de entre un platanal se levantaba, donde sin duda se hallaba la mansión de esas mujeres.

Pero Proaño no era de los que se dormían en reflexiones interminables, en estériles melancolías. Una como ráfaga le cruzó la mente en ese rato. Preciso es hacer algo se dijo, preciso en descubrir el misterio. Tal vez esas mujeres no han podido acostumbrarse a vida semejante, talvez necesitamos tan de mi protección. Proaño nunca hubiera podido seguir su viaje con esa duda, porque los remordimientos le hubieran atormentado siempre. Tanto más cuanto que las apariencias le inclinaban a creer que aquellas mujeres vivían allí como en una prisión. "De no, por qué esa actitud hostil de Intzakua contra mí? –se decía– por qué ese no querer que yo pase el Maraón? y por qué a la delicada Nanto la obliga tan cruelmente a pasar este río en medio de tan fuerte aguacero?".

Y así se quedó mirando allá, cuando en eso vio asomarse otra vez por el mismo cañaveral la misma mujer que se había asomado al principio. Pero ahora ya no se metió en seguida, ahora se quedó allí mirando hacia Proaño, e hizo como que hablaba a alguna persona a quien las cañas la ocultaban. Y en efecto, en seguida asomó la cabeza otra mujer, que le pareció Nanto, siempre con la vista hacia él. Proaño miró de pronto en torno suyo temeroso de que los jívaros estuviesen presenciando aquello; pero vio con sorpresa que todos, inclusive Antonio se habían retirado. Digo, con sorpresa, porque Proaño estaba acostumbrado a que los jívaros le fastidiaran rodeándole como moscas a donde iba. Pero esta vez no sucedió así, de temor sin duda del contagio de que Intzakua les había hablado.

Con todo creyó imprudente el continuar allí, pues conocía lo bastante la perspicacia de los jívaros, sobre todo de Intzakua, lo que podría hacer imposible la realización de algún plan que aún no tenía, pero que lo creía preveer.

Y así se apresuró a retirarse de allí.

Mientras regresaba a la casa, tuvo ocasión de presenciar un incidente relacionado con la Kanakuchi, la bruja de las historias de la isla de Yakuincha: Es el caso que la bruja daba de golpes a un viejecito enclenque, arrastrándole por el suelo de los cabellos; y ayudaba en la operación un jívaro sarrapastroso, a quien vino acompañando desde Yakuincha, según que los dos habían sido siempre inseparables. Proaño que tanto rencor tenía desde antes contra la Kanakuchi, al ver esa tan triste escena, le dió tal pechada que la tiró al suelo, cosa de revolcarla en el lodo. El que la acompañaba, que luego supo era su nombre Magalda, empezó como a gruñir contra Proaño, el cual se ríó de las bravatas del jívaro, porque su triste figura no sólo le inspiraba desprecio sino asco, según que hasta el itipi tenía roto.

Qué había pasado? Quién era aquel viejo a quien así maltrataba la Kanakuchi? Pues nada menos que el mismo padre de la bruja.

Proaño al saber que había sido el padre, alegróse más aún de haberla revolcado en el lodo; si bien su sorpresa fue grande al saber que el tal parentesco, pues se imaginaba que el Chaymi estaba demasiado lejos de la isma de Yakuincha, para creer que aquellos jívaros pudieran tener parientes en este río.

Proaño se sorprendió porque ignoraba que aquello era frecuente en las selvas orientales, donde las familias viven diseminadas, y donde un hermano solía vivir en una jivaría, y otro en otra en extremo distante. La misma Etza tenía también una tía materna en casa de Intzakua; cosa que después llegó a saber Proaño con no menor sorpresa.

Volviendo a nuestra bruja Kanakuchi, ¿porqué le había tratado al padre de esa manera? Pues, porque el pobre viejo se oponía a la amistad de su hija con el tal Magalda, por cuanto este era muy pobre, y que por esto le quitaba a su hija cuanto tenía hasta las cosas que le había dado Etza; razón por la cual, de despecho se vino de Yakuincha, el infeliz anciano, a casa de su amigo y pariente Intzakua.

Pero en medio de todo a Proaño le hacía gracia la manera como los jívaros pronunciaban el nombre de Magalda; pues mientras unos le decían Majata con t, otros le decían con d, así: Majada; y otros por último, Magada o Magata, suprimiendo siempre la l que no podían pronunciar.

Y solo el jívaro Antonio le explicó que su propio nombre había sido Majalda o Magalda o Magaldi, siempre con l; pero que los jívaros le decían Majada alguna vez, porque como era sabido no podían los jívaros pronunciar la l para decir Majalda.

Como los jívaros no conocen la escritura, y para todo se fían a la memoria, que tan facilmente sabe confundir las cosas; el cambio de letras en las

palabras, y en la manera de pronunciarlas, es frecuente entre los jívaros, y así no le llamó la atención a Proaño la manera de alterar el nombre de Magalda; tanto más cuanto que se trataba de un nombre para ellos desconocido como luego veremos.

Lo que más le llamó la atención al Explorador fue el oír un nombre en que figuraba la letra l, siendo así que los jívaros carecían de esta letra, y tanto, que ni siquiera podían pronunciarla, como he dicho; y así, dirigiéndose al jívaro Antonio le pidió que le explicara este enigma.

—Es que este mendigo no dizque es de aquí, sino un advenedizo— dijo el Antonio con todas las ínfulas de uno que pretende hablar en buen castellano. —Nadie sabe de donde ha venido ni por qué se llama así. Aquí todos dicen que ha venido de huída, cometiendo no sé qué fichorías, apegarse a la Kanakuchi para que el dé de comer. El ha querido darse otro nombre, un nombre jívaro, y dizque dice que se llama "Sunga", pero por el desprecio que le tienen, nadie le dice Sunga, sino "Majada" —añadió el pícaro Antonio riéndose maliciosamente. Dicen —siguen diciendo— que la Kanakuchi le mandó al tal Magaldi al Achuara a traer el secreto del brujo, y que desde que vino de allá anda diciendo a todos que ya es brujo, y estos salvajes desde entonces le tienen miedo.

Nada le hacía tanta gracia a Proaño como esto de oírle al jívaro Antonio llamar salvajes a sus compañeros, siendo así que nadie era más jívaro ni más salvaje que él, y que nadie le tenía más miedo que él, al tal Magalda, por el hecho de ser brujo; y así Proaño se complacía en hacerle conversación sobre todo tema, y muchas veces por el puro gusto de escucharle, y sobre todo por ver ese modo singular que tenía.

Pasado este incidente, Proaño se dirigió a casa de Intzakua, confirmando cada vez más en sus adentros en los propósitos que se venía haciendo desde que estuvo en la orilla del río, de atraerse la voluntad de Intzakua a todo trance, cualquiera que fuese el desarrollo de los sucesos que podrían sobrevenir.

Cuando entró Proaño, sorprendióse de ver cómo hilaba todavía Intzakua, y que Tihuiruma le ayudaba a desmotar el algodón. Cosa por cierta rara entre jívaros, porque por lo regular son ociosos los varones, pues casi nunca están largo tiempo junto a la rueda ni junto al telar; que sólo cuando van de cacería o de visita a tomar mucho nijamanchi en casa de los amigos, solo entonces dejan con gusto correr las horas y aún los días. —Cómo estando amichi?— le dijo a Intzakua al tiempo que le tendió la mano.

Proaño le habló así en ese semicastellano, porque sabía que esa manera de hablar era señal de cordialidad entre jívaros y blancos. Y habló en gerun-

dio, porque los jívaros, cuando tienen el buen humor de hablar en castellano alguna que otra palabra que han aprendido, nunca emplean otra forma de verbo sino el gerundio: Ayer viniendo— mañana yendo mi casa— hambre teniendo— barriga doliendo.

Así pues Proaño le dijo a Intzakua: "Cómo estando, amichi?", esto es, cómo te va mi muy querido amigo? Manera que tomó Proaño por ver si le iba amansando poco a poco a esa especie de fiera.

—Cómo estando— respondió secamente Intzákua, dándole apenas la mano.

—Cómo estando, cómo estando amichi, le dijo a su vez Tihuiruma, con modo salvajemente afable, y estrechándole bien la mano, como para contrarrestar la displicencia de Intzákua.

Como viese Tihuiruma que Intzakua no le ofrecía asiento a Proaño, hizo señas a una de las mujeres que como con miedo le miraban al blanco, que se lo ofreciera.

Le pasaron pues una kutanga y se sentó.

A poco salió de tras los biombos de guadua una india con nijamanchi, meciendo con la diestra el masato de la copa, la cual se la ofreció a Proaño, manteniéndose eso sí a cierta distancia, como con temor de acercarse al apachi, que de tan temibles enfermedades adolecía, según Intzakua les había dicho.

Por los algodones que traía la india en las narices, y por la manera cómo le miraban los jívaros, fácilmente se explicó Proaño esa actitud recelosa de la jívara.

El Explorador, fuera de las ocasiones que Etza en persona le ofreciera, nunca había tomado la chicha de los jívaros; menos ahora, cuando estaba viendo perfectamente que traía la india metida la mano caratosa en la pininga, y menos todavía cuando vió que la jívara le ofrecía la bebida sin antes chuparse los dedos como tenían de costumbre, cosa que le dió ocasión para sospechar que la chicha estuviese acaso con veneno.

Con todo, Proaño cogió la pininga a dos manos, y, como de costumbre, aparentó que tomaba de ella con el mayor agrado; hecho lo cual se la devolvió sin tomar bocado.

Luego sacó Proaño del bolsillo algunos espejitos de distintos tamaños y colores, que consigo llevaba; se los mostró a Intzakua, y, haciendo con la mano una señal de interrogación, preguntóle: cuál píngara?, esto es: cuál es el más bonito?

—Píngara, píngara— dijo Intzakua señalando con el dedo el espejito que más le había gustado, que era uno que tenía el filo colorado.

–Yo regalando amúe– dijo Proaño al tiempo que le dio el espejito en referencia.

"Yo regalando amúe", quiere decir: yo te regalo a tí.

–Bueno, bueno, dijo Intzakua con cierta sonrisa complaciente, tanto por el gusto que tenía de recibir la dádiva, como por la gracia que a el mismo le hacía de contestar al jefe blanco en castellano.

Luego dándole a entender con señas que quería regalar los demás espejitos a sus mujeres, le dijo: Yo queriendo regalando todo esto a amúe núa. Núa quier decir mujer en el sentido de esposa.

–Bueno dijo Intzakua maliciosamente –mis mujeres recibiendo espejos, recibiendo sháucas, recibiendo tarachis.

Lo que quería decir que Proaño debía regalarles no solo espejos, sino también lienzo y otros objetos.

Desde luego para Proaño fue motivo de gran sorpresa, el ver que Intzakua hablase mas castellano de lo que él se había imaginado; pero eso sí al punto cayó en la cuenta de que ello era muy natural, puesto que tantos años había vivido con mujeres blancas. Y hasta sospechó que sólo por ironía le había hablado así en gerundio como los demás jívaros, siendo así que debía de hablar el español bastante bien; sospecha que se confirmó después.

Proaño había estudiado ya lo bastante el modo de ser de los jívaros, y sabía que el interés era en ellos la pasión dominante, después de la venganza. Y por lo mismo se contentó de que Intzakua le hubiese pedido de esta manera indirecta nuevos regalos para sus mujeres a más de los espejitos; pues entendió que por ahí era el camino de desarmar algún tanto a este Intzakua que así se mostraba tan hostil y amenazante. Le dijo pues al jívaro que hiciera llamar a sus mujeres para darles los espejitos.

En efecto, Intzákua, dirigiéndose a un muchacho desnudo que allí estaba, le dijo: Llama a la Pirisho, a la Huashúmbe, a la Hungúmi, a la Huisomáche, que vengan a recibir regalos.

En seguida vio salir Proaño una tras otra las que Intzakua había llamado. Pero vio con gran sorpresa que tras ellas salía también una mujer vestida asimismo de jívaro, pero blanca y rubia, a la que al punto la tiraron para adentro impidiendo su salida, y oyó al mismo tiempo voces de otras jívaras como de reprensión, sin duda dirigidas contra esa joven blanca que había querido salir.

Afortunadamente no vieron esa escena ni Intzakua ni Tihuiruma. Y cuanto a Proaño, hizo el que nada había visto, pero quedóse hondamente impresionado de tal aparición; la cual por cierto se explicó al punto, dados los

antecedentes que le había contado el jívaro Antonio; esa joven debía de ser la Rosario que trajo de Barrancas a la edad de seis años después de la matanza de los blancos, y la misma en consecuencia que hacía pocos años que a despecho de la Dolores su madre, la había reducido a su esposa el feroz Intzakua, el mismo asesino de su padre.

Proaño no se engañó: así era la verdad. Rosario tenía la consigna de no salir mientras permaneciera allí Proaño; mas como el muchacho sin darse cuenta de ello llamó en nombre de Intzakua a todas sus mujeres, la Rosario creyó que también ella estaba comprendida en el llamamiento, y trató de salir.

Una vez presentes las jívaras dióles un espejito a cada una, las cuales en seguida iban viéndose el rostro cargado de achiote, y se mostraban contentísimas y satisfechas de verse tan hermosas. Luego pidió Proaño a uno de sus cargueros ciertas cajitas y uno de los bultos de lienzo; y con el mismo macabeo hizo decir a Intzakua que iba también a dar a sus mujeres, sháucas y lienzo para tarachis, con la única condición de que mandara a la gente de la casa quitarse los algodones de las narices, y decirles que él, Proaño, no les había traído ninguna enfermedad.

Intzakua le respondió que estaba bien, que les haría quitarse los algodones, con tal que Proaño le diese a él, a Intzakua, a más de lo ofrecido, otros dos espejitos, otras dos saukas, y ocho varas más de lienzo para otros dos tarachis; y que además regalase de todo aquello a la Ujaja Angukera, tía de Etza.

Proaño entendió al punto de lo que se trataba: ese espejito, esa shauka, y ese tarachi los quería para su otra mujer la Rosario, que no quería presentarla y que él se imaginaba oculta a los ojos del recién venido. Pero se preguntó: y el otro espejito, la otra sháuka, y el otro tarachi? Sobre esto último no pudo explicarse sino después.

A todo accedió Proaño, y con mayor razón en tratándose de la Ujaja tía de Etza; e Intzákua entonces ordenó a todos los suyos que se quitasen los algodones de las narices, diciéndoles que no tuviesen cuidado, que Proaño no tenía ninguna enfermedad, que estaba sano y bueno.

Luego Intzakua, dirigiéndose a Proaño, le dijo: "pólvora queriendo". Y al mismo tiempo salió una de las favorecidas con las dádivas, y le quiso devolver a Proaño la sháuka que le había dado, manifestando que la tal sháuka no era muy bonita, y que quería de diese otra de los colores que tenían las sháukas que les había regalado a Etza y a su tía Angukera. En efecto, las jívaras poco caso hacen de las sháucas de avalorios rojos y en cambio apeteecen sobre

manera los de mullos blancos y azules, y precisamente por esa razón les había dado a la Etza y a su tía la Ujaja solo de aquellos colores.

Lo malo en el asunto estaba en la imprudencia de Etza, quien desde que llegó de Yakuincha fue a matarles de envidia a las mujeres de Intzakua, con decirles que Proaño la quería mucho a ella, que por eso la había regalado no sólo una sino varias sháukas, y de esos lindos colores, y que no sólo le había dado un espejito, sino algunos, y sobre todo tarachis, y que a más de todo esto le había regalado muchas otras cosas más, como hilo, agujas, pañuelos; de todo lo cual les iba mostrando.

Esto era matador para las jívaras. Ellas no se daban cuenta de que si Proaño había hecho regalos a Etza en esa forma y en tanta abundancia, era movido de la pura simpatía hacia ella; pero que con las mujeres de Intzakua no tenía sino motivos de conveniencia. Por supuesto que a ellas no les hubiera entrado tal razón, pues que lo que a todo trance querían era que Proaño les diese a ellas lo mismo que a Etza le había dado.

Por supuesto que a tal cosa no podía acceder Proaño, porque entonces cosa igual hubieran querido también las mujeres de los otros curacas, y no solamente ellas, sino cuantos jívaros y jívaras se hallaban allí presentes, todos los cuales sin ningún título tenían la misma pretensión. Y si Proaño hubiera querido acceder a la codicia insaciable de todos, cosa que por lo demás sentía no poder hacerlo, no le habría alcanzado ni con el triple de las cargas que llevaba, dado que eran muchas las jivarías por donde iba pasando y eran numerosos los hombres y mujeres y hasta muchachos en cada jivaría.

Proaño vio pues con pena, que si condescendía con las pretensiones de la descontenta mujer de Intzákua, también sus compañeras hubieran querido igual cambio, y ya Proaño no tenía muchas sháukas de esos colores, dado que lo que más trajo fue coloradas, en la errónea suposición de que serían éstas las más apetecidas de los jívaros.

Y así le dijo a la mujer de Intzakua, muy a su pesar por cierto, que con el mayor gusto les habría cambiado, mas que por desgracia sólo sháukas rojas le restaban; pero que en cambio les daría una aguja gruesa a cada una, así como sal marina y otros remedios; con lo cual se dieron por satisfechas.

Pero es el caso que no solo tuvo que dar a las cuatro mujeres, sino a cuantas jívaras se presentaron en la casa, porque todos hombres y mujeres, se le apiñaron a pedirle de todo, y hasta las viejas que fabricaban ollas de barro y piningas, y hasta los muchachos, a quienes las madres, después de recibir las dádivas, les enseñaban que se acercasen a Proaño a pedirle obsequios también para sí; de modo que Proaño tuvo casi que arrepentirse de haberles disipado

sus temores, respecto de la tal enfermedad contagiosa que atribuían a los apachis, porque a lo menos mientras estaban con esos temores se habían mantenido a cierta distancia.

Cuanto a la pólvora que le pidiera Intzakua, no pudo menos que darle gusto en todo: le dió pólvora, municiones, fulminantes, y cuantas cosas mas le dio a Intzakua su regalada gana de pedírselo; de todo lo cual notó Proaño que estaba en extremo envidioso Tihuiruma.

Sólo la escopeta que le pidió no pudo dársela, porque no le convenía disminuir su parque, ni menos entregar armas a quien consideraba enemigo suyo.

Mas, a fin de no dejarle resentido con la negativa, cosa que siempre era peligrosa, tuvo que darle unos botes más de pólvora.

En eso uno de los macabeos que hacía de cocinero vino a avisarle a Proaño que ya el almuerzo estaba listo. Proaño que no había querido sino un pretexto para alejarse de allí, recibió con gusto el llamamiento y se fue.

Aún no acababa de almorzar Proaño, cuando vino el macabeo Pedro Carvajal, y pegándose al oído le dijo que acababa de ver algo muy curioso: "Estuve, dijo, metido entre unas matas de plátano, cuando por cerca de yo pasaron un jívaro y una jívara llevando al medio una mujer, no solo blanca sino bermeja, pero vestida de tarachi. Y la jívara pasó hablando con cólera a esa mujer, diciendo que no había sabido cumplir las órdenes que Intzákua le había dado de pasar demañana mismo con la Nanto al otro lado del río. La berbeja que tenía las mejillas bien coloradas, y que casi quería llorar, le dijo asimismo en jívaro que no había hecho eso por preparar la chicha para su marido. Y como no me vieron les seguí y ví que el jívaro le hizo pasar a la bermeja el río en una canoa que allí había habido".

—Pero el río no estaba crecido?— preguntóle Proaño.

—Sí, pero ya bajó— respondió Carvajal— Aquí en las montañas eso tiene de bueno, los ríos crecen en un momento, pero asimismo en un momento bajan. El indio que pasó a la bermeja regresó en seguida a este lado del río, en la misma canoa y sin ninguna dificultad.

Proaño entendió al punto que se trataba nada menos que de la Rosario, de aquella misma blanca a quien momentos antes le había visto al vuelo, y mil pensamientos le vinieron a la mente.

Proaño lo primero que hizo fue advertir a Pedro Carvajal el secreto más absoluto al respecto, y que a nadie contase lo que había visto. Una vez más se convenció Proaño de que estaba en la más sagrada obligación de ponerse al habla por cualquier medio con aquellas extranjera, cuya comunicación con él,

con Proaño, no podía ya dudarse de que Intzákua trataba de evitar a todo trance.

Concibió pues un plan, y para llevarlo a cabo eficazmente, creyó que ningún agente era más adecuado que Antonio, quien era tan jívaro como los demás, y por lo mismo no podía despertar sospecha ninguna entre los jívaros como despertaría un macabeo, por cualquier parte que le viésen, tanto más cuanto que ya todos los jívaros sabían que el tal Antonio era un intruso, y que andaba pegándose a todo el mundo en la esperanza de que le diesen de comer y de beber.

Sacó pues el Explorador de su cartera una hoja de papel en blanco, y aunque con temor de que acaso aquellas mujeres se hubiesen olvidado de leer, escribió en dicho papel lo siguiente:

"Señora: Soy el Coronel Victor Proaño, Explorador ecuatoriano, que ha venido por aquí con ánimo de descubrir el Morona; y con la mayor casualidad he llegado a saber que se halla Ud. aquí desde hace muchos años. Ignoro cuales sean los sentimientos de Ud. en este momento; pero en todo caso he creído de mi deber dirigir a Ud. esta esquela, haciéndole saber que se halla de paso en casa de Intzakua un hombre de su propia raza, que está listo a sacrificarse por Ud. si es que Ud. necesita de este sacrificio, y que para el efecto le es grato poner a su disposición sus armas y su gente, con lo cual cree cumplir con los deberes que le impone su raza y la humanidad".

Escrita aquella hoja llamó aparte a Antonio, y, sin ser visto de jívaros ni macabeos, le dijo: "Toma estos dos botes de pólvora, son tuyos; pero te vas a desempeñar con la mayor viveza en la comisión que voy a darte".

La sorpresa que recibió el jívaro al verse dueño de dos botes de pólvora, fue tal que casi se viene al suelo. Parecióle un sueño aquello de verse tan rico de un momento a otro.

—Lo que me mande eso he de hacer— apresuróse a responder Antonio, al tiempo que ansiosamente empuñaba con ambas manos los botes, con los cuales por cierto no supo que hacer el infeliz, a causa que su pobreza era tanta que carecía hasta de un huambáchi en que guardarlos, y así, tuvo, por consejo de Proaño, que esconderlos en una mata de plátano.

—Pues bien —díjole Proaño— tú que sabes nadar admirablemente vas a pasarte a nado el río apenas anochezca; y a entregar este atadito a la Dolores, a esa blanca de quien me hablaste esta mañana. Te lo entrego así con piolas para que te lo ciñas a la cabeza y no e moje cuando nades.

Y en diciendo esto quedóse mirándole con atención la cara por ver que semblante ponía, temeroso como estaba de que talvez el jívaro vacilara en la ejecución de tal difícil cometido.

Pero vio con gusto que apenas empuñó el atadito aquel que encerraba la esquela, lo aseguró resueltamente entre los pliegues del itipi; con lo cual regresó Proaño tranquilo a la posada, deseoso en su interior de acertar en cuanto estaba disponiendo algo que fuera grato a la Nanto, a esa joven bella que tan impresionado le tenía.

Cuando regresó encontró que Intzakua había estado delante del telar hilando y Tihuiruma junto a él bebiendo sin término nijamanchi.

Es raro ver en los jívaros, de natural ociosos, tanta constancia en el trabajo como estaba mostrando Intzakua.

Pero es el caso que este jívaro tenía una novia, la simpática Huasake, que hacía una chonta, esto es un año, se la había ofrecido el propio padre de la Huasake, Chinganasa el famoso jefe de los anasas, que vivía en las riberas del río del mismo nombre, afluente del Morona por la izquierda, a cuatro días abajo del Cháymi.

La novia debía cumplir ya catorce chontas, edad más allá de suficientes para casarse; y por eso Intzákua se apresuraba a prepararle su tarachi tejido por sus propias manos, amén del que acababa de darle Proaño.

Ya el plátano y la yuca que para el efecto había sembrado estaba madurando, lo mismo que el tabaco, cuyo sumo había de venir a darles el Huéa o sacerdote, lo mismo que el barbasco para la pesca de entonces.

Los puercos estaban ya gordos. De suerte que las fiestas de la boda iban a ser espléndidas.

Y mientras así se dejó estar Proaño, sentado junto a Intzákua, entretenido, venido la destreza con que le jívaro pasaba la lanzadera de chonta entre los hilos de la urdimbre, mientras así estaba, digo, Proaño advirtió como las mujeres de Intzákua sacaban la cabeza por entre esa especie de cortinas de guadua picadas, y que con faz risueña y con cierta curiosidad le miraban al tiempo que conversaban entre sí; lo cual le daba a entender que hablaban siempre de él.

Luego vio también que Etza y su tía Angukera, por sobre la cabeza de los demás, le miraban así mismo con semblante risueño la primera, al tiempo que conversaban con mucho interés con sus amigos.

Es que Etza les ponderaba como Proaño se moría por ella, y cuantos importantes obsequios le había hecho; a lo cual las mujeres de Intzakua no ce-

saban de admirar a ese extranjero tan rico, a la vez que se lamentaban en sus adentros no ser también ellas el objeto del cariño del apachi.

Proaño en todo ese tiempo no cesó de tener los ojos puestos en Etza, porque mucho gustaba de ver ese su rostro tan lleno de atractivos y de contrastes; sobre todo ahora, que tanta gracia le hacía a Proaño ver mezclados en ella, de manera extraña y seductora, esa sonrisa y ese gesto tan salvaje.

Y así estaba mirándola Proaño, siquiera de lejos, cuando oyó de pronto el sonido de tenembas por el cerro, a la vez que aullidos de perros y agudos gritos de salvajes por las alturas.

Proaño se llevó susto al oír aquello, y puso mucha atención a los jívaros de dentro de la casa, para ver que caras ponían: Estos pegaron los oídos hacia el cerro y en seguida pusieron caras de fiesta, mirándose unos a otros al tiempo que decían no sé qué de Churubi Churubi; y haciendo bulla como perros salieron al patio todos menos Intzákua y Tihuiruma que permanecieron sentados.

Por lo que oyó Proaño decir: Churubi Churubi! y por lo que los macabeos le dijeron, se explicó que toda aquella bulla significaba nada menos que el regreso del gran hijo del Achuara, que había salido de cacería con los chaymis y los cetuchis; y así también él, Proaño, salió al patio, como los jívaros y como los macabeos, movidos de igual curiosidad.

La bulla fue grande.

Como todo por allí era cerrado monte, no se veían los bultos; y sólo por los gritos de júbilo que daban, y por las tenembas y el ladrar de los perros cazadores, se sabía que estaban ya bien abajo y bien cerca.

A su vez los del patio lanzaban agudas voces de placer; los que tenían tenembas las hacían sonar; y hasta entre los muchachos desnudos se veían algunos con las mejillas inflamadas tocando con dificultad el cuerno, mirando siempre al cerro, a través del pelo que les caía a la cara. Y hasta los perros que estaban atados a las peakas de la casa, aullaban ese rato.

Los jívaros tenían ansia de ver que animales traían los cazadores, y ya se hacían muchas ilusiones con la carne que iban a devorar en abundancia con hartos nijamanchi. Y algunos de los más impacientes hasta se adelantaron al encuentro de los que bajaban. Y los que permanecieron en el patio ya señalaban una dirección, ya otra, por los distintos puntos por donde los cazadores venían.

Por desgracia Proaño no veía sino palmas y palmas, y árboles corpulentos y cerrado follaje, por aquellos cerros que paralelos al Chaymi, se alzaban y

se aproximaban entre sí cada vez más a medida que también el río se aproximaba a las cascadas de su origen.

Pero pocas veces había visto Proaño entre los jívaros una animación tan lúgubre como aquella, en que chaymis, achuaras y cetuchis aullaban como lobos.

Proaño ese rato pareció haberse olvidado hasta de sí propio, curioso como estaba de aquello que iba a presenciar bien pronto.

Cuando en eso vino un macabeo y le tocó por el brazo. Proaño que hubiera querido que nadie en ese momento le interrumpiese, se volvió impaciente a ver lo que había. Qué hay?— apresuróse a preguntar al macabeo.

Un jivarito quiere hablar urgentemente con Ud., en secreto— respondió el macabeo, al tiempo que hacía como que se adelantaba para que Proaño le siguiera.

Proaño que en todo era vehemente, al ver ese aire de misterio del macabeo, tuvo curiosidad, y a pesar de todo fuese tras él, por entre unas matas de plátano, a grandes pasos, con ánimo de regresar pronto a ver la entrada de los cazadores.

Como todos miraban al cerro, nadie se apercibió de los actos de Proaño, el cual, una vez bien adentro del platanal, se encontró con un mocito de ojos vivísimos, vestido de itipi negro, y de rara simpatía.

Proaño se interesó al verle, y apresuróse a preguntarle por medio de su intérprete, quién era y qué decía.

Pero el jivarito no respondió palabra y se limitó a verle la cara a Proaño y a verle la cara al macabeo como con cierta desconfianza de éste.

Mientras tanto el jivarito tenía la boca cerrada como a la fuerza, como quien tiene adentro mucho que decir, y que ese mucho quiere abrirse paso cual vapor comprimido.

Ese aspecto del jivarito despertó más la curiosidad a Proaño, e iba a decirle que no recelase del macabeo, cuando se adelantó el muchacho a hacerle a éste una seña de que se alejase de ahí.

Proaño quedóse sorprendido de esta actitud del jivarito, y, como por otro lado no entendía la lengua jívara, no supo qué hacerse ese momento, ni se atrevió a contener al macabeo, de temor de contrariarle a tan misterioso aparecido.

Pero tan pronto como se alejó el macabeo, oyó Proaño con gran sorpresa que el mozo le hablaba en castellano:

"Yo soy hijo de Intzakua —dijo con viveza— pero mi madre no es jívara, mi madre es peruana, y se llama Dolores; ella me manda a hablar con Ud., y

se desespera y llora en pensar que pudiera irse Ud. de aquí sin hablar con ella. Jamás ha venido por aquí ningún blanco, y esa es la desesperación de mi madre, pues ido Ud. se le acabaría toda esperanza. Y me manda con lágrimas a suplicarle que no se vaya sin hablar con ella. Podría Ud. hablar con ella? Ella no puede venir aquí, porque mi padre la mataría; y por eso le manda a suplicar que procure Ud. pasar el río de noche y en el más absoluto secreto, porque si descubrieran le matarían...

Y todo esto le dijo en mucho menor tiempo del que he necesitado para escribir estas líneas.

Tan pronto como el jivarito terminó su discurso, le quedó mirando a Proaño, como interrogándole cual sería su sentir, y como suplicándole con la mirada lo mismo que de palabra le había pedido.

Profunda fue la impresión que experimentó Proaño ese momento; y no fue menor la sorpresa que recibió al ver la manera correcta con que ese niño se expresaba en castellano; esas sus maneras distinguidas al hablar, y ese metal de voz que nada tenía de salvaje. Honda fue, digo, la impresión que experimentó Proaño, pero supo disimularlo todo, y así, con la mas aparente calma, le preguntó con esa delicadeza que el niño le inspiraba: "Y cuantos hermanitos tiene Ud.?"

No se atrevió a tutearle, como estaba acostumbrado a hacerlo aún con los más maduros jívaros, porque este niño supo imponerse a Proaño con sus maneras distinguidas, como he dicho.

—Tengo cuatro hermanitos— respondió el mozo: Rosario, la primogénita, sólo es de madre; también tengo otra, sólo de madre, que murió aquí; pero tengo otros dos de padre y madre.

—Y quiénes son ellos? Como se llaman?

—El uno es varón, mayor que yo con tres años, a quien mi madre cuando le bautizó le puso el nombre de Victor Manuel, pero a quien no le conocemos por otro nombre que el de Pándama. El no está aquí, se fue a cacería con el Churubi; pero ya viene —añadió— como mostrando con el dedo por donde venían esos gritos de alegría que ese rato parecían mayores. —Mi otra hermana, siguió diciendo, es Josefina, nombre que la puso mi madre al bautizarla, pero a quien solo "La Nanto" le decimos todos, y como a mi madre le gusta el nombre, también ella la llama Nanto.

Al oír la palabra Nanto, Proaño se estremeció no sé por qué. Pocos muy pocos habían sido los momentos que llegó a verla; y no le había oído hablar sino cuando estrechándole la mano le dijo en voz baja: "Adios blanco"...

Y con todo, esa como sombra, esa como fugaz visión, le había impresionado tanto y tanto, que el mismo Proaño se admiraba de ello, y en vano trataba en su investigador pensamiento de explicarse el misterio.

Iba Proaño preguntando al chico que él cómo se llamaba, cuando un ruido que hizo por allí entre la hojarasca sin duda algún reptil, le hizo saltar de susto al chico, y hasta Proaño retrocedió, a causa de que de suyo tan nerviosos habían estado ambos.

—Me voy!— dijo el jivarito mirando por todas partes, como temeroso de ser sorprendido— y qué le digo a mi madre?

—Dígale Ud. que esta noche, cuando ya todos duermen, estaré allá.

—Gracias!— dijo el mozo con gran contento, y se escurrió por entre esas gruesas matas de plátano.

Proaño quedose mirando por donde había desaparecido el hermano de Nanto. Diríase que su pensamiento, que su alma toda se iba con él.

El gruñido de cerdos y el ladrido de perros muy cercanos y la algazara de las gentes, le sacaron de ese estado, haciéndole ver que ya los cazadores iban entrando al patio de la casa.

Dolores, su madre, pide mi protección, se decía; pero Nanto, acaso pensará como ella, llegaré a ser su salvador?

Y estas y otras preguntas se hacía mientras miraba por donde había desaparecido el muchacho; hasta que, el gruñido de los puercos, el ladrido de perros y las agudas voces y risotadas de muchos jívaros, vinieron a oír sus oídos con mucha insistencia.

Su estado de ánimo se hallaba enteramente en oposición con esa alegría que revelaban las gentes, y antes hubiera querido engolfarse solitario en la selva. Pero por un lado reflexionó que acaso los jívaros podían llegar a advertir su ausencia, lo cual podía dar ocasión entre ellos a sospechas que sobre todo aquellos momentos estaba de evitar; por otro lado, la escena que se desarrollaba en el patio era de esas que solo se ven una vez en la vida. Y así, ahogando todo sentimiento, salió al patio a participar en apariencia de la general alegría.

Pero no tuvo Proaño porque arrepentirse de ello.

No podría decir qué le pareció al Explorador mas imponente en este cuadro: si las altas y esbeltas figuras de los chaymis, achuaras y cetuchis, que de extraña manera contrastaban con esas voces de alegría del más profundo salvajismo; o ese conjunto de animales raros, vivos y muertos, que habían traído.

La soberbia de los cazadores se echaba de ver en su ademán garboso, en la manera de empuñar la lanza, y en ese como flamear de la cabellera, mientras daban saltos o jugaban acometiéndose los unos a los otros.

Pero ninguno le llamó tanto la atención como uno que bajo unas hojas de plátano se había plantado, medio arrimado en su lanza que tenía como ensartada en su brazo izquierdo, mientras con la otra mano sujetaba a sus pies, con un cordón de mimbres, una especie de gato gigantesco de lindas pintas y de ojos amarillentos y centellantes.

Tal vez era la primera ocasión que Proaño veía una figura tan alta y tan gallarda, no obstante que muchos jívaros esbeltos, como Nanki, había podido admirar.

Si la lanza le volvía imponente, esa hermosa cabellera le comunicaba una gracia singular.

Proaño que tenía ese don de generalizarlo todo, al ver la grandiosa apariencia de aquel jívaro, de nariz aguileña y ojos vibrantes, no pudo menos que hacer involuntariamente en su interior una comparación entre aquel esbelto personaje jívaro y la fea raza de los záparos de caras de chinos, salvajes que habitan en el mismo Oriente Ecuatoriano, desde el Pastaza y el Bobonaza hasta las márgenes meridionales del Napo y del Coca.

Lo que más le llamó la atención a Proaño fue ver en medio de esa alegría general ese aire taciturno de este jívaro.

Quién era? y por qué estaba así?

Sus miradas fijas a la puerta de la casa le llevaron a Proaño la vista para ese lado.

En efecto fuera de Intzakua y Tihuiruma, hombres y mujeres habían salido movidos de la curiosidad al patio; pero hubo una que no había salido, que no había querido salir, y que se mantenía tras la puerta mirando, eso sí, con grande interés y con mal disimulada alegría los muchos animales que habían traído.

Esa mujer era Etza.

Proaño que ya llegó a comprender quien podía ser aquel jívaro, puso al disimulo mucha atención en los dos, y así pudo advertir bien pronto que esa despreocupación que ella manifestaba respecto de aquel jívaro misterioso, no era sino aparente, pues, aunque rápidas pero vibrantes miradas le dirigía de cuando en cuando, mientras se hacía la que solo prestaba atención a la caza; y tanto más cuanto que advirtió que para salir se había puesto las mejores shaucas que Proaño le había dado.

Proaño creyó pues prudente aparentar la más completa inadvertencia a aquella curiosa escena, y así se entregó a admirar los muchos animales que los cazadores habían traído.

En realidad que había razón para que los jívaros estuviesen tan orgullosos como estaban, pues que mucha caza tenían, y en la cual había de todo: monos y pericos ligeros gigantescos, armadillos, guatusas, variedades de aves, la mar.

Cuanto a la danta la habían traído descuartizada por ser muy grande. Objeto de mucha curiosidad fue para Proaño ver como los saínos de prolongado ocico pero sin cola, de agudos y largos colmillos y largas y fuertes cerdas, tenían en el lomo una especie de ombligo por donde los macabeos le dijeron que solía despedir un humor que no olía a ambar.

Entre los animales muertos que mas le llamó la atención se hallaban una especie de tigre o jaguara hembra de hermosísima piel pintada, cuyo cachorro tenía a sus pies aquel gallardo jívaro, y un gigantesco tamandua u oso hormiguero.

Por lo que había leído a los naturalistas sabía Proaño que el tamandua era uno de los animales más extraordinarios del mundo moderno; pero nunca creyó que llegaría para él el día de conocerlo. Y sin embargo ese inesperado día llegó y fue en Intzakua-Jea, en el Chaymi afluente del Morona.

El cuerpo de este animal era grueso, pero la cabeza pequeña, y por ese desdentado ocico tan prolongado y estrecho, que más parecía pico de ave, sacaba una lengua casi cilíndrica y tan larga que medía como unos dos pies. Dos listas blancas hacían contraste con el color negro de la piel, cuyo pelaje era espeso y tosco. La cola era tan larga como el cuerpo, levantada y enroscada en la punta, y tan poblada de pelo como cola de ardilla; las patas eran cortas pero recias, y dos garras formidables en los pies anteriores, con las cuales decían que cavaba los hormigueros.

Mientras así estaba Proaño embebido en la contemplación de animales tan raros, oía que los macabeos manifestaban gran contento a la vista de unos venados muertos.

—Mi coronel ya tenemos carne de venado— vino a decirle Pedro Carvajal lleno e entusiasmo, al tiempo que se frotaba las manos.

—Pero eso será si ellos quieren vendernos— le respondió Proaño.

—Oh —dijeron los macabeos con irónica sonrisa— si los jívaros jamás comen carne de venado, porque creen que siempre el iguanchi se les aparece en forma de este animal.

—Pero, entonces con qué objeto los han muerto?— les dijo Proaño.

—Cierto es— respondieron los macabeos— que éstos no cazan venados sino cuando saben que pueden vender a los apachis; pero ellos ya han sabido que había apachis en casa de Intzakua, y por eso nos han traído venados para vendernos.

No era esta la primera que Proaño había tenido ocasión de admirar esta manera rápida de comunicarse entre sí los jívaros, aún entre las más apartadas regiones; pues Proaño nunca se imaginó que estos jívaros, que acababan de llegar a los altos cerros del Chaymi, hubiesen sabido ya que había apachis en Intzákua-Jea.

Nada más animado que ver cómo los jívaros recién venidos contaban a los otros todas las aventuras de la caza, relaciones en las que el nombre de Churubi sonaba mucho, como que había sido el que mayores hazaña había realizado. Con las manos, con los ojos, con la boca y la garganta, con saltos rápidos, de todas maneras, trazaban ya los unos ya los otros muy patéticos cuadros. Y hasta con los pies herían el suelo con fuerza cosa de sacar polvo para mejor dar a conocer la furia de los animales heridos; ya rugían como tigres, ya gritaban como monos, ya aullaban como lobos, o bien se imaginaban precipitarse por los despeñaderos con ojos espantados, o meterse de sopetón en una cueva o treparse a los árboles desde donde parecían mostrar los dientes; ya en fin parecían blandir la lanza o apuntar con la flecha, o hacían bún, como imitando el ruido de un disparo de escopeta: Todo esto y más hacían, dando a entender con ello que todo eso había hecho los animales perseguidos, y que por todas partes habían tenido que acometerles los jívaros con sus flechas, con sus lanzas, y hasta con sus escopetas, seguidos por todas partes de sus perros.

Pero después de Churubi, no había nombre más sonado en tan animada relación de esos heroismos, como el de Pándama: Pándama por aquí, Pándama por allí, todo era Pándama.

Proaño que en momentos antes con tanto interés había oído hablar dentro del platanal del tal Pándama; preguntó solícito cuál era Pándama. Y cuando le mostraron no pudo menos que sorprenderse en su interior de no haber dado con él antes de nada: su gallardía, y hasta el color de la piel, que lejos de ser bronceado como el de los demás jívaros, tiraba más bien a blanco; todo indicaba su origen. El hermano de la bella Nanto no podía ser sino así. Más en cambio su carácter revelaba muy otra cosa, y en todo mostraba ser más jívaro que todos. Pues tenía más pinturas en el cuerpo y en la cara que los demás, y tenía en las orejas el pintado huíshi que no había visto en su herma-

no el mensajero. Se había terciado con gracia una escopeta y se paseaba airoso, como para dar envidia a sus compañeros. Churubi, que había llegado a quererle mucho, se la había prestado, y el simpático Pándama se mostraba orgulloso de llevar consigo una arma de fuego.

Pasados estos primeros momentos de entusiasmo, los principales de entre los cazadores entraron a la sala de la casa.

Al ver Etza que ya Churubi y los demás se dirigían adentro, apresuróse a atravesar en breves instantes a lo largo la basta sala y ocultarse tras los biom-bos de guadua, desde donde podía continuar mirando, sin ser vista de Churubi, cuyo valor más y más le seducía.

Intzákua para entonces había dejado de hilar, para ponerse con Tihuiruma junto al fuego en espera de Churubi.

Como el achuara no venía de visita, sino que regresaba de una simple cacería, no hubo a su entrada ninguna ceremonia, y así, Churubi, sin plantarse junto a la puerta como tienen de costumbre cuando vienen de visita o traen algún mensaje, se pasó derecho donde Intzakua le esperaba, y donde al punto una india vino a ofrecerle Kutanga para que se sentase.

Los jívaros jamás se dan la mano al saludarse, y sólo se la dan a los blancos porque saben que tienen tal costumbre. Entre ellos, fuera de casos de visita, no emplean ninguna ceremonia al entrar algún personaje jívaro; a no ser que tengan que hablar de algo nuevo e interesante, como sucedía al presente.

Y así comenzó la conversación ceremonial, desde luego con Intzakua, y después con Tihuiruma.

—Ya vienes?— le preguntó Intzakua.

—Ya, ya— respondió prontamente Churubi— vengo vengo de la cacería, vengo matando al tamandua, matando al tigre, juntos con Pándama, con tu hijo Pándama, el valiente Pándama, que ninguna garra teme —seguía hablando en momentos en que el gallardo Pándama, con su larga cabellera, lanza en mano, y terciando la escopeta de Churubi, entró y se plantó allí delante a escuchar la conversación, orgulloso de verse elogiado por Churubi con tanto encarecimiento.

Y siguió la conversación.

Nada más patético que ver a Churubi cómo, sentado en su kutanga, trataba de tomar todas las actitudes que habían tomado en el monte al seguir las fieras, y cómo a todo aquello el jivarito Pándama, de unos diez y ocho años de edad, sabía secundarle a maravilla. Nada más imponente que eso de ver cómo la grandiosa figura de Churubi, sin levantarse de su asiento, se hacía para atrás y el brazo derecho más atras todavía, en ademán de aprestarse a arrojar su cer-

tera lanza a la fiera que rugía amenazante; y verle en seguida el cuerpo hacia adelante, siguiendo con centellantes ojos el proyectil que acababa de lanzar y hacer ese ruido metálico en la boca, dando golpes con las manos, al tiempo que ya se imaginaba ver a la fiera atravesada el cuerpo con su lanza dando botes y rugiendo.

En seguida Pándama, tomando parte en la conversación, le cuenta a su padre, cómo el tigre, que perseguía una danta junto a un estero, al verse perseguido a su vez, se trepó a un árbol, y como desde allí rugía y amenazaba mostrándole los dientes, y cómo el gran Churubi supo matarle. Y luego le cuenta esa lucha que después tuvo que sostener esta vez casi solo con Pándama y sus perros porque los demás cazaban por otro lado, lucha terrible con un formidable oso temandua, que mató a un perro de una manotada, y que al mismo Churubi trató de abrazarle, para darle la muerte apretándole, cosa que habría conseguido la terrible fiera, si Churubi no hubiera andado muy listo, y no hubiera logrado evitar el golpe, gracias a lo cual sólo alcanzó a herirle el cuerpo ligeramente.

Al oír heridas, todos hombres y mujeres se acercaron a Churubi y en efecto le vieron por el costado las huellas de las garras que comenzaban a cicatrizarse.

Etza, que no había perdido una palabra de la relación, y que estaba admirando el valor y la sangre fría de Churubi, también sacó la cabeza por ver si algo veía de la herida, pero en vano, porque otros curiosos se interponían. Pero pudo en ella más su terquedad o su capricho que su curiosidad, y no salió.

Intzákua por su parte trataba de contarle a Churubi acerca de la impertinente venida por allí de Proaño y los demás apachis, deseoso de prevenirle contra ellos; mas, como viese que los macabeos estaban por allí, se calló con ánimo de hacerlo en otra ocasión.

Terminada la conversación con Intzakua, entablóse otra con Tihuiruma, la cual versó, casi en su totalidad, sobre política.

Díjole Churubi que se topó en la cordillera durante la cacería con unos huambisas, tzatapás y chapizas, y que estos le contaron que habían llegado a saber, con la mayor casualidad, que pronto debían reunirse en la Fuente de la Sal de Mayahicu tanto los yaupis como los mamangosas o pautes y los kanusas o upanos, a fin de allí, mientras elaboraban la colorada sal del Mayahicu, conferenciar sobre los futuros destinos de esas poderosas tribus; y que sabían sobre todo que aquella reunión en el Mayahicu se debería a influencias de Mashu, quien se tenía por muy probable que concurriría también a aquella asamblea.

Para que el lector se dé cuenta de la gravedad de las palabras de Churubi es preciso que le haga la siguiente explicación: Desde luego, preciso es que sepa que tanto los huambizas, como tzatapapas y chapizas son tribus que moran las riberas del mismo nombre, los cuales tres ríos, que descienden por el lado opuesto de la cordillera que los separa del Chaymi, van después de haberse reunido entre sí, a engrosar las aguas del poderoso Yaupi, principal afluente que por su izquierda tiene el Santiago o Húnda-Kanusa, así como por su derecha tiene sobre todo al Zamora, cuyas aguas recibe leguas arriba del Yaupi. Aunque los yaupis eran amigos y aliados de los mamangazas y kanusas, con todo, sus vecinos los guanbizas, tzatapapas y chapizas se mantenían neutrales, y hasta se inclinaron algún tanto a los moronas, y mantenían relaciones comerciales con los chaymis.

La sal del Mayahicu es una fuente, que a pie, está sólo a una hora de camino adentro de la margen del Santiago, a unas tres leguas abajo del Yaupi, o sea a unas treinta y nueve leguas al S.E. más o menos de Macas.

A la inversa de la sal del Mangosisa, que es blanca; ésta, del Mayahicu es colorada y por eso los jívaros la llaman así.

Y así como unos jívaros suelen hacer sus romerías a la sal del Mangosisa, otros la hacen a la sal del Mayahicu, o Mayalico como dicen los macabeos; adonde se anunciaba la asamblea de yaupis, pautes y upanos.

Pero lo serio en esto estaba en que se dijese que esta asamblea se debía a influencias de Mashu.

Esta revelación de Churubi fue para Tihuiruma tanto más grave cuanto que sabía que jamás los kanusas habían aceptado la alianza que desde hacía mucho tiempo les venía ofreciendo Mashu. Pero al mismo tiempo reflexionó Tihuiruma que si tal alianza no habían aceptado antes de ahora no era por cierto por adhesión a los moronas, a los cuales por el contrario no les querían, sino más bien de temor de Tungura. Pero pensó Tihuiruma en que bien pudiera suceder que ahora que había sufrido Mashu tal derrota hubiesen entrado en celos del poder de Tungura, y en temor de su poder absorbente, puesto que harto conocían el espíritu conquistador y aventurero del jefe de los jefes del Morona, y que así hubiesen talvez resuelto hacer causa común para impedir los avances de los moronas. Tihuiruma, si bien era por todo extremo fatuo, pero era también inteligente, y así no anduvo muy errado en sus cálculos, como ya veremos.

—Yo no les temo, nó, no les temo —respondió Tihuiruma— y ojalá voliera Mashu, el cual si antes se me escapó, ahora no se me escaparía. Nó, nó.

Necesito su cabeza para tzantza. Sí, para tzantza. Gran fiesta haríamos con la tzantza de Mashu.

Estas palabras de Tihuiruma no las recibió con mucho agrado Churubi, el cual se prometía hacer méritos a sus ojos con ofrecerle influir una vez más ante su padre, en el sentido de aceptar la alianza que desde mucho antes le venía ofreciendo Tungura.

Pero Churubi se engañaba; pues si Tihuiruma revelaba ese denuesto extremo, hasta el punto de no temer ni a los más poderosos adversarios coligados, lo más era en la apariencia, que en el fondo Tihuiruma no era siempre el mismo, porque si es verdad que unas ocasiones manifestaba no temerle a Mashu, otras por el contrario manifestaba un temor extremo; y en todo caso la unión con los achuaras le interesaba sobre manera, e influía en el sentido de realizarla.

Etza, que aunque oculta tras la pared de cañas, nada había perdido de la relación de Churubi, al oír la posibilidad de que Mashu hubiese podido emprender en nueva campaña contra su padre, se estremeció: es que Mashu era muy feo a sus ojos, y con razón, porque tenía un cuerpo tan rechoncho como Tihuiruma, y un abdomen fenomenal que jamás se llenaba, y sabía que a sus mujeres les obligaba a estar elaborando a la continua día y noche el nijaman-chi.

Como la revelación de Churubi le hubiese preocupado en extremo a Tihuiruma, después de un momento de reflexionar dijo:

"Mi hermano Tungura para irse al Amazonas me dijo que mandara al punto a levantar una fortaleza en el Makumma, si allí en el Makumma, más arriba de la actual, más arriba de lo alto de unas peñas; pero nada se ha hecho hasta hoy. Y por eso mañana parto a cumplir con lo dispuesto por Tungura, si mañana, mañana, porque ya vendrá, y se encontrará con que nada se ha hecho, nada nada.

—Según aviso que de Intzakua recibí en el cerro. Etza está aquí; la llevas mañana?— dijo Churubi aparentando no haberla visto todavía.

—Si, Etza está aquí, aquí, Etza mi bella sobrina. Pero yo he de permanecer en la fábrica, donde no hay yuca, ni hay nijamanchi, y todo allí hay que llevar, si que llevar, y donde hay que improvisar ranchos, y todo ese molesto; no quiero que mi bella sobrina se vaya, quiero que se quede aquí unos días más, si aquí aquí con su tía Angukera, en casa de mi pariente Intzakua. Ya le conseguiré que se quede unos días, unos días. Después vendré a llevarla para Yakuincha, sí a Yakuincha.

El verdadero pensamiento de Tihuiruma era dejar a Etza con tal pretexto, pero en realidad con el propósito de dar tiempo a Churubi a enamorarla hasta inclinarle a su persona.

Luego salió Churubi al árbol de achiote donde había atado al cachorrito aquel, y, conduciendo delante de Tihuiruma, le dijo: "Porque supe que Etza estaba aquí, por esto traje este tigresito; es para ella, para ella. Hubiera querido traer viva la madre para Etza, pero imposible, tuve que matarla, si que matarla; yo la maté con Pándama, con el valiente Pándama.

Grande fue el contento que Etza tuvo al oír que aquel tigre era para ella, y sacó la cabeza un poco más para mejor ver aquel imponente animalito.

Churubi hizo esto de presentarle el cachorro a Tihuiruma comunicándole que estaba dedicado a Etza, en su deseo de que Tihuiruma le hiciese salir a su sobrina.

Pero Tihuiruma conocía lo bastante el carácter caprichoso de Etza, y no se atrevió a exponer a Churubi a un chasco, pues temía que no acudiese a su llamamiento.

Más Etza, cuidándose siempre de no ser vista de Churubi, no cesaba de admirar al cachorro y de hablar con grande interés con las demás jívaras, tanto del animalito como de la valentía de Churubi.

Ya ha de salir Etza, ya ha de salir, para que vea al tigre; quiero que lo vea —dijo Tihuiruma—. Se ha de llenar de gusto cuando lo vea.

—En eso Proaño, acercándose a Intzákua le dijo: "Tú, presentándome a Churubi". Intzákua entendió que el jefe blanco le pedía ser presentado al valiente y simpático achuara, y así lo hizo.

—Cómo estando amigo— le dijo Proaño tendiéndole la mano.

—Cómo estando, cómo estando— dijo Churubi con semblante risueño y afable.

Mas, como no entendiese lo mucho que Churubi le decía en su lengua, preguntó a los macabeos que allí estaban, lo que Churubi le había dicho.

—Dice— dijo el intérprete— que ya en el cerro había sabido su venida a esta casa, y que se alegró porque quiso conocerle y ser su amigo, y porque ha sabido que es Ud. muy valiente, y que gracias a su poderoso auxilio venció Tzerembo en el Míaza a los soldados de Mashu en el combate de Yahuara—Nainda.

Mientras estas palabras de Churubi escuchaba Etza con mucho júbilo, hicieron por el contrario muy mala impresión en Intzákua y Tihuiruma. E Intzákua entonces para cortar esa conversación impertinente entre Churubi y Proaño, entabló otra al punto con un jívaro de fea catadura, que parecía un

oso, y que había venido también de la cacería: Era éste el famoso Japauahua-ra, el jefe de los terribles y feroces kanduashas, que habitaban a la izquierda del Morona, más abajo del Chaymi, en los ríos Cetuche, Anaza, Uchichi-Chiguaza, Hunda-Chihuaza, el Cikuángá y el Pusiága.

Al verse como interrumpido Churubi, salióse afuera seguido de muchos curiosos jívaros y blancos, que le rodeaban por ver al cachorro, por lo cual Proaño se quedó sin intérprete, y así no pudo saber lo que aquellos jefes conversaban. Y su curiosidad fue tanto mayor cuanto que más de una vez les oyó pronunciar la palabra "Nanto".

Y así pasaron las horas aquella tarde, que para Proaño fueron eternas, ansioso como estaba de que viniese la noche para la entrevista con la misteriosa Dolores madre de Nanto.

Aunque Proaño había recibido ya aquel mensaje de aquella mujer por medio de su propio hijo, con todo, no le dio ninguna contraorden al jívaro Antonio, de quien esperaba que llegaría a cumplir con su cometido.

Mientras tanto, el Explorador, que había quedado gratamente impresionado de Churubi por su manera de expresarse respecto de su persona, y que por otra parte había alcanzado a comprender el disgusto que tal manera de sentir había causado en Intzákua y Tihuiruma, creyó prudente aprovecharse en lo posible de tal estado de ánimo de Churubi. Y así, con el mayor disimulo, de manera de no ser visto de aquellos curacas, procuró atraerle a Churubi a un lugar apartado, acompañándose para el efecto de su intérprete Marcial Noguera. Y cuando estuvo solo, con Churubi en el platanal, al pie de un altísimo copal de extraordinario desarrollo, de esos que Proaño iba viendo cada vez con más frecuencia en el Morona, le habló de la manera siguiente:

—Gran Churubi, tu fama de valiente, de generoso y gentil llenan las selvas. Churubi, me han dicho, es digno hijo de Ujukúma, el terrible capitán que habita en las riveras del caudaloso Achuara de bellas playas, de aquel que tantas y tantas cabezas ha cortado a sus muchos y poderosos enemigos. Churubi, me han repetido, se llama así, porque su pensamiento sabe volar muy alto, y porque su lanza en los combates se parece a las garras del churúbi.

Kapitio— respondió agradecido el poderoso Churubi— es verdad que me gustan los valientes, y tanto que quisiera ser tan valiente como tú. La fama de tus hazañas ha llegado a oídos de todas las jivarías: Todos saben que por tí salió victorioso Tzerembo, teniente de Tungura en Yahuara-Naínda; y que este triunfo de Tzerembo desconcertó a las huestes de Máshu que tan fieramente acometía a Tihuiruma; todos saben como tú, siendo apachi, que vives donde

no hay peñas ni cascadas, subiste las peñas de Tambachi, por donde no suben sino los jívaros y las serpientes; y todos saben que los macabeos, con ser tales, temblaron por no subir; todos saben tu generosidad sin límites, y los muchos presentes que a los jívaros vas haciendo por donde pasas. Y sobre todo generoso blanco, nadie ignora cuanto hiciste por la bella Etza...

A estas palabras de Churubi, Proaño tuvo ocasión de admirar lo que ya tantas veces había admirado: la manera rápida de divulgarse los hechos entre los jívaros al travez de las mayores distancias, al tiempo que quedó sorprendido una vez más de ese espíritu de observación que revelaban estos salvajes, para quienes nada de cuanto hacía Proaño pasaba inadvertido.

—Y tú has sabido también amar como aman los valientes, bravo Churubi.

A estas palabras Churubi manifestó sorpresa.

Sí, yo lo sé— prosiguió Proaño— tú amas, y con frenesí, con ese frenesí con que sólo aman los grandes guerreros, sobre todo el gran hijo del terrible Ujukúma, que tantas y tantas cabezas ha cortado a sus numerosos enemigos. Sí, invicto Churubi, has dado pruebas al amar así no sólo de tener alma grande como tienes, sino de tener muy buen gusto al amar como amas a la sin par Etza, a la más hermosa del desierto, cuyo cuerpo alto y robusto se parece a este kopal, cuyas carnes nerviosas se estremecen como las del león, cuya voz sueña como una cascada, y cuyos ojos brillan como el rayo.

Y mientras así le hablaba a Churubi, no cesaba de contemplar el alta figura del achuara, sus robustos brazos y su ancho y elevado pecho, a la vez que la imponente simpatía de su rostro; en todo lo cual creía ver a la digna pareja de la corpulencia y simpática Zapikia.

Churubi, al oír salir el nombre de Etza de la boca de Proaño, cortóse algún tanto. Mas, al ver que Proaño le hablaba del asunto con tanta seriedad, y que a la vez mostraba el mayor interés por ese su afecto que por Etza abrigaba, Churubi, con una ingenuidad que parecía increíble en un salvaje, le dijo:

—Cierto, valiente kapitio, que amo a Etza... Pero ella no me quiere. Yo la amo porque es hermosa como este kopal, como tú has dicho, y porque tiene la soberbia del león. Pero mucho tiempo llevo de amarla, mucho tiempo llevo de padecer por ella, y ella no me quiere y se muestra esquiva siempre...

Y en diciendo esto, mordióse el labio como para ocultar lo que en ese rato sentía, al tiempo como que trató de buscar apoyo en el kopal, a cuyo tronco arrimó el brazo derecho levantado, cuya mano había cerrado en apretado puño.

Emocionante sorpresa recibió Proaño al ver aquella triste actitud del formidable Churubi.

Proaño hasta entonces había creído que eso de morderse el labio en las fuertes emociones, era propio sólo de los civilizados.

Pero su sorpresa fue todavía mayor al ver como agobiarse aquel robusto roble, al hablar de su Etza; lo que le hizo comprender cuanta fuerza el amor tenía en el hombre, ya sea éste civilizado, ya salvaje.

Proaño, que hasta aquí le había hablado a Churubi antes como político que como amigo, al ver así, lastimóse de él, y con la mayor ingenuidad del mundo, hablóle conmovido de esta manera:

—Churubi, valiente Churubi, yo entiendo que Etza no es indiferente para contigo, que ella se interesa por cuanto contigo se relaciona: ella es caprichosa, le gusta ser desdeñosa, eso es todo: es de esas mujeres que saben ocultar, que sienten una cosa y aparentan otra; de esos caracteres también se ven entre las blancas. Pocas son las sinceras que dicen lo que sienten. Una mujer caprichosa puede perderse y perder; son mujeres temibles. Pero con Etza no pasará lo propio, bravo Churubi, yo te aseguro. Ella me estima, mucho me estima, y conserva para conmigo cierta gratitud...

Sí, le interrumpió Churubi— yo sé que tú la salvaste de las garras del infame Máshu, que trató de arrebatármela. Y por eso yo te quiero.

Gracias, bravo Churubi, gracias, gracias —siguió diciendo Proaño— yo admiro tu valor, pero más que como valiente me interesas este momento como amante. Si amas así es porque eres bueno, y por eso yo también te quiero; y vuelvo a prometerte rogar a Etza que deponga esos caprichos injustos que así te tienen, y se porte contigo más sincera, y te manifieste ingenuamente ese afecto que te oculta. Confía en mí, Churubi, yo te respondo.

Y en diciendo esto le dió un apretón de manos a Churubi, como para manifestarle la sinceridad con que le hablaba; y a la vez que para apartarse de él, que no quería salir juntos del platanal.

No podía asegurar Proaño si realmente Etza amaba a Churubi, pero desde ese momento resolvió hacer lo posible por inclinar su voluntad en favor de bizarro hijo de Achuara, es que Proaño experimentaba verdadera complacencia siempre que veía así estos afectos tan hondos y tan puros, que nunca hubiera querido fueran tan contrariados. Este es el fuego, decía, en que se funda la humanidad, y del cual eternamente va resurgiendo cada vez más vigorosa y lozana en ascensión indefinida.

Y con estas ideas se afirmaba más todavía en sus propósitos de influir en el ánimo de Etza en favor de Churubi.

El mayor inconveniente que Proaño veía para llevar a cabo su deseo, era el defecto que había advertido en Etza de meterse en el aposento de las mujeres y no salir para nada; cuando justamente por donde debía comenzar su difícil tarea era por ponerse al habla con ella, de una manera o de otra. Pero a la tal estancia no podía penetrar, porque aquello era vedado a los extraños.

Aunque estos incidentes le habían distraído a Proaño de lo que más le interesaba, con todo parece como que despertó sobresaltado al canto de cierta ave que solo se hacía oír a las cinco de la tarde.

Venía pues la noche...

Y Proaño pensó en que en tales momentos debía estar presente a los ojos de Intzákua, y se entró a su peaka, cubierta de hojas de palmera, donde se recostó con la mano en la mejilla. En todo su aspecto se advertía grande preocupación; casi maquinalmente puso la vista en una mujer india que estaba sentada junto al fuego, peinándose, y a la cual parecía ver cómo ese peine que se había pasado por la cabeza le entregaba a un cetuche marido suyo, que estaba tendido en su peaka, el cual cetuche lamía los piojos de ese peine. Pero como he dicho estaba tan absorto, que más que mirar pensaba.

Y así se dejó estar largo tiempo, acostumbrando como estaba a esa bulla que al hablar hacían los jívaros, sobre todo las mujeres, y a ese ladrar ya de un perro ya de otro en una u otra peaka. Y así se dejó estar largo tiempo, hasta que los jívaros comenzaron a plantar en el suelo lanzas y cañas bravas con teas encendidas de kopal, porque ya anochecía, y otras a prender habillas para ver la yuca que en grandes ollas cocinaban.

Entonces Proaño buscó por ahí con la vista a Antonio, el del secreto; y como no le viese, llamó a un macabeo y le dijo: "anda a ver si está en el patio el jívaro Antonio y llámale".

A poco volvió con la noticia de que en el patio no estaba. "Pero dicen, dijo, que ha tomado para el río. Quiere que vaya en su busca?

—No hay necesidad, dijo Proaño, que ya se tranquilizó algún tanto al ver que el Antonio se había ido a cumplir con su cometido.

Y a una media hora de esto salió al patio Proaño, donde se puso a pasear. Y a fin de quedarse enteramente solo hizo entrar a dos macabeos que allí estaban, con pretexto de que fueran a cuidar las maletas, una vez que tanto jívaro huésped había, en quienes no podían confiar.

No pasó mucho tiempo de agitado pasearse Proaño, cuando asomó Antonio, del lado del río. Como era noche de luna, y el cielo estaba despejado, al punto se vieron, y Antonio entonces acercándose a Proaño con aire misterioso, le dijo: "Todo está hecho. He pasado a nado el río, nadie me vió; co-

nozco ya el camino. He hablado con la Dolores, le entregué su encargo, el cual había sido un papel: lo leyó, lloró y lo besó. Iba a decirme no sé qué, pero se contuvo, y lo único que pudo decirme es que ya Ud. mismo sabía todo, y que le volviera a suplicar cumpla esta noche con lo ofrecido, para lo cual estaba lista la canoa. Me dijo también que yo mismo acompañe a Ud. y que no traiga a ninguna otra persona. Si Ud. quiere, ya sabe, yo le acompaño".

—Pues bien, dijo Proaño, tú no duermes esta noche, tú me acompañas, y no se separarán de mi cama ni tú ni Herrera Cevallos. Y, cuando adviertas que ya todos duermen, entonces sales con Herrera, y los dos me esperan al pie del kopal. Luego le impuso el mayor silencio, la más absoluta reserva, respecto de jívaros y macabeos.

Proaño, a quien tanto horror le inspiraban las víboras, jamás hasta entonces había salido por la noche en esas jivarías, sino cuando más hasta el patio, por cuanto le habían asegurado que era de noche sobre todo cuando las víboras salían de sus madrigueras y se cruzaban por todas partes. Pero en esos momentos se trataba de algo muy serio para pensar en tales peligros.

Y así fue.

A fin de despistar a los jívaros el objeto de su salida, para el caso de que entonces estuvieran despiertos, sobre todo Intzákua de quien tanto se cuidaba, ordenó a los macabeos acostarse temprano, y que cuando hubieren transcurrido unas dos horas y entendiesen que ya todos dormían, entonces fuesen saliendo al patio, una vez uno, otra vez dos, y que volviesen a entrar como que solo habían salido a hacer aguas, cosa muy común en las jivarías.

Como ordenó Proaño así se hizo.

Llegado el momento solemne, cuando ya todo era silencio absoluto en la vasta sala llena de gente y de animales, entonces salió bien asegurado de su pistola.

La luna le estorbaba; hubiera querido que fuese noche oscura.

Ecurrióse por entre las cerradas matas de plátano, a pasos rápidos dirigióse al kopal, donde los dos le esperaban.

—Guíanos— le dijo al punto al Antonio. Y así seguidos por el jívaro bajaron por las peñas y dieron algunas vueltas, hasta un punto del río en donde las playas se estrechaban, y en donde todo era follaje.

Allí estaba la canoa, en la sombra.

Temblaba Proaño ese rato que atravesaba en canoa a la luz de la luna. Pero pasaron, y al punto fue sorprendido gratamente por la presencia del hijo de la peruana, el mismo jivarito aquel con quien había hablado temprano en el platanal.

—Aquí estoy a guiarle, véngase por aquí...

Y en diciendo esto se internó por el bosque.

Proaño entonces ordenó a Herrera Cevallos quedarse allí con el jívaro Antonio, cuidando la canoa, pistola en mano; en seguida de lo cual le siguió al jivarito.

Atravesando un extenso cañaveral llegaron a una casa, en donde fue sorprendido por el cultivo de bellas flores, cosa que nunca había visto en casa de jívaros. Pero lejos de entrar en ella, cruzó el patio el jivarito y haciéndole señas en el sentido de que le siguiese, metiose en el platanal.

Proaño no hablaba palabra: no hacía sino seguir y seguir, no obstante su continuo tropezar, y su enredarse en las raíces y en las lianas, y no obstante las espinas de las ramas que le pinchaban en la cara.

Pero Proaño seguía y seguía hasta que llegaron al pie de aquella cascada que había visto desde lejos, donde, a su presencia, salieron de una gran cueva abierta en el tronco de un hikópo, el árbol más corpulento que hasta entonces había visto, salieron, digo, tres mujeres blancas, de las cuales la de mayor edad, que entendió era la madre, se adelantó de las otras hacia él, e hincando una rodilla en el suelo y poniéndole las manos, con voz ahogada, tanto del temor que tenía de hablar fuerte, como del intenso dolor que le abrumaba, le dijo: "Somos cautivas, señor, he visto su papel, pero todavía no creo. Dios ha querido que venga Ud. por aquí, salve a mis hijas, por Dios, sálvenelas! Ud. es cristiano y puede salvarnos. Tengo dos hijas, mi Rosario, la mujer de Intzakua, la desgraciada mujer de Intzakua, y mi Nanto, a la que ese mismo salvaje quiere entregar a Japayahuara, el feo y terrible jefe de los kanduas-has. Si Ud. no la salva se me vá!... Ud. que sabe lo que es un jívaro!... Ah! yo prefiero las garras de un tigre. Oh, no sabe Ud. cuánto he padecido aquí... En tantos años, esta es la primera que veo un blanco... Si Ud. no nos salvara! Tengo miedo de que se nos vaya. Dios mío, si se nos fuera!"

Y veía Proaño cómo mientras la madre así le hablaba, no eran menores las súplicas que sus hijas le dirigían con lágrimas.

Imposible explicar lo que Proaño sintió en ese momento el más solemne de su vida, ese momento en que él mismo, con ser hombre y guerrero, no pudo ocultar las lágrimas que ya le rebosaban en los ojos, ese momento en que la bella y delicada Nanto lloraba de ver así a su madre.

Y a tanto extremo le impresionó a Proaño aquella escena, que al través de muchos años, cuentan que momentos antes de morir, balbuceaba en su lecho estas palabras: "Salve a mis hijas, salve a mis hijas, Nanto, Nanto!..." Palabras últimas con que expiró.

El primer impulso de Proaño a esta actitud de la cautiva fue darle la mano para que se levantara; pues ni un instante quería verle en esa actitud a aquella mujer cuya presencia le infundía respeto.

—Señora— respondió Proaño hondamente conmovido— si hasta aquí mi mayor ambición había sido el descubrimiento del gran río Morona, deseoso de dejar a la posteridad mi nombre, y si todo estaba resuelto a sacrificar ante esta mi ambición; hoy la depongo en estos momentos en que deberes más sagrados me llaman, y desde ahora considero mi suprema aspiración el sacar a ustedes de este horrendo cautiverio. Y les juro, por quien soy, no salir de estas jivarías sin ustedes, aun cuando para ello fuera necesario exponer cien veces la vida.

—Ah! ese Japayahuara! al que mi padre quiere sacrificarme!— dijo Nanto.

—Y si Ud. supiera el horror que a Intzákua le tengo!— dijo Rosario, ese Intzákua que todo lo hace con la lanza! Aquí en la pierna tengo una lanzada recién cicatrizada, y sólo por no haberle servido pronto nijamanchi!

—Separarme de mi madre, lo único que tengo en el mundo, parairme con Japayahuara! Dios mío!, yo no podría resistir— dijo Nanto toda ella temblorosa, pero con voz tan sonora y meliflua que resonó en el interior de Proaño como la voz de una flauta gemebunda.

Las palabras consoladoras de Proaño hincharon de gratitud el pecho de aquellas mujeres, sobre todo de la madre, que no acertó a decir palabra: veía a sus hijas, veía a Proaño y se ahogaba. En sus movimientos se comprendía esa su desesperación, al ver que con pocos momentos contaba para hablar con Proaño, siendo así que tanto y tanto tenía que decir.

Tranquilítese, señora— dijo Proaño con serena pero firme resolución— tranquilítese todas ustedes, que yo jamás cometeré la cobardía de dejarla en manos de salvajes tan feroces.

—Si, feroces, salvajes; eso y más son, dijo la madre. Estos se comieron a mi hermana con una crueldad inaudita, cuando tratamos de fugar, y con una ferocidad sin igual la atravesaron con su lanza. Dios mío! y vivo todavía! Y estos mismo quieren entregarla a mi hija Nanto en las garras de un oso! Solo el ser cristiana hace que no me mate y que no mate a mis hijas, para no seguir viendo tantos horrores: figúrese Ud. que el tal Japayahuara, que ahora está en casa de Intzakua le ha traído esta vez a regalarle cuatro puercos gordos por el interés de que le entregue a mi hija Nanto! Y el Intzákua está contento con el regalo! Y solo está poniendo algunas condiciones para entregármela a esta mi hija que ha sido tan buena conmigo y que tanto me quiere!

Mientras así hablaba la pobre anciana, le estrechó entre sus brazos a su hija Nanto, la cual a su vez lloraba como lloraría una paloma.

Este cuadro fue para Proaño desgarrador, y en sus adentros protestó sacrificar aspiraciones, vida, todo, ante el supremo deber que se le presentaba de ejercitar la caridad cristiana, salvando a esas mujeres a quienes el más estúpido iba sacrificando a fuego lento.

Y tanto más se afirmó en su resolución Proaño que veía cómo esa madre que apenas frisaba en los cuarenta y cinco años, aparentaba ya sesenta, y cómo en su rostro había dejado el sufrimiento huellas profundas.

—Y cómo se llama Ud., señora, puedo saberlo?

—Yo me llamo Dolores: soy nacida en Lima, y me casé en Iquitos a despecho de mis padres; pero no le doy mi apellido, porque no soy nadie, porque ya nada soy ni nada valgo— dijo con profunda amargura que enterneció a Proaño hasta hacerle verter lágrimas —Como las jívaras yo no tengo apellido, y no me llamo sino la Dolores...

Y mientras así hablaba aquella interesante mujer, Proaño no cesaba de admirar en ella su talle delicado, la blancura de sus carnes, la finura de sus facciones, y sobre todo ese aire de distinción que a pesar de los muchos años de vida salvaje no había perdido, y que demostraban a las claras que aquella mujer pertenecía a la buena sociedad de la aristocrática Lima; y se lamentaba hondamente de verla así, vestida de tarachi, como las jívaras. Y al ver que Nanto era hija de esta mujer singular, su rápido pensamiento no pudo menos que hacerse cargo de la sabia labor de la naturaleza, quien para formar a esta divina joven, la casta virgen del Chaymi, había tomado lo más hermoso y delicado de la raza blanca y de la raza jívara, cosa de volverla un dechado de gracia y seducción.

—No importa el nombre— le dijo Proaño— me basta verla para saber quien es Ud., y para interesarme como me intereso por su suerte.

—Ah!— dijo ella con tristeza infinita, viéndose el cuerpo, viéndose el tarachi —yo no era así...

Pero de tal manera dijo estas últimas palabras, tan agobiada de dolor, que hubo un momento de silencio en todos, como que trataban de sofocar la honda emoción que ese rato experimentaban, emoción que se manifestó por las lágrimas candentes que rodaron por las mejillas de aquellas abatidas mujeres.

—Y puedo contar con el auxilio de sus hijos varones para la fuga?— preguntó Proaño a un rato de silencio.

—Desgraciadamente— respondió moviendo la cabeza con aire de desconsuelo —no con ambos. Mi Victor es tan pegado a estas montañas y a estos

jívaros que solo con ellos anda. Ahora mismo acaba de volver de la cacería a donde se fue con Churubi y con ese Japayahuara. Yo nunca seré feliz ni saliendo de aquí... Soy madre y tendré que llorar toda mi vida la ausencia del hijo que se queda. Ay! señor, Dios hizo muy dura la suerte de la madre.

Proaño, como para distraerla de ese estado en extremo nervioso en que le iba poniendo la consideración de que talvez se aproximaba la ausencia eterna de su hijo, apresuróse a hablarle de esta manera:

—No pienso en eso señora, yo creo que todo se arreglará. Mientras tanto, supongo que podemos contar con este niño que está aquí presente?

—Yo estoy listo, señor, a lo que Ud. me mande! —saltó diciendo el chico— yo sé nadar, yo sé bogar, y manejo bien la lanza.

—Ah! mi Eduardo es otra cosa— dijo la madre! él, más se parece a mi Nanto! parece que estos dos no hubieran nacido en estas montañas; tanto me han oído y tanto han visto en mí, que, fuera de su padre, tienen horror a todo jívaro. Es que todos tres son cristianos y por eso llevan al cuello como yo esos rosarios hechos por mí.

En efecto, la madre, las dos jóvenes y el niño Eduardo llevaban al pecho unos rosarios, hechos de unas cuentas negras vegetales.

—Yo siempre he tratado de inculcarles ideas cristianas —prosiguió la madre— siempre les he hablado de Dios, del demonio, del pecado. Recuerdo cómo una noche vino mi hija Nanto, niña todavía, toda ella asustada a quererse esconder de mi seno diciendo que acababa de ver al iguanchi. Yo le dije que el tal ihuanchi no existía, que no era sino una invención de los jívaros y que lo que vio de seguro a de haber sido el diablo, y que para ahuyentar al diablo no había sino que hacer la señal de la cruz, y encomendarse a la virgen, sobre todo a la virgen, a nuestra madre que es la que de seguro le ha traído a Ud. por aquí.

—Si llego —señora— a ser el salvador de ustedes como lo espero, me consideraré el más feliz de los mortales.

—Con razón ayer tarde cantó el makándua— siguió diciendo la madre, que continuaba en extremo nerviosa, y como que no atendió lo que le dijo Proaño— por aquí por estas peñas cantó. Dicen que cuando canta el makándua es para venir alguna persona o para morir alguien. Y como esta ave sabe cantar bien triste, yo, ayer cuando la oí me estremecí. A mí no me gustan estas cosas porque me parecen mal agüero. Pero esta mañana me hizo recordar mi Nanto, y me dijo que para venir Ud. había cantado el makándua. Es que mi hija Nanto vino bien impresionada de Ud. Figúrese que es la primera ocasión que ve blancos, cuando en toda su vida no había hablado de otra cosa!

"Sobre todo son cristianos, son buenos –le dije– ellos no matan, ellos no ultrajan a una mujer– "nunca he visto una cara como la del Jefe blanco– me decía mi Nanto esta mañana– nunca he visto cara semejante, y por eso quería volver a verle esta mañana cuando amaneció, cuando en eso llegó la orden de mi padre de venirme".

Y mientras así hablaba su madre, élla, Nanto, manifestaba gran complacencia de que tal relación escuchara el Jefe blanco.

Proaño que comprendió quien era Nanto, alma ingenua, casta y pura, acercóse a ella, y con ternura infinita, a la vez que con respeto, le puso la mano ligeramente sobre el hombro, como quien quería decirle muchas cosas que sentía pero que callaba. Ella como para darle a entender que recibía con gusto esa manifestación de cariño, inclinóse a su vez algún tanto hacia él, como hubiera hecho una golondrina en manos de su dueño que la acariciaba.

Proaño era en extremo sensible a estas delicadezas, y ese rato esa actitud de Nanto enternecióle a tal punto, que desde entonces creyó, con más empeño que antes, que a nada mejor debía aspirar que a sacar de aquel infierno a aquella Nanto que más que de mujer tenía de ángel.

Proaño, que advirtió luego la manera amable cómo Rosario miraba esa actitud de los dos, llegó como a reprenderse en sus adentros de no haber sido igualmente cortés con ella, y así adelantándose hacia ella, en tono como de broma pero con mucha seriedad en el fondo, le dijo: "supongo que Ud. no tendrá afectos aquí, y que se dignará acompañarnos en la fuga en que bien pronto vamos a emprender".

A estas palabras de Proaño, la rubicunda Rosario hizo un gesto tal, que más parecía decir: "¿pero, cómo se imagina que yo pueda tener afectos aquí? Y en seguida añadió: si Ud. supiera cómo le miramos a Ud. y cómo nos tiene rendidas a su voluntad? Figúrese Ud. que a los veintidós años que los jívaros nos arrancaron de Barrancas, esta es la primera vez que veo un blanco...! Y saber que en manos de ese blanco está la suerte de estas pobres cautivas!...

¡Barrancas, Barrancas!... No me hables de Barrancas!– exclamó a esto la madre con aire de espanto y con ojos saltones, como de loca –Ah! en Barrancas veo siempre la cara feroz de Intzákua con esa lanza con que mató a mi marido... Barrancas, Barrancas Barrancas!– siguió cada vez con voz más apagada, y como que presenciaba la escena, y asiéndose como un ovillo de puro horror.

Sus hijas acudieron en seguida a sostenerla, porque temieron que se viniese al suelo: "No piense en eso, piense en salir de aquí con sus hijas"– le dijeron.

No es tiempo de pensar en eso— dijo Proaño— los momentos son demasiado críticos para que estemos pensando en cosas pasadas y sin remedio.

A estas palabras reaccionó la pobre anciana, que tal parecía, aunque por su edad apenas frisaba con los cuarenta y cinco años; y como arrepentida de su actitud anterior, dijo: "Nó, nó, eso no es sino un recuerdo, un recuerdo pasajero, y nada más: eso no vale nada. Lo único que le pido es que me salve.

Pues bien— dijo Proaño— es preciso que cuanto antes me restituía a la posada, porque pudiera Intzákua advertir mi falta y seguir la pista, y descubrir mi venida aquí, y entonces... estábamos todos perdidos sin remedio.

—Y si nos matan? dijo Nanto, como estremeciéndose de terror a la consideración de que pudieran ser sorprendidas— tengo horror a la lanza —añadió.

—Es que mi hija— dijo la madre— desde que mataron a mi hermana ha quedado muy nerviosa y todo le asusta.

Eso no sucederá— dijo Proaño— no nos descubrirán; pero por lo mismo quiero volverme presto a mi peaka. Quedamos pues en que voy a disponer todas las cosas para la fuga. El momento preciso les comunicaré, pero en todo caso es necesario que se estén listas. Adiós.

—Por Dios!— le dijeron todas, poniéndole las manos en actitud de súplica, al verle que ya se iba— por Dios, no nos abandone, por compasión!

—Anda, guíale— dijo la madre a su hijo jivarito.

Proaño se alejó de ellas hondamente conmovido.

Hizo bien el Explorador de apresurarse a regresar a la casa, porque a poco que se acostó pasó por delante de él Intzákua, que había salido a hacer aguas en el patio.

La cabeza de Proaño aquella noche era una ascua. ¡Qué de pensamientos, qué de planes para la fuga! Y si dieran el golpe en falso?— se decía. En todo esto pensó, y ya poco se preocupó de su persona que desapareció a sus ojos. Todo su pensamiento eran las cautivas.

Y lo curioso es que él creía que todas ellas le interesaban igualmente, siendo así que en la que más pensaba involuntariamente era en Nanto. Acorrábase de ese momento en que ella, poniéndose en el caso de ser sorprendida, exclamó como aterrada: "Y si nos matan?". Nunca había visto Proaño ojos más expresivos y divinos como ese rato en que Nanto hizo tal pregunta.

Y así se dejó estar Proaño, hasta que su cuerpo agobiado de tanto pensar, de tanto sentir y de tanto velar, se dio al sueño, cosa de quedarse profundamente dormido, y no despertarse sino dos horas después, en momentos en que amanecía, a los gritos agudos que daba una jívora fuera de la casa.

Qué sucedía?

Como Proaño solo se había recostado y no había pensado en dormir, no se había vestido, y así al punto se puso en pie, como sobresaltado, a averiguar lo que aquellas voces significaban; tanto más cuanto que veía salir y entrar muchos jívaros y jívaras, curiosos de lo que afuera ocurría. Que pasaba?

Nada, sino que una de las mujeres de Intzákua, que estaba en cinta había llevado gran susto el día anterior a los primeros gritos de los cazadores en el cerro.

Para darse cuenta de este suceso es preciso saber que los jívaros viven siempre alerta respecto del enemigo que a la continua le acecha, esperando el momento oportuno, el menor descuido de la víctima, para acometerla. De ahí que los jívaros jamás dejan su lanza sino cuando duermen, y aún entonces siempre la tienen a su lado; y de ahí que el menor ruido les alarma, cosa de llevarse grandes sustos, creyendo que ya les cae el enemigo. Esto es lo que había pasado con la Huashúmbe, que se hallaba en estado interesante, y que era la más joven de las mujeres de Intzákua, la cual en oyendo los agudos gritos de los cazadores que venían por el cerro, se asustó malamente, razón por la cual se le apuró el parto.

Esos gritos eran pues de la Huashúmbe que paría, y era ese el primer parto, pues, como he dicho, era la más joven de las mujeres de Intzákua.

Pero entonces, por qué estaba fuera?

Salió al patio Proaño y vio con gran sorpresa entre un platanal un grupo de indias, en cuyo centro se hallaba la pobre Huashúmbe, medio en cuclillas medio colgada de unas hojas de plátano de las cuales se agarraba a dos manos. Como era primer parto, y no podía parir pronto, y las dolencias eran agudas, por eso gritaba. También Intzákua estuvo junto a la Huashúmbe presenciando el acto, arrimado en el hombro de la Sunga, otra de sus mujeres, porque no podía sostenerse solo a causa del reumatismo, razón por la cual se mantenía bien atadas las piernas.

Al pie de la enferma habían puesto uno como estrado de troncos de plátano, cubierto con muchas hojas de lo mismo, para recibir allí a la criatura.

Las que asistían a la enferma fueron la Unzáchi y su madre, la Nuandáru y la Hungúmi, otra de las mujeres de Intzákua, mientras su compañera la Huisomáche se ocupaba en casa, en el departamento de mujeres, de disponer el lecho para la enferma, y para el recién nacido una hamaca de corteza bien martajada de un árbol que llaman kamúsha.

Como advirtiese Proaño que a su presencia la Huashúmbe pareció avergonzarse, pues ordenó a los que le asistían que la encubriesen, Proaño cre-

yó prudente entrarse a la sala, sorprendido de que hasta las jívaras revelaran en tales actos cierto pudor.

Proaño con tanta mayor razón se apresuró a entrar a la casa, cuanto que notó que hasta los jívaros habían hecho lo propio; de suerte que en patio no había nadie en ese momento.

Verificado el parto, le pasaron agua caliente para lavarse; luego le dieron a tomar una pininga de agua caliente con sal y le rociaron las espaldas con lo mismo, después de lo cual entró a la casa con sus propios pies, aunque medio apoyada en la Hungúmi, y se acostó en un lecho de cañas picadas, de una vara de ancho y en plano inclinado, donde debían servirle caldo de gallina; razón por la cual se habían negado a venderle a Proaño las únicas tres gallinas que tenían. En ese lecho dijeron que debía permanecer la enferma sin beber nijamanchi, durante seis días, al cabo de los cuales se iría a la chacra; aunque lo ordinario es que casi no hacen cama. Apenas nació la criatura tuvo mucha curiosidad Intzákua de saber si era varón o hembra el recién nacido. Pero sufrió gran contrariedad cuando vio que era hembra. Decían que a ser varón hubiera habido gran fiesta.

Proaño, en tono de broma, preguntóle a Intzákua, si mientras paría la mujer, él no había sentido ningún dolor en el vientre. A lo que le contestó Intzákua con risas, porque, cómo le iba a pasar nada a él cuando no era mujer. "Lo único que me pasa— añadió Intzákua— es que a mis hijos cuando están recién nacidos no les quiero, sino que más bien les tengo miedo; razón por la cual no duermo con mi mujer lo menos una o dos nantos, tiempo en que ya empiezo a cobrar cariö a mis hijos".

De este momento de buen humor de Intzákua se aprovechó Proaño para comenzar a poner en planta los planes que para la fuga se había trazado. Con pretexto de que en la sala había mucha gente mandó construir un rancho en medio platanal, donde hizo pasar los víveres y parte de los macabeos; y él con algunos se quedó en la sala.

—Bravo Intzákua— le dijo— es muy sensible que tú estés así tan enfermo con este doloroso reumatismo: es preciso curarte. Parece que los remedios que se te aplica no son eficaces; si tú quieres yo te curaré, yo tengo buenos remedios. He resuelto no seguir adelante en mi viaje, y de aquí volverme a Macas; pero no quiero irme sin dejarte completamente sano.

Proaño no era muy fuerte en medicina, pero con todo creyó que podía hacerle al jívaro ciertas aplicaciones con buenos resultados.

Intzákua, al oír decir al Explorador que había desistido de seguir su viaje, y que de allí regresaba a Macas, no pudo disimular el gusto que tuvo al oír esta nueva y los ojos le brillaron de alegría.

—Y por qué no quieres seguir adelante una vez que has venido hasta aquí? le preguntó Intzákua, a quien no dejó de sorprenderle esa inesperada resolución del Jefe blanco.

—Es que me han dicho— respondió Proaño— que la navegación del Morona es muy larga, que el Marañón está muy lejos, y ya los víveres se me agotan.

—Te han dicho bien— dijo Intzákua— el Marañón está lejos, bien lejos de aquí. Y todavía se vuelve más distante— siguió diciendo— a causa de que el Morona no corre en línea recta, como el Pastaza y el Santiago, ríos estos que con la violencia del tigre se lanzan siempre adelante sin torcer ni al un lado ni al otro; al paso que el Morona parece una serpiente dormida.

Con lo cual dió a entender Intzákua las numerosas curvas, las muchas y muchas eses que este gran río iba trazando en su pesado y lento correr. Las anteriores palabras de Intzákua le hicieron pensar a Proaño que este gran geógrafo salvaje no confundía al Morona con el Santiago, sino que los consideraba distintos, según era su manera de expresarse. Datos semejantes había venido recogiendo en las otras jivarías; cosa por cierto que estaba en pugna con lo que habían afirmado los civilizados ecuatorianos, quienes decían que el Santiago era el mismo Morona. Y hubiera querido Proaño hacerle algunas preguntas a Intzákua con el fin de aclarar esta cuestión geográfica, pero no era este el momento de hablar del asunto, y así siguió adelante en lo que venían tratando.

—Si, le dijo Proaño a Intzákua— porque me han dicho que la distancia de aquí al Marañón es muy larga por eso he desistido de seguir adelante; pero no quiero irme sin dejarte bien curado.

—Está bien dijo Intzákua— cúrame pronto, bastante me duele, sobre todo la una pierna.

Proaño, cuidadoso como estaba de dar toda la apariencia de verdad a lo que de asegurar acababa a Intzákua, dijo a los macabeos la misma cosa, esto es que había resuelto no seguir adelante, sino regresar a Macas, a fin de preparar allí una nueva expedición con más gente y más pertrecho; lo cual por cierto fue motivo de gran sorpresa para los macabeos, que tan a fondo conocían esa como fiebre de Proaño por descubrir el Morona.

Al único a quien el Explorador descubrió sus ocultos propósitos fue a Herrera Cevallos, en quien tenía la más absoluta confianza.

Esta estratagema de Proaño surtió muy buen efecto, por cuanto así los macabeos como el mismo Intzákua contaron a todos los jívaros la nueva resolución de Proaño. Y estos entonces que no dejaban de mirar con bastante recelo al Jefe blanco, imbuidos como estaban por Intzákua, cambiaron de modo y comenzaron a manifestarse solícitos con él. Proaño acudió a este ardid, no solo porque tenía entre manos una empresa muy ardua, sino también porque algo había podido traslucir respecto de algo que contra sí tramaban, empeñados como estaban de impedir a todo trance el viaje de Proaño al Marañón, a donde Intzákua temía que llevase nuevas respecto del paradero de las cautivas.

Procedió pues Proaño a la curación del enfermo.

Como para el Explorador la panacea universal era el agua, aún para el reumatismo, le aplicó en las articulaciones y en los músculos enfermos paños calientes unos tras otros, en seguida de lo cual le puso, calentadas al fuego, hojas de una planta que abunda en todo el Oriente Ecuatoriano, que los macabeos llaman guaco; hecho lo cual envolvió las partes enfermas con bayetas de lana. Y como llevaba alcohol consigo, dióle también a tomar una maceración alcohólica del mismo guaco; bebida que Intzákua se tomó con gusto, más que por remedio, por lo fuerte del alcohol.

Feliz anduvo Proaño en esta curación; pues increíble es como de un día a otro mejoró tanto que casi se le quitaron los dolores, cosa de ponerse Intzákua contentísimo y dócil para con su improvisado médico.

Intzákua, en reconocimiento de verse tan mejor, le invitó a Proaño a una pesca en el río, para ese día; pesca por cierto a anzuelo y con redes, porque barbasco listo no tenía para una pesca en grande escala.

Intzákua, sobre todo lo que se proponía con esta invitación a Proaño, era hacer bien que estaba tan bien que ya podía bajar al río con sus pies y sin ningún apoyo. No es verdad que estuviese enteramente sano como él aparentaba, pues la verdad es que todavía tenía dolores, pero él los ocultaba, porque él, como todo jívaro, sobre todo los capitanes, por nada de este mundo quieren aparecer ni viejos. Y tanto que cuando Proaño le propuso repetir la curación, Intzákua no quiso prestarse, alegando que ya estaba curado.

Proaño que sabía cuánto los jívaros se interesaban por el matrimonio de Etza con Churubi, llamóle aparte a Intzákua, y descubriole la conversación que con Churubi había tenido respecto de Etza, el ofrecimiento que le había hecho de influir en ella en su favor, y le manifestó que creía llegada la ocasión de cumplir con lo ofrecido, para lo cual le pedía consiguiera de Tihuiruma que le recibiera a él, a Proaño, en la misma canoa en que fuera Etza.

Intzákua accedió gustoso a los deseos de Proaño, y Tihuiruma estuvo más listo aún a acceder a tan pequeño pedido.

Solo con esta ocasión salió Etza con su tía la hercúlea y anciana Angukera, que hacía de Ujaja en las fiestas, la cual por primera vez se dejó ver de Proaño, y se la presentó al Jefe blanco, con quien siempre se portó seria, a pesar de las recomendaciones de Etza.

Como parece que Tihuiruma aconsejó a Etza le atendiera a Proaño durante el paseo, ella se estuvo siempre con él y con su tía.

La animación fue grande; los muchachos desnudos, seguidos de perros se adelantaron a la playa, mientras los demás se disponían a bajar al río con sus cerbatanas y con sus lanzas; pero Proaño, con Etza y Angukera y marcial Noguera se adelantaron de los demás, mientras los muchachos como he dicho, corrían adelante jugando y haciendo bulla.

Quizá Proaño sólo ahora iba dándose cuenta de lo deliciosos de aquel lugar en donde había pasado estos días: a medida que bajaba por allí iba admirando ese conjunto hermoso de la bella cuenca del Chaymi. Como la casa de Intzákua se hallaba situada en una alta y anchurosa meceta, para bajar de allí al río pasábase por grandes escalones que a su vez eran otras tantas mece-tas cubiertas de numerosas matas de algodón, de caña de azucar, de plátano y tabaco, y muchas otras plantas; y por veredas de bellísimas palmeras, de guayacanes, y de higuerones, de yumi-numis, de huashiki-numis, de huambushinumis, y otros árboles extraordinariamente corpulentos, casi tanto como el hikopo que vió en casa de las cautivas, según que tenían hasta veintiseis y veintiocho metros de circunferencia en la base, y cuyas raíces se dilataban en mayor extensión todavía, formando bambas o aletas enormes que hacían de paredes de grandes cuevas cuyo techo formaban los nudos de los troncos. Como del árbol de las cautivas, también de las copas de algunos de estos árboles pendían en gran número nidos de hasta un metro de largo de huokis, que los macabeos llaman sachamangos, el ave que mejor canta en el desierto; y que en el canto supera al mismo cherlecrés, según que, mejor que él sabe imitar el chillar de los monos, el parlotear del guacamayo, el mujir del toto del tumbumbe, el garguear de la garza; esa descarga de trinos, esas pausas y variadas modulaciones del ruiseñor; tanto el grito de aquella ave que llaman el bandido, como el canto divino del pingullero, y como esas notas en menor del mákándua o huagtahuay.

Así bajaban por aquella ladera, admirando Proaño las bellezas que le rodeaban, cuando llegaron cerca del río, a una alta peña, desde donde se dominaba toda la playa y los cerros de la banda opuesta del Cháymi. Casi invo-

luntariamente, lo primero que hizo Proaño llegando allí fue echar una mirada a la lejana chorrera y el corpulento hikopo de las cautivas, que se dejaban ver al través de una neblina. Parece que el ánimo de Proaño se contagió ese momento de la tristeza de aquella neblina, y clavó los ojos en esa chorrera y en ese hikopo; pero bien pronto dióse cuenta de lo mal que hacía en mirar allá, y así, por disimular, imitó a Etza y a la Angukera a sentarse en las bandas de uno de aquellos árboles corpulentos cuyas gruesas raíces serpenteaban por la peña hasta el río; y luego, dirigiéndose a Etza, al tiempo que mostraba el cerro de enfrente con la vista, le dijo: "Por allí bajó el Churubi trayendo un tigre para tí".

Proaño le habló de esta manera con el fin de tentarle su estado de ánimo respecto del hijo del Achuara.

Pero Etza no contestó palabra.

—Churubi te quiere mucho, está ciego por tí— le dijo al fin resueltamente —Churubi tiene razón porque en realidad eres hermosa.

—A estas palabras, involuntariamente, se arregló Etza las shaukas que al pecho traía.

—Quién ignora— siguió diciendo Proaño— que eres la más bella del desierto? Tu fama en alas del viento vuela por montes y valles, y tanto los jívaros como las Nungüis, el Achiotte como la Zúa, tanto el Ihuanchi como el dios Yusa, como Ayuta, como el viejo Atzúta y más divinidades que habitan en las nubes, todos a una proclaman tu hermosura. Qué voluntad por poderosa que sea no se rinde ante tí? Por eso, el terrible Churubi, formidable fuerza de las selvas, que así corta cabezas humanas en la guerra, como derriba osos y tigres en la caza, el gran Churubi, el atlético Churubi, el formidable Churubi te ama, y es justo que tú le correspondas.

Mientras Proaño se limitó a hacer los elogios de Churubi y a ponderarle el afecto intenso que ella había sabido inspirarle, Etza no solo escuchó con gusto las palabras del Jefe blanco, sino con satisfacción y orgullo, tanto porque le tenía muchas simpatías, que ella maliciosamente se empeñaba en ocultar, como porque sabía ese ilimitado prestigio que de guerrero y cazador gozaba en todas las jivariás. Pero, tan pronto como oyó consejos de corresponder a Churubi, ella le miró la cara no sólo con sorpresa sino con mal disimulado disgusto.

La manera salvaje cómo le miró, hízole temblar a Proaño, que creyó acaso haber cometido una indiscreción.

Proaño sabía bien que un enojo de Etza podía perderle, y más en esos tan críticos momentos por los que atravesaba. Es que Proaño sufrió una equivocación.

Etza, desde que oyó sonar por el desierto con tanta fuerza la fama de Proaño, y llegó a saber que a él debía ella su salvación de las garras de Mashu, concibió por el Explorador profundas simpatías. Y cuando le conoció y recibió de sus manos tan preciosos presentes y bailó con él, entonces, sus simpatías por el Jefe blanco casi podemos decir se tornaron en afecto, que Proaño estuvo lejos de adivinar, pues que él apenas supuso en Etza manifestaciones transitorias. Y sólo ese momento, al ver ese airado rostro de Etza y esa manera de erguirse y encrespase, como quien se ve contrariada y se siente herida en su amor propio ilimitado, sólo entonces, digo, Proaño pudo alcanzar algo de lo que en el ánimo de Etza pasaba. Y entonces cambió de táctica:

—Pobre Churubi— dijo Proaño— el estado en que se encuentra es tal, que merece compasión. El no debe esperar de una mujer como tú que le corresponda, se trata nada menos que de la hija del más poderoso monarca de todas las jivará; de la sobrina de Tihuiruma, el vencedor de Mashu, y de la más bella de las mujeres; y una mujer así no se dobla fácilmente, aun cuando se trate del gentil y famoso Churubi; pero, por lo menos merece Churubi gratitud, porque mucho te quiere. Yo le he visto doblarse por tí como se dobla el roble al ímpetu del huracán, yo le he visto; y para decirte la verdad hasta tuve celos de verle así, porque tú debes estar segura de que no solo Churubi te ama, sino cuantos hemos tenido la dicha de admirar tu hermosura. Tu fama es tal que aún los que no te conocen ya se rinden ante tí, y esto pasó conmigo; pues ya desde mucho antes yo estaba rendido ante tí, y cuando llegué a conocerte, ví que tu hermosura superaba a tu fama, y que el sabio y viejo Atzúta se había complacido en encerrar en tí más belleza que la belleza que encierran todas las aves, todas las mariposas y todas las flores de la selva.

Proaño al hablar así, hablaba es cierto con bastante exajeración, más en el fondo no le engañaba, porque la verdad del caso era que se complacía en admirar esa su hercúlea hermosura, y sobre todo ese su rostro, que tanta gracia tenía al través de su gesto salvaje. De suerte que Proaño no la amaba, pero sentía por ella las más vivas simpatías, las cuales se le aumentaron cuando llegó a advertir que había cobrado alguna afección hacia su persona. Mucho le miraba a Nanto la noche que veníamos por el Chaymi— le dijo Etza con gran sorpresa de Proaño.

El Explorador iba a contestarle disculpándose, cuando la jivara sin darle tiempo a la respuesta, se levantó bruscamente y dijo: "Vamos", y echó a ba-

jar la peña hasta el río, en donde ya se encontraba haciendo bulla mucha gente que había tomado otras sendas.

Proaño la siguió, pero confundido en extremo, pues mientras por un lado le sorprendía el notar en ella ciertos celos, pasión propia solo de los hombres, pero casi ajeno a todo pecho de mujer jívara; por otro, no dejaba de recelar su enemistad, si, dada la inclinación que Etza le había mostrado, llegaba ella a persuadirse de que él no la correspondía, y de que era otro el objeto de sus afecciones. Recelo de Proaño tanto más fundado cuanto que veía que al hablarle de amores a Etza, no podía hacerlo con esa expresión de sinceridad y entusiasmo con que suele un amante verdadero. Porque hay que saber que a Proaño le sucedió una cosa bien curiosa, y es que, mientras no conoció a Nanto, Etza le atrajo todas sus simpatías y toda su atención, hasta el punto de llegar a engañarse y suponer que estaba enamorado de ella cuando en realidad no lo estaba; pero que tan pronto como conoció a Nanto, cual si esta virgen del Cháymi hubiera sido una maravilla mágica se sintió al punto en que la vio arrebatado por sus hechizos, pero tan hondamente que cuando hablaba con Etza, ya no era sino un autómatas, que todo su pensamiento estaba en Nanto.

Hermoso se puso el Cháymi aquella tarde con esa muchedumbre de jívaros y macabeos que, desde sus canoas y la orilla del río, pescaban, ya con anzuelos de fierro, ya de hueso, ya de chonta, y ya también con redes.

Como advirtiese Proaño que las piraguas sólo se cargaban al lado derecho y que ninguna iba a la izquierda del Cháymi, preguntó la causa de ello, y le contestaron que un peje monstruo había por este lado, llamado purahua, que solía absorber a cuantos se acercaban por allí, y demostraron como el punto más peligroso uno en donde las aguas eran sombrías y hasta oscuras, a causa de la mucha profundidad que allí había y de la sombra que allí hacía un espeso follaje. Y lo grave para Proaño fue el ver como justamente por allí había pasado aquella noche a ver a las cautivas.

Como cogieron mucho pescado, mientras unos se ocupaban en lavarlo y prepararlo, otros formaban grandes hogueras donde asaban los pescados envueltos en hojas.

Todos a la formación de las hogueras, y atraídos por el fuego y por la carne, dejaron sus piraguas y se vinieron a ponerse en torno de las llamas. Solo Intzákua y Tihuiruma se dejaron ir muy lejos río abajo, entretenidos como estaban en negocios al rededor de Nanto, según después llegó a saber Proaño. En torno de una hoguera estaban los macabeos, y en las demás los jívaros, entre los cuales se encontraba también Japayahua, el que había traído los cuatro puercos a regalar a Intzákua, con interés de Nanto.

Churubi, que siempre andaba con Pándama, acercóse también a la hoguera en que Etza se hallaba, con pretexto de atizar la candela, a cuyo calor estaban también la Angukera y Marcial Noguera.

El espíritu soñador de Proaño estaba como sugestionado ese momento, en ese clima delicioso, paradisíaco, en que sólo brisas perfumadas les envolvían. Porque en realidad era hermoso ver cómo se dibujaban en las aguas, tanto de las orillas del río como de una isla que allí había esas grandes cabezas de plátano maduro y sus elegantes hojas, y sus dorados papayos y naranjos, y sus frondosos guabos silvestres, y la graciosa toquilla a cuyas purpurinas flores venían a chupar la miel, aves de bellísimos colores, la elegante chambira, y las magníficas palmeras y cien árboles floridos.

En todo el tiempo que Proaño había permanecido en el Oriente, no había visto abundancia tal de insectos, de colores varios, ya de oro, ya de fuego, ya tornasolados. Jamás había visto tal enjambre de bellas mariposas, que cual doradas ilusiones flotaban de la una a la otra margen del río, mientras a lo largo de él parecían surcar, a modo de naves, elegantísimas garzas blancas que ondulaban graciosamente en los aires casi a flor de agua.

El zumbido de las abejas aquel momento fue para Proaño uno como golpe mágico al cual despertó su alma a nuevos y fantásticos ensueños. Es que Proaño llevaba consigo un libro de un autor italiano titulado "La Música", del cual diariamente leía algo de aquellas magníficas páginas y estaba por lo mismo dispuesto a oír música en todo, hasta en el silencio de aquellas soledades: las cascadas, los grillos, las cigarras, todo le parecía música; y aquellas notas, cuando ya habían pasado, aún le quedaban vibrando en su interior como voces de lo supresensible.

Así flotaba la fantasía de Proaño, cuando oyó de pronto uno como concierto que le levantó a otras regiones: Es el caso que existe en el Oriente Ecuatoriano un ave que los macabeos llaman "El Pingullero", cuyo delicado canto se parece a doble flauta, o por mejor decir, a doble oboe. Una ve de esas, por si solas, hace las delicias del viajero, y cuando bandadas de ellas se posan en los árboles y echan a cantar, aquello parece un concierto celestial. Ya mucho antes había oído Proaño aquel cantar de aquella ave en el desierto, y sucede que cuando oyó hablar a Nanto por la primera vez, encontró mucha semejanza en su voz con la dulce voz del pingullero. De suerte que aquella tarde de la pesca, al oír aquel concierto de aquellas aves, la imagen de Nanto con todos sus hechizos surgió en su interior con mayor fuerza.

Así estaba Proaño mirando maquinalmente al fuego, cuando Etza que a la sazón había llevado la vista hacia las cautivas, de pronto dijo: "la Nanto!"

Alzó la vista Proaño, y en efecto vio cómo por el cañaveral acababa de ocultarse una mujer, que por la distancia no distinguió quién fuera, pero que la vista de lince de Etza dio con que era Nanto.

Proaño sintió gran turbación a estas palabras de Etza, cosa que ella lo advirtió, y se quedó mirándole la cara con viva curiosidad, hasta que llegó a decirle ciertas cosas que él no entendió, pero que Noguera se encargó de traducir: "dice la Etza —dijo a Proaño el intérprete— que Ud. se ha puesto primeramente colorado, después pálido, y que ahora está verde, y sólo por haber nombrado a la Nanto. Interpretación que alcanzó a oír Majalda, a quien la Kanakuchi le había enviado que pasara por allí, como en efecto lo hizo, jugando al disimulo con un perro que, porque había corrido demasiado estaba jadeante y con la lengua afuera. Es que la Kanakuchi estaba muy curiosa de saber lo que en ese grupo conversaban, y por eso le envió a Majalda como he dicho, porque ella no se atrevía a acercarse allí de temor a Proaño.

En efecto, Proaño iba sintiendo sucesivamente en su semblante los síntomas de que la jívara le hablaba: primeramente sintió como llamas en la cara, luego frío y después hielo.

Proaño era como los ingleses, y aún más que los ingleses, en esto de hacerse colorado de todo, hasta de nimiedades. Baste decir que cuando estuvo en la escuela, niño aún, le pasó un chasco tal que no se olvidó el pobre Proaño en los días de su vida: Sucede que una ocasión, uno de sus condicípulos, en momentos en que el maestro les explicaba el catecismo, pidió licencia para salir afuera a donde se necesitaba, y cuando entró, entró llorando. Por qué lloras le preguntó el maestro— Señor le responde con voz temblorosa el angustiado chico —señor, me han robado mi sombrero, y quiero que me averigüe quién es el ladrón. Y al decir esto miraba a todos sus compañeros como para descubrir en el semblante quien pudiera ser aquel famoso Frías. El imprudente maestro, indignado de tan inaudito robo, miró a todos como su discípulo, con mirada investigadora, y luego dijo: "el que se haga colorado, ese es el ladrón del sombrero". Claro está que el niño Proaño estuvo inocente del caso, como debieron estar todos menos uno; pero como desde muy niño era en extremo delicado y susceptible, al oír al maestro tal sentencia, y al verle llevar la vista a todos los rostros curioso por descubrir, se le viene a Proaño el temor de acaso enrojecerse a pesar de su inocencia. De tal modo influyó este temor en su ánimo que en efecto sintió como fraguas las mejillas, a lo cual no solo las miradas del maestro sino de todos los muchachos se clavaron en él. Como viese el tal institutor que se trataba de un niño decente en quien era imposible suponer tal ratería, hizo el desentendido y prosiguió explicando el catecis-

mo. Mientras tanto el pundonoroso niño se echó a llorar de rabia y de vergüenza.

Pues si esto le había ocurrido a Proaño aún en cosas de poca monta y cuando tenía conciencia de que se hallaba inocente de toda inculpación, ¿cómo se habría puesto ese momento en el Cháymi, delante de Etza, ante quien en vano se empeñaba en ocultar su afecto a Nanto? Y digo "en vano", porque no sólo su modo, sino hasta sus mejillas le traicionaban a la perspicacia de la inteligente Etza.

Pero aunque Etza era la más jívara de las jívaras, tenía a veces arranques tales de generosidad y hasta de delicadeza, que le dejaba atónito a Proaño, que a cada paso estaba palpando el salvajismo de la hija de Tungura, salvajismo que se revelaba sobre todo en sus adornos. Etza con su gran penetración llegó a darse cuenta exacta de cómo Proaño abrigaba un afecto que en vano quería ocultar; pero al mismo tiempo comprendió claramente que también ella era objeto de las más grandes simpatías de Proaño, y de la gran contrariedad que de esta lucha de sentimientos experimentaba el Jefe blanco. Y así, como una deferencia a Proaño y como resignándose con esa situación, tomó de pronto unos ayampacos asados que estaban fuera del fuego enfriándose, y ella con sus manos ofreció uno a la Angukera, otro a Proaño y otro a Churubi.

Este acto inverosímil, y acaso imposible en cualquier otra raza, sobre todo la blanca, no lo era en la jívara, en quien los celos como he dicho no tienen mucha fuerza en pecho de mujer.

Esta era la primera manifestación de amistad que Etza le había hecho a Churubi; y así el bizarro achuara atribuyó este acto inesperado de Etza a influencias de Proaño, y desde ese momento cobró hacia él gratitud profunda.

Proaño por su parte no sólo experimentó ese momento honda satisfacción, sino gratitud hacia la hermosa hija de Tungura; y sintió dilatársele el espíritu, que había estado como comprimido, y parecióle que se le abrieron ese rato de par en par las puertas de un nuevo mundo y mejor que le ofreciera el destino. Tal era el sentimiento que tenía de no poder amar a Etza como hubiera querido, y tal el temor de sus enojos.

En ese estado de ánimo de Etza, ya Proaño se creyó autorizado a emplear otro lenguaje: "Píngara, Píngara!" – le dijo a Churubi, refiriéndose a Etza.

Churubi la miró con ojos como de ebrio, que tal era el amor que le tenía, y con tímida sonrisa, dijo: "Ah! píngara, píngara!"

Etza hizo la sorda, aunque no pudo disimular cierta desdeñosa satisfacción, y como que no fuera con ella, volvióle a Churubi las espaldas, con el pre-

texto de ofrecer a Noguera pescado y yuca asada, al tiempo que le dijo no sé qué.

A Proaño le gustaba ver esas actitudes de Etza, que revelaban lo enrevesado de su carácter, a pesar de ser salvaje, a la vez que le compadecía a Churubi de haberse enamorado de una mujer tan versátil y caprichosa, de esas que suelen abundar entre las civilizadas.

—Qué es lo que Etza te decía— preguntóle Proaño a Marcial Noguera.

—Tu Kapitio solo a las blancas ha sabido querer, me dijo bromeando, respondió el interprete.

Proaño naturalmente al punto entendió que Etza al hablar de esa manera se había referido a Nanto.

En esto regresaron de su larga correría Intzákua y Tihuiruma, los cuales después de comer sabrosos bocachicos y damas y huevos de tortuga, con yuca y plátano asado, y beber hartos nijamanchi, subieron a la posada, seguidos de la numerosa comitiva, la cual traía también consigo dos hermosas tortugas que Proaño se apresuró a comprar.

Intzákua, por mucho esfuerzo que hizo por ocultar el dolor ya no le fue posible sostenerse por sí solo, y desde la mitad del camino tuvo que apoyarse en brazos ajenos para poder llegar a la casa.

Es que la humedad del río, por un lado, y por otro la imprudencia del jívaro en haberse negado a que le administraran por segunda vez la medicina, que con tan buen éxito le propinó Proaño el día antes, esta imprudencia, digo, fue causa de su peoría.

Una vez llegados a casa, apresuróse Intzákua a pedirle a Proaño le repitiese aquella bebida, que a más de sabrosa también le había sentado.

Proaño le dijo entonces que la bebida sola no bastaría, si no se repetían también los paños calientes, y sobre todo si no se sometía dócilmente a sus prescripciones, hasta quedar completamente curado.

Intzákua le respondió que así lo haría siempre que le dejase curado a la brevedad posible, por cuanto tenía mucho que hacer.

En efecto le puso los paños calientes y las hojas de guaco y le dio a beber la maceración alcohólica de la misma hoja, que esta vez estaba más bien preparada, y le dijo: "Veamos cómo amaneces. Si amaneces mejor, mañana te diré lo que has de hacer".

Está bien— dijo el jívaro.

No había acabado Proaño de curar al enfermo, cuando se le acercó Tihuiruma para cobrarle la escopeta que en la isla de Yakuincha le había ofrecido dársela en Intzákua—Jea.

Gran sorpresa y contrariedad sufrió Proaño a esta inesperada reclamación de Tihuiruma; pues en primer lugar Proaño se había olvidado del tal ofrecimiento, y en segundo lugar deshacerse de una arma de fuego que, en esos momentos de mayor peligro, en que tramaba una tan peligrosa fuga, era exponerse a imprudencias que podían costarle caro.

Proaño en su turbación no acertó por lo pronto con la más oportuna respuesta, y así se limitó a decirle que ese era un asunto muy sencillo, y que de ello hablaría al día siguiente.

—Pero es que yo mañana me voy y quiero llevarme la escopeta que me tienes ofrecida— replicó Tihuiruma.

—Cómo, mañana...? Pero no me dijiste que ibas a estarte aquí unos tres días más?

Sí, así pensé— respondió Tihuiruma— pero esta tarde he conversado largo con Intzákua sobre un negocio que mucho me interesa, y he resuelto irme mañana mismo a Yakuincha.

Alegróse Proaño en sus adentros del viaje de Tihuiruma, porque así se libraba de un jefe formidable que en los momentos precisos podía causarle daño.

—Y entonces, te llevas a Etza? —preguntó Proaño como sorprendido, viendo como estaba el grande interés que los jívaros tenían en fomentar los amores de Churubi.

—No, Etza se queda— respondió Tihuiruma— porque no voy directamente a Yakuincha, sino primero al Makumma, de donde tengo que ir a llevar cuatro puercos bien gordos que allí tengo. Del Makumma paso a Yakuincha, y de Yakuincha me vengo aquí a llevar a Etza. Mientras tanto Etza se queda acompañada de su tía Angukera.

Al oír decir que volvería a llevarla a Etza, alegróse Proaño, porque entonces tuvo como salir de ese atolladero en que iba metiéndose, y así le dijo:

—Puesto que vas a volver, aquí te espero para entregarte la escopeta cuando vuelvas, tú sabes que aquí tengo que permanecer unos días curando a Intzákua.

—Sí, pero puedes irte antes de mi vuelta, y es mejor que me la entregues.

—Si te la diera ya, pero están sucias todas las escopetas, y hay que limpiarlas, y para limpiarlas se necesita por lo menos un día de buen sol, y tú ya mañana partes. Además tú sabes ya que yo no me voy al Amazonas, sino que de aquí me vuelvo a Macas, y entonces por fuerza tengo que pasar por la isla de Yakuincha, y allí te dejaría la escopeta si aquí no nos viéramos antes.

—Veamos cual es la escopeta que me debes— dijo— quiero conocerla.

Cuando se la trajeron, apiñaronse todos los jívaros en torno, sacando unos ojos bien grandes, y haciendo en el paladar ese sonido metálico que indicaba en ellos admiración y aún envidia, como en este caso le tenían a Tihuiruma. Este que ya estuvo vacilando, al ver como brillaba el arma delante de sí: "Dáme no más— dijo al tiempo que trató de empuñarse el arma— quiero llevármela de una vez para matar mundapakis.

Mundapaki dicen ellos al puerco saíno.

—Ya te digo que hay que limpiarla— le dijo Proaño— pero esta escopeta es tuya, yo te la daré cuando vuelvas, o te la entregaré en la isla de Yakuincha cuando pase por allí. Y antes quiero aprovecharme de tu ida y encargarte una carta para que la mandes a dejar en Nanki-jea, con encargo a su vez de que Nanki la envíe a Macas con los que de allá vengan a llevar sal del Mangosisa. En esa carta anuncio mi regreso a Macas dentro de breves días a fin de que me esperen.

Y como para acabar de inclinarle a Tihuiruma, que ya se mostraba otra vez vacilante, le regaló Proaño dos botes de pólvora, y le dijo que cuando le entregue la escopeta le daría también bastante pólvora.

Tihuiruma empuñó con avidez la pólvora, y como resignándose le dijo: —Está bien, te dejo la escopeta para que la limpies bien, pero cuando me la entregues me has de dar también bastante pólvora, bastantes municiones y bastantes fulminantes.

—Cuanto tú quieras te daré— le dijo Proaño contento con su triunfo— y yo en persona voy a tenerle la escopeta bien limpia.

—Darásme el papiera, dijo refiriéndose a la carta que Proaño quería encargarle para mandar a Nanki.

Como los jívaros no pueden decir papel, sino papiera, también las cartas llaman así.

Proaño tan pronto como tuvo ocasión, le dijo también a Tihuiruma que tenía el gusto de comunicarle que sus trabajos en favor de Etza y de Churubi iban muy adelantados, bien adelantados, y que le ofrecía que durante su ausencia no dejaría de trabajar en el mismo sentido.

Esto le gustó mucho a Tihuiruma, quien entonces creyó conveniente la permanencia de Proaño en la casa de Intzákua por unos días más, y ante esa expectativa acabó por conformarse de regresar al Makumma sin la escopeta.

Proaño pues, que quiso aprovecharse de la ida de Tihuiruma a Yakuincha, de donde con seguridad enviaría la carta a Nanki-jea, apresurose a escribir a Manuel Medina de Macas, una carta que cerró con un lacre llamado yukaypi, con encargo de enviar la que iba adjunta a la ciudad de Quito, la cual

carta adjunta estaba por cierto muy lejos de hablar de ningún regreso a Macas, y en la cual se expresaba en los términos siguientes: "Querido Ricardo:

"Me tienes ya muy adentro de las selvas, en las regiones del Morona, en las riveras del Cháymi, afluente del gran río. Yo te ofrecí hacerte en toda carta la descripción de los lugares por donde fuera pasando. En efecto, hubiera querido hablarte del Morona, de ese río cuya vista me llenó de asombro, porque resultó superior a su fama, y de mayor magnificencia que yo esperaba; quería también hablarte de su pesca varia e infinita, de sus innumerables tortugas, de su vegetación que estoy seguro no ha de haber igual en el mundo, pues no es posible hubiesen desarrollado troncos de tan extraordinaria corpulencia".

"De todo esto hubiera querido hablarte, pero no tengo tiempo, porque ahora me preocupa algo más serio que el descubrimiento del Morona. Tú creerás que he perdido la cabeza al hablarte así, tú que sabías cuánta era mi locura por descubrir este grandioso río".

"Ah! es que no puedes imaginarte lo que he venido a presenciar aquí en el Cháymi, y lo que aquí he sentido; sobre todo lo que aquí he sentido..." "Estoy jugando con la vida en estos momentos; nadie sabe el desenlace que tendrá lo que está tramándose. Pero cualquiera que sea el resultado, aunque salga muerto yo, y aunque todos salgan muertos, estos momentos que estoy viviendo son bien vividos. Jamás he sentido la intensidad de la vida como ahora siento. Tú pensarás acaso en Etza. Ciertamente Etza está aquí, y de ella pudiera escribirte un libro; pero Etza ha quedado reducida a segundo término aquí en el Cháymi. Es que tú no puedes figurarte lo que es Nanto! No hay joya con que poder compararla, no hay maravilla de la naturaleza que pueda igualarse a Nanto: piensa en un colibrí, en una libélula, en los esplendores de una mariposa; piensa en una paloma o en el dulce cantar de un pingullero; piensa en el arco iris con que tan magníficamente se engalanan los cielos; piensa en fin en todos los primores, en todas las delicadezas del universo, y de todo ello hay en Nanto.

La otra noche cuando estuve hablando con ellas al pie de un corpulento hikopo, cargado de magníficos nidos de huokis o chuinguites, cuyos nudos y raíces habían formado una cueva tan grande que por su puerta podía pasar derecho un hombre de alta talla, aquella noche, digo, mientras hablaba con ellas, veía ese árbol tan extraordinariamente corpulento, donde la vida rebo-saba en todas direcciones, y veía al lado una palmera delgada, pero alta, pero airosa, e involuntariamente en mi interior creía ver en ese hikopo y en la palmera una imagen fiel de la Etza y de la Nanto: en el hikopo veía robustez y vi-

da rebosante, y en la palmera veía ostentarse la más noble y delicada gentileza: el hikopo me infundía asombro, como todo lo robusto, como todo lo fuerte, como todo lo grandioso; pero la palmera penetró a lo más hondo de mi ser como un soplo divino, como un filtro mágico, que me embargó todas las potencias, cosa de producir en mi alma impresiones que no parecían de la tierra sino del cielo. Es que ese rato me hallaba junto a Nanto..."

"Pero se me olvidaba decirte quién es esta Nanto".

"Ella es nacida en plena selva, justamente en las riberas del ameno río en que me encuentro: ella es hija de Intzákua, terrible jefe de los chaymis; pero, su madre no es jívara, sino blanca, quien ha sabido inculcar en su hija las maneras cultas de su raza junto con su religión y su lengua; Nanto hasta en sus adornos es sobria como una civilizada; Nanto por sangre y por educación, más pertenece a nuestra raza; si algo tiene de raza jívara, es lo más hermoso en ella; los ojos, por ejemplo, son negros como suelen serlo los de los descendientes de Kirruba, pero, tienen además no sé qué ojera, no sé qué gracia seductora e inexplicable en los ojos, sobre todo cuando demuestra temor y angustia, que uno no puede menos que admirar el poder de Dios que tales prodigios obra. Aunque Nanto es nacida en estas selvas, y es hija de jívaro, con todo, fuera de su padre, ella tiene horror al jívaro, y más horror todavía a esta vida salvaje. Es que ella es cristiana, porque su madre, como te he dicho, supo inculcar en sus hijas nacidas de varón jívaro, su idioma y su religión desde su más tiernas edades".

"Su madre he dicho!... Que triste es ver que la humanidad padezca tanto!, y que así existan corazones tan nobles y sensibles a quienes la fatalidad haya sumido en lo más hondo del abatimiento! Tengo su figura grabada en la memoria, y no recuerdo haber visto ni en la realidad ni en pinturas de los más grandes maestros nada que revele una actitud más abatida, y que a tal extremo haya llegado ese cansancio físico y moral. ¡Pobre viejecita! Apenas tiene cuarenta y cinco años, y ya la cabeza está blanca, y ya es viejecita... Hace más de veinte años, niña aún, salió de fuga del seno de sus padres, con un cauchero español de apellido Ansola, con quien se casó en Iquitos, de donde emprendieron varios viajes Marañón arriba, hasta que en uno de esos fueron sorprendidos en Barrancas por los jívaros, quienes mataron a su esposo y a otros miembros de familia, y arrebataron vivas a estas selvas, a ella, que más tarde debía ser la madre de Nanto, a una hermanita menor, llamada Carlota, y una cuñada de aquella".

"Recordarás tú lo que te pasaba a tí y me pasaba a mí cuando leímos en Quito, en la historia del padre Velasco, los horrores de los araucanos en Chile

al mando de Caupolicán, y en la misma época, los horrores de estos jívaros en estas selvas al mando del feroz Kirruba, cómo incendiaron ciudades enteras y dieron muerte a todos, y se llevaron consigo como tres mil mujeres de Logroño, y como seis mil de Sevilla de Oro, y cómo tu al escucharme tantos horrores, te levantaste del puesto en que te hallabas sentado, y con grande agitación te pusiste a pasear exclamando: "Pobres mujeres!, mil veces más desgraciadas que las Sabinas, las cuales al fin fueron arrebatadas solo por bárbaros y nó por jívaros! Mil veces la muerte hubieran querido antes que verse arrastradas al corazón de estas selvas por los mismos asesinos de sus maridos, por esas fieras que no tenían más ley que sus bestiales instintos".

"Y cuando yo leía aquella historia, y tú hablabas así, cuán lejos estuve yo de pensar que un día había de ser testigo de algo semejante! Aquí no hay el número, pero hay el hecho y eso basta para que se te parta el alma de dolor. Pobre mujer!

"La madre de Nanto no ha muerto, porque así es la cruel naturaleza, que parece alimentar la vida para mejor ensañarse en las torturas de su víctima. Esta mujer no ha muerto materialmente, pero su alma está convertida en pavesas!... En mi vida he visto avatimiento ni más hondo ni más desgarrador. Intzakua, cuando vio a esta mujer cual flor marchita, ajadas sus carnes y sin los atractivos de la juventud, entonces ya nada tuvo que hacer con ella, porque para los jívaros ninguna fuerza tienen los embelesos del alma; y así, cansado de ella, la mandó lejos de sí, a formar chacras al otro lado del río... Manera estúpida de vejar. Estoy seguro que desde aquel día ha de haber tenido algún descanso aquella desgraciada mujer, pero entre tanto, cuánto ultraje a la humana dignidad! Y la misma suerte le esperaría a su hija Rosario, que ahora es mujer de Intzákua, si el cielo no me hubiera enviado aquí".

"Ahora mismo la pobre señora está que no sabe qué hacerse con su Nanto. Figúrate que este Intzákua ha entrado en negocios al rededor de Nanto, con el terrible Japayahuara, feo como un oso, y que es el jefe de los feroces pusiagas, sikuangas, anasas, cetuches y otros".

"Japayahuara quiere decir león, pero más que león es oso. ¡Y si vieras como se cura esa especie de lepra que tiene con esa leche de kindorranjo!" "Y es éste quien está tratando de conquistar la voluntad de Intzákua para llevarse consigo a Nanto. Le ha traído en este viaje cuatro chanchos bien gordos, e Intzákua está satisfecho con el presente, y ya parece que le ha dado alguna esperanza".

"La madre de la virgen del Cháymi, ya te digo, está medio loca; pero nada como esa cara de angustia de la Nanto!"

"Quizá su madre hubiera hecho mejor en no darle la educación que le ha dado, en no enseñarle religión ninguna, y sobre todo en no infundirle tal horror al jívaro. Pobre Nanto! Pero yo ya no pienso más que en salvarlas. Y si la salvo será para mí, mayor gloria que el ser descubridor, que el ser conquistador".

"Cuando tú recibas esta carta, ya el drama se habrá terminado... sea cual fuese su desenlace.

"Volverás a recibir carta mía? Nadie lo sabe. El destino es oscuro. Adios".

En efecto, al otro día muy por la mañana partió Tihuiruma con algunos acompañantes, llevándose consigo la carta de Proaño.

Pero, por qué tanta prisa en irse cuando tan tranquilo se estaba? Qué es lo que había ocurrido.

Nada, sino que Tihuiruma venía ambicionando a Nanto desde hacía algún tiempo; y ahora, al saber las pretensiones de Japayahuara, y sobre todo el regalo a Intzákua, de los cuatro cerdos, entró en calentura, y le habló del asunto a Intzákua en términos muy serios. Para Intzákua era este negocio bien comprometido; por un lado, Japayahuara era el jefe de poderosas tribus, y además, le había aceptado ya el presente de los cuatro puercos; por otro lado, Tihuiruma era el jefe de los poderosos miázaz, el vencedor de Mashu y nada menos que el hermano de Tungura, y sobre todo, Tihuiruma le había ofrecido regalar no solo cuatro sino ocho puercos bien gordos. E Intzákua se daba cuenta del sacrificio que con ello hacía Tihuiruma, dada la grande necesidad que de puercos tenía para sus magníficas fiestas de tzántzas, después de una guerra tan sangrienta como la que acababa de sostener, y de la cual guerra Tihuiruma tantas y tantas cabezas se había traído. En tal conflicto Intzákua no sabía que hacerse; pero, como en todo caso los puercos le interesaban, tanto los que le habían dado Japayahuara, como los ofrecidos por el jefe de los miázaz, le dijo a Tihuiruma que fuera a traerlos.

Sería curioso ver cómo desenredaba esta madeja el codicioso Intzákua.

Mientras tanto Japayahuara, que algo ha llegado a sospechar de lo ocurrido entre Intzákua y Tihuiruma, se muestra con aquel un tanto rosquiuerto.

Como los medicamentos que la noche anterior le administrara Proaño a Intzákua le habían sentado bien, y el jívaro amaneciese muy mejor, mostróse en extremo dócil a Proaño, a quien le dijo que haría cuanto le mandase, con tal de verse curado pronto y definitivamente.

Proaño entonces le dijo que lo que por lo pronto le convenía era hacer mucho ejercicio hasta sudar, a fin de que vengan a aflojarse las piernas. Que desde luego se limitase aquel día a recorrer el cerro vecino, y que según el resultado ya vería lo que después podía convenirle.

En efecto se fue llevándose algunos compañeros.

Proaño, a poco que partió Intzákua, sentóse pensativo en un tronco, a la entrada del platanal, en donde, como el colibrí, zumbaba el sretza, un hermoso pájaro azul que se alimentaba de plátano; cuando a poco oyó cerca de sí un ruido en la hojarasca, como que algún animal anduviera por esa dirección. Volvió la vista Proaño y se encontró que por entre las matas de plátano le llamaba el hijo de la cautiva, aquel mismo niño que días antes había venido con un mensaje de su madre. Proaño se adelantó en seguida hacia él a ver lo que había.

—Señor— le dijo —el mozo— mi madre me manda a ver en qué paran las cosas y qué ha resuelto Ud.; si piensa siempre en salvarnos. Mi madre y mis hermanas lloran mucho, y temen que si pasan algunos días llegue a descubrir mi padre, y que entonces nos matarían a todos, y le matarían a Ud. Y eso es lo que temen, sobre todo por Ud...

—Diga en su casa— respondió Proaño— que no me duermo, que pienso en ellas, y que preparo la fuga sin perder minuto. Y Ud. por su parte procure descubrir cuántas canoas hay aquí.

—Eso yo sé todo— dijo el niño— yo sé dónde hay canoas y cuáles son sus dueños.

—Muy bien, pues diga Ud. en su casa que estén siempre listas, y que estén alerta; porque, si yo no puedo pasar a anunciarles en persona, les enviaré uno de mi confianza. Y que en todo caso se estén listas. Y que si tienen lanzas allí o arma de cualquier género, que las recojan.

—Muy bien, señor, todo se hará como Ud. quiere. Buenas tardes...

En momentos en que los dos se separaban acertó a pasar por ahí el brujo Majalda, el protegido de la Kanakuchi.

Por fortuna no pudo haber oído palabra de lo que hablaron, pero le vio al hijo de la cautiva que acababa de apartarse de Proaño, y eso era grave. Este Majalda era inquieto como la hiena, tenía un aire siniestro y por todas partes se encontraba. Su presencia le hacía a Proaño la impresión de una víbora, sobre todo desde que supo que mantenía no sé qué secretas relaciones con la horrenda bruja Kanakuchi.

Ya por la tarde oyeron por el cerro el ladrar de los perros y los gritos de los jívaros que volvían, lo que fue para Proaño buen augurio, por que si tan contentos venían, era claro que a Intzákua le había sentado bien el ejercicio.

En efecto, llegaron. Intzákua estaba contento, había corrido mucho y tenía las piernas flexibles. Todo marchaba bien; Intzákua más dócil que nunca; y todos los jívaros le miraban a Proaño con cierto supersticioso respeto.

—Si no temiera la humedad del río— le dijo Proaño a Intzákua— te dijera que vayas a dejarme hasta la isla de Yakuincha; pero temo que no estás todavía completamente sano, y que te vuelva la enfermedad con mayor fuerza, porque los remedios que te he dado son tales que, cuando se empeora uno, la recaída es peor que la enfermedad; y eso es lo que trato de evitar, que recaigas. Pues, ahora te voy a curar por última vez, y te voy a aplicar remedios nuevos y más eficaces aún; y luego, para mañana, preparas una gran cacería, a fin de que tengas ocasión de correr mucho y de luchar con las fieras. Cuanto más corras y cuanto más luches, el sudor a de ser más copioso, y tu mejoría a de ser entonces radical. No importa —añadió Proaño— esperaré aquí unos días más; pero si vuelves completamente sano como te aseguro, tú me acompañas a Yakuincha, para que vean allá todos los jívaros del Míaza que ya estás sano y fuerte, y no te desprecien creyéndote enfermo e inútil para la guerra.

Y mientras le dirigía este sermón, sacó unos botes de pólvora y le dijo: —Lleva tus escopetas a la cacería, y por si acaso te falte pólvora, aquí tienes ésta, llévala para que me traigas grandes osos y grandes tigres. Y si matas ciervos, mejor, que toda la carne que compraremos a pura pólvora. Y, cuando vuelvas, nos iremos a Yakuincha.

Intzákua al ver los nuevos botes rojos que le obsequiaba, al pensar en la carne de venado que cambiaría con pólvora, y en el viaje a Yakuincha, a presentarse lleno de orgullo, de verse sano y vigoroso, Intzákua no cabía de gusto. Y si Intzákua se manifestaba así, los demás jívaros revelaron también mayor entusiasmo, a la vez que con mayor interés aún le miraban a Proaño como a un ser superior o sobrenatural, sobre todo, cuando veían la docilidad de Intzákua y el placer que revelaba. Las mujeres, que sacaban las cabezas por entre las paredes de cañas, se mostraron así mismo risueñas y satisfechas de lo que presenciaban.

Curóle, pues, con más esmero Proaño a Intzákua aquella tarde, y como amaneciese mejor, preparó Intzákua una gran correría por los altísimos cerros del Cháymi. De sus hijos, llevóse a Pándama y a su primogénito el terrible Ambutzerá, y llevóse también a algunos de los principales, y a muchos súbditos suyos. Aunque Churubi más tenía ganas de quedarse, Intzákua se empeñó

en llevarsele y lo llevó acompañando a su hijo Pándama. También le invitó a Japayahuara, pero este que venía desconfiando de la lealtad de Intzákua y que tan contrariado estaba, no le aceptó la invitación; fuera de que, este astuto curaca del Cetuche, y pretendiente de Nanto, no veía con buenos ojos a Proaño, contra quien tenía no sé qué presentimientos.

Intzákua en sus adentros contentóse de que Japayahuara se quedase. Como viera que su jefe no aceptaba la invitación de Intzákua, tampoco quisieron irse con el Jefe del Cháymi la mayor parte de los cetuches. También de los chaymis se quedaron muchos para hacer la corte a los cetuches.

Con todo, Intzákua se fue como con unos veinticinco jívaros.

Todo el Cháymi se puso en movimiento en esta correría; por todas partes resonaban tenembas, por todas partes ladraban los perros cazadores, y gritos salvajes que revelaban alegría, lanzaban los indios en todas direcciones.

Hasta que, una vez que hubieron partido, todo quedó en silencio, y sólo se oyó por el lado del río el canto lúgubre del Makándua, el ave de mal agüero.

Majalda, que se había contagiado de todo el odio que la Kanakuchi le tenía a Proaño; que sabía que Japayaguara se había venido del Cetuchi, trayendo puercos a Intzákua a ver si en cambio se llevaba a su hija Nanto; Majalda, que aquella tarde de la pesca había alcanzado a oír la interpretación que el macabeo hacía de las palabras de Etza relativas a Proaño y la Nanto; Majalda, que había advertido esa especie de aversión que Japayahuara le tenía al Explorador; Majalda en fin que era el más inmundo reptil de la jivaria, que se alimentaba de los huesos que le sobraba la Kanakuchi, quien a su vez los recibía de Etza y otras manos compasivas; ese Majalda, digo, a quien su humilde condición jívara le tenía siempre dispuesto a las acciones más negras y repugnantes, si ello era necesario para agradar a quienes le mantenían; ese Majalda le tenía al corriente a la Kanakuchi de cuanto ocurría con Proaño.

La bruja que ardía en sed de venganza contra el Explorador, creyó llegada la ocasión de satisfacer sus peores instintos; pero ella sabía cuándo y cómo debía hacerlo.

Majalda le dijo a la Kanakuchi que convenía hacer saber a Japayahuara lo que respecto de Proaño y Nanto había visto. Y cuando se disponía a poner en ejecución lo dicho, la Kanakuchi le contuvo.

Esta bruja, aunque simple sirvienta de Etza, al fin y al cabo había vivido en la corte, y sabía hacer las cosas con menos precipitación pero con mayor eficacia. Y así le dijo a Magaldi que no convenía comunicar el asunto directamente a Japayahuara, sino por medio del ihuanchi; que para eso eran

brujos, para poder comunicarse fácilmente con el negro genio de las selvas, razón por la cual todos les temían y todos les creían cuanto en nombre del ihuanchi revelaban. Pero que ahora no convenía fuera ella quien evocase al ihuanchi, por cuanto era bien sabida la protección que a Proaño prestaba Etza, quien en la isla de Yakuincha le había impuesto no meterse más en esas cosas. Y que en consecuencia, quien debía tomar el natema era él, Magaldi, cuidando eso sí, de que Etza no se apercibiese de que estaban de acuerdo los dos en este asunto.

Por una extraña coincidencia, aquella noche sufrió un recargo la Huashúmbe, mujer de Intzákua, que estaba parida; quien se puso mal, y, en tal conflicto no quedaba otro recurso que acudir al médico, y el médico entre los jívaros era el brujo.

No importaba que el brujo Magaldi no hubiese podido restituir la salud a Intzákua, a quien como médico de cabecera tantas veces curó, a causa de que el médico de casa estaba ausente; no importaba, pues el brujo era brujo, y continuaba guardando su prestigio de tal, ante los jívaros.

Y así las demás mujeres de Intzákua le pidieron con fe al brujo que se apresurase a curar a su compañera; tanto más cuanto que por ahora no había, como he dicho, mas brujo en Intzákua-jea; pues aunque la Kanakuchi también lo era, pero era mujer, y no estaban acostumbrados a curarse con médico femenino, a quien más que fe le tenían miedo. Preciso era pues acudir al único que a la mano tenían, a Magaldi.

Y como los brujos solo curaban la noche, la hora era oportuna, pues ya eran las ocho y aún los que no dormían, todos estaban en sus camas.

Tomó pues el brujo zumo de tabaco por las narices, zumo que le dió un viejo que hacía de Huéa o sacerdote.

Mientras así absorbía el mencionado zumo, llamaba con voz ronca a los monos, a los tigres y más fieras de los montes, en su auxilio.

Hecho lo cual salió y se internó en el bosque.

Al cabo de rato volvió con una tea de kopal en la mano, todo el tembloroso y excitado, cantando un aire que tenía no sé qué de melancólico y lánguido, a la vez que de lúgubre.

Cuando ya estuvo cerca de la puerta, apagó la tea y cesó el canto...

A poco se le oyó escupir para arriba con fuerza, y luego se puso a silbar un silbido tal, que le pareció a Proaño más siniestro que el mismo canto. Un re de silencio...

Entonces se oyó otra vez el canto, pero ya no afuera sino adentro de la sala.

El brujo había entrado y se dirigía al lecho de la enferma, en momentos en que el representante de Intzákua, con voz de trueno, mandaba al médico sacar las enfermedades del cuerpo de la enferma.

El recogimiento de todos era grande.

Otro momento de silencio...

Era cuando limpiaba ya el cuerpo de la Huashúmbe con ciertas hojas, y se limpiaba también el suyo con las mismas.

Hecho lo cual se puso a chupar con fuerza la parte dolorida, y luego como a volver lo que tenía en el estómago, con cierta respiración interrumpida y violenta a modo de hipos.

Mientras tanto, el representante de Intzákua no cesaba de mandar al brujo con voz aterradora que siguiese curando, y que le avisase quien era el hechicero que así le había introducido las enfermedades en el cuerpo de la Huashúmbe, para matarla.

El brujo entonces volvía a chupar con mayor fuerza a la enferma, y escupir para arriba con gran ruido, como para ahuyentar los males, a la vez que sus fuertes excitaciones nerviosas le hacían castañetear los dientes cual si violentos calofríos padeciera.

Así estaba, cuando de pronto se puso a cantar más feamente que de primero, y así cantando cantando iba dando los nombres de las sabandijas que encontraba en el cuerpo de la enferma. Y como para mejor convencer a todos de la verdad de lo que venía diciendo, él, que tan hábil era para imitar a todo animal, dio un chillido tan sutil y apenas perceptible, que todos creyeron fue una lagartija lo que acababa de extraer de la infeliz enferma.

Y el estupor y el recogimiento en todos era cada vez mayor. Todos temblaban.

Pero, quién era ese cobarde enemigo de Intzákua, que así tan solapadamente se había atrevido a introducir en el cuerpo de la más joven y linda mujer de Intzákua esas chontas, esas lagartijas, esas arañas, que el brujo médico iba sacando del cuerpo de la enferma?

Ah! Todos temblaban de furor y todos bufaban... Todos querían conocer al cobarde aquel para pasarle con su lanza!

En manos del brujo estaba pues señalar la víctima. Pero aún no convenía.

Estaba bien aleccionado de la Kanakuchi y temía el enojo de Etza; pues a más de lo que le había dicho la Kanakuchi, él mismo era testigo de las deferencias que la princesa tenía por Proaño, y cuanto había dicho en su favor a las mujeres de Intzákua y a su propia tía Angukera, razón por la cual con tan buenos ojos le miraban al blanco, fuera de la Ujaja Angukera.

En consecuencia, era prudente no cargar sobre sí con toda la responsabilidad ante Etza, la protectora de su Kanakuchi, sino que convenía hacer que pesara toda sobre un sér sobrenatural, a quien Etza nada podría hacer, ya a cuya sabia voz todos se sometían en silencio, desde Etza para abajo, y cuya orden no provocaría murmuraciones de nadie, sino que por el contrario sería al punto ejecutada.

Y así estaba cantando ronca y lugubrementemente, cuando salió de pronto... "Sí, sí... la voz del ihuanchi, la voz del ihuanchi! —dijo a poco, todo el tembloroso y como poseído de extrañas convulsiones— Sí... bien... yá, yá... natema, natema, sí, que tome el natema, quiere que tome el natema. Dice que el sabe, que él sabe quien es el cobarde; que él me avisará, que él me avisará... Ah!, sí, sí, que él me avisará.

Y alzando el tono, con voz imperativa y más ronca que antes, exclamó: ¡natema, natema!, natema! al soñador... natema, natema!...

Como movidos por un resorte eléctrico se levantaron todos de sus camas con grande agitación.

Proaño se estremeció, porque creyó más inminente el peligro, y apresurose a preguntar al intérprete lo que había.

—Es que el brujo va a comunicarse con el ihuanchi, dijo friamente el macabeo, que no estaba muy en los adentros de las cosas— porque el iguanchi le ha ofrecido avisarle en sueños, quién le ha introducido esos sapos en el cuerpo de la parida. I, como para hablar con el ihuanchi no es el mismo que para curar, ya no es solo zumo de tabaco lo que tiene que tomar el brujo, sino natema, y no aquí en la casa sino en el bosque.

Proaño comprendió al punto el pensamiento de aquel malvado brujo, y muy al disimulo se puso alerta con su gente y sus armas.

Los macabeos le dijeron que no era cosa de alarmarse, y que aún había que esperar tres días.

Pero mientras el macabeo le puso al Explorador al corriente de lo que pasaba, ya todos los jívaros y jívaras, hombres y niños, todos se pusieron en grande actividad, y hasta los perros se pusieron a ladrar.

Encendieron numerosas teas de kopal; cada cual tomó su tamboril, su flauta y otros instrumentos, y todos, poniendo al sacerdote y al brujo a la cabeza, y el tunduy tras de ellos, luego a las mujeres de Intzákua con Etza y Angukera que era la Ujaja, todos en procesión, subieron por un camino que serpenteaba como culebra que para el efecto habían barrido bien y cubierto de algunas flores que habían alcanzado a coger.

Y así subieron y subieron a la cumbre de la colina sagrada cubierta de cerrado follaje y de extraordinarios matapalos, kopales, huasíkis-numis, zúas y más árboles corpulentos; y allí, en esa cumbre construyeron un pequeño templete, a modo de rotonda, sostenida sobre columnas y cubierta de hojas de palmera.

Llegados allí, hombres y mujeres, asidos de las manos y al son de tambores, pífanos y flautas, comenzaron a girar y a bailar en torno del templete, y a cantar en coro dirigido por la Ujaja, la anciana Angukera de colosal estatura.

Y mientras así giraban y así cantaban, el huéa, al tan tan del tunduy daba a tomar el natema al brujo Magaldi, con respeto tan profundo como suele el sacerdote católico cuando dá la comunión.

A poco de tomar comenzó el brujo a sentir los efectos del narcótico. Primeramente se le vió reír y hacer salvajes gestos de placer.

Ah!– decían todos– está gozando, está gozando...

A veces gargueba como la garza.

Y decían– Sí, sí, está soñando que navega por lagos deliciosos, está soñando. Luego decía el brujo: Ah!, los lagartos en las nubes, las panteras las panteras.

Y entonces todos decían: –Sí, ahora sueña que está volando por las nubes que han tomado esa forma de animales.

A veces imitaba el canto de las aves, y todos decían: ah, yá, yá... lindas aves está cazando con su certera flecha, lindas aves, lindas aves...

Hubo un momento en que todo él parecía respirar voluptuosidad y que en sus ojos centellantes le brillaba la lascivia.

Y todos entonces guardaron el más profundo silencio, revelando cierta solemnidad en sus semblantes.

Pero estas deliciosas visiones le duraron poco, porque rápidamente cambió de actitud y su semblante se tornó en torbo, y ya no parecía hombre sino fiera, y más que fiera era un poseído.

Al principio como con cara de estupor y espanto, y con los pelos de punta miraba a todos moviendo la cabeza lentamente y cerrando cada vez con más fuerza los puños de las manos; y como un tigre de erizados lomos, encorvarse al tiempo que miraba a uno de los jívaros fijamente. Diríase que era una fiera que iba a lanzarse sobre su presa, y tanto que el jívaro se retiró de allí porque tuvo miedo.

Luego comenzó a torcerse y a bufar: su respirar era tan fuerte que parecía vapor comprimido que se escapaba; y hacía un supremo esfuerzo en tor-

cerse, cosa de cubrirse de sudor todo el cuerpo. Y más esfuerzos aún hacía por safarse de los brazos con que los más robustos jívaros le sugetaban. Entonces apoderóse de él tal furor que echó a insultar a Intzákua, a Etza, a Angukera, a Ahuananchi, a Japayahuara; luego insultó al dios Atzúka, a las Núnguis, y sobre todo al Ihuanchi, a quien le desafiaba con su lanza, llamándole "Cobarde".

Y el brujo hechaba espuma por la boca, y sus ojos eran llamas, y rugía y rugía fieramente, y blasfemaba, insultando y provocando a singular combate a todos los cobardes genios de las selvas.

Y de seguro que ninguno de los allí presentes se hubiera escapado con vida, a dejarle en libertad y poder haber a la mano la lanza que buscaba. Por fortuna se le fue aflojando poco a poco ese estado de infernal excitación, a la que siguió una especie de entorpecimiento de todos los sentidos; hasta que sintió mucho peso a los párpados y se entregó por último al más profundo sueño. En este momento todos se retiraron, en esperanza de que en estos tres días muchas cosas relativas a la familia, a la tribu, al estado, le revelaría el ihuanchi, y sobre todo, le daría el nombre de aquel cobarde que así tan feas sabandijas supo introducir en secreto en el cuerpo de la Huashúmbe, la más joven y linda de las mujeres de Intzákua.

El momento para Proaño era solemne.

Solo tres días!... al cabo de los cuales ya se sabía que la víctima era él.

Y en ese intervalo ya podría volver Intzákua con su gente, y la situación empeorar.

Su provisión de mandar a hacer un rancho dentro del platanal, no podía ser más oportuna; sobre todo al haber hecho trasladar allí todos los víveres y el haberles acostumbrado a los jívaros a ver dormir en el mencionado rancho gran parte de los macabeos cuando no todos.

Sólo Proaño nunca faltó de Intzákua-jea.

Proaño que con tanta atención había seguido las ceremonias del nate-ma, tuvo antes de nada el acuerdo de enviar con el jívaro Antonio un lío, como la vez primera, que contenía una esquila para las cautivas.

En esa esquila les decía que la hora de la fuga había llegado, que saliesen a esperarle a orillas del río, y que hiciesen traer a un solo punto cuanta canoa hubiese por ese lado.

Despachada la esquila, pensó en algo que podría servirle de mucho para la realización de su peligroso plan.

Sabía bien cuánto gustaba a los jívaros toda bebida fermentada o alcohólica; y, como el traía alcohol creyó oportuno aprovecharse de esta afición de los salvajes.

A pesar de lo terco que consigo andaba Japayahuara, con todo conocía lo bastante el carácter jívaro, y así tuvo seguridad de que al ofrecerle una copa no le rechazaría.

Tan pronto pues como regresaron de la ceremonia del natema en la colina santa, Proaño llamó aparte a su gente, y les dijo: Voy a dar a cada uno de ustedes una copa de agua, pero esa copa la van a tomar aparentando placer, como si se tratara del más delicioso licor. Después que haya tomado el primero se acercará otro y me pedirá una copa, y así unos tras otro irán pidiéndome todos y yo a todos les iré dando.

Y así fué.

El primero a quien Proaño ofreció una copa fue a Pedro Carvajal, uno de los más sabidos macabeos que al Explorador acompañaban. Carvajal se tomó esa copa con la avidez con que suele tomar su aguardiente un ebrio consuetudinario, echándose la cabeza para atrás y como devorando con los ojos el fondo de la copa, al tiempo que hacía caer en la boca abierta la última gota de ella, cual si se tratara del néctar de los dioses, y haciendo en seguida en su lengua y paladar cierto ruido, y al punto otro diferente en la garganta, de donde le salió una fuerte y prolongada respiración, con que dio remate a su largo y provocativo saborear.

Tan pronto como Juan Velín vio como Carvajal se devoraba así tan exquisito licor, acercóse también él a Proaño y tomó a su vez la copa con igual arte y caso más que Carvajal; luego vino Marcial Noguera, y así uno tras otro todos; después de lo cual les ordenó retirarse al rancho que tenían en el platanal.

No sólo los jívaros de inferior escala se vieron atraídos por esa bebida que debía de ser por todo extremo deliciosa, sino que el mismo Japayahuara miraba con envidia a los macabeos que así bebían.

De esta buena disposición de Japayahuara se aprovechó Proaño para acercarse a él y ofrecerle una copa, ya no de agua, por supuesto, sino de alcohol, mesclado con una pequeña dosis de agua.

Japayahuara cogió con ansia la copa y la apuró con la misma avidez con que a los macabeos había visto hacerlo. Más como la copa era grande y la bebida fuerte, se atoró y echó a toser con fuerza, cosa de hacer reír a todos los jívaros a carcajadas, tanto que del gusto que tenían daban golpes en el suelo con las plantas de los pies y se apretaban la barriga, mientras una jívara que ese rato mascaba masato de yuca, cosa de tener los carrillos como inflados, rióse con tanta fuerza que esparció lejos el masato que en la boca tenía.

Cuando le pasó la tos a Japayahuara, Proaño le preguntó si quería otra copa, pregunta que le hizo con temor de que no le aceptara, pues lo que se proponía era repetirle y repetirle cuanto el jívaro quisiese. Por fortuna, Japayahuara no quería darse por vencido, y que por otro lado apreció más que antes aquel licor, pidióle más; pero esta vez ya no e tomó de un solo golpe como al principio sino por partes. Comenzó por probar y saborear, precaución de que el mismo se río, viéndole la cara a Proaño, y con él todos los jívaros. Terminada esa copa, todavía Japayahuara pidió mas, pues que esta vez no solo le pareció esquicito aquel licor, sino que le atribuyó la virtud de comunicar valor y fuerza al que la tomaba, según que lo sentía correr como fuego por sus venas y sus entrañas.

Los demás salvajes no quisieron ser menos que Japayahuara, y así también ellos pidieron otra copa.

La actitud de estos estimuló a Japayahuara, quien a su vez pidió también otra copa, y con tanta mayor razón cuanto que ya estaba alegre y con ánimo para todo; lo cual atribuyó a la acción de tan preciosa bebida.

Y las copas menudearon.

Bien pronto se sintió Japayahuara no sólo alegre y vigoroso, capaz de desafiar a todas las fieras de la selva y de atravesar él solo con su lanza a todos sus enemigos, sino con ánimo de levantar el vuelo por los aires y encumbrarse hasta las nubes como el churubi. Y ya con los brazos aleteaba. Estos síntomas le hicieron suponer de que esta bebida encerraba virtudes semejantes al natema, y que si tomaba de ella con mayor cantidad podría en sueños comunicarse con el genio de las selvas, quien entonces le haría saber cosas ignoradas y le daría los nombres de sus más encarnizados enemigos, y de cuantos estaban para asaltar su casa, y hacerle daños en su persona y en sus mujeres; y sobre todo le comunicaría valor o ímpetu para acabar con todos ellos, cosa de quedarse dueño absoluto de toda la ribera izquierda del Morona, sin otro vasalleje que el de Tungura. Pero nada como las aspiraciones que recibiría del ihuanchi, respecto de los madios que debería emplear para llevarse consigo a su Nanto a que le sirviese bastante nijamanchi, burlando así las pretensiones de su poderoso rival Tihuiruma hermano de Tungura.

E inflamado Japayahuara con estas consideraciones que a la acción de aquella espirituosa bebida más y más se le abultaban, pidió más a beber. Y esta vez bebió con ambas manos: tal era el ansia que tenía. Y Proaño no sólo le dió una más, sino que le repitió ótra y ótra. Y no solo a Japayahuara, sino a todos los demás salvajes.

Y era curioso ver cómo ebrios ya se imaginaban tener delante de sí al enemigo, suponiendo tal a sus propios compañeros; y luego haciendo en lo hondo de sus pechos una especie de zumbido cada vez más fuerte, simulaban acometerse, mujiendo cada vez con mayor fuerza.

Y tal era la embriaguez en que se hallaban que en realidad se acometían, cosa de chocar fuertemente y venirse al suelo, de donde por cierto no volvían a levantarse, porque allí se quedaban roncando.

Sobre todo el formidable Japayahuara cayó al suelo con tal fuerza que lo hizo temblar como si hubiera caído un árbol corpulento.

Las mujeres que aún no dormían festejaban ese cuadro con risas.

Entonces Proaño se dirigió a ellas y también les dió a beber el mismo licor; pero sólo alcanzó a darles a dos copas a cada una, porque no quisieron más. Y en su deseo de dejar a Etza bien impresionada en todo caso en su favor, sacó de bolsillo unas lindas shaukas que tenía, y parte de ellas se las obsequió a ella, y parte a su tía la Ujaja Angukera, la cual, a pesar de su actitud hostil contra Proaño, nunca rechazaba sus regalos. Y le dió además a Etza dos botes de pólvora para que ella con su mano se los ofreciera como obsequio suyo de ella a Churubi. "Quiero que le hagas este regalo como cosa tuya y no mía –le dijo– que yo por mi parte le he de hacer también otros regalos cuando él venga".

–Gracias, generoso Kapitio– le dijo ella– como tú quieres, yo le he de dar esta pólvora a Churubi cuando el venga, le he de hacer dar con mi tía Angukera; pero quiero que también tú con tu mano hagas lo propio, porque Churubi te quiere mucho.

En eso las mujeres de Intzákua le pedían a Proaño que también a ellas les regalase shaukas, como acababa de hacerlo con Etza y la Angukera. Proaño les dijo que ya no tenía más shaukas en el bolsillo, que todas estaban en las maletas bien guardadas, que ya era tarde para pensar en abrirlas, que tenía sueño y que se iba a dormir; pero que, en amaneciendo les daría a todas no solo shaukas, sino pañeas y espiks, esto es pañuelos y espejos, y cuanto más quisiesen. Les dijo por último, que antes de irse a dormir les pedía le aceptasen por última vez una copa. La que tomaron.

Como era bastante tarde de la noche y a causa de las copas que tomaron, pronto las jívaras también se quedaron profundamente dormidas.

Capítulo XIII

LA FUGA

Más o menos media noche. Entonces Proaño, que había aparentado acostarse, se levantó: Un momento quedóse en pié, y, por ese fuerte respirar de todos, entendió que todos dormían. Empuñó la fuerte lanza de Japayahua-ra, y sin hacer ruido, con la punta de los pies se apresuró a salir.

Una vez en el patio, suspendió la marcha; no sé por qué le pareció que alguien le aguaytaba el tiempo estaba medio cubierto, y esa imponente soledad llena de sombras le hizo estremecer. Hasta que resueltamente, sin temor de las víboras que de noche abundaban, se escurrió por el espeso platanal en dirección del rancho.

Llegado allí todo estaba listo, como Proaño lo había ordenado, pero ninguno de los ahí presentes sabía de lo que se trataba. Llamóle aparte a Pedro Carvajal, el cazador de tigres, y le dijo: "Solo tú puedes llevar a cabo la empresa que te voy a encomendar. Todos en este momento duermen profundamente en casa de Intzákua. Nada hay que temer. Entra pues allí y sin hacerte sentir y con la presteza y tino que la gravedad del caso lo exigen, cojan un tunduy entre dos de los más arrogantes, traíganlo aquí. Pedro Carvajal retrocedió involuntariamente a estas palabras de Proaño. Que es lo que estaba oyendo! Cómo profanar el tambor sagrado de los jívaros, sin exponerse a una muerte segura?

Carvajal retrocedió así, a tal extremo, a causa de que no tenía ningún antecedente, atribuyó a la inexperiencia de Proaño, en cosas jívaras, tamaña osadía. Pero tan pronto como vió que el Explorador insistía en el asunto con serenidad y resolución, entendió entonces que se trataba de algo muy serio que Proaño se proponía, y que por lo mismo había que hacer lo que él quería sin observarle; pues hartó conocía Carvajal el carácter y la rectitud de criterio de Proaño para tener que obligase a un despropósito. Y así la única observación que volvió a hacerle que acerca del peligro que corrían al despertarse los salvajes en el momento preciso de sacar el tunduy. A lo que le contestó Proaño que nada debían de temer por cuanto les había dado a beber hartó alcohol

y estaban todos borrachos. Fué Carvajal con los demás a cumplir con tan peligrosa comisión. No pasaron diez minutos cuando Proaño vió maravillado que Carvajal regresaba no solo con el tunduy sino con todas las lanzas que consigo había podido traer, y sobre todo con las dos únicas escopetas que allí tenían los jívaros.

El robo del tunduy era una de las medidas más eficaces que Proaño efectuó para llevar a cabo su peligrosísima aventura.

Bien sabido era que al despertar Japayahuara de su borrachera y advertir que los apachis habían desaparecido tendrían al punto que advertir que así mismo las cautivas, y en consecuencia Nanto, habían también desaparecido; y que entonces, enfurecido Japayahuara no pensaría en mas que en la persecución a muerte de los apachis. Para ello a lo primero que había que acudir era al tunduy, puesto que, con el tunduy pondrían en seguida en movimiento a todos los jívaros del bajo Chaymí, los cuales a su vez pondrían en alarma a los numerosos jívaros del Morona, ya río arriba ya río abajo del Chaymí.

Lo que más temía Proaño no era una acometida de frente; en primer lugar, porque casi nunca suelen acometer en esta forma sino en la de emboscada: y en segundo lugar, porque los jívaros sabían bien que los apachis llevaban armas de fuego y que era bien sabido que ante armas semejantes los jívaros temblaban.

Y en consecuencia, ni el número le arredraba al atrevido Explorador. Lo que si temía Proaño y mucho, era una celada, lo cual era fácil para los jívaros, acostumbrados como estaban a este sistema de acometer al enemigo en sus eternas guerras.

Y en ese sentido era preciso tomar las precauciones del caso.

Si así se preocupaba Proaño en esta aventura, en que tanto temía alguna desgracia personal, no era por cierto por su persona, puesto que con abnegación verdaderamente heroica había renunciado, ante más sagrados intereses, no sólo la vida, sino lo que es más la gloria, por la cual hubiera dado mil vidas. Quiénes pues así le preocupaban y le tenían en extrema ansiedad, ante el peligro de la fuga?

Eran las cautivas.

Las cautivas!...

Las páginas más tiernas y sentidas se podrían escribir al rededor de esta exclamación que interiormente me hacía Proaño: ¡las cautivas!...

Pero aunque el porvenir se presentaba oscuro, preciso era llevar adelante y prontamente, el noble propósito que había concebido de salvarlas. Pero si la ansiedad de Proaño era grande, mayor aún era la de las mujeres, que tan a

fondo conocían la astucia y la ferocidad de los jívaros, así como la habilidad y la rapidez con que se movían por las selvas tanto de día como de noche; y más cuando recordaron horrorizadas la manera cruel como mataron a la que fue cuñada de la anciana Dolores, aquel día nefasto que trataron en vano de fugar, huyendo en esta vida de martirio.

La pobre anciana, que veía que su hija Rosario estaba en las garras de Intzákua, y que su hija Nanto iba a caer en otras peores, en las de Japayahua-ra, esta pobre anciana, digo, en su desesperación, en esa su angustia sin límites de verse madre tan desgraciada como impotente, prefirió exponer a sus hijos a muerte atroz, antes de perder la única feliz ocasión que de salvarlas se había presentado.

Y ante tan tremenda expectativa, que cual horrendo espectro se les presentaba a su febril imaginación, más que llorar temblaban.

En vano la noble anciana, en su cuidado de no amedrentar a sus pobres hijos más todavía de lo que estaban, trataba de disimular su dolor infinito y aparentar serenidad; en vano sus hijas, que por su parte cuidaban de su madre como el único bien que en la tierra poseían, trataban también de ocultar esa congoja de que estaban poseídas, en vano, digo, porque a su pesar se les escapaba ya una palabra vibrante, ya un ay! comprimido, ya una lágrima candente. Esa Nanto tenía horror a la muerte; pero todavía la imagen de Japayahua se le presentaba a su viva imaginación como un espectro más horrendo que la muerte.

Ese era el estado de ánimo de aquellas mujeres, aquella noche del martes, desde que recibieron de Proaño el recado de aprestarse para la fuga. Proaño hubiera querido llevarse consigo al jívaro Antonio, que tan importantes servicios le había prestado; pero no estaba allí, porque también él en unión de sus compañeros se había a la cacería con Intzákua.

Estaba pues el Explorador solo con los macabeos, lo que acaso era preferible, dado que siempre era dudosa la actitud que los jívaros habrían tomado en tan inesperada como peligrosa aventurar.

Ordenó pues Proaño a parte de su gente bajar al río con todas las maletas, mientras a los que tenían armas les mandó las pusieran a prevención.

A dónde se iban esas horas y tan intempestivamente? A Macas como tenían anunciado? Pero entonces, cómo irse así tan en silencio y sin despedirse?

Todas estas preguntas se hacían los confusos macabeos.

Por el tono a la vez imperativo y reservado que Proaño empleaba al mandarles, entendieron todos que se trataba de algo muy serio, sólo que no se atrevieron a preguntarle a pensar de la gran curiosidad de que se sentían ani-

mados; pues no era para menos ver a Proaño en esa actitud hosca y resuelta. Y así todos se limitaron a obedecerle en silencio.

Proaño les indicó la dirección que convenía tomar en ese descenso a la orilla del Chaymi, y todos bajaron por allí; pero en eso intervalo sucede que a uno de los macabeos se le enredó una culebra entre los pies, cosa que los jívaros solían mirar como de mal agüero.

Apenas llegaron al río saltó de una canoa, lanza en mano, la arrogante figura de un jivarito, cuya presencia asustó a todos, menos a Proaño que estaba en el secreto.

Era el hijo de la cautiva y de Intzákua, hermano de Nanto, a quien su madre le había bautizado con el nombre de Ramón, pero a quien los jívaros no le conocían con otro que el de Ramonga, adaptando así el nombre castellano a su propia lengua. También le conocían con el nombre de Ujinda con que le bautizaron los jívaros, según después llegó a saber el Explorador.

—Aquí al otro lado le esperan mi madre y mis hermanas, y aquí están todas las canoas— dijo con voz temblorosa el muchacho, mostrando las que como sombras flotaban a flor de agua.

En efecto a pesar de que la noche no estaba muy clara y del oscuro follaje, alcanzó a ver a la orilla opuesta unas como figuras humanas, que debían de ser ellas, al pie de un corpulento huashiki-numi.

Entonces ordenó Proaño tirar al agua el tunduy, que se fué en el río; lo cual causó asombro a los macabeos, ya de suyo sorprendidos de lo que venían viendo. Luego distribuyó a su gente en las canoas en la forma que la prudencia le aconsejaba.

De las tres canoas en que debían ir las tres mujeres, cada cual llevaba dos remeros, pues aunque debían ir siempre río arriba, ya por el Chaymi, ya por el Morona, con todo, Proaño era en extremo previsor y creyó conveniente que en cada canoa remasen dos hombres.

Se entró él en una de ellas, llamó a su lado a cuatro de los que tenían armas, y ordenó que también en las otras dos canoas entrasen cuatro hombres en cada una, así mismo bien armados, y mandó pasar todas tres canoas a la orilla opuesta, justamente a esa parte profunda que aún en pleno sol era sombría, donde los jívaros jamás llegaban de temor del peje purahua que solía absorber a cuantos se atreviesen a acercarse a aquella orilla izquierda del Cháy-mi.

Tan pronto como las mujeres vieron las canoas delante de sí, se santiguaron antes de embarcarse. Ninguna hablaba y solo se advertía en todas tres mucha prisa por entrarse en las embarcaciones.

Proaño tampoco hablaba.

Todos parecían sombras que se movían.

Proaño le dió la mano a la anciana, que temblaba como azogue, y la embarcó en su canoa. A marcial Noguera que iba en la otra, ordenó hiciera lo propio con Rosario, y que en la tercera canoa entrase Nanto, al cuidado de Pedro Carvajal, el cazador de tigres.

En su vida habían recibido los macabeos sorpresa semejante como recibieron al ver lo que vieron en el río: ¡Tres mujeres blancas en ese desierto, y todas vestidas de tarachi! Qué significaba aquello? Pero, como tenían mucho respeto a Proaño, y como le viesan con ese aire tan imponente como adusto, nada le dijeron, y así se limitaron a cumplir sus órdenes.

Una vez que todos se habían embarcado, y estaban bien aseguradas las municiones de boca y de guerra, mandó soltar las Canoas que sobraban, menos la de Etza, para que corriesen la misma suerte que el tundúy.

Ordenó asimismo que una canoa de la tripulación fuese pegada a una orilla del río, y otra canoa a la orilla opuesta, a fin de que fuesen cortando las amarras de toda canoa que encontrasen río abajo.

Todas estas precauciones tomaba Proaño con el fin de quitarles a los jívaros todo medio de rápida persecución.

Y así comenzó el descenso de los tripulantes por el Chaymi, las tres Canoas por la mitad del río rodeadas de las demás.

—Por mi hija Nanto temo— dijo la anciana, mientras bajaban por ese oscuro río— porque es muy cobarde, y porque ahora al salir de casa le dio una especie de desmayo. Mi pobre hija se puso así tan nerviosa —prosiguió— desde que estos jívaros mataron a su tía el día que tratamos de fugar.

Pero mientras esto decía la pobre señora, parecía ella estar más amedrentada que la misma Nanto, según que daba diente con diente.

—Nada tema, señora— le dijo Proaño en tono resuelto, pero muy conmovido interiormente— nada tema, que el cielo nos protegerá, que no hay macaneo que conozca el miedo.

Proaño en sus adentros daba la razón a la Nanto; pues sabía lo que los jívaros eran, y por lo mismo el peligro que corrían era inminente.

Rosario, así por ser mayor, como por su carácter varonil y resuelto, aunque también temblaba, tenía más entera de ánimo que Nanto.

Lo que más le sobresaltaba a Proaño era la consideración de lo que pudiera sobrevenir a la virgen del Chaymi en algún conflicto. Que si morían ambos, ¿qué importaba la muerte?

En efecto ese río estaba para amedrentar al más valiente. El cielo había estado cubierto toda la noche, y ahora iban cargándose las nubes, cosa de

mandar a la tierra espesa sombra. La idea de una tempestad esos momentos les aumentaba el terror. Los espesos follajes de las orillas del río daban a las aguas un aspecto lóbrego. Y si no eran los follajes eran las negras rocas verticales que amenazaban aplastarles. Los corpulentos árboles de ambas riberas, parecían negros fantasmas que venían a presenciar alguna escena de sangre. A cada recodo del río ya se imaginaban ver a los jívaros acechándoles con sus lanzas y sus flechas. Por todas partes Nanto no veía otra cosa sino espectros y hasta el ruido que en la hojarasca hacía algún animal nocturno, hacía saltar del puesto.

En eso se oyó el canto del kashi-kuyo, o pava nocturna, cuyo triste canto era muy parecido al canto del makándua o huactahuay.

Esto desconcertó más todavía a Nanto, ya que supo anonadarla de terror.

Los cocuyos cruzaban por allí, y uno de ellos acertó a pasar casi rozando la nariz de la virgen del Cháymi, y entonces pudo ver Proaño, como a la luz de un relámpago, es palidez mortal de la joven, y esa angustia que revelaba en sus ojos, y que le comunicaba al mismo tiempo un encanto indefinible y único, y que por lo mismo, más se lamentaba Proaño en lo hondo de su pecho de no poder remediar tan triste situación.

Nada más funesto en esos momentos que el chil chal de los remos, ruido que no podían evitarlo por más que lo procuraban.

El canto lúgubre del kashi-kuyo resonaba aún en lo interior de Nanto, cuando llegaron a un ángulo del río, cuyas paredes eran imponentes rocas, de cuyas negras hendiduras salieron como espantados numerosos murciélagos que pasaron zumbando por los oídos de Nanto. Y al mismo tiempo, como por una desgraciada coincidencia oyeron el rugido del tigre cerca de los tripulantes, lo que resonó fieramente en el interior de los macabeos, que también estaban nerviosos. Y cuanto a Nanto, de tal modo desfalleció que no pudo tenerse, y fue necesario que los macabeos la sostuviesen.

Entonces la anciana suplicó a Proaño hiciera pasar a Nanto a su canoa, para poder atenderla ella en persona. Proaño que acaso cuidaba de Nanto más que su misma madre, apresuróse a manifestarle que en lo mismo había estado pensando, pero que en aquel punto era imposible hacerlo, por cuanto las paredes del río allí se presentaban verticales a flor de agua, y que no había donde arrimar las embarcaciones para el efecto.

A poco que pasaron aquella estrecha y oscura revuelta, se encontraron en un punto en que el río se ensanchaba y presentaba paredes cubiertas de grandes raíces de árboles gigantescos que serpenteaban hasta bajo el nivel del

agua. En ese derecho estaban las chacras abandonadas del jívaro Chinguna a quien los terribles canduashas le dieron muerte.

Allí pegaron las embarcaciones para pasar a Nanto a la canoa de Proaño; entonces la triste anciana arrimó a su pecho la cabeza de su hija, y siguieron la marcha sin perder minuto.

En esos momentos de terrible expectativa, Proaño quería ver la hora, pero la noche estaba oscura, y no alcanzó a divisar las manecillas del reloj. Encender fósforo no se atrevía. Como lo cocuyos se cruzaban con frecuencia hasta por las orejas, se le ocurrió decir a los macabeos que procurasen coger una. En efecto, no pasó un cuarto de hora cuando sorprendieron un hermoso cocuyo, a cuya luz vio el reloj Proaño.

Era la una de la mañana.

Por los mismos cocuyos pudo ver también cómo el río que arriba era angosto, ahora iba ensanchándose, a medida de lo cual también las aguas iban corriendo más lentamente: lo que indicaba que ya el Morona se aproximaba.

En efecto navegarían cosa de kilómetro y medio más, cuando llegaron al Morona, donde tomaron a la derecha, para abajo del gran río de las lagunas y las tortugas.

No sabía yo decir si aquel arribo fue para ellos motivo de consuelo o acaso de mayor congoja. Por los cocuyos vieron lo anchuroso de aquel río magnífico, lo cual, si por un lado era una ventaja, por cuanto podían alejarse algún tanto de las orillas, en donde estaba el peligro, por otro, sabían los números afluentes que sobre todo por el lado izquierdo tenía aquel río, como el Cetuchi, el Anaza, los Chihuazas, el Sikuanga, el Pusiaga y otros muchos, y que todos aquellos afluentes se hallaban habitados por los feroces kanduashas, cuyo jefe era Japayahuara, nada menos que el feo y feroz pretendiente de Nanto.

Y quién lo creyera!, mientras todos en el oriente temían la navegación de aquellos ríos durante la noche, ahora, a estos tripulantes les ocurría lo contrario. Todos temían la llegada del día, y hubieran querido que aquella noche se les prolongase hasta su arribo al Maraón. Es que sabían que durante el día navegaban los jívaros, ya por un motivo ya por otro, y temían ser vistos. Y sobre todo pensaban en el despertar de los jívaros que dejaron dormidos en Intzákua-jea.

Así navegaron toda aquella noche y todo el día miércoles. Dejaban una isla, dejaban otra y seguían avanzando. Las mujeres por todas partes veían durante el día espectros, como si hubiera sido de noche. Un lúgubre velo cubrió a sus ojos toda la naturaleza. Un viajero que hubiese ido con ánimo sereno por

allí, habría podido ir admirando ese ensancharse cada vez mayor de ese grandioso río cargado de aromas; esas aguas cada vez más dormidas y profundas; esas numerosas palmas cuyas magníficas copas se dibujaban en el cielo bellamente; esos árboles cargados de musgo y de parásitos, cada vez más extraordinarios por su vigor y altura; y que parecían desafiar a la eternidad de las rocas que les servían de cimientos; esos numerosos caimanes y peces de todo género y tamaño que hacían hervir el agua por todas partes; esos follajes cada más floridos de las riberas y de las islas; esas mariposas y más insectos de oro y de diamantes, tan bellas numerosas durante el día, como habían sido los cocuyos por la noche; esos enormes alcatraces, gaviotas y martines, que acechaban a los peces; esas garzas de especies variadas, cuyos plumajes, por lo bellos, desafiaban al avestruz y al marabú; los gallos de la peña que parecían centellas; esas voces agudas de las piaras de monos que cruzaban los bosques saltando de rama en rama, columpiándose con las colas; esas bandadas de huacamayos, de loros, de pericos, de cherlecrese, que pasaban haciendo sobra en la tierra, hinchendo los aires con ese estridente parlotear; y en fin, ese divino canto de aves varias, que ejecutaban magníficos conciertos.

Todas estas maravillas del Morona, cargado de aromas, que, para cualquier viajero hubiera sido objeto de admiración y embeleso, ahora sólo son objetos de espanto para aquellas tristes mujeres que ven peligros por todas partes: En el aullar de ciertos monos creían oír el aullido de los chaymis, que ya venían henchidos de rabia y de venganza a pasarlas con sus lanzas; cuando por la tarde el cielo rasgó las nubes que le habían cubierto en todo el día, ese solo brilló para ellas siniestramente; y tras los magníficos festones de enredaderas que enlazaban unos árboles con otros, creían ver las flechas envenenadas de los verdugos. Todo era fúnebre, todo era negro a sus ojos, hasta el sol.

La bella Nanto en todo el día no se dejó ver la cara; posó su cabeza en el seno de su madre cubriéndose con su regio manto de bellos insectos y flecos y diminutos setchas y colibríes, y no quiso ni comer.

Proaño estaba anonadado, y no sabía qué hacerse a la vista de aquella divina criatura que sólo daba señales de vida cuando le venían convulsiones nerviosas. En todo el día no cesaban de mirar río arriba los macabeos, porque ya se imaginaban que los jívaros les seguían. Y Proaño estaba siempre con el antejo en los ojos.

La mayor contrariedad que en aquella tarde tuvieron al ponerse el sol, y cuando los últimos rayos daban a las canoas por la derecha del río, fue el encontrarse con un jívaro que venía en su canoa del lado del Cetuchi. La tripulación, que igual temor tenían tanto a la orilla derecha como a la izquierda del

Morona, habían tomado en lo posible la mitad del río; y, no sé si fue mera coincidencia o temor del jívaro, ello es que, tan presto como divisó a los tripulantes, arrimó su pirahua a la orilla, desembarcó, la sujetó a un tronco, y se metió en el bosque.

Proaño hubiera querido soltar esa canoa y mandarla en el agua, como venía haciendo con otras, pero aquí el dueño estaba presente, y podía acaso precipitar las cosas fatalmente; y así siguieron su camino río abajo, muy tranquilos en apariencia. Cuando hubieron pasado, entonces los macabeos, que tenían vista de lince, alcanzaron a ver cómo el jívaro sacaba la cabeza por tras de un tronco para espiarles.

Proaño entendió que si el jívaro se mostraba así tan cauteloso, fue justamente por haber conocido que los tripulantes no eran jívaros, cosa por cierto fácil de conocer, mas que por los vestidos porque la distancia era grande, por los sombreros, que fuera de no usar aquellos salvajes los llevaban éstos de dos picos, con las alas de los lados levantadas, forma que suelen dar a los suyos los hijos de Macas. Cosa tanto más seria para Proaño, quien hubiera querido que por lo menos el tal jívaro no se apreciase que los tripulantes eran macabeos.

—Ya nos vieron, ahora nos matan!— exclamó la anciana en extremo asustada y mirando al cielo en tono de súplica.

—No tema nada, señora— le dijo Proaño— estamos ya bien abajo, y, como ve, tenemos buenos remeros que se alternan. No tema, señora, que Dios es grande.\

—Ay! pero los jívaros...?—

Y estas últimas palabras dijo la anciana, mirando a su hija Rosario con tal aire de tristeza, y como con muy poca confianza en el éxito de esta fuga, que mucho le conmovió a Proaño.

La anciana miró sobre todo a Rosario, porque le pareció la menos segura, pues al fin su Nanto estaba con ella, y en la canoa de Proaño, donde se había pasado también Pedro Carvajal, hombre corpulento y de una fuerza extraordinaria, a juzgar por la apariencia y por la gran fama que de cazador de tigres tenía, según acababa de saber.

Nanto a todo esto, hizo como tratar de encubirse más aún con su brillante manto, y acomodarse mejor en el seno de su madre, como que quisiese ocultar en ella todo su cuerpo.

La señora con mucha delicadeza le cubrió el rostro, la besó en la frente, y se quedó mirándola con infinita ternura, y luego como que conoció que Proaño deseaba verla, conocedora como era de cuanto admiraba la hermosu-

ra de su hija, a la vez que conocía lo conmovido que estaba de verla en esa tan terrible situación, con los ojos le invitó a ver a su hija, al tiempo que le tenía ligeramente levantado el manto, lo que para el Explorador fue motivo de honda gratitud.

Nanto tenía los ojos cerrados... No podría yo decir cuál de los dos la miraba ese rato con mayor ternura y mayor pasión, si su madre o si Proaño.

En eso, como que se apercibió de ello Nanto, abrió los ojos y giró algún tanto la cabeza, y al ver que Proaño la miraba, tuvo para él, en medio de su angustia, una sonrisa tal que a la vez indicaba satisfacción, gratitud y un dolor intenso. Después de lo cual volvió ella a acomodarse como antes y como a sumergirse más en el seno de su madre, quien la volvió a cubrirle con su manto de fleco de colibríes.

No había creído Proaño que Nanto fuese tan bella. Antes la había visto solo de noche, a la luz de la luna, y le había parecido linda; pero no creyó que fuese tanto como en realidad había sido. Jamás en su vida había visto rostro tan divino como aquella tarde parecióle Nanto. Tal vez los rayos moribundos del sol que le daban al rostro la hicieron así? O era acaso las emociones del alma tan intensas como contradictorias las que así la habían puesto? Proaño no había admirado tanta la divinidad ni potencia, ni a la vista de ese grandioso Morona semillero de variadas bellezas por donde iba navegando, como cuando vio aquella sonrisa de Nanto, que como un velo misterioso y mágico ocultaba tras sí mundos infinitos, esos mundos maravillosos del espíritu y el sentimiento.

Aquella escena de la sonrisa de Nanto conmovió a tal punto a la anciana a Proaño, que pasaron como una hora sin hablar palabra; tanto más cuanto que uno de los macabeos, a la sordina iba tocando su rondador muy tristemente, sin duda por que también su ánimo se hallaba así, o porque talvez algún fatal presentimiento le anunciaba algo en lo hondo de su sér.

Proaño, saliendo de ese estado meditabundo en que se hallaba, rompió al fin el silencio.

—Y la otra ocasión que fugaron, en donde fueron sorprendidos por los jívaros?

Apenas acabó de hacerle la pregunta Proaño, se arrepintió de su indiscreción, porque pudo advertir el efecto cruel que hizo en la anciana tales recuerdos en esos momentos supremos.

Es que Proaño en su temor de verse sorprendido por los salvajes, quiso saber el punto fijo dónde les había ocurrido tal desgracia, porque si tal asalto se había verificado en esa misma altura en que se hallaban o más bajo, había

mayores motivos para temer una sorpresa, o si la desgracia había acaecido al principio de la fuga.

—De noche pasamos ese remolino— dijo la anciana— era en el Chaymi.

Y diciendo esto clavó los ojos en el fondo de la canoa y cerró la boca de modo tal, con el labio inferior medio salido, que advirtió al punto Proaño el gran esfuerzo que aquella mujer hacía para ahogar en su pecho el dolor que ya quería estallar en forma de ayes y gemidos.

Es que la pobre anciana temía por sus hijos, y no quería ponerlas aún más nerviosas de lo que estaban, y por eso sacó fuerzas de donde no tenía y contuvo el llanto.

Proaño se arrepintió de su pregunta imprudente y trató de remediar su falta con palabras de consuelo que le dirigió a la señora: "Somos valientes, somos muchos y vamos bien armados, y, los jívaros no resisten a las armas de fuego". Y en su turbación le dijo al músico que siguiera tocando el rondador, siendo así que momentos antes iba a ordenarle que callara, por cuanto ese su triste tocar exaltaba más los nervios de todos, y que si nó le mandó que callara fue porque no quiso contrariar a ese pobre macabeo, de quien, como de toda su gente, tan agradecido se hallaba de su lealtad y sumisión, en esos momentos de mayor peligro para sus vidas. Y en su turbación, digo, le alentó al músico para que siguiera tocando Es que Nanto le puso a Proaño muy cobarde. El hubiera preferido cien veces la muerte para sí, con tal de salvar a aquella virgen del Chaymi, para quien se imaginaba que todos los elementos debían tener las delicadezas de la brisa. Proaño era todo un hombre, era militar, era guerrero, y con todo, su alma delicada podría decirse era gemela de la de Nanto. Así obra Dios estos prodigios.

Bien que sólo unos pequeños minutos, habían hecho alto en un islote, y los remeros estaban cansados de tanto remar día y noche y de tanto no dormir; con todo, su salvación estaba en alejarse todo lo posible del Chaymi, y así navegaron toda aquella noche sin descanso y sin contratiempos. En cambio, a eso de las seis de la mañana fueron sorprendidos por un extraño sonido que les llenó de espanto. El sonido era remoto casi imperceptible, y por lo mismo difícil de interpretar; pero venía de muy arriba del lado derecho del Morona, según unos macabeos, entre los cuales figuraba Pedro Carvajal, aquello era tundúy; según ótros, entre quienes se hallaba Marcial Noguera, eso no era otra cosa que la voz del trompetero, ave ventrílocua, que ponía el sonido en donde quiera y lo hacía aparecer como remoto, como subterráneo. Tampoco las mujeres estuvieron acordes en el asunto: según la anciana y su hija Rosario, aquello no era tundúy, pero Nanto, por el contrario, aseguró que dicho

sonido era tundúy, y a tal punto se convenció esta bella hija del Chaymi de que el tal sonido era el tambor de guerra de los jívaros, y tal fue el terror de que se sintió sobrecogida que, pálida como nunca, hincándose de rodillas en la canoa y levantandolas manos al cielo pidió misericordia. Esta actitud llenó de consternación a todos los tripulantes; su madre no tuvo fuerzas para ver aquel cuadro, y dejó caer su cuerpo bajo el peso del dolor, y tapándose la cara con ambas manos lloró desesperadamente. Proaño quedóse como autómata, mirando esa imagen de rodillas al través de las lágrimas que en vano trataba de ahogar. Esa imagen de Nanto en esa actitud, de tal modo impresionó a Proaño, que en sueños solo así la veía. Y desde entonces adoraba Proaño aquella imagen como se adora a Dios.

Proaño, por ver a Nanto, se olvidó hasta del peligro. Por fortuna no volvieron a oír nada nuevo y siguieron navegando.

A eso de las ocho de la mañana llegaron a un punto delicioso, donde el río se ensanchaba tanto que parecía aquello una gran laguna donde revoloteaban numerosas aves acuáticas; es que allí desembocaba en el Morona el gran Cetuche, río más caudaloso y más dormido que el Chaymi.

Nanto que conocía aquello, tembló al pasar por allí, porque sabía que en ese río se hallaba la guarida del terrible Japayahuara. Y así se lo manifestó a Proaño.

El Explorador entonces dióse cuenta de que se hallaba en uno de los puntos más peligrosos para los tripulantes y dobló los cuidados: hizo que estuvieran listas las armas y las lanzas, mientras él a su vez sacó su anteojo y miró por todas partes. En efecto, tanto Proaño con el anteojo como los macabeos a simple vista, alcanzaron a ver algunos jívaros que se asomaban a las orillas del Cetuche, cosa que desconcertó al mismo Proaño.

Pero no había transcurrido una hora de haber pasado el Cetuche, cuando volvieron a oír un sonido semejante al de las seis, pero ya no por la derecha sino por la izquierda del Morona; mas, como a tiempo sonaba por las cabeceras del Cetuche, quedaron otra vez perplejos sin saber a que atribuir aquel sonido.

Una como muda resignación, pero por lo mismo más conmovedora, se advirtió esta vez en las mujeres: parecían presentir que algo grave, algo inevitable y fatal les sobrevenía; nada podían precisar, pero no sé qué de siniestro presentían en la atmósfera, en los bosques y en cuanto les rodeaba.

Qué eran aquellos sonidos? Nada podían saber. Ellas conocían algunos toques del tunduy, pero no todos; fuera de que los jefes tenían sus toques convencionales para comunicarse entre sí.

Qué sería aquello? Habían pasado ya el peligrosísimo Cetuche, pero aún tenían el Anaza, el Uchichi-chiguaza, el Hunda-chiguaza, el Sikuinga y otros. Y en todas esas jivaráas ejercía gran predominio Japayahuara.

Las cargadas nubes, que amenazaban llover sobre el Morona, aumentaba la congoja de sus espíritus. Qué sería de ellos si les lloviese en situación semejante? Y cada trueno por las cabeceras del Cetuche y del Anaza, repercutía en sus pechos como una voz de tumba.

Por desgracia lo que tanto temían aconteció. La lluvia, que sólo a lo lejos venían oyendo en todo el día, llegó también hasta ellos. Al principio ligeramente, después con más fuerza, y, sobre tarde, con esa insistencia y ese ruido con que suele llover en esas selvas.

Mientras tanto, qué fue de Japayahuara? Es que aún dormía? Ah!, es imposible explicar el furor del jefe de los cetuches y los anazas tan pronto como llegó a su conocimiento la infamia del jefe blanco!

Ya estaba bien entrado el día, cuando roncaba aún Japayahuara bajo la acción narcótica del alcohol que Proaño le había dado a beber.

Las mujeres de Intzákua, en un principio habían creído que Proaño y los macabeos se hallaban en el rancho del platanal; pero tan pronto como llegaron a ver abandonado el tal rancho, corrieron a despertar a Japayahuara.

El jívaro que tenía los miembros en extremo pesados, no llegó a despertarse fácilmente; antes con los ojos cerrados les dio de golpes a las mujeres que así le molestaban, y seguía durmiendo y respirando con ese respirar fuerte como de fiera. "Levánta, levánta, levánta— le decían— los apachis se han ido sin despedirse, ya no están los apachis en el rancho", y tanto le repitieron al oído la palabra "apachis" que al fin se sentó pesadamente, y se puso a rascarse esa especie de escama que tenía en todo el cuerpo, y a rascarse también la cabeza, siempre con los ojos medio cerrados. "Los apachis se han ido, ya no hay los apachis", insistieron las jívaras con sus voces agudas.

Los apachis?— dijo Japayahuara abriendo unos ojos bien grandes, como sorprendido y como que fuera la primera vez que oyera aquella palabra.

—Si, los apachis se han ido— repitieron las mujeres— los apachis ya no están aquí.

Al oír esto Japayahuara púsose al punto en pie todo él sañado y lo primero que hizo fue buscar su lanza, esa terrible lanza con la cual a tantos y tantos había muerto, esa su lanza traída del Achuara y que había sido objeto de envidia de los demás jefes del Morona; pero su sorpresa fue mortal, al ver que su lanza había desaparecido...

—Los apachis se han llevado tu lanza, se han llevado todas las lanzas, se han llevado las escopetas, sí, todo todo se han llevado los apachis— decían las jívaras.

Al oír esto Japayahuara fué tal su furia que hizo rechinar los dientes como un terrible jabalí, y sin hablar palabra se salió.

Lo primero que hizo fue entrarse al platanal, hasta el rancho de los macabeos, y viendo que nadie había, ni macabeos ni maletas, corrió al río a ver su canoa para pasar al otro lado, porque lo primero en quien pensó fue en Nanto, de quien temió que se la hubiesen llevado.

Mas, en llegando al río vio que no había allí ni una sola canoa, y que lo único que habían dejado era la góndola de Etza. Su temor y su rabia subieron pues de punto.

Pasó al otro lado en la góndola de Etza y en seguida dirigióse a la casa de las cautivas pero al llegar allí, vio que no había nadie y que la cama de Nanto estaba fría...

Tiróse del pelo el jívaro y rugió cosa de hacer temblar el suelo. Japayahuara tenía muchos enemigos a quienes odiaba de muerte; había pasado a muchos con su lanza en repetidos asaltos y combates, pero jamás se había sentido tan inflamado de odio y de venganza como ese rato se sentía contra Proaño, y aún contra la misma Nanto, a quien como a Proaño ya de antemano se gozaba con la idea de pasarles de parte a parte con su flecha o con su lanza, porque lanza nunca le faltaría a pesar de que le habían arrebatado la suya.

Con estos pensamientos regresó a Intzákua-jea.

"Tunday, tunday!" —se decía, mientras regresaba a tocar el tunday para levantar a todos los jívaros del Chaymi, y a las vecinas jivarías. —Sí, mataré a todos los macabeos— se decía en su loco furor— mataré a todas las mujeres y sus cadáveres botaré al agua para que los devoren los lagartos, pero la cabeza de Proaño y la de Nanto me las traeré aquí y las reduciré a tzántzas, y bailaré yo, y bailarán todos los jívaros del Cetuchi, del Anaza, de los Chiguazas, del Sikuanga y del Pusiaga, todos los kanduashas en torno de estas tzántzas.

Y así estaba el feroz Japayahuara, gozándose de antemano con tan terribles pensamientos, cuando en eso, todos los de la casa de Intzákua, hombres y mujeres, le salen al encuentro, y con grande alarma, con ojos, con manos y con boca, le dicen: "el tunday, el tunday!... no hay el tunday!...

Japayahuara entendió al punto que ese monstruo que así se había llevado sus lanzas, sus canoas y a su propia Nanto, se había llevado también el tunday, el tambor sagrado de los chaymis!...

Quedóse como borracho ese momento, tambaleando. Todas las jivaráas se asustaron de verle esa cabeza que parecía una madriguera de culebras, esa espuma que arrojaba por la boca y ese fiero rechinar de los dientes. Y bufaba un bufido sordo, comprimido, como subterráneo, como que trataba de contener para mejor ocasión el ímpetu de su furia. Los mismos jívaros que estaban acostumbrados a esos extremos de rabia y de venganza, no habían visto cosa más horrenda que la cara de Japayahuara. Y, como quien concebía los más siniestros propósitos contra Proaño y Nanto, con apretados puños, como que ya empuñara la homicida lanza, hizo como que iba a embestir; pero de pronto, pasado ese primer paroxismo de furor, pareció reflexionar: sí, en esos momentos toda tardanza era imprudente y podían escaparse de sus garras aquellos a quienes acababa de destinar para tzantzas. "Una lanza!" —dijo al punto con voz ronca y mirada de fuego, alzando la diestra.

Todos se apresuraron a buscarle la mejor lanza de las pocas que habían quedado. Una vez con el arma en la mano, inclinó su hercúleo cuerpo para adelante y en actitud de emprender en veloz carrera, como una fiera que se lanza sobre su víctima con garras bien afiladas, al tiempo que con ojos y pensamiento miraba hacia el alto Morona, por donde se imaginó que Proaño y Nanto habían fugado. "A la venganza, a la venganza!" —exclamó invitando a sus compañeros con ese grito, y se escurrió por el bosque con el ímpetu del huracán.

Y todos los jívaros le siguieron ardiendo en igual venganza, y llevando flechas los que no tenían lanza.

Las mujeres no les siguieron, porque les fue imposible seguirles, ellas se quedaron; pero no por eso dejaban de ladrar como perros, alborotando contra Proaño que así se había atrevido a arrebatarles su tambor sagrado, y contra Nanto, esa sinvergüenza que había preferido seguir a un apachi menospreciando la gloria de acompañar al Cetuchi al valiente y terrible Japayahuara.

Solo Etza callaba; y en sus adentros hasta tenía gratitud para con Proaño que había respetado su góndola, y que para irse le había regalado más lindas shaukas y el había dejado bastante pólvora para que ella con su mano obsequiase a Churubi. Pero esto era para sí, pues que jamás podía atreverse a decírselo a las demás jivaráas, que con tanta indignación rajaban contra Proaño. Y así se limitó a callar.

Es increíble como Japayahuara en pocas horas pudo salir al Morona, bien arriba del Chaymi, justamente a un punto que llaman "El Lago", aguas que Proaño no pudo admirar cuando pasó por allí, porque bajó entretenido con las leyendas que sobre la zúa y el achiote le iba contando Etza; pero que

es un punto delicioso, donde dién que el Morona en tiempo inmemorial cambió de cauce por el espacio de muchos kilómetros, y dejó el antiguo lecho convertido en uno como profundo lago, donde las aguas permanecen eternamente dormidas.

A este derecho del Morona salió Japayahuara, por varios motivos, siendo el principal de todos el allarse aquel lago muy arriba del Chaymi, a donde seguramente no habrían llegado aún los fugitivos, teniendo como tenían que surcar con dificultad aguas arriba por un río tan tortuoso como el Morona, lo cual hacía mayor la distancia por agua que por tierra del Chaymi allí.

Llegado Japayahuara al lago se encontró con jívaros del Huahuáymi, que pescaban con redes en sus piraguas y desde las orillas con anzuelos y con tzentzenakas, especie esta de largas púas de Chonta, que los macabeos llaman chuzo y con las cuales ensartaban los pescados.

Todos los jívaros al ver esa terrible actitud de Japayahuara se asustaron, y al punto le rodearon a preguntarle lo que había.

En cuatro palabras les puso al corriente de lo ocurrido, y les dijo que para ello venía con su gente en persecución de los infames fugitivos, y les preguntó si habían pasado por allí.

También los huahuaymis quedaron pasmados del atrevimiento del Jefe blanco y su indignación no tuvo límites. Dijeron que ellos habían venido allí desde por la mañana y que a nadie habían visto, y aseguraron que era imposible que tal tripulación hubiese podido pasar sin ser vista por ellos, siendo así que mientras unos se ocupaban en pescar en el lago, los demás estaban buscando tortugas y huevos en la isla, de donde tenían vista ya al un lado ya al otro del Morona.

Japayahuara tuvo por cierto que aún no llegaban a ese derecho. Su intención había sido arribar hasta el Huahuaymi, donde los jívaros de ese río tenían tundúy, pero una vez que se había encontrado con ellos, ya el alto Morona estaba asegurado, puesto que por medio del tundúy levantaría a todas aquellas tribus. Ahora pues lo que importaba era no perder tiempo y salir al encuentro de los tripulantes río abajo, y con tanta mayor razón cuanto que ahora ya tenían buenas lanzas, sobre todo Japayahuara, las lanzas de los huahuaymis.

Y así lo hizo, seguido de muchos jívaros, a quienes se afiliaron también algunos huahuaymis, que rabiaban contra el atrevido Jefe blanco; pero antes de separarse de los huahuaymis, Japayahuara les dijo que era su consigna no dejar uno con vida, pero, en cuanto a Proaño y Nanto, que le reservaran las cabezas. Con este objeto dejó con ellos a dos chaymis conocedores del Jefe

blanco, quienes en caso necesario debían pasar a la orilla opuesta del Morona y levantar todas aquellas jívarías.

Y en diciendo esto, con el mismo ímpetu con que partió del Chaymi, voló también del Lago, río abajo del Morona. Y así corría por el bosque, cuidando de no ser visto, y sólo asomándose de vez en cuando a la orilla por los puntos más salientes, sobre todo a los ángulos del río, desde donde podía dominar largas distancias arriba y abajo del Morona.

Bien pronto Japayahuara llegó a sospechar de que acaso había sido víctima de otro engaño, de parte del astuto Jefe blanco. Sí, talvez no les dijo la verdad cuando días antes les manifestó que había desistido de su viaje a Marañón, y que su ánimo era regresar a Macas desde el Chaymi; cosa que todos los jívaros le creyeron sin pizca de sospecha, en la persuasión de que el infame blanco les hablaba de buena fe.

Esta sospecha no tardó en tornarse en convencimiento, cuando ya había recorrido gran parte del Lago para abajo. Y entonces la venganza de Japayahuara no tuvo límites, y de seguro que se hubiera muerto envenenado con la hiel de su propia rabia, si no tubiera el consuelo de que teñirían el Morona con la sangre de quienes tan sangrienta burla habían hecho de él, y que sus cabezas le servirían para bailar en su torno en orgíacas fiestas; y así, ya no pensó sino el Morona abajo del Chaymi, pues que no había dudar que habían tomado hacia el Marañón.

Y en su violento correr de Japayahuara, iba llevándose a cuantos jívaros podía encontrar en el tránsito. Por fortuna para Japayahuara, el Morona era muy tortuoso y tenía muchas vueltas y rodeos; y así mientras los fugitivos se veían obligados a recorrer por el río enormes distancias, ellos, los jívaros tomarían en lo posible la línea más corta en lo posible, porque no podían apartarse mucho de la orilla, y así siempre tenían que ir sometiéndose, mal de su grado, a las tortuosidades del Morona.

Japayahuara hubiera querido llevarse consigo a todos los jívaros de las comarcas que recorría para caer como un alúd sobre Proaño y Nanto, y aplastarles; mas, no tenía tiempo para ello, sino cuando más de llevarse a los que al paso iba encontrando; pero eso sí, no sin dejar aviso a los que quedaban para que saliesen a la orilla a ponerse en acecho, cosa indispensable en esas numerosas y dilatadas curvas que el Morona iba trazando.

Y así caminaron como he dicho toda la noche, hasta que a eso de las cinco de la mañana del miércoles llegaron al río llamado Huashi-entza, donde pensó encontrar a su amigo y alaido Huambutzaríke, el terrible jefe de los chirapas y muratos; pero, recibió gran contrariedad al no encontrarle, pues que

se había ido con los principales de los muratos y machines al río Santiago, al otro lado del Kutukú, a la sal del Mayahinco, como en vía de paseo triunfal, después de la victoria alcanzada por Tihuiruma sobre Máshu.

Esta inesperada noticia desconcertó a Japayahuara, quien había pensado encontrar en Huambutzaríki el más eficaz apoyo, para la satisfacción de su venganza; pues contaba con que tal jefe, a la voz de su tundúy, congregaría en seguida a aquellas numerosas tribus. Pero resultó que ahora en casa de Huambutzaríki solo estaba una de sus mujeres, la Huasúmbe, y su madre la vieja Naráshu, quienes en ausencia del jefe de la casa no podían consentir en el empleo del tundúy para un levantamiento de muratos y machines, contra quienes, no venían a acometerles a ellos sino que se limitaban a fugar de los chaymis.

No hubiera pensado del mismo modo Huambutzaríki y los demás capitanes ausentes, que eran grandes políticos; pero ahora había que resignarse, pues que merecía respeto y acatamiento de parte del jefe de los kanduashas, la madre y la mujer del famoso Huambutzaríki. Y así se limitó Japayahuara a valerse de dicho tunduy para anunciar a los suyos del otro lado del Morona su presencia, intimándoles que se asomen a la orilla del gran río.

Este fue el tundúy que alcanzaron a oír los tripulantes y sobre el cual tanto habían discrepado las opiniones, atribuyendo unos aquel sonido al bambor de guerra jívaro, y otros a aquella ave ventrílocua, que los macabeos llaman trompetero y los jívaros chihua, cuya subterránea voz la hacía aparecer a capricho ya cercana ya remota; pensamientos tanto más razonables en la apariencia, cuanto que en esos momentos pasaron por junto a una isla donde vieron trompeteros.

No contestaron a tiempo a este tunduy los del Cetuchi, porque no había nadie en ese momento en Japayahuara-jea, pues las mujeres se habían ido a la chacra, y los hombres habían salido a cazar aves. Razón por la cual el tundúy del Cetuche no sonó sino una hora después que los fugitivos habían pasado por ese derecho.

Pero aún antes de esta contestación ya los jívaros que alcanzaron a oír el tundúy de los muratos, y que no estaban muy lejos del Morona, se acercaron a las orillas de este río, sobre todo en la desembocadura del Cetuche, por donde esperaban la entrada de Japayahuara. Estos fueron pues los pocos jívaros que los tripulantes alcanzaron a ver a su paso por allí, quienes, los cetuches, se habían alarmado a la vista de esos desconocidos, bien que todavía ignoraban lo acaecido con su jefe Japayahuara.

Cuando los cetuches contestaron al tunduy de los muratos, ya Japayahuara estaba bien abajo de Huambutzariki-jea, y así al cabo de pocas horas le vieron los cetuches atravesar en su piragua oblicuamente el Morona, rápido como el tiburón.

Los mismos cetuches quedaron admirados de ver la velocidad con que Japayahuara atravesaba el río, cosa de dejar atrás a otras dos piraguas en que venían algunos de los que le acompañaban.

Tan pronto como en breves palabras les contó Japayahuara lo ocurrido y vieron en sus ojos brillar un rayo de venganza, todos bufaban de coraje, y todos empuñaron bien sus lanzas y dispusieron bien sus flechas, resueltos a seguir hasta encontrar y dar muerte al infame blanco y a la ingrata Nanto.

Por desgracia para ellos no hay tiempo para acudir al, que esta bien arriba del Cetuche, con el cual hubieran podido levantar a todas las jivariás. No había tiempo. Pero no importa: son bastantes, en número más que suficiente, tanto más cuanto que Japayahuara por sí solo se basta, acostumbrado como está a atravesar con su lanza a muchos a la vez en los combates. Estando como está seguro de su presa, Japayahuara ya no deja su piragua. En el gran barquero del Oriente, y más le conviene seguir la pista por el río que por la ribera, y porque así puede a voluntad arrimarse a una u otra orilla, mientras por las márgenes del Morona le siguen impacientes y con las flechas tendidas sus soldados, quienes para no atrasarse de su jefe van tomando la línea más corta en las grandes curvaturas del gran río. Y a cada trueno que retumba en las cabeceras del Cetuche y del Anaza, mayores bríos cobran tanto Japayahuara como los que le acompañan, cual si aquel tronar fuera la bélica voz del ihuanchi.

No pasaron muchas horas, pues que apenas serían las cuatro de la tarde, cuando Japayahuara, que venía medio oculto por tras una isla, alcanzó a ver al terminar una curva, algo que desapareció tras las peñas, pero que le pareció un grupo de tripulantes. Como las curvas que formaba el Morona eran tan extensas, aquella en la cual Japayahuara se encontraba, tenía como media legua, y esa era la distancia a la que alcanzó a ver algo que no pudo distinguir.

Pobre Nanto! Las corazonadas que tenía no eran infundadas: "Japayahuara no me deja, Japayahuara me persigue"— se decía al tiempo que en imaginación veía, cual horrenda pesadilla, la fea figura del feroz salvaje.

Y no es que temiese la muerte la hija del Chaymi, lo que más temía era caer viva en poder de Japayahuara.

Ya había desaparecido para este salvaje aquella visión, pero todavía miraba allá, con la avidez con que la fiera acecha su presa.

Si el aguacero que ya a esas horas comenzó a caer con más fuerza, constituía para los tripulantes un verdadero peligro por cualquier lado por donde se mirase, por el contrario, para Japayahuara, fue motivo de viva alegría, dado que así tenía de su parte los elementos, cuya destructora acción sabría secundar a maravilla a la acción de su lanza y de sus flechas, contra aquellos que así se habían atrevido a huir desafiando sus iras.

No pasó mucho cuando Japayahuara pudo cerciorarse de que realmente aquello que desapareció tras las peñas del Morona, eran los fugitivos. Y para ello fue necesario que avanzase esa media legua y algo más; y entonces arrió su piragua a la orilla, con ánimo de acechar por tierra sin ser visto. Los jívaros que iban por allí flecha en mano le dijeron que ya la presa estaba segura, pues que ya se hallaba a la vista; en efecto, caminó un poco más a pie por el monte y pudo ver con sus ojos el grupo de canoas que a todo remar corría río abajo. Japayahuara bailó ese rato de satánico placer, como baila el aguila sobre el cisne después de haberle abierto con sus garras las entrañas. Si Nanto le hubiera visto ese rato al feroz salvaje, habríase caído muerta, que tal fue de horrenda la infernal sonrisa de Japayahuara. Diríase que ya percibía el vapor caliente de la sangre de sus víctimas, al ver esos ojos inyectados de sangre, como ebrios de placer. Luego, los ojos prendidos en la tripulación, con los dientes cerrados y apretados puños, y encorvando fieramente su enorme cerviz, como quien hace un esfuerzo supremo en atlética lucha y tiene ya rendido a sus plantas a su poderoso adversario, bufaba fiera y cavernosamente el corpulento Japayahuara.

Y después de haberse así bebido en imaginación la sangre de Nanto y de Proaño, quiso bebérsela en realidad; y con instintos de tigre, saltó de la peña donde se había encaramado y, por dentro del bosque, corrió al punto aquel donde había dejado su piragua. El profundo y ancho Morona, que siempre se había estado tranquilo como un lago, comenzó a encrespase y a correr con violencia, arrastrando muchos troncos y grandes árboles a la vez, capaz de volver en peligro cualquier navegación, no digo de canoas. Parece que por el alto Morona había llovido mucho y que los afluentes del gran río se habían hinchado con los aluviones. Pero eso que?... Japayahuara sabía nadar como tiburón y las crecientes de los ríos no le amedrentaban; y así el herculeo jívaro montado en su piragua parecía desafiar a la avenida, y en su rápido cruzar las hondas, unas veces se confundía con los troncos y otras se adelantaba a ellos.

Así estaba Japayahuara esos momentos, mientras los pobres fugitivos tropezaban con muchas dificultades en la navegación, siendo la mayor de ellas

el no poder continuar por la mitad del río, sino que tuvieron que inclinarse a una de las orillas, cosa que Proaño había tratado siempre de evitar en todo el trayecto de la fuga. Ya antes de esto tuvo la tripulación que detenerse en una como ensenada, hasta que los macabeos saltasen a tierra a traer hojas para taparse de las aguas. Estos macabeos comprendieron el peligro, y por eso se apresuraron a recoger hojas de toquilla y de chapi, en el menor tiempo posible, pero no se imaginaron que en ese momento el riesgo de sus vidas era inminente, porque ignoraban que dos jívaros que iban a la vanguardia de los soldados de Hapayahuara estaban allí... muy cerca de ellos, tras unos troncos. Los jívaros pudieron ensartarles con sus flechas a mansalva, pero temieron que sus compañeros no llegasen a tiempo, y que la muerte de los dos sólo pudiera servir para poner alerta a los demás macabeos, siendo así que lo que se prometían era sorprender a todos en un violento y eficaz asalto. Gracias a eso los dos macabeos pudieron embarcarse y continuar la navegación río abajo.

Por desgracia después de navegar gran espacio y cuando ya les anochecía, llegaron en derecho del Anaza, y encontraron que este río, que en tiempo normal parecía un lago en su desembocadura, ahora estaba crecido, y tan impetuoso que se habría pasado por el Morona hasta cerca de la mitad del río, hasta donde avanzaban casi en línea recta las crespas olas cargadas de basura y de troncos corpulentos.

A cada trueno la lluvia parecía arreciar, y esto volvía cada vez más difícil la navegación. Los remeros estaban cansados y jadeantes y la noche avanzaba pavorosa.

Qué hacer? Seguir adelante o pernoctar en la playa? Situación difícil y angustiosa para Proaño. Otras razones poderosas tenía también para suspender la marcha: esas mujeres necesitaban saltar y tierra y esos macabeos también.

Pero, y el peligro?

Igual pregunta podían eso si hacerse para el caso de continuar el viaje. Recordaban por otro lado que, horas antes, habían entrado al bosque dos macabeos a coger hojas y que nada les había pasado.

En esos momentos en que así vacilaban; vino un palo como biga danzando sobre las olas y con tal fuerza chocó contra dos canoas que las hizo sobrozar, cosa de poner en peligro de volcarse aquella en que venía Proaño con las mujeres. Nanto que veía que su madre no sabía nadar, se estremeció ante el peligro inminente en que se puso de verla desaparecer para siempre en esos horribles abismos; y pensó también en el peligro que había corrido Proaño,

por quien tanta gratitud tenía, peligro tanto mayor para él cuanto que traía botas y traía una capa de caucho sobre su cuerpo; y pensó Nanto en que de un momento a otro podía venir algún tronco de esos corpulentos que suelen arrastrar las avenidas, y que esos troncos podían barrer con las canoas... Además, ya era casi noche, y no podían ver a la distancia si esos troncos venían, y tanto más cuanto que seguía lloviendo...

Pero, y Hapayahuara?...

Jamás criatura humana experimentó igual angustia entre dos tan horrendas torturas, como aquella noche la delicada y linda Nanto. Al fin ella y su hermana podían morir, ellas nada significaban; pero su madre!...

Las más horrendas visiones veía esos momentos: Ya veía a su madre en los abismos, sufriendo las angustias del ahogado, y lo que es peor, devorada por algún lagarto.

Ante tan horrenda expectativa, prefirió Nanto saltar a tierra, y poniéndole las manos a Proaño, en tono de súplica le dijo: —Por Dios blanco, si seguimos mi madre parece esta noche...

Ella quería decir con esto: "No sigamos adelante, saltemos a tierra", pero no se atrevía, porque ya veía en la selva la imagen horrenda de Japayahuara, y ya sentía en su cuerpo esos brazos de sierpe del feroz salvaje.

Ya he dicho que la muerte no era lo que Nanto temía, lo que temía eran los brazos de Japayahuara.

Un relámpago que brilló ese rato aumentó la consternación de aquel cuadro; la madre era ya un cadáver, y esa cara de angustia de Nanto le hizo estremecer a Proaño hasta los huesos.

Si Nanto luchaba así tan cruelmente no era menor el combate interior que Proaño experimentaba a la vista de los dos peligros.

Y así estaba Proaño entre esas angustias y vacilaciones, cuando los macabeos pidieron quedarse, y los remeros dijeron que seguir adelante era exponerse demasiado a la muerte.

Ante tan imponente actitud de los remeros, Proaño tuvo que resignarse: cerrar los ojos a todo y esperar lo que venga...

Así hay situaciones humanas, en que no hay sino que agachar la cabeza y recibir el golpe del destino!

Ni una isla!— exclamaba Proaño en sus adentros ese rato— ni una isla por aquí!

El Morona unas veces forma playas muy anchas cubiertas de arena, de piedras y de troncos; otras veces corre como ceñido por paredes de algunos metros de altura.

Los tripulantes se hallaban en derecho de una de aquellas abiertas playas; pero sucedía que por causa de los aluviones de los grandes ríos, como el Cetuche, y de numerosos arroyos que se hincharon como ríos, esa playa del Morona estaba enteramente cubierta de agua, a una altura considerable, donde las olas azotaban cual borrascoso mar.

No hubo más remedio que atracar allí las embarcaciones.

Una vez en tierra, era preciso un rancho. De nó, cómo descansar de tanta fatiga?, ni cómo guarecerse de la lluvia que, aunque iba pasando, caía todavía?

Eso sí, con la prudencia del caso, mandó Proaño hacer el rancho enteramente a la orilla, porque en ningún caso convenía alejarse de las canoas, que sin hacerse sentir podían arrebatarlas los jívaros. Que cuanto al peligro del tigre y los caimanes, podría ahuyentárseles con grandes fogatas. Verdad que en eso de poner fuego había su peligro, pero todos observaron que en la oscuridad los jívaros veían mejor que los blancos, y que era preciso no darles esa ventaja más, en caso de ser atacados. Además, el fuego en esas circunstancias era de todo punto indispensable; la anciana había acostumbrado aún a la misma Nanto a la comida de los blancos, y así sus estómagos exigían algo caliente. El traía café y los macabeos traían guayusa; prepararían de uno y otro y tomaría cada cual lo que quisiese. Por último, estaba todo mojado y necesitaban secar el sudor de tanto remar y el agua de tanto llover les había mojado por extremo a los pobres macabeos, y necesitaban mudarse, estos macabeos tan dignos de todo encomio que habían preferido mojarse y que todo se mojase, con tal de guardar las armas, las que gracias a sus cuidados venían secas.

Todas estas reflexiones se hizo Proaño y mandó prender fuego.

Pero antes de que fueran por leña y por varas y lianas para la choza, y por hojas para la cubierta y los colchones, tuvo el acierto el sagaz Explorador de colocar centinelas en semicírculo al pie de los árboles, para lo cual prendieron en cada árbol a modo de alero grandes hojas con que se guarecieron los centinelas.

A poco sonó el hacha en el bosque...

Imprudencia! –exclamaron las mujeres. El mismo Proaño reprobó aquella lijereza del macabeo; tanto más cuanto que por ese sonido vidrioso de la madera, entendieron que trataban de tumbar palmas, cuando era bien sabido que la caída de una palma no sólo hacía estremecer el suelo, sino que repercutía su ruido a grandes distancias. Y así mandó orden Proaño de callar y de no hacer uso de hachas sino sólo de machetes, porque por ahora no debieran pensar en hojas de palma, sino de cualesquiera otras para la cubierta. Y así

estaban haciendo el rancho con muchas dificultades; y con mayor dificultad aún prendían la candela, pues que el pobre cocinero que se mataba soplando tenía ya los ojos llenos de lágrimas, con el humo de tan húmeda leña.

Y así estaban, digo, todos en torno del rancho en fábrica, cada cual en su oficio, y los centinelas en el suyo, cuando oyeron de pronto salir de la espesura del bosque, de lo alto de los árboles, el silbo del bandido, ave que como he dicho tiene la propiedad de silbar de día y de noche.

Nanto, que estaba sentada, púsose de pronto en pie y miró hacia el bosque, toda ella espantada; pero en el bosque no vio sino tinieblas y un rumor de viento.

Nanto, muchas veces en el Chaymi había oído aquel silbar lúgubre de aquella ave, pero nunca le preocupó tal silbido, como ahora. Por qué le estremeció esta vez? No lo sabría decir. Su madre que la vio tan asustada, trató de calmarla: "Nanto –le dijo– no te asustes, no es nada, es una ave que canta". No acababa de decir estas palabras la anciana, cuando se oyó a lo lejos repetirse igual silbido, bien como si el mismo pájaro hubiese volado de este árbol al de allá.

Pero este repetirse de tan siniestro silbo le puso alerta a Proaño. Acordóse de aquella noche horrenda en que presencié aquel combate de jívaros en el alto Miaza, y cómo allí Nanki, para engañar al enemigo había limitado el canto de una ave nocturna; y así temió en sus adentros algo semejante en esta noche...

Proaño no se engañó. Ese silbido era nada menos que una contraseña, que quería decir: "Acudid presto que aquí tengo a la presa". Ese silbido era del mismo Japayahuara, quien después de haberse escurrido como culebra por el bosque y asegurado del punto preciso en que los fugitivos se hallaban, se retiró a encaramarse a la copa de aquel árbol a silbar como el bandido, para llamar a los demás, con el sanguinario propósito de hacer subir una parte de ellos a los árboles y desde allí disparar sin ser vistos sus mortales saetas a los pechos de los centinelas; mientras él, Japayahuara con los demás acometían por tierra con sus invencibles lanzas.

Tan pronto como Japayahuara entendió que sus compañeros estaban cerca, dio un segundo silbido, con ánimo de asegurarles el punto preciso en que se hallaba, y dar el golpe en la forma eficaz que había premeditado.

Pero esto no hizo sino confirmar a Proaño en su pensamiento, quien entonces vio que el momento supremo había llegado, y quiso adelantarse en el acometer; y así tan pronto como oyó repetirse aquel silbido, al punto dio orden de hacer fuego en aquella dirección.

Este acto temerario de Proaño precipitó los acontecimientos, pero si- quiera en parte logró frustrar el bien concertado plan de Japayahuara, que era para no dejar uno con vida.

Esa descarga tan inesperada para los jívaros produjo dos efectos: amedrentó a muchos de ellos que se pusieron en fuga, porque un terror invencible se apoderó de sus ánimos ante el arma de fuego, y los que es más logró he- rir a Japayahuara.

Pero éste al verse herido, bufando como toro saltó a tierra y seguido de los más valientes guerreros acometió con flecha y lanzas, con tal ímpetu y tan horrendos gritos que casi no dio tiempo a los acometidos a defenderse. Al pri- mer ímpetu lograron matar a dos de los centinelas; en cambio los que queda- ron supieron defenderse con tales bríos que se convirtió aquello en una infer- nal pelotera de lanza, y fuego y flechas, en que sangre jívara y sangre blanca se mezclaron.

Proaño, en tal conflicto, de lo primero que se cuidó fue de poner a cu- bierto del furor salvaje a aquellas pobres mujeres que yacían allí de rodillas las manos al cielo implorando misericordia; y con tanta mayor angustia, cuanto que ya la pobre anciana estaba herida, lo mismo que la Nanto...

Y así llamó a su lado a Herrera Cevallos y a Pedro Carvajal, el cazador de tigres, y él, pistola en mano y con su cuchilla en la ótra, plantose allí el no- ble guerrero, resuelto a morir, pero no sin antes dar muerte a los más osados que se atreviesen a acercarse.

Ese más osado fue Japayahuara.

Desgraciadamente, los débiles resplandores de las llamas sólo sirvieron para aumentar la tenebrosidad del bosque, razón por la cual no pudo adver- tir Proaño por dónde estaba el mayor peligro. Pero un relámpago casual le sal- vó al Explorador de una muerte segura, pues gracias a esa ráfaga de luz pudo ver cómo el impetuoso Japayahuara y los no menos feroces Chuíma y Chún- cho, que habían logrado romper las filas de los soldados de Proaño, se venían sobre él como leones.

Entonces, de un salto, el cazador de tigres, se interpuso entre Proaño y Japayahuara, y entabló con ésta tan titánica lucha que hicieron extremecer el monte con sus fieros rugidos.

Herrera era pequeño pero de hercúlea fuerza; y así tanto Proaño como Herrera se dieron a luchar fieramente con Chuíma y con Chúncho.

Pero en esos momentos precisos en que así estaban bebiéndose la san- gre, y en que Proaño acababa de dar muerte al formidable Chúncho, vino Chinguími, pariente de Intzákua y arrebató a la pobre Rosario.

Los gritos que dió esta mujer al verse en brazos del feroz Chinguími hicieron que Proaño se volviese hacia las mujeres, en momentos en que Kaikáta, uno de los más terribles capitanes de Japayahuara, venía a arrebatarse a la Nanto. Proaño al ver aquello tales bríos cobró que hubiera podido batirse con diez leones, que no sólo con Kaikáta, a quien le dió mortal cuchillada y a cuyo golpe cayó al suelo con tal fuerza como cuando se desploma una pared. Más por desgracia las voces de Rosario se oían ya muy lejos; sus clamores eran inútiles y su eso se perdía ya en el fondo de los bosques...

En eso una victoria! Victoria inesperada! Cayó Japayahuara!... Por sus rugidos cada vez más apurados y cavernosos entendió Proaño que el Jefe de los kanduashas estaba mortalmente herido.

El cazador de tigres no le dejó a su adversario hasta no coronar la obra, y a pesar de estar herido como estaba le puso la rodilla sobre el pecho de Japayahuara y con sus robustas y nudosas manos acabó de extrangularle. "Japayahuara está muerto!" dijo entonces el cazador de tigres, en lengua jívara y con voz de león-maté a Japayahuara! Aquí le tengo a mis pies bien muerto!

La inesperada muerte del terrible y poderoso Japayahuara sembró el pánico en los jívaros, que ya habían visto caer muchos de sus compañeros a sus pies, y fugaron aterrados.

Pero hasta dónde fue fuga verdadera?

Estos jívaros son unos traidores —dijeron los macabeos— se hacen los que huyen y a de ser para cargarnos con más fuerza y con más gente.

Estas palabras de los macabeos hicieron ver a Proaño que no había tiempo que perder, y que era el punto preciso embarcarse los que habían quedado con vida, y fugar río abajo del Morona.

Y para decirles esto se volvió a las mujeres; peor, ay! se encontró con un cuadro en extremo lastimero!... Tenía la pobre anciana una saeta que le atravesaba el cuerpo y estaba envuelta en su propia sangre, arrimada de espaldas a un tronco y apoyándose en el suelo con un brazo, mientras con el otro sostenía apenas de su hija Nanto.

Proaño no pudo ver todo esto sino confusamente a causa de la oscuridad. Nanto!— llamó Proaño acercándose a ella. Pero Nanto estaba sin sentido. Viendo la anciana el susto mortal que se llevó Proaño: "No está muerta"— se apresuró a decirle con apagada voz— Es desmayo que le vino cuando me hirieron y le llevaron a mi hija, a quien siguió mi hijo Ramón.

Al oír Proaño la voz moribunda de la anciana, conmovióse hondamente, y puesto el un brazo en ella y el otro en Nanto: "Qué tiene señora?, dijo con voz conmovida y tierna.

—Sólo siento tinieblas, sólo siento frío —respondió apenas la pobre anciana— sólo oigo los gritos de Rosario!...

Y quiso llorar pero no pudo.

Proaño en trance tan amargo tuvo a bien que Nanto estuviese sin sentido, y no presenciase la muerte de su madre, la cual Proaño presentía estaba cerca.

Y con la precipitación que las circunstancias lo exigían ordenó por lo bajo a su gente que a la brevedad posible abriesen allí cerca una fosa, al pie de un árbol corpulento llamado títi-númi.

Hecho lo cual se volvió a la anciana, a quien acababa de pasarle un acceso de fuerte escalofrío.

—Señora, no sufra, no es nada— le dijo— Dios es grande.

—Dios!... pronto estaré en su presencia— dijo la anciana con balbuciente voz. Lo primero que haré es pedir por Ud. que tan bueno ha sido con mis hijos. Por Dios, siga cuidando de ellos: en sus manos dejo a mi Nanto. Ay! mi Rosario!...

A estas últimas palabras espiró.

Proaño se ahogaba, pero no tuvo siquiera el consuelo de llorar a gritos como hubiera querido, y así sofocó en silencio ese dolor inmenso que pocos hombres en la tierra han llegado a padecer.

Apenas murió la anciana, lo primero que hizo Proaño fue besar en la frente el cadáver, y besar en la frente a Nanto, a la cual cuidó de no aplicarle ningún remedio, temeroso de que volviera en sí y llegase a ver el entierro de su madre.

Mientras abrían la fosa mandó prender teas de copal y recoger los cadáveres de los macabeos para hecharlos al río; hubiera querido enterrarlos, hubiera querido quemarlos, pero no había tiempo. Lo que sí dejó allí en montón fue los numerosos cadáveres de los jívaros con Japayahuara sobre todos.

Hizo esto Proaño para el caso de que volviesen los salvajes a una nueva embestida, y se amedrentasen de ver tanto muerto de los suyos.

Los cadáveres de los macabeos, en número de cinco, se fueron en el Morona, adelantándose a Nanto.

Preciso es que consigne aquí los nombres de aquellos macabeos, a fin de que la prosperidad los guarde con gratitud en la memoria, por el heroísmo con que supieron defender la causa de la civilización y la inocencia.

Hélos aquí:

Luis Alvarez,

Juan Montenegro,
Rafael Torres,
Tomás Zabala, y
Trinidad Velasco.

De los demás, sólo salieron heridos, Florentino Portilla, Marcial Noguera, Juan Bravo y Pedro Antonio Robalino.

Una vez abierta la sepultura, encargó Proaño a Herrera Cevallos sostener la cabeza de Nanto, mientras él levantó el cadáver por bajo los brazos, y Pedro Carvajal por los pies. Y así lo llevaron al hoyo, a cuyos bordes los macabeos, compungidos, aclaraban el fondo con sus teas.

Y al colocar en el fondo el cadáver de la anciana, le dió el Explorador un postrer beso en la frente, al tiempo que bañó sus yertas mejillas con sus lágrimas.

Llena de tierra la fosa procuraron hacer desaparecer toda huella, a fin de que no diesen los jívaros con aquella sepultura.

Proaño era liberal, pero también era cristiano; y así, sacó su cortaplumas y trazó una cruz en el tronco de aquel árbol secular a cuyos pies yacía la venerable anciana. Taparon con hojas aquella cruz, cubrieron el suelo de hojarasca, y se fueron.

Desde ese momento Proaño miró a Nanto ya nó como una amiga sino como una hija en extremo desvalida, a quien estaba obligado a proteger. Se acordaba de las últimas palabras de la anciana: "En sus manos dejo a mi Nanto", lo que equivalía a decir: Ella ya no tiene madre, ya nada tiene en la tierra, pero, es Ud. noble y generoso, y sabrá cuidar de su vida y su pudor. Y Proaño dió a aquellas palabras de la anciana todo el valor que tenían. Y desde entonces miró a Nanto como se mira un objeto sagrado, y su contacto no le hacía más efecto que si fuera algo divino, algo que estuviera sobre toda sensualidad.

Proaño se apresuró a embarcarse antes de que Nanto volviera en sí.

Afortunadamente la noche comenzó a abrirse, y el río había bajado.

Proaño estaba herido de una flecha, pero no se acordaba de aquella herida, que solo pensaba en Nanto.

Proaño que tanto temía un desenlace fatal, apenas se embarcaron se apresuró a atender a Nanto. Le aplicó un frasquito de eter a la nariz y la recostó en una postura conveniente.

Lo que le pasaba a Proaño era algo inexplicable: Tenía ansia de que Nanto volviera en sí, y tenía temor al mismo tiempo. Qué cuenta le iba a dar de su madre, él que no ignoraba que para Nanto no había otro sér en el mundo que su madre, y que tan pegada a ella había sido?

–"Nanto, Nanto!" la llamó Proaño con una ternura tal, como sólo una madre podría hacerlo, al hablar a su hija moribunda.

Nanto pareció escuchar esas palabras de Proaño, y pareció querer despertar de ese como letargo en que yacía. Abrió los ojos, todavía medio inconcientes, y miró a las estrellas, porque ese rato ya el cielo estaba en parte limpio. De pronto le acometieron convulsiones nerviosas, y se puso a llorar con mucho sentimiento.

Qué era? Por qué lloraba? Es que ya se daba cuenta de lo que había pasado?

Cierto que era la voz de la naturaleza la que así gemía en el fondo de su sér, pero todos aquellos actos en ella eran todavía medio inconcientes.

Y viendo que ese rato tenía los ojos cerrados y que con la mano parecía buscar algo: "Qué tiene, Nanto, qué desea?", le preguntó.

Nada –dijo ella– abriendo los ojos, pero todavía medio aletargados y mi madre dónde está?

Ella va en la otra canoa, no tenga cuidado –le respondió Proaño.

–Dígale que venga, me duele el cuerpo y quiero que me cure.

–Qué es lo que tiene, dígame qué le duele?

–Tengo un dolor aquí, dijo, poniendo la mano en la parte inferior del seno izquierdo, quiero que venga mi madre y me cure, porque me duele.

A estas palabras alarmantes de la doncella, aunque con temor de ofenderla, levantóle el manto que la cubría y trató de pulsarle la parte que ella había mostrado; y cuando sintió que el tarachi estaba allí tieso como encerado, entendió que aquello era sangre y que la joven estaba herida.

No puede este rato pasar la señora, porque no hay donde parar las canoas. Además se encuentra algo indispuesta. Mientras tanto nosotros podemos curarla– dijo tiernamente Proaño.

–Gracias, ya no me duele– dijo la pudorosa joven.

–Qué fuera de día!– exclamó Pedro Carvajal– para coger, maykáhua, porque eso es bueno para las heridas y para muchas enfermedades.

–Y cómo viene Rosario? Y mi hermano cómo está? Quiero verla a mi madre, que venga!

Proaño se puso cabizbajo. Las más crueles torturas oprimían su pecho ese momento. Cómo avisarle que ya su madre estaba muerta, y que era preciso se dejara curar? Cómo decirle que ya a su madre la había dejado muy arriba enterrada en derecho del Anaza? Pero, por otro lado, no corría peligro la vida de la desventurada virgen del Chaymi, si la curación de la herida no se hacía a tiempo?

Pobre Proaño! Jamás el dolor le había desgarrado tan fieramente el alma, como aquella noche.

—Tengo sed— dijo al cabo de rato la herida, como batallando con el calor que sentía.

—Démosle agua con guaco— dijo Carvajal; el guaco es bueno para todo.

Estrujaron lo más que pudieron esas hojas, procurando sacarle todo lo posible el zumo que tenía, y echándolo al fondo de un coco de concha con filo dorado, cogieron agua y mezclaron con el guaco. Echaron un poco de alcohol y le dieron a beber a la enferma.

Sintió grande alivio ese rato y hasta pareció tener ráfagas de alegría; pero bien pronto se le entenebreció el espíritu y quedóse mirando fijamente a un punto, con congojoso mirar como que estuviese presenciando alguna terrible escena; luego pasó los ojos en distintas direcciones, como que se acordaba de algo que se había olvidado: "Ah! ya me acuerdo... —dijo entre dientes— era cuando gritó... sí...; pero después de esos gritos, no recuerdo más... Ah! ya me acuerdo... qué es de mi madre? que venga, que venga! —gritó desesperada e intempestivamente.

Por qué hablaba así? Por qué tomó ese tono así tan súbito y tan desesperado?

Es que ese rato se acordaba de los gritos que había dado Rosario, al verse arrebatada por el salvaje, y el ay terrible que lanzó su madre al sentir al mismo tiempo el saetazo.

No bien acabó Nanto de hablar, cuando a su pesar, se troció mordiendo el labio y llevó la mano cerrada en apretado puño a la parte enferma: era una como punzada que sintió ese rato en la herida, pero que ella se empeñó en ocultar.

Las horas se le hacían eternas a Proaño. Noche horrenda aquella! Hubiera querido que pronto viniese el día para saltar a tierra y coger maykahua y el mikúti y otras plantas, para curar a Nanto.

—Y mi hermano dónde está? preguntó la joven, que acababa de acordarse que le había seguido a su hermana Rosario.

Le siguió a Rosario —dijo Proaño— pero no volvió...

Nanto calló... Silencio que le hizo temer mucho a Proaño.

—Quiero que me traigan a mi madre aquí— dijo Nanto, con modo tal de súplica, que Proaño conmovido no acertó a responder palabra.

En esos momentos comenzaba el despertar de la naturaleza y los primeros trinos de las canoras aves, porque ya amanecía.

—Nanto, dijo el Explorador, al cabo de rato— es preciso conformarnos con lo que Dios nos manda. Dios es Dios y sabe lo que hace. Si Dios hizo esta vida tan penosa y transitoria, en cambio nos dio la vida eterna, a donde van a recibir los justos el premio de sus más heroicas virtudes. Su pobre madre ha sido mártir nadie como ella ha padecido tanto aquí en la tierra, y es un consuelo saber que para estos seres tan desgraciados como heroicos, la muerte es el término de su martirio y el comienzo de una vida imperecedera y venturosa.

—Pero, por qué me habla así?— preguntó Nanto entre sorprendida y aterrada, pues que aún no recordaba; pues aún no recordaba la herida que su madre había recibido, y que fué causa de su desmayo.

Proaño calló.

—Y por qué llora?— volvió a preguntarle Nanto.

Pero Proaño se calló por segunda vez.

Nanto era inteligente y de gran penetración, y, esas lágrimas en los ojos del guerrero, fueron para ella toda una revelación de lo que había pasado. Pero, en tales tremendas dudas Nanto temía descubrir la verdad, y prefirió callar.

A la luz del alba trató de distinguir quienes iban en las demás canoas, pero no vio silueta de mujer; con todo, en una de las embarcaciones había alguien que parecía dormir bajo unas hojas. Nanto no se atrevió a preguntar quién iba allí, siempre de temor de tener que palpar la dura realidad; y prefirió callarse. Proaño entendió lo que en Nanto pasaba, y siguió callando.

Mientras así iban los dos meditabundos, absortos cada cual en los más negros y tristes pensamientos, la prodigiosa naturaleza, con sus millones de voces varias y de divinos cantos, parecía elevar al Dios de la poesía magníficos conciertos.

Así estaban, cuando uno de los macabeos dio de empujones a ese bulto que dormía bajo las hojas, diciéndole: Hombre!, que perezas! a remar, a remar que estoy cansado.

Al punto se sentó como asustado, con los ojos medio cerrados medio abiertos: era un macabeo el que así había estado bajo las hojas.

Se vieron las caras Proaño y Nanto, y ambos quedaron mudos. Recordó ella ese rato el flechazo que recibió su madre a tiempo que su hermana Rosario diera ese grito horrendo al verse arrebatada.

Es imposible explicar lo que pasó en el ánimo de cada cual ese momento... Parece increíble, pero es la pura verdad, que Nanto no lloró. Diríase que el dolor en extremo agudo y cruel le secó las lágrimas, y que a la voz una re-

signación suprema vino a su espíritu cristiano en ese instante en que se sintió sumida en lo más hondo del infortunio, en una soledad de tumba. Nanto llegó a lo sublime en ese momento de tan heroica resignación. Miró a Proaño fijamente con esa honda penetración con que suele mirar un moribundo; le vio en esa muda actitud, consideró que a pesar de ser un guerrero de grandes energías, lo intenso del dolor le había puesto así tan desencajado y pálido; y comprendió que cuanto estaba padeciendo era por ella; y que así se había sacrificado por ella; y que era alma noble y grande; y vio a la vez que la miraba con esa ternura y ese dolor, como si fuera un padre que viera agonizar a su hija; y se sintió al mismo tiempo sola, sola en el mundo, sin más auxilio que Proaño; y así con estas consideraciones siguió mirándole y sintió en su interior uno como desborde de compasión, de gratitud, de amor, y le tendió la mano...

Proaño entonces tomó esa mano delicada y pura de Nanto y la bañó con sus lágrimas de fuego.

Proaño era fuerte y nunca había llorado así, pero ese rato se sintió como un niño, y no pudo contener los sollozos.

En ese momento le acometió a Nanto un dolor en extremo agudo, en la parte de la herida, cosa de torcerse y apretarle con fuerza la mano a Proaño. Este miró con horror cómo en la parte inferior del pecho tenía el tarachi ensangrentado y tieso. No había podido pensar en esa herida con la atención que requería el caso, en esos momentos supremos que acababan de pasar; pero, ahora advirtió cómo las manos de la joven estaban calurosas, y que sus mejillas, a pesar de su natural palidez, estaban rosadas. Le tocó el pulso, y las pulsaciones eran frecuentes; y tenía gran agitación. No había pues dudar Nanto estaba con fiebre; y por eso se quitó el abrigo, porque le hacía mucho calor. Pidió agua, porque la sed le abrazaba; pero ya no se atrevió Proaño a dársela, pues temió que acaso le había hecho mal el agua que antes le había dado.

A Pedro Carvajal le dijo que era preciso arrimar cuanto antes las canoas a la orilla. No había isla por allí, pero, era necesario desembarcar aun cuando fuera a una de las orillas del río.

El anonadamiento de Proaño fue tal que no temió ni el asalto de los salvajes. Preveía un desenlace falta con Nanto, y ya no tenía objeto su existencia. Y lo que más temía era justamente el sobrevivirla...

Por desgracia para Proaño las playas del Morona en ese derecho eran abiertas, y, entonces se hallaban cargadas de piedras y de troncos enormes, que el aluvión del día anterior había dejado; pero no había tiempo que per-

der, y era preciso desembarcar allí. Y así en las raíces de aquellos troncos sujetaron los cabos de las embarcaciones.

El primero que saltó a tierra fue Pedro Carvajal, el cual corrió al bosque a traer la salvadora maykahua y otras yerbas, para curar a Nanto. Proaño le hizo desembarcar a la joven con mucho cuidado pero tan pronto como Nanto puso pie en tierra, con gran sorpresa de Proaño, se arrodilló y con las manos juntas levantadas al cielo, rompió en exclamaciones relativas a su madre, pero tan lastimeras que supo conmover a los mismos indolentes macabeos.

Proaño le respetó en esa actitud, y se limitó a contemplarla sin decir palabra; basta que se arrimó la joven a un tronco y puso en él la frente desfallecida; entonces, con respeto a la vez que con temor de no ser escuchado, se acercó a ella y doblando una rodilla, la tomó delicadamente por la espalda y con voz suplicante y cariñosa le pidió se dejara curar. Le dijo que corría peligro que se irritase la herida, que allí el clima era cálido, y que toda complicación en esas circunstancias y en esa soledad sería más grave para ellos. Y, mientras así le hablaba, lentamente le corrió la mano por el brazo derecho hasta que llegó a tomar en la suya la mano de la joven. Entonces Proaño dobló sus súplicas, y con voz mas tierna que antes le pidió se dejara curar.

Pero esta vez Nanto se portó condescendiente, y en una arranque de dolor de verse así en la orfandad, a la vez que de gratitud profunda hacia Proaño, como he dicho, pareció decirle: "Después de mi madre, Ud." Y así con una resignación que conmovió hondamente a Proaño, le mostró el pecho, resuelta a dejarse curar por ese blanco tan noble como heroico, que a la vez que así había sabido amarla, había sabido también respetarla.

La sentó entonces con comodidad en el tronco, y él se sentó junto a ella, y pidió a los macabeos las cosas que para la curación necesitaba. Tan pronto como le descubrió la herida, ella involuntariamente trató de encubrirse el seno con los cabellos. El temor que Proaño tenía de causarle dolor era tal que temblaba. La heroica joven que comprendió lo que en el Explorador pasaba, se dejó curar sin quejarse, y sólo se mordía el labio con fuerza en los momentos en que el dolor era más agudo.

Pero más que la herida le preocupaba a Proaño verla hecha un fuego; tenía la boca seca y la sed le devoraba. Pidió agua varias veces, pero Proaño no se atrevió a dársela. Y pensó más bien en hacer prender fuego a la entrada del bosque, a fin de prepararle alguna agua de remedio.

En eso oyó un tundúy lejano, en momentos en que Carvajal salía del monte con maykáhua.

—Tundúy!— exclamó Nanto aterrada y con ojos como de loca.

—No es nada— dijo Proaño— no es nada, no se asuste.

Carvajal hizo presente a Proaño el peligro que corrían con haber suspendido el viaje, y con encontrarse así en la orilla del río; siendo así que lo que a todo trace convenía era seguir adelante.

Pero Proaño vio más peligroso aún seguir viaje sin darlo a la enferma algún remedio; y así, ordenó poner fuego inmediatamente, para lo cual avanzaron a la entrada del bosque, tanto para estar a la sombra como por tener leña a la mano. Y le mandó a Carvajal, como al más conocedor de las plantas medicinales de aquellas selvas, que trajera las que más pronto encontrase. Mientras tanto creyó también oportuno mandar construir una gran balsa, a fin de poder llevar con alguna relativa comodidad a la enferma.

Mientras así hacían leña y encendían la candela, Proaño se metió al bosque a curarse ocultamente sus heridas.

De esos momentos se aprovechó Nanto para preguntar a los macabeos de la suerte que su madre había corrido. Estos le dieron a conocer toda la triste escena, y la manera generosa como en ella había procedido Proaño.

No pasó media hora, cuando ya la fogata era grande y donde a poco hervían ollas, pues que los macabeos se aprovecharon de la ocasión para prepararse algo caliente, de que tan ansiosos venían.

El susto que el tundúy le había causado a Nanto le aumentó la fiebre; y la sofocación que tenía era extrema.

Por fortuna Carvajal trajo muy buenas hiervas, y algunas, tan amargas como la verbena, y le dieron a la enferma a beber de esas aguas.

Hecha la curación y terminada la balsa, una balsa bien fuerte y ancha, mandó Proaño cubrirla de una Bóveda de hojas con alma de bejucos de nate-ma que por allí abundaba. Luego hizo sacar sábanas limpias y preparar una cama para la enferma en dicha balsa.

Para entrar a la cama pidió Nanto un momento de permiso a Proaño, para entrarse al bosque a mudarse de tarachi, porque el que llevaba puesto no estaba muy limpio.

De vuelta, ella entró en la balsa, en la cual entraron también Proaño, Herrera Cevallos y Carvajal y dos remeros. Luego soltaron las amarras de la balsa y las canoas, y siguieron rumbo río abajo, a eso de las dos de la tarde.

Toda la mañana había hecho sol, pero ya por la tarde comenzaron las nubes a cargarse, y el tiempo a ponerse cubierto y triste.

Y así bogaban y bogaban oyendo el canto de las ranas en las islas por ese gran río que cada vez más se abría, a medida que iba recibiendo otros y otros afluentes mansos como lagunas.

En eso Nanto, que se abrasaba con el calor, puso a un lado las cobijas, y le dijo a Proaño que esa tal cama le estorbaba, porque no tenía costumbre de dormir ahí, y que le dejara acostarse en las hojas.

Proaño no le había puesto más que una sábana y una lijera manta, porque ni el clima permitía otra cosa, pero le dió gusto; él en persona puso a un lado toda la ropa de cama y la acostó en unas frescas hojas de plátano que allí había. Hasta la almohada la cubrió con hojas de plátano.

Y así se quedó sosegada un buen espacio, boca arriba, sin más abrigo que el del tarachi que le cubría hasta bajo las rodillas.

Proaño, que se había sentado a sus pies, tuvo ocasión de admirar una vez más las formas divinas de su cuerpo; esos pies tan lindos como bien formados, que a las claras demostraban su educación y su raza. Y mientras así la contemplaba, los más negros pensamientos le acometieron que en vano trató de desechar: pensó que podía morirse aquella virgen tan bella, y que tan rara maravilla pudiera ser devorada por la tierra...

Y así estaba Proaño, fijos los ojos en el rostro de la joven, cuando Florentino Portilla, uno de los heridos, que sin duda iba triste en esas horas del crepúsculo, se puso a tocar tristemente en el rondador una canción jívara.

Proaño al ver el efecto desastroso que causó en Nanto esa canción, le mandó callar; pero Nanto le suplico a Proaño que no diese tal orden, pues quería seguir oyendo esa canción.

El Explorador tuvo que darle gusto a la febril enferma, y el macabeo entonces siguió tocando tristemente el rondador. Viendo otro macabeo la contra orden de Proaño, se animó también y sacó su flauta, una flauta de caña que había robado a un jívaro, y acompañó con ella al rondador.

Esta música le trajo a la memoria mil recuerdos del pasado a la joven: Todo el Chaymi se le puso delante en ese rato; ese Chaymi donde había nacido y donde había pasado su infancia y su juventud; el río de las cacerías y de las pescas, el de las lindas mariposas y aves de delicioso canto; el bello Chaymi, donde estaba su casa, y su platanal, y sus flores, y su cascada de blanca espuma, y su árbol con los nidos de los chinguitis. Por todas partes flotaba la imagen de su madre y de sus hermanos. Y ahora?... Su madre ha muerto, y no volverá a verla sino en el cielo; y sus hermanos se quedan para siempre en ese Chaymi donde ella había nacido, y no volverá a ver ni al Chaymi ni a sus hermanos. Adiós madre, adiós hermanos, adiós Chaymi querido, adiós para siempre!...

A estas últimas palabras de despedida que lanzó Nanto en su interior, prorrumpió en sollozos tan lastimeros que hicieron estremecer a Proaño de pena y de temor al mismo tiempo.

Sí, de temor, y con razón, porque parece que ese momento el destino decretó el golpe fatal contra la desventurada vírgen del Chaymi. Pues desde entonces le subió tanto la calentura, que a poco rato comenzó a delirar. Y en su delirio se imaginaba ver el cadáver de su madre, y lo abrazaba y lo besaba; luego se imaginó verle en el fondo de la fosa, y se sentó de súbito con las manos crispadas, y miró al fondo de esa fosa, y quiso lanzarse allí pra confundirse con su madre bajo la tierra del olvido.

Proaño, herido en su alma por un dolor intenso, no sabía cómo calmarla. "Nanto! Nanto! Por Dios Nanto!... eso era todo y no le decía más, ni se le ocurría otra cosa, en ese su dolor intenso que consumía todo su sér.

Pobre Proaño! Si en horas anteriores le había visto Nanto tan desmejorado a causa del mucho sufrir, cómo le vería al presente, en que parecía haber vivido en pocos minutos muchos años, y en que su palidez era mortal? Bien pronto perdió Proaño toda esperanza de salvarla. Tal era el estado en que la veía a la pobre loca.

A poco se puso a cantar la enferma una canción jívara, aquella misma que poco antes habían tocado los macabeos en sus flautas. Nanto tenía una voz linda, sobre todo muy delicada y muy dulce, y cantó algunos versos en jívaro, relativos al Chaymi, pero con tanto sentimiento que, hasta el mismo Pedro Carvajal con ser tan duro, sintió saltársele una lágrima a sus ojos, cosa que en su vida le había pasado.

En eso, pidió Proaño a Pedro Carvajal, para darle a tomar a la enferma, la bebida aquella de mikúti y otras plantas, que había traído preparada, y de la cual le venían dando a pasto. Pero, aunque las otras veces había tomado esa bebida con avidez, a causa de la mucha sed, ahora pasó lo contrario: no quiso más.

—Me siento bien, dijo, no quiero nada.

En efecto advirtió Proaño que se había operado en ella un cambio repentino. Parecía estar en sus cabales. Y, cuato a la calentura, no sólo había desaparecido, sino que tenía las manos y la frente frías.

Gran temor le causó a Proaño este capricho de la naturaleza, esta transición tan inesperada.

—Ya no tengo esa calor que tenía, ni veo ya esos fantasmas que veía— dijo— ahora estoy tranquila...; pero siento allá dentro en el fondo de mi sér añadió al cabo de rato— algo inexplicable...

Y quedóse como escuchando ese algo inexplicable que pasaba en su interior.

A un rato clavó los ojos en Proaño, pero con un mirar tal, que parecía decir con ello muchas cosas. Esa ojera profunda que tenía le impresionó honda y siniestramente al Explorador: esa ojera no era de sana, era algo como mirada de tumba.

Y mientras así le miraba al extranjero, le tomó de la mano. Parecía querer decirle muchas cosas, pero que no se atrevía a empezar.

—Qué tiene Nanto, qué le pasa?— le preguntó con extrema ternura.

—Blanco, le dijo al fin, poniendo la mano entre las suyas, blanco generoso, yo no merecía tanto sacrificio de tu parte. Perdona que te hable así, no es Nanto quien te habla, es una sombra de ella; pero yo llevo conmigo todos los recuerdos de tu heroico sacrificio. Mi madre me ha hablado de una vida eterna, de que las almas no perecen, y de que todos volvemos después de muertos al seno de Dios. Este es el consuelo que llevo al separarme de tí. Heroico blanco, yo sé cómo trataste a mi madre al enterrarla, cómo besaste su frente cuando ya fue cadáver, y cómo lloraste sobre su sepultura...

A estas palabras sintió Nanto no sé qué, que le impidió seguir hablando, y el corazón le palpitó con más fuerza; aumentóse la palidez de su rostro, y la ojera tomó un tinte más oscuro. Le había caído de no sé dónde tierra en esa ojera, y Proaño se apresuró a limpiársela con su pañuelo.

A un rato de silencio volvió a mirarle a Proaño, pero esta vez con ojos medio vidriosos, medio inertes... Manera de mirar que apagó toda luz y todo rayo de esperanza en el pecho de Proaño...

También Cevallos, Carvajal y los otros macabeos la miraron con pena extrema porque ya la veían perdida.

Luego Nanto, haciendo un esfuerzo, porque ya los miembros tenía pesados, se sacó un rosario que llevaba al pecho, y poniéndoselo a Proaño le dijo: "Este Rosario me dió mi madre: ya ella me llama, pero quiero antes de irme, dejártelo como un recuerdo eterno".

Iba a decir algo más, pero no pudo. Parece que el sentimiento con que pronunció estas últimas palabras le apresuró la hora fatal. Diríase que ese momento hizo la naturaleza un esfuerzo supremo, porque le vino un sudor copioso a todo el cuerpo, a la vez que se apoderó de ella mortal congoja.

Parece que sintió algo extraordinario en su interior y se torció hacia el lado del corazón, mientras le apretó fuertemente con la diestra la mano de Proaño, actitud en que expiró...

Proaño la vio expirar y no se movió del puesto ni profirió palabra, y con los ojos clavados en Nanto se quedó un buen espacio.

Qué pasó en esa alma ese momento? Quién podrá medir los abismos de dolor en que se sumergió Proaño a la muerte de aquella joven que tanto había padecido en vida? Ni profirió palabra ni hechó una lágrima: como herida por un rayo, allí se quedó su alma calcinada, secas las fuentes de su pecho.

Si un buzo hubiera podido penetrar en su espíritu, habría visto esos abismos lóbregos sin fin, y habría podido escuchar allá, en el fondo, esos gritos de atros desesperación, esos gemidos lastimeros de un dolor sin esperanza. Las almas grandes cuando padecen, así padecen; cuando se agitan, así se agitan, como los mares como los huracanes.

Y los bogas seguían y seguían, con ese monótono chil chal de los remos, que desde mucho antes Proaño había dejado de escuchar.

Los demás que iban en la balsa respetaron esa triste actitud de Proaño; pero al ver que se pasaba el tiempo y que Proaño nada decía, le observaron lo conveniente que sería cubrir ese cadáver y pensar ya en enterrarlo. Pero Proaño no respondió. Es que el cuerpo de la Nanto adquirió tal palidez de marfil, después de muerta, que se puso más linda, y le dolía envolverle en mantas, dejando de contemplarla siquiera esos postreros momentos. Y así bajaban y bajaban por ese río cuya belleza y grandiosidad crecía cada vez más, pero que por desgracia Proaño nada pudo admirar, porque solo veía negro en todas partes. Hasta que por la tarde llegaron a una isla bien grande, tan ancha como larga, y sobre todo larga, llamada Jangarana.

De seguro que Proaño no habría reparado en aquella isla, si al pasar por allí no hubiese oído muy cerca el canto del huagtahuay, que tan tragicamente resonó en su interior, porque le trajo a la memoria los días pasados en el Chaymi, y las palabras melancólicas que Nanto había proferido al oír el canto de aquella ave.

Involuntariamente se puso en pie Proaño y miró por donde vino el canto del huagtahuay; pero no pudo verlo porque estaba metido en los follajes de aquella isla que iban pasando.

Como la amargura de su alma así entulada, hechó en su torno una como mirada postrera...

Era sobre tarde, y ya las aves parecían recogerse a sus nidos; bandadas de parleros loros cruzaban el gran río ese momento, mientras las garzas hacían vistosas evoluciones en el aire.

Capítulo XIV

LA ISLA DE JANGARANA

Los rayos horizontales del sol moribundo doraban melancólicamente las enredaderas y las palmas de aquella isla, y una como tenue y dorada neblina entrecubría a la distancia las amplias y magníficas playas del Morona, llenas de aves acuáticas de todo género. Las mariposas brillantes y magníficas revoloteaban en número infinito por la isla y por el río, y enjambres de doradas abejas zumbaban por todas partes: mientras las purpurinas nubes del ocaso se reflejaban bellamente en las dormidas aguas por donde los tripulantes navegaban.

Al ver Proaño tanta poesía en aquella isla, pensó en que acaso más abajo no podría encontrar cosa igual y resolvió convertir aquella isla de Jangarana en la tumba de la bella virgen del Chaymi.

Habían ya transcurrido algunas horas de su muerte. Por otro lado, el termómetro debía marcar unos veintiseis grados, a juzgar por el calor. La necesidad era pues fatal, y preciso era resignarse a dejar allí para siempre a la que así había marchitado para siempre su existencia y calcinado su alma con el fuego de un amor tan puro como intenso.

Mientras así iba Proaño sumido en esos sus negros pensamientos, los bogas no cesaban en su monótono remar junto a aquella dilatada isla de Jangarana.

Una vez llegados a la parte más meridional de ella, ordenó Proaño arriar las embarcaciones.

Tan pronto como puso pie en tierra besó el suelo. Es que ya miró aquella isla como sagrada, puesto que debía guardar las sacrosantas cenizas de aquella joven que en vida había sido un dechado de hermosura a la vez que de pudor y de inocencia.

Cualquiera que hubiese conocido el modo de ser de Proaño, se habría sorprendido de verle besar la tierra; pero es que, esos momentos, tal transformación sufrió en su espíritu que se tornó en místico; y así no solo veía sino que sentía esas relaciones secretas pero íntimas entre esta vida y la futura. No

podía concebir que Nanto hubiese vuelto a la nada; por el contrario, la tenía presente siempre y sentía aletear su espíritu en su torno. El susurro del viento en los árboles le parecía la voz de Nanto, y de Nanto le hablaban también las mil voces salidas del fondo de aquel oscuro bosque.

Así obra el amor estos prodigios, así transforma las almas y las eleva a lo suprasensible y eterno.

Una vez Proaño en tierra, metióse él solo en el bosque, en busca de un lugar adecuado para la fosa.

Podían morderle las víboras, podían acometerle las fieras. Pero él se consideraba extraño a la vida y muerto a todo; no veía peligros y solo pensaba en Nanto.

A poco de haber andado, dio con una hermosa palma junto a las piedras. "Aquí!", dijo en sus adentros mirando aquel sitio. Y se quedó un buen espacio, los ojos en esas piedras, al través de las cuales ya su febril imaginación veía tendida a su Nanto durmiendo su sueño eterno.

Allí mandó abrir la fosa, a la luz de las teas de kopal, porque ya anocheecía y el bosque era allí espeso.

Pobre Proaño! Nada más triste que verle sentado en esa piedra con rostro cadavérico y sombrío, viendo cavar aquella sepultura; nada más negro que ver a ese hombre, de grandes energías y de grande alma, marchitarse así en la plenitud de su existencia, a los rudos golpes de un cruel destino. Pobre Proaño! Con el codo sobre la rodilla y la sien sobre el apretado puño de la mano, mientras la otra la tenía colgada cual larga era, parecía que toda fuerza, que todo vigor se le había agotado ya, abrumado como estaba bajo el peso de un dolor inmenso.

Terminada la fosa: "Ya está", dijeron los macabeos. Pero como viesan que Proaño continuaba absorto en esa su actitud sin darse cuenta de nada, le movieron con la mano, a la vez que le decían: "Ya está, señor, abierto el hueco, levántese, ya está".

Entonces Proaño tomó una tea y fue buscando las piedras más a propósito para su objeto, y mandándoles poner al borde de la fosa; se metió luego al fondo de ella y fue colocando esas piedras a lo largo de la sepultura, como paredes de un ataúd. Luego pidió hojas de chambira y otras por el estilo y a poco le trajeron de las más elegantes que pudieron encontrar, de chambira, de toquilla y de Chapi, y fue colocándolas con sus manos con mucho arte en el fondo y en las paredes del hoyo.

Hecho esto, salió y se encaminó a la balsa, donde encontró tendida a su Nanto... Y al ver por la postrera vez esa hermosura inmóvil, dobló las rodi-

llas, y poniendo sus ardientes labios en la helada sien de la virgen y apretándole una mano con las suyas, prorrumpió en exclamaciones tiernas y desesperadas, llamándole a veces por su nombre, como tratando de despertarla y de hacer oír su voz allá en el fondo de la nada en donde ella yacía. Pero todo en vano... A sus lastimeras voces sólo contestaba el triste lamido del viento en los árboles y el canto de las lechuzas. Ella continuaba inmóvil y ya nada oía, porque ya no era otra cosa que una belleza yerta.

Siempre los macabeos estaban allí y no le dejaban dar rienda suelta a su dolor; siempre le interrumpían. Y así fue cómo esta vez se le acercaron a decirle que ya venían a llevar el cadáver de la joven para enterrarlo. "Nadie la toca!", dijo cavernosamente Proaño. Entonces, sacó de una bolsa de mallas un rosario de los que Nanto había traído, y se la puso al cuello de la virgen; luego le puso también aquel regio manto que tenía de brillantes insectos con flecos de secchas y colibríes. En seguida la levantó en sus brazos por las espaldas y las corbas y se la llevó al pie de la palmera. Él era fuerte, y Nanto era delgada, y pudo llevarla él solo hasta la fosa.

Llegados allí, los macabeos trataron de tomar el cadáver en sus brazos para hecharlo en el hoyo; pero, Proaño tuvo el egoísmo de no permitir que nadie tocara el cuerpo de aquella virgen que miraba como sagrado; y así bajó por unas gradas de bejuco que de antemano había hecho poner.

Una vez adentro, colocó delicadaménte bocarriba en ese lecho de hojas, el cuerpo de la virgen. Los macabeos le observaron que era preciso envolverla en sábanas y en mantas para enterrarla, pero Proaño pareció no escuchar; y así en mudo silencio, la cubrió con su manto, cuyo fleco de secchas y de colibríes le dio hasta bajo las rodillas, luego entrecubrió ese manto con su abundante cabellera, que sirvió como de marco a su divino rostro y su cuello de marfil.

El dolor cuando es extremo tiene inexplicables contradicciones. Como el náufrago en su desesperación solo piensa en salvarse; así Proaño en esa fosa no pensó esos momentos sino en salir de allí, en donde el dolor le ahogaba. Y así, con sorprendente precipitación, precisamente esos momentos que más bella le había parecido aquella virgen y que más hubiera querido verla, allí es cuando se apresuró a cubrirla, empezando por los pies, pero sin tocar el cuerpo, con las piedras que colocó atravesadas sobre las que había puesto de antemano. Cuando colocó la postrera piedra con que cubrió aquel divino rostro, ya lo hizo casi maquinalmente.

Los macabeos le miraban con lástima de verle así.

Puesta la última loza que cubrió para siempre el rostro de la virgen, apresuróse a cubrir aquel ataúd de piedra con hojas de chambira, a fin de que la tierra no tocara el cuerpo de la virgen. Hecho lo cual se salió precipitadamente; y, para no ver la obra postrera de los macabeos, se internó en el bosque, y allí, con una rodilla en el suelo y apretándose la cara con las manos, hizo lo que poco antes no había podido: llorar, llorar con desesperación y como bufando, al tiempo que hacía esfuerzos por contener los gritos de dolor que ya se le escapaban del pecho. Ese desahogo, hecho así en esa forma tan violenta, cosa de bañarse todo el cuerpo de sudor, le sirvió como de reacción, como de consuelo; y así mitigó el llanto, y se quedó los ojos en el suelo viendo a lo vivo la imagen de la virgen, tal como la dejó en la fosa. Y mientras así la veía, parecía que todo su ser era oídos, y que por todos lados le venía una voz misteriosa y honda que le hablaba de Nanto.

Y quedó su espíritu helado en esa su soledad inmensa, en ese vacío lóbrego, inexplicable, que le dejó la ausencia eterna de su Nanto.

Y así se dejó estar largo rato en esa actitud inmóvil, cuando vinieron los macabeos a avisarle que estaba todo terminado...

Palabras crueles que cayeron sobre sí, como la última loza con que se sellaba su infortunio.

En efecto, cuando regresó allí, ya todo estaba cubierto de tierra.

Mandó amontonar piedras en ese punto, en forma cónica, y colocó allí una cruz; después de lo cual sacó su cortaplumas y grabó en el tronco de la palma de tenemba, estas palabras:

"La Virgen del Cháymi
el 19 de Marzo de 18..."

En eso, los macabeos le dijeron a Proaño que antes de partir querían les hiciera rezar algo por el alma de Nanto. Entonces Proaño, descubriéndose la cabeza y doblando una rodilla ante la cruz, actitud que siguieron los macabeos, hizo rezar de esta manera:

"Señor Dios, creador de las cosas y ordenador supremo, que así diriges los mundos del espíritu como los mundos de la materia; yo, grano de arena perdido en tu inmensidad, bendigo tu omnipotencia y acato tus designios. Tú sabes por qué hiciste así tan bella a la virgen del Chaymi, y por qué tronchaste aquella flor lozana, en sus mejores días. Este corazón desgarrado y marchito que llevo aquí en mi pecho, tú me lo diste. Tú guiaste mis pasos, tú me trajiste al Cháymi, donde a la vista de tu obra soberana se inflamó mi alma. Duraron para mí esas ilusiones lo que dura un relámpago, y al punto quedé sumido en esta lóbrega y helada noche en que me encuentro. Tú sabes, señor,

por qué me has puesto así. En esta oscura cárcel de la vida, en este destierro en que los mortales vivimos, la única razón del vivir es abrigar en el alma una ilusión, un rayo de esperanza; porque esa ilusión, esa esperanza son los únicos destellos de esta bienandanza eterna que tú has destinado a los mortales desde el seno de tu gloria. Pero tú, señor, has muerto en mí hasta esa ilusión y has apagado hasta ese rayo de esperanza. Bendito seas..."

Parece que esta oración le sunió a Proaño en una resignación mística, pero tan honda que se operó en él una verdadera avolución, en un todo conforme con ese su espíritu eminentemente religioso que le caracterizaba.

Terminada la oración se levantó, y con aire solemne se acercó a aquella cruz y la besó. Hecho lo cual volvió la espalda, y a paso lento y cabizbajo, encaminóse al río, donde se embarcó en esa balsa que encontró vacía... Ninguno de los macabeos hablaba, todos se movían como sombras, todos respetaban la triste situación de Proaño; y así mudos abrieron las amarras de las embarcaciones, y siguieron río abajo.

Capítulo XV
**HACIA EL RIO DE LAS AMAZONAS
O MARAÑÓN**

Proaño era un autómatas. Miraba el agua, pero ni siquiera se daba cuenta de cómo se reflejaban en aquella agua las estrellas del cielo. Nanto!... Nanto!... y solo veía su imagen, y solo escuchaba su voz allá en el fondo de su ser.

A dónde se iban? Después de muerta Nanto, le parecía que el seguir adelante era un viaje sin objeto, una vez que con su muerte toda ilusión había muerto en él; y sin embargo se dejaba ir río abajo en rumbo hacia el Maraño. Y el chil chal de los remos no cesaba.

Así bogaron toda la noche.

Qué es lo que pasaba en su interior? Es que, a pesar de las tempestades de su alma, de esas tormentas en que todo albedrío había parecido naufragar, es que, a pesar de todo y a través de todo, aún subsistía en Proaño esa tenaz energía del gran Explorador.

Aunque acaso así era la verdad, diríase que el mismo Proaño iba engañado. Creíase juguete del destino, que había naufragado en su carrera, y que iba flotando por esas aguas como restos de un naufragio. Así se imaginaba en su amargura profunda, en su dolor extremo, sin darse cuenta de que su naturaleza superior reaccionaba, y que del fondo de su ser surgía una fuerza oculta que sin cesar le impulsaba adelante, una voz secreta y misteriosa que a la continua le decía: "Siempre adelante!".

Sin duda que Proaño pertenecía a esa pléyade de hombres superiores que vienen al mundo predestinados con la noble misión de señalar a los pueblos, nuevos y seguros rumbos hacia venturosos destinos. Son lo que más padecen en la tierra, pero los que jamás sucumben, porque como el roble resisten a todos los vientos. Sus pechos se convierten en cenizas, pero de esas cenizas, como el Fénix, resurge radiante y vigoroso el genio del progreso.

Proaño era de esos privilegiados, no era de los que dejaban correr estériles las horas. "Soy una fuerza se decía, y no estoy aislado en el universo; soy un eslabón de esa gran cadena que liga los mundos en su evolución". Y así, es-

te hombre que había muerto al placer y llevaba una alma enlutada, tuvo con todos energías para pensar en sus semejantes y en serles útil mientras viviese. Amaba a su patria con delirio, y si en esos momentos de dolor supremo se apagó algún tanto la voz del patriotismo, jamás se extingió del todo, y siempre subsistió como una chispa en el fondo de su conciencia, donde aquella voz le hablaba sin cesar, un lenguaje mudo pero elocuente. Comprendía ese valor inmenso que para los destinos de su patria tenían aquellas maravillosas regiones que iba descubriendo; y, aunque estas consideraciones se apagaron ante esos gritos de dolor de su alma, jamás se extinguieron, como he dicho, y con esa tenacidad propia de las grandes energías de la naturaleza, seguían impulsándole siempre adelante.

Y así fue como Proaño, obedeciendo sin duda a este secreto impulso, dejó seguir las naves río abajo, sin hacer a los bogas observación ninguna. Y pasó la isla de Pusiaga, y aquella roca, en forma de islote, más abajo; y pasó algunos ríos, que parecían lagos; hasta que les amaneció en la desembocadura del poético Shirikípi-entza, llamado así por abundar en ese río kopales de muchos siglos de edad, y cuya corpulencia era la primera vez que Proaño veía, eso, si es que veía, que más que ver meditaba. ¡Cuánto hubiera gozado Proaño, si su ánimo hubiera estado para gozar, al ver aquellas grandiosas pozas que hacían parte del Morona, tan amenas como profundas! Pañakuna, Karipañakuna. Esto es: "La laguna de Paña, la laguna de Caripaña"; donde los peces hierven y donde las garzas y las gaviotas revolotean bellamente.

Por desgracia, esos mismos poéticos encantos que cada vez en mayores proporciones iba ofreciendo el Morona, a medida que más se aproximaban al río de las Amazonas, todo esto no era sino motivo de mayor tristeza para Proaño; porque a pesar de tanta vida y tanta hermosura, todo le parecía solitario y mustio.

Y siguió y siguió la navegación todo el día, y siguió el Explorador viendo aquellas maravillas de la naturaleza, al través de un velo denso de tristeza, en que parecía flotar como sombra la bella imagen de Nanto.

Y así iban navegando navegando por esas anchurosas aguas, cuando de pronto los macabeos llenos de júbilo dieron ¡hurra!, viendo la grandiosidad con que desembocaba el Morona en ese mar del Maraón, en cuya lontananza flotaba el humo de un vapor.

Serían las cuatro de la tarde.

¡Cuánta sublimidad!— exclamó Proaño en sus adentros; pero no habló palabra, absorto como quedó al ver aquel magnífico panorama, en cuyos dilatados límites apenas veía, al través de bandadas de aves, la orilla opuesta en

forma como de nube. Sintió Proaño ese momento una especie de orgullo de haber llegado allí. Con la penetración del genio, sintió esos instantes el valor inmenso de su obra, una vez que el Morona que acababa de descubrir, hacía parte principal de aquella hoya amazónica la mayor del mundo, que tenía a la vista. Su corazón estaba calcinado, y estaba frío como una tumba; pero su inteligencia soberana volaba en alas del viento, y descubría cosas grandes que quedaban ocultas al vulgo de los mortales.

En eso le ocurrió el caso impensado de que la balsa en que iba vaciló algún tanto, en la parte en que chocaban las aguas del Morona con las del Amazonas. Este accidente le llevó a observar el fenómeno curioso de que las aguas del Marañón corrían con más fuerza que las tranquilas del Morona.

Sacó el barómetro y su asombro subió de punto cuando vió que la altura allí, sobre el nivel del mar, apenas pasaba de doscientos metros; siendo así que la distancia de ese punto al Atlántico era como de mil leguas. Cómo sucedía que con una gradiente así casi tan nula viese correr aquellas aguas?

Como a cierta distancia, río abajo del Marañón viera una gran isla que luego suponse llamaba "El Potro", resolvió ir a pernoctar allí, con el propósito de dar descanso a su gente que tan rendida de fatiga se hallaba, y con el fin de dar por terminado su viaje y de volverse allí con la gran nueva del descubrimiento del Morona; lo que suponía el Explorador sería motivo de orgullo para el pueblo ecuatoriano ante las demás naciones del Continente.

Proaño había sufrido decepciones del Gobierno de su patria, y nada esperaba de él; pero pensaba en sus compatriotas, pensaba sobre todo en las futuras generaciones, que darían a su obra todo el valor que tenía, y así, resolvió regresar primero a Macas, de donde tomaría nuevos rumbos que el mismo ignoraba todavía.

Pero para este regreso se le presentaba un problema: por dónde se volvía? Regresar por el mismo río? Imposible; sería entregarse a una muerte segura. Pero, para regresar por tierra, donde estaban los guías? Proaño veía pues como una esperanza aquella isla a la cual se encaminaba.

Y mientras así navegaban en esa dirección, el espíritu poético y eminentemente progresista de Proaño iba absorbo en la contemplación de aquel conjunto tan imponente como magnífico, que parecía ser el reflejo de la omnipotencia de Dios; y con mirar soberano penetró en los oscuros senos del porvenir, y vio un semillero de ciudades, así en tierra como en agua, en esa hoya infinita.

Para que el lector pueda darse cuenta de los alcances que tenía ese mirar profético de Proaño, es preciso que sepa cuánto conoció el Explorador la geografía de aquella Hoya Amazónica.

Proaño no ignoraba, en su curso de más de mil quinientas leguas, iba recibiendo mil y tantos poderosos tributarios, cuya parte navegable llenaba una extensión de muchas decenas de millares de leguas, y que mientras por una parte se juntaba a este río el Orinoco, cuya desembocadura se hallaba casi a 300 leguas al norte de la suya; por otra, merced a un canal de pocas leguas, podía también juntarse con el Plata, cuya desembocadura se hallaba a 900 leguas al sur del Pará. Tampoco se le ignoraba que aquella inmensa red de ríos navegables que contenía también millares de lagos y canales naturales, cubría nada menos que una extensión de más de dos tercios de la América del Sur, por donde un día llegaría a pasar más de los dos tercios del comercio americano.

En su célebre Carta en defensa de la ciencia geográfica, de la honra nacional y de la "Via Proaño", habla con encarecimiento de Humboldt, de Lacandamine, de Jorge y Antonio de Ulloa, de Riveiro y otros sabios viajeros que se ocuparon acerca del porvenir del Amazonas; y repite las magníficas palabras de Humboldt, cuando, hablando del Amazonas, dijo que tarde o temprano se concentraría allí la civilización del globo.

En esa misma carta habla con admiración de esa obra magna en que Lesseps había emprendido en Panamá. "Los ecuatorianos estamos en el deber de prepararnos a recibir el comercio del Istmo de Panamá habriendo caminos al Morona", decía en esa carta en que tanto ponderaba los estrechos vínculos comerciales que el destino reservaban al Istmo en referencia y al Amazonas. "Es preciso saber— añadía en otra parte— que la causa de la civilización del Ecuador es solidaria con el Perú, con Colombia y el Brasil; que el Ecuador es dueño de gran parte del Amazonas, hasta Tabatinga; y que por consiguiente el alto Amazonas sería el punto de unión de tres líneas navegables grandiosas: por el Orinoco, al Mar de las Antillas y al través de éstas al Misisipí, y por allí a los últimos confines setentrionales de Estados Unidos; por el Plata, bajando por el Perú, el Brasil el Paraguay, hasta el golfo de San Antonio. Y por último, por el Oriente, el Amazonas hasta el Atlántico.

En una de mis publicaciones relativas al Oriente Ecuatoriano, se lee el párrafo siguiente: "Se comprende el asombro de estos grandes sabios (Humboldt y otros) al contemplar en imaginación la futura grandeza del Amazonas, si se toma en cuenta la riqueza acumulada por miles de siglos en una hoya de la cual se ha dicho es seis veces más grande que la Francia, y por donde

el río monstruo tiene que recorrer mil quinientas leguas hasta llegar al Atlántico, y por donde va recibiendo mil y tantos poderosos tributarios que son como las arterias de tantos países cuales son las tres Guayanas, Venezuela, y Colombia, y el Ecuador, y el Perú, y Bolivia, y el Brasil; y por último al considerar cuanta es la latitud de esa hoya inmensa, si recordamos que sólo el río Negro, tiene que recorrer antes de llegar al Amazonas una extensión de 310 leguas, y el Xingu, otra mayor, de 396 leguas, y el Tocantín, otra mayor todavía, de 528 leguas, sin contar con el mayor de todos en extensión y en volumen, cual es el famoso Madeira. Cuántas ciudades en tierra y cuántas poderosas armadas en agua están destinadas a ver las futuras generaciones en esa Hoya incommensurable del Amazonas!"

Pues confieso que este parrafito casi es usurpado, y que casi textualmente lo he tomado de una de las cartas del descubridor del Morona, escrita un año antes de su confinamiento a Macas.

Con este conocimiento de causa, con esta plena conciencia de la futura grandeza del Amazonas, es cómo Proaño miraba en torno al través del tiempo y del espacio; y veía por el norte a California y el Istmo de Panamá; y por el sur, el ferrocarril trasandino de Chile; por el occidente, a Sidney y Yokohama, a Australia y el Japón, y por el último hacia el oriente, el Amazonas infinito, con Iquitos y con Manaos, y con el Pará, y con el Atlántico, y con Europa al fondo. Y viendo en el centro de este conjunto sublime al Ecuador, recibiendo todas las mareas y todas las corrientes del comercio universal!

En estas grandes cosas iba pensando el espíritu inmenso de Proaño, mientras así navegaba hacia la isla del Potro. Miró con su anteojo allá, y la vio cubierta de plantas de plátano y de caña; lo que hizo suponer que aquella isla estaba habitada, sobre todo cuando alcanzó a divisar que se levantaba humo de entre aquellos platanales.

En efecto, llegado allí se encontró con gente blanca, lo que fue para Proaño y su fatigada gente motivo de gran consuelo. ¡Hallarse como entre los suyos después de largo tiempo de solo tratar con salvajes! Por desgracia sólo estaban allí los peones de la hacienda, que el patrón de apellido Santacruz, estaba ausente; pues que, con un tal Rios Tuesta, dueño de la hacienda de San Lorenzo, frente al Guallaga, se había ido a Yurimaguas, población situada en el Guallaga, a donde llevaron también motivos comerciales relacionados con los cerros del Pongo del mismo río, donde estaban las famosas minas de sal del Guallaga. Con todo, Proaño recibió los auxilios oportunos de aquella gente hospitalaria.

Cómo, fuera de no encontrarse con el dueño de la hacienda, se encontró con algunos jívaros, Proaño ocultó su procedencia, y se presentó ante ellos como un mero turista; y también a los macabeos les advirtió que dijeran lo propio.

Proaño tenía mucha curiosidad de saber quiénes eran esos jívaros, y más que curiosidad, temor de que acaso hubiesen venido del Morona con alguna comisión en su contra, cosa que bien podía suceder de tomarles la delantera, dado que Proaño se había detenido más de dos horas en la isla de Jangarana, y de que el Morona hacía muchas vueltas, y así los jívaros pudieron haber tomado la línea más corta al Marañón.

Pero, los macabeos le sacaron de dudas y le dijeron que de esos jívaros, unos eran en realidad moronas, pero recién venidos de Iquitos y de paso al Morona; y que los otros eran kanusas, esto es habitantes del Santiago. Que estos kanusas estaban contrariados porque tenían consigo unas mujeres jívaras, cogidas al enemigo por asalto, las cuales habían traído a venderlas a Santa cruz, dueño de aquella hacienda, en cambio de escopetas, pero que se habían encontrado con que Santacruz estaba ausente. Dichas cautivas pertenecían al Mayunaga, afluente del Morona. Entre estas mujeres había una coja, a quien de celos el marido la había puesto así, cosa de imposibilitarla para toda la vida, atravesándole la pierna con su lanza; herida que ya estaba curada gracias a la maykahua, pero que con todo le había dejado coja a la pobre mujer.

Aquí tuvo pues Proaño nueva ocasión de hacer investigaciones respecto del Morona y el Santiago. Venía observando que eran dos distintos, siendo así que todos los geógrafos del Ecuador habían enseñado que el Morona era el mismo Santiago y viciversa; error en que incurrieron también los jesuitas Villavicencio, Mera y otros.

Las noticias que recibió Proaño de los macabeos respecto a los kanusas, fueron para él una como revelación, dado que, gracias a la presencia allí de los kanusas, creyó resuelto el problema del regreso a Macas, el cual resolvió hacerlo por el aurífero Santiago.

Pero, quiénes eran los moronas? Averiguada la cosa resultó, que venían de Iquitos, que ignoraban lo acaecido con los chaymis, y más aún, que ignoraban que Japayahuara hubiese muerto, pues que acababan de venir de Iquitos, como he dicho, y pasaban al Morona, enviados por Tungura, a anunciar a los moronas su próximo regreso, a fin de que se preparasen a la guerra contra Mashu.

Y advirtió Proaño que kanusas y moronas se habían puesto en dos grupos separados, y que mutuamente se miraban con recelo. Y unos y otros, pe-

ro más los kanusas, retardaban el salir de aquella isla, de temor de que los moronas les asaltasen en el tránsito.

El sagaz Explorador se aprovechó de todas estas circunstancias para sacar de ellas el mejor partido. Y así conquistó a los kanusas en el sentido de que le sirviesen de guía por el Santiago, no hasta Macas, sino sólo hasta el Yaupi, porque hasta dicho río conocían dos de los macabeos que le acompañaban, Juan Bravo y Florentino Portilla. Los kanusas anduvieron exigentes, pues no se contentaron con la pólvora y el lienzo que les ofreciera, sino que le pidieron escopetas. Proaño les dijo que entre otras cosas les daría una escopeta, pero con la condición de que le entregasen a él las mujeres que habían traído a la venta, a fin de poder disponer de ellas como a bien tuviese. Entonces ellos le pidieron una escopeta por mujer inclusive la coja, llamada Nukúchi. De suerte que habría tenido que darles tres escopetas: una por la coja y dos por la Pama y la Tzango, que así se llamaban las otras dos.

El ánimo de Proaño era comprar a esas mujeres para devolver en secreto a los moronas, a fin de que ellos a su vez entregasen en el Mayunaga a sus maridos. Pero resultaba que la coja no era mujer de enemigo sino de uno de los mismos kanusas, y en consecuencia Proaño no hubiera sabido que hacerse con ella. Y así a fuerza de regalos consiguió del celoso marido que perdonara a su mujer infiel.

Entonces Proaño les ofreció dos escopetas, tanto para poder disponer de las mujeres, como para que les sirviesen de guía, pero eso sí, con la condición de entregarles las dos escopetas cuando hubiesen llegado al Yaupi; condición que fué aceptada por Japa el principal de ellos, pero con la condición a su vez, de que no regalase pólvora al grupo aquel de los moronas, de quienes tanto recelaban.

A fin de llevar a cabo este negocio con el mayor disimulo, y también para tener tiempo de prepararse para un largo y penoso viaje de regreso por el violento Santiago, resolvió Proaño demorar unos días en la isla del Potro, no obstante los numerosos zancudos que allí le molestaban.

En ese intervalo pudo entenderse con los moronas, sin ser visto de los kanusas.

Todo quedó pues arreglado conforme a sus deseos, y así después de tiernas despedidas, emprendió en el viaje de regreso, llevando por guías a los kanusas, de lo que tanto se alegraron los moronas, porque como he dicho mutuamente se recelaban.

Capítulo XVI

EL PONGO DE MANSERICHE

Proaño se embarcó en la balsa que fué de Nanto, porque miraba aquella balsa como un recuerdo sagrado. Los demás se embarcaron en otras balsas que para el efecto construyeron.

Mientras así surcaban la inmensidad del Marañón, iban surgiendo de los abismos animales extraños, monstruos marinos gigantescos, entre un semillero de peces de especies varias, lo que lo recordó a Proaño el dicho de los sabios de que en materia de peces el Amazonas contenía mayor número de especies que ningún otro río del mundo.

Como los tripulantes iban inclinados a la orilla izquierda del gran río, pronto llegaron a la poética boca del Morona, cuyas primeras aguas, de un color verdoso a causa de las numerosas algas, parecían como arrinconadas, que ya estaban de tranquilas, presentando a la vista un conjunto en extremo pintoresco, gracias a las numerosas lilas y blancos lirios que matizaban esas, que más que aguas corrientes, parecían vastas ciénegas, más matizadas todavía con la numerosas brillantes mariposas que por allí revoloteaban.

"Imia, imia!", exclamó de pronto un jívaro, cuando, en avanzando un poco más, pudieron mirar el fondo del Morona.

Imia en jívaro significa garza blanca.

En efecto, unas bellas garzas, como blancas palomas, volaban ese rato río arriba del Morona, hasta que cual ilusión se desvanecieron hundiéndose en el seno de la bruma que entrecubría el río ese momento.

Proaño, que iba en pie sobre la balsa mirando al fondo del Morona, y mirando con el alma a la isla de Jangarana, se estremeció ese momento y sintió humedecerse los ojos, a la vista postrera de ese río en donde tanto había padecido, en donde tantas lágrimas había derramado, y en donde se quedaba la tumba de Nanto, que nunca más volvería a ver...

La navegación de aquel día fue para Proaño la más triste que puede uno figurarse, porque se le vino a la memoria, cuanto por él había pasado, desde el Chaymi hasta la isla de Jangarana.

A los tres días de navegación y después de recorrer más de treinta millas desde la isla del Potro, llegaron a la poética playa que a modo de meseta se levantaba a la entrada del gran tajo de Manseriche, donde en otros tiempos se hallaba la célebre ciudad de Borja, donde pernoctaron.

Hasta las ruinas de Borja la navegación fue fácil y sin contratiempos, sino es que a eso de las cinco de la tarde les sobrevino un fuerte viento que alborotó las olas del Marañón, las cuales fueron mayores en la mitad del río, en donde a la sazón se hallaban, atravesando por necesidad de una orilla a otra.

De la famosa ciudad de San Francisco de Borja, fundada en pasados siglos por el Capitán Diego Baca de Vega, no encontró ninguna huella; pues que varias veces había sido acometida por los salvajes, hasta que en 1845 fue destruida por los jívaros huambisas, al mando del feroz Pakákama. De suerte que cuando pasó Proaño por allí, no encontró nada nada de aquella histórica ciudad.

Hallábase este célebre puerto en la parte más occidental y más alta del Amazonas, y era como el centro de la célebre misión de Mainas, fundada por los jesuitas en 1637, y como el lazo de unión del comercio de los Andes con el comercio amazónico. Pero todavía Proaño llegó a encontrarse con unos blancos que lavaban oro en dicho antiguo puerto.

Proaño no pudo menos que admirar aquella feliz situación topográfica, al pie de aquella cordillera que es como la última cadena de montañas que en la Hoya Amazónica atraviesa el Pongo de Manseriche, y en que el templado clima se hacía sentir de un modo delicioso, y en que la fertilidad del suelo era magnífica.

Allí sacó su barómetro y vio con sorpresa que Borja se hallaba a solo 174 metros sobre el nivel del mar. En el Morona el barómetro le había señalado 200 metros; y sin embargo del Morona al Pongo de Manseriche había treinta millas; cómo se explicaba esta anomalía? Proaño entendió que era él y no el barómetro quien se había equivocado. Y cuál medida era la exacta? la del Morona o la de Borja? Quedó el problema sin resolución para Proaño, pues ya no lo fue posible rectificar el error.

Pero si de la isla de Potro a San Francisco de Borja la navegación había sido tranquila, no fue lo mismo para adelante, donde las corrientes del Marañón se dejaban sentir cada vez con más fuerza, y donde los rápidos y saltos cada vez más se sucedían. Los cerros se iban estrechando, y el cauce del río cada vez menos ancho, iba en cambio adquiriendo una profundidad vertiginosa.

El Padre Vacas Galindo en su "Nanki jukima", libro escrito sin arte pero con mucha verdad, en las páginas en que habla de los atrevidos explorado-

res Werthman y San Ramón, se lee las siguientes palabras relativas al Pongo de Manseriche: "El Amazonas es el monarca de los ríos del mundo; el Marañón su augusta cabeza; el Pongo de Manseriche el gallardo cuello de este gigante soberano".

En efecto, nada más tétrico que aquel sublime tajo abierto por el mismo Dios al través de altísimas montañas en el espacio de muchas millas!

Las anchas y amenas playas que antes de Borja ensanchaban el espíritu, ahora han desaparecido. Y así vemos cómo de Borja para arriba, los hervideros se multiplican en el fondo, mientras en lo alto, los cerros se estrechan y se levantan a alturas extraordinarias; siendo los más bajos contrafuertes de aquellas montañas nada menos que las mismas paredes del río, paredes verticales que con ser tan bajas respecto de los cerros, tienen sin embargo seiscientos y tantos metros de altura; paredes que se estrechan tanto y tanto, que apenas le han dejado al río un cauce de treinta metros de ancho.

Diríase que aquel imponente río, irritado de aquella acción hostil de las montañas pasaba por allí rugiendo su infernal rugido, y abriéndose paso a despecho de todos los poderes del infierno. Proaño sabía que en tan reducida garganta se encerraba el volumen de numerosos ríos, navegables unos, violentos otros, pero todos inmensos, que en el espacio de centenares de leguas venía recogiendo el Marañón desde su origen que está en el cerro de Pasco en el lago Lauricocha, al través de los Andes; y parecía querer apoderarse el vértigo del pensamiento de Proaño. Cuando el Explorador miró para arriba, sólo descubrió del cielo una angosta cinta de cenicientas nubes; pues las paredes parecían inclinarse unas a otras como en los dinteles de un templo egipcio, cosa de impedir casi todo paso a la luz, la cual apenas entraba mortecina a aclarar siniestramente aquellos oscuros antros donde surgían vertiginosamente remolinos.

Proaño al ver aquella enorme altura, tan alta como sombría, y al sentir a sus pies bramar fieros y amenazantes esos espumosos abismos, sintió en su retemplado pecho todo lo sublime del terror; sentimiento que si por un lado parecía anonadarle, por otro despertó en su ánimo cierto orgullo, algo como soberbia complacencia, al ver que su voluntad de acero estaba por encima de toda aquella infernal confusión que amenazaba devorarlo.

Los tripulantes no podían avanzar sino por las orillas del río, por donde iban cogiéndose de las rocas y apoyándose en ellas con los remos a modo de palancas. Pero había veces que la corriente se inclinaba para ese lado, y que iba a chocar contra alguna gran roca sobresaliente, donde a la vez que aumentaba la velocidad formaba horribles remolinos. Entonces veíanse obligados a

evitar ese paso atravesando el río a la otra orilla, lo que les costaba un gran trecho de retroceso, porque al pasar al otro lado, la corriente del medio que era violenta en extremo, les arrastraba con balsas y todo cosa de salir al otro lado bien abajo. Los peligros parecían pues aumentarse cada vez mas, y eso a pesar que los hábiles jívaros desplegaban a medida de la necesidad extraordinarios esfuerzos entre roncacas y terribles invocaciones a las fieras.

Cuando ya se hallaban por la mitad de aquella oscura garganta, se encontraron de pronto con un fenómeno inesperado e imponente: Es el caso que un colosal peñasco se levantaba en la mitad del cauce, cosa de perderseles a la vista el río y no saber que dirección había tomado. A poco de avanzar pudieron advertir que el río se había dividido en dos brazos, y que se encontraban al pie del peñasco, donde el río humeaba y rugía fieramente formando horribles remolinos.

Como encontraron los jívaros que el río había crecido algún tanto, y que en consecuencia el radio de los remolinos se había ensanchado en ese peñón hasta el punto de hacer casi imposible el paso por las orillas, se apresuraron los salvajes a hacer saber a Proaño el peligro inminente que de naufragar corrían, si trataban de pasar en esos momentos aquel escollo.

—Pero si no pasamos, qué hacemos?— preguntó Proaño al ver que no había donde detenerse y esperar, pues que en ese punto apenas podían sostener en esas balsas que feamente sangoloteaban, y que si no habían retrocedido era gracias a que, hasta resolver el problema, habían sujetado las balsas contra las rocas ya con las amarras, ya con las manos y con los remos.

—Tendríamos que desandar lo andado— respondieron los jívaros a la pregunta de Proaño, hasta un punto donde fuera posible echar pie a tierra.

Proaño que había visto los numerosos peligros que hasta allí había corrido al recorrer en tantas horas tan pocas millas, por esa tan horrenda garganta, le hizo muy duro regresar. Por otro lado, ejercían en Proaño fuerte atracción los grandes peligros que en forma de estorvos se le ponían al paso en su carrera de Explorador y así experimentaba secreta complacencia de salir airoso de ellos como ya en otras ocasiones le había pasado. Con estos pensamientos manifestó a los jívaros su resolución de seguir adelante.

Pero vio Proaño con sorpresa y hasta con gratitud que los jívaros le hablaban muy seriamente del peligro, y que de veras se interesaban por su suerte, sobre todo kiriko y Tangamáshi, justamente los que mejor manejaban el remo, y que eran los que conducían la balsa de Proaño.

Kiriko era un indio alto y delgado, pero fuerte, y el que más alegaba; Tangamashi era también alto pero grueso, como Charupe, callado, condes-

cendiente y de una pasta inmejorable. También él alegaba, pero por su parte fácilmente habría cedido ante las exigencias de Proaño, y si no lo hacía era porque veía a Kiriko empeñado en no exponerle al blanco a tal peligro.

Proaño al ver tanta resignación de parte de los jívaros, ofreció pagarles más pólvora y lo que más quisieran para que pasasen aquel escollo.

—No es por la paga— le respondió Kiriko, con gran sorpresa de Proaño— sino por el peligro que corres. No hace dos nantos que aquí mismo se ahogaron dos jívaros por haberse empeñado en pasar este peñasco estando crecido el río.

Es la primera vez que Proaño veía en un jívaro tal desprendimiento, cosa de rechazar la codiciada paga en cambio de ejercer un acto generoso en favor de aquel Jefe blanco, que tan simpático le había sido y a quien le veía perdido si se empeñaba en pasar aquel escollo.— Qué dirían los habitantes de macas?— añadió al ver a los macabeos que acompañaban a Proaño— qué dirían de nosotros si por no hacerle ver al Kapitio el peligro le pasáramos y por desgracia se nos fuera en el río?

Kiriko a la verdad veía en Proaño un jefe de importancia, y temía que los macabeos hechasen la culpa a los jívaros si llegaba a morir allí Proaño. Ante la tenaz resistencia de los jívaros, sobre todo de Kiriko, vaciló el Explorador un momento: "En efecto, talvés aquí sucumbe, se dijo, y así arrebató a mis compatriotas el honor de ser un ecuatoriano el descubridor del Morona; y muerto yo, qué comprobante quedaba de tal descubrimiento?

Mientras así reflexionaba, como una gran catarata vino a herir sus oídos el terrible estruendo de la corriente, el chasquido de las olas contra las peñas, y ese como cavernoso y aterrador rugido de las aguas que se atascaban en las hondas concavidades de las peñas abiertas por los siglos, y de donde volvían a salir esas aguas en forma de feos hervideros que con las sombras, que allí eran más espesas, se volvían más aterrantes y mantenían en continua agitación las balsas. Pero ese mismo conjunto de fuerzas cavernosas y amenazantes, fueron para Proaño una especie de incentivo, uno como humillante desafío a su heroísmo, y sintió resurgir del fondo de su pecho esa fuerza misteriosa y sobrehumana, esa voz como salida de lo infinito, que solía oír siempre que se hallaba en los grandes peligros, y que parecía decirle: "Siempre adelante!"

Cobró entonces nuevos bríos Proaño, y con gran resolución manifestó su propósito de pasar al punto aquel escollo: "Aunque me muera, no importa!— les dijo— Adelante!"

Estas palabras de Proaño le hicieron temblar al macabeo Angelino Montenegro, que ya se vio perdido.

Al ver Kiriko la actitud resuelta de Proaño, creyó inútil insistir. Conferenció brevemente con su compañero y propuso a los otros jívaros que le acompañaran en la empresa, a lo que se negaron volviéndole las espaldas; y luego dijo: Está bien, te pasamos; pero cuánto nos pagas?

Al punto arreglaron el precio.

Como viese Kiriko que Proaño llevaba sobre su cuerpo una capa de caucho con su capilla calada, cosa que podía estorbarle para el caso de un naufragio, —es preciso que te desvistas— le dijo, siempre en su empeño de salvar la vida de aquel blanco que cada vez más simpático se le volvía con su temerario arrojo.

En efecto, se sacó esa capa que tan empapada estaba ya con las muchas olas que habían reventado en su cuerpo y con ese vapor denso que cubría aquella horrenda cuenca, y se desvistió por completo; se puso luego un calzón de baño que tenía, ancho y corto, cuyo color encarnado hacía contraste con la blancura de su bien musculado y belloso cuerpo. Su crespa cabellera le volvía más imponente aún a su aspecto hercúleo.

Y mientras así se desvestía Proaño, ya su rápida imaginación veía cosas tristes: muerto él quedaría ignorado y sin efecto el descubrimiento del Morona que tanto y tanto le había costado. Pensaba en que su cuerpo podía bien pronto verse sacudido y despedazado por esas terribles ondas, y acaso presa de algún lagarto. Pero asimismo pensó en la posibilidad de que su cadáver pudiese avanzar hasta el Morona, y pasar flotando por allí, recibiendo las últimas miradas de Nanto...

Pero todo esto que pensó fue en instantes.

Cuando ya estuvo listo— Si me voy me voy con todo— dijo— y envolvió en un pañuelo el librito de memoria que traía a la mano y los demás apuntes que llevaba Herrera Cevallos; luego se ató al cuello ese pañuelo y con cierta nerviosa sonrisa que expresaba un mundo, dijo resueltamente: "Vamos Kiriko, vamos Tangamashi!".

—¡Jesús, el señor Proaño a lo que nos precipita!— dijo a esta sazón Florentino Portilla, todo él tembloroso.

Desde ese instante los jívaros se encresparon como para luchar. Jamás había visto Proaño actitud más terrible ni jamás había oído rugir a un hombre tan fieramente, rugidos que repercutían feamente en la sombría cuenca. Allí es donde pudo admirar Proaño todas las energías que se encerraban en aquellos hijos de las montañas y lo formidables que se volvían en esos momentos de titánico luchar con esa naturaleza indomable. "Kir! kir!... decían con la garganta y el pecho en aquel supremo esfuerzo por romper la corriente; luego, imitando las vo-

ces de todas las fieras, invocaban al Ihuanchi y llamaban en su auxilio a todas las fieras de la selva, para domar aquel monstruo.

Estaban ya por la mitad costeano el escollo, e iban ya abrigando la esperanza de salvarlo, e iba despertándose en Proaño un sentimiento de entusiasmo a la consideración de salir victorioso de aquella como horrenda cueva...

Más por desgracia resultó que la balsa que conducían por la orilla opuesta, no sé si por descuido de los remeros que fueron el jívaro Tereza y el macabeo Florentino Portilla, o porque les flaquearon las fuerzas, ello es que cuando menos pensaron fue presa del remolino y echó a girar. Al principio no se dieron mucha cuenta de la gravedad de la situación, pero, cuando lo comprendieron todo, fue al chocar con la balsa de Proaño; pues entonces vieron la diferencia de nivel, y, lo que era más grave, la fuerza que llevaba. Chocó y pasó, como se enredara algún tanto con las amarras, y como si no quisiera ser sola en su desesperado conflicto, la arrastró también adentro del remolino, lo cual fue causa para que no se pudiesen auxiliar mutuamente. Cuando Kiriko y Tangamashi vieron que también su balsa comenzaba a girar, doblaron los esfuerzos, los cuales en realidad fueron extraordinarios, para sacarla de aquel terrible girar. "Túna!... Yahuára!... Jápa!... Pángi!... decían en su desesperada lucha Kiriko y Tangamáshi, con voces que más parecían rugidos. Y mientras así luchaban y así rugían Kiriko y Tangamashi, Proaño no cesaba de ver, con amargura infinita, la manera horrenda cómo los abismos iban devorando poco a poco la balsa en donde iba su compañero de desgracias, su querido macabeo Florentino Portilla!... Se había formado allí uno como colosal embudo en cuyo fondo se les habría la boca del abismo para tragarles y de donde salían ruidos horrendos como de cien monstruos que rugían. Y ya la balsa de Florentino Portilla avanzaba a aquella boca infernal en su eterno girar por esas ya verticales paredes cada vez con más vertiginoso movimiento. Y como si aquellas fuerzas giratorias con que a la balsa de Portilla le arrastraba al fondo, no bastara, vino un enorme tronco traído por la corriente que como la balsa giraba, cuyas largas raíces, cual si hubiera sido las garras de una fiera o las manos desesperadas de un ahogado, se agarraron con fuerza de aquella balsa justamente en momentos en que el abismo a tragarla. Florentino Portilla al ver a sus pies en ese momento esa boca negra que le esperaba, soltó el remo y en su desesperación volvió la vista al otro lado como para no ver a donde descendía... En ese instante la balsa se precipitó de cabeza en el abismo y todo desapareció para siempre... Y la boca del abismo parecía atorarse con lo que acababa de tragar, y seguía abierta, y negra, y profunda, como esperando nueva presa como un dragón insaciable.

En esos momentos en que Florentino Portilla desaparecía para siempre ante la vista de Proaño, en esos momentos Kiriko y Tangamashi, merced a inauditos esfuerzos, lograron salvar la balsa de Proaño en esa fuerza centrífuga del remolino.

Salvado ese peligro, siguieron luchando por algunas horas con la corriente río arriba, hasta que, al cabo de algunas horas, salieron del Pongo de Manseriche.

Capítulo XVII
**POR EL SANTIAGO, HACIA LA ANTIGUA
LOGROÑO EN EL PAUTE**

Salvado el Pongo de Manseriche se encontraron de pronto con un río de más de 1.500 metros de anchura, de aguas apacibles; apacibilidad que le hizo a Proaño el efecto de una profunda ironía de la naturaleza. Esas palabras de Florentino Portilla: "Jesús el Sr. Proaño a lo que nos precipita", le sonaban sin cesar en su interior y le causaban el efecto de atroz remordimiento.

Como llegasen allí por todo extremo estropear, física y moralmente, y las balsas estaban completamente descompuestas, y necesitaban reparación, y como la ropa estaba mojada y necesitaban secarla, echaron pie a tierra con ánimo de pernoctar en esa playa que aunque todavía era estrecha, a causa de que avanzaban todavía hasta cerca del río los últimos contrafuertes de la larga cadena de Kutukú, con todo era pintoresca y alegre.

Aquella noche hicieron grandes fogatas, y templaron bejucos en torno del fuego de los cuales colgaron a secar la ropa que casi toda estaba mojada, inclusive parte de la cama.

Proaño estaba meditabundo aquella noche, viendo cómo también el humo y también las llamas hacían al ascender esos remolinos semejantes a los que había visto hacer el agua en el Pongo que acababa de pasar, cosa que le hizo estremecer. Y así estaba Proaño, cuando vio que un jivarito llamado Yangura, de unos doce años de edad, a quien más de una vez le había hecho cariños por haberle sido muy simpático, vio que ese jivarito sacó de su huambachi de chambira unas hojas verdes de tabaco, las cuales calentó al fuego, las estrujó con los dedos, las mojó con un poco de agua, y luego las exprimió en un pilchecito; puso entonces de ese zumo en la palma de la mano, y sobió dél, primero con la una mano, luego con la ótra. En seguida de lo cual puso en la boca el último resto del zumo., y se sopló con él el cuerpo, los brazos y las piernas.

Cuando le preguntó Proaño que por qué se hacía así, contestó:

—Me pongo tabaco en el cuerpo para ahuyentar las enfermedades, y he sorbido de lo mismo por las narices, para soñarle vivo a mi primo Teresa.

Estas palabras le impresionaron hondamente a Proaño.

A la mañana siguiente, y habiendo entrado el día siguieron su penoso viaje río arriba del Maraón.

Todo el día navegaron por aquel río que se les presentaba cada vez más ancho, y por unas playas cada vez más abiertas; pero no llegaron al Santiago sino al siguiente día, a causa de que su desembocadura se hallaba cinco leguas arriba del terrible Pongo de Manseriche.

Proaño había pensado pasar derecho el Maraón hasta el río Chuchunga que por haber sido descrito por La Condamine tanta curiosidad tenía de conocer. Pero, el contratiempo sufrido en el Pongo, en el cual se fueron también gran parte de los víveres, le hizo desistir de tal pensamiento y así, llegado que hubo al Santiago, dejó el Maraón a su izquierda, y tomó por aquel río arriba, por donde navegaron todo aquel día, teniendo a su derecha la lejana cordillera del Kutukú, y a su izquierda la andina cordillera del Cóndor, de cuyas altas crestas se dominaba por un lado aquel cerrado sistema fluvial del Santiago, el Hunda-kanusa de los jívaros, y por el otro las rápidas vertientes del violento y aurífero Chinchipe.

De aquí adelante, las crónicas se callan y no dicen qué fue de Proaño durante esa larga navegación por el aurífero Santiago. Y sólo nos recuerdan como su viaje fue relativamente fácil hasta el poderoso afluente del Hunda-Kanusa, el Yaupi, que tiene por origen las poderosas cascadas del Kutukú, pero que luego llega a la vasta llanura, manso, ancho y profundo, cosa de volver fácil la navegación a vapor.

Del Yaupi para arriba encontró que las aguas del Santiago eran más violentas y por lo mismo la navegación más difícil, y que las playas se estrechaban entre feos nudos de cerros.

Lo que más le llamó la atención a Proaño en su navegar de muchos días por este río, fue ese número infinito de afluentes, que tanto del Kutukú, y acaso más de los Andes, venían a engrosar las aguas del poderoso Santiago; y los muchos blancos que en varios grupos venía encontrado en torno de numerosos lavaderos de oro, ya en el gran río, ya también en sus afluentes.

Pero si abajo había admirado a su derecha el caudaloso Yaupi, no fue menor su admiración cuando se encontró a su izquierda con el magnífico Zamora, talvez mas poderoso que el Yaupi, y más rico, puesto que es arífero por todo extremo.

Ya en aquellos días el viaje era muy penoso para Proaño; se le habían casi agotado los víveres y tenía que apelar a la caza, y a raíces y frutos de las selvas, y a maní crudo que aún tenía uno de los macabeos. Sentía que las fuerzas se le iban agotando, y temía pagar caro con su vida su larga expedición. Cuando en eso alcanzaron a ver a la derecha, a gran distancia arriba del Santiago un altísimo cerro en forma cónica, llamado Cera, que dominaba todos los demás cerros y que era la más alta cúspide del Kutukú, de donde en forma de cascada se desprendían caudalosos ríos, ya para el lado del Morona ya también para éste del Santiago. Gran consuelo fue para los macabeos aquella visión, porque entendieron que llegaban ya a regiones para ellos muy conocidas.

En efecto, dos o tres días antes de llegar al derecho de aquel cerro, se encontraron con la confluencia del Upano con el Paute, dos caudalosos ríos conocidos de los macabeos, y que formaban el gran Santiago. Entonces dio Proaño casi por terminada su expedición, por cuanto de allí a Macas había pocos días.

Al Upano los jívaros le llaman Kanusa, como he dicho, y Namánsa al Paute, al cual los macabeos a su vez le conocen con el nombre de Mamangosa.

El Upano viene a juntarse con el Paute por el norte, y el Paute por el noroeste.

Como Proaño supiese por el historiador padre Velasco que a la izquierda del aurífero Paute se hallaba la famosa ciudad de Logroño, destruida por Kirruba, paró un día allí, curioso de hacer las investigaciones del caso.

En efecto los jívaros de la localidad le llevaron cosa de legua y media arriba de la confluencia, siempre por suelo plano, cuando se encontró con un lugar paradisíaco.

No sólo era lo llano del suelo, la feracidad extraordinaria de aquella tierra, y la belleza del río, lo que le llamó la atención; sino sobre todo, el ver allí en esos desiertos, habitado solo por salvajes; una vasta extensión de terreno hermosamente cultivado. Lo primero que vio en esa rivera del Paute fue un piñal tan extenso que no había visto otro semejante ni en Macas, pero tan grandes y tan fragantes aquellas piñas, que aventajaban a las del Milagro. Al piñal seguía un cañaveral, a éste un platanal, y luego otros y otros productos a cual más preciosos, que mostraban el vigor de aquella tierra fecunda.

Quién era el dueño?

Un tal Daniel Villagómez de Cuenca, pero oriundo de Penipe; especie de ermitaño, de luenga barba, a quien sus desgraciados amoríos le habían re-

ducido a esa vida solitaria en plena selva. El susto que desde luego se llevó el hermitaño al ver gente armada fue grande: se había imaginado que eran mineros peruanos los que le sorprendían, y se creyó perdido. No eran muy infundados sus temores, pues no hacía mucho que los jívaros les asaltaron a algunos caucheros y mineros peruanos, abajo del Santiago, y mataron a todos; y temían la represalia de un día a otro, como ya había pasado en otras ocasiones.

Villagómez se reía después, al acordarse el susto que se había pasado, cuando ya Proaño se apresuró a darse a conocer, y le puso al corriente de la expedición que acababa de llevar a cabo. Y cuando Proaño lo habló de caminos y de la próxima fundación de un pueblo por allí, la alegría le brilló en los ojos: era un cautivo a quien le hablaban y a quien le prometían redención.

¿Y vino Ud. aquí acompañado de alguien?— preguntó Proaño.

—No, señor, vine solo, y trabajé solo, y trabajé solo en un principio, hasta que me conquisté la amistad de algunos jívaros vecinos, quienes me han ayudado a formar estas chacras que Ud. ve.

Proaño en sus adentros admiraba su valor, y trataba de descubrir que motivo poderoso pudo haberle movido a tal sacrificio, porque para Proaño, que tanto conocía aquellas soledades, y a quien más de una vez le había ocurrido atrasarse de su gente y sentir todo el horror de la soledad de esas selvas, para Proaño, digo, nada había más imponente como el hallarse solo, enteramente solo en el fondo de una selva virgen, ruda y formidable, que por todas partes amenazaba devorarlo.

Cómo pudo sostenerse en un principio mientras hacía estos desmontes? Dónde dormía? De donde le traían la comida? Y si era solo, quién podría traerle nada? Y sin embargo tenía que creerle cuanto le decía, por imposible que le pareciera, por cuanto su poco hablar y su circunspección le infundían confianza en la verdad de sus palabras. Qué dramas tendrá en su vida— se preguntaba Proaño. Un momento hubo que creyó adivinar lo que por Villagómez había pasado en Cuenca con sus mocedades, y fue cuando Proaño, al contarle que acababa de descubrir el Morona y recorrerlo en toda su extensión, le habló de Nanto... Parece que este le recordó a Villagómez amores pasados, amores muertos..., a juzgar por ciertas expresiones que se dejó escapar y por esa su actitud melancólica que tomó, al escuchar la triste historia de Nanto.

Hé aquí otros preciosos productos que vio en aquella chacra cultivada por el hermitaño: papayas, sandías, limoneros, naranjos, cafetos, arroz, maíz, zanahoria, ajonjolí, rábano, cebolla, lino, tabaco, ají, algodón, vainilla, chikay-

na, estorake y otros muchos. En estado silvestre vio también por esos alrededores: guabos de varias clases, zapotes, caimitos, aguacates, guayabos; tagua, pita, toquilla, cacao y caucho; de todo lo cual ya había visto Proaño por todo el oriente por él recorrido. También vio en estado silvestre pastos como el gamalota y el Janeiro.

—Hay muchos jívaros por aquí— preguntó Proaño.

—Muchos, señor; esto es un semillero de jívaros, y son estos los descendientes de aquellas terribles huestes de Kirruba que destruyeron a Logroño, y con Logroño las demás poblaciones que en tiempo del coloniaje se extendían por todas estas magníficas regiones de Méndez.

—Y se puede conocer el sitio donde estaba la antigua Logroño?

—Oh, ya lo creo!— respondió Villagómez; —ya pensaba en eso, el llevarle al mismo sitio, donde aún se conservan algunos recuerdos.

En efecto le llevó a una magnífica meseta triangular, en la cual más tarde debía fundar, el que estas líneas escribe, la parroquia de Santiago de Logroño.

Esta meseta estaba limitada por tres hermosos ríos: el Paute y dos afluentes suyos, cuales son el Kamanlláymi (*) y el Kuchánza. Allí le mostró Villagómez unas como ruinas, y en el suelo muchas ollas quebradas, muchos tiestos; a la vez que lo hacía notar la gran diferencia que había advertido entre el procedimiento de aquellos alfareros españoles y el de los jívaros. Proaño no pudo coger esos fragmentos sin experimentar uno como involuntario respeto. Luego se puso a ponderar el hermitaño la fertilidad asombrosa de aquel suelo, ese clima paradisíaco en el cual, en los años que llevaba de permanecer allí, no había tenido un dolor de cabeza. Le habló asimismo del mucho oro que el Paute contenía, era que aparecía en forma de láminas y pepas, las cuales eran tanto más grandes cuanto más se ascendía por aquel río y más se aproximaba a la agreste cordillera de los Andes. "Lástima que no está creciendo el Paute, dijo, porque entonces ya vería Ud. cuánto oro se coje al bajar la corriente. Vea Ud. el oro que tengo, es de veinticuatro quilates. Quiere Ud. una muestra? Aquí tiene: consévelo como un recuerdo mío".

Y en diciendo esto le entregó un tubito lleno de aquel precioso metal, diciéndole que a nadie más que a Proaño, que acababa de hacer tan larga como importante exploración, convenía conocer aquellas riquezas.

—Y, ojalá cumpla Ud. con lo que me ofrece— siguió diciendo el hermitaño— de fundar aquí una población. Oh, una población!... Seré yo tan feliz? Si Ud. consiguiera del gobierno un telégrafo hasta aquí por Cuenca, qué bien tan grande haría Ud. Ya ve Ud., de aquí a Cuenca no hay sino cuatro días, y eso

pasando por cantones importantes como Gualaceo, como Paute. Ya ve Ud., de aquí a Cuenca cuatro días, a Cuenca, a la gran ciudad de Cuenca, a las Atenas del Ecuador!... Me figuro que estoy soñando.

Estas y otras cosas le decía a Proaño en su entusiasmo, pero ya Proaño casi no le escuchaba, porque los recuerdos del pasado de tal manera lo hirieron la imaginación, que ya casi solo contestaba maquinalmente. Eso que se estremecía al pensar que se hallaba en esos mismos sitios donde un día se verificó aquel terrible y sangriento drama de Logroño— Ya veía a la ciudad en medio de la noche presa de las llamas; ya escuchaba los clamores horrendos de doce mil víctimas, confundirse con los fieros aullidos de más de veinte mil jívaros al mando del feroz Kirruba; y tenía por delante la imagen angustiosa del Gobernador, a quien le hartaban de oro derretido en una fragua, de aquel oro arrastrado por el Paute. Y lo que es más horrendo todavía, llegaron a sus oídos, en aquella pavorosa noche, los gritos de angustia de las hijas de Logroño, a quienes sus propios verdugos las arrebatában, después de dar muerte a sus maridos, y las hundían para siempre en el seno de los cerrados bosques. Y tras esos dramas venían otros y otros a su imaginación: bajaban por el Paute armada tras armada, de miles de canoas, de barcos y de balsas, a vengar la sangre de sus hermanos de Logroño, y veía esas armadas hundirse en los abismos del Paute, y correr aquellas aguas teñidas por la sangre de los tripulantes, sorprendidos por las lanzas y los dardos de los astutos hijos de las selvas. Jamás había visto Proaño sucederse en su imaginación escenas tan terribles como conmovedoras... Y todas estas escenas le trajeron a lo vivo la escena del Chaymi... y quedóse sumergido en los más grandes y profundos pensamientos, cosa de no advertir la extrañeza con que el guía le miraba, extrañeza que subió de punto cuando vio en Proaño la incoherencia de sus respuestas.

El hermitaño se dio cuenta de que aquel hombre que tenía delante era un pensador y así respetó su actitud. Mientras tanto se entretuvo en recoger para el recién venido algunas enredaderas de vainilla silvestre, y al cabo de un rato se acercó a Proaño, y con risueño semblante le preguntó:

"Mire Ud., coronel Proaño, lo que es esta enredadera?

Sí, dijo Proaño, mirando aquellas hojas de un verde hermoso en forma de una lanza.

Pues es la vainilla— dijo la hermitaño con faz risueña y muy satisfecho de ser él quien hacía conocer a aquel atrevido Explorador aquella preciosa planta; y hay de tres clases —añadió— la fina, la mediana y la ordinaria; esta es de la fina. Tiene Méndez fama de contener mucha vainilla, pero no justo atribuir tal propiedad sólo a Méndez, que esta como Ud. ve en el extenso ángulo

formado por el Paute y el Upano, no es justo porque yo he encontrado quizá más vainilla también a la izquierda del Upano en una extensión de muchas leguas.

Proaño manifestó gran sorpresa al ver que aquella planta era vainilla y se apresuró a cogerla con la mano, y guardó en el bolsillo algunas hojas, como tenía de costumbre hacer con toda planta rara y con todo mineral que parecía tener algo de precioso, de todo lo cual traía mucho en sus maletas, la admiración de Proaño fue todavía mayor a ver cómo aquella planta se había trepado en espiral por gruesos y altísimos troncos, y al ver cómo se confundía con las no menos hermosas enredaderas de almendra y de granadilla.

—Es tiempo de vainilla?— preguntó Proaño con interés.

—No, señor, dijo el ermitaño. Estamos apenas a fines de Abril, y la vainilla no llega a su madurez sino en el tiempo de la ceiba, esto es en el mes de Octubre. En cambio —siguió diciendo— ahora ha de encontrar Ud. cacao maduro por todo el Upano hasta Macas, en una extensión de mas de diez y ocho leguas.

—Y comen el cacao los jívaros?— preguntó Proaño.

—Qué van a comer!— respondió el ermitaño— si estos salvajes no hacen caso de estas cosas. Los únicos que cosechan el cacao son los monos y las ardillas. Son tan ociosos estos jívaros que ni para vender a los blancos lo reco-gen. Ah! estos jívaros— siguió diciendo— es una desgracia que sean así. Sólo para la guerra son ágiles; ahora mismo al jívaro Pajánaka le dí algunos andullos de caucho para que me trajera hoja para la cubierta del trapiche, pero lejos de cumplir se ha mandado a cambiar, primero al Yaupi a entenderse por allá con los matadores Huishihuishi, Tíngama y Titinchi, porque se halla en no sé qué agencias relativas a sus guerras interminables. Vino de allí, le dije que cumpliera con su compromiso. Prometiéndome hacerlo; mas, como había venido a apertrecharse con masato, cuando menos pensé volvió a desaparecer, y ahora sé que se ha ido a conferenciar con Mashu el jefe de los makumas, en comisión de Changachangasa, el jefe de todas estas numerosas tribus que se llaman kanusas. Y lo peor con estas gentes es que siempre exigen la paga adelantada. Reciben y no cumplen, porque son muy badulaques, tan badulaques que aun cuando no estén en asuntos de guerra, cuando se les va a cobrar en las casas, huyen al bosque como gamos. Es mucho lidear con esta gente. Y lo peor es que este jívaro Pajánaka ocupa hasta a los hijos en las cosas de la guerra, pues mientras él anda por esas dilatadas correrías, al Urúchi le han mandado entenderse con los kanamasas, los yapasas y los tutanangosas; y al Huapay, con los paneas y los timbisas, al otro lado del Upano. Y así tiene otros agentes que

ha mandado al río Netzangáymy, a entenderse con el jívaro Namáka, jefe de los metzangáymis. Pero ahora a las mujeres de Pajánaka las he obligado a que me desquiten lo que me debe el marido; y así, la Mikia y la Tzetzéma se fueron a los cerros más cercanos del Kamanlláymi y el Tindiúki, a traerme siquiera hoja de tagua, ya que no de palmera, y sólo se quedó en casa la vieja Mangurósa.

—Y quién es el jefe de los pautes?— preguntó Proaño.

—Es nada menos que Changachangasa— respondió el guía— el terrible Changachangasa, el jefe de los jefes, porque lo es a la vez de todas las jivarías que viven a orillas del Upano y el Santiago y de todos sus afluentes; y el que mayores victorias ha alcanzado en el desierto.

—Y dónde está Changachangasa?— preguntó Proaño en su deseo de conocerle.

—El vive en las peñas arriba de este río, junto a las negras cuevas del Tayu, dijo, mostrando las ásperas breñas de los Andes, por cuyos abismos venía el Paute. —Y por eso porque vive allí refieren de él el caso siguiente: En momentos en que un tigre acababa de matar a un lobo que había entrado a la cueva a comer pichones de tayu, él, Changachangasa a su vez, con gran agilidad y maestría, logró atravesar al tigre con su lanza, cosa de dejarle muerto a sus pies. Y no sólo con tigres, también con otras fieras ha hecho lo mismo. Por eso tienen en él mucho confianza, y así diariamente pasan jívaros por aquí a comunicarle lo que ocurre y a pedirle órdenes. Y este Pajánaka— añadió el ermitaño— no es menos valiente, y dicen que es muy querido de Changachangasa, quien le considera como uno de sus mejores soldados.

Esa noche durmió el Explorador en casa del ermitaño.

Notas

* puro. Aguardiente de caña.

** Chuya. Masato de yuca batido en agua.

Capítulo XVIII

MACAS-LA PRISIÓN

A la mañana siguiente Proaño siguió su camino bajo la acción de nuevas y extrañas impresiones, y llevando oro y vainilla como un recuerdo de aquel amante solitario.

Caminó dos o tres días río arriba de esos vastos cacaotales del Upano, atravesando ríos y numerosos arroyos de blancos lechos de cuarzo, y mojones de piedra que habían dejado los españoles del coloniaje; cuando se encontró con el espumoso y aurífero Utunungúza, el Tutanungóza de los macabeos, que descende de los Andes en grandiosas cascadas, que según es fama atraviesa por extensas minas de cal y se precipita por lechos de oro.

Hubiera sido imposible pasar el Tutanangóza, porque sus paredes eran altas, a no haberse encontrado con un pintoresco puente de guaduas. Era la primera vez que veía puente jívaro: tenía once metros de plano inclinado a cada extremidad y veintitres metros en su parte media horizontal, lo que daba un total de cuarenta y cinco metros de largo. El puente era colgante, de un metro de ancho, y constaba de siete gruesas guaduas suspendidas por bejucos de altos y corpulentos árboles que la naturaleza había inclinado por los lados del Tutanangóza hacia la mitad del río.

Como por desgracia el puente estaba en malas condiciones, vióse obligado a quedarse allí para hacerlo componer. Nada más pintoresco que ver a los jívaros encaramados en los árboles de ambas orillas, templando a modo de Jarcías, ya verticales ya oblicuas, los bejucos con que sostenían el puente.

Terminada la obra, ya sobre tarde se entraron a la vieja y pequeña posada del viejo Ujúkuma.

Mas, como supiese que a poco de allí vivía el jívaro Juanga, jefe de los tutanangosas, Proaño, que era muy cumplido con los jívaros, se apresuró a mandar a saludarle en su nombre, y decirle que quería verlo. Juanga le mandó decir que ya había sabido su arribo, que también él deseaba verlo, que estaba curioso de saber si traía pólvora, pero que había extrañado no hubiese llegado a su casa y que hubiese pospuesto al jefe de los tutanangosas por preferir la posada de Ujúkuma, el más insignificante de sus súbditos.

A Proaño le preocupó mucho esta respuesta inesperada del jívaro Juanga, pues parecía estar ofendido en su amor propio, siendo así que el Explorador había estado muy lejos de ofenderle, ignorando como ignoraba que un hospedaje casual en una casa que más a la mano había encontrado, hubiese podido disgustar al jefe de los tutanangosas. Y así le mandó decir que su ánimo había sido trasladarse a pasar la noche en su casa, que a la de Ujúkuma sólo había entrado por descansar y hacer reparar el puente. Que pólvora no tenía, pero que en cambio aún le había sobrado un poco de fulminantes. A poco regresó el mensajero a decir a Proaño que Juanga había quedado satisfecho de la respuesta y que venía en seguida a llevarle en persona.

En efecto a poco vino el jívaro acompañado de su hijo Zapápa y de su yerno Shambía, vestidos de gala: Era alto medio seco, pero bien musculado; de boca grande y prominentes mandíbulas, y de cierta gravedad en el trato. Llamábase Juanga, porque un misionero dominicano, de apellido Valladares, si mal no recuerdo, le había bautizado con el nombre de Juan, al cual suelen agregar ellos de su cuenta la sílaba ga, lo mismo que hacen con Ramón. Pero el nombre propio del jívaro era Zapábara.

Después de los cumplimientos del caso y de descansar un rato, le llevó a su casa, a donde llegaron ya al anochecer. En ese trayecto había visto Proaño lo que por todo Méndez venía viendo: mojones que habían dejado los antiguos españoles a quienes mató Kirruba, y bellísimos festones de vainilla.

A la inversa de otros capitanes jívaros, como Yúma, cuyas casas están rodeadas de fétido fango en que duermen los cerdos, Zapábara-jea es aseada; tiene un patio grande con valla de palos para que no pasen los puercos. Por el número de cerdos que había tenido, vio que el jívaro Zapábara era rico, y entendió que tenía que ser influyente en la política de aquellas jivarías. Y se iba confirmando más aún en su opinión al ver que con él conversaban unos que parecían huéspedes o emisarios, uno de los cuales lloraba al jurarle fidelidad; conversación en que sonaban los nombres de Namáka, Pajánaka, Yuma, Zapuémira, Napi, Yahúmma, y sobre todo el famoso nombre de Huishihuiishi, el jefe de los yaupis, y más que todos el de Changachangasa, el jefe de los pautes o namanzas, que a su vez era el jefe de todos los kanusas, y a quien estaban subordinados los jefes nombrados anteriormente. Pero cuando la curiosidad subió de punto en Proaño, fue cuando oyó sonar los nombres de Mashu y Tungura.

Inmediatamente llamó al disimulo a Pedro Carvajal, y se hizo interpretar aquella conversación.

—Está diciendo— dijo el intérprete —por lo bajo— que ya Tungura se ha venido como un huracán de Iquitos que astutamente se ha venido por tierra, y no por agua, a fin de no ser visto de nadie, y que durante el viaje sólo ha tratado con los capitanes súbditos suyos, y que de improviso se ha presentado en el Makumma frente a Mashu, en donde espera los refuerzos que ha pedido. Otros aseguran —continuó el intérprete— que todavía Tungura no ha llegado al Makumma, sino que está recogiendo sus numerosas huestes en la vasta región del Morona.

En eso el jívaro Zapábara, mirando a Carvajal, como deseoso de ser entendido de él, y alzando de propósito la voz, dijo en tono de conversación con el mensajero: "Y sé que ha dicho Tungura que su ánimo es acabar con Mashu y con todos sus amigos y aliados, y acabar con los apachis de Macas, porque acaban de matar a Japayahuara y llevarse a la mujer de Intzákua y a la hija de Intzákua, la Nanto, la novia de Tihuiruma, hermano de Tungura. Y ha dicho Tungura que, una vez vencidos jívaros y apachis, se hará dueño de todas estas regiones, y cerrará para siempre a los apachis las puertas del Morona. Pero que todas estas cosas no eran sino fanfarronadas de Tungura; que allí estaba Mashu, que allí estaba Huishihuishi, y sobre todo que tenía que entenderse con Changachangasa, el jefe de los jefes del desierto.

Pero lo que más le llamó la atención al explorador, era esa aparente calma del jívaro Zapábara, siendo así que todo jívaro, al hablar de estas cosas de la guerra, solía ponerse furioso.

Proaño que, con esta revelación de Juanga, se vio comprometido ante los macabeos, quienes en caso de sobrevenir grandes desgracias a Macas de parte de Tungura, de seguro le harían a él responsable de ellas, puesto que él había muerto a Japayahuara, él quien se había llevado a la mujer y la hija de Intzákua; y como por otro lado veía que en ningún caso convenía a la causa de la civilización el triunfo de Tungura, puesto que entonces el Morona volvería a ser impenetrable; Proaño, digo, resolvió tomar parte activa en esta nueva conflagración jívara, que, según venía observando desde un mes a dos atrás, tenía todos los visos de inevitable; y así se lo manifestó al jívaro Zapábara, no sin antes haberse puesto al habla con Pedro Carvajal, quien era como el representante del pueblo macabeo.

En efecto los macabeos vivían escarmentados con los repetidos asaltos que de parte de los jívaros habían sufrido. Recordaban aterrados de aquella formidable invasión de Sukanga, cuando quemaron las casas de la población, mataron a los hombres, y se llevaron consigo a las mujeres; parte de las cua-

les no lograron rescatar días después sino gracias al sublime heroísmo del macabeo Sabino Rivadeneira.

Pero Carvajal que sabía todo esto, y que por otro lado acababa de oír por boca del jívaro Zapábara las amenazas de Tungura contra Macas, amenazas tanto más fundadas cuanto que eran verdaderos los cargos que Tungura hacía a los apachis, no pudo menos que secundar a Proaño en su resolución de hacer frente a Tungura. Y así se lo manifestó al cazador de tigres al jívaro Zapábara, en términos breves pero enérgicos y precisos, como él sabía hablar en tales circunstancias. Y le dijo que el Kapitio Proaño se pondría al frente de los macabeos para escarmentar al atrevido Tungura.

Pedro Carvajal, a la inversa de Sabino Rivadeneira, era pequeño pero gordo y bien musculado, y sobre todo era terrible, y el jefe de los tutanangos no ignoraba por qué los macabeos le llamaban "El Cazador de Tigres", y así escuchó con júbilo las palabras de Carvajal, y a su vez dijo que él confiaba en la victoria, que él sabía quien era Mashu, y el cual solo se bastaría, que para eso había logrado reunir numerosas huestes, no sólo del Makumma y sus muchos afluentes, sino también de los del norte del Makumma, de los afluentes del Pastaza, esto es: los chiguazas, los padamis, los tunachiguazas y los paloras. Y añadió que si Mashu no era poderoso a vencer a Tungura, que allí estaba él, como jefe de los terribles tutanangos, que allí estaba su amigo Huihiuishi el invicto jefe de los yaupis, y que sobre todo allí estaba el jefe de los jefes del desierto, a quien rendían vasallaje todos los guerreros, el hijo del trueno y de piel de culebra, el feroz habitante de las cavernas, el más corpulento de los jívaros, de manos de esos que así derribaba hombres como tigres y leones, el formidable Changachangasa, a quien el mismo Tungura temía más que al mismo Mashu.

Como ya era bien entrada la noche, se retiraron a dormir después de esa larga e interesante conversación. Pero Proaño no pudo conciliar el sueño, preocupado como estaba de las grandes revelaciones que acababa de escuchar. No bien amaneció levantóse. Pero antes de partir le pidió Zapábara le regalase pólvora. Como la que le había quedado era escasa, le dijo que pólvora no tenía, pero que si le regalaría, como en efecto le regaló, municiones y fulminantes. Después de lo cual, y de expresivas protestas de recíproco apoyo, se despidió.

Pasó el puente de Tutanangoza y siguió su camino hacia el norte, por sombrías bóvedas de densa vegetación de estorake y de cacao, oyendo a su izquierda durante largas horas el subterráneo rumor del Tutanangoza, y a su derecha el no menos cavernoso del Upano; rumores que le hacían ver que los

dos ríos corrían paralelos entre sí. Hasta que a eso de medio día llegó a un punto que le llenó de asombro, al cual los macabeos le habían bautizado con el nombre de "El Mirador". Era una especie de puente o por mejor decir de estrecho, desde donde vió tronar cavernosamente a sus pies en lo hondo de los abismos, por un lado al Upano, y por el otro al Tutanangosa. Aunque el Upano era con mucho más caudaloso que éste, con todo ese momento no le pareció lo mismo, a causa de que el Upano serpenteaba mucho, cosa de desaparecer tras las curvas de las peñas. No así el Tutanangosa, ante quien los cerros parecían inclinarse y darle paso como al monarca de las selvas, en su marcha triunfal y magestuosa por esa como magnífica avenida. Allí le mostraron hacia el N.N.O., por donde revoloteaba el cóndor, los altísimos y escarpados cerros andinos, llamados por los macabeos: "Curi-Nainda", como el origen de aquel río. Curi, en quichua significa oro, y nainda en jívaro significa cerro; nombre que han dado aquellos hijos de Macas a aquellos cerros por considerarlos muy auríferos. Imposible calcular a la simple vista el número de leguas que tendría aquella grandiosa cuenca del Tutanangosa. Lo único que puedo decir es que por ese grandioso lecho de granito aquel río bajaba espumoso y rugiente.

A dos horas y media de El Mirador, aún seguía oyendo Proaño el rumor cavernoso de ambos ríos, lo que probaba que corrían paralelos. Hasta que se encontró junto a un soñadero, como dicen los macabeos a aquel templete donde los jívaros van a soñar después de haber tomado el natema, allí se encontró, digo, con un gran charco que no pudieron evitar, y que se hallaba al pie de una peña, y el que lo pasaron con el agua hasta la cintura, no obstante que evitaron en lo posible pasar por la mitad. Proaño lo pasó a espaldas de un macabeo.

Qué había sido aquel charco? Pues nada menos que el hueco que había dejado un árbol corpulento, llamado Yúmi-humi, a quien no sé si le tumbó el huracán o le tumbaron los siglos. De suerte que aquello que había creído que era peña piramidal, no era otra cosa que aquel árbol gigantesco. Midió aquella peña por la base, y encontró que tenía nueve metros de diámetro; y con todo, este árbol le parecía al Explorador pequeño al lado de los extraordinarios que había visto por las regiones del Morona.

Al día siguiente pasaron sin dificultad los ríos Metzánguimi y Pausa, afluentes como el Tutanangosa del Upano. No así el sombrío Jurumbayno, ya cerca de Macas, el cual estaba crecido, a causa de las fuertes lluvias que habían caído por el norte de aquella población, en cuyos llanos y cerros tiene origen aquel río.

El contento que tuvieron todos en aquel río fue grande, porque allí ya vinieron macabeos a su encuentro.

Este afluente del Upano tenía puente, es verdad, puente estilo jívaro. Pero sucede que un pequeño brazo de dicho río, había crecido también, y no lo pudieron pasar sino con peligro por un puente de un solo palo que tumbaron al efecto. Cuando pasaba Proaño por ese palo pudo en la mitad del río arrimarse a una rama de aquel árbol, y medir aquella profundidad con una lanza de chonta de dos metros veinte que llevaba como bordón. Pues la chonta se hundió toda con brazo y todo, y no halló fondo.

Apenas pasaron el río vinieron los abrazos con los encontradores; pero a las preguntas que ellos hacían por los que faltaban, las respuestas eran mudas, porque ninguno se atrevía a decir que habían muerto. Entre los encontradores de Proaño, dos hubo a quienes el Explorador quería mucho por cuanto siempre se habían mostrado muy afectos a él; estos eran Carlos Reyes y Ramón Yépez, quienes, apenas le saludaron le dieron a entender que muchas cosas graves lo esperaban. "Ah, no sabe Ud. señor lo que han hecho contra Ud. durante su ausencia: más le hubiera valido no moverse de Macas".

—Pero qué es lo que ha pasado, por qué no me lo dicen?— preguntó Proaño, orgulloso como estaba de la gran exploración que acababa de llevar a cabo.

—No, no le decimos, no queremos decirle, se ha de mortificar, porque son infamias que han cometido contra Ud.; mejor es que sepa en llegando a Macas.

Proaño se manifestó impaciente con su reserva, y les insistió les dijese qué era lo que había. Los otros, de temor de disgustarlo, algo le dijeron, pero no se atrevieron a revelarle todo lo que había, y así dejaron oculto casi todo a los ojos de Proaño, cuya imaginación volaba en esos momentos, deseoso de descubrir la verdad del misterio.

Y ante las tristes noticias que traía y las ingratas nuevas que le anunciaban, y el placer que experimentaba de haber dado fin a su exploración, quién podría decir los mil encontrados pensamientos, las contradictorias impresiones que esos momentos experimentó aquel delicado y sensible Explorador? Cuánta amargura, cuán tristes recuerdos venían a nublar la gloria de su coronada expedición! La voz de Nanto parecía quejarse en el fondo de su conciencia; y recordaba al mismo tiempo el heroísmo con que habían sucumbido sus leales macabeos en aquella horrenda lucha con Japayahuara, y veía la imagen postrera de Florentino Portilla al desaparecer en el abismo. Y se sintió agobiado por el dolor en esos momentos en que entraba a Macas.

Pero una vez en la población, todos aquellos delicados sentimientos, propios de su alma sensible y heroica se sofocaron ante la brutalidad de la injusticia humana.

Sucede que cuando entraron, la población estaba consternada ante el peligro jívaro. El nombre de Tungura andaba de boca en boca: recordaban lo que Sukanga había perpetrado en tiempos de Sabino Rivadeneira; cómo había venido como un huracán a incendiar las casas de la población, y cómo había arrebatado a las mujeres y las había llevado a los más apartados bosques... Y todo esto se recordaba con horror. Y Tungura era peor aún que Sukanga.

Y así las bolas más pavorosas corrían de boca en boca esos momentos.

De suerte que la entrada de Proaño con su gente a Macas, si bien arrancó lágrimas a los deudos de los muertos, en cambio llenó de consuelo a las mujeres la presencia allí de hombres que venían bien armados y que podían defenderlas.

Pero sucede que apenas habían entrado los expedicionarios a la plaza del pueblo, y en momentos en que un gran corrillo de curiosos les rodeaban delante de la iglesia, pidiéndoles nuevas de su larga y penosa expedición, en ese momento vino un corchete y la intimó presentarse ante la autoridad de Macas.

Proaño que estaba furioso de saber lo que había ocurrido, obedeció al punto. Una vez en el juzgado le pusieron centinelas de vista, con orden de no dejar pasar la gente que se amotinó allí. Luego le leyeron un oficio firmado por García Moreno, en que le hacía a Proaño los más duros cargos relativos a la expedición que acababa de hacer. En ese oficio decía haber llegado a conocimiento de García Moreno, a la sazón Presidente de la República, que Proaño, se pretexto de exploración se había constituido en raptor de las mujeres de los principales capitanes jívaros, cosa de poner en alarma a todas las jivaráas, y de exponer a Macas a una invasión de aquellos salvajes contra los apachis. Y en consecuencia ordenaba García Moreno que apenas se presentase Proaño de vuelta de su fingida exploración, le pusieran grillos, sin perjuicio de que se le instruya el respectivo sumario y de enviarse dicho juicio a la brevedad del caso a la Judicatura de Letras de Riobamba.

Terminada la lectura, que fue en voz alta para que todos la oyesen, mandó el juez respectivo poner centinelas de vista como he dicho, con la consigna de mantener incomunicado al preso, y no dejar entrar a los muchos del pueblo que allí se agolparon. En seguida de lo cual lo pusieron grillos, conforme rezaba la orden en referencia.

Cuál la causa de tanta inconciencia y de tan brutal injusticia?— se preguntaba Proaño.

Es el caso que a la sazón se hallaba en Macas un mulato, llamado Urcisino Aguilera, que había pertenecido a los famosos tauras de Urvina, que como era analfabeto, cometía los mayores excesos a mansalva, gracias a que manejaba bien la lanza y había logrado infundir terror en todos los pacíficos habitantes de Quito. A este individuo, por sus extremos de todo género le había enviado García Moreno confinado a Macas.

Este mulato había sido enemigo personal de Proaño, por cuanto en años anteriores éste se hallaba al servicio de Proaño en una de las campañas, que en el Ecuador eran frecuentes, quien le dio de golpes con su espada en momentos en que le sorprendió infraganti delito de violación a la mujer de un soldado.

Desde entonces el mulato juró vengarse de Proaño, y esa oportunidad le llegó.

Sucede que la noticia de la fuga de las cautivas con Proaño cundió por todas las jívarías con la velocidad del relámpago, y llegó también a Macas con todos sus detalles.

Pues de esta circunstancia se aprovechó el mulato Aguilera para desfigurar los hechos y hacer creer a los macabeos que Proaño había cometido una infamia.

El mulato les tenía a éstos como sugestionados. Como eran tímidos e inconscientes, le temían, y como por otro lado bebía fuerte con ellos mucho puro (*) y chuya (**), los manejaba a todos como cera. De suerte que en aquellos días en que tanto murmuraba contra Proaño provocó diversiones diarias y sambras diarias al són del tambor. Tán, tán, tán, tán... y cuando estaba en lo mejor del baile y con el calor de la chicha, les persuadía a todos con palabras elocuentes, de que él había descubierto la manera cómo habían pasado las cosas, y que sabía a punto fijo que Proaño se había constituido en raptor de las mujeres de los principales jefes jívaros, con lo cual había puesto en peligro la existencia de Macas; y que en consecuencia era preciso seguir una información de testigos contra la conducta de Proaño, y enviar dicha información a García Moreno, a fin de que le castigase con el rigor que la gravedad del caso requería.

Para desgracia de Proaño un hombre había en Macas que hacía de juez, que era tan perverso como corrompido, a quien su misma mujer no le pudo aguantar y se separó de él, y quien a mas de tener los mismos instintos bestiales del taura, era venal y vengativo como un negro, y había convertido la ley en el palo de ciego, en el puñal del bandido, y manejaba ese puñal a impulsos

de sus más bajas pasiones. Llamábase Facundo Vela ese sujeto, a quien los macabeos le decían "el doctor", no porque fuese abogado, sino porque era tinterrillo, aunque más que tinterrillo era prevaricador y concusionario.

Además había la circunstancia agravante para Proaño, que Facundo Vela había advertido que en los días de la permanencia del Explorador en Macas, nunca aceptó una copa ni de aguardiente ni de chuya. Y como Vela, además de lo dicho era también ebrio consuetudinario, fácilmente concibió antipatía, de quien nada tenía que esperar; y por el contrario estrechó tanto la amistad con el taura, que se convirtieron los dos en el terror de Macas.

Con un juez semejante, fácil le fue al mulato Aguilera urdir como urdió, sobornando testigos, la más inicua documentación contra Proaño, en la cual se le hacía también aparecer como conspirador contra el Gobierno, documentación que se apresuró a enviar a García Moreno, y que fue causa para que aquel magistrado dictara contra el Coronel Proaño aquellas órdenes tan severas, órdenes que como era lógico suponer se llevaron a cabo con la misma protervia con que la habían provocado.

Si Proaño hubiera conocido de antemano la personalidad moral del juez, talvez no hubiera acudido a su llamamiento con la docilidad que lo hizo; pero él lo ignoraba todo. Además nunca había tenido con el tal Vela el más leve motivo de disgusto. Tampoco se acordaba de la manera como le había reprendido al taura, años atrás. Todo lo ignoraba Proaño, como he dicho, y no llegaron a su conocimiento estas cosas sino después.

Por supuesto que la prisión de Proaño cayó como una bomba en esos momentos de angustias para Macas. Y aunque los comentarios acerca del motivo de la prisión, unos eran favorables y otros diversos a Proaño, con todo el instinto de propia conservación prevaleció entre los macabeos, y así casi todos se inclinaron a favor del preso y comenzaron a pedir a gritos su libertad. Por desgracia el misionero Alvaro Valladares que estaba en Macas, se había ido esos días por el Palora a bautizar jívaros. Si el hubiera estado en Macas algo hubiera hecho por Proaño, porque era bueno, y porque siempre había hablado bien de Proaño como Explorador. Los que más trabajaron en favor de Proaño fueron los macabeos que acababan de llegar con él, los que habían sido testigos del heroísmo y el espíritu recto y justiciero que habían observado en el Explorador en todo el viaje.

Pero el que ejerció una influencia decisiva en favor de Proaño fue Pedro Carvajal. Este imponente macabeo no sólo había llegado a cobrarle carísimo al Explorador, sino que llegó a ser admirador suyo, por ese temple de acero de su carácter. Por otro lado ejerció una especie de sugestión en los macabeos: era el gran Cazador de Tigres y por consiguiente su voluntad era aca-

tada por todos. Pues él les hizo ver que en esos momentos de angustia para Macas. Proaño era un elemento importantísimo en la guerra que les sobrevinía; les hizo ver cómo aquel jefe sabía desplegar gran sagacidad en las situaciones difíciles, y que a la vez era tan valiente como suelen serlo los más grandes guerreros. Además les hizo saber cuáles habían sido sus propósitos respecto de Macas, y cómo les vino prometiendo a los kanusas defender a esta población contra los tiros de Tungura en la guerra que se aproximaba. De suerte que logró inclinar la opinión pública en pro de la libertad de Proaño. Inútil es decir la resistencia que tal opinión tuvo en la proterva tenacidad de Vela y Aguilera.

Pero sucede que al día siguiente vinieron unos emisarios de parte de Máshu, quienes hicieron saber el peligro que con Tungura corría Macas, y el deber en que estaban los macabeos de prestar auxilio en la presente guerra al jefe de los makumas. En fin tan alarmante era el mensaje relativo a las fuerzas irresistibles de Tungura, que llenó de consternación a todo el pueblo, sobre todo a las mujeres que andaban por las calles con ese terror que infunden los grandes cataclismos. De este estado de ánimo de todos se aprovechó Pedro Carvajal, el cazador de tigres, para ponerse como se puso al frente de un motín, y pedir a una, a las autoridades la libertad de Proaño, llamando traidores a la patria a los que así le habían puesto al gran Explorador. Ante tan imponente actitud del pueblo Vela y Aguilera se ocultaron; pero de hecho los amotinados penetraron en la prisión de Proaño, le quitaron los grillos y le proclamaron su jefe en la guerra que ya comenzaba a tornar.

Proaño en reconocimiento de la generosa actitud de los macabeos, les dijo que estaba listo a tomar la defensa de Macas, y que por sus queridos macabeos se iría con gusto al sacrificio, si tal sacrificio era necesario para salvar la patria del gran Sabino Rivadeneira, la antigua y legendaria Macas.

Y en efecto se puso al habla con los emisarios de Mashu, quienes le pusieron al corriente de la actitud de Tungura, y preparó una gran expedición.

Si Proaño hubiera sido el supremo director de la guerra, habría tomado la ofensiva contra Tungura. Pero no era él sino Mashu el dueño de la situación, y así tenía que ponerse al habla con ese gran capitán de las selvas.

Y al efecto resolvió dividir la expedición en dos partes: la una al mundo de Pedro Carvajal, con tenientes no menos prestigiosos, como Dionisio Rivadeneira, digno descendiente de Sabino, que debía atravesar el Kutukú, hacia el Aindikaymi, esto es por donde había tomado meses antes la Expedición Proaño. La otra parte, a cuyo frente debía ponerse él, acompañado del Teniente Herrera Cevallos, el gran macabeo Marcial Noguera, y otros no menos valientes, debía tomar hacia el Makumma, hasta encontrarse con Mashu.

Era tal el entusiasmo de los guerreros y el temor de los demás de una invasión jívara, que en cuatro días estuvo lista la expedición. En que en esos cuatro días trabajaron día y noche, porque no durmieron.

Momentos antes de partir, envió dos emisarios al jefe de las tutanangasas, con el parte de que marchaba ya a la campaña en cumplimiento de lo estipulado, y que en consecuencia se iba a tomar la defensa de Mashu; particular que era preciso pusiese en conocimiento de su superior, Changagangasa el jefe de los kanusas, a fin de que se aprestasen a venir con sus huestes en ayuda de Mashu.

Entre tiernas despedidas, en medio del llanto de las mujeres y de los hijos que quedaban huérfanos, partió la expedición.

Capítulo XIX

A LA CAMPAÑA

Pasaron la profunda cuenca del Upano, y antes de llegar al Yukípa, afluente de aquel y cuando ya se encontraron en las llanuras de la antigua Sevilla de Oro, cubiertas ahora de denso bosque de toquilla, se separaron, después de afectuosos abrazos, las dos divisiones; y tomaron, la una, la de Pedro Carvajal hacia el S.E. de Macas; y la otra, la de Proaño, hacia el N.E.

Caminó tanto Proaño, casi como un jívaro, que en menos de dos días llegó a la casa del viejo Chuyma el hermano de Mashu, esto es a mas de siete leguas de Macas.

Chuyma vive en un suelo pantanoso, en medio de los hervideros que constituyen el origen del Yukípa o Yukíaza, que corría al Upano hacia el S.S.F. Entusiasmado el viejo Chuyma de ver a Proaño marchar en auxilio de su hermano Mashu, no solo le dio buena yuca y mucho plátano y exquisito nija-manchi, sino que para acortarles el paso, como muy conocedor de esa comarca, les sirvió de guía un gran trecho hasta ponerles en camino seguro, abierto por la misma naturaleza. En efecto, subió por unas mesetas ligeramente escalonadas, luego bajó por otras mesetas semejantes a las anteriores, y al cabo de media hora de su casa, llegaron a otro suelo pantanoso, a otros hervideros que eran el origen del Makumma, que, como el Pastaza en la laguna de Colay, empezaba perezoso trazando eses, y donde flotaba una canoa atada a un tronco. Una vez allí manifestó Chuyma su sentimiento de no poder acompañarles algo más, porque ya estaba muy viejo y le faltaban las fuerzas. Y después de hacerles algunas indicaciones a los jívaros guías de Proaño, mostrándoles el camino hacia en N.E., para que evitasen en lo posible las numerosas curvas del Makumma, se despidió el buen viejo, dejando en Proaño las más gratas impresiones de su inteligencia.

En efecto, a poco llegaron a la primera casa de Mashu, porque Mashu tenía muchas casas escalonadas a lo largo del makumma. Dejaron el río a su izquierda, que se fuera hasta casi toparse con el Chiguaza, afluente del Pastaza, en una curva de más de cinco leguas, y tomaron el camino más corto, has-

ta que volvieron a encontrarse con el dormido río, ya para atravesar el Kutukú, momento en que parece despertarse el Makumma y salir de su pereza habitual y aún rugir amenazante al correr por entre los cerros Huisúma y Yukáypi, el Yucalipo de los macabeos, cerro éste llamado así por abundar de un árbol del cual se saca una especie de lacre con que los macabeos cierran sus cartas, árbol al cual los jívaros conocen con el nombre de Yukáypi. Como aquel cerro abunda así mismo en guayusa, los macabeos llevaron bastante de aquellas hojas para ir mascándolas por el camino.

Por fortuna aquí el Kutukú parece que ya se arranca; pues mientras en su viaje al Morona lo pasó Proaño en días, y sus escarpadas proporciones son grandes aún muy cerca del Yukaypi, con todo, aquí el paso por el Kutukú, es cuestión de horas.

El Yukáypi es una especie de pirámide cuya base se compone de mesetas escalonadas, pero luego se vuelve escarpado y en extremo erizado de grandes rocas de cuarzo, que parecen haberse desprendido de lo alto y haber quedado como amontonadas formando imponentes cuevas. Bien pronto las mesetas han desaparecido, y las paredes se han levantado tanto que han tenido que subir por ellas como por escaleras naturales, agarrándose con pies y con manos de raíces y de rocas.

Con todo solo emplearon hora y media en subir hasta la cúspide, la cual apenas tenía dos metros de anchura, y desde donde las paredes del Yukaypi se veían a modos de imponentes pulpitos de blanco cuarzo y de feas hendiduras como de negros abismos. Los que no alcanzaron en la parte superior se apiñaron en esas rocas de las paredes del cerro.

Apenas llegaron a la cúspide, uno de los jívaros dijo "Mashu-jea!", mostrando otra casa de Mashu en el Makumma, bien abajo hacia el E., donde el río había tomado el aspecto de laguna. Sacó su anteojo Proaño, y en efecto alcanzó a divisar a lo lejos, entre magníficos platanales, la poética mansión de Mashu, el dios del Makumma, el que había cerrado sus puertas a todo viajero, y que más de una expedición había hecho fracasar.

Lleno de estas impresiones llevó Proaño la vista hacia el oriente y hacia el occidente, y se encontró en esa cúspide, como entre dos océanos, por donde las selvas se dilataban hasta lo infinito, y donde la verde y densa vegetación cobraba con la distancia y con el sol al través de las nubes mil visos caprichosos; por un lado el magnífico Upano con sus afluentes hacia el sur, y el Chiguaza, y el Pádimi, y el Tunachiguaza, y el Palora, que van a dar al Pastaza; y al fondo, como un altar del universo, el soberbio Sangay con sus penachos de

humo que caracolean hacia las nubes, y cuyas eternas nieves cubiertas de ceniza se tornan sin cesar en corrientes que se despeñan a todos los ríos.

Y venía por el otro lado, hacia el oriente, el hermoso y brillante Makumma dilatarse y dilatarse hacia el N. E. formando eses, hasta perderse tras la curvatura de la tierra. Diríase que era ese Makumma una serpiente monstruo que se movía pesadamente por allí, hasta que de improviso cambiaba de dirección amedrentada al escuchar muy cerca los amenazantes bramidos del impetuoso Pastaza.

Es increíble que Proaño en esos momentos en que marchaba a los combates, de donde talvez no volvería, tuviera tanta sangre fría para poder admirar la naturaleza. Pero Proaño era así. Diríase que era un dios, cuya serenidad olímpica le mantenía muy por encima de las tempestades de la tierra.

Antes de bajar de aquellos imponentes púlpitos de roca, donde estaban encaramados, Herrera Cevallos sacó su clarín guerrero, y tocó a la carga.

Como del Kutukú se desprendían hacia el E. a modo de contra fuertes grandes cuchillas paralelos, el eco del clarín se multiplicó en aquellas montañas, cosa de electrizar a jívaros y macabeos. Uno de los jívaros en su entusiasmo preguntó a Herrera Cevallos si aquel sonido llegarían a oír en casa de Mashu. El Teniente Herrera contestó que aquello era muy probable, por cuanto el sonido de aquel clarín solía avanzar a grandes distancias. Herrera contestó así por no hacerle perder la ilusión al jívaro, pero él sabía que era imposible alcanzar a la lejana casa de Mashu.

Así, bajo esta impresión guerrera que les produjo el clarín, descendieron llenos de entusiasmo y con gran precipitación por ese laberinto de rocas. Y después de correr por entre bosques de shiringa y de bellissimo taguales, deliciosas laderas por donde corrían aguas ferruginosas, y vasta playas limitadas por el Makumma, llegaron a esa como laguna, en donde se hallaba la casa del invicto Mashu, y a donde apenas llegaban del lado del sur los lejanos estruendos de las magníficas cascadas del Shimbími.

Como las mejores casas de mashu estaban escalonadas río abajo del Makumma, la presente estaba casi abandonada; pues sólo encontraron allí, rodeada de otras viejas, a la anciana Anchumera, antigua madrastra de Mashu, quien a la muerte de su padre, el famoso Kuitza la tomó por esposa; pero que ahora, viéndola vieja, por no matarla la puso a cuidar aquella chacra... Acompañaba también a la Anchumera su hijo Zakúza, a quien le hicieron cojo en uno de los asaltos que hicieron a su padre. Todas aquellas mujeres se ocupaban a la sazón en preparar masato para la campaña, y Zakúza en aguzar saetas.

Pues allí recibió Proaño, de la Anchumera y su hijo, los últimos y más verídicos datos relativos a la guerra. Según ellos ya el jefe de los paloras, el famoso Kondorango, había pasado en auxilio de Mashu, con su hijo Ajánapi; y habían pasado también el terrible Chumbi, jefe de los pádimis, lo mismo que Shambi, lo mismo que Shirikipi y Kunguepári y Shuárnama, del Chiguaza y el Tunachiguáza. Que hacía dos días que todos ellos habían pasado con sus numerosas huestes; que sabía que Tihuiruma atacaba por el Miatza, y Tungura, a quien acompañaba Intzákua, por el Makumma; que Mashu había enviado contra Tihuiruma a sus mejores capitanes; y que él en persona se había dirigido contra Tungura; que ignoraba si se habían verificado ya los primeros combates, pero creía que de todos modos se encontrarían de un momento a otro. Y aseguraba la Anchumera que esta guerra debía ser la más sangrienta de cuantas ella había presenciado en su largo vivir; puesto que unos y otros contaban con fuerzas numerosas, y porque si Tungura tenía armas de fuego, tampoco Mashu se había dormido al respecto, y que también él las tenía; que así los combates no sólo serían a lanza y flecha, sino también con bala.

Como a causa de las grandes curvas del río, creyeron que más pronto llegarían por tierra que por agua a donde estaba Mashu, tomaron por tierra hacia el S. E., por entre el makumma y el Shimbími, para pasar por el aurífero Huahuáymi.

Capítulo XX

LA FIESTA DE LAS TZANTZAS

He aquí una de las más lamentables lagunas de esta larga y curiosa historia.

¿Qué fue de Proaño? en lo adelante? No diré que las crónicas se hubiesen callado en esta parte de la vida del gran Explorador, pues muy al contrario hablaban de él en esos momentos hasta con detalles; más, por desgracia el tiempo y el fuego lo devoran todo, y así destruyeron también aquellas preciosas crónicas.

De suerte que ya no le vemos sino en el bajo Makumma, cuando yace atado a una columna de palma, en uno de los castillos de Tungura, rodeado de coros, que a la voz de la Ujaja Angukera, ejecutan lúgubres cánticos e infernales danzas.

Este castillo era el mayor de los que Tungura tenía, y se levantaba sobre el vasto ángulo que formaba el Makumma y su más poderoso afluente el manso Kusuími. Digo que este río es el más poderoso afluente del makumma, por cuanto viene recibiendo en su seno grandes y muchos ríos, como los auríferos Huahuáymi, Pángi, como el Shimbími, el Kingohimi y el Kangáymi, como el Huambíza y el Cayamaza. Las profundas aguas del magnífico Makumma y el Kusuimi son en su confluencia muy tranquilas; mas en cambio las paredes de ambos ríos son allí imponentes y sombrías. Sobre todo aquellas peñas sobre las cuales se ostenta la gran fortaleza de Tungura, cuya torre o atalaya se levanta a una altura de cincuenta metros, y desde donde se domina a grandes distancias ambos ríos a modo de lagos.

Pues en esta fortaleza como he dicho, se le encuentra a Proaño, atado a una columna de chonta, y frente a él y en la misma situación a Marcial Noguera. Cómo fueron prendidos? Cómo les trajeron hasta aquí? Qué fue de los demás?

Lo único que se ha podido averiguar es que estos dos habían hecho estragos en el campo enemigo; que en los repetidos encuentros que habían tenido con las fuerzas de Tungura, llegaron a matar a capitanes como Sahuémi-

ra y Huishíno, como Yénza, Sungúra y Samira, guerreros valientísimos, cuya pérdida fue en extremo dolorosa para sus compañeros, y que tanta indignación despertó en ellos contra Proaño y contra Noguera. Este estado de ánimo de los jívaros contra los dos prisioneros, hizo que no los mataran en seguida, sino que su ferocidad había resuelto darles una muerte lenta y angustiosa.

Y así después de haberles sometido a torturas los días anteriores, los han atado contra aquellas columnas. Para qué?...

Hace tres días que uno de los brujos, precisamente el señalado para el efecto por el mismo hijo de Intzákua, padre de Nanto, por saber que ese brujo es el mayor enemigo que Proaño tiene; hace tres días, digo, que el brujo tomó el natema, y que duerme en el bosque. Y en estos tres días, ya hombres ya mujeres y muchachos desnudos no han cesado de ensayar el canto y el baile para la fiesta, girando a la continua en torno de las columnas de la vasta sala; y ya la Ujaja acostumbrando al coro a todas las cadencias de los cánticos.

El día anterior por la tarde habían salido a acompañar al soñador allí, Tungura, el prioste, y el sacerdote Huéa, acompañados de numerosa comitiva de hombres, mujeres y niños, y seguidos de numerosos perros que llevaban las mujeres. Y por la noche, mientras dentro de la casa y en torno de los prisioneros ejecutaban los hombres macabras danzas al son del coro de mujeres dirigido por la Ujaja; afuera, en el bosque se veían numerosos fogones encendidos, donde las mujeres cocinaban en grandes ollas negras de asiento cónico, mucha yuca para las almas de sus deudos que acababan de morir en la guerra. Chaymis, cetuches, paloras, yukiazas, de todas las jivarías que habían tomado parte en la campaña se habían congregado allí en el oscuro bosque. De suerte que por todas partes allí se veían teas de kopal aclarar siniestramente los numerosos e improvisados ranchos de hojas de palmera, donde dormían grupos de hombres, mujeres y niños desnudos, todos los cuales habían tomado zumo de tabaco para también ellos soñar con el ihuanchi, y también ellos ver las almas de sus seres queridos recién muertos. Los que no tenían mujeres se habían tendido allí bajo una hoja de palmera que a modo de cola de pavo real plantaron al pie de un árbol. Arrimadas a las chozas y a los árboles estaban las lanzas y las tandaras; y los tambores los habían colgado de los follajes.

El soñador dormía en el templete del fondo, en la parte más oscura. Como en dirección de la puerta de la casa habían descuajado el monte, a manera de calle, hasta el templete, y como Proaño estaba atado con la cara para la puerta, alcanzó a divisar a lo lejos, al través de las cabezas diabólicas de las que giraban en su torno, algunas luces de kopal de los que se hallaban en el bos-

que, Proaño ignoraba el significado de aquellas escenas; pero Marcial Noguera, que era versado en las costumbres de los salvajes, le iba explicando todo.

Lo cual hizo ver a Proaño que aun le quedaban algunas horas por vivir. —Aún no me pasa la honda impresión que me produjo la inesperada vista de Eduardo, el hermano de Nanto— dijo en esto Proaño a Noguera—. Su presencia me trajo a la memoria el Chaymi, el Morona, todo... Y me renovó en el alma aquellas torturas que padecí por la sublime virgen que yace en la isla de Jangarana. Siento que mi temprana muerte le arrebató a mi patria algo que debía interesarle; pero muero satisfecho al ver que me sacrifican por haber querido salvar a aquella preciosa virgen del Chaymi de las garras de Japayahuara y de Tihuiruma.

—Mucho le ha sabido querer a Ud. el Eduardo— dijo Noguera— En los ojos se le conocía el interés con que le traía los recados de Etza. Felizmente es guapo muchacho y logró escaparse. Esa Etza ha sabido caminar como un gamo, y nunca creí que hubieran llegado a alcanzarnos. Pero estos salvajes tienen un olfato peor que de perro.

—Lo que siento es que le hayan sorprendido a Etza, y que también ella esté presa por nosotros. Y era en momentos en que ya ella se despedía diciéndome blanco, estás ya fuera de peligro: aquí te dejo. Sigue por aquí el camino de Macas, y piensa en que Etza te ha salvado la vida". Que horror! En ese mismo instante en que ella así me hablaba, ví brillar siniestramente por entre el follaje los ojos de los jívaros que nos sonreían con sonrisa infernal, satisfechos de habernos sorprendido.

—Pero que furia de Tungura contra su propia hija! —dijo Noguera— si parecía que más furia tenía con Etza que con nosotros. Bufaba como un toro Tzetzéma le pasa con la lanza.

—Mucho me aflige ver que por nosotros se halle prisionera la generosa Etza. Lo que más siento es que voy a morir sin tener ocasión de manifestarle mi gratitud por su heroísmo sublime. De ella y de Churubi conservaré aún en la tumba gratitud eterna. Jamás me imaginé que tanto interés hubiese podido despertar en ellos un apachi, hasta hacer lo que hicieron por salvarme!...

—Jesús, estos salvajes! qué parecen! —dijo a esta sazón Marcial Noguera, hablando de los que giraban en torno de la sala, haciendo figuras varias y dando siempre feos rugidos los hombres cuando ellos bailaban; manera como les atormentaban toda la noche, en que la Ujaja a la cabeza del coro, no cesaba de cantar sobre asuntos relativos al brujo y a la última campaña:

*Ya el Yajahuíchi
ya el soñador
tomó el natema
el soñador.
cantaba la Ujaja y repetía el coro.
Ya el Yajahuíchi
ya el sabio brujo
le vio al ihuanchi
le oyó su voz.
Ya el negro genio
de nuestras selvas
dirá que haremos
qué de estos dos.*

Y así estaba el coro toda la noche evocando en su monótono y lúgubre cantar las sombras de los que fueron, y llamando en su ayuda a los fantasmas que revoloteaban en las negras cuevas del ihuanchi; cuando a eso del amanecer, en momentos en que millones de aves entonaban al día cantos magníficos, se oyeron fuertes vientos en el bosque, a la vez que el sonido del tundúy, por donde estaba el templete del soñador.

—Y qué significaba aquel siniestro sonido? —preguntó a su compañero Proaño que ya veía algo grave para los dos, al ver a todos como sorprendidos, como aterrados, pegar los oídos hacia el bosque y exclamar: el ihuanchi, el ihuanchi.

—Es que ya son tres días a que el brujo tomó el natema— dijo Noguera— y ya ha de estar desperezándose para luego decir lo que el ihuanchi ha ordenado; lo cual ya se sabe... porque el ihuanchi siempre ordena lo que estos salvajes quieren. No ve la Ujaja cómo canta?

En efecto, ese rato la Ujaja seguida del coro cantaba así:

*Cantan cigarras
cantan las ranas,
las Nungüis silban
en las palmeras.
El suelo tiembla,
los vientos zumban;
es el ihuanchi
que así se anuncia.*

*Danzad mujeres,
danzad guerreros.
Todos cantemos,
todos danzemos.*

Y lo que decía la Ujaja repetía el coro en su eterno y melancólico cantar. Suena otra vez el tundúy en el bosque. La Ujaja, de pie en la puerta, y con la vista al templete.

*Ya el soñador
hablarnos quiere;
en nombre quiere
del sabio ihuanchi.
Ya presto oiremos,
presto sabremos
qué es lo que haremos
de estos apachis.
Lavad la tzántza,
peinad la tzántza,
pintad la tzántza
los matadores.
Todos lavarse
todos peinarse,
todos pintarse
como la tzántza.
Que ya el ihuanchi
y ya el Yajahuíchi
a nuestros oídos
cual viento zumban.*

Y mientras así cantaba la Ujaja, y así seguía el coro, y mientras los vientos, como salidos de la mansión negra del ihuanchi, sonaban fieramente en las copas de los árboles; todos los jívaros de la casa, hombres y mujeres que no hacían parte del coro, echaban a lavar, a peinar, y a pintar una tzántza que los prisioneros no alcanzaron a ver de quien fuera. Luego le sugetaron a la corona de dicha tzántza un hilo de chambira y le pesaron por los labios de la boca, a modo de candado, un pabito de algodón pintado de colorado, con pintura de achiote a modo de anillo, pabito que seguiría multiplicándose a medida del número de fiestas a que la tal cabeza concurriría. De suerte que así que-

daba cocida la boca. Hecho lo cual, también ellos a su vez, se pusieron a lavarse, a peinarse, a mudarse de itipi los hombres y de tarachi las mujeres; luego se pusieron hermosos huahuos en las orejas y vistosos tendemas en las cabezas y se cruzaron el cuerpo de achioté y de zúa, que tenían en puros de pilche y tubitos de guadua. Por último se pintaron de lo mismo la cara, viéndose al espejo. A juzgar por esa habilidad y presteza con que se vestían y se ataviaban, diríase que eran actores que iban luego a salir al teatro a representar alguna escena estraña y trágica.

Una vez así arreglados, dispusieron sus tandaras, para salir al encuentro de los que dormían en el bosque.

Y lo que hicieron los de la casa, hicieron los del bosque. También ellos se lavaron, también ellos se engalanaron de la mejor manera, para salir acompañando al brujo que acababa de despertarse, y que necesitaba hacer conocer públicamente las revelaciones del ihuanchi.

En efecto, una vez bien vestidos y pintarrajeados, se cubrieron algunos con hojas de plátano porque lloviznaba, y alzaron sus reales todos los del bosque, con sus tandaras, lanzas, ollas, muchachos y perros, y se dirigieron lentamente, a paso de procesión, hacia el patio de la casa.

—Ya viene Tungura, dijo Proaño, viendo a los del bosque— Pero que corpulento es! Si más que hombre es un elefante!...

—Y cómo sale? Está pintado?

—Parece que no, ni el cuerpo ni la cara.

—No trae adornos?

—Ninguno.

—Y lanza?

—Tampoco. En vez de lanza sólo trae un bastón en la mano.

—Ah, sí —dijo Noguera— Es que él es el prioste, el dueño de la fiesta, el que mató al que ahora está convertido en tzántza.

—Y quién será él?

—Nada se sabe, porque todo tratan de ocultarlo.

—Pero no solo Tungura viene con bastón, sino también Huashikáto— dijo Proaño.

—Cuál es el que viene delante, Huashikáto o Tungura?

—Tungura— respondió Proaño.

—Pues el que le dio la primera lanzada al que ahora es tzántza, fue Tungura —dijo Noguera— Y Huashikáto lo que ha hecho es acabarle de matar.

—Con razón a dicho Tungura que él me ha matar con su mano— dijo el Explorador.

—Sí, así ha dicho. Y aún ha dicho más, que esta fiesta de ahora no es sino en pequeño; pero que se reserva para la gran fiesta, para la real fiesta, que será la mayor que haya tenido en su vida, para cuando haya reducido a tzantza la cabeza de Ud. Estos salvajes así son de estúpidos y sanguinarios.

—Y por qué lleva Tungura bastón en vez de lanza?

—Porque desde que un matador posee una tzántza, tiene que ayunar y privarse de comer carne. Y mientras ayuna, tampoco puede llevar lanza ni matar a nadie. Oh, en estos momentos un asalto! Pues así como ahora estaba un día Sukanga celebrando la victoria que había alcanzado sobre los macabeos, cuando Sabino Rivadeneira le sorprendió y le mató— dijo Noguera— refiriéndose a una hazaña de aquel gran macabeo, hacía muchos años atrás.

—Qué, ni en estos momentos podría Tungura hacer uso de la lanza?

—Oh, si ud. no sabe! Si respetan tanto esta costumbre estos salvajes, que son capaces de dejarse matar, si el huéa o sacerdote no les da permiso para defenderse.

—Pero, estamos soñando! Un asalto en estos momentos es imposible... A pasado un mes, y sin embargo de Pedro Carvajal nada se sabe. Los macabeos que vinieron con él, muchos han perecido en los repetidos combates y están reducidos a tzántzas en las vastas jivarias. Los que vinieron conmigo unos perecieron a bala y a lanza y a saeta; y de los demás nada sé... Changa-changasa ha dicho que hubiera acometido a Tungura siempre que Mashu no hubiera muerto. Y esto lo sabe Tungura y por eso está tranquilo. Churubi ya mucho a hecho por nosotros Más no puede hacer. Y mas ahora dicen que se ha ido a volver del Achura. Parece que ha ido a exitar la influencia de su padre ante Tungura para la libertad de Etza.

—Pero, no le dijo Eduardo a Ud. que hay jívaros que temen que Mashu no este muerto?

—Es verdad que Eduardo me dijo esto, pero mientras tanto Tungura está seguro de que llegó a matarle; y tan seguro que a todos sus capitanes ha despachado a sus respectivas jivarias. Tungura le mató y tiene razón de estar muy tranquilo. "Si, dijo el soberbio Tungura ese día, para hacerle ver a Mashu que no necesitaba de las armas de los apachis para matarle, puse a un lado el fusil y le pesé el cuerpo con mi flecha! y de un bote cayó al río. Lo que siento es no haberle podido encontrar para reducir a tzantza su cabeza y celebrar una gran fiesta con la cabeza de este apachi—dijo mostrándome a mi con ojos de furia.

—Lo que me duele es que dejó mujer e hijos.

—Eso es también lo que yo siento por tí —dijo Proaño— que por mí te has sacrificado. Que cuanto a mí, nada tengo ya desde que murió aquella a quien más quise en la vida. Qué será de Eduardo? Mucho me preocupa su suerte. Pobre Eduardo! Con que sentimiento me contó la muerte de su hermana Rosario, la brutalidad con que Intzákua la mató con su lanza, creyendo solo herirla en la pierna y baldarla para toda la vida. Hizo bien Intzákua de ahorcarse; un salvaje así tan feroz no debía vivir.

—Sí, pues de furia se había suicidado, de ver que Ud. se le había llevado a la mujer y a la hija.

Mientras así estaban los dos en este diálogo, los que salían del bosque hicieron alto en dos alas al llegar al patio de la casa, como abriendo calle de honor, al tiempo que miraban por el lado del templete. Al frente de una de las alas estaba Tungura y Huashikáta; y al de la otra, el Huéa o sacerdote.

Qué miraban hacia el bosque? Por el canto del coro podemos adivinarlo.

Ujaja:

Ya el sabio brujo,

ya el Yajahuíchi

furioso viene

furioso está.

Es que el Ihuanchi

quien el culpable

ya le habrá dicho

de tanta muerte.

Nuestros guerreros

muchos murieron

en cien combates

los más valientes.

Estas palabras del coro le herían mortalmente a Proaño, porque entre los remordimientos que llevaba en su alma, como si el hubiera tenido la culpa, era él que acaso había sido ocasión para la muerte de Nánki, generoso jívaro a quien tanto había llegado a quererle.

Así estaba cantando el coro, mientras los demás miraban para el bosque, con gran expectativa como con ansiedad. A su vez los del bosque miraban con grande atención y como con recogimiento, algo que se arrastraba por el suelo y que parecía avanzar pesadamente hacia el patio. En efecto a poco alcanzaron a ver los de la sala, al través de un gran tronco que estaba en el pa-

tio a la entrada del bosque, unos brazos bien largos, delgados y arqueados como de araña monstruo.

*Es Yajahuichi
que del ihuanchi
en nombre suyo
nos viene a hablar.
Dijo el coro.
Pronto sabremos
qué es lo que haremos
de estos apachis
nuestros verdugos,
siguió diciendo la Ujaja.*

En eso comenzó a asomar lentamente, al través de las raíces del tronco, una cabeza que por lo desgredada y mechosa parecía de sierpes.

*Ya el sabio brujo
ya el Yajahuíchi
a nuestra vista
se ha puesto ya.
Silencio todos,
todos callemos,
que la sentencia
nos viene a dar.
Gracia al natema
el sabio ihuanchi
por boca humana
nos viene a hablar.
Es el natema
que así le ha puesto;
de ojos de fuego,
de inspiración.
Callemos todos,
todos callemos,
que el sabio brujo
nos viene a hablar.*

A estas palabras al punto calló el coro, en momentos en que por encima del tronco, cuyas raíces se extendían a los lados a modos de serpientes, asomó la repugnante cara de aquel brujo, que tan conocido había sido de Proaño.

La sorpresa que recibió el Explorador al ver aquella cara fue grande; pero su vista mas que terror le infundió repugnancia. Era Magaldi! Proaño no se había acordado que aquel brujo se llamaba Yajahuíchi, pues que casi siempre le había conocido solo con el de Magaldi. Y como de propósito, ni él ni la Kanakuchi se habían dejado ver de Proaño en los días de su prisión, nunca dio con que fuera aquel siniestro Magaldi el Yajahuíchi del coro.

Imposible decir los mil encontrados pensamientos que le acudieron en tropel a la memoria, las hondas y contradictorias impresiones que ese rato experimentó Proaño, a la vista de aquella cara horrenda y fatídica del brujo. Es que todo el Chaymi se le vino a la memoria ese momento: las cautivas, Nanto, todo!...

Pero, en medio de todo, se preguntaba Proaño: Cómo es posible que un salvaje de tan ínfima condición, a quien todos los chaymis le despreciaban, haya venido a desempeñar un papel tan importante en esta fiesta?

Proaño llegó a saber el por qué de esta anomalía poco después, cuando le dijeron que el brujo que para el efecto había destinado Tungura era nada menos que el gran Yukútachi, pero que quien le designo a Magaldi para este acto fue Tzetzema, a lo que tuvo que acceder Tungura por las grandes consideraciones que guardaba al digno hijo de Intzákua, y ahora jefe de los chaymis, y también porque se daba cuenta de la razón que a Intzákua le había asistido para tal designación, dado que su padre había sido víctima de Proaño, quien le arrebató su mujer y su hija la que ya había tenido ofrecida a Tihuiruma. Pero Proaño antes de descubrir el secreto, entendió que tal designación en favor de aquel brujo pordiosero se deberían a tales influencias, o a la misma Kanakuchi.

Proaño no se equivocó; se debía a influencias de entrambos.

Digo pues que a la presencia de ese brujo, que echaba espuma por la boca, el coro calló y que todos ese momento quedaron mudos y como absorbidos, a la vista de eso que a los ojos de Proaño aparecía como la personificación de una horrenda pesadilla.

Como un animal extraño que encerraba en sí mucho veneno, y que se armara para ofender; así el brujo, metió su fea cabeza entre sus secos hombros, e hizo como erizar sus largas y flacas piernas y sus más largos brazos, que parecían de araña. El silencio de los concurrentes ante semejante expectativa

era tal, que ese momento llegaba a los oídos de todos con más fuerza el lúgubre gemido del viento en las copas de los árboles. Después de un momento de quietud de aquel mostruo, y de angustiosa expectativa de todos, salió de pronto de aquel tronco una voz extraña, que hizo estremecer a todos, por ese no sé qué de aterrador que tenía.

Era el brujo que hablaba. Unas veces esa voz era bronca, como un ronquido estrabagante; otras veces se tornaba en aguda, que parecía el silbido de una serpiente. Las primeras palabras no se entendían, porque fue un tartamudeo inenteligible. Pero luego miró hacia la puerta de la casa, clavó los ojos en la Ujaja, unos ojos saltados como de loco, y de un brillar siniestro como de víbora, y después de un momento de silencio, como quien escucha una voz oculta, exclamó al fin con voz bien alta, de manera que alcanzó a oír Proaño, estas palabras: "Oh, la mansión del ihuanchi!... Es negra negra como la cueva del Tayu; allí retumban truenos, y gruñen cerdos y rugen tigres. Ihuanchi, ihuanchi!, llamé en alta voz; pero nadie... En ese eterno silencio no ví nada, no ví sino murciélagos, y en medio de esos murciélagos no ví sino esqueletos humanos, de Nanki, Charupe, Yamingui, Makándua, con cabezas de culebra y ojos de fuego, girar vertiginosos gritando: Venganza! venganza!

*Ujaja:
Son los guerreros
del gran Tungura
muertos a bala
por los apachis.
Feliz el brujo
que los ha oído,
feliz el brujo
que los ha visto.*

El coro repitió lo mismo, y todos volvieron a callar.

"Pasaron esos fantasmas –siguió diciendo el brujo– y todo quedó en silencio. Por dos veces llamé al ihuanchi, y otras tantas cruzaron, por entre una nube de murciélagos, nuevas sombras, las sombras de los muertos en el Miáza, en el Makumma... Y todos pasaban gritando: Venganza! venganza! Silencio otra vez... –Lo que me sorprende es que un estúpido como Magaldi se exprese en esos términos– dijo a esta sazón Proaño.

—Es que el natema tiene esa virtud— respondió Noguera— que pone en comunicación con el Ihuanchi al que lo toma, y hace hablar a los mudos, y hace pensar a las piedras.

"Ihuanchi! Ihuanchi!, grité al fin con voz aguda y desesperada —prosiguió el brujo—. Terrible y poderoso Ihuanchi... Tú que todo lo sabes y que nada temes, tú que diriges los torrentes, y a quien los panguis y los yahuaras mansos te obedecen; tú que fabricas las garras de los tayus y churubis, tú que elaboras el veneno de nuestras flechas y desencadenas los huracanes, y así bramas en las montañas con voz de trueno, lanzando a los espacios sierpes de fuego... Tú, sabio y poderoso ihuanchi, a tí vengo de parte del gran Tungura, de aquel que después de tí nada en las selvas como él, el guerrero de los guerreros, el héroe de los héroes, aquel cuya certera lanza tiene el ímpetu del rayo, aquel que cual aluvión todo lo arrolla... De parte de aquel invicto capitán, a tí vengo, sabio y poderoso ihuanchi, a pedirte consejo acerca de lo que hacer debemos de los prisioneros de guerra que tú conoces, el terrible Noguera y sobre todo el feroz Proaño, macabeos que están en nuestras manos y que han sido eternos enemigos nuestros, y que tanto nos odian a nosotros como a tí, y que tantas muertes han hecho en nuestras filas... Sabio ihuanchi! Tungura y su gente esperan tu respuesta...

"A un rato de silencio —siguió diciendo el brujo— y cuando ya desesperaba de tanto silencio, sentí conmovirse la tierra y soplar vientos tempestuosos y de en medio de esa tormenta, salió una voz subterránea, como el bramido del Tungura (el volcán Sangay), y dijo: "Sabio Yajahuíchi... Tú, que has tomado el natema, y para quien nada hay oculto, y ante quien se rinden todas las fuerzas de las selvas... Oh, tú, sabio Yajahuíchi, anda y dí a tu señor, el invicto y terrible Tungura, que tanto yo como cuantos en los siglos de los siglos sigan bajando a mi mansión tenebrosa, que todos a una, maldeciremos eternamente a los enemigos de Tungura... Y dile asimismo que aquí en mi sacra mansión no se oyen sino voces de venganza contra el matador de sus bravos capitanes, como Nanki, como Charupí, como Unúpi, como Tugurúma. Y dile a tu señor, que es mi voluntad que aquellos macabeos que tantos males le han causado, sean decapitados y reducidos a tzántzas sus cabezas, para gloria eterna de Tungura.

Pero que cuanto a la cabeza del más sanguinario de los apachis, el tenebroso y feroz Proaño, cuya cabeza más gloria le dará a Tungura que todas las demás, dile que aquella cabeza se reserve para la más grande y solemne de sus fiestas.

Y díle asimismo que cuanto antes decapite al jefe de los apachis, y que al punto reduzca a tzantza su cabeza, para que pueda comenzar el ayuno y preparar extensas chacras de yuca y plátano, a las cuales las Nungüis comunicarán gran fertilidad, y engordar muchos cerdos, y sembrar para la pesca mucho barbasco; porque para la gran fiesta vendrán no solamente los más grandes capitanes del Morona, del Míáza y el Makumma, sino también de las más dilatadas jivarías: achuaras, tunachiguazas, arapicos (paloras), kanusas, naman-gózas, yaupis, unda-kanusas...; porque para entonces todas aquellas grandes jivarías estarán sometidas al poderoso Tungura, pues que muertos Mashu y el jefe de los apachis, todos los capitanes rivales de Tungura, tendrán que rendirse al poder de su invencible brazo".

Y en diciendo esto calló.

En ese momento, a la voz del coro, respondieron siniestras yukútachis o tenembas por todas partes, a cuyas voces salieron del bosque y de la sala al patio muchos guerreros lanza en mano y con cascabeles en las puntas de las lanzas, y se pusieron a representar el enema, con fieras voces de leones, con el exclusivo objeto de hacer ver cómo iba a pasarle con sus lanzas al jefe blanco que le tenían atado.

El enema entre jívaros no es otra cosa que la acción de invitarse y aliados a la guerra, contra el enemigo común.

Y esa invitación es terrible, porque, como he dicho, hacen voces de fieras al tiempo que simulan combates: "Churustí- churustá!" –dice repetidas veces el que acomete al enemigo, dando dos saltos para adelante, la lanza en prevención, y luego retrocediendo para volver a la embestida con más ímpetu: "Churustí-churustá!" Esto es: "a la guerra, a la guerra!" A derramar sangre, mucha sangre y a vencer!... A lo que le contestaba el otro, asimismo repetidas veces, y con voz de trueno: "Tumajastí- tumajastá!", esto es: "Si, me invitas a la guerra. Bien está! Iré, iré; pero cuidado con que te portes cobarde!"...

Mientras tanto la Ujaja cantaba:

*Así, así,
así matad
bravo Tzurúma
bravo Nakáta.
Los prisioneros
con vuestras lanzas
muerte instantánea
recibirán.*

*Entrad valientes,
entrad guerreros
y al prisionero
acometed.*

Y mientras así cantaba el coro, los que dirigían el enema, Tzurúma y Nakáta, iban aproximándose a la puerta con ánimo de entrar a la sala y pasar con su lanza a los prisioneros. Y a medida que se aproximaban, eran mas fieras las voces que hacían: "Churustí-churustá!... Tumajastí-tumajastá!...

Y así repetían y repetían rápidamente, todos a una, esos numerosos guerreros, cosa de parecer aquello algo diabólico y terrible, que involuntariamente hizo estremecer a los que estaban atados a las columnas de palma.

Pero, en momentos en que ya Tzurúma y Nakáta llegaban a la puerta de la sala, en ese momento, el brujo Yajahuíchi, que hasta entonces había callado, tornó a hablar, a lo cual todos quedaron como paralizados y en silencio, por escuchar lo que el inspirado brujo les decía.

En efecto, el brujo después de encorbarse fieramente, y de encajar la cabeza entre los hombros, dijo: "Oigo la voz del ihuanchi, que por última vez me habla. Sí, es el ihuanchi, que antes de irse a la negra mansión en donde mora, me habla por la postrera vez. Escuchad... El Ihuanchi dice que es su voluntad no matar inmediatamente al jefe blanco. Quiere primero que Sapa y Záu y Shikíta y Sérkama, vayan y saquen de los más oscuros bosques, las más terribles víboras, la shurchimi, la taukámbugi, la yanúnga y la makanchi, que son las que más activa ponzoña encierran, y que con ellas, cual si fueran fuertes látigos, flagelen el cuerpo desnudo del jefe blanco, después de las sueltas vivas en el cuerpo del mismo jefe, para que se envuelvan en él y le opriman; y entonces, al tiempo que reciban las mordeduras de las serpientes, en las distintas partes del cuerpo, que en ese mismo instante, Tzetzema, Tzurúma, Shikíta, Sérkama, con Tungura a la cabeza, la acribillan a lanzadas al feroz Proaño, al enemigo de Tungura y de su raza.

Desgraciadamente para Proaño, había tenido la imprudencia en el Chaymi de decir en presencia del brujo Magaldi, el terror que las víboras le inspiraban: "Prefiero verme desgarrado por las garras de un tigre, pero no una víbora en mi cuerpo" –dijo ese día Proaño delante de Magaldi, como he dicho. Y el brujo se acordó de ellos y por eso en su insano odio contra Proaño quiso darle tal muerte.

Proaño al oír tan atroz sentencia no pudo menos que estremecerse, porque en efecto, nada había que le aterrara como una víbora. Pero su ener-

gía era elástica y daba para las más difíciles y terribles situaciones, y así, como para infundir ánimo en su compañero, que estaba aterrado con tan horribles aparatos de los salvajes, dijo: "Somos hombres, Marcial, y debemos morir como tales. Si las peores torturas hemos recibido en el alma, qué importan las del cuerpo? Valor, Marcial, valor!"

—Admiro su serenidad— dijo Marcial Noguera. Yo francamente no puedo sobreponerme al ver esta actitud de estos salvajes y esa muerte horrible que nos espera. ¡Qué no hubiera muerto Mashu! No se por qué creo que no ha muerto. Sí viviera!... Ese Mashu es activo...

Proaño no tuvo ninguna esperanza de salvación, pero no quiso desconsolar más al pobre Noguera, y se calló.

Marcial Noguera tenía razón de mostrarse así tan amedrentado, porque justamente en esos momentos se repartieron los jívaros designados por el brujo, a traer aquellas terribles víboras con que debían torturar a los prisioneros; y porque el brujo había terminado de hablar aconsejando que mientras Sapa, Sérkama y los demás fueran a traer a las víboras, que Tungura y Tzetzéma, con todo su séquito, se entregasen a la ceremonia de bendecir la tzantza del apachi que tenían, a fin de que les sirviese como de ensayo para la gran fiesta de la tzantza de Proaño.

Proaño, al saber que la tzantza objeto de la fiesta había sido de apachi, se llenó de consternación y tuvo verdadera ansiedad por saber cual pudo haber sido aquel desventurado compañero.

Apenas calló la voz del brujo, cantó el coro sus versos sin cadencia y sin rima, pero terribles, que decían:

*Seguid la fiesta,
mientras que Zapa,
y el gran Shikita
del bosque tornan.
El sacerdote,
Huéa divino,
siga la fiesta,
la bendición.
Presto la tzántza
bendiga el Huéa,
presto la tzantza
bendita sea.*

¿Qué están diciendo estos salvajes?— preguntó Proaño a Noguera.

—Estos creen— dijo Noguera— que mientras la tzantza del enemigo no esta bendecida, continúa de enemigo de ellos, y que procura vengarse y acarrearles todos los males posibles; pero que tan pronto como el sacerdote ha lavado la tzantza con zumo de natema, de tabaco, de yajé y otras porquerías, entonces creen estos estúpidos que en ese líquido con que han lavado la cabeza, se va el alma del muerto enemigo de ellos; entonces a ese líquido le dan de lanzadas, haciendo voces de osos, de leones, con lo cual creen que han muerto al enemigo, y que desde entonces es dicha cabeza quien les infunde valor en la guerra, quien comunica fertilidad a la tierra, ella la que atrae las bendiciones de las Nungüis, y la que perpetúa la raza. Y esto es lo que están haciendo en este momento.

En efecto, en ese rato cantaba el coro lo siguiente:

*Ujaja:
Poned la tzantza
del macabeo,
ponedla presto
en la tandára.
Tambien tabaco
poned y yajé
con el natipa
y la yukunda.*

Y en momentos en que el coro en canto solemne repetía las palabras de la sacerdotiza, en ese momento salieron del bosque Kasénda, Tzentzáka y Yurúma, vestidos de gala, con sendas lanzas y tandaras, pintadas unas y ótras del rojo yukaypi, y seguidos de otros guerreros armados de igual manera, y, atravesando marcialmente el patio, se plantaron en la puerta, y hablaron de esta manera: "Augusta Ujaja!: El sacro Huéa ha salido ya del oscuro bosque, conduciendo al invicto Tungura; y espera que nos entregareis para su bendición la tzantza del enemigo de nuestra raza, que está en nuestro poder, de aquel que tantas muertes hizo en nuestras filas, en nombre del jefe blanco que tenemos atado a la chonta.

*Ujaja:
Venid guerreros,
venid valientes,*

*y al sacerdote
llevad la tzantza.*

Y mientras así repetía el coro las palabras de la Ujaja; otros guerreros que estaban allí, asimismo bien pintados y vestidos de gala, tendieron en el suelo una tandara, pintada de líneas concéntricas de yukaypi; bajaron luego de la punta de una lanza que estaba allí plantada en el suelo, la cabeza objeto de la fiesta, que hasta entonces la habían de propósito mantenido cubierta con hojas de tabaco, y, la colocaron, descubierta ya, en la tandara.

¡Era la cabeza del Teniente Herrera Cevallos! A su vista se estremeció Proaño.

Herrera, su confidente, había desaparecido en los combates, como habían desaparecido muchos macabeos. Tal vez será muerto, quizá esté vivo... Esto era lo que Proaño se decía en los largos días de su amarga prisión; pero nada sabía a punto fijo, como nada sabía de los demás. Y ahora, le ve convertido en tzántza!... Los salvajes que sabían cuánto había sido la predilección que Proaño había tenido por su confidente, intencionalmente se la ocultaron a su vista, con ánimo de descubrirla momentos antes de su decapitación, y con el negro fin de hacerle más dura su hora postrera.

En efecto, honda fue la consternación en que cayó Proaño al ver al Teniente Herrera convertido en tzantza. En un instante se le vinieron a la memoria esas repetidas pruebas de afecto, de fidelidad y abnegación que le había dado en el curso de sus expediciones por las selvas; ese "por acá, mi coronel", que había sido para Proaño como la voz de la vida, cuando él, por hacer sus apuntes y sus observaciones en la brújula y el barómetro, se había atrazado de los demás, y les había perdido la vista, y que entonces en esa su terrible soledad daba voces en vano a sus inconcientes compañeros; que veía que cuando todos se le habían adelantado, Herrera estaba allí tras un árbol, y a la voz de Proaño que llamaba, Herrera sabía responderle con ese consolador "por acá, mi coronel"... Y este mismo denodado paladín había sido quien tantas veces, a cada paso difícil de Proaño por las peñas y los ríos, donde había jugado la vida; Herrera había sido quien tocaba dianas en el clarín por haber salvado del peligro a su querido jefe. Y ahora estaba convertido en tzantza!...

Una vez colocada la mencionada cabeza en la tandára, con el yukúnda y la natípa, la condujeron asimismo horizontal los tres guerreros, seguidos de muchos otros, hasta donde estaban Tungura y el Huéa. Entonces la Ujaja, de pie en la puerta, al frente del coro de mujeres que se extendía a lo largo de la vasta sala, los ojos puestos en el prioste y el sacerdote, cantaba lo siguiente:

*Presto la tzantza,
Huéa divino,
con muchas aguas
lavada sea.
Lavad la cara,
lavádle el pelo,
que quede limpia
que quede pura.
Ukaga iza
ikaga iza,
"Botad las aguas
con que lavasteis".
Con muchas lanzas
herid las aguas
con que lavasteis
al macabeo.*

Y lo que mandaba el coro iba ejecutando el Huéa, ayudado de otros guerreros. Y así, después de lavarla con aguas de natema, de tabaco, de yajé y otros narcóticos, a que los jívaros atribuían virtudes varias, y en obediencia a las palabras "Ukaga iza", esto es: botad las aguas con que lavasteis, entonces, echaron a herir con muchas lanzas y entre coros de yukatáchis o tenembas, y haciendo voces de muchas fieras, las aguas con que acababan de lavar la tzantza. Diríase que mataban una serpiente en momentos en que les acometía. "Aquí, aquí –decían– aquí el veneno del macabeo, aquí el Herrera. Muera el Herrera! Muera! Muera!...

*Y la Ujaja no cesaba:
Así es preciso
con muchas lanzas
matgar el alma
del macabeo.*

Terminada esta diabólica ceremonia, muchos guerreros que acompañaban al Huéa vestidos de gala, hicieron gran ruido de tandaras con sus lanzas; lo que consistía en dar fuertes golpes cada cual con su lanza en el escudo, como con varillas de un tambor. A todo lo cual seguían numerosas voces de tenembas por el bosque.

*Y seguía la Ujaja:
Ya está la tzantza
muy bien lavada,
purificada
de todo mal.
Ya el genio malo
tornóse en bueno,
y ahora la tzantza
ya es nuestro bien.
Dádle tabaco
al gran Tungura,
al matador
del macabeo.
Dádle tabaco
al gran Tungura,
por el trofeo
de su victoria.*

El Huéa o sacerdote da a beber a Tungura zumo de tabaco y yajé de una yukúnda. Luego masca tabaco y pone en la natipa con agua, de la cual hecha el zumo en la mano, lo que sorbe con la boca y sopla con ello a Tungura en la nariz izquierda, mientras este se tapa el lado derecho con la mano.

*Estornuda Tungura.
Gran ruido de tandaras, y a veces de tenembas.
Mientras tanto la Ujaja canta:
Ya puede Tungura
la lanza empuñarla,
cubrirse de adornos,
vestirse de gala.*

Aquí pide el sacerdote un peine: lo pasa por una sola vez por el pelo del prioste, de las mujeres de Tungura y de sus hijos, y entrega en seguida dicho peine al prioste, el cual se peina por una sola vez el pelo y entrega a sus mujeres e hijos, quienes hacen lo propio. Entonces Tungura vuelve a arreglarse el cabello y se ciñe a la cintura el akáchu, ceñidor hecho con hebras de pelo del Teniente Herrera. Además se pinta Tungura horriblemente el cuerpo, los brazos y la cara, de zúa y achote, viéndose en el espejo; se adorna el pecho con co-

llares de colmillos de jabalíes y de tigres, y se ciñe las sienes con una magnífica tendema de plumas de guacamayo, a modo de corona de conde. Hecho lo cual, empuña soberbio, en ves del bastón del penitente que antes tenía, la lanza del guerrero, hermosamente pintada de yukáipi.

También las mujeres de Tungura, se visten y se afeitan lo mejor que pueden, viéndose en el espejo.

En este momento la Ujaja dice:

*Puede Tungura
coger la tzantza;
que está bendita,
ya consagrada.*

Y lo que canta la Ujaja repite el coro.

El Huéa entonces entrega la tzantza a Tungura, quien con la mano izquierda coge del cordón que sujeta la cabeza por la corona, mientras con la derecha la empuña del pelo por bajo de la barba. A lo cual los guerreros principales, que están a los lados de Tungura, soplan con fuerza y repetidas veces la tzantza, después de lo cual escupen al aire con mucho ruido.

Gran estrépito de tandaras y tambores.

*Que besen todos
todos la tzantza,
que está bendita
ya consagrada.*

Dice la Ujaja y repite el coro lo mismo.

Tungura entonces besa la tzantza, y se la da a besar a los guerreros principales.

*Gran ruido de tandara.
Luego canta la Ujaja.
Venid Tungura,
oh gran Tungura,
con la cabeza ya consagrada.*

Entonces Tungura pega la tzantza al pecho, y seguido de un numeroso cortejo y de una larga cola de mujeres y muchachos desnudos, que traían los perros a las ollas del bosque, y con religioso temor, todo él tembloroso, como

haría con la hostia consagrada un sacerdote católica, así, con mucho recogimiento y a paso de procesión, atravesó hacia la sala el vasto patio, suspendiendo el paso a trechos para nuevas ceremonias, acompañadas de redobles de tambores, tandáras y tamboriles.

Y la Ujaja sigue cantando:

*Viene la tzántza
ya consagrada;
oremos todos
ante la tzántza.
Ante la tzántza
ya consagrada,
todos los bienes
nos lloverán.
Ya en nuestras chacras
zúa y achiote
yuca y barbasco
abundarán.
Ya ni los tigres
ni los churubis
a nuestros perros
perseguirán.
Ya nuestros hijos
jamás vencidos
por macabeos
jamás serán.*

En momentos en que la procesión entra a la sala, al són de tandaras, de tambores, de tenémbas, pífanos y flautas, los numerosos perros que adentro había, todos como asustados comenzaron a aullar, cosa que se confundía con las voces del coro. Estos ladridos contagiaron a los perros del cortejo que venían por el patio, y también se pusieron a ladrar. Lo cual produjo ese momento un todo lúgubre e infernal, sobre todo con las fieras voces de osos y leones, de los que simulaban combatir.

Una vez adentro la procesión, colocóse en dos alas: primero Tungura, a la izquierda de la entrada, poniendo su izquierda desde luego, a la Chingana, luego a la Chígua, después a la Kuítza, y así todas las mujeres de Tungura, en número de ocho.

A la izquierda de las mujeres de Tungura están sus hijas, la menos de las cuales frisa en los doce años. A ellas siguen los guerreros y el coro de una larga cadena de mujeres.

Frente a Tungura hállase el Huéa o sacerdote, y a su derecha la Ujaja, la cual canta lo siguiente:

*Aquí el Tungura,
el gran Tungura
con la cabeza
ya bendecida.
Besad la tzantza,
y a las dos Núngüis
pedidles presto
su protección.
La tzantza exponédla
a fuera exponédla,
que ahuyente los males
y traiga los bienes.
La tzantza bendita
y expuesta a las Núngüis,
fecunda los campos
e infunde valor.
Venga el natema
con el tabaco,
y la guayusa
con el barbasco.
Y todo junto,
bien machacado
y bendecido,
todos bebamos.*

Y mientras así cantaba el coro, Tungura, ayudado del sacerdote, salió a la puerta, y, levantando en alto la tzántza, la expuso al viento, diciendo a la vez estas palabras: "Huaysa-Tímu-Máma-Urúchi-Tzarángo" llamando así las bendiciones de las Núngüis hacia las chacras para que produzcan en abundancia, guayusa, barbasco, yuca, algodón, tabaco, que no otra cosa significan las palabras anteriores.

Y pasada esta ceremonia, y a la voz del coro, la Chíngana se puso tras Tungura, y asida del akáchu de su marido, se fueron bailando, o mejor dicho sacudiendo, sacudiendo el cuerpo rápidamente hacia la izquierda, con coro y todo hasta el otro extremo de la sala, de donde volvieron de la misma manera a su puesto. Y lo que hizo la Chíngana, hicieron sucesivamente con Tungura todas sus mujeres y sus hijas; al tiempo que las mujeres de éste, que no bailaban con él, hacían lo propio con los demás guerreros.

Pero antes de comenzar esta ceremonia, ya ótros, sobre todo muchachos desnudos se habían ocupado en cocinar junto a la puerta, bastante natema, que de antemano habían machacado con un palo llamado apáy.

Terminada la anterior ceremonia, siéntanse en sus respectivas kutangas, en torno del fuego, el sacerdote, el prioste, sus mujeres e hijas; y después de nuevas ceremonias de la bendición del natema y el tabaco, entonces el sacerdote tomó en la boca zumo de esta última sustancia y sopló con el por ambas narices primero al prioste, luego a las mujeres e hijas de éste. Operación que repitió por cuatro veces. Las mujeres y las hijas, no siempre podían soportar el fuerte del tabaco, y con gran repugnancia, sobre todo las muchachas, querían escupir, pero todos a una les decían: "Tzá tzá tzá! Nó nó nó!, y se lo impedían.

Hecho esto, el sacerdote le sujeta como siempre en toda ceremonia al prioste por el puño de la mano, y lo hace coger un andullo de tabaco. Tungura, apenas lo coge lo suelta como si hubiera cogido candela. En todo lo cual se advierte gran devoción y recogimiento. Después, el prioste por si, sin ayuda del sacerdote, alza el dicho andullo con ambas manos, luego lo abre con mucho respeto como cosa sagrada, y levanta un tanto las puntas de las hojas del andullo. Entonces el sacerdote le toma el pulso, y le hace sacar una hoja; luego le presenta el maso a la primera de sus mujeres, quien saca la segunda hoja por la punta levantada. Cosa que se repite con todas las mujeres y las hijas del prioste.

Entonces Tungura abre bien la hoja que tiene en la mano, y siempre con la ayuda del sacerdote, cuelga la dicha hoja, con la punta para adentro, del borde de la gran olla en que hierve el natema. Y lo que hace el prioste hacen con las demás hojas sus mujeres e hijas.

En todo esto no cesa el coro de dirigir las ceremonias.

A esta sazón trajeron una criatura de tres meses, hija de Tungura, y se la presentaron al sacerdote, quien a su vez se la puso en brazos de su padre. Entonces el Huéa toma zumo de tabaco en la mano izquierda y da a sorber al

prioste por dos veces; hecho lo cual el Huéa le sujeta por la mano, y le hace chupar todo el cuerpo de la criatura.

Y la Ujaja dice que todo esto manda hacer para que la mala sangre se le torne en buena, y la criatura desarrolle robusta y se vuelva gran matador. Igual operación se repitió con cuantas otras criaturas había en la fiesta; sólo que con las demás ya no es el sacerdote quien interviene en la ceremonia, sino los otros guerreros.

Verificada la bendición del natema, y el tabaco con tantas ceremonias que sería largo contar, entonces pasaron al otro extremo de las ala, a la bendición del nijamanchi. Después de lo cual volvieron a donde estaba cociéndose en natema, trayendo muchas piningas de chicha.

Ujaja:

*Ya puede Tungura
cerrar los ayunos;
matar los saínos,
de todo comer.
Ya puede la chicha
bendita tomar,
y al feroz Proaño
su lanza pasar.*

Entonces le dieron a tomar a Tungura repetidas piningas de esa esencia pura de yuca bien fermentada con ciertas sustancias fuertes adentro; luego tomaron todos sendas piningas de ese licor espirituoso y bendecido. Hecho lo cual el sacerdote repitió la operación de meterlas por las narices de todos, especialmente de Tungura, sus mujeres e hijas, ya no sólo zumo de tabaco, sino dicha sustancia mezclada con el natema que hervía en la olla. Pero esta vez, después de tomar de dicho zumo, y de tomar el fuerte nijamanchi, les venían naucias a las hijas de Tungura, e iban saliendo al patio. Y cuanto a los muchachos que habían tomado lo mismo, algunos se fueron al bosque a dormir para soñar en las cosas guerreras que ellos querían.

A esta sazón la Ujaja canta:

*Bendita la tzantza,
bendito el tabaco
con el nijamanchi,
benditas las Nungüis.*

*Ya puede Tungura
cerrar los ayunos,
pescados y saínos,
de todo comer.
Pero antes que nadie
ni coma ni beba,
primero escuchadme
que voy a decir:
Conviene primero
de los muchos cerdos
que Tungura tiene
algunos matar.
Matar esta noche,
y entonces la tzantza
del feroz Proaño
así celebrar.
Carne y nijamanchi,
banquetes y orgías,
con ello esta noche
todos a danzar.
Y así la cabeza
del feroz Proaño
y la del Noguera
así festejar.
Kandáshi y Katípi,
Ambúsha y Kitára
Volad en seguida
los cerdos a matar.
Y en tanto que vienen
cerdos y culebras
en torno a Proaño
del feroz Proaño
el coro a danzar.
Y los que no cantan,
y los que no danzan
todos nijamanchi
de la esencia pura
todos a tomar.*

Entonces el coro se puso a tararear girando en torno de la sala pesadamente como para hacer tiempo; mientras los demás se entregaron a engullirse cuanto tenían a las manos, porque estaban hambrientos, y a beber nijamanchi de la esencia pura, porque para eso tenían en abundancia de esta fuerte bebida que tantas sustancias excitantes contenía. Tungura sobre todo que había acabado de dejar el ayuno, se dio a beber de aquella esencia pura con exceso. Y con Tungura también el Huéa, Huashikáta, Tzetzéma y los demás capitanes como Tishípi, Kashijinto, Mashingáshi, Samareno y otros.

Kandáshi, Katípi, Ambúsha, Kitára y los otros que estaban nombrados para la comisión, comieron lo más que pudieron, y después de tomar las primeras piningas de nijamanchi, se internaron al bosque al otro lado del platanal, donde se hallaban diseminados en pleno monte los muchos puercos que Tungura engordaba para la gran fiesta que al cabo de algunas chontas debía celebrar en torno a la cabeza de Proaño.

No pasaron dos horas cuando se oyeron a lo lejos por el monte los primeros chillidos de los puercos que caían, lo que entusiasmó grandemente a todos y apuraron por lo mismo más chicha madura. Pero, casualmente se dejó oír al mismo tiempo una ave llamada yukúpu, cuyo melancólico canto no agradó al coro, pero de lo cual ni Tungura ni los demás se apercibieron, alegres como estaban de tanto beber esencia pura de nijamanchi.

—No tienen a esta ave tanto horror los salvajes como al huagtaguay— dijo Noguera hablando del makándua, pero tampoco les gusta oír este canto, porque siempre lo consideran como de mal agüero.

Estas palabras de Noguera hicieron en el espíritu lóbrego de Proaño una impresión como rayo de luna en una noche oscura. Y parecióle sentir en el fondo de su sér uno como inexplicable presentimiento. Es que le pasaba lo que pasa a todo el que padece, que como el náufrago trata siempre de buscar una tabla de salvación.

—Es un despropósito pensar en estos momentos en nada favorable para nosotros— respondió Proaño con ese su hablar de filósofo que era tan frecuente en él. —Sería el mayor de los absurdos; pero tan juguete es el hombre de esas fuerzas ocultas que rigen el universo, que se han visto casos de cambiarse de pronto los destinos no sólo de los individuos, sino hasta de los pueblos. Pero, aunque así sucede, esto no es frecuente... Toda mi obra quedará destruida.

—Qué horror me dán estos salvajes! Si esto es ahora, qué no harán de noche dijo Noguera, en esos momentos en que los jívaros, casi ebrios, hacían

mucha bulla entre toques de tambores, simulando en són de juego y con voces de fieras el enema, en que alternativamente repetían ese Churustí-churustó, Tumajastí-Tumajastá.

Y así estaban los salvajes bebiendo chicha desenfrenadamente, cuando sobre tarde sobrevino de pronto, acompañado de feos subidos subterráneos, un movimiento de tierra, pero tan fuerte que, aunque no cayó ninguna casa, si cayeron árboles de raíz. Y luego al temblor se siguió del lado del Amazonas una tempestad de viento, pero tan larga que duró cosa de media hora, y tan fuerte que abrió un ancho surco a lo largo de la selva, en el cual quedaron como montones de ruínas, unos sobre otros los árboles arrancados de cuajo, aún los más corpulentos, causando un extruendo tal que hacía estremecer las peñas. Lo curioso es que el terremoto no alarmó tanto a los jívaros como el huracán; pues mientras la tierra temblaba, el coro proseguía tarareando; pero tan pronto como sobrevino el huracán, todas las mujeres y los muchachos salieron al patio despavoridos dando gritos y buscando donde esconderse. Los mismos hombres salieron aterrados. Es que el castillo de Tungura, a pesar de no estar comprendido en la zona azotada por el huracán, con todo, alcanzó a conmoverle, cosa de hacerle bambolear y crujir, y cosa de desbaratar la parte más alta de la atalaya. Adentro en la sala no quedó nadie, fuera de los dos prisioneros que allí estaban atados a las columnas de ese edificio que amenazaba venirse abajo. Ninguno de los dos hablaba. Noguera no se atrevía a decir palabra: tenía la lengua como paralizada, tal era el terror de verse así en ese vasto recinto oscuro, que aunque no lo era tanto le pareció lóbrego, lobrete que aumentaba el alboroto de los loros y guacamayos que allí dormían, y en siniestro aullar de los numerosos perros que por estar atados a las peakas de las mujeres no habían podido salir. Proaño tampoco decía palabra, porque en esos momentos no quería perder nada de lo que pasaba: hubiera querido ese rato ser todo oídos, para oír y sentir cuanto ocurría en su torno, encima y dentro de la tierra; y así nada perdió de ese funesto zumbido del planeta, ni ese retumbar de cañón de los árboles que caían, ni el bramido de los vientos en las copas de los árboles, que en su tenaz resistencia se hacían arcos para no caer. Nada perdió el Explorador de aquella sublime furia del arcano.

Pasada la tormenta vinieron los comentarios de todos en medio del agudo hablar de las mujeres, que acababan de ver grietas profundas abiertas por el terremoto en el suelo, y en medio del lúgubre aullido de los perros que aún no cesaba. Al mismo tiempo llegó la noticia alarmante de que uno de los castillos de Tungura en el mismo Makumma había sido arrasado por el huracán.

cán en el cual por fortuna nadie había, porque todos estaban congregados para la decapitación de Proaño en la más grande fortaleza que en el Makumma tenía el jefe de los moronas.

Entre las noticias más alarmantes que trajeron esos momentos era la relacionada con la aparición de un desconocido que había estado arrastrándose por el suelo hacia la fortaleza de Tungura, el cual tan pronto como fue sorprendido por el jívaro que daba la noticia, echó a correr de fuga por el lado de Macas; que entonces él le persiguió, pero que cuando estaba para alcanzarle parece que tomó la forma de venado, según que no vio otra cosa que ese animal por ese lado, el cual venado echó a correr con mayor velocidad que el aparecido. Todo lo cual le hacía suponer al jívaro de la noticia que el ihuanchi estaba contra Tungura, y que había que temer su enojo, dado que había permitido que aquel desconocido tomase la forma de venado, siendo así que él, el iguanchi, era el único genio de las selvas que solía tomar tal aparición. Y su temor del enojo del ihuanchi contra Tungura se hizo más probable, cuanto que en esos momentos en que perseguía al aparecido, justamente en esos momentos sobrevino el cataclismo, el cual abrió en el suelo una grieta profunda, precisamente por donde perseguía a ese que parecía apachi, le cortó el paso.

Pero estos temores respecto del enojo del ihuanchi solo fue para cierto círculo de jívaros; que cuanto a Tungura, a quien la rica esencia pura de nijamanchi le había hecho gran efecto, no le afectó en nada la tal noticia relativa al aparecido, y que el tal hubiese tomado la forma del ihuanchi: el genio negro de las selvas era su amigo y siempre se había portado benéfico en las numerosas guerras que había tenido; y así entendió que si el ihuanchi le había transformado en venado al aparecido, era justamente en castigo, porque sin duda era algún espía, algún enemigo suyo de Tungura, lo cual infundió mayor confianza en su poder, ya que ni la misma naturaleza con sus terremotos y sus huracanes había menoscabado su poderío.

Por otro lado, Tungura era tal por naturaleza, que no se amedrentaba fácilmente con estos cataclismos del globo terraqueo. El jefe de los moronas miraba estas cosas desde distinto punto de vista de Proaño, que así tenía de poeta como de filósofo; con todo, mucho se parecía a Tungura el Explorador, en esto de gozarse con estos espectáculos, aun cuando en ello corriera riesgo la vida. Y así Tungura reflexionó que su castillo recién caído podía fácilmente reconstruirlo con sus numerosísimos, y que la mayor y más nueva de sus fortalezas estaba en pie. Y sobre todo pensó en que Mashu estaba bien muerto, y que una vez muerto tan poderoso rival no había sombras para su gloria. Pen-

samientos optimistas a donde le llevó el mucho nijamanchi que había tomado.

Y así, sin hacer caso de los comentarios de mal agüero que todos hacían, y alentado más bien por el coro, que ya se había restablecido, y que cantaba:

*Poder de Tungura
más fuerte que todo,
que los terremotos
y los huracanes.*

Y otros versos en honor de Tungura; se entró a la sala seguido de su numeroso cortejo que hacía grande algazara; todos los cuales, después de girar en torno de los prisioneros lanza en mano y con aire amenazante, y haciendo Tungura con su amplio y cavernoso pecho, mientras se encaminaba a la chicha, un ruido subterráneo que invitaba a maravilla el feo zumbido de la tierra durante el terremoto, imitación tan fuerte y cavernosa que Proaño sintió bajo sus pies bajo la tierra. Y así se estaban todos con aspectos marciales y feroces, hartándose de chicha, entre muchos sonidos de tandaras y tambores.

Como desde antes habían tomado en mucha cantidad tan fuerte bebida, el efecto que en ellos produjo la que siguieron bebiendo fue para muchos uno como narcótico, cosa de quedarse profundamente dormidos, unos en las peakas y otros en el suelo.

En eso vinieron Kapa y los demás comisionados, con las víboras con que debían flagelar a los prisioneros, antes de matarles.

Es indescriptible el entusiasmo que causó a los salvajes la vista de aquellas víboras, tan finas como las había pedido el brujo, y tan largas que bien podían envolverse en los cuerpos de las víctimas.

Y en ese momento mismo en que la algazara de todos era grande, y en que en su entusiasmo, imitaban todos el feo silbido de las serpientes; en ese momento, digo, el coro, que hasta aquí se había limitado a recordar las hazañas de Tungura y a ensalsar su poderío; ahora, cual río violento que al chocar contra una peña plantada al paso, cambia bruscamente de curso, hirviendo y rugiendo con furia, así, el coro tomó desde ese momento una actitud sombría y terrible, y comenzó la Ujaja con estos versos:

*Soy terremoto,
soy huracán,*

soy el silbido
de la serpiente.
Como los vientos
como los truenos
así mi pecho
furioso está.
Luego, aproximándose la Ujaja a Proaño, siguió cantando:
Venid guerreros
los matadores,
con muchas lanzas
venid aquí.

Mientras el coro de mujeres seguía cantando lo que la Ujaja cantaba balanceándose cadenciosamente en una sola hilera; los guerreros, dirigidos por el Huéa, a la voz de la Ujaja, se vinieron lanza en mano, después de devorarse las últimas piningas de nijamanchi, y se pusieron a girar pesadamente en torno de los prisioneros, a quienes, mientras así giraban, les dirigían insultos tales, que para los oídos delicados de Proaño más que terribles eran repugnantes.

Y entonces la Ujaja siguió cantando:
Vengüemos, vengüemos
las muertes que hicieron
Proaño y los suyos
en nuestros guerreros.
En la mansión negra
dó habita el ihuanchi
tormentos sin fin
están padeciendo.
Tándo y Chinganáza
Nánki y Angutzéra
y el gentil Yahuára
hijo predilecto
del gran Tihuiruma;
Charúpe y Mashánda
y más aún que todos
el gran Mashingáshi
de todos los héroes
el de mayor fama

*que tuvo Tungura,
héroe sin segundo
que en temprana muerte
cayó para siempre
bajo el rudo golpe
del feroz Proaño.
Todos estos héroes
que han desaparecido,
tormentos sin fin
están padeciendo
en la mansión negra,
mientras vivo se halle
su cruel matador
el feroz Proaño.
Fuego del ihuanchi,
fuego de venganza
me queman las venas
me quema la sangre.
La rabia me abraza!
Giremos giremos,
matemos, matemos
a los prisioneros.*

Y mientras así cantaba el coro, los guerreros giran fieramente en torno de los prisioneros lanzándoles horrendas imprecaciones, en seguida de lo cual aullaban como lobos.

—Felizmente la hora se acerca— dijo Proaño. Antes la muerte que oír tanta cosa nauseabunda de boca de estos salvajes. Marcial no contestó palabra, porque no tenía ánimo de hablar.

*Ujaja:
La tzantza de Herrera
la tzantza empuñad,
que es el gran trofeo
de nuestras victorias.*

Saca del suelo el sacerdote la lanza que estaba plantada allí, con la cabeza de Herrera en la punta, y se la entrega a Tungura, el cual sigue girando al frente del coro de guerreros:

*Ujaja:
La tzantza de Herrera
levantádla en alto
en la lanza invicta
del fiero Tungura.
Que vea Proaño,
que vea Noguera
que así reducidas serán sus cabezas.*

Venganza venganza! Um um um..., dicen los guerreros mientras giran y van dando golpes con sus lanzas a los prisioneros.

*Ujaja:
Así, así
bravos guerreros
así girad
así apuntad.
Estoy impaciente,
estoy violenta;
la rabia me abraza
ihuanchi está en mí.
Dulce es la venganza!'
Pero aún es más dulce
la sangre vertida
del feroz Proaño.
Llegó el instante
de descender
al trono horrendo
del fiero ihuanchi.
Y allí sus voces
voces horrendas
como los truenos
retumbarán.
Así girad*

*así apuntad,
locos danzad
locos girad.*

Proaño Proaño! Tzantza tzantza! Venganza Venganza! Um um um –decían los guerreros con ojos ebrios y sanguíneos, entre el ruido de tambores que tocaban los muchachos, y el aullar de los perros.

Los guerreros entonces, ebrios como están, giran en torno de Proaño y de Noguera, como he dicho, y mientras giran van diciendo: Matemos, matemos! Giremos, giremos! Venganza, venganza! Um um um.

Ese um um um no es tanto como el que hace Tungura al imitar el zumbido de la tierra, pero mucho se lo parece.

Uja:
Salvemos salvemos
esas tristes almas,
salvemos matando
a sus matadores.
Ihuanchi lo quiere,
ihuanchi lo ordena.
Matemos, matemos,
los muertos salvemos.
Mientras no matemos
la sed de venganza
nos consumirá.

Guerreros:
A matar, a matar! Venganza, venganza! Sangre, sangre! Um um um.

Y mientras así giraban ebrios, se desprendían ya unos ya otros del círculo para ir a hartarse de más chicha y volver a girar con más rabia, con mayores blasfemias contra Proaño, y con más abultado vientre.

Uja:
Hombres y mujeres
y los matadores,
todos a girar,
todos a matar.

Ambos círculos, tanto el coro de mujeres como los guerreros, hechan a girar cada vez con mayor rapidez.

*Ujaja:
Bailemos, bailemos
con frenesí,
que ya siento el fuego
fuego de venganza
dentro de mí.*

Y mientras los guerreros en este loco girar imitaban las voces de osos y de monos, Tungura zumbaba funestamente, como la tierra había zumbado durante el cataclismo.

Y como viese la Ujaja que los jívaros estaban bien ebrios y que en ese su girar haciendo voces de fieras, tanto estropeaban a los prisioneros con sus lanzas, que podían dejarlos muertos, y como quería que las ceremonias fueran en orden, cantó luego lo siguiente, seguida del coro:

*Primero al ihuanchi
hombres y mujeres
todos es preciso
que le obedescáis.
Antes de matar
a los prisioneros
primero con sierpes
su cuerpo azotad.*

A estas palabras de la Ujaja todos los guerreros dieron horrendos silbidos de serpientes.

Y siguió la corifea cantando la siguiente:

*En tanto los unos
flagelan con sierpes
los otros afuera
los cerdos matad.
Matad muchos cerdos
para celebrar
las tzantzas que presto
vamos a labrar.*

A estas palabras de la Ujaja salieron al patio, haciendo voces de monos, de osos, y gruñendo como cerdos, muchos salvajes a la matanza de puercos, en medio de danzas, para lo cual tenían ya bien dispuesto en torno de la casa grandes parrillas de palos donde chamuscarlos.

Una de esas parrillas se hallaba entre la puerta de las mujeres y un rancho grande pero bajo que servía como de guardaropa de la real casa, pero que por ahora servía también como de parque, por cuanto, por dar espacio a los huéspedes, allí habían trasladado mientras durase la fiesta, las municiones de guerra. De suerte que allí estaban no solamente los numerosos tarachis, los itipis, tahuazas, tendemas, huahuos y más adornos de alas de cocuyo y moscardones, y numerosos cascabeles vegetales, y mucho kopal para el alumbrado, así como estorake y chikahuiña, que son el incienso de los jívaros, como también numerosos puros llenos de lana de ceibo para las saetas de las cerbatanas y tondas con flechas, y tambores, flautas y tandaras, y bolsas de chambira y de pieles de mono, de tigre y de león, y muchas otras cosas de lo más curioso, y gran parte de pólvora y escopetas de lo que habían traído de Iquitos. Digo gran parte, porque lo demás, casi todo el parque estaba en la atalaya, bien asegurado. En una palabra estaba allí toda la riqueza de la real familia de Tungura.

Mientras tanto la corifea cantaba lo siguiente:

*Antes de matarles
a los prisioneros
primero con sierpes
su cuerpo azotad.
Primero a Noguera
antes que a Proaño
su cuerpo envolved
con fieras serpientes.
Y antes de azotarle
despojadle el cuerpo
de todo vestido
menos el itipi.*

Los macabeos que tan amigos son de imitar a los jívaros en sus costumbres, más que a los civilizados, suelen ponerse sobre los pantaloes o calzoncillos el itipi de los jívaros. Y así estaba esta vez Marcial Noguera, a quien en consecuencia, en obediencia de lo mandado por el coro, le despojaron de

sus vestidos y le dejaron desnudo, con sólo el itipi que le cubría de la cintura a los muslo.

Y mientras así le desnudaban a Noguera y le ataban más, con los brazos para atrás, cantó en el bosque funestamente una ave que llaman tukúno, ave nocturna que para los jívaros es de más mal agüero que el mismo makándua. Este canto del tukuno desconcertó algún tanto al coro, el cual entonces cantó:

*Ave nocturna
de mal agüero,
césa en tu canto,
húye de aquí.
Y luego siguió la Ujaja:
Sobre el tukúno
está el ihuanchi
el genio negro
de nuestras selvas.
Y aunque el tukúno
quiera turvarnos,
todo es en vano,
nada podrá.*

A este tiempo se oyen los últimos chillidos de los puercos que estaban ahorcando, a los cuales sigue el aullido de los perros, y las voces roncadas de los salvajes que giran afuera en torno de las hogueras.

*Ujaja:
Seguid guerreros
vuestra misión
venid con sierpes
a flagelar.*

Cuando cantó esto el coro, entonces vinieron Zápa y los demás con sendas víboras sujetas por la cabeza, cuyo cuerpo se les envolvía en el de los salvajes. Y una vez allí echaron a girar en torno de Noguera lanzando contra él las más terribles imprecaciones y silbando como serpientes. El infeliz Noguera, en su desesperación llevaba la cabeza a un lado y a otro, y se torcía fuertemente haciendo esfuerzos por desprenderse de allí.

—Valor Noguera! valor gran macabeo!— le dijo Proaño, que estaba nervioso en extremo, horrorizado de oír esas voces inmundas de los salvajes, y de ver como las víboras se le envolvían en el cuerpo, o por mejor decir las envolvían de propósito en el cuerpo, en los brazos, en las piernas y por el cuello al infeliz Noguera. Y este horror le subió de punto a Proaño, cuando al tornear un salvaje una de las víboras le llegó al cuello y sintió en su cuerpo ese hielo horrendo del reptil.

Y la Ujaja seguía:

*Los cerdos mueren,
los perros aullan
suena el chasquido
de las serpientes.
Seguid seguid,
girad girad,
y al macabeo
así azotad.*

Y mientras así giraban los únos, atormentando horriblemente al infeliz Noguera; los ótros, en círculo más grande, con Tungura a la cabeza, giraban, unas veces en sentido opuesto a los anteriores, y el hercúleo y pesado Tungura daba al andar pasos tan fuertes que hacía mover el suelo. Otras veces en vez de girar como los flageladores, simulaban recios combates entre sí, en que imitaban las roncadas voces de las fieras, y en que Tungura parecía dominarles a todos con sus bramidos de león. Y a todo esto, los numerosos perros aullaban tristemente, y los danzadores de afuera, a su vez, en su rápido girar en torno de las llamas, imitaban también con sus feas voces a todas las fieras de la selva, inclusive el silbido de la serpiente.

Y el coro no cesaba en su horrendo cantar:

*Un rato más,
tan sólo un rato,
junto a Noguera
todos seguid.
Después de un rato,
junto a Proaño,
al asesino
luego pasad.*

*Y así al Proaño,
 como al Noguera,
 desnudo el cuerpo
 así dejad.
 Con nuevas lianas
 brazos y piernas
 así a Proaño
 bien sujetad.
 Para Proaño
 vengan las sierpes
 que reservadas
 están allí.
 Son las más fieras,
 las que en su cola
 veneno tienen
 y cascabel.
 Ya flagelados
 ambos verdugos
 con las serpientes
 la muerte dad.
 Metédlas vivas
 en las orejas
 por las cabezas
 y así matad.
 Me quema la sangre,
 me queman las venas,
 la rabia me abraza
 ihuanchi está en mí.
 Seguid seguid
 girad, girad
 chil chal chil chal
 y así azotad.*

En esos momentos supremos que se le aproximaba a Proaño, la Ujaja parecía una poseída, y el coro parecía una marea en creciente; los azotadores giraban fieramente en torno de Noguera, escupiéndole al paso en el cuerpo y en la cara y lanzando las más deshonestas imprecaciones.

Los del círculo mayor, en que estaban Tungura, Huashikáta, Tzetzéma, Mazúnga y otros, giraban también a su vez; giraban y combatían horriblemente, haciendo los unos voces de osos y de tigres, de monos y jabalíes, mientras Tungura hacía estremecer la tierra con su feo zumbido.

Y así estaban ese rato, en esa como infernal loquera, cuando de pronto se vio en la sala medio oscura el resplandor de muchas llamas venido del lado de la puerta de las mujeres. Al mismo tiempo que el resplandor se oyeron agudas voces de las jivarías que salían afuera dando gritos. Los salvajes que danzaban tanto adentro como afuera, al oír que las mujeres pedían socorro, volaron también en dirección del lado de las llamas. En vano la Ujaja, que no cesaba de balancearse cadenciosamente, trató de contener a los del coro, en vano, porque también ellas volaron. Hasta que, viéndose sola, que en vano bailaba y en vano cantaba, pues no tenía quien le respondiera, y al ver que los gritos de las mujeres eran cada vez mayores y que las llamas aumentaban, ella salió también.

Capítulo XXI

LA CAÍDA DE TUNGURA

Qué pasaba?

Imposible explicar las mil contradictorias impresiones que experimentó Proaño ese momento, y esa su curiosidad vehemente por saber lo que pasaba; curiosidad que se hizo más viva aún al sentir que hasta los que cuidaban a Etza atada a su peaka tras los biombos de guadua, hasta ellos abandonaron su guardia y salieron furiosos, según pudo adivinar.

En vano le preguntó a su compañero: el pobre Noguera, con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo, con ojos llenos de angustia veía para afuera, quizá sin darse cuenta de lo que ocurría, pero no podía hablar. Yerto como un cadáver, aunque estaba vivo y aunque pestañaba, no podía hablar.

Qué pasaba?

Por lo pronto fué un alivio para Proaño verse libre de esas bocas inmundas y de esas danzas macabras. Pero, lo que sucedía, era acaso algo que pudiera favorecerle o algo que pudiera talvez empeorar su situación, si empeorar cabía? Esa misma atroz incertidumbre fue para Proaño una nueva tortura añadida a las que estaba padeciendo.

Pero, su estupor fue grande y mayor aún su consuelo, al ver entrar como vio, por la puerta de los hombres opuesta a la bulla, y por donde no había gente, a Eduardo, hermano de Nanto, cuchillo en mano, y al tiempo que le cortaba precipitadamente las ataduras, le dijo con voz jadeante: "Blanco, estamos salvados! Mashu, Changachangasa y Pedro Carvajal aquí... Acaban de prender el parque de los jívaros con flechas de colas de fuego, y solo esperan verles libres a ustedes y que empuñen sus lanzas, para acometer a estos salvajes".

La rapidez con que Eduardo hizo las cosas fue tal, que, no acabó de decir las anteriores palabras, cuando ya estaban rotas las ligaduras de los dos. Noguera se vino al suelo: no tenía fuerzas. Proaño entonces con los dientes bien cerrados y apretados puños, aunque con apagada voz de temor de ser oído, le tachó de cobarde y le dio tal reto que fue para Noguera uno como eficaz reactivo, cosa de sentirse con fuerzas y ponerse al punto de pie.

Entonces el Explorador, sin turbarse y con esa serenidad que le era peculiar en las más críticas situaciones, le dijo a Noguera: "Empuña tú la mejor lanza, que yo para mí tomo esa escopeta de Tungura, y Ud. –le dijo a Eduardo– recoja todas las lanzas de los jívaros que duermen y entregue a los compañeros".

Todo esto fue cosa de instantes.

Etza en su prisión, atada en su peaka, hallábase angustiada sin poder salir, y aunque daba voces, ellas se perdían entre los agudos gritos de las mujeres, las voces roncadas de los hombres que en vano trataban de sofocar el incendio, y los aullidos de los numerosos perros. El Explorador, lo primero que hizo fue dirigirse a Etza, a cortarle las ligaduras con la cuchilla de Eduardo. La sorpresa que Etza recibió al ver a Proaño allí fue indescriptible. Placer... terror... Proaño, nervioso en extremo, la abrazó, la besó en la frente y le cortó las ligaduras.

La inteligente Etza comprendió al punto el peligro inminente que corría la vida de su padre, y más aún al oír como oyó en ese instante la explosión que hizo la pólvora del parque, que no habían podido salvar. Y, en su violencia y temor, se puso en pie y quiso salir a la defensa de su padre; pero el sagaz Explorador que comprendió el pensamiento de Etza, le dio a entender con señas, porque jívaro no sabía, que no temiese por su padre, que él haría lo posible por salvarlo; en que en sus adentros temía no poder alcanzarlo, por cuanto conocía cuanta era la venganza de su enemigo Mashu, que no querría perder de llevarse consigo tan glorioso trofeo, cual era la cabeza de Tungura.

No acabó Proaño de pronunciar estas palabras cuando sonaron los primeros tiros acompañados de gritos horribles de los asaltantes, quienes, mientras unos daban fuego con sus escopetas, y otros lanzaban sus certeras flechas envenenadas, los demás acometieron con sus lanzas con ímpetus de fieras, con Mashu, Changachangasa y Pedro Carvajal a la cabeza.

Mashu! Mashu!– exclamaron aterrados todos al verle. El pánico que se apoderó de las mujeres ante este ataque tan inesperado como violento fue tal, sobre todo cuando vieron a Mashu, que huyeron despavoridas por el bosque, dando agudísimos gritos. Los mismos hombres, al ver a Mashu, huyeron muchos, pues que se imaginaron un aparecido, puesto que le habían tenido por bien muerto. Sin duda, era el mismo ihuanchi el que estaba al lado de los asaltantes, y que por eso le había resucitado al más poderoso rival de Tungura, o que había tomado su apariencia para hacerles daño; y así, mas que por cobardes huyeron por superticiosos. De suerte que, la lucha vino a ser desigual con los pocos que quedaron, quienes sobre ser pocos estaban ebrios en extremo y

aún no acababan de salir del estupor que les causó el asalto, y más todavía cuando vieron a Mashu. Con todo, Huashikáta, Tzetzéma y Mazunga se portaron valientes. Marcial Noguera reaccionó bien pronto, y, tanto vigor cobró, que no lo había sentido en los días de su vida, y así, en un Jesús atravesó con su lanza a dos jívaros que cayeron al suelo dando gritos de dolor y de coraje, gritos que se confundían con los demás de los que caían asimismo heridos. Pero, nada más terrible ni más digno de admiración como esa lucha desigual que Tungura estaba sosteniendo con los tres más formidables adversarios: Mashu, Changachangasa y Pedro Carvajal. Mashu y Carvajal pequeños, pero rechonchos y bien fornidos, y Changachangasa casi tan alto y casi tan grueso como Tungura. Y este formidable jefe de los moronas, al medio de los tres, acometido como león en todas direcciones y vatiéndose como tal, con su cabellera descompuesta y su bramar que conmovía la selva. La ansiedad de Proaño al ver aquella lucha era grande; quería salir a ayudar a los tres y acabar de vencer a Tungura; pero, se le planta Etza en la puerta, y con un rendimiento a que no había estado acostumbrada le pedía no saliese. Proaño no sabía a qué atribuir esta actitud de Etza: si era por defender a su padre, contra quien quería salir, o si por guardar su propia vida, de lo que repetidas pruebas le había dado, o si ambas cosas a la vez. Una y otra razón eran para el poderosas para tener miramientos por ella; con todo hacía esfuerzos por salir, pero, Etza le cogió fuertemente por las muñecas, y con la cabeza para atrás y medio arrodillada: "Proaño! Proaño..." le decía. Era la única palabra que en castellano podía pronunciar. Diríase que era una creyente al pie de una imagen, que así imploraba misericordia. De seguro que jamás la soberbia jívara se había rendido tanto, y menos una Etza... Nada más angustioso para Proaño que permanecer así en esa inacción estéril, mientras, al siniestro resplandor de las llamas, veía batirse fieramente ese león de las selvas, acometido por tres fieras que no eran poderosas a matarle! Nada más angustioso... Es que Proaño tenía tantos miramientos por Etza que no se atrevía a atropellarla, no obstante que con ello exponía su vida dado que era seguro que vencedor Tungura su suerte empeoraba aún más que antes. Pero Proaño era así... Cuando, en eso vio Proaño con júbilo que mientras Tungura así combatía y así resistía, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, y dando saltos ya a la derecha ya a la izquierda, llevando la vista a todos lados, entre fieros rugidos; Mashu aprovechándose hábilmente de que Tungura estaba acometiendo a los demás, le dió una lanzada en la muñeca de la diestra con que manejaba la lanza. Esta acción de Mashu era tanto más que admirar, cuanto que ya estaba malamente herido por Tungura. El jefe de los moronas, al verse así herido, tan te-

rriblemente rugió que les hizo temblar a sus adversarios. Pero al punto le acometieron con mayor violencia; y así Tungura, que ya no combatía sino con la izquierda, no pudo defenderse con el ímpetu que antes. Al mismo tiempo Mashu, tratando de desarmarle le agarró de la lanza, de lo cual se aprovecharon los otros dos para apoderarse como se apoderaron de su cuerpo indefenso; acción que hizo lanzar gritos de placer a los demás jívaros y macabeos que combatían con Mashu, mientras infundió pánico en los soldados de Tungura. En este instante Etza y Proaño comprendieron el peligro que la vida de Tungura corría, entonces Etza le suelta y Proaño vuela al campo de los combatientes, y alcanza a parar el golpe de la lanza con que Mashu iba a pasarle a Tungura por el pecho. Púsose Mashu furioso contra Proaño, que así le privaba de la gloria de ser el primero en atravesarle con su lanza al famoso jefe de los moronas, con lo cual le privaba a la vez de ser el primero en celebrar la *tzantza* de Tungura, en la más solemne y magnífica de las fiestas que jamás se vieron en el desierto. Pero, Proaño, que conocía el espíritu de los jívaros, al punto le hizo decir con Carvajal estas breves palabras: "Valiente Mashu, jefe de los *makummas* y los moronas! La cabeza de Tungura es tuya y tú serás el primero en celebrar la gran fiesta. Pero, preciso es llevarlo vivo a Macas, a fin de decapitarlo allí, en la plaza pública, proclamando en alto jívaros y macabeos la soberanía de Mashu sobre todas las *jivarías* del desierto.

Mashu tenía alta idea de Proaño. Además, a los macabeos les consideraba mucho, y no se le ignoraba esa especie de adoración que los macabeos le tenían a Proaño. Por otro lado, su soberbia era satánica, y se lisonjeaba con la idea de ser proclamado en la plaza de Macas como el jefe de los jefes del desierto. Y así, por lo pronto se contuvo. Pero siguió siempre con la lanza en prevención, ansioso de pasarle con ella al jefe de los moronas. Entonces Pedro Carvajal por su parte le habló también a Mashu en el mismo sentido. Changachangasa que estaba envidioso de las palabras de Proaño en favor de Mashu y a quien no le gustaba que fuera el jefe de los *makumas* el primero en pasar con su lanza a tan gran capitán como Tungura; apoyó a su vez a Proaño y a Carvajal, Mashu entonces, a la voz de Changachangasa, a quien tanto consideraba, y cuya alianza tanto le había favorecido: "Bravo Changachangasa! –le dijo– Por tí le dejo con vida a este cobarde! Pero, una vez en Macas, quiero ser yo el primero en pasarle con mi lanza".

Inútil es decir que con la caída de Tungura cayeron todos los combatientes. Solo Huashikáta y Tzetzéma siguieron luchando valerosamente, y para darse por vencidos lograron dar muerte al famoso jefe de los *yaupis*, a Huishihuishi, uno de los más valientes capitanes de Changachangasa.

Etza al ver salvo a su padre gracias a Proaño, trató de fugar. Pero, su venganza con la Kanakúchi y con Magaldi fue tal, que no quiso poner a salvo su persona, sin antes castigar debidamente a esos infames, que tanta desgracia le habían acarreado a Proaño y a ella. Por fortuna para Etza, tanto había bebido Magaldi que aún dormía, a pesar de tanta bulla que había despertado a la mayor parte de los que allí dormían. Y así mientras los vencedores se entretenían afuera en decapitar a los muertos, Etza le ató a Magaldi fuertemente las manos con bejucos, y una vez atado, le introdujo en la boca harto estiercol de puerco. En ese momento, Magaldi despertó asustado, y se horrorizó al ver esa cara airada de Etza que con un palo le encajaba la majada procurando hacerle tragar. Luego le llevó a la orilla de la peña; allí le ató los pies, los cuales los ató contra las manos, y así atado como borrego y con harto estiercol en la boca le echó al río peña abajo, lo cual asustó a los centinelas, que para evitar la fuga había dejado Mashu a las orillas de los ríos; susto que les provino de creer que era el enemigo quien venía sobre ellos, contra quien mandaron saetas que casi llegan a Etza. Con la Kanakuchi quiso Etza hacer lo propio que con Magaldi, pero no pudo, porque no asomaba por más que la buscó. Se prometió eso sí hacerlo tan pronto como le encontrara, cualquiera que fuera la suerte de Etza, como en efecto lo hizo más tarde en la próxima ocasión.

Una vez castigado así el brujo Magaldi, Etza trató de fugar; pero Mashu que todo lo había previsto, no sólo puso centinelas por los dos ríos, sino que a cierta distancia de la fortaleza de Tungura, unió los dos ríos con un cordón de gente, con sus flechas listas a disparar sobre el enemigo que por ahí se presentara. Y así Etza fue a caer mansamente en poder del enemigo, como habían ido a caer otros desgraciados que como Etza habían fugado, los cuales por cierto no corrieron igual suerte, porque si a Etza se limitaron a tomarla prisionera, a los otros los iban matando y decapitando, para llevar sus cabezas como trofeos de guerra.

Vencido Tungura; Mashu, Changachangasa, Pajánaka, Yuma, Sapábara y los demás vencedores, sólo se ocuparon entre horrendos gritos en cortar cabezas a los numerosos muertos que quedaron en el campo del combate, cosa que dejó hacer Proaño, por mucho que le horrorizaba, como único medio de saciarles de algún modo esa sed de sangre que tenían. Tan ciega era la venganza de Mashu contra sus enemigos muertos y con los heridos que tan feamente gritaban, que no pensó en ellos y no en Etza todavía. Proaño hizo lo posible por salvar con su gente a los heridos, a quienes trataban de consumir. Salvó a muchos, pero no pudo salvar a todos. Y era horrendo ver cómo los deca-

pitaban, y cómo se bebían de esa sangre! Luego, con las cabezas levantadas, se pusieron a girar en torno de los decapitados, entonando el horrendo himno del brujo, que como pesadilla le recordó escenas pasadas semejantes. Y mientras así cantaban y así giraban, dirigían feos insultos a las cabezas y les daban de golpes, cual si aún fueran susceptibles de oír y de sentir. Hartos ya de sangre entró Mashu a la sala, en busca de Etza; y al entrar allí hirió sus oídos el lloro de una criatura que estaba en la hamaca. Mashu entonces se dirigió a aquella criatura a pasarla con su lanza; pero Proaño alcanzó a abrazarla e impedir se consumara tan feroz asesinato. En eso, le condujeron a su presencia a Etza que venía prisionera, junto con otras mujeres entre las que se hallaba la bella Samarinda, una de las mujeres de Tungura. Le gustó a Proaño esa arrogancia de Etza, a pesar de hallarse en manos de Mashu. Al verla el jefe de los makummas, que ya la consideraba su esposa, hechó a bailar en aire de triunfo en torno de ella, con todos los suyos, menos Changachangasa que hizo el desentendido. Etza, erguida allí, con los brazos cruzados y el rostro sañudo, parecía la diosa del desierto a quien estaban rindiendo culto los salvajes.

Así pasaron toda la noche en bailes y bebidas, aprovechándose del mucho nijamanchi que habían dejado los vencidos. Al día siguiente, como las canoas de Tungura no alcanzaban para todos, hicieron balsas, y en unas y otras embarcaciones tomaron río arriba del Kusuimi. Tomaron este río, por ser el que conducía directamente a Macas; que ir por el Makumma, hubiera sido dar una vuelta interminable.

Como Mashu y Changachangasa habían tenido escalonada su gente, en la confluencia del Kusuimi con el Kangaymi, se les aumentó la flota. Allí pernoctaron así mismo casi sin dormir, porque toda la noche celebraron la victoria, con danzas y cantos siniestros. Al otro día dejaron el Kangaymi a su derecha y siguieron surcando el Kusuimi. En todo el viaje Etza procuraba no apartarse de Proaño, pues no tenía otro refugio para ella y para su padre, en esa su invencible repugnancia a Mashu.

Cuando ya estaba cerca de la confluencia del kusuimi con el Kayamasa, Mashu se adelantó a los demás, llevándose consigo a dos de las prisioneras: la Ambama y la Chingúni. Proaño ignoraba con que objeto se había adelantado Mashu, y casi no reparó en ello. Pero, su horror fue grande cuando al llegar a Puimi-jea alcanzó a oír agudos gritos de mujeres. Apresuró el paso, pero sólo alcanzó a presenciar, más no a impedir el deguello de las dos prisioneras. Y lo que más le horrorizó no fue tanto la muerte de las infelices, cuanto el hecho de hacerle dar muerte con los hijos de Puimi, justamente con los más pequeños, sin duda para acostumbrarles desde tan tierna edad a tan sangrientas es-

cenas. Cuando Proaño llegó, ya la una estaba muerta y la otra agonizante. Proaño comprendió la malicia de Mashu al haberse adelantado de él para tan horrendo acto, pues sabía que Proaño no le hubiera permitido llevar a cabo tal cosa.

Es indescriptible el júbilo que hombres y mujeres experimentaron en Puími-jea, a la entrada de prisioneros y vencedores, y más todavía cuando vieron a Tungura y Etza. Y como los prisioneros iban atravesando el patio unos tras otros, todos iban exclamando llenos de entusiasmo, al ver que los mejores jefes habían caído: Huashikáta!... Tzetzéma!... Huangutzára!... Pueaza!... Chupianza!... Huambangui!...

Allí se detuvieron en Puími-jea, para reducir a tzantzas en las orillas del Kayamasa y del Jusuimi las cabezas que traían; las cuales ya de antemano las habían hecho hervir, a fin de evitar la putrefacción.

Era curioso ver como los jívaros que fabricaban las tzantzas nada de lo que comían y bebían cogían con las manos; pues para tomar la chicha, por ejemplo, se valían de sus mujeres, quienes les ponían en la boca la pininga; y para comer yuca y plátano cogían la comida con la punta de una saeta, con lo cual evitaban todo contacto de su cuerpo con los alimentos. Y esta abstinencia debía durar ocho días, según le dijeron los macabeos.

Por supuesto que la fabricación de las tzantzas vino después de las largas conversaciones ceremoniales con Puími y más capitanes, como Tzéro, como Chupi, Ayúyi, Huambáchi, Huachapára.

Jamás presenciaron las selvas conversaciones guerreras ni más acaloradas ni más imponentes que las que oyeron ese día en las riveras del Kayamaza y el Kusuimi. Conversaciones en extremo hirientes, en extremo humillantes para el soberbio Tungura que, como todos los prisioneros, venía amarrado e impotente.

Toda la noche bebieron nijamanchi y bailaron con tambores y flautas en torno de las tzantzas, en presencia de los prisioneros. Y después de este baile general, venían los matadores, y cada cual bailaba con sus mujeres e hijos en torno de su tzantza respectiva. Y mientras así bailaban y así giraban, todos le dirigían insultos soeces a la cabeza y le daban de golpes como si pudiera sentir. Una mujer de esas llevaba una criatura de pechos, y como no podía hacer tal criatura por si tales ceremonias, la madre se encargó de ello; cogió la mano del niño y con ella le dio de golpes a la cabeza, al tiempo que le insultaba en nombre de su hijo que no pensaba sino en mamar. Después de aquellas ceremonias lavaron las tzantzas por dentro y por fuera, y de esas aguas dieron a tomar a todos los concurrentes, menos a los prisioneros y a los blan-

cos. Unos realmente tomaban de aquellas aguas, pero otros solo llegaban la pininga a los labios, por mera ceremonia.

Después le pusieron a entonar himnos en honor de Etza y de Mashu, en medio de mucho nijamanchi. Para lo cual formaron una sola cadena hombres y mujeres, dirigidos todos por una Ujaja, la vieja Kurúma.

Ujaja:

Gentil Tzapíkia

mujer de Mashu,

dios del Makumma

y del Morona.

Canto que le hizo rugir de rabia a Tungura.

También Changachangasa, que ya desde antes venía celoso de las glorias de Mashu, experimentó gran contrariedad a estas palabras de la vieja Kurúma. Pero supo disimular.

Ujaja:

Feliz Tzapíkia

que por esposa

el bravo Mashu

recibirá.

Y ella la chacra

con Zamarínda,

y Chigamáya,

allá se irá.

Y con el Núzi

y la Zapára

y la Makáto

siempre se irá.

Y con sus manos

de blanca yuca

el nijamanchi

preparará.

Y con sus manos

a su marido

la blanca chicha

le servirá.

*Y con la Arúza
y Pinchimáma
y con la Míka
y la Masúka
le servirá.
Y siempre la Etza
con las mujeres
del gran Tungura
al bravo Mashu
le servirá.
Y así al valiente
dios del Makumma,
jamás la yuca,
jamás la chicha
le faltará.*

A Etza le quemaban de ira las entrañas y tenía ansias de arrojarse de cabeza peña abajo, para no oír tantas barbaridades. Y así lo hubiera hecho si hubiera estado libre. Uno de los hijos de Tungura fue tal la rabia que tenía, que se despedazó la lengua con los dientes, cosa que le causó la muerte durante el viaje, porque no quiso ni curarse con la maykahua que le daban los macabeos.

La rabia de Tungura era mayor aún que la de su hijo; pero él supo contenerse. Por su parte Changachangasa con su gente se sentía herido de ver tantas manifestaciones sólo en favor de Mashu. Rivalidad que se exteriorizó por un momento cuando los guerreros danzadores, al contestar al coro proclamaban en alto al mayor de los guerreros del desierto. Entonces, mientras los unos exclamaron Mashu Mashu! Um um um... los otros, los kanusas, dijeron: Changachangasa, Changachangasa! Um um um.

Proaño que siempre tenía cuidado de hacerse traducir cuanto ocurría, llegó a darse cuenta de estas rivalidades, y concibió el propósito de sacar partido de ello, para lo que él se proponía.

Ni Etza ni Tungura querían comer ni beber nada, por más que se le ofrecían. Fue necesario que Proaño se interesase con mucho empeño, y que el con sus manos le sirviera para que le aceptase Etza, pero solo nijamanchi; que de comer nada quería. Etza por su parte le servía a Tungura con su mano y sólo así aceptaba el jefe de los moronas, y eso tan sólo nijamanchi, para no morir de hambre, porque en suicidio no pensaba sino sólo en alcanzar la libertad para matar a Mashu.

Cuando amaneció siguieron viaje siempre río arriba de Kusuimi, dejando a la izquierda al Kayamaza, y así siguieron hasta más arriba del Huambiza, afluente del Kusuimi por su izquierda, punto en que dejaron a su derecha las magníficas y atronadoras cascadas del Kusuimi, para tomar como tomaron por los cerros del Kutukú la línea más corta que conducía a Macas.

Cuando al día siguiente sobre tarde habían llegado a las cumbres del Kutukú, a unos bosques de cedros, Proaño, aunque era uno de los más sociales, solía buscar con frecuencia la soledad, para dar expansión a las intimidades de su pecho siempre revosante de sentimiento; aquella tarde, digo, en que no tuvo por que temer a las víboras, porque ya estaba muy alto, se apartó de los demás y mientras ellos se entretenían en fabricar ranchos y en prender fuego junto a cada rancho, Proaño tendió la vista por el vasto oriente, que cual océano se le extendía a sus pies. A la mañana siguiente seguiría viaje antes de amanecer, y era esta la última tarde que podía abarcar de una ojeada el extenso teatro de tantas y tantas escenas en el cual él había sido el primer actor... Se hallaba libre ya; pronto estaría en Macas, de donde alzaría el vuelo ya no a Quito, sino a extranjeras tierras, ya que en su patria sólo había cosechado amargos desengaños, y así pensaba ir a morir lejos de su tierra, donde por lo menos sabrían apreciar en lo que valía su obra de Explorador. Y por lo mismo era esta la última vez que dilataba sus miradas por esas selvas infinitas donde había dejado su alma... Y miró hacia el Chaymi, que ya se iba envolviendo en las sombras de la noche, y miró hacia el Morona... Y creía adivinar en qué derecho se hallaba la isla de Jangarana, y clavó allí la vista... Y así se dejó estar largo rato hasta que una lágrima candente rodó por sus mejillas. Sacó el pañuelo y lo llevó a los ojos, y así se dejó estar cubierto el rostro con el pañuelo, agobiada por una pesadumbre infinita, causada, tanto por el recuerdo del pasado, como esa su despedida eterna de ese momento, ya que su ánimo era como he dicho, no volver más al Oriente. Y así se dejó estar largo tiempo, y cuando alzó la cabeza ya era de noche.

Al día siguiente levantaron el campo antes de amanecer.

Proaño desde que estaba en la fortaleza de Tungura, en el Makumma había tenido cuidado de enviar al Achuara a dos emisarios, Eduardo y otro, a comunicar a Churubi que Tungura había caído en manos del jefe de los makummas, y que también Etza estaba en poder de Mashu... Y al mismo tiempo le hacía saber que él, en cuanto había estado de su parte, había tratado de proteger a Tungura y a Etza, y que así seguirá haciendo en lo posible; pero que por desgracia no podía responder del desenlace final, el cual estaba obscuro a sus ojos, por cuanto Mashu era en extremo violento y había, a la caída de Tun-

gura, alcanzado su poder una preponderancia extraordinaria sobre la mayor parte de las jivarías. Le decía también a Churubi, por medio de los emisarios, que por lo pronto, gracias a la sagacidad que había empleado, había conseguido evitar la muerte de Tungura y llevarlo vivo a Macas, y que en lo posible estaba protegiendo a Etza, hasta cuando él con su poderoso prestigio viniera a Macas a ver la manera de salvarla de las manos de Mashu, cosa por cierto que creía casi imposible, pero que era preciso procurar.

Capítulo XXII

EL DUELO – CONCLUSION

Mientras atravesaban el Kutukú y la gran Sevilla de Oro, Proaño iba pensando en el mensaje que había enviado a Churubi, de quien tenía seguridad de que al punto se vendría; e iba meditando en la manera de evitar la hecatombe que Mashu se prometía en llegando a Macas.

El gran problema consistía en no dejar herido a Mashu contra los blancos, porque podía su enojo constituir en adelante un serio peligro para la tranquilidad de los macabeos. Y en eso justamente estaba la dificultad, en salvar tantas vidas, sobre todo la de Tungura, y en salvar a Etza de sus garras, dejándole contento. Preocupación que subió de punto, en momentos en que iban a pasar el Upano, cuando numerosos macabeos de ambos sexos bajaban curiosos por las peñas de en frente a la playa, en ese momento, digo, le hizo decir Etza a Proaño que no la abandonara, que no se separase de su padre.

Etza nada temía contra sí, porque estaba resuelta a arrostrar la muerte cien veces, antes que entregarse a Mashu. Pero, temía por su padre; y por eso pidió la protección de Proaño.

Proaño le hizo decir que no temiese indiferencia de su parte; que sería la más negra de las ingratitudes ser indiferente con el padre de su protectora, de aquella que tan eficaz y generosamente había velado por su vida, y así le aseguró que le sería imposible abandonar ni a ella ni a su padre, precisamente en los momentos en que la suerte le deparaba la feliz ocasión de probarle su profundo reconocimiento a la vez que su honda simpatía.

En eso llegaron al Upano.

Como había llovido mucho esos días, y seguía lloviendo todavía, sobre todo por el lado del Sangay, el río había crecido bastante, y seguía creciendo cada vez más. Cuando el Upano crece así, esto es, cuando no crece tanto que cubre toda la playa en su anchura de diez a doce cuerdas, entonces el río suele dividirse en muchos brazos. Así estaba ahora. Pero entonces, jívaros y macabeos suelen elegir para pasarlo, los puntos por donde hay menos brazos, esto es por donde las aguas van más recogidas, aunque más caudalosas, por evitarse sobre todo la molestia de pasar muchos brazos. Así, en medio de esa co-

mo red de ríos que, espumosos y violentos, parecían cruzarse unos a otros, hubo un punto en donde el Upano sólo se dividía en tres brazos, de los cuales el primero podían pasarlo andando con el agua hasta la cintura; pero que los otros dos, eran tan caudalosos como impetuosos, y tenía cada cual muchos metros de profundidad y en su seno retumbaban los pedrones que arrastraban.

Pasaron pues el primer brazo con cierta dificultad. Pero, cuando estaban casi todos en una isla de muchas cuadras de extensión, y estaban ya los macabeos haciendo señas al otro lado, pidiendo a los que habían bajado de Macas las canoas para pasar; en ese momento vino tal creciente, arrastrando árboles y troncos, que los dos brazos que tenían que pasar se unieron y formaron uno sólo, y el brazo que habían pasado se tornó a su vez en un río caudaloso. Y esa creciente fue llevándose las canoas que habían estado listas para los recién venidos. De suerte que en un momento se vieron en verdaderos aprietos, con la grave expectativa de que si aumentaba un poco más la creciente, cubriría toda la isla, según que la invadió por todos lados y según que más de una vez había desaparecido bajo las grandes avenidas. Y entonces barrería con todos, vencedores y vencidos.

Hubo pues que esperar que los del lado de Macas trajesen canoas de largas distancias, que a falta de canoas suficientes construyesen balsas; y que a su vez los pocos compañeros que habían quedado a la orilla izquierda del río construyesen por su cuenta otras balsas, y que fuesen a pedir prestado a los jívaros de Yukípa sus piraguas.

En todo lo cual transcurrieron dos días, cosa que por cierto no disgustó a Proaño, que quería darse tiempo hasta que viniese Churúbi.

En ese intervalo, algunos macabeos que no quisieron perder tiempo, se propusieron beneficiar cera de laurel, aprovechándose de que muchos arbores de ese nombre que habían quedado en pie resistiendo a las avenidas, estaban cargados de sus preciosos frutos. Recogieron de esos granos en un canasto y los hicieron hervir en unas ollas que para el efecto compraron a unas jívaras compañeras suyas. Una vez bien hervidos esos granos, perforaron las ollas por el asiento, por donde comenzó a gotear la cera que fueron recibiendo en pilches, la cual en un principio era bien blanca, pero que después fue enturbiándose.

En esos dos días que pasaron en la isla, tampoco Proaño perdió tiempo. Y una de aquellas tardes en que Mashu dijo a los demás: "Jantzimati", esto es "bailemos", y se dieron a bailar en aquella isla en torno de las tzantzas que traían; Proaño, con el mayor disimulo, llamó aparte a Changachangasa, y, por

medio de Pedro Carvajal, le habló de esta manera: "Bravo Changachangasa! Mashu no hubiera podido triunfar de Tungura sin tu poderoso auxilio. Tungura te temía tanto y quizá más que a Mashu. Y con razón, porque no ignoraba que nada podía resistir al poder de tu brazo. Pero, ahora Mashu quiere llevarse todas las glorias para sí, y ser el primero en atravesar a Tungura con su lanza, en llegando a Macas. Y esto no es justo. Tanto derecho tienes tú como él. Y si él es tan poderoso como tú, por el número de sus soldados, en cambio cuerpo a cuerpo, tú eres más fuerte que Mashu. Y me duele ver que no seas tú el primero en matar a Tungura.

Y en diciendo esto se calló, en espera de su contestación, curioso como estaba el saber el efecto que sus palabras habían hecho en el soberbio jefe de los Makummas.

—Tienes razón, valiente jefe blanco— dijo Changachangasa—. Yo he luchado con tigres, he luchado con leones, y a todos he vencido. Y yo solo, sin el auxilio de nadie, podría vencer al mismo Tungura, que no sólo a Mashu.

En efecto era así.

Cierto que Mashu era más inteligente que Changachangasa; pero éste en cambio era más forzado que Mashu.

Aunque Changachangasa le habló así, con todo, lo que el quería decir era mucho más. Proaño sabía que la envidia era una de las pasiones dominantes en todos los jívaros, y que los celos entre jefes solían ser vehementes. Proaño no lo ignoraba, digo, y tanto más cuanto que, por las palabras de Changachangasa que acababa de escuchar, lo que desde antes venía observando, le mostraban a las claras las rivalidades del jefe de los kanusas contra Mashu.

Y este estado de ánimo de Changachangasa era preciso explotar en favor de Etza y su padre.

—Sí, tienes razón, bravo Changachangasa— le respondió Proaño— El que ha vencido a tigres y leones, puede vencer no sólo a Mashu sino al mismo Tungura. Por consiguiente es natural que tú te opongas a que sea Mashu el primero en pasar con su lanza a Tungura. El primero debe ser tú, puesto que eres el más fuerte.

—Tú tienes razón— dijo Changachangasa— Yo soy más fuerte que Mashu, y primero yo debo matarle a Tungura. Tienes razón valiente jefe blanco.

Y en diciendo esto se separó de Proaño sin duda con toda la resolución en su ánimo de oponerse a Mashu en sus pretenciones.

Cuando ya canoas y balsas estuvieron listas, pasaron el río. El astuto Mashu tuvo cuidado al pasarlo, de atar bien a Tungura y a Etza contra la balza, en la cual se embarcó él. Hízolo así Mashu, de temor de que los dos se arro-

jasen al río, ya por salvarse o ya por suicidarse, cosas ambas factibles en esos soberbios jívaros, lo que podría privarle a la vez del placer de tener a Etza por esposa, y sobre todo la gloria de celebrar la gran fiesta de la tzantzas con la cabeza de Tungura.

Cuando ya subían por los oscuros cacaotales que cubrían las altísimas peñas que iban a la playa de Macas, Proaño se aprovechó de una ocasión oportuna para hablar a solas con Mashu, a quien le dijo: "Me han dicho que tú no tienes muchas fuerzas; que mucho más fuerte que tú es Changachangasa. Yo les he hecho ver el absurdo de los que tal cosa afirmaban. Pero, para probarme que tú tenías menos fuerzas que Changachangasa, me dijeron: la prueba es que si los dos lucharan cuerpo a cuerpo, Changachangasa le aplastaría a Mashu, con sus manos de oso".

No acabó Proaño de decir estas últimas palabras, cuando Mashu bufó de coraje, y con hartazgo y desprecio de Changachangasa, dijo: "Si, Changachangasa ha vencido leones, porque no tiene más que fuerza; pero yo he vencido a hombres como Tungura, que a más de fuerzas tienen inteligencia. Al gran Tungura le engañó. Cuando me dió el flechazo, me caí al río de modo de hacerle creer que caía herido de muerte; y mientras él me buscaba río abajo, yo subía río arriba, por donde me oculté hasta que vino la noche; y, el resultado de ese engaño es tenerle en mis manos a Tungura. Pero no sólo a Tungura he vencido, he vencido a muchos otros que valen más que Changachangasa; vencí al terrible Mukúsa, y me apoderé del alto Makumma; vencí al famoso Chamira, y me apoderé del Shimbimi; vencí a los no menos famosos Estorake y Pajánaka, y me apoderé del Pangui y del Huahuaymi. Así mismo vencí al jefe de los kangaymis, Turúji. Y, cuanto al más bizarro capitán que ha tenido Tungura, el formidable Sérkama, jefe de los kusuimís; pues salí de mi casa con mi gente y con mis lanzas, y no volví sino pasadas nueve nantos, pero no sin traer conmigo la cabeza de Sérkama y de muchos otros guerreros. Y desde entonces el Kusuimi es mío. Ciertamente que Tungura antes de caer en mis manos tenía más gente y más territorios que yo; cierto también que en los muchos combates que tuve con él en esta última guerra, él me venció porque es muy astuto y muy valiente; pero, ahora está en mis manos... Pues si a Tungura vencí, me río de Changachangasa! Y, si hubiera ocasión para medir nuestras fuerzas, ya verías cual era el vencedor, y cómo le cortaba la cabeza!...

En esto llegaron a Macas, entre muchos repiques de campanas y delirantes vivas a Proaño, de parte de todo el pueblo que, mientras los recién venidos subían la cuesta, ellos se habían encaramado en las peñas y en los árboles para verlos subir; pero que ahora se reconcentraron todos a la plaza del

pueblo situada en una colina, donde esta la iglesia y el campanario, techados de hoja de palmera.

Como los macabeos que volvían de la campaña, en su deseo de dar mayor solemnidad a su triunfal entrada, trajeron consigo palmas de ramos, estaba en extremo pintoresca la plaza de Macas, rodeada de frondosos canelos, de magníficas palmeras, en las cuales se habían encaramado los muchachos. No solamente los numerosos jívaros y jívaras que acababan de llegar; no sólo Proaño y su gente, sino todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, todos se apiñaron en la plaza de Macas, curiosos de ver la entrada de los prisioneros amarrados. Sólo el mulato Aguilera y el supuesto doctor Facundo Vela, habían fugado a los cerros, temerosos de Proaño que volvía vencedor.

A los que más curiosidad tenían de conocer los macabeos, era a Tungura y a Etza, cuya fama, de poderoso el uno y de bella la otra, con tanta insistencia había repercutido en todos los oídos de la población.

En efecto, los macaneos, al conocer a Tungura, aunque estaba amarrada, involuntariamente retrocedían a la vista de aquel jívaro corpulento, de mirar soberano, que revelaba una soberbia tal que parecía desafiar a todos los elementos. Esos collares de colmillos de tigres y jabalíes, realzaba más aún esa su soberanía salvaje.

Y en cuanto a Etza, las mujeres sobre todo, involuntariamente llevaban admiradas la mano a la mejilla: "¡Qué alta, qué gruesa, qué linda, pero qué brava!" decían con los ojos clavados en ese airado rostro que tenía mucho de salvaje y de divino.

Pero mientras unas admiraban a los recién llegados, otras mujeres más compasivas, les trajeron chuya, y se la ofrecieron no solo a los vencedores sino también a los que estaban amarrados.

No pasaría una hora de llegados a Macas, y aún no se hartaban de mirar los numerosos curioso a los recién venidos, cuando Mashu, en su impaciencia por apoderarse cuanto antes de la cabeza de Tungura y de tomar a Etza por esposa, obedeciendo al incontenible impulso de su indómita naturaleza, y lanza en mano, se puso a girar en torno de Tungura, pronunciando a la vez con voz como de osos ciertas palabras que Proaño no pudo entender. Y a Mashu siguió su gente, inclusive las mujeres con la Ujaja a la cabeza.

Changachangasa, que entendía de lo que se trataba, lejos de secundar a Mashu, se quedó inmóvil y soberbio con su gente. Por lo sañudo de sus pobladas cejas, entendió que Changachangasa estaba tan irritado contra Mashu, que ya parecía estallar.

Proaño entonces le hizo preguntar a Changachangasa qué significaba aquella actitud de Mashu; a lo que Changachangasa contestó: "Sí, Mashu pretende ser el primero en matar a Tungura, y eso es lo que canta la Ujaja"...

A Proaño le chocó eso de que Mashu, para tan grave cosa, no hubiese tenido el comedimiento de contar con él, ni hubiese hecho invitación ninguna a Changachangasa. Entonces le hizo decir con Pedro Carvajal, que quería hablar con él y que suspendiese el baile.

"Espera!"— le respondió Mashu con una sola palabra, y siguió girando.

—Es que este rato está en no sé qué ceremonia que no puede suspender—dijo Carvajal, como para calmar la impaciencia de Proaño.

En efecto a poco paró Mashu y le preguntó que qué quería.

Entonces Proaño, por medio de su intérprete, le dijo al jefe de los makummas: Qué es lo que vás a hacer, bravo Mashu?

—A matar a Tungura— respondió Mashu.

—Cómo a matarle?

—Me sorprende tu pregunta— respondió Mashu— Eres Kapitio y de palabra, y debes recordar que convine contigo en el Makumma que en llegando a Macas sería yo el primero en pasar con mi lanza a Tungura, y que luego vendría Changachangasa y haría lo propio.

—Sí, le respondió Proaño— es verdad que en esto quedamos. Pero Changachangasa cree que él tiene más derecho para ser el primero en lanzear a Tungura, porque tiene más fuerzas que tú.

A Changachangasa le gustaron las palabras de Proaño, que también había sabido interpretar sus sentimientos; y, con la cabeza hizo una señal de aprobación.

En cambio, Mashu se irritó tanto contra Changachangasa a estas palabras de Proaño, e hizo tales gestos violentos que más parecía un desafío al jefe de los kanusas.

Esto exaltó los ánimos de los soldados de Mashu contra los de Changachangasa, y reciprocamente a éstos contra aquellos. Y las murmuraciones por los bajo de unos y otros, parecía unos como zumbidos subterráneos que amenazaban tormenta.

El astuto Explorador que vio lo difícil de la situación, y que por otro lado estaba resuelto a salvar a todo trance a Etza y a su padre, le dijo a Mashu: "Bravo guerrero! Ciertamente que Changachangasa cree que él es más forzado que tú, pero yo veo que tú eres nada menos que el jefe de los makummas, el vencedor de muchos grandes capitanes, y cree que un héroe semejante debe tener

grandes fuerzas. Pues quieres, invicto guerrero, hacer ver en esta plaza, y en esta misma tarde, que tú tienes más fuerzas que Changachangasa?

–Estoy listo– respondió Mashu.

–Muy bien– dijo Proaño. Quiero que cada cual empuñe su lanza, y que los dos campeones entren en singular combate: el primero que hiera siquiera levemente a su rival, ese es el vencedor. Aquí estamos de testigos yo y todo el pueblo de Macas.

–Pues al combate!– dijo precipitadamente Mashu, empuñando su lanza.

–Sí al combate! dijo grave y solemnemente Changachangasa; pero, cuál es el premio del vencedor?

–A eso iba yo– respondió Proaño– Que el vencedor pueda disponer libremente de Etza y de la cabeza de Tungura.

–Eso nó! –saltó Mashu– La cabeza de Tungura es mía, y Etza es mía!

–Já já já!– se rió Changachangasa, lanzando una carcajada tan sacástica como gruesa, cosa de conmover el aire como trueno– Já já já já!... Mashu no acepta esta condición porque sabe que va a salir perdiendo, y porque no quiere entregarme ni Tungura ni Etza!

Y una sonrisa igualmente irónica, con comentarios por lo bajo, humillantes para Máshu, se advirtió al mismo tiempo en todos los kanusas.

Esto irritó sobremanera a Máshu, cuya soberbia no tenía límites. Y, resuelto a luchar como jamás había luchado, dijo, dirigiéndose al jefe de los kanusas que se reía: "Cobarde Changachangasa! Mi lanza es más fuerte que la tuya!... Pues llévate a Tungura, y llévate a Etza, si puedes... Ambos te los entrego si eres capaz de vencerme, cobarde! Aquí está el Kapitio, quien va a ser testigo de nuestro combate, y sabrá entregar Tungura y Etza al vencedor!"

–Está bien– bravo Mashu– se apresuró a decir Proaño– Yo seré testigo de este singular combate, el más terrible que van a presenciar las selvas. Quiero que Etza y Tungura pasen al campo macabeo, para yo entregárselos al vencedor.

Como todos convinieron en ello, Proaño mandó formar en esa extensa plaza un gran triángulo, compuesto de los makummas, los kanusas y los macabeos, y se llevó al campo macabeo a Etza y Tungura.

Como Proaño, muy avisadamente hubiese ordenado de antemano que todos los macabeos se armasen de todas las armas que había en esa plaza militar, naturalmente el ala macabea era la más bien armada y la más imponente de las tres; aunque también los makummas tenían algunas armas de fuego, y aún los kanusas, aunque en menor número que los makummas.

Proaño desesperaba por la venida de Churubi. Él había andado muy diligente en eso de traer a tiempo hacia el hijo del Achuara a los más ágiles emisarios; y aunque de Tungura-jea al Achuara era distante, y aunque la casa de Huakérema, padre de Churubi, estaba en la desembocadura del Achuara en el Pastaza; con todo dada la agilidad de los emisarios, y dado que Churubi era un viento para andar en la selva, y más en tratándose de salvar a su querida Etza, ya era tiempo de que hubiese llegado pues que habían venido despacio, deteniéndose en Puími-jea, y dos días en la isla del Upano; fuera de que Churubi pudo tomar la línea más corta, y venirse del Achuara a Macas atravesando el Makumma, el Huhuaymi, el Pangui, el Shimbimi, el Kingohimi y el Kangaymi. Y sin embargo no llega— se decía Proaño. Recordaba como al pasar el Upano, los que durmieron esos dos días a la orilla izquierda del río, le habían dicho que tenían noticias de que Churubi se venía. Y sin embargo no llegaba...

Proaño cerró pues los ojos a todo, y aunque siempre firme en su propósito de salvar a Etza y su padre, dada la impaciente violencia de Mashu, con quien temía un rompimiento de hostilidades de un momento a otro, no pudo contener por más tiempo el curso de los acontecimientos. Y así se limitó a ganar el tiempo todo lo posible, ya con pretexto de evoluciones militares, ya con comisiones armadas que iban y venían; cosas que por cierto llamaban la atención de los jívaros, quienes se complacían en presenciarlas. Sólo Mashu era el impaciente, a quien nada le llamaba la atención, ante la gran expectativa que tenía; pues veía a Tungura, veía a Etza, y ya se imaginaba tener en sus manos la cabeza del jefe de los moronas, y de poseer a su hija con la voracidad de una fiera.

A pesar de Mashu consiguió pues Proaño, ya con un pretexto ya con otro, que transcurrieran tres horas más. Eran las cuatro de la tarde. A esa hora el Explorador, tanto por dar mayor solemnidad al acto, como para imponerse ante los jívaros, dijo a los combatientes, que ya estaban frente a frente en media plaza, que no comenzaran a luchar mientras no oyesen una descarga general de los macabeos que allí se hallaban en formación. Convinieron en ello.

En efecto, en medio del silencio más solemne, y de la expectativa más angustiosa de cuantos allí se hallaban, Proaño empuñó su espada, la levantó en alto, la mirada fija en los macabeos, e hizo con ella una cruz en el aire, que era la señal convenida, y sonó esa descarga que hizo temblar las palmas y que repercutió sucesivamente en las montañas.

¡Con que violencia, Dios santo, ese "Mashu que eran tan agil, saltó como un tigre sobre su rival! pero, Changachangasa, aunque pesado como un oso, y aunque poco se movía, con todo supo parar el golpe maestramente, y con cierta majestuosa serenidad como de quien está seguro de sus fuerzas. Diríase que era un gato o más bien un hinchado pavo el que combatía con un león. Mashu, era ese pavo que saltaba sobre su enemigo, ya en una dirección ya en otra, tratando siempre de sorprenderle. Pero, Changachangasa, cuya cabellera parecía abundante melena, giraba en su puesto en todas direcciones, tratando siempre de evitar las fieras acometidas de Mashu. No sólo el suelo temblaba, sobre todo cuando Changachangasa daba algún salto; también los aires vibraban, con vibraciones como de contrabajo, como de trueno, sobre todo cuando Changachangasa bramaba".

Cosa curiosa. Al tiempo que sonó la descarga en la plaza sonó también un tiro en el Upano, lo que quería decir que alguien estaba al otro lado del río, y pedía canoa para pasarlo. En tiempo normal, un tiro en la playa ponía en movimiento a toda la población, y todos se subían curiosos a las peñas y a los árboles, para ver si era jívaro, si era blanco el que había hecho el tiro; y en qué derecho, para correr a hacerle pasar. Pero ahora, sonó el tiro de rifle, y casi nadie se apercibió de ello, y los que oyeron, ninguno quiso perder un instante de tiempo, prendidas como tenían las miradas en la formidable lucha que principiaban. Pero, Proaño que esperaba con impaciencia a Churubi, al oír aquel tiro pensó en él. Recordó que aquel gran achuara tenía rifle, y supuso que podía ser él quien pedía la canoa, y se apresuró a mandar dos macabeos a ver lo que había, con la orden expresa de que si era Churubi lo pasasen en seguida.

Nadie se apercibió de la orden de Proaño. Tan embebecidos estaban todos en la contemplación de aquel espectáculo formidable, cosa nueva en las selvas, y que así infundía terror como admiración: tal era la manera tenaz y feroz con que combatían, dando rugidos que infundían espanto a los concurrentes. Uno y otro invocaban a las fieras, a todas las cuales trataban de imitar, ya en el rugir, ya en el fiero luchar.

"Pasaría una hora de esta terrible contienda, en que ninguno pudo herir a su adversario, cuando Mashu se puso a cierta distancia de Changachangasa, y echó a girar y a girar en torno de su adversario. Todos creyeron que Mashu se había alejado así, con el fin de acometer violentamente, dando saltos como tigre, manera ordinaria de embestir de Mashu; pero todos se equivocaron: ese movimiento no había sido sino con el objeto de engañar a su enemigo, porque cuando menos pensó Changachangasa, Mashu le arrojó desde lejos la lanza, pero con violencia y maestría tales, que esa lanza que venía

zumbando derecho al corazón de su enemigo; por fortuna, Changachangasa no obstante lo pesado que era, logró girar un tanto y dar en cambio tal golpe con su lanza a la que venía tendida, que la mandó bien alto y bien lejos, haciéndola girar vertiginosamente como giran esas ruedas de fuego en los juegos pirotécnicos.

Un hurra! atronador arrancó de todos los espectadores, blancos y jívaros, aquella maniobra de Mashu y más aún la habilidad y pujanza de Changachangasa, que hizo exclamar al mismo Tungura "Después de mí Changachangasa ¡Siento no haberme conquistado la alianza de tan bravo capitán! Exclamación que llegó a oídos del orgulloso Mashu, y que tanto y tanto le indignó, y que más en punto le puso de vencer al jefe de los kanusas.

Pero sucede que Changachangasa se quedó sin lanza, porque la suya, aunque en extremo dura y aunque no carecía de cierta elasticidad, con todo, el golpe que acabó de dar fue tal, que llegó a romperse".

Pero aún así con la lanza rota y todo, trató de matar a Mashu, y le siguió. Mas, el Explorador, chocado con esta actitud nada decente de Changachangasa, mandó al punto a Pedro Carvajal interponerse entre los dos e impedir que se consumara tal atentado. Y luego, él mismo se acercó a hacerle ver a Changachangasa que no era correcto su procedimiento, y que tratase de vencer una buena lid, porque de otra suerte todos le tendrían por cobarde; a lo que tuvo que acceder Changachangasa, y lo que aumentó en Mashu las consideraciones al Explorador.

Pidió pues Changachangasa una lanza; y cosa igual tuvo que hacer Mashu, porque también la suya quedó estropeada.

Kondorango el jefe de los paloras, ofreció a Mashu su magnífica lanza pintada de yukaypi, y a Changachangasa le dieron la no menos famosa lanza que fue de Huishishuishi, el gran jefe de los yaupis.

Ambas lanzas procedían del Achuara, y figuraban entre las mejores que habían salido de aquella terrible jivaría.

Están otra vez frente a frente los dos formidables combatientes.

Si al principio de la pelea hubo gran interés en la muchedumbre, ahora ese interés se ha aumentado extraordinariamente, merced a la destreza y pujanza que en el combatir habían revelado los dos héroes.

Y así el silencio que en todos reina es grande. Y sólo se oye el silbar del viento en los pindos y el zumbir del mismo en las palmeras, y el kopal kopal lejano de las ranas mounstruosas; mientras atraviesan los aires haciendo gran bulla bandadas de loros, y mientras por cima de esas bandadas revolotea majestuoso en su incesante ascender hacia las nubes el churubi del Kutukú.

"El combate comenzó por una sorpresa que casi le cuesta la vida a Changachangasa, porque Mashu era amigo de las sorpresas. Y es que de un salto trató éste de atravesar a su enemigo con su lanza; cosa que hubiera conseguido, si éste a tiempo no hace un arco su cuerpo y si al mismo tiempo no alcanza a desviar con la suya la lanza de su adversario, la cual entonces apenas alcanzó a pasar raspándole el cuerpo, cosa de sacarle ceniza de esa piel elefantiaca. Es increíble ver cómo combatían con más furor que de primero, cosa de arrancar de todos aplausos calurosos, y era de verse cómo los jívaros se sentían orgullosos de su respectivo jefe; puesto que ambos eran dignos de figurar entre épicos campeones".

El entusiasmo, el frenesí era general y delirante. El mismo Tungura, que a pesar de su soberbia, no podía ocultar a veces el gran interés que en él despertaba aquel titánico luchar, el mismo Tungura, digo, se entusiasmaba tanto que ya quería ser el Changachangasa, para acabar de una vez con Mashu. Sólo Etza se mostraba tan indiferente como sañuda; fieramente erguida, la boca tan apretada como los dientes, con su abultado labio inferior medio saliente, parecía ni mirar a los combatientes; porque le era indiferente la victoria de ninguno de los dos, resuelta como estaba antes a matarse que irse con el vencedor cualquiera que él fuese.

Y así estaban los dos héroes batiéndose fieramente. Era aquello verdaderamente sublime. Había transcurrido una hora más, y la victoria no se decidía por ninguno. Y como la tensión de nervios era tanta, y angustiosa para todos esa expectativa, todos esperaban con ansia el desenlace, los unos a favor de Máshu, y los otros, de Changachangasa. Y ya la gloria relampageaba deslumbradora en la imaginación de los kanusas y los makummas, según que cada campo creía llevarse consigo la cabeza de Tungura y a Etza la más bella del desierto. Y aquella plaza era un infierno por la bulla, y hasta por la confusión que iba introduciéndose, a pesar de los esfuerzos de Proaño en contener por medio de su gente a esos jívaros indisciplinados, kanusas y makummas, que en su loco entusiasmo comenzaron a salirse de las filas, unos aullando, otros rugiendo como osos, como tigres, haciendo con ello un horrendo coro a las feas y broncas voces de los combatientes, cosa de parecer esa plaza un circo de fieras de las más terribles que se vieron jamás. Ya Proaño empezó a temer un desenlace fatal, al ver la manera cómo se les iba despertando en los espectadores salvajes ese furor bélico que les iba poniendo ciegos. Y no sé a donde hubiera ido a parar todo aquello, y talvez estallaba allí un huracán incontenible y furibundo, si la casualidad no hubiera hecho que en una de esas hábiles ma-

niobras de Máshu, en que tuvo que meterse por unas hierbas que habían crecido en la plaza, en momentos precisos en que Mashu quiso dar un salto para la más formidable y eficaz embestida a su adversario, si en ese momento, digo, no hubiera puesto el pie con fuerza sobre una aguda estaca que había estado oculta entre las yerbas, cosa de ensartarse en el pie, perder el equilibrio y venirse al suelo bocabajo.

Entonces Changachangasa de un salto estuvo sobre Máshu y le pisó en el pescuezo, e iba a pasarle con su lanza, cuando Pedro Carvajal, que en obediencia de instrucciones de Proaño se mantenía muy cerca de los combatientes, saltó a su vez sobre Changachangasa y le empuñó de la lanza para impedir la muerte de Máshu.

Como al estupor que al momento se apoderó de los espectadores vivos, iba a seguirse algún estallido de furor bélico; Proaño, con el propósito de imponerse en ese momento crítico, mandó a su gente dar una descarga al aire, lo que les hizo saltar de susto a todos los salvajes, quienes entonces llevaron las miradas al poderoso jefe blanco, que así disponía de tantas armas de fuego. Y en ese mismo instante en que también Changachangasa retrocedió asustado, logró Mashu escaparse del pie de Changachangasa y levantarse. En ese momento Proaño se interpuso entre los dos héroes, pero sin decir palabra, resuelto como estaba a esperar que hablaran primero los combatientes.

En efecto, el primero que habló fue Changachangasa: "He vencido! dijo, la cabeza de Tungura es mía, y es mía su hija, la bella Etza".

—Changachangasa miente!— saltó Mashu— él no me ha vencido: tropezé y caí, y quiso matarme de caído. Esa es su victoria! Cobarde!

Iba a replicar Changachangasa, pero Proaño hizo señas a ambos que callasen, que él iba a hablar. A lo que le obedecieron, y quedaron todos en silencio, curiosos de saber lo que Proaño iba a decir.

Entonces Proaño, por medio de su intérprete, dijo en voz alta lo siguiente: "Bravo Mashu, bravo Changachangasa: He quedado asombrado de vuestro valor heroico y de vuestra pericia militar. Los leones no luchan tan fieramente como vosotros habéis luchado. Jamás las peñas han repercutido tanto como ahora en que habéis bramado como truenos. Ni el Pangi azota los ríos tan fieramente con su terrible cola como ahora han chocado vuestras lanzas. Vuestra gloria eclipsó para siempre la gloria de los Charúpes, los Nankijukimas y los Kirúbas. El haber vencido a Tungura es una hazaña tal que basta por sí sola para eclipsar a los más grandes capitanes que han figurado en el desierto. Pero, sobre todo esto acabáis de probar que sois invencibles con vuestro formidable combatir de esta tarde. Y en lo adelante la infinita selva to-

da a quedado sometida al poder de vuestro brazo. Para que vuestra gloria brille como el sol en el cenit no necesitais pues de la cabeza de Tungura. Dejadme por consiguiente que me lo lleve conmigo a la tierra de los blancos, de donde no volverá más a turbar vuestro reposo ni a disputar vuestro poderío.

—Eso nó— dijo Mashu, porque entonces pronto regresaría Tungura contra nosotros trayendo muchas armas de fuego, y nos vencería como nos venció cuando trajo armas de fuego de Iquitos. Tungura debe morir, y el que debe matarle soy yo!...

—Tú le venciste?— le preguntó airado Changachangasa a Mashu— El vencedor soy yo, y el que debe matar a Tungura soy yo!...

—Cobarde! —replicó Mashu— Qué vas a vencerme si eres cobarde! No quisiste aprovecharte de mi caída para matarme?

Y así siguieron los dos campeones injuriándose mutuamente; y ya los kanusas y los makummas, en defensa cada bando de su jefe, también comenzaron como a gruñir. Y ya Proaño estaba pensando en darles alguna nueva sorpresa para impedir un desenlace desgraciado, cuando se oyó por el lado de la peña una voz que dijo: "El Churubi!"... En seguida, un jivarito que había subido a lo alto de la palmera, dijo también "El Churubi!..." —mirando hacia las peñas del Upano.

El nombre de Churubi era una como palabra mágica entre los jívaros: En primer lugar, porque se trataba de un achuara, y bien sabido es el respeto profundo que los jívaros tienen a cuanto pertenece a aquel gran río. En segundo lugar, porque Churubi era nada menos que hijo del famoso Huakérema, jefe de los achuaras, cuya alianza en vano había sido solicitada por repetidas ocasiones por Changachangasa, por Mashu y por el mismo Tungura.

En tercer lugar, la misma figura de Churubi, que a más de su gallarda presencia estaba rodeado a los ojos de todos de una como luminosa aureola que le habían creado sus grandes hazañas, sobre todo desde que mató en el lago Chimano al terrible Shutashutajama, el más formidable rival que su padre había tenido en el Pastaza; aquel que desde el Marañón veníase conquistando todas las jivaráas de ambas riberas de aquel magnífico río que habían estado sometidas a Huakérema y que, gracias a su alianza con las jivaráas del alto Pastaza amenazaban envolver a los mismos achuaras; aquel Shutashutajama, a quien, por un accidente cuando niño le llamaban "el cojo", pero que tenía tan buenas piernas, tan ágiles como robustas, que ya estaba haciendo temblar con su ímpetu irresistible al mismo Huakérema el jefe de los achuaras. Hasta que vino su hijo el terrible Churubi, y de victoria en victoria fue arrollando río abajo del Pastaza, al formidable Shutashutajama, hasta el lago Chimano, don-

de combatieron las dos armacas, y donde Churubi con un arrojo temerario que aterró al enemigo, y en un combate nunca visto, en que la sangre corrió en abundancia, cosa de teñirse con ella todo el lago, el gran Churubi, digo, se apoderó de la pirahua de Shutashutajáma, y mató al gran conquistador; con lo cual quedó afianzado el poder de su padre en casi todo el Pastaza, desde el Achuara hasta el Marañón.

Éste era pues el gran Churubi que entraba aquella tarde a Macas; y ya el lector podrá explicarse, por qué cuando por primera vez sonó en aquella plaza el nombre de Churubi, todos los jívaros, llenos de sorpresa, llevaron la vista por el lado del Upano, curiosos de ver si realmente era aquel gran achuara el que venía.

En efecto: "Churubi Churubi!", iban diciendo los que le iban viendo atravesar el yucal que separaba la iglesia de las peñas del Upano. "Churubi Churubi!" iban exclamando otros y otros, cosa de hacer intensa en tan breves minutos la expectativa de todos que ya querían ver al gran hijo de Huakérema. Hasta que por entre la iglesia y el convento (que estaban en un ángulo de la plaza), se dejó ver de una manera deslumbradora, y seguido de un séquito de esbeltos achuaras hermosamente adornados, entre los que se hallaba Pándama, la magnífica figura de Churubi.

Un murmullo que indicaba admiración y aplauso al mismo tiempo, se dejó oír en todos los espectadores, a la vista de aquel gallardo mancebo, que había sabido captarse todas las simpatías, y que además de su influencia moral poderosa tenía los atractivos físicos que le volvían seductor, tanto por su esbelta presencia, como por el arte con que había sabido engalanarse con las más hermosas pieles de culebra, que le servían de ajorcas; de picos de pichones de sukanga alternados con colmillos de serpientes, por collares, y de brillantes alas de moscardones y cocuyos con flecos de blancas plumas de masho por pendientes, y de brillantes y altas plumas en la cabeza a modo de corona. Pero los jívaros no sabían que admirar más en Churubi, si su simpática figura, o la magnífica lanza pintada de yukaypi, que traía en la diestra que sin duda era una de las mejores que habían salido del Achuara.

Como Churubi había tenido el acierto de no tomar parte en la última guerra, en favor de ninguno de los contendientes, no tenía enemigos entre cuantos en aquella plaza se encontraban. Mas bien, la que por defender a Proaño se había portado en extremo rebelde y violenta contra Tungura, había sido Etza. No así Churubi, cuya actuación fue más bien pacifista, pues se había limitado a interponer sus oficios ante Tungura, al principio, en favor de Proaño y después, con más empeño por supuesto, en pro de Etza. Pero de ahí

no había pasado. Así es que no tenía enemigo ni en Tungura, ni en Mashu, ni en Changachangasa, cuya amistad había sabido respetar. De suerte que a la entrada de Churubi aquella tarde en la plaza, los mismos jefes se vieron atraídos por tan gentil guerrero. Sólo Etza, la enrevesada Etza, aunque tanto se alegró en su interior de su venida de Churubi, con todo aparentó indiferencia, y fingió no verle.

El Explorador hubiera querido conferenciar de antemano a solas con Churubi; pero no pudo, pues no quiso exponerse a despertar desconfianzas contra sí, en los jefes rivales.

Apenas entró Churubi a la plaza, Proaño mandó a su encuentro a Pedro Carvajal y Pedro Noguera, a conducirlo donde él estaba. Mas, para recibirlo, trató de ponerse disimuladamente entre los combatientes y Tungura.

El perspicaz Churubi, apenas entró a la plaza, de una ojeada alcanzó a ver dónde estaban Mashu y Changachangasa, dónde Tungura y Etza.

Y en el trayecto que tuvo que recorrer hasta llegar a Proaño, Churubi casi sin disimulo fijó en Etza sus miradas de fuego, cosa que causó efectos contradictorios en la muchedumbre.

Después de la ceremonia de salutación y cuando Churubi se plantó gallardamente allí, "Bravo Churubi –dijo Proaño– tu venida ha sido a tiempo; tú eres tan amigo de Mashu como de Changachangasa, y tan amigo de Tungura como mío; tú no tienes aquí un solo enemigo, y solo hay para tí simpatías en todos. Tú vas pues a resolver una cuestión que está pendiente en este momento. Es el caso que Mashu y Changachangasa, como vencedores de Tungura en buena lid, se han disputado su cabeza y su hija la bella Etza. Yo entonces propuse que los dos pretendientes se batiesen cuerpo a cuerpo en esta plaza, comprometiéndome yo solemnemente a entregar a Tungura y a Etza en manos del vencedor. Estos dos guerreros tan generosos como valientes aceptaron mi proposición; y entonces por dos horas les he visto batirse a estos invictos héroes, pero con un arrojo temerario tan grande y con tal maestría, que de seguro no han presenciado cosa igual las selvas por el espacio de muchos siglos. Mas resulta que durante el combate Mashu vino al suelo, y Changachangasa se tuvo por vencedor. Pero Mashu alega que si se vino al suelo no fue por la plaza de Changachangasa sino por haberse tropezado con una estaca mientras combatía.

Se trataba pues de resolver cuál era el vencedor. Y el que debía resolver era yo. Pero como son mis amigos ambos jefes y como les quiero tanto y les admiro su valor indomable, era muy delicado para mi el papel de juez. Mas, como a tiempo has venido tú, el famoso hijo de Huakérema, el sublime ven-

cedor de Shutashutajama, el gran amigo de Mashu y de Changachangasa, quiero declinar mis derechos en tu favor, a fin de que tu resuelvas la cuestión. Quiero pues que tú declares en este momento solemne, cuál es el vencedor y cuál de los dos debe llevarse consigo a la bella Etza y la cabeza de Tungura.

Proaño entendió que no le sentó bien a Mashu tal salida; pero que como tanto respetaba éste a Churubi, no quise ofenderle, que por el momento se contuvo en espera de la respuesta de Churubi.

Ya de antemano conocía Churubi el interés que Proaño tenía por su suerte; y no se le ignoraba que cuanto hacía iba encaminado a salvar a Etza. El mismo hecho de declinar en su favor tan ardua resolución, le ponía de manifiesto el conflicto en que se hallaba el jefe blanco, entre el papel de juez por un lado, y su empeño por otro en salvar a Etza. Sí, está en sus manos el asunto; pero, cómo resolver? Cómo poner a Etza en manos de Mashu?, cómo en las de Changachangasa? Pero, es el caso que de todos modos se le vá... y, cómo puede consentir en ello? Con qué valor podría ver a Etza en ajenas manos, cuando solo para ella vive, y cuando no tiene otra ilusión que Etza? Todas sus hazañas, a quién ha debido, sino a Etza? Quién sino Etza le ha infundido valor en los combates? Por qué pudo triunfar de Shutashutajama, sino porque supo combatir con ese heroísmo que solo el amor puede infundir, en esperanza de que sus victorias llegasen a oídos de Etza, y así le hiciese digno de ella y llegase a corresponderle? ¡Y para verla, después de tanto insomnio y de tanto sacrificio, en manos de Mashu y de Changachangasa!

Y en todo esto pensó, y todas estas reflexiones se hizo en estos instantes con la rapidez de un rayo; y de allí el turbarse como se turbó al contestar a Proaño, cuando éste puso en sus manos tan ardua resolución. Jamás se había visto en conflicto semejante. Su turbación fue grande, a pesar de su prespicacia y de la rapidez con que concebía las cosas. Pero quizá por lo mismo vio todas las dificultades que se le presentaban: "Generoso Jefe blanco—dijo al fin el sagaz Churubi—tú quieres que resuelva el punto, y te agradezco este acto de confianza; pero ignoro si pensarán como tú, Mashu y Changachangasa. En todo caso quiero dejar constancia de que traigo plenos poderes de mi padre, el jefe de los achuaras, para entrar en negociaciones de paz, de amistad y alianza, con los jefes que se declaren amigos míos; a la vez que me ha autorizado el gran Huakérema para decir que tendrá por enemigos suyos a cuantos en una u otra forma me hagan daño".

En esos momentos en que así hablaba el hijo de Huakérema, fueron entrando a la plaza con gran admiración de todos, ótros y ótros achuaras, entre los cuales venía Eduardo hermano de Nanto, magníficamente engalanados; y

llamó la atención de la multitud, de una manera especial, la presencia del gran Chuchumaku, capitean predilecto de Huakérema, cuya fama de corpulento y de terrible se parecía a la de Changachangasa. Todos estos se habían atrazado de Churubi, por no haber en el Upano las canoas suficientes para pasarlo.

"Generoso Jefe blanco –siguió diciendo Churubi– por lo pronto, te reconozco a tí como a leal amigo de mi padre y mío, ahora, espero de los ínclitos capitanes Mashu y Changachangasa, me digan si aceptan tu proposición y si convienen que yo resuelva el asunto..."

Un momento de silencio y de angustiosa expectativa, se siguió a las palabras de Churubi. Ninguno de los dos jefes, ni Mashu ni Changachangasa quizo ser el primero en hablar; cada cual esperaba que el otro rompiera el silencio. Proaño, entendió lo que pasaba en los dos rivales, y deseoso siempre de asegurar el buen éxito de lo que perseguía, se adelantó a hablar.

–Qué dices Changachangasa, aceptas a Churubi por juez en esta causa?

–Acepto– se adelantó a decir resueltamente Changachangasa, quien, a decir verdad, no se creía en sus adentros con igual derecho que Mashu, ni a Etza ni a la cabeza de Tungura.

Proaño anduvo muy acertado en dirigirse primero a Changachangasa, porque de él tenía casi seguridad de que su respuesta sería afirmativa; y no se equivocó, con lo cual ya tenía al jefe de los kanusas en su favor sobre Mashu. Cuando Proaño hizo a mashu igual pregunta, la respuesta de éste no fue tan breve como la de su rival, y aún se lo vió, por ese modo de hincharse y de encreparse, que iba a decir que nó; pero, al escapársele de los labios ese nó fatal, Proaño se adelantó a preguntar a Churubi qué había sabido acerca de Tihuiruma.

Proaño hizo esta pregunta, porque ya algo había llegado a sus oídos, acerca de la actitud del famoso hermano de Tungura.

–Yo sé que Tihuiruma ha dicho– respondió Churubi– que aun cuando le maten a su hermano Tungura, él se mantendrá firme en su defensa del Morona.

–Pues qué respondes, Mashu– volvió a preguntarle– qué dices? Aceptas a Churubi por juez de la causa?

El orgulloso Mashu que tenía gran perspicacia, conocía mucho a Tihuiruma, y no dudó de las palabras de Churubi. Por otro lado Changachangasa acababa de dar su consentimiento. Conocía asimismo que Proaño se inclinaba en todo caso a Churubi, el pretendiente de Etza, y veía por último que a ser su respuesta negativa, Churubi se le volvería enemigo y así se quedaría completamente aislado, y que en consecuencia pondría en peligro su causa. Pero,

por otro lado pensaba en la cabeza de Tungura, pensaba en Etza... por todo lo cual tanto y tanto había luchado... Jamás las selvas presenciaron un combate interior como en esos breves instantes experimentó en su pecho aquel jívaro, el sublime jefe de los makummas! Hasta que, con ira y con despecho y volviendo un tanto la cabeza a un lado, dejó escapar de su pecho, casi involuntariamente ese "éta", que tuvo gran resonancia en todos los espectadores que estaban pendientes de sus respuestas.

Éta en jívaro quiere decir sí.

Cuando Mashu volvió la cabeza como desesperado al pronunciar ese éta, que tantas consecuencias debía tener contra él, Proaño se acordó de Florentino Portilla, cuando en el instante de ser devorado por el remolino del Pongo de Manseriche, volvió la cabeza, como para no ver el abismo a donde descendía...

Gran bulla, como de esos fuertes vientos que sacuden los follajes, se dejó oír en jívaros y macabeos, a la respuesta afirmativa de Mashu.

Todos quedaron pendientes de Churubi. La curiosidad de todos era grande: Churubi, el famoso hijo del gran Huakérema, el vencedor de Shutas-hutajama, el amante apasionado de Etza, qué va a resolver? Va ha entregarla para siempre a Mashu o va a ponerla en manos de Changachangasa?

Hasta la naturaleza parecía estremecerse ese momento de ansiedad para todos y más aún para Churubi, según que el viento, ora silbaba en la paja del campanario, ora zumbaba en las palmeras, mientras un trueno lejano se dejaba oír por el lado del Sangay, mientras las ranas, las cigarras se dejaban oír por todas partes sus voces infinitas.

Churubi estaba en un gran conflicto es cierto, pero tenía mucho juicio y mucha perpicacia para precipitar los acontecimientos, no obstante lo resuelto que se hallaba a las mayores vilolencias, a todos los extremos, por defender a Etza contra Mashu y contra Changachangasa. Y así cuando él, con una mansedumbre mas aparente que real, manifestó a Proaño que no podía aceptar el papel de juez si no contaba con la aquiescencia del jefe de los makummas y de el de los kanusas; no fue sino por asegurarse mejor en el acierto de lo que había premeditado; razón por la cual se apresuró a declarar su oculto pensamiento, tan pronto como Changachangasa y Mashu hablaron.

Entonces Churubi dijo, dirigiéndose a Proaño: "Bravo y generoso jefe blanco: tú, que no tienes ni un solo enemigo entre nosotros, tú que has tenido el dón de cautivar todos los corazones, y que sólo has pensado en hacernos bienes a cuantos somos tus amigos, tú y no yo, eres el llamado a resolver el asunto; y así tengo a bien a mi vez encomendarlo a tu prudencia, en la se-

guridad de que seré yo el primero en someterme a tu resolución cualquiera que ella sea.

En efecto Churubi tenía alta idea, tanto del espíritu conciliador que animaba a Proaño, como de la gran sagacidad y tino que empleaba en todos sus procedimientos; y sobre todo estaba seguro de su vivo interés por unirle con su adorada Etza. Por donde sucedía que al encomendar a Proaño la resolución de tan difícil problema, él se libraba de serios compromisos, a la vez que aseguraba el éxito en su favor.

Nadie se imaginó que Churubi iba a escaparse por tal salida, lo que indicaba una vez más lo difícil de la situación, la cual de un momento a otro podía complicarse a acarrear gran derramamiento de sangre en todo el desierto, según que en esa especie de asamblea se hallaban los jefes de todas las jivarías de la vasta selva oriental. Pero Proaño, que comprendió al punto el pensamiento de Churubi, apresuróse a aceptar tan peliaguda pero honrosa misión. Changachangasa no tuvo inconveniente en convenir a ello. Cuanto a Mashu, puede decirse que desde que pronunció ese éta para él tan fatal, por el mismo hecho casi había renunciado a toda pretensión, desde que no se creía poderoso a vencer tanta resistencia como por todas partes le acosaban, y así, con un alzar de hombros muy a su pesar aprobó también.

Pero aunque todos conocían al Explorador, aunque el mismo Mahu iba ya dándose cuenta de que Proaño con su talento y sagacidad había logrado cambiar la faz de las cosas, a pesar de todo, digo, quién, ni el mismo Churubi, pudo imaginarse la nueva corpulencia con que iba a salir el sagaz descubridor del Morona?

Un silencio profundo reino en toda la plaza, cuando vieron que Proaño se disponía a hablar.

—Invicto Mashu, valiente Changachangasa, generoso Churubi— dijo Proaño— si yo resolviera el asunto, los no favorecidos creerían que había parcialidad de mi parte; y no quiero que ni por un instante lleguen a dudar de mi lealtad ninguno de los jefes aquí presentes, a todos los cuales tanto quiero y tanto admiro. Y por lo mismo, no quiero ser yo quien resuelva el asunto, ni quiero tampoco que ninguno de los jefes lo resuelva. Y deseo más bien tan alta misión encomendar a una mujer— añadió mirando rápidamente a la bella Zamarindo, la mujer predilecta de Mashu, quien por una estraña coincidencia llevaba el mismo nombre que una de las mujeres de Tungura; cosa por cierto muy común entre los jívaros.

—Qué dices Churubi?

—Acato tu voluntad— respondió el Achuara.

—Qué dices Changachangasa?

—Lo que Churubi ha dicho— respondió el jefe de los kanusas.

—Y qué dices tú, valiente Mashu?

Lo mismo que Churubi— se apresuró a contestar el jefe de los makum-mas. Mashu respondió así, porque creyó que era la Zamarindo, su esposa, a quien Proaño iba a designar para juez. Mashu tenía sus razones para creer así: primero, porque venía observando que Proaño había simpatizado mucho con su mujer la bella Zamarindo; y luego porque le había visto esa mirada última que le pareció indicar claramente su intención.

Proaño hizo de propósito ese gesto, con el fin de despertar en mashu tal suposición, y arrancarle su aprobación, que era lo que le interesaba y lo que en realidad consiguió.

—Pues bien— dijo Proaño, a la respuesta de Mashu—: Tres son los jefes que van a disputarse en este momento a Etza y la cabeza de Tungura: Mashu, Changachangasa y Churubi. Y la mujer que yo designe, esa es la que ha de señalar con el dedo al jefe que ha de matar a Tungura y que ha de llevarse a Etza.

—"Ayu, áyu", esto es "bien, muy bien!"— se apresuró a decir Mashu, quien seguía creyendo que su mujer Zamarindo iba a servir de juez. "Ayu, áyu!", repitieron a su vez Changachangasa y Churubi.

—Bien dijo Proaño— Voy pues a designar la persona; pero antes quiero advertir que de los tres jefes que van a jugar la suerte, los dos que no resulten favorecidos, recibirán en cambio, no solamente harta pólvora y hartas municiones, sino también todas las armas que quiera. Esto deslumbró a los jefes; y, cuanto a Mashu, sintió en el alma no poderse llevar todas aquellas armas, y ya de antemano envidiaba al afortunado a quien le iba a tocar en suerte llevarse-las, pues que así el tal jefe se volvería en extra poderoso y temible.

—Y en prueba de que he de cumplir con mi palabra— siguió diciendo Proaño— voy a hacer que mis soldados, en el momento que yo señale la mujer que ha de servir de juez, que ese momento mis tropas den una descarga al aire.

—"Ayu, áyu"— bueno, bueno! dijeron todos.

Y al punto sonó una descarga que repercutió todas las peñas, y que fue retumbando por los aires hasta perderse en el lejano espacio, al tiempo que Proaño señalaba a Etza, con su espada tendida.

Imposible explicar el asombro que de todos los ánimos se apoderó ese momento, sobre todo de Mashu, que sacó unos ojos que ya le saltaban.

Proaño con grande advertencia, ordenó al punto a sus soldados una nueva descarga. Conocía a fondo la psicología del jívaro y creyó oportuna esta nueva manifestación de fuerza y de poder. Es indudable que esta segunda descarga contribuyó poderosamente a someter a Mashu, quien sintió en su pecho tal espíritu de rebeldía que ya iba a estallar, cuando sonó la segunda descarga, y se contuvo. Proaño en seguida trató muy disimuladamente de calmar a Mashu, pues por medio de Pedro Carvajal, hizo decir a todos, de modo que oyese el jefe de los makummas, que los dos jefes que no resultasen favorecidos con la suerte iban a ser los más poderosos del desierto, porque no sólo les iba a dar todas las armas y municiones que allí tenía, sino también que les prometía enviar de la tierra de los blancos, tan pronto como saliese, las demás armas y municiones que allá tenía.

En efecto, Proaño había resuelto legar a su patria su obra de descubrimiento del Morona, pero expatriarse de ella para siempre, y entonces ya no tenía necesidad de armas; y así resolvió regalárselas a los jefes jívaros, sobre todo a a Mashu, a quien por lo pronto le regaló dos escopetas, lo que por cierto no fue muy bien visto por Changachangasa.

A nadie se le ocultará el pensamiento de Proaño al designar a Etza como árbitro de su propia suerte y de la de su padre. Porque, es claro, Etza con tal poder, ¿Cómo iba a entregar a su padre, ni a Mashu ni a Changachangasa, que tanto le repugnaban, cuando sabía que cualquiera de los dos cortaría la cabeza a Tungura, y cuando sabía que con la suerte de Tungura envolvería la suya propia, y tendría que seguir como esposa al matador de su padre? Tenía pues que por fuerza entregárselo a Churubi, si quería salvar a su padre, y si no quería llevar su capricho hasta un extremo estúpido que tan odiosa la hubiera vuelto. Y entonces... puesto a Tungura en manos de Churubi, por el mismo hecho tenía que declararse esposa del gran hijo de Huakérema. Y ya el Explorador de antemano se vanagloriaba de haber logrado vencer esa resistencia de Etza, que ya venía haciéndose insoportable para Churubi, de esa Etza, que tanto había llegado a quererle en los últimos días al achuara, pero que con todo encontraba singular complacencia en seguir atormentándole.

En efecto así debía suceder como Proaño pensaba.

Era la hora del crepúsculo, en que la noche comenzaba a salir de la cuenca del profundo Upano, en que los fuertes vientos se habían convertido en embalsamadas brisas, en que miles de aves cruzaban el espacio recogién-dose a sus nidos, y en que las serpientes comenzaban a salir de sus madrigueras; y todo entre conciertos de infinitas cigarras y otros insectos.

Así estaba aquella tarde en aquella hora solemne... Cuando Proaño, por dar más fuerza al acto y hacer eficaz la sentencia que Etza iba luego a pronunciar, ordenó a sus soldados ejecutar algunas evoluciones en la plaza, al tiempo que dijo a Etza que, puesto que ella era la llamada a resolver acerca de la suerte de su padre y de la suya propia, que a ella le tocaba dirigir esas evoluciones que debían ser como el preámbulo de la sentencia que esperaban.

Proaño le habló así a Etza, porque recordaba cómo un día, en su viaje de exploración hacia el Morona, Etza, en un momento de buen humor, y después de haber visto algunas evoluciones militares que hicieron los macabeos, ella ejecutó en tono de broma iguales movimientos con maestría.

En efecto, no acabó de hablar Proaño, cuando Etza, con una soberbia de león, y brillante como un cielo por los adornos bellísimos que llevaba, se puso al frente de la tropa, y ejecutó tales movimientos en la plaza, que dejó atónitos a jívaros y macabeos, inclusive al mismo Proaño, a pesar de que ya de antemano había podido ésto admirar la habilidad y gracia de la bella hija de Tungura. Proaño, para hacer más solemnes aquellas evoluciones, ordenó que los macabeos que estaban sin armas, siguiesen a los soldados con las palmas de ramos que su gente había traído. Pero lo hizo Etza con tal salvaje gracia, con tanta habilidad y maestría, y trazó tan hermosas figuras aquella sublime jívara, que infundió admiración en todos, y arrancó voces de entusiasmo de todo el pueblo macabeo, hombres y mujeres, todo lo cual a Churubi le puso loco mientras a Mashu lo puso furioso al ver que tal maravilla se le iba de las manos. Como andaba Etza con paso marcial, la abundante cabellera que traía, le ondulaba graciosamente, gracia que hacía extraño contraste con ese su aire guerrero que tomó, y ese su rostro sañudo que revelaba una soberbia sin límites, y la seriedad con que había tomado el asunto.

Cuando Proaño alzó la espada, y dijo: "Alto"!, allí se plantó Etza, con el pecho levantado y soberbiamente erguida.

Es hora! —hizo decir Proaño, en alta voz, con Pedro Carvajal. Es hora de que Etza pronuncie la sentencia...

Es increíble ver cómo hasta la respiración suspendieron todos, por escuchar a Etza que iba a hablar. Todos tenían los cuellos alargados y con el oído hacia Etza, como para mejor escucharle.

—Puesto que se me ha confiado a mi una sentencia, y se ha querido poner en mis manos la suerte del Morona— dijo la inteligente y soberbia Etza— yo, en nombre del Ihuanchi que habita en las cavernas, y de las Nungüis que habitan al otro lado de la tierra, y del dios Atzúta que mora en las alturas, yo, tengo a bien resolver lo siguiente: (momento de pausa)... Pues que sea Chu-

rubi quien disponga como guste de la cabeza de Tungura; pero, en cuanto a mí!... yo me reservo el derecho de disponer de mi persona como yo guste... porque soy libre como el león de las selvas!...

Y pronunció Etza estas últimas palabras con tal donaire y majestad, que se lamentó Proaño en ese instante no tener allí un Wágner para que cogiese al vuelo esa voz sublime, o un pintor, o un escultor, o un gran poeta, alguien que perpetuase en el lienzo, en el mármol, o en la escena ese gesto sublime de aquella hija del desierto, que era como la condensación de la soberbia de su raza. Mi pobre pluma no es para describir estas cosas, ni para dar una idea siquiera remota del efecto trágico que tal sentencia produjo en el alma grande Churubi, quien la quedó mirando medio de lado, de modo tal, que a la vez significaba rabia, súplica, despecho... Y ese grito que dio en su interior, por más que lo ahogó cerrando bien los dientes, se dejó oír como un rugido subterráneo.

Cómo poder explicar el enorme efecto que en todos hizo tan inesperada sentencia?

Lo curioso es que Mashu, lejos de disgustarle, le agradó la resolución de Etza; porque, si bien es cierto que ya no venía a sus manos Tungura, lo que por supuesto no esperaba, puesto que ante fuerza mayor había tenido que designarse de antemano; pero, cuanto a Etza, a lo menos le quedaba el consuelo de que si no era suya, no era de nadie... Estado de ánimo de Mashu que no se le escapó al perspicaz Explorador.

Proaño pues, ante lo inesperado de Etza, se quedó en extremo chocado de su conducta, al ver cómo se complacía en atormentarle, después de que tanto había llegado a quererle. Y resolvió castigarla. Y con tanta mayor razón resolvió esto, cuanto que ya había conseguido lo principal, lo más difícil, el poner a salvo la vida de Tungura, para lo cual le había servido de medio la generosidad de Churubi. Y resolvió castigarla como he dicho; y así le dijo Churubi por lo bajo que no tuviera cuidado, que todo lo arreglaría en su favor.

Proaño vio que ya todo estaba hecho; que había logrado evitar más derramamiento de sangre, a la vez que había conseguido pagar a Etza sus favores. Pero todavía le quedaba algo por hacer: castigar a Etza por su porte injusto y cruel con Churubi, y procurar un acercamiento entre los jefes rivales. Y comenzó por servir él en persona chicha bien madura a los jefes, después de lo cual ordenó que igual cosa se hiciera con los demás jívaros. Luego regaló dos escopetas a Mashu y otras dos a Changachangasa, asegurándoles que eso era por lo pronto, pero que ya verían cómo se portaba con ellos aquella noche. Esto puso contentos a los jefes kanusa y makummas.

Entonces Proaño dio en secreto las órdenes del caso a los macabeos, en el sentido de preparar una fiesta para agasajar a los jefes jívaros.

En efecto, los macabeos invitaron a sus casas a todos, inclusive a los que estaban amarrados, a quienes Proaño había querido que se mantuviesen así hasta ocasión más oportuna.

La casa de Pedro Carvajal que era la mejor de Macas, y la única tan grande como la de los jívaros, fue la destinada para la fiesta, a donde fueron llevados Mashu, Changachangasa, Churubi, Kondorango y los demás capitanes, inclusive el mismo Tungura y Etza, y las mujeres de Tungura y de Mashu. Los demás se repartieron en las otras casas de la población.

Una vez que logró Proaño llevar a la de Pedro Carvajal a los principales, entonces fue cuando hizo derroche de generosidad, en cuanto las circunstancias lo permitían. Y entonces fue donde consumió vino y licores que había dejado en Macas antes de su expedición, y compró a los macabeos los mejores chanchos, y los hizo derribar aquella misma noche. Y él en persona se puso a servir a los jefes y sus mujeres. Y cuando ya todos estaban bien calientes, y cuando ya sonaban por todas partes pífanos y tambores, entonces Proaño llamó por lo bajo a Churubi, y le dijo: "Generoso Churubi: Etza te quiere, no lo dudes. Yo lo sé... Pero es caprichosa, y se complace en hacerte sufrir. Pues bien, es preciso vencer esa resistencia, y para ello el remedio está en tus manos. Tienes la cimayuca del Achuara, y si no tienes yo tengo. Tú no has querido emplearla por orgullo, porque no has querido hacerte querer por medios artificiales. Tu has querido que Etza te quiera por tus merecimientos. Y has tenido razón. Pero Etza te quiere, te lo juro. Lo único que hay es que precisa vencer ese su capricho tan fútil como insensato, que puede ocasionar la perdición de ambos.

—Ah, blanco!... —dijo, con un modo que a la vez que revelaba gratitud para com Proaño daba a entender que podía haberse arrastrado a cosas sangrientas.

—Pues aquí tienes esta cimayuca— le dijo, dándosela una que había destinado para los museos— Pónte en la uña del pulgar, y en el momento en que sirvas nijamanchi a Etza, introduce el pulgar en la bebida. Yo haré que Etza te la acepte. Y entonces... ya sabes.

—Ayu, áyu!— respondió contento Churubi. Entonces Proaño se le separó, y el intérprete Carvajal siguió hablándole a Churubi respecto del afecto que Proaño le tenía, y de cuanto trabajaba por su felicidad.

Jamás ni jívaros ni macabeos habían tenido una fiesta así, con tan esquisitos licores como los que Proaño les había ofrecido. Y se sentían todos orgullosos de tomarlos.

Por sus antecedentes, y por lo que esa noche hacía Proaño, tanto llegó a imponerse ante los concurrentes, que su voz vino a ser obedecida ciegamente. Los prisioneros confiaban en su protección; y los otros, inclusive Mashu y Tungura, que aunque nunca había querido a los apachis pero que ahora daría su vida por Proaño, todos hasta los que se tenían por perjudicados, todos llegaron a interesarse por Proaño y a someterse a su voz. Tal fue ese dón que la naturaleza le había dado al ilustre Explorador para acarrearle todas las voluntades y captarse todas las simpatías.

En ese estado las cosas, Proaño invitó a bailar entre sí a las dos Zamarindas, la mujer de Tungura y la de Mashu. Ellas se resistieron con cierta timidez en un principio; pero Proaño se levantó a sacarlas, a la vez que les ofreció una escopeta a cada una para sus maridos si bailaban. Ellas entonces vieron las caras a sus maridos, quienes de una manera risueña les hicieron con la cabeza una señal de aprobación y de consentimiento. Entonces echaron a bailar las dos Zamarindas, pero con tanta grancia y entusiasmo, que con muestras delirantes de placer festejaron todos los macabeos esa especie de reconciliación. Apenas acabaron de bailar, Proaño les dió a cada una la escopeta ofrecida, las que en seguida entregaron a sus esposos. Tungura no pudo cogerla, porque tenía atadas las manos, pero la cogió uno de sus hijos. Luego provocó Proaño un baile entre Churubi y Etza, ofreciéndoles otras escopetas, pero Etza se negó. Entonces Proaño llamó a su lado a Etza y llamó a Churubi y a Carvajal, y dirigiéndose al Achuara, dijo Proaño: "Y que piensas tú hacer de Tungura? Piensas matarle?

—Ah, eso es imposible! dijo Churubi— Es el padre de Etza!

—Pues entonces; por qué no haces que le desaten?

—De recelo de que se disguste Mashu— respondió un tanto por lo bajo Churubi.

—Es que Mashu no puede disgustarse, porque tú tienes derecho a disponer de Tungura como a bien tengas. Pues me facultas para que yo le ponga en libertad?

—Con mucho gusto, generoso blanco— dijo Churubi mirando apasionadamente a la hija de Tungura— No has podido pedirme cosa mejor que la libertad del padre de Etza.

—Pues bien— dijo Proaño en alta voz dirigiéndose a los jívaros— Cuál quiere ganar una escopeta desatando a Tungura?

—Yo!— saltó de por ahí Kondorango— que tan ansioso estaba de escopetas.

—Pues a la obra!...

A poco estaba hecha la operación, y Tungura libre. Cosa que en otras circunstancias hubiera desconcertado a sus enemigos, pero que ahora estaban muy alegres con el mucho beber, y sobre todo muy dóciles a la voz mágica de Proaño.

Al punto sacó el Explorador, con admiración de todos, un vino espumoso a modo de champaña, y él en persona ofreció la primera copa a Mashu, luego a Changachangasa, y así a los demás. En seguida de lo cual le dijo a Mashu: "Te he visto muy aficionado a mi carabina y a mi pistola; tienes razón, porque es lo mejor que yo tengo. Pues quiero regalártelas a tí, para que las conserves como un recuerdo mío".

Mashu no sabía cómo agradecer a Proaño tan precioso ofrecimiento, basta que había sido de las mejores armas que tenía aquel jefe blanco que había llegado a ejercer en su ánimo una especie de sugestión.

A Changachangasa, que veía con ojos envidiosos el regalo, le obsequió también con una escopeta y un revolver ordinario.

Y en esos momentos en que mucho bailaban, sobre todo desde que quedó libre Tungura, Proaño hizo cesar todo baile, y llamando la atención de todos, y poniéndose entre Etza y Churubi, dijo a éste por medio de su intérprete en voz alta: Ya que tan generoso te has mostrado con Tungura, ya que tanto quieres a Mashu, a Changachangasa, a Kondorango, y más capitanes aquí presentes, y puesto que aquí se encuentran las dos Zamarindas y Etza, y las demás mujeres de Mashu y de Tungura; quiero que en señal de paz ofrezcas tú con tu mano a todos los concurrentes una copa de este espumoso licor que me es grato ofrecerles.

Y en diciendo esto destapó una botella, cuya tapa con gran ruido fue a herir el techo de la casa, y fue poniendo con su mano en una copa jívara llamada natipa, que tenía Churubi, de ese espumoso licor. Al primero que ofreció Churubi fue a Proaño, como un acto de deferencia hacia él. Y como el Explorador se hallaba al lado de Etza, le dijo a Churubi: "Voy a tomar íntegra esta copa que me ofreces, en agradecimiento de haber puesto en libertad al padre de la bella Etza, pero con la condición de que la siguiente copa ofrecerás íntegra a mi grande amiga, obligándola a apurarla toda".

Palabras estas últimas que acentuó de propósito Proaño, como para recordarle que había llegado la ocasión de darle la cimayuca a la soberbia princesa.

En efecto, advirtió Proaño que mientras tomaba la copa, cosa que de propósito hizo lentamente, Churubi, de una manera disimulada, se armó en la uña de aquella mágica sustancia, y al servir a Etza ese espumoso licor, le vio introducir en él, bien adentro, el pulgar.

Churubi ha andado muy generoso con tu padre— le dijo Proaño a Etza— y es justo que en señal de regocijo tomes íntegra esta copa que el generoso Achuara te la ofrece.

Como siempre hablaba poco Etza, esta vez tampoco habló; pero si se tomó haciendo ostentación de apurar la copa hasta la última gota, cosa que llamó la atención a Proaño, acostumbrado como estaba a verla probar apenas una copa ofrecida por Churubi.

Y siguió ofreciendo a los demás el Explorador, llenando con su mano la natipa que tenía Churubi.

No había el Achuara acabado el turno, cuando con gran sorpresa de todos, fue invitado por Etza a bailar.

Es indescriptible el asombro desde luego, y después el entusiasmo que en los más se despertó al ver esa inesperada actitud de Etza, que ya bailaba frenéticamente con Churubi al són de muchas flautas y tambores y del alentar del Cazador de Tigres en la puerta a modo de bombo. Y a esta pareja siguieron otros y otros, y en breve aquella vasta sala se convirtió en algo mágico en que el frenesí se apoderó de todos.

Proaño, que advirtió cómo Tungura miraba con gusto ese bailar de su hija con Churubi, pues que siempre había deseado tan feliz enlace, acercóse a él y le dijo: "Sabes Tungura por qué baila con tanto ardor Etza con Churubi? Pues en prueba de gratitud, por haberte salvado la vida. Tú debes quererla.

—Siempre la he querido— respondió Tungura— pero ahora más. Ah! yo querría ver a mi hija de esposa del gran hijo de Huakérema. Tú, que tanto poder tienes, que tanta sugestión ejerces en nosotros, tú puedes alcanzar ese enlace.

—Y a dónde piensas que encamino las cosas? Y por qué piensas que pregunté enantes delante de tí si ya había llegado de Paira, a donde había a confesión, Fr. Alvaro Valladares? Es que, estoy disponiendo las cosas de modo de alcanzar el consentimiento de Etza; pero quiero que se casen conforme a mi religión, porque mi religión es de paz y amor, y no de venganza.

Proaño, aunque cristiano, no era católico, pero no disentía del catolicismo sino en ciertos puntos. Que por lo demás estaba de acuerdo con dicha doctrina, a la que consideraba como una de las dos más poderosas palancas con que la religión dirigía al género humano hacia sus futuros destinos: el catolicismo y el protestantismo: dos fuerzas supremas que, con la apariencia de

rivales, marchaban juntas, la una entrañando la libertad, y la otra el amor y el sentimiento; tres fuerzas inspiradoras del arte sublime.

Y porque Proaño pensaba así, era amigo de las misiones religiosas en el Oriente Ecuatoriano, y las defendía; en lo cual por cierto estaba de acuerdo con García Moreno. Y por eso estimaba mucho al Padre Valladares, de la Orden de Predicadores, que con celo verdaderamente evangélico, trataba de convertir al catolicismo a los infieles, y se empeñaba en abrir caminos y en fundar poblaciones en las selvas jívaras.

Pues armado de tales sentimientos fue como Proaño lo hablaba de Tungura aquella noche; después de lo cual le dijo también: "Bravo jefe de los moronas: me queda la satisfacción de haber hecho cuanto estaba en mis manos en tu favor y de tu real casa. Pero no quiero dejar incompleta mi obra; quiero que tu realices la mayor de tus aspiraciones, que es ver a Etza casada con el hijo de Huakérema. Y allá voy. No ves cómo baila ahora con Churubi? No ves cómo baila con tanto entusiasmo y cómo le mira con tanto fuego? Pues pregúntale a Churubi, y él te dirá que esta es mi obra. Mas, para coronarla, para conseguir que Etza se case con Churubi, te pongo una condición, una sola.

—Cuál? Cualquiera que sea me someto a ella, blanco generoso: mi soberbia se ha inclinado ante tí, y soy todo tuyo.

—Pues bien, ínclito Tungura— dijo Proaño. Sólo te pido que te reconcilies con Mashu, y entres en amistad con él y con Changachangasa.

—Generoso blanco— dijo Tungura— yo soy de palabra, y mi palabra vale lo que vale el Morona. Y puesto que de antemano te había ofrecido someterme a tu voluntad, haré lo que tú mandes, siempre que no falte por Mashu; que a Changachangasa, no creo que tenga tanto rencor conmigo.

Proaño no esperó tal triunfo. Tungura era el hombre más soberbio de la selva, y en ese momento que así hablaba se convenció con verdadera satisfacción, de cómo a tal punto había logrado dominar las voluntades jívaras.

De Mashu no dudes— dijo Proaño.— El me quiere, y yo me encargo de lo demás. Proaño fuera de sí de contento con esta actitud tan inesperada de Tungura, se acercó a una luz de cera de laurel, que más que luz era humo, y escribió la siguiente esquila: "R.P. Valladares: Apenas llegué a Macas, pregunté por Ud., y me dijeron que se había ido ayer a confesión a los cerros de la cascarilla, esto es a Paira, y que no volvería sino muy tarde el día de hoy. Pues acabo de saber que ha llegado, y aunque me extraña que no haya querido verme, me apresuro a dirigirle la presente, con súplica de que se venga a la bre-

vedad posible a ejercitar un acto religioso íntimamente relacionado con esa su noble misión de salvar almas. Se trata del enlace de la hija de Tungura con Churubi, de cuya historia así como de mis últimas aventuras ya sé que está Ud. bien enterado. Pero estoy disponiendo las cosas de modo que se casen católicamente; lo cual de seguro tendrá gran resonancia en todas las jivarías, y contribuirá a aumentar a sus ojos el prestigio de Ud. y de los demás misioneros. Espero pues de la bondad de usted se sirva venirse a la brevedad posible.- Su afectísimo amigo.- Coronel Victor Proaño".

Mientras Proaño escribía esta esquela, ya Etza y Churubi habían dejado de bailar, y salió Churubi afuera, sin duda porque se necesitaba; pero Etza salió enseguida tras el Achuara, de quien ya no le era dable separarse un instante. Al punto en que Churubi la vio afuera a su querida Etza, se abrazaron los dos bajo un canelo: fue la primera vez que se abrazaban, y se besaban, más que con la boca con el alma; tal era el fuego, tal el delirio de que uno y otro se sintieron animados en ese instante.

En ese momento fue cuando salió Proaño a aviar al que llevaba la esquela al convento, y alcanzó a ver a la luz de la luna que Etza y Churubi se besaban bajo el canelo.

Tan enajenados, tan ebrios de amor estaban uno y otro, que no repararon en Proaño, quien por su parte se apresuró a entrarse para poder verlos sin ser visto por las rendijas de la quinchá.

Qué hermoso es el beso!- dijo para sí Proaño al ver aquello. El beso!... Es el primer paso que da el instinto hacia su obra maravillosa de generación; y por lo mismo, nada más íntimo ni nada más mágico que el beso. Todas las fuerzas, todos los atractivos de la creación, parecen haberse condenado en ese acto al parecer tan sencillo, el del beso: la electricidad, con ese su sacudimiento nervioso; el fuego, con ese calcinarse de las entrañas, con ese fundirse de los dos en uno solo al contacto de labios delicados, de dos almas puras...; el magnetismo, con su atracción irresistible y ese su encanto indefinible y mágico que es el grado supremo del placer que siente el que besa. Y a todas estas fuerzas, que causan tan febriles sacudimientos, hay que añadir todas las delicadezas, todos los aromas, todas las ternuras que experimenta el que besa.

Por supuesto, Proaño al hablar así, se refería no al beso en general, en el que estuviese comprendido el beso maternal por ejemplo, que es de naturaleza superior a aquel que me ocupo. Proaño se refería a ese beso que suelen darse dos seres que se quieren, que se atraen por pertenecer a los dos polos del

género humano, cuyo contacto hace estremecer la tierra; como ese beso que ese momento se daban Churubi y la hija de Tungura.

Proaño comprendió pues al punto el inmenso alcance que ese beso tenía, puesto que se trataba nada menos que del gran Huakérema y de la hija del gran Tungura. Y vio con ello coronada su obra, de descubridor del Morona y de conciliador de la gran familia jívara, que ya en lo adelante no vivirá en perpetua guerra como hasta aquí.

Proaño al pensar de esa manera no se engañaba, según lo demuestra lo que vino en seguida.

El Explorador hasta que viniese el dominico hizo preparar una especie de banquete: sacó para el Padre Valladares, conservas y licores, y para los macabeos y los jívaros, que no gustaban de conservas, hizo preparar mucho chanco, mucha yuca y mucho plátano. El Padre Valladares no se hizo esperar. Apenas entró, comenzó a dar sus excusas a Proaño, y a ponerle de manifiesto los motivos que había tenido para no venir a verlo cuanto antes; pero que tan pronto como había recibido su esquila, que le llenó de gusto, se apresuró a venir. Comenzó pues Proaño por hacer la presentación de Fr. Alvaro Valladares como el Huéa de los blancos, esto es como su sacerdote, a Tungura, a Mashu, a Changachangasa, a Churubi, a Kondorango y los demás capitanes. Y este acto de presentación lo hizo Proaño de propósito con muchas muestras de respeto hacia el sacerdote, a fin de infundir en los jívaros igual veneración hacia él. Estos, al verle vestido de esa larga sotana negra, y al ver la manera respetuosa con que Proaño le trataba, también ellos por su parte se inclinaron ante la majestad del recién venido.

En breves palabras le puso Proaño al corriente de todo al Padre Valladares, y cuál era su pensamiento en esa noche.

El padre supo secundar a maravilla los nobles propósitos de Proaño.

Por otra parte el Explorador no perdía ocasión de disponer a Mashu en favor de Tungura.

Proaño le dijo al Padre que, para disponer mejor los ánimos de todos había preparado una ligera cena, con el propósito sobre todo de ofrecerle a él una copa de vino. El dominicano le respondió, que la comida no le aceptaba porque había comido ya, pero sí el vino, por cuanto tan precioso licor siempre era apetecido en aquellas soledades.

Y se sentaron en torno de una larga mesa, que era el mismo suelo, cubierta, no de manteles, porque no los había, sino de hojas de plátano, y se sentaron sobre los únicos asientos que había, cuales eran unas canoas partidas las que suelen ser los muebles de los macabeos. A Proaño quiso acomodarle el

Cazador de Tigres en un sillón toscamente fabricado, y tan pesado que necesitaban de dos para moverlo. Pero Proaño les dijo que no se molestasen, que el prefería sentarse en la canoa como todos. Y así lo hizo.

Escusado es decir el muy buen apetito con que todos se sirvieron de cuanto había en la mesa, y el placer con que tomaron el chuya alternando con los licores de Proaño.

Pero lo que más le gustaba al Explorador era la manera lánguida, profundamente amorosa con que Etza miraba a Churubi, de cuyo lado no quería separarse; llegando al extremo de arrimar la cabeza en el hombro del mancebo. Cosa que sorprendía a cuantos sabían la manera desdeñosa con que siempre le había tratado Etza a Churubi. A Mashu le chocaba ver aquello; tanto porque siempre le había apetecido por esposa, cuanto porque en ese rendimiento de Etza a Churubi venía aumentarse enormemente el poder de Tungura, cuyo prestigio tenía que eclipsar su propia fama, por más que hubiese llegado como llegó a vencer al jefe de los moronas.

—Etza... quieres casarte con Churubi?, le preguntó maliciosamente Proaño, cuando estaba en lo mejor del banquete, y cuando ya habían bebido mucho. Ah!— dijo Etza con una sonrisa lánguida y con una satisfacción profunda de verse preguntada así— Ah, blanco!, si yo le considero como a mi novio!... si es imposible que yo pueda vivir sin Churubi, el amigo de mi padre, el vencedor de Shutashutajáma!

A estas palabras de Etza, Churubi, que había bebido mucho licor, pero a quien el amor le tenía más ebrio que el mismo vino, miró a Etza con tanta gratitud y pasión que las lágrimas le brillaron en los ojos.

Entonces Proaño hizo venir a Tungura a su lado, y le dijo: "Gran jefe de los moronas: Churubi, el hijo de Huakérema, el famoso vencedor de Shutashutajama, está locamente enamorado de tu hija, la bella Etza. Ella por su parte ha tenido el buen gusto de corresponder a tan gentil como ínclito mancebo, y solo espera tu consentimiento para unirse con él en matrimonio. Qué dices Tungura?

—Yo me alegro— respondió el jefe de los moronas— el tener por yerno al más valiente de los guerreros del poderoso Pastaza. Y cuanto al consentimiento de que me hablas, no solamente lo doy, sino que delego a tí todas mis atribuciones de padre, para que arregles el asunto como a bien tengas.

—Te quedo muy reconocido, bravo Tungura— dijo Proaño—. Pero quiero que este casamiento se haga catolicamente, y que sea nuestro Huéa, el Padre Valladares, aquí presente, quien bendiga la ceremonia.

—Que así sea dijo Tungura.

—Está bien— dijo a su vez el Padre Valladares— pero es preciso que el bautismo preceda al matrimonio, a fin de que el Espíritu Santo descienda sobre los contrayentes, e ilumine su inteligencia, y puedan ver los misterios que encierra nuestra santa religión.

—El Padre tiene razón. Qué dices Tungura?— preguntó Proaño.

—Me gusta tu religión— dijo el inteligente jefe de los moronas— porque siempre he visto que los cristianos tratan de hacernos bien. Y ya he dicho, bravo Kapitio, que lo que tú quieras haremos. Y no sólo consiento en que mi hija se bautices, sino que también yo quiero bautizarme, porque también yo quiero ser cristiano.

El Padre Valladares se llenó de gusto al ver que iba a librar de las penas eternas del infierno a esas almas que hasta aquí habían permanecido sumidas en las tinieblas del gentilismo y en la más absoluta ignorancia de las verdades eternas. De suerte que procedió a bautizar de la manera más solemne, primero a Tungura, y después a Etza y a Churubi a quienes en seguida les casó.

Entonces Proaño, tanto por la buena voluntad que a Tungura y Churubi tenía, como por despertar la codicia de los demás, apenas el Padre Valladares terminó las ceremonias del bautizo y el matrimonio, les obsequió a Tungura y a Churubi con dos lindas escopetas y seis botes de pólvora a cada uno.

—Y tú Mashu, cuántas escopetas quieres?

—Diez— respondió Mashu, mostrando las dos manos cerradas.

—No tengo tantas, pero te daré cuatro y diez botes de pólvora— dijo el Explorador.

—Bueno, dáme— se apresuró a contestar Mashu, orgulloso de que a él le daba el doble que a Tungura.

—Está bien— dijo Proaño— pero quiero que también tu te bautices, porque eres mi amigo y te quiero, y así tendría gusto de verte en el seno de los cristianos. Ya sabes cuán amigos son los blancos de los jívaros a quienes los Padres han bautizado, y a quienes les hacemos obsequios y les prestamos protección contra el ataque de los enemigos. Si tu te bautizas, yo seré tu padrino como lo fuí de Tungura.

El inteligente Mashu, que veía esa su aislada situación en que se iba quedando, y que comprendía cuánto era el poder de Proaño y su prestigio entre los más poderosos guerreros de la selva, al punto accedió a lo que Proaño le pedía, y se hizo bautizar. Acontecimiento que fue casi tan sensacional como lo había sido el bautizo de Tungura y el matrimonio de Etza con Churubi.

Después de Mashu no hubo inconveniente para conseguir que también Changachangasa y los demás guerreros se bautizaran.

Entonces Proaño y el padre Valladares se encargaron de lo demás; porque después del bautizo y el matrimonio de los jívaros, se bebió tanto y se bailó con tal delirio al són de tambores y flautas de los jívaro y del bombo de los macabeos, que fue aquello una loquera. Y en ese delirio en que todos bailaban y en que los jívaros lanzaban salvajes gritos de placer, no fue muy difícil a Proaño y al Padre Valladares conseguir lo que perseguían, porque a poco que hicieron vieron con júbilo inmenso que Tungura y Mashu se abrazaban!...

Ese fue el punto culminante a donde llegó la obra de Proaño, de esa alma inmensa que mientras vivió sobre la tierra sólo persiguió cosas grandes y nobles. La obra pacificadora del Explorador vino a ser tan eficaz, y tan duradera la amistad entre sí de Tungura y Mashu y Changachangasa y Churubi, que la paz evangélica reinó en la inmensidad de las selvas orientales por el espacio de muchos años, a lo menos mientras vivió Tungura.

Es inexplicable el placer que experimentó Proaño aquella noche al ver aquel abrazo de dos tan mortales como formidables enemigos: Mashu y Changachangasa. ¡Y a estos se les llama salvajes!— exclamó al impulso de un amor inmenso que sintió hacia los jívaros en ese instante. Y pensó en cuánto había sido testigo durante su exploración por el Morona, y en cuánto relativo al jívaro le habían contado, y pensó en la Tunduama que supo armar hasta el suicidio, y en Nánki, que supo ser leal en la amistad, y pensó en Etza que en más de una ocasión se había mostrado dispuesta al sacrificio por salvar una vida que le había interesado, y pensó en Churubi, y ahora en Tungura... Y vio que también los salvajes sabían sentir, que también los jívaros sabían amar con delirio, que también ellos eran sensibles a los nobles sentimientos de la amistad y la gratitud, y que por su inteligencia y altivez, y por ese su espíritu de imitación que les caracterizaba, que aún aptos les volvía para el progreso, por cuanto de bueno en ellos había encontrado, vio, digo, el Explorador que aquellos misteriosos salvajes, tan calumniados, solo esperaban la palabra evangélica que les viniese a alumbrar, y la mano generosa que les supiese guiar por el camino de la paz y la civilización.

Y cuando tres días después de mucho bailar y divertirse, llegó el momento de la eterna despedida, en que el Explorador y los jívaros se dieron un abrazo último, ellos para internarse a las selvas, y el Explorador para repararse para siempre a lejanas tierras, en ese momento digo, de ese adiós eterno, los jívaros en señal de amistad y gratitud imperecedera hacia el jefe blanco, pidieron al Padre Valladares que el camino que de Macas al Morona había

recorrido el Explorador, le bautizara con el nombre de la "Vía Proaño", momento desde el cual todos conocen con ese nombre el camino que de Macas conduce al Morona. Y por esa vía regresaron a sus casas, Churubi siempre acompañado de Pándama, el hijo de la cautiva.

A la tarde de aquel día, ya los jívaros se hallaban en la cumbre del Kutukú, que ocultaba las regiones orientales; mientras Proaño, que se encaminaba hacia el ocaso, se hallaba a su vez, acompañado del jivarito Eduardo, en el Mirador de Macas, en los altos cerros de Yungallí, donde abunda el quino, el cedro y la palmera y las bellísimas orquídeas y donde tenía que pernoctar para seguir su viaje de incógnito al Exterior.

Era a eso de las seis de la tarde, en momentos en que el astro de la noche se anunciaba por unos vivos reflejos detrás del Kutukú. En donde debían los jívaros dormir había una luz: eran las grandes fogatas que habían hecho, lo que a la distancia sólo aparecían como débiles reflejos de una luz.

Prendió Proaño sus últimas miradas a la lejana Macas, que se extendía allá abajo en las riberas del Upano, ya miró más allá, al otro lado del Upano, la antigua Sevilla de Oro, y miró al Kutukú, y vio en el alma lo que quedaba al otro lado de la cordillera... Adiós Macas!— dijo al fin, miró aquella misteriosa población que ya se confundía con la noche. Adiós Etza dijo mirando aquella luz del Kutukú que titilaba. ¡Adiós Nanto!

Era el momento en que la luna, radiante y bella, comenzaba a aparecer en el Morona detrás del Kutukú.

Apéndice

EXACTITUD HISTÓRICA, GEOGRÁFICA Y ETNOGRÁFICA DE LA NOVELA "ZAPIKIA Y NANTO"

He procurado ajustar esta novela en lo posible a la historia y la geografía de mi tierra, a lo menos en cuanto lo permitía la naturaleza de la obra.

Como prueba de la exactitud geográfica adjunto a este Apéndice un Croquis* cuya parte litográfica se trabaja en la Escuela de Bellas Artes de Quito, en el cual consta la parte descubierta por el mismo autor y en donde se desenvuelve gran parte del asunto.

Cuanto a la exactitud histórica, he aquí los siguientes documentos:

El Coronel Don Francisco de Paula Secada, que llegó a ser Ministro de Obras Públicas en Lima, en su informe de 2 de Noviembre de 1869, como Prefecto de Loreto, se expresa en los términos siguientes:

"Del examen detenido que en cumplimiento del derecho supremo que precede he hecho del expediente, del viaje que el Sr. Coronel Dn. Victor Proaño ha hecho desde el Ecuador al Perú, por la vía del Morona, y de los datos que con proligidad he buscado, antes de ahora, para formar un juicio cabal de aquellas regiones, y encontrar los medios de encarrilarlos hacia la civilización y el progreso; más que todo con la esperanza de recomendarme ante el Gobierno y la Patria, mediante las empresas que, como autoridad pueda realizar en el vasto departamento de Loreto, he puesto el esmero posible para adquirir las convicciones siguientes:

"1º.- Que la vía descubierta por el señor Proaño es la más importante, pronta y fácil de las que se pueden dejar expeditas, en la parte oriental de la República; ya porque acercan la comunicación de la capital (Lima) con sus lejanos pueblos en el Amazonas, ya porque comunican al Pacífico con el Atlántico, ya porque en su trayecto, que es el más corto que se presenta al través de los Andes, no se encuentra ningún obstáculo que sea insuperable, ya también por las riquezas que en toda su extensión se encierran".

"2º.- Que por las declaraciones de los individuos que se hallaron en la isla del Potro a tiempo que el señor Proaño salía del Morona, conducido por los salvajes de los que habitaban las márgenes y cabeceras de dicho río; igualmente que por los informes de la "Sociedad de Patriotas del Amazonas", del distinguido Obispo de esa Diócesis, finado Dr. Ruiz, persona la más competente por sus vastos conocimientos topográficos y prácticos consignados en las fojas 11, 12, 13 y 15 del primer cuaderno, y de fojas 9 a 17 del segundo, se demuestra evidentemente, que el descubrimiento hecho por el señor Proaño es real y positivo, así como le pertenece la gloria de haber sido el primero que ha penetrado en aquellas desconocidas selvas, después de haber meditado y anunciado con anticipación tan estupenda empresa, como se comprueba por los cuatro primeros documentos del segundo cuaderno".

"3º.- Que son incalculables los bienes que reportarán las naciones ribereñas al dejar expedita aquella vía por donde pueden transportarse la civilización y el comercio a esas inmensas comarcas, habitadas hoy por tribus bárbaras, a quienes la filantropía de un Gobierno ilustrado, como el de V. E., debe atraer a toda costa a la vida civilizada, favoreciendo el tráfico y aprovechando de las relaciones de amistad, que el atinado explorador dejó establecidas en su tránsito; relaciones que deben sostenerse y cultivarse para la seguridad de los viajeros y de los establecimientos que deben formarse al pie del pongo de Manseriche, a cuya inmediatez desemboca el Morona".

A más de estas declaraciones de altas personalidades peruanas que revestían carácter oficial, tenemos también que los Congresos del Ecuador de 1865 y 1867, y la Asamblea de Ambato de 1878, y los Congresos de dos gobiernos del Perú, hicieron idéntico reconocimiento en favor de Proaño. Con la circunstancia de que el Perú aún se fué más allá en esto de prodigar honores al gran explorador ecuatoriano, pues en el Congreso de 1874, la Cámara del Senado aprobó un proyecto de ley, por el cual se le concedía a nuestro compatriota una medalla de honor, la pensión vitalicia de trescientos soles mensuales, los honores de Contra Almirante y ciudadanía de esa Nación. No pasó a la Cámara de Diputados el proyecto, por cuanto Proaño se negó a renunciar a su país natal.

En la "Geografía y Geología del Ecuador por Teodoro Wolf" pág. 195, se lee lo siguiente: "El río Morona. Al General Victor Proaño (ecuatoriano) se deben los primeros datos importantes sobre el sistema superior de este río, y un itinerario desde Macas hasta su desembocadura en el Marañón, en el año de 1861. Seis años más tarde, en Julio de 1867, subió el primer vapor por el río, con el mismo señor Proaño y una Comisión peruana a bordo.

El Capítulo XV del libro de Raymondy, titulado "El Perú", principia así:
"Navegación del Río Morona por el Coronel D. Victor Proaño.- Navegación del Río Madre de Dios por don Faustino Mandonado.- 1861-1862.- 1861.- Navegación del Río Morona por el Coronel D. Victor Proaño.- Entre los ríos que afluyen al Marañón por el lado del N., y que tienen su origen en la República del Ecuador, cuéntase el Morona, el que a pesar de que se conoce su nombre desde hace ya muchos años, no había sido explorado todavía.- Es al Coronel D. Victor Proaño, que debemos el primer itinerario del camino desde la población de Macas, hasta el embarcadero en el río Miazal, y de la navegación del río Morona hasta su desembocadura en el Marañón.- Hallándose el Coronel Proaño en 1861, confinado por asuntos políticos de Macas, pequeña población trasandina perteneciente a la República del Ecuador, averiguó con los naturales del lugar y con los indios Jívaros, que viven inmediatos a Macas, la dirección de los ríos y sendas que habían seguido para comunicar hasta el río Marañón, y habiendo adquirido datos muy favorables, proyectó emprender un viaje y reconocer esa nueva vía entre el Ecuador y la región amazónica.....

Su viaje fué muy lento... Así que empleó muchas jornadas... Como se puede ver por el diario del Coronel Proaño, que voy a transcribir aquí textualmente..."

Terminado el diario en referencia, añade Raimondy las siguientes palabras:

"De lo dicho se deduce, que la vía que había dado a conocer el Coronel Proaño, es sin duda una de las más cortas, para pasar desde el Pacífico a un río navegable, que tributa sus aguas al gran Marañón, y establecer de consiguiente, una fácil y pronta comunicación con el Atlántico..."

En un libro titulado "Informes relativos al Sur del Oriente, presentados al Ministerio del Ramo" por el que estas líneas escribe se lee lo siguiente:

"Este divortium aquarum era para mí interesante, a causa que desde los antiguos jesuitas, todos los geógrafos y exploradores, como Villavicencio, Mera, Wolf, Raimondi y otros, tan supuesto que el Upano no era sino el alto Morona; y que el primero que sostuvo que el Upano iba al Santiago y no al Morona, fué el atrevido explorador General Victor Proaño, descubridor del Morona, afirmación que combatió Wolf y Raimondi... Y tanto más de notarse todavía es este punto, de tan larga controversia, cuanto que en este mismo viaje he advertido que no faltan macabeos, y aún jívaros, que creen que el Upano, si bien va a dar al Santiago, con todo suponen que este se encuentra con el Morona y forman los dos un solo río".

En un folleto del mismo autor se lee también lo siguiente:

"...Pero antes de ellos hubo un hijo de Pais de grandes energías, a quien podemos llamar el Stanley ecuatoriano, el cual hasta la presente ya habría tenido su estatua si hubiera sido hijo de otra nación... Este ecuatoriano a quien me refiero, es nada menos que el descubridor del Morona, el General Victor Proaño, quien fue el primero que sentó, que el Upano nó era el alto Morona, como hasta entonces se había creído generalmente, sino el alto Santiago; afirmación que refutaron posteriormente Raimondi y Wolf, pero sin razón según que el tiempo ha sacado verdadero a Proaño".

El Obispo de Chachapoyas, en su carácter de explorador y Presidente de la Sociedad de Patriotas del Amazonas, en su nota de 20 de Diciembre de 1861, al Gobierno del Perú, dice: "Todos y cada uno de los socios que conocen las vías descubiertas hasta la presente, están persuadidas que nadie antes del señor Proaño haya salido del Ecuador por el Morona: este riquísimo río no ha sido conocido sino en su desembocadura por todos los exploradores del Maraón y sus afluentes, porque se ha hecho impenetrable por la ferocidad de las formidables tribus que pueblan sus orillas, particularmente por las de los Machines y Muratos que destruyeron Santiago, Borja, Barranca y otras poblaciones que principiaban a formarse a las márgenes del Gran Río. Así, pues, a más de ser el primero que ha explorado el Morona, el señor Proaño ha conquistado con admirable tino la amistad de las belicosas tribus por donde pasó, como lo comprueban los infieles que le acompañaron hasta la isla del Potro, los obsequios que le hicieron aún de sus trofeos, y el empeño con que cambiaron sus nombres salvajes por otros cristianos, como en señal de abrazar nuestra religión".

Y en otra parte añade: "No es el objeto de la Sociedad de Patriotas del Amazonas recomendar al descubridor, porque su colosal descubrimiento lo recomienda más eficazmente ante el Supremo Gobierno y el mundo..."

La Sociedad de Patriotas del Amazonas, en su acta de 21 de noviembre de 1861, dice: "La Sociedad ha visto con admiración la prodigiosa salida del Coronel Proaño por el Morona, a través de tantos peligros e inconvenientes; ha examinado con prolijidad y complacencia los comprobantes de su descubrimiento; le ha ofrecido entusiasta su cooperación para que venga a realizar sus filantrópicos proyectos, y habría querido tributarle todos los homenajes a que es acreedor un hombre de genio, emprendedor y arrojado. Todos y cada uno de los socios que conocen las vías descubiertas hasta la presente, están convencidos que nadie, antes que el señor Proaño, haya recorrido el Morona..."

Respecto a la importancia fluvial del Morona, he aquí estos documentos:

Un notable ingeniero de la Comisión Corográfica del Perú, después de recorrer y medir el Morona, se expresó en estos términos: "El río Morona me parece navegable por vapores pequeños hasta tres o cuatro leguas de la confluencia con el Miazal".

El Presidente de la misma Comisión Corográfica, en el parte que el 2 de Abril de 1867, pasó al Comandante General de Loreto, dice lo que sigue: "Desde la isla mencionada (Yakuincha) para adelante, el río Morona, por su caudal, por su mansedumbre y por todo respecto, manifiesta ser favorable a la navegación en cualquier clase de embarcaciones".

Cuando el Comandante General del Departamento fluvial de Loreto envió el vapor "Napo", al mando del mayor de órdenes de Iquitos, Capitán de Fragata don Mariano Vargas, a observar personalmente el Morona, que acababa de descubrir un atrevido ecuatoriano; el Sr. Vargas subió hasta arriba del mencionado río, y a su vuelta informó lo que sigue: "No tengo embarazo en asegurar ante estas soledades y el mundo civilizado: que el río Morona es uno de los de más fácil navegación, entre los muchos que conozco. Fondo constante de dos y media brazas hasta cuatro. Corriente de una, dos y hasta tres millas; solo en pocos puntos y distancias cortísimas excede de dicha velocidad. El fondo del río es aparente para buques de mayor porte que el "Napo"..."

También el Jefe de la expedición militar y de exploradores del alto Amazonas, en parte que dirigió al Ministro residente del Perú en esa República, e inscrito en la memoria del Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores de 1875, dice asimismo, entre otras cosas lo siguiente:

"Con el éxito feliz obtenido por la expedición exploradora de mi mando, queda, pues, resuelto practicamente el importante problema de navegabilidad a vapor del renombrado río Morona en toda su extensión, que indudablemente es una arteria de fácil y cómoda comunicación que la Providencia ha colocado desde el mar Atlántico hasta las goteras de la cordillera oriental del Ecuador."

El Almirante Túker, citado por Raimondi en su notable libro titulado "El Perú", después de haber practicado trabajos de sonda en los principales ríos de nuestra región oriental, se expresa en los términos siguientes:

"El Napo no es navegable, sin riesgo, sino 90 millas arriba de su desembocadura, es decir: hasta la confluencia del Coca; solo en las fuertes crecientes pueden surcar algo más vapores pequeños".

"El Pastaza no es navegable con seguridad ni hasta Andoas, o sea hasta la confluencia con el Bobonaza (54 millas), a causa de que el lecho es muy ancho y pierde por tanto el canal diariamente".

"El Tigre no es navegable más acá de su desembocadura sino 60 millas".

"El Santiago no es navegable sino desde que recibe al Paute, 45 millas abajo de Macas, y tiene el insuperable inconveniente del Pongo de Manseriche, sobre el cual desemboca a distancia de cinco millas".

"Mas el MORONA es navegable desde su desembocadura en el Alto Amazonas, 30 millas abajo del Pongo de Manseriche, hasta las breñas de la cordillera oriental de los Andes, en la extensión de 345 millas: su corriente es má suave que del mismo Marañón, su canal invariable; su fondo aún en la seca, es suficiente para buques de regular calado, su anchura mide 150 metros, y el territorio por donde se desliza, el más rico de las regiones amazónicas".

También en nuestros días Mr. Julián Fabre, gerente de la compañía Colonizadora Franco-Holandesa, ha hecho estudios detallados del Morona, que ha consignado graficamente en un hermoso plano en grande escala. Y la admiración de Mr. Fabre por el Morona, no tiene límites, pues que considera a este gran río como la canal maestra de un sistema fluvial imponente, compuesto de numerosos ríos que parecen lagos, por donde se puede transportar, ya sea a la Sierra, ya al Marañón, y viceversa, los numerosos productos de estas exuberantes regiones y artículos de comercio.

VOCABULARIO JÍVARO

SUSTANTIVOS

A

AÁCHI	El patio de la casa.
ÁCHU	Chambira: planta de elegantes hojas a modo de palma, cuya fibra resistente es muy apetecida de los jívaros para fabricar peines, sacos de mallas y otros tejidos.
ACHUÁRA	Afluente del Pastaza por la derecha. Los blancos le llaman: Achual. Por antonomasia: jívaro.
AHUANGUÍMIA	Ponchito que usan algunos jívaros sobre todo los mozos.
AHUAJÍNGUIO	(La j algo nasal) Abanico por lo regular de plumas de paují, para encender lumbre.
ÁJA	Chacra.
ÁJA-NÁPI	Culebra boba.
ÁJO	Nigua.
ÁKA	Gusano.
AKÁCHU	Cinturón ancho de pelo trenzado, con que los hombres se sujetan el ití-pi. Los macabeos llaman el akáchu acáchuli. Estos cinturones suelen hacer con el pelo de los vencidos en la guerra.
AKáNKI	Cintura.
AKÁRU	La U entre u y o / = Escopeta.
AKUTÁCHE o	
AKUTÁKA	Pendiente.
ANBÚSHA	Lechusa (v. KANAKUCHI)
AMíCHA	Tigrillo negro.
AMíCHI-AMIKO	Amigo (Hispanismo)
AMÚCHA	Tigrillo.
ÁNCHI	Zancudo grande.
ANDÁCHI	El yacu-quinde o colibrí de agua de los macabeos = Libélula de grandes dimensiones, y de mucha elegancia: diríase un cometa en miniatura, tanto por la forma como por el brillo y tenuidad. El cuerpo es diminuto, y las cuatro alas, por el contrario, son grandísimas. Un ejemplar que tuve entre manos, tenía centímetro y medio el cuerpo, y nueve centímetros las alas, y era de ojos bien grandes. El color de las vaporosas

	alas, azul marino claro; cerca de las puntas, un tornasolado azul marino oscuro con dorado, en las puntas oro y blanco. Todas las alas eran tornasoladas.
ANDÍRI	Cuerno.
ANENDÁY	Corazón.
ANGACHARUKÁHE	Llaga.
ANGÁYMI	Avispa negra y brava.
ÁNGO. ANGOMÁRI	Tela de araña.
ÁNGUO	La tarde.
APÁCHI	Blanco. Cristiano.
APACHINÚM	Macas o tierra de los blancos.
ASHÁNDA (adj. y s.)	Viejo (ASHANDARÁCHU) = Vieja.
APÁY	Madera dura con que hacen el maso para tocar el tunduy.
ÁSHI-IRUMÁHE	Animal. Cacería.
ASHAMÁNGO	Varón. Hombre. Animal.
ATÁSHI	Gallina.
ATZÚTA	El más antiguo de los dioses, el mismo que hizo los ríos y los cerros; a los blancos y a los jívaros. Hora en las alturas, a diferencia de las enanas Múngüis, que habitan al otro lado del planeta.
AUSATÍ	La acción de hablar en voz alta en el ENÉMA.
AYACCHUÍ	Ave hermosa sobre todo el macho es del tamaño de una pava.
AYÚMBA	Gallo.
AYÚSA	Según algunos jívaros, divinidad cuyo poder es semejante al AYÚTA.
AYÚTA	Divinidad que ha labrado la concha del armadillo, la tortuga y el lagarto; y la que cuida el barro que hacen ollas los jívaros.

C

CÉCCHA	Nombre jívaro y macabeo de una ave del tamaño de un gorrión que tiene colores: la cabeza, verde caña; cardenillo el cuello; azul el pecho; negro el cuerpo y la cola; púrpura en la parte superior entre el cuerpo y la cola.
CIMÁYKA o CIMAYÚKA	Planta pequeña de hoja menuda y punteaguda, de forma como de canchalagua, que los jívaros hombres cultivan a ocultas de las mujeres en lugares apartados. Los salvajes atribuyen a esta planta propiedad afrodisíaca: creen que solo llevarla consigo y acercarse a una mujer; despierta en ella el amor. En cambio cuando quieren olvidarse del ser querido, bajo la acción de la cimayuca, no tienen sino que tirarse de cabeza a sacar una piedra en la boca del fondo de una laguna. (v. Núsipa).
CÚRI-SHÚNDO	Es frecuente en las jivarias, a causa del contacto con los macabeos que suelen usar muchas palabras quichuas, oírse palabras compuestas, en que entran ambas lenguas, el cúri-shúndo es un ejemplo de ésto. Curi en quichua quiere decir oro; shúndo en jívaro es moscardón. El todo:

CÚRI-ÉNTZA	cúri-shúndo, significa "alas de moscardón"; nombre que sin duda pusieron a causa que brilla como el oro. Caso semejante al anterior: voz compuesta del vocablo quichua cúri y del jívaro entza, es el nombre de un río, que tiene fama de arrastrar mucho a este metal
------------	---

CH

CHÁIHUA	Oso.
CHAKÁNGO	Bejuco de que se hacen canastos, y cuyo jugo es medicinal.
CHANBÍRA	Pita. Verde.
CHANGUÍNA	Canasto de mimbres tejidos en forma de mallas. Carece de tapa. Tiene el mismo uso que el kutúpi.
CHAPÍ	Arbusto cuyas elegantes hojas se parecen a la toquilla. Abundan sobre todo en el Miáza.
CHAPÍKA	Soga.
CHARÁMBI	Relámpago.
CHARÁPA	(Tomada del español?) = Tortuga.
CHINCHÍHUO	Borbotón, hervidero que se forma en los ríos.
CHÍECHI	Langosta.
CHIKÁYMA.	
CHIKAHUÍNA	Árbol corpulento de hoja menuda, de forma como de acacia, pero mas grande que ésta. Su madera es tan dura que sirve para masas de trapiche. Un gusano se alimenta de la savia de este árbol, y en cambio vá dejando una sustancia, que al arder despide un olor mas agradable que el incienso.
CHIMBÍ	Periquito.
CHÍGUA	Ave ventrílocua, que los macabeos llaman trompetero.
CHÍMBUI	Cedro. Banco redondo de cedro.
CHIMIÉMA	Cicatriz.
CHÍNA	Trampa.
CHÍNGANA	Olla (v. CHÍNGA)
CHÍNGA	Olla (. CHÍNGANA)
CHINGUÍMA.	
CHINGUÍNARE	Banco o asiento de árbol.
CHÍMI	Abeja pequeña.
CHINÍMBI	Gorrión.
CHIPÓTI	Porta-zaetas.
CHÍRI-CHÍRI	Especie de yerba aromática.
CHÓNTA	Año.
CHÓO	Mono de mayores proporciones que el huashi.
CHUÁNGO	Gallinazo.
CHÚI	Mango.
CHUÍA	Piña.

CHUIKÍTI	El sachamango de los macabeos. Ave canora que imita a maravilla la voz de todo animal, el canto de toda ave, mejor que el pirisho o cherlecrés. Tiene el cuerpo y la extremidad de la cola negros y amarillo el asiento de élla (v. HUÓKI).
CHUINGUÍTI	Especie de sachamango, muy parecido al cherlecrés.
CHUMIKÁHE	Sardina.
CHÚNGUI	Pájaro. Ave.
CHÚNGUI-PAKIÁKAMA	Sarta de aves disecadas, que sirve para adorno a los jívaros.
CHURÚBI	Ave de rapiña, de mayores proporciones que el cóndor de los Andes según los jívaros. Suele llevarse en sus garras a las criaturas jívaras. Un ejemplar tenía el cuerpo café, el pecho blanco, y grande la cola. Imita la voz de los monos para atraerlos con engaño y lanzarse sobre ellos.
CHURÚPA	Puerco blanco.
CHÚYA	Nombre que dan los macabeos a la chicha que toman compuesta de caña fermentada.
CHÍA-CHÍA	Tigre.

E

EÁRARAMA	Hinchazón. (v. Iyúkama)
EKÍNDA	Cosina.
ENÉMA	Acción de invitar a la guerra, imitando a los osos, a los leones; y empleando el que invita las voces; churustí, churustá; y el invitado estas: jumajastí-jumajastá.
ÉNTZA	Río.
ÉNTZA o KÁRAMA	Cascada (v. TÚNA)
ÉNTZA-NIÉKO	Río manso (v. PARÁNDIÑO)
ESKÉRA	(Voz tomada del español y adaptada a la lengua jívara) Espejo.
ESTORÁKE	Arbol cuya corteza, despide al quemar un olor más agradable que la chikahuína.
ÉTE	Abispa.
ÉTZA	Sol.
ÉTZA-TUTUPIÑO	Mediodía.
ÉTZE	Semilla colorada a modo de poroto.
ETZÉMATA	Faja de hilo de algodón, a franjas, con que los hombres se ciñen las sienes.
ETZE-TZUKAPAKATÁY	Sarta de gruesas cuentas vegetales, que llaman núpi, con la cual se cruzan los jívaros pechos y espaldas en las fiestas.
GUÁYSA-GUAYÚSA	Planta que alcanza las proporciones de arbusto y que es para los macabeos, lo que el Té, para los chinos, lo que el Mate para la América del Sur. Pero que entre los jívaros sirve la infusión de guayúsa, para terciar con agua tibia a efecto de provocar a vómito, y tener así el estómago limpio, y poder mantenerse vigoroso para la casería y la guerra. Esta

costumbre la extienden también a los niños, a los cuales la madre les presenta a la madrugada una buena cantidad de dicha infusión y una pluma con la que pueden provocar el vómito. Creen que esta costumbre comunica gran agilidad al cuerpo, y creen así mismo que no debe conservarse en el estómago lo que no ha podido digerirse durante la noche.

H

HÉTE-PUTÓ	Dos años iguales.
HÍJA	Escremento.
HIKÓPO	Arbol corpulento de madera durísima, de que los macabeos hacen masas de trapiche.
HÚA	Hueco, agujero.
HUAÁKI	Nuez, Almendra.
HUÁCHI. HUARÁHE	Ojo de aguja.
HUAHUÁSA-ÍNCHI	Camote colorado simple.
HUÁHUO	(La a entre a y o, y algo nasal) = Cocúyo. Pendiente de alas de cocúyo o moscardón, que cuelgan de los huishis. Luciérnaga.
HUAJÁ	Bado.
HUAKÁNI	Alma. Sombra. Imágen de un espejo.
HUAKÁNIRU	Imagen de un espejo. Alma.
HUÁKI	Barriga.
HUAMBÁCHI	Bolsa o saco, de piel o chambíra tejido a malla, que se tercian los hombres en el cuerpo y sirve para guardar en él, espejos, pinturas, una piedra redonda o molde para fabricar tzantzas, y otros objetos.
HUAMBÁNGO	Mariposa grande azul.
HUAMBÍSHCO	Mariposa.
HUÁMBO	Nombre de cierta vara de más de un metro de largo, que sirve para el juego denominado: Huámbo-ekéna. Bolso.
HUÁMBO-EKÉNA	Juego del Huambo. Consiste en lo siguiente: Se pone un palo en cruz, con una de las columnas de la sala tras la cual se colocan unos tras otros, todos los jívaros que quieren divertirse, los cuales mantienen las manos levantadas, como listas a coger la vara llamada huambo, que el prioste arroja de cierta distancia hacia los jugadores por cima el palo cruz; pero sujetando dicho huambo, con una cuerda larga de una de cuyas extremidades lo sostiene al lanzarlo. Repetida esa operación por varias veces, entonces cambian de puesto prioste y jugadores, y vuelve aquel a lanzar el huambo como al principio. Terminado el juego suspenden horizontalmente de los extremos del palo en cruz por medio de dos cordones, una varita de huambo, como de una tercia de largo, cosa de formar el conjunto uno como trapecio, del cual cuelgan las tzantzas, objeto de la fiesta. Operación que ejecutan en obediencia a las órdenes de la sacerdotisa o Ujája.
HUAMBONÁSA	Piedra pomes.

HUAMBÚKSA	Gente extranjera, que habitó antiguamente las jivarías y a quienes venció Kírrúba.
HUAMBUSHE	(El Huambelushe de los macabeos) = Ceibo. Arbol de los más altos del Oriente, cuyo tronco esterizado de púas, tan gruesas algunas en sus asientos que parecen trompos. Para cosechar el fruto, se suben por los árboles vecinos, como hacen con el chontarúru.
HUÁNCHI	Remolino.
HUANGÁNA	Cueva.
HUÁNGO	Tagua. Coroso.
HUAPÁY	Papaya.
HUASÁKE	Pita: hermosa planta de largas hojas fibrosas, de dos a tres metros de largo, que sería utilísima en las industrias, y que abunda en todo el Oriente Ecuatoriano.
HUAMÁKI	Pita espinosa.
HUASHÍKI	Arbol cuya madera es apetecida para canoas, por cuanto tiene la propiedad de no absorber el agua, y en consecuencia de no aumentar el peso con el uso.
HUASHÍMI	Barbacoa pequeña.
HUASHÚMBE	Especie de núz con cuyo sumo se tiñen de negro el pelo, la dentadura, lo que además la endurece. Tiene la planta la forma de sarmiento.
HUÁYE	Bastón.
HÚE	Sal.
HÚEA	Viejo que hace como de sacerdote; en las fiestas preside las ceremonias de los hombres, como la Ujája en las de mujeres, y que dirige inmediatamente al prioste en toda fiesta.
HUÉTE	Puerta.
HUÉTE-ÉPKAMA	Quisio.
HUÉYTA	Mentira.
HUINÉAM	Corral.
HUÍNGA	Azul (v. Sára).
HUÍSHI-HUÍSHI	Oso hormiguero, especie de tamádoa.
HUISHÍNO	Brujo.
HUÍSO-MÁCHI	Avecita, de cuerpo verde y cabeza café.
HUÍTO	Especie de núz que sirve para teñir el pelo de negro; cosa que dura hasta ocho días, siempre que no se sude, porque el sudor saca el tinte. Los jívaros acostumbran mascarlos. También aprovechan de esta sustancia para pintarse.
HÚNDA-AYÉSHE	Hombre robusto, mozo.
HÚNDA-KANÚSA	El río Santiago, afluente del Marañón.
HÚNDA-	
MANGOÁZA	El bajo Niáza, río que los macabeos llaman Miázal el cual unido con el Macúmma forma el Morona.
HUNGÚSHPI	Pilchecito largo que les sirve de cuchara la que no conocen.
HUNGÚNI	(El tumbúmbi de los macabeos) = Ave mas grande que el diostedé, de color azul marino, con un hermoso copete del mismo color. El azul del

HUÓKI	macho es más vivo, y bajo el pico le cuelga un lindo fleco de plumas así mismo azul. El pico es menor que el del diostedé.
HUNDA-PAKI	Especie de sachamango (v. esta palabra y Chinguíti). Puerco saíno. Jabalí.

I

ICHÍNGANA	Olla (v. Chínga)
ÍGIO	Paloma.
ÍHUA	Diablo.
IHUÁKO. INIÁCO	Vida.
IHUANCHAMIRA	Parásito.
IHUÁNCHI	Genio malo de las selvas que vive en las cavernas a la inversa de las enanas Nugüis, el Iguánchi es malo y para hacer daño suele tomar formas varias. Dicen que por lo regular se les aparece bajo la forma de venado con feas garras y que despide fuego por los ojos y la boca, razón por la cual los jívaros jamás comen la carne de este animal, con todo de ser tan carnívora; pues si alguna vez lo cazan es para venderlo a los macabeos, en cambio de pólvora, espejitos y otras chucherías. Es muy astuto: cuando quiere se hace enano, se hace gigante, o bien se vuelve invisible, según le convenga para sus fines en contra de algún jívaro a quien quiere dañarle sin piedad. A veces le coge a la víctima le tapa la boca para que no grite, y la estropea. El Ihuánchi por lo regular hace daño a un jívaro cuando este anda solo por la selva. Por esto casi nunca un jívaro anda solo, sino acompañado siquiera de un muchacho. Por lo mismo que es malo tratan de aplacarle, rindiéndole culto; y así en las fiestas o en las grandes solemnidades, a él le consultan los brujos o soñadores, respecto a los destinos de la raza y del partido que deben tomar en los grandes asuntos de Estado. Por la misma razón, cuando alguien sufre una caída, inmediatamente le llevan al enfermo al monte al soñadero, donde le consultan al Ihuánchi, quien entonces indica los más eficaces remedios.
IJÉRKAJE. EJERÁSA	Diarrea.
IJÍN	Cogollo de palma.
ÍKI	Pedo.
IKIÁMA. IKIÉMA	Monte.
IKIÉKAMA	Rincón.
ÍMBE. IMBIÉKANA	Sordo.
ÍMIA	Garza blanca.
ÍNCHI	Camote (ASHÍ -ÍNCHI = Camote simple).
ÍNCHI-YUMITÁKA	Camote dulce.
ÍNCHI-CAYÓ	Camote blanco.
INDÁSHI	Pelo.
ÍNGRI	Plátano de seda.
INSÁHUA	Casería.

IÑÉKO	Fruto.
IPIAMAGATÁHUE.	
IPIÁMATA	Trueno.
IPIÁMAKA	Trueno.
IPIÁNTINA	Explosión.
ISESÁTAHUA	Buen tiempo.
ISHÍCHIKI	Agua tibia.
ISHÍMAHUA	Temor, miedo.
ISHIMBISHIMBI	Yerbamora.
ISHÍPI	Lágrima de helecho.
ITIKTÚKE	Trampa.
ITÍPE	Faldón con que se cubren los hombres, y las mujeres desde la cintura, hasta encima de las rodillas. Es tela del algodón que ellos cultivan, y tejida por ellos mismos, por lo regular lo tiñen de café y a veces a rayas verticales.
ITZÁMATA	Pelo atado a la nuca.
ITZE	Semilla colorada de que hacen cuentas y gargantillas.
ITZÍMATA	Faja con que se ciñen la cabeza a modo de adorno.
IYUKAMA	Hinchazón (v. Éararama).
IYÚYU	Abijón.
IVIYÁKO	Vida.

J

JÁCHA (Hispanismo)	Hacha.
JÁHUE. JÁMA	Enfermo.
JAKÁMA	Muerto.
JAKÁY	Cadáver.
JÁKI	Agua caliente. Vasija en que se la calienta.
JAMBÁNA	Nombre con que algunos jívaros conocen a la Yambana, una de las enanas Nungüis (v. Nungüis).
JÁNCHI	Cobija.
JÁNHUE	Barba (v. Súsu).
JÁNKI	Espina.
JÁPA	Venado.
JAPAYAHUÁRA	León. Leopardo.
JAPÍKA. JAKÍMAKU	Escoba.
JÁY	Grito.
JÉA	Casa.
JÍ	Fuego, Candela. Hogar. Ojo. Luz. Leña.
JIKÍKIN	Hipo.
JÍNBE. JÉMBE	Colibrí. (v. Guaymambi).
JUMBÉCHI	Asentadura de estómago.
JÍMBIA	Canas.
JÍMIA	Ají.

JÍNCHAMA	Muerciélago.
JINHUE	Núez.
JÍO	Hilo.
JÍRO	Hierro.
JISTA	(Hispanismo?) = Fiesta.
JUAKÁRINA	Hormiga.
JUKÁSTA	Cosecha.
JINDA	Casino.
JONDOKÍMBUE	Especie de bembay.

K

KÁÁKAMA	Maíz seco.
KAÁPI	Bejuco para tejer canastos.
KAHUÁHE	(Hispanismo?) = Caballo.
KÁHE. KÁYE	Carbón de leña.
KAÍNTA	Obillo de hilo.
KAHUÍTO	Barbacoa.
JAJÍKI	Nalgas, pozas.
KAKA	Especie de sapo. Soga.
KAKÁO	(Hispanismo) = Cacao.
KÁMA	Comején.
KAMAKA	Madera de que hacen los escudos de guerra.
KAMBÚA	Arbol.
KAMBÓNDIÑA	Bosque.
KAMBUÍ	Papa de piragua.
KAMÍKA	Lanza de chonta.
KAMISHE	(La e entre la e y la i) = Arbol corpulento del cual sacan una corteza que parece piel por lo dura y abrigada. Sirve a los jívaros para amacas. Estas cortezas las benefician a fuerza de mazo.
KÁNKA	Especie de pez.
KANAKÚCHI	Lechúza (v. AMBÚSHA).
KANÁYTA	(Hispanismo?) = Canalete.
KANDÁSHI	Especie de flauta Rondador de cuatro canutos, de los cuales el primero, que dá a la derecha del músico, es el más corto de todos; el segundo, un poco más largo que el primero; el cuarto un poco más largo que el segundo y el tercero el mas largo de todos.
KÁNDO	(Hispanismo?) = Caldo.
KANÉA	(Españolismo?) = Canela.
KAGÁNCHU	Gusano grande negro de mil patas. (?)
KANGÁPHUE	Raíz.
KANGÁY	Puerca, marrana.
KÁNSI	Especie de brea.
KANÚ	(Hispanismo?) = Canoa. Batea.
KANÚMMA	Ataud.

KANÚSA	El río Upano. Playa.
KAPÁNDIMI	Negro (s. y adj.).
KAPÍTIO	Jefe blanco.
KÁRA	Sueño.
KAREYÁ	Ave de comer.
KARIBÍRA	Tinta para pintarse.
KARÍGRI. KARIKÁY	Semilla negra de que se hacen gargantillas.
KAKUÁ	Loro grande. Garza.
KANÚSHA	Corteza de árbol bien martajada de que hacen hamacas para los recién nacidos.
KÁSA	Ladrón.
KASÁMBI	Especie de ave.
KÁSHI	La noche (KÁSHI-IKÍHE) = Noche oscura.
KATÁSHMA	Carpintero (ave).
KATÍPI	Ratón.
KATZÁYPI	Hormiga negra y brava.
KÁNCHU	(Hispanismo?) = Caucho.
KÁYA	Piedra.
KATÁMA. CAYEM	Piedra de afilar.
KAYE. KAYU	(Pronunciación nasal) = Polilla. Gorgojo.
KÁYCHA	Arbol de anona.
KAY-NAYCA	Especie de bejuco.
KAYÚKA	Ginotusa.
KAYÚMI	Sudor.
KEAHUE	La tarde (v. Anguo y Kindahue).
KEÉRA	Bihuela.
KÉNGU	Guadua.
KENGÚNUM	Guadual.
KÍACHI	Chirimoya.
KÍAMO	(El Quilamo de los macabeos) = Cerro que tiene la forma de canoa volcada, y que domina a Macas por el Occidente.
KIJAÍNIO	Pulso.
KIKÁMI	Llama. (del fuego).
KÍNGO	Guádua.
KINDAHUE	La tarde (v. Anguo y Keahue).
KIMÍHUA	Plátano de seda.
KIRÍTA	Tinieblas.
KIÚSHI	Carrizo o caña con que se atraviezan las orejas, y de los cuales penden los huahuos.
KÍTA. KITÚSA.	
KITÁMAMA	Sed.
KAU	Garza blanca (v. Ímia).
KITANÁHUE	Gota (v. Rúm).
KITAMÁTU. RUM.	Gota.

KONDORANGO	Bejuco lechoso que sirve para curar el carate y otras enfermedades cutáneas, aplicando ese jugo a la parte enferma.
KOKÁRAMA	Leña seca.
KONGÓKE	Especie de palma de cuya madera fabrican las saetas, y con cuya hoja cubren las casas.
KUÁCHA. KÚCHA	Ciénega.
KUEMÍHE	Llaga. Lastimadura.
KUÍCHO	Serpiente.
KUIMÉTA.	
KUCHÁPA	Remedio para la lepra.
KÚGA	Puerco pequeño.
KÚGI	El tutamono de los macabeos. Voz quichua que literalmente significa mono de noche. Es tan pequeño que se le coge en la palma de la mano y en las ciudades es el encanto de las mujeres.
KUÍNGUI	Caña de que se hacen flautas.
KUÍTA	Plata.
KUÍTZA	Culebra corpulenta especie de boa.
KUJÁNCHAMA	Raposa. Zorro.
KUKÚCHA	Especie de naranjilla.
KUNAMBA	Ardilla.
KUMÁY	Especie de pita.
KUMA	Lazo.
KÚNDA	Especie de palma.
KUNDÁS	Madera de que hacen bodoqueras y cervatanas.
KUNDIÑU	(La u entre u y o) = Animal silvestre. Casería.
KUNDÚJI	Manteca.
KUNGÁTA	Persona inmoral.
KUNGUY	El pingullero de los macabeos. Ave cuyo delicado canto, se parece doble flauta.
KUNGUÉNA	Fragancia.
KINGUEJUÁRI	Copal (v. Shirikípi).
KUNGUÍMI	Especie de tortuga de monte.
KUPÍMA-JEA	Casa cuadrada.
KÚRI	(Del quichua) = Oro.
KÚYO	Pava.
KÚNGU	(La u última entre o y u) Caracol.
KUTÁNGA	Mueble portátil de madera que sirve de asiento junto al fuego.
KUTUKÚ	Cordillera paralela a los Andes Orientales, que se extiende en la región de la provincia oriental del Ecuador, más o menos desde el derecho del Sangay, o algo más al norte hasta muy al sur, por entre el Morona y el Santiago, quizá más allá del Pongo de Manseriche. Su altura no alcanza a las nieves perpetuas; pero es tan ancha, tan vasta que dá en sí numerosos y caudalosos ríos, que hacia el Occidente van a engrosar los caudales del Upano y el Santiago; mientras hacia el Oriente las aguas del Morona proceden casi todas del Kutukú, con excepción del Nakum-

	ma, cuyo origen procede de los llanos occidentales de la gran cordillera, la que atravieza a poco de su origen de Oriente a Occidente por el fondo de un profundo corte. Kutukú, significa también frío; viento del Este.
KUYU-CHINGUI	Pájaro.
KUYÚSHE	El (sachaborrego de los macabeos) = Perico ligero.
KURIKI	Especie de cuentas que sirve para formar cordones con alma de hilo de chambira, y sostener las cuentas y cascabeles del kúngu.
KUPÍTA	Especie de hormiga.

M

MÁNA	Yuca.
MAHARÍ	Clara de huevo.
MAMÍRAMA	Tela vieja. Leña podrida.
MÁNCHI	Insecto. Sancudo.
MANGOTA. HUE	Sal blanca.
MARÚNCHI	Cangrejo.
MASATA	Hormiga colorada pequeña y brava.
MÁSHU. PAUJÍ	Nombre de uno de los más famosos jefes del Makúmma.
MATÁYE	Cresta de gallo. La núez musmús.
MAYKAHUA	Especie de floripondio, de cuya corteza sacan un sumo que sirve de narcótico, menos fuerte que el natéma y el yajé. Tomando con exceso es mortal o por lo menos enloquece, más en pequeña dosis es medicinal, bueno para los golpes, las heridas y para robustecer los huesos. Una vez propinado este remedio, eso sí es preciso cuidarse durante quince días, del sol, de la humedad y de alimentos nocivos, como la carne de chanchó. Los jívaros para casarse y aún los niños para soñar, toman el Makáhua.
MÁYA	Zanahoria.
MAYAHÍKO	Sal colorada. Nombre de un río, afluente del Santiago por la izquierda, en donde están las salinas del mismo nombre.
MÁYU	Especie de barbasco.
MERI. MEÉRI	Riñones.
MESÉTA	Guerra, combate.
MÍCHA	Frío. Granizo. Nieve.
MICHERAMMA	Especie de calofrío.
MICHÉTAMBI	El frío.
MIÉKO	Remanso.
MÍKA	Frejol.
MIKINDERÁNU.	
MIKENDÁHE	Sombra.
MISHINGÁMA.	
MISHIKÚM	Especie de avispa.
MISHIKI-NAHUA	(La primera es quichua?) = Aveja.

MITAMÓR	Caspa.
MIKÚTI	Planta semejante en los efectos a la Naykáhua.
MORÓNA	El más navegable de los ríos del Oriente Ecuatoriano, afluente del Marañón, por la izquierda. Desde la confluencia del Míáza con el Makúm-ma, hasta su desembocadura en el río del Amazonas, tiene una extensión de ciento quince leguas. Fué descubierto en 1861, por el entonces Coronel Víctor Proaño, que después llegó a ser General de la República. Según todos los geógrafos anteriores el Santiago y el Morona era un solo río. Proaño fue el primero que sentó que eran dos distintos ríos. Raimondi y Wolf le combatieron, pero el tiempo ha sacado verdadero a Proaño.
MOTE	Piedra de chispa.
MUKÚNDA	Sapo.
MUKUTZÍPI	Médula. Tuétano.
MUPISHI	(El Mulupishi de los macabeos) = Sarta de cuentas negras vegetales, a modo de cuentas de rosario, con que se cruzan los jívaros pecho y espalda.

N

NUKÍNDIO	Humo.
NÚRA	Cerro alto.
NURÚCHI	Abeja pequeña, bermeja y brava.
NÚRO	Virgüela.
NÚSHA	Lepra.
NÚSPA	Cimayuka.
NÁSE	Viento. (v. Nasendúe).
NAÍNDA	Cerro poco elevado. Colina.
NAMÁJA	Sopa de hoja de yuca u otro vegetal con pescado, pero sin sal ni otro condimento.
NAMÁKA	Pescado.
NAJÁMAHUA	Dolor.
NAÁRA	Plátano pintón.
NAMÁNHUO	Carne.
NAMBÍCHI	Lombrís. Gusano.
NANBÉRA	Fiesta.
NAMBIR. NAMBUR	Fiesta de tzantzas.
NANDÁYE	Hormiga grande colorada y muy brava.
NÁNGOT	Oso grande negro.
NÁNKI	Lanza.
NANTO	Luna.
NATÉMA	Bejuco rijizo, que hervido por veinte y cuatro horas sirve de narcótico y de remedio para muchas enfermedades. Este narcótico usan en toda fiesta sobre todo en la relativa a las tzantzas. Toman natéma, para comunicarse con el Ihuánchi y lo toman los soñadores, que para el efec-

	to se internan a lo espeso de la selva, donde suele haber una especie de templete o rotonda con cubierta de hoja de palmera.
NATÉRA	El kúngu delantero, menor que el propio kúngu.
NARÍÑA	Yuca o plátano cosido.
NANTO-	
NAYENTUMÁYE	Luna llena.
NATÍPA	Especie de copa de barro en que el sacerdote sirve sumo de tabaco o tabaco mascado al prioste o dueño de la tzantza en las fiestas.
NÁYKA	Bejuco.
NASÉNDUE	Viento (v. Náse)
NÁTZA	Soltero, soltera.
NATZÁNDÁ	Verguenza.
NAYÉMBI	(La e entre e y a) = Cielo. Nube.
NAYKÁPI	Maíz tierno azado.
NARUÁMA	Carne seca o asada.
NAYKÍMI	Arena.
NÉKA. NÍKA	Red de chambira para pescar.
NÁY-SHAÚCA	Collar de dientes de mono, tigre, etc.
NEGÍKI	Lágrima.
NÉRI	Semilla.
NÉTZE	Nudo.
NIKÁPERAMA.	
NIKÁPKA	Medida. (v. Yagárama)
NAMÁKA	Pez.
NÁNTO-TAKÁSAHE.	
NANTO-SHUARÁHE	Luna en menguante.
NÁRI	Nombre.
NASHÍNITI.	
NASHÍNSHIPI	Helecho.
NÍRI	Raíz.
NÚMBA	Sangre.
NIJAMÁNCHI	Chicha de yuca mascada.
NIJAMÁNCHI-	
KARÉANA	Chicha fermentada.
NÚHUI	El barro del alfarero.
NÚKA	Hoja.
NUKÁTA	Monte, bosque (v. Ikiéma).
NUKÚCHI	Abeja.
NUNÚRI	Madre, entre animales.
NUMBA-HIJA	Disentería.
NÚMI	Palo, madera.
NUNPI	País. Tierra.
NÚPA	Mala yerba.
NUPÍSHI	(El nulupishi de los macabeos) = Semilla para gargantillas.

NÚNGÜIS

Nombre colectivo de dos divinidades enanas, llamadas; Llambana y Rungüi. Tiene la figura de mujer jívara, y, a la inversa del dios Atzuta, que vive en las alturas, sobre nuestras cabezas; las Nungüis viven al lado diametralmente opuesto; es decir que son las antípodas de los jívaros. Razón por la cual, cuando el sol alumbra a éstos hace noche en la región de las Núngüis, y viceversa, cuando el sol alumbra a las Núngüis, los jívaros duermen. Viven estas divinidades en eterna primavera nadando en la abundancia: tienen excelente plátano, y mejor yuca, y mucho tabaco, barbasco, guayúsa, achote y zúa, y también algodón. En una palabra tienen extensas y abundantes chacras. Las Núngüis envían a la tierra cuanto pueden necesitar los jívaros: ellas hacen brotar las plantas, así como éllas lanzan piedras y otros objetos extraños que derepente se ven en la superficie del planeta. No todos los jívaros, sino solamente los más ilustrados y los más versados en las tradiciones jívaras, conocen la existencia de las Núngüis. Los demás son ignorantes, como lo son respecto del dios Atzuta.

NÚNI

Palo

NÚSI

Maní.

NUÚPI

Cuero.

P

PÁCHA

Cascada (v. Túna).

PAÁDA

(La d casi como t) = Caña de azúcar. Píndo. Cáncha de guadúa.

PAJÁNAKA

Laguna.

PÁKA

Llano.

PÁKI

Saíno.

PÁKI-JÁNGUI

Mandíbula inferior del saíno.

PANÁ

Danta.

PÁNDA

Lo que está despejado; lo claro a la vista, al oído.

PÁNDA-CHÍNGUI

Especie de ave de brillante plumaje.

PÁNDA-JÍKIT

Alumbrado.

PÁNDA-JUÍ.

Fibra de plátano.

PÁNDA-JUÍRA

Plátano.

PÁNDAMA

Plátano maduro.

PÁNDAMA-

TUNDÚKAHE

Especie de sapo de comer.

PÁKI. PAKIMÁSA

Culebra de agua. Boa.

PÁNGUI

(Hispanismo) = Pañuelo.

PÁÑI. PAÑÍA

Quijada de animal, de que usan como cuchillo para aguzar zaetas.

PÁNI

Balsa. (Embarcación).

PAPÁNGA

(Hispanismo) = Papel. Libro. Carta.

PAPÍA

Yerba medicinal contra flujos de sangre.

PAÁT

Flor de plátano.

PAPÚCHI

PÁRA-NÚSI	Maní blanco.
PASÚNA	Diablo. Especie de gavilán cazador de culebras.
PASÚNGA	Nido.
PÁTA	Soberado, desván, boardilla.
PATÁKAMA	Niño que sigue a otro en edad.
PATÁMA	Explosión (v. Yétima).
PARÁNDUÑU	Río manso.
PATÁKE	Ajorja que llevan hombres y mujeres en brazos y tobillos (v. Senda).
PÁYKI	Yerba bendecida por el cura, cuyo sumo toman por la nariz para el dolor de cabeza.
PATÉY-UCHI	El que sigue al primogénito (Ampatáy niño que sigue al patéy-uchi).
PATÚMARA.	
PATÚMAT	Enfermedad.
PATÚRA	Pared, muro de piedra.
PAYÁSHI	Especie de barbasco.
PAYÉNGA. PINGO	Tusa, espata de la mazorca del maíz.
PÉNGA	Especie de copal.
PATÁCHI	Palo redondo, sostenido por sus extremidades por dos horquillas: sirve para descansar en él los varones mientras duermen. El Patachi está colocado siempre entre la peaka y el fuego. Hormiga grande, y venenosa.
PENCÚR	Rico.
PIÉKO	Especie de concha.
PÍNCHO	Gavilán.
PIJÁNCHARU	Bolsillo.
PIHUA	Hoja con que negrean el cabello y la dentadura. Sirve también para endurecerla.
PARÁRI	Isla.
PÍNDO	Especie de junco (voz macabea).
PINÍNCHI	Ave de comer.
PIPÍKI	Gorrión.
PÍSHUA	Cierto pájaro amarillo.
PÍTI. PÚTU	Garrapata.
PIRÍSHO	Cherlacrés. Especie de loro, de un verde esmeralda bellísimo el cuerpo; amarillo el pecho; verde y encarnado las alas; corbo el pico, el cuello esbelto. Su canto es hermoso: a la manera de Huóki imita en el canto a toda ave.
PUÍMI	Rayo. Relámpago (v. Puitáhue).
PUMBUNA	(La turupanga de los macabeos) = Toquilla.
PUINTA	Sapo grande.
PUITÁHUE	Rayo (v. Puími).
PÍTZA	Especie de pava color aceituna oscuro: tiene largala cola, café el pecho y coloradas las patas.
PEÁKA	Especie de tarima de cañas picadas, que sirve de cama a los jívaros. Estas tarimas se ven en gran número en torno de la basta sala al pié de las paredes de la casa, y aún de las columnas que las sostienen. El largo de

dichas camas está en sentido paralelo a las paredes, y el ancho va de la pared hacia el centro de la sala, pero los jívaros no se acuestan a lo largo de las peakas, sino a lo ancho, de suerte que los piés les salen fuera de la tarima cosa de colgarlos sobre el fuego, que es permanente día y noche delante de cada peaka. Toda cama en plano inclinado cae hasta el centro de la sala. Los varones reposan los piés en derecho del fuego, sobre un palo sostenido por dos horquillas, que llaman patáchi. Y así duermen en las guadúas limpias, sin almohada, sin ninguna prenda de abrigo. Alguna vez suelen abrigarse con el tarachi de la mujer con quien duermen.

PÍTU	Cierta fruta silvestre.
PITÚKA	Especie de copal. Madera del mismo árbol.
PITZÚNAKA	Pierna de pantalón.
PIYÉTA	Pato negro.
PIYÚTA	Caucho negro.
POARI	Savia.
PUÉCHA	Sapo de agua de comer.
PÚE-PUE-PINCHO	Especie de gavián pequeño y bravo.
PUY	Enfermedad de la garganta.
PUÍNTA	Sapo grande.
PUITÁHUE	Relámpago (v. Puími).
PUKÚY. PÚKA	La mitad.
PUKÚNI	Manantial.
PÚSHI	Tela.
PUPÚCHI-	
PÁNDAMA	Flor de plátano.
PUSHÚRANU	Color gris.
PUTZÚRIMI	Perra blanca.
PUÚMBUA	Ave.
PUÚRACHE	Las reglas.
PINÍSHA	Especie de tórtola.

R

RAYCHÁNGA	Serie de sartas de huesos bien grandes.
RÉMO	Arbol corpulento como el Matapalo que así se extiende sus raíces extraordinariamente. Su madera es durísima, pues sirve a los macabeos para bateas, mazas de trapiche. Puede resistir un siglo en la humedad según estos hijos de Macas.
RUN	Gota (v. Kitamáchu).

S

SAÁKI	Potrero. Chacra abandonada.
SAÁMI	La transparencia, la pureza del agua.

SAÁNA	Zanja para arrojar peces.
SÁCHA	Montaña. Bosque.
SAHUÁNDA o	
SAHUÁRE	Día.
SAHUÉMA	Bolsa de avispas.
SAKA	Cera de abeja. Especie de árbol.
SAKÉMERO	Cierta raíz de que extraen una especie de aceite para el pelo.
SAKIA	Cogollo de palma.
SAKÚSA	Lodo. Barro.
SAMAKTÍÑO.	
SAMÁ. SAMAKÁMA	Fruta madura.
SAMBÍA	Sarampión.
SAMÚRA	Gusano de mil patas (?)
SÁMNI	Pús.
SANCHÍPO	Oso pequeño negro.
SÁNGATA	Zanja en torno de la casa.
SANGUINÁSHI	Especie de perfume.
SAARÁNGO	Tabaco. Especie de raíz comestible.
SANÍRA	Ramera.
SÁPA	Nate, pilche.
SAPÁPA	Caña brava.
SAPÁTARA	Habilla.
SAPIA o SAAPE	Machete.
SAPI	Gusano. Hortiga. Cobarde.
SARA. HUINGA	Azul.
SATZAMA	Cedazo.
SATZAPI	Tela delgada.
SÁSA	Chorro de agua que vierte de una peña.
SAN	Anzuelo.
SAUHUA	Conejo.
SAURI o SAN	Espuma. Sal machacada (v. Sérkama)
SHÁCKE. KUÍRA	Choclo.
SAKEA	Pigua, especie de palma.
SÁNI	Arbol cuya hoja sirve para teñir de café los taráchis y los itipes. Su color es firme.
SAMÍKI	Arbol de madera durísima y de raíces horizontales.
SEÁSA, SAHUEMÍRA	Veneno.
SEITA	Cáscara.
SÉKA	Arbol de que se extrae un tinte para teñir de negro.
SÉPO	Trampa. Prisión.
SEPUÍ	Cebolla.
SEPURA	Especie de mano.
SÉRKAMA	Espuma (v. Sauri).

SEKEMONO	Raíz de árbol, que sirve como de jabón a los jívaros. La machacan y se lavan con ello la cabeza. Usan de esta raíz en las ceremonias del lavatorio de la tzantza.
SENDA	Ajorca. Brazaletes (v. Patáke).
SEASA, SAHUÉMIRA	Veneno.
SHA	Maíz.
SHA-IPIANGO	Tusa.
SHAMBÍ	Lagarto.
SHA-NIKÍNGANA	Harina de maíz.
SHANÚN	Maizal.
SHAMBÍA	Lagartija.
SHASHÁKI	Cierto remedio para disentería.
SHA-SANGONÍCAMA	Maizal a medio crecer.
SHÁUKA	(Ignoro si esta voz es de origen jívaro) = Conjunto de mullos o avalorios vegetales o minerales de vistosos colores que pasados en hilo de chambira, sirven para manillas o gargantillas.
SHAKÁPA	Faja ancha con que ciñen la cintura las mujeres.
SHIÉMBA	Pañuelo.
SHIÉRSHI.	
SHIÉRPIPI	Gorrión.
SHÍKI	Orina.
SHIKINDUITHUI	Terreno preparado para sembrar.
SHIMBISAMICHI	Yerbamora.
SHÍMBA	Tórtola.
SHÍMBI	Cierta paloma.
SHIMIAPPO	Mariposa nera nocturna, que se desarrolla en el plátano.
SHINÁHUE	Ladrillo de perros. Canto de ave.
SHÍNGUI	Madera de palma.
SHINÁSHINEP	Olor de vainilla.
SHIRIKÍPI	Copal.
SHITATÚ	Especie de pequeña tortuga de tierra.
SHUARA	Jívaro. Enemigo.
SHUÁRNUNO	Jivaría.
SHUKÉA	Gusano de plátano.
SHÚMBA	Lagartija grande.
SHUÍA	Fruto de monte. Ubilla. El mismo árbol.
SHÚNDO	Moscardón.
SACHAMANGO	Nombre con que los macabeos conocen el chinguíti.
SHUNÍRPAPI.	
SHUÉRPAPI	Gorrión.
SHUCHÚYE	Armadillo.
SIKÁTA	Abeja de (miel) pequeña y amarilla.
SIKÁTA. MIKÚRU	Abeja que produce la cera de que se hace brea.
SÍNA	Armadillo grande.
SINGUÉKAHE	Bifurcación. Horca.

SISA	Flor.
SISÁNGA. SISHÁNGA.	
SHINGOSTÍNGA.	Cierta yerba de que hacen abanicos para brujos.
SITZIKA	Frío.
SUÁKA	Remedio.
SUÁTA	Basura. Monte cerrado.
SUÍCHA	Pájaro azul que se alimenta de plátano.
SUKÁJE	Buche de ave.
SUKÁNGA	Diostedé.
SUKÁNGA-	
SAMÁRHE	Adorno de plumas de diostedé.
SUKINDÍÑU	Puerco macho.
SÚHO	Canasto.
SUTRÁNAMA.	
SUTRÍMAMA	Hambre.
SUNGARUTA	Especie de mono.
SHÚTA-SHÚTA-	
JÁMA	Cojo.
SÚNGA	Gallo de la peña.
SUNGÚRA	Enfermedad contagiosa.
SIKÚTA	Vainilla. Brea.
SHIMUÍTA	Especie de bolso, del cual los jívaros fabrican el tunduy.
SHIÁMBA	Pallo.
SÚE	Collar.
SÚNGO	Pulga.
SINÍTZU	Caracol.
SÚPA	Escremento.
SUPITÁKA.	
SUPITÁKE	Corcho.
SUSURINDÍÑO	Barbudo.
SÚMI	Arbol guarudo.
SÚMIK-NÚSI	Maní negro.
SUÚMBI	Rueda de hueco de la rueca.
SÚYA	Sapo grande de comer.
SHIKÍTA	Rueca.

T

TAHUÁSA	Corona de plumas, ya sea de diostedé, de guacamayo o de loro, con la cual se ciñen la frente. Llámase también Tendéma.
TAMBERÚSHA	La oruga o larva de la mariposa.
TANDÁRA	Escudo de guerra de forma circular, de madera balsosa y en relieves concéntricos, pintados de negro y colorado.
DANDAKUÍSHI	Arcoiris.
TRAN	Anzuelo.

TARÁCHI	Especie de túnica por lo regular de color café, con que las mujeres se cubren el cuerpo dejando los brazos desnudos desde los hombros, y una parte de los senos. Esta túnica que se prenden sobre uno de los hombros, les cae hasta bajo la rodilla. Es de tela de algodón, ora comprada a los blancos, ora tejida por los jívaros varones en sus telares.
TÁYU	(La u entre o y u) = Ave de rapiña que por lo regular habita en profundas cavernas. Es peligrosa la casa de estas aves, por cuanto el tigre y otras fieras se alimentan de sus pichones.
TÁYU-KÚNCHI	Contracción de táyu que es el nombre de una ave y de kúncchi que significa hueso: el todo quiere decir "hueso del táyu", el cual es adorno elegante compuesto de las extremidades de las alas del táyu, que tienen la forma de tallo de trigo. Se compone de fajas de estos huesos o tallos de unos ocho centímetros de largo; fajas superpuestas horizontalmente, y unidas unas con otras por huesos vegetales del tamaño de gruesas cuentas de rosario. Suelen llevar flecos de alas de cocuyo y plumas de diostedé. Por lo regular se los ponen los mozos solteros en las fiestas. Les cubre desde la cerviz, hasta abajo de la cintura.
TACHÍKI. YACHIKI	Especie de espina.
TAHUÁTIRA	Dolor de espalda. Hinchazón de la cara.
TANIBIRANARÁMA	Amortiguamiento.
TAMBÓRA	(Hispanismo?) = Tambor.
TAMÉRA	Cosa buena o bonita.
TANGÁKA	Especie de lechusa.
TANGAMÁSHI	Cuarto.
TANÍSHA	Quincha.
TARAPÍCHI	(Hispanismo?) Trapiche.
TÁSHE o TASHÉRAKA	Mosca negra.
TATÁNGO	Tabla en que fabrican ollas.
TÉMA	Piojo.
TÉNGA	Palo con que mecen la chicha.
TEREÁMA	Comezón.
TERÍNO	Especie de bejuco.
TIÁMO-JEA	Casa redonda.
TICHÍPE	Grillo.
TIJÚMA	Especie de flauta de huesos de gavilán.
TICHÍKI. MÍKA	Frejoles de varios colores.
TÍKI	Especie de loro.
TÍMI	Barbasco (v. Tímia).
TÍMA	Especie de planta.
TINÚKI. TINDIÚKE	Palma de que hacen saetas. Tagua.
TINGÁNA	Cascabeles.
TINGUÍSHPI	Grillo.
TINGÁHUI	Palma de que hacen rucas.
TIN	Huevos de pescado.

TITÍNCHI.

TITÍNCHU

TENDÉMA

TZÁNTZA

Escorpión.

Especie de corona de mimbres con que se ciñen la cabeza. También se le denomina tahuása.

Cabeza humana disecada y reducida al tamaño de una naranja. Por lo regular los jívaros no reducen tzantza una cabeza sino cuando es cortada en combate al enemigo jívaro: casi nunca la reducen de un blanco ni de un jívaro que pertenezca a la misma familia o tribu, aunque hayan sido muertos en alguna contienda. Casi siempre hacen esta operación a orillas de un río, y después de haber cocido la cabeza recién cortada para evitar la putrefacción y la caída del pelo. Empiezan por cortar el cutis desde la coronilla a la nuca, por donde extraen el cráneo que botan al río; y esa bolsa llenan de arena candente o de una piedra redonda del tamaño del puño de la mano, así mismo candente, a la cual, merced a otros ocultos procedimientos amoldan el cutis. Luego sujetan a la coronilla unos hilos de chambíra y pasan por los labios un pabilo, lo que hace para los jívaros el oficio de un candado a fin de que la cabeza no hable y no denuncie al enemigo quien la mató. Ese pabilo lleva tantos anillos colorados, por lo regular de achiote, cuantas son las fiestas que aquella tzantza ha pasado.

TUNDÚY

Tambor de guerra que consiste en un grueso tronco de árbol cortado toscamente. Es ahuecado. El hueco interior del instrumento se comunica en la parte exterior por unas comisuras que simulan boca y orejas. La madera de este instrumento es muy balsosa. El árbol de que lo sacan es altísimo y se llama chimuta. La madera de que hacen el mazo para tocarle es por el contrario durísima y se le denomina apay. Para tocarle cuelgan de árboles horizontalmente por sus extremidades, hasta la altura de un metro sobre el suelo y entonces dan golpes sobre la parte superior del instrumento. Resuena a leguas de distancia, su uso es vario: sirve para convocar a combate, para tomar el natema o sumo de tabaco; y consultar al Ihuánchi. Sirve también para anunciar a nacimiento, matrimonio o duelo; así como para los regocijos públicos. Según los casos varía el ritmo del toque.

No será por demás reproducir aquí una parte de lo que sobre el tunduy digo en mi librito titulado "Cuentos y otras cosas" que dice: "Pero acaso el lector estará curioso de saber como es este famoso instrumento de guerra de los jívaros. Será de bronce por ventura? o que metal precioso existe que así tenga tan extraordinaria resonancia? – Pues nada, el instrumento en sí no es sino un tronco de árbol cortado toscamente. Cuando uno entra en una casa de jívaros, y vé un tronco de esos, suspendido por allí, se imagina que es madera que han traído para leña, y solo cuando le hacen saber que es el famoso tundúy, clava en él la vista admirando de que una cosa de tan mala catadura conmueva así las selvas. Es hueca, y tiene en la superficie una como boca de grandes comisuras. Diríase también que tiene orejas, las cuales por cierto no son

otra cosa que dos huecos que por ligeras aberturas se comunican en línea recta con las mencionadas comisuras. No puede ser de cualquier madera, sino de cierta especie de balsa que es más ligera que la común, que llaman shimuta, árbol altísimo y corpulento. No se le toca con palillos como un tambor, sino con un mazo de madera fuerte envuelto en lienzo. Dicha madera llaman Apay. – Para tocar el tunduy se dá fuertemente dicho mazo en el labio superior de la boca que simula el instrumento. – Lo que es más sorprendente en el tunduy, es ese sonido sordo cuando se está junto a él, tan sordo que uno se imagina se apagará a lo más a media cuadra; siendo así que se extiende hasta tres y cuatro y más leguas de distancia. – Como yo le preguntase al jívaro Pueaza dueño del tunduy que describo, si aumentaría más el sonido ahuecando más el instrumento: –No, me respondió, sonaría lo mismo. – ¿Y como sucede que tenga tanta resonancia este tu hermoso tunduy? volví a preguntarle. – ¡Ah! respondióme con voz solemne, es que eso se debe a que ni comí carne, ni bebí nijamanchi, ni dormí con mujer, mientras lo trabajaba. – Muchos de los que han leído la Cumandá de Juan León Mera, estarán por ventura deseosos de preguntarme? porqué digo tunduy en vez de tunduli, como se lee en esa hermosa novela? –La respuesta es sencilla: Juan León Mera no penetró en las jivarías, sino que solo recibió datos de personas mal informadas, e ignoró en consecuencia que la lengua jívara carecía de la l la cual ni siquiera puden pronunciar, según pude advertirlo en mi propio apellido que siempre decían Arvarez, y que solo alguna vez, a fuerza de enseñarles la propia pronunciación decían Alvarez. – Pero no solamente la l desconocen los jívaros sino también la ll, la doble r, y si mal no recuerdo aún la f; así como en cambio tienen sonidos de que carece el castellano. – Sin duda siguió a Juan León Mera, nuestro historiador González Suárez, cuando en su "Estudio Histórico sobre los Cañaris", dice hablando de los jívaros: "Tienen grandes tambores de madera, que llaman tundúli, con los cuales se convocan para la guerra". El padre Vacas Galindo no incurrió en este error, en su "Nankijukima", pero también el ignora que los jívaros no conocen la l; pues si bien nos habla de tunduy en la obra mencionada, en la misma nos trae nombres de jívaros en que introduce malamente la T: "En cumplimiento de mi ministerio dejé Macas – dice en la página 95 – y un día me interné muy adentro de la jivaría, atravesé el río Yuquipa (Los jívaros lo llaman Yukiáza), y como por encanto me encuentro a las faldas de una poética y hermosa colina, coronada de una gran casa como templo, alta y elegante como torre, junto al fuerte de los capitanes Uisuma y Yumala" – En mis exploraciones tuve el gusto de conocer al segundo de estos capitanes. Tanto porque ya me cogía la noche, como por la fama de tan poderoso curaca resolví aquella tarde pernoctar en su morada, a donde no se llega sinó enterrándose en fangos fétidos a causa de los muchos cerdos que rodean el palacio. Recibíome el buen viejo muy cordialmente; y después que me hubo habla-

do del Gral. Proaño, descubridor del Morona, de quien conservaba todavía un recuerdo que le había dejado, y después de hablarme de otros apachis, a quienes había conocido, me apresuré a preguntarle lo que tanto me interesaba: Y como te llamas, bravo curaca? – Yó me llamo Yúma, respondiome. Pero, como, le dije, si todos me han dicho que te llamabas Yumala.– Si, los apachis me conocen con ese nombre, pero yo me llamo Yúma! añadió con esa sonrisa irónica que es peculiar en ellos.– Esto confirmó una vez más en mí, lo que ya desde antes había tenido por regla, de que los jívaros carecían de la ele.– No es pues tunduli, cmo se ha creído el famoso tambor de guerra de los jívaros, sino tunduy".

Es muy curiosa la semejanza de raíz de nuestro tunduy jívaro, con el Tunkul, tambor sagrado de los Tzendales, en la península Yucateca, semejanza que hace notar González Suárez, y que es interesante a pesar de su equivocación respecto de la l.

TÍMU

Barbasco.

TIDIÚKE

Nombre de una palma de que hacen saetas los jívaros.

TÚNA

Cascada.

TUMÁNGUE

Instrumento que consiste en uno como arco de violín con una cuerda de pita (que abunda en el Oriente Ecuatoriano) que llaman Nuasake, templada en una caña delgada y encorvada en forma de arco. Colocan en las extremidades de la caña arqueada en la boca, la cual varían más o menos de entonación (?) tono (?) según que sujetan más o menos la caña con los labios, los cuales abren o cierran según el aire que quieren dar a la pieza.

TUKÚPI

Especie de canastos con doble pared de mimbres con hoja por medio y tapa. Los usan las mujeres llevándolos a espaldas.

TUNGÚRA

El volcán Sangay.

TUNGUÍNA

Riobamba.

TÚNDA

Carcaj, aljaba.

TUKÚNU

Palito que se ponen en el labio inferior las mujeres jívaras.

TURÚJI

Palmera de pequeñas proporciones con cuya hoja cubren los edificios.

TUÍSHA

Ave del tamaño de un perico grande, pero mucho más hermosa y de un verde esmeralda, hermoso como del cherlecrés. Tiene la cola verde azul y colorada.

TZÁPA

Mate o pilche.

TEMÁSHI

Peine (hacen de dientes de guadua o de chonta, unidos con hilo de chambira).

TUNDUÁMA

Especie de palma.

TUÍSHI

Loro común.

TUMÁSHI

Deuda.

TÚNCHI

Araña.

TÚNCHI-ÁNGO

Telaraña.

o ANGOMÁRI

Arcoiris.

TUNDIÉKE

TÚNGA	Camino ancho. Bagre.
TURÚNGAMA	Yuca madura.
TURUNGCHAMA	Yuca tierna.
TÚYO	Barba de maíz.
TUMBÚMBE	Ave de hermoso plumaje que muge como toro.
TZENTZENÚKA	
TZENTZÉMAKA	(La tz más suave que el tzantza) = Púa de chonta con que desde la orilla de los ríos, ensartan a los peces.

U

UKÍRI	Crías de animales.
UJÚKA	Catarro. Tos.
UJÁKI	Robo.
UKATERÁNA,	
UKÁRAHA	Tela encauchada.
UKÁHA	Peña.
UKURÚMA	Cascada.
ÚMI	Agua.
UNDÚCHAMA	Tigrillo pequeño pintado.
UNCHÚRA	Pescado (ave). Pato.
UNGÚMIRO	Mira de escopetas.
UNSÚRIRI	Palo mayor de una casa.
UPA	(Quichua? común es en los jívaros usar este empleo de palabras quichuas) = Tonto.
UPJÁHUE	Sonido de una aluvión.
ÚRI	Plumas, ave. Pelo de animal.
ÚKSHA	Peña.
URÚCHI	Algodón. Telar.
UJÁJA	Especie de sacerdote que dirige los coros en las fiestas, y que también hace el oficio de corifeo en las fiestas de las tzantzas sobre todo. Hace de Ujája la más vieja de las mujeres y la más versada en las ceremonias y conocedora de las tradiciones jívaras. Estos coros en unas ceremonias se componen de solo mujeres, que danzan encadenadas, y otras de mujeres y hombres que danzan de la misma manera. Hay ciertos momentos en que los coros que bailan y cantan se componen solo de mujeres y hombres matadores, con exclusión de los mozos que no han cortado cabezas en los combates.
UKÚNCHI	Hueso.
UJÚKUMA	Mono pequeño, nocturno, razón por que los macabeos le llaman tuta-mono, palabra compuesta de tuta, que significa noche en quichua, y de la voz castellana mono.
UJÚJI	Silbo.

Y

YÁHUÁRA-NAY	Collar de colmillos de tigre (voz compuesta de yahuara, tigre y nay diente).
YA	Estrella.
YANHUÁMI	Lucero.
YAMBÚNA	Huacamayo.
YAMÚNGA	Equis (víbora).
TÁYE	Bejuco narcótico tan eficaz como el natema, con cuyo sumo suelen mezclar para tomarlo.
YÁHUA. YAHUÁRU	Perro.
YAHUÁRU-SUACHI	Perro negro.
YAMBÁNA	(algunos jívaros dicen jambana) = Una de las divinidades enanas que viven en las antípodas respecto de los jívaros (v. Núngüis).
YAKÚMMA	Mono.
YAGÁRANA	Medida (v. Nikanka).
YAHUARUERTÍÑO	Rico en perros.
YÁJA-NÚNGA	País extranjero.
YAJÁSMA	Desprecio.
YAKÁTA-JEA	Ciudad. Aldea. Conjunto de casas.
YAKÚKUA	Gallinazo, especie de cuervo.
YA-KUKÚCHA	Especie de naranjilla pequeña.
YAKUNSÁMBI	Especie de guaba.
YAMÍKAY	Tinta café.
YAMBIN-NUKUY	Barro amarillo de que hacen ollas.
YAMA-TZAKAMA	Persona de poca edad. Animal tierno.
YAMBÍNGUE	Tigre colorado con negro.
YANDÁN	Tigrillo pintado.
YANDUÍA	Lindero.
YANGÚRA	Flor. Rosa.
YÁJE-YÚJE	Especie de natema.
YUKÚTACHI	Trompeta de tunda o cuerno de tenemba.
YÉNSA	Cocuyo. Luciérnaga.
YÉRCHI	Olla en que cocinan yuca.
YETÍMA	Explosión (v. Paternu).
YUKÚNDA	Ollita en que cocinan Guaysa (guayusa). Especie de pininga pequeña.
YUKÁYPI	(El Yucalipe de los macabeos) = Cierta árbol que dá de sí un botón, del cual se recoge una sustancia nicosa de color lacre, que sirve como de goma a los macabeos para cerrar cartas. La misma sustancia mezclada en enjundia de gallina y achiote, sirve a los jívaros para pintar de colorado las astas de sus lanzas (Yúma tiene una lanza de pelo de remo, pintada oro).
YÚMI	Agua.
YUKÚ	Yungúnimi. Yunguñámi = Ceniza.

YUKIÁZA. YUKÍPA	Río caudaloso que como el Makumma nace del suelo llano, y a corta distancia de aquel y que desemboca en el Upano a la inversa del Makúmma que como el Miáza vá a formar el Morona (v. Yukiáza).
YÚNI	Cerbatana.
YUMI-RAMATA	Manantial, fuente.
YUMIRI	Zumo de fruta. Caldo.

ADJETIVOS

AETA	Tierno. Verde.
ÁPO	Grueso grande.
ÁSHI	Todo. Nosotros.
ASIMBI	Vino. Activo. Fuerte. Trabajador.
AU.AUSHA	Mismo. Alguno (Especie de ave).
CHANÁMBE	Traposo.
CHAPÚKA	Redondo.
CHIKÍCHI	Otro.
EMÁKAMA	Primero (v. hue).
ENE	Crudo.
HUANJÁCHAMA	Angosto.
HUANGÁRAMA	Ancho.
HUARINRITIÑU	Rico en ropa en efectos.
HUATZARAMA	Flaco. Débil.
HUEYTÉRANA	Mentiroso.
HUENMAKCHAMA	Ciego.
HUÓMUK	Breve de corta duración.
IHUE. IHUERI	Primero (v. Emákama).
IMANAKIMÁRAMA	Ocioso.
IMBE, IMBÉKAMA	Sordo.
IRKEERCHI	Tierno.
IRÚNAMA	Muchos.
IRÚNDURU	Reunidos.
OSÁRAMA	Largo.
OSHÍTIKI	Poco.
ITIERAHA	Vacío.
IRÚYAKO	Vivo.
JARIKANGO	Ocioso (v. Imanakirama).
KIÉRSHITA	Hondo.
KOJIMO	Feroz.
KAKAYNU.	
KAKAYHUE	Orgullosa.
KAMBÚE	Grueso.
KANDÁSHI	Agrio.
KAPÁKA	Colorado.
KÁRAMA	Seco.

KATZÚRAMA	Duro. Fuerte.
KIÉRAMA. KIRÍTETI	Obscuro.
KIJINU	(La u entre u y o) = Pesado.
KUITERANDIÑU	Rico.
KUNDÚKAJE	Mantecoso.
KUNDUJE	Cuadrado.
KUNDÚRAMA	Gordo. Grueso (v. Mangárama y Nuérama).
KUSHÍTERAMA	Flojo.
KUSÚMAKA	Turbio.
KUSURAMA.	
HUENMÁKCHAMA	(adj. y s.) = Ciego.
MANGÁRAMA	Gordo (v. Kundúrama).
MEJEÁHUE	Hediodo.
MICHA	Fresco (Hablando del tiempo).
MIÑÁRUETI	Suave.
MISO. MISUA	Desnudo.
MISUPAJE	Pobre.
NUKÚSA	Negro.
NAKI	Ocioso (v. Jarínkago e Imanakimarama).
NATZA	Soltero, soltera.
NIJIÁMA	Límpio.
NÍNGUI	Palo único.
NUERAMA	Gordo. Grueso (v. Kundúrama y Nangúrama).
NUKUPUE	Mucho. Suficiente. Harto.
PENGUERCHÉYTI	Malo.
PIÉKAMA	Lleno.
PIMBÍKAMA	Cansado.
PIMBUÉRA	Torcido arrollado.
PÍNGARA	Exquisito. Excelente.
PIÑÚKAHE	Resabaloso.
PÚJU	Blanco.
SAÁRE	Sano.
SÁGRA	Muchos, juntos.
SAÁHUI	Claro transparente.
SAMBAYÁSHKI	Cansado. Hambriento.
SAPÁRANA	Despejado.
SARA	Azul (v. Huínga).
SERÉCHI	Alegre. Fácil.
SHIRÍCHU	Difícil.
SHUTA-SHUTA-	
JAMA	Cojo.
SINSÉKA	Todos.
SUITZUÍT	Caliente.
SUNBÍTA	Corto.
SUSURÍNDÍÑU	Barbudo.

TAKÁMARA	Quieto. Callado.
TAKANDIÑU	Callado. Silencioso.
TARAO	Picante.
TIJÉRSHATA	Distante.
TIJU	Cerca.
TIJÚKI-TIJÚCHI	Muy cerca.
TINDÍA	Redondo.
TÚKI	Todo. Lo mismo.
TUNÁRO	Malo.
TÚRI	Carate blanco.
TUTUPIÑU	Resto, en derechura. Bien ajustado. Bien hecho.
TUKÚKAMA	Lleno (Hablando de gente).
UCHICHI	Pequeño. Joven.
UNTZURI	Hartos. Muchos, mucha.
UNTZÚRI-KAMÁRA	Muchos días.
YAJAHUICHI	Pobre, ocioso, bagabundo.
YUPÍCHUCHI	Manso.
YUPÍRÁMA	Arisco.

INFINITIVOS

(La u final del infinitivo, entre la u y la o).

Ahiktiñu.	Sacar fibras de un árbol; coger cogollo de una palma.
Achimgatiñu	Coger. Agarrar.
Aenderatiñu	Seguir.
Aentiñu	Contar.
Aentzutiñu	Cambiar.
Aentzuratiñu	Tumbar árboles.
Ahuágatiñu	Tener miedo (v. Tapiematiñu).
Ahuamberatiño	Cortar el pelo.
Ahuándatiñu	Tejer.
Aguanguitiñu	Devolver.
Ahuartiñu	Afeitarse.
Ahuatiñu	Herir.
Ahuayktamtiñu	Sorprender.
Ahuatiñu	Golpear. Cortar.
Ahuayngatiñu	Devolver.
Ahuasatiñu	Dar de cuchilladas.
Ahuastiñu	Cruzar las piernas.
Ahuématiñu	Mandar. Enviar (v. Shuamtiñu).
Ahuétuktiñu	Coger las goteras de la casa.
Ahuítiñu	Pelar yuca. Cocerla.
Ahuéteratiñu	Esperar.
Ahúmatiñu	Enviar (v. Ahuématiñu).
Aiktiñu	Desvestirse.

Aismaktiñu	Servir chicha, comida.
Ajaktiñu	Cortar árboles, tumbarlos (v. Ajarariñu).
Ajaytamiñu	Cocinar hojas de yuca.
Ajámartiñu	Hacer chacra nueva. Agrandarla.
Ajamarustiñu -	
Ajámarustiñu -	
Ajanbasetiñu	Dar.
Ajámpitiñu	Concebir.
Ajápatiñu	Arrojar.
Ajáratiñu	Tumbar árboles (v. Ajathitiñu).
Ajictiñu - Ajintatiñu	Clavar.
Ajuátiñu	Cocinar yuca con carne (Ujuátiñu).
Ajúmeratiñu	Amanecer nevando (v. Ihuésatiñu).
Ajindakatiñu	Pescar con red.
Ajungatiñu	Hundirse una cosa en el agua.
Ajuratiñu	Ayudar a bien parir.
Akaatiñu	Hacer fuego.
Akámartiñu	Lavarse la cara. Afeitarse.
Akángatiñu	Partir, dividir, una cosa. Aserrar.
Akánertiñu	Tejer canasto.
Akartiñu	Desgranar (v. Tzartiñu).
Akátaratiñu	Averiguar. Avisar.
Akáumkutiñu	Llegar. Reunirse.
Akaykitiñu	Bajar.
Akéратиñu	Tapar.
Akiératiñu	Cerrar. Poner.
Akietíñu	Poner.
Akiktiñu	Pagar.
Akirtiñu	Cobrar.
Akúmeratiñu	Picar.
Akíntatiñu	Colocar.
Akiratratiñu	Cobrar. Pagar.
Akiratiñu	Atajar.
Amatiñu	Tener.
Amaktiñu	Encontrarse dos caminos.
Amástiñu	Dar (v. Ajamarustiñu).
Amayagtiñu	Pagar una deuda. Alcanzar a uno en el camino.
Ambijatiñu	Acción de servir la mujer al marido.
Amúktiñu	Acabar. Terminar.
Amungatiñu	Pasearse. Dar una vuelta por el bosque.
Amungtziñu	Lactar. Amamantar.
Amaguímakatiñu	Tropezar.
Anaykatiñu	Nombrar.
Anamastiñu	Calentarse.

Amángatiñu.	
Amangutiñu	Engañar.
Anartiñu	Secar.
Andémastiñu	Pensar.
Andómeratiñu	Acordarse. Recordar.
Andúktiñu	Oír. Comprender.
Anéatiñu	Querer. Amar.
Aniuktiñu	Acabar.
Anéndentiñu	Tener gratitud.
Anúktiñu	Pagar una cosa con otra.
Anúturkiñu	Remendar ropa.
Apáktiñu	Besar.
Apátiñu	Mascar.
Apartiñu	Coser.
Apikijatiñu -	
Apijieratiñu -	
Apiktiñu	Doblar.
Apitiñu	Tirar. Jalar.
Apujatiñu	Sembrar plátano.
Apujukitiñu	Fiar. Dejar una cosa a crédito.
Apukatiñu	Empujar (v. Shitatiñu).
Arangatiñu	Atajar el río.
Aratiñu	Sembrar.
Artiñu	Preparar medicamentos. Curar (v. Tzuartiñu) Rayar.
Arúmatiñu	Llevar.
Atakatiñu	Hacer daño. Causar perjuicio, menoscabo.
Atakinderatiñu -	
Atajinikatiñu.	Resbalar, resbalarse.
Atáksatiñu	Prestar.
Atámarustiñu	Dormir con la cabeza sobre el brazo.
Atátiñu	Volver, regresar.
Atiñu	Haber.
Atiratiñu	Abrir. Ver al ihuanchi o apachis en sueño.
Atsákatiñu	Afilar.
Atsámatiñu	Negar. Negarse a una cosa.
Atsérkatiñu	Avisar.
Atsuratiñu	Tirar, jalar bejuco en un árbol.
Atsutiñu	Desaparecer.
Ausetiñu	Hablar (v. Chichastiñu).
Ayamartiñu	Flotar.
Ayamarutakatiñu	Defenderse.
Ayéktiñu	Disolver, desleir. Llevar.
Ayéمبرatiñu	Remojar.
Ayendasa-tepuesaje	Dormir de lado.
Ayendaratiñu	Moverse girando el cuerpo.

Ayéngatiñu	Labrar.
Ayé satiñu	Casarse.
Ayé tiki	Arrancar de cuajo una cosa.
Ayuratiñu	Cuidar los niños. Darles de comer.
Azútiatiñu	Dar látigo. Castigar.
Chamatiñu	Asir.
Chapikermatiñu -	
Chupikermatiñu	Trenzar el pelo.
Charukatiñu	Cortar.
Chichastiñu	Hablar, conversar (v. Ausetiñu).
Chihuertiñu	Escampar.
Chimiartiñu	Curar una herida.
Chingiatiñu	Clavar.
Churitiñu	Exprimir.
Chumatiñu	Nadar de espaldas (v. Yúki).
Chupiktiñu	Mojarse, remojarse.
Ejekeratiñu	Soltar las amarras de una embarcación.
Ekémakatiñu	Quemar.
Endústiñu	Adelantarse.
Ensáktiñu	Cargar a hombros.
Ensámakatiñu	Montar sobre un animal cualquiera.
Ensártiñu	Ponerse la ropa.
Eseytiñu	Morder.
Etzekatiñu	Calentar.
Etzenderatiñu	Hacer sol.
Etzé rktiñu	Entibiar, calentar un líquido.
Huahuastiñu	Abrir la boca.
Huahuétiñu	Brujear.
Huajastiñu	Esperar.
Huajatiñu	Enderesar, poner vertical.
Huajátakatiñu	Pisar (v. Najartiñu).
Huajémaye	Enviudar.
Huakátiñu	Subir.
Huakátsatiñu	Subir una cuesta. Tregar.
Huakératiñu	Desear, querer una cosa.
Huakimptiñu	Bostezar.
Huakinderatiñu	Cortar un árbol del lado que debe caer.
Huakítikatiñu	Regresar.
Huaknihuaktiñu	Soñar.
Huasakapsatiñu	Probar.
Huashimeratiñu	Hacer barbacoas para pescar.
Huasingatiñu	Acción de entretejer hojas en la cubierta de una casa.
Huayátiñu	Acción de entrar en casa.
Huetikatiñu	Defender.
Hueníkatiñu	Encontrar. Conocer. Ver.

Huenímastiñu	Dar, ofrecer chicha.
Huihándakatiñu	Derretirse una cosa, desleir.
Huinchumatiñu	Zambullir.
Huiñitiñu	Venir.
Huirítiñu	Ir a trabajar.
Huishikeratiñu	Reir, reirse.
Huitiñu	Ir. Irse.
Huómaktiñu	Apresurar, apresurarse.
Hundámeratiñu	Desarrollar, crecer.
Ichikeratiñu.	
Ichikarústiñu	Hacer cosquillas.
Ijámagatiño	Celebrar una fiesta.
Ijáamberatiñu	Celebrar fiestas de tzantzas.
Ijerámakatiñu	Ayunar.
Ijiámaratiñu	Lavar.
Ijiértiñu	Capar (v. Fieritiñu).
Ijiétmartiñu	Defecar.
Ijintiñu	Picar.
Ikenakatiñu	Llegar gente.
Ikiémakatiñu	Hacer prender fuego en la chacra.
Ikiépartiñu	Apagar el fuego.
Ikiéstiñu	Prestar.
Ikijimartiñu -	
Ikijimaratiñu -	
Ikijimarakatiñu	Lavarse las manos.
Ikikeratiñu	Hortigar.
Ikimaktiñu	Prender fuego. Encender luz (v. Kimuktiñu).
Ikinsatiñu	Colocar.
Ikiñuktiñu	Apagar la luz.
Ikuistiñu	Enterrar.
Imastiñu	Verse al espejo.
Imujatiñu	Adelantarse.
Inékmastiñu -	
Inékturstiñu	Mostrar, manifestar o exponer al cronista una cosa.
Inémestiñu	Sacarla la lengua. Mostrarla.
Ingástiñu	Dar lugar, retirarse.
Inguéktiñu	Guardar.
Inguétiñu	Pellizcar.
Inguistiño	Asir, coger.
Inguktiñu -	
Ingúnikatiñu	Encontrar.
Inindarustiñu	Preguntar. Pedir.
Inimatiñu	Traer.
Iningiatiñu	Terminar la construcción de una casa.
Iningtiñu	Terminar una cosa.

Iñertiñu -	
Iñémeratiñu	Ayudar a alguien en una cosa.
Insáktiñu	Cargar a cuestas.
Insámakatiñu	Vestirse.
Intiniuruchantiñu	Inclinarse, agacharse.
Iñestiñu	Avisar. Averiguar. Preguntar.
Iñárkatiñu	Cocinar.
Iñuuctiñu	Vomitarse.
Iñenganustiñu	Pasar la edad crítica la mujer, dejar de parir.
Iñukturstiñu	Mostrar el camino.
Iñuratiñu	Agujerear.
Ipiákmartiñu	Pintarse con achiote.
Ipiaytiñu	Convidar.
Ipiéstiñu	Porfiar. Suplicar.
Ipiétiñu	Usar.
Ipuínatiñu	Cerrar la puerta.
Irástiñu	Pasear.
Irsatiñu	Venir.
Irúmeratiñu	Juntar. Cosechar (v. Juktiñu).
Irúmaratiñu	Vivir. Existir.
Irúndatiñu	Reunirse. Acompañar.
Irúndurtiñu	Celebrar fiesta de tzantza.
Irútiñu-Injútiñu	Hacer visitas.
Isátiñu	Quemar.
Isétiñu	Morder.
Isétarustiñu	Chupar.
Isétiñu	Hacer buen tiempo. Escampar.
Ishamatiñu	Tener miedo.
Ishiéktiñu	Terminar una fiesta.
Isíkmartiñu	Cobijarse.
Isingmartiñu	Columpiar. Mecer.
Isingtiñu	Columpiar.
Istiñu	Ver. Gustar. Visitar.
Isúmakatiñu	Cargar a cuestas una criatura.
Itatiñu	Traer.
Itetuatiñu	Empollar (v. Itiktuaktiñu).
Itiératiñu	Desmontar.
Itiktuaktiñu	Empollar.
Itímatiñu	Concebir, hacerse preñada la hembra. Tener dolores de parto.
Ttinagatiñu	Pasarse una temporada en casa amiga.
Itíperatiñu	Ponerse el itipi.
Itzartiñu	Desgranar (v. Akártiñu).
Itzingatiñu	Huir, evitar algo malo o perjudicial.
Ivéramumeratiñu	Vestirse.
Ivérsatiñu	Enterrar.

Iviáратиñu	Componer.
Iviáktiñu	Vivir, tener vida.
Iyámaratiñu	Descansar.
Iyécatiñu	Vomitar (v. Iyúktiñu).
Iyúctiñu	Vomitar.
Jaákatiñu	Rasgar tela.
Jachitikatiñu	Estornudar.
Jakátiñu	Morir.
Jakeratiñu	Llevarse una cosa al río.
Jakiértiñu	Embarcarse.
Jansematiñu	Bailar.
Japartiñu	Defecar.
Japiktiñu	Pescar.
Japimekatiñu	(La e suena apenas) Barrer. Limpiar.
Jastiñu	Ser.
Jatiátiñu	Desatar.
Jatiktiñu	Cazar con perros, perseguir.
Jatumatiñu -	
Jatimiktiño	Enfermar. Contagiar una enfermedad.
Jaytiñu	Gritar.
Jeamtiñu	Construir, edificar.
Jeatiñu	Llegar, arribar.
Jiaktiñu	Reprender.
Jieritiñu	Castrar (v. Ijiértiñu).
Jiertiño	Sacar fuego de un pedernal.
Jihíntakatiñu	Entrar la luz por la rendija de la puerta.
Jindamatiñu	Construir, abrir camino.
Jinduratiñu	Enfermar (v. Jatámatiñu).
Jinguiátiñu	Amarrar.
Jiniktiñu - Jínikimi	Salir de casa.
Jinkánkatiñu	Enredar (Pimbiramatiñu).
Jinutiñu	Cazar con perros (v. Jatiktiñu).
Jiñartiñu	Mojarse.
Jiñatiñu	Morir.
Jirituatiñu	Traer leña.
Jirúmtiñu	Traer leña a espaldas.
Jobmuitiñu	Lavarse la cara.
Jupúptiñu - Juijúri	Secarse la tierra, el suelo.
Jujúrtiñu	Secar ropa.
Jukítiñu	Quitar. Sacar. Llevar (v. Jusatiñu).
Jurátiñu	Llevar.
Jurértiño	Parir. Poner huevo una ave.
Jusátiñu	Quitar. Llevar (v. Jukítiñu).
Kaákambue	Cacarear (v. Kakantiñu).
Kaáktiñu	Secar.

Kajéatiñu	Bramar, rugir.
Kajinamaktiñu.	
Kajinamatakatiñu	Olvidar.
Kakanitiñu	Cacarear. Grasnar (v. Kakamhuetiñu).
Kanártiñu	Dormir (v. Kanúteratiñu).
Kandekamatiñu	Cuajarse una cosa. Coagular.
Kanúteratiñu	Dormir (v. Kanártiñu).
Kanguékatíñu	Rodar.
Kantámastiño	Cantar (Tomada del español).
Kapáytiñu	Arder. Quemar.
Karamítiñu Cuajar	(v. Kasuaramatiño) Soñar.
Kasamakatiñu	Robar.
Kasuáramatiñu	Cuajar (v. Karamítiñu).
Katingtiñu	Pasar río.
Katzumagatiñu	Dar de golpes a una persona.
Kasúrkatiñu	Venir el humo a los ojos.
Kajúrtiñu	Hacer sudar el cuerpo con agua caliente.
Keéktiñu	Ardor.
Kimúktiño	Encender luz.
Kimuktiñu.	
Ikimuktiñu	Apagar.
Kojártiñu	Morder.
Kopínakatiñu	Quebrar. Romper.
Kuaktiñu	Hervir.
Kuandarúktiñu	Rozar (v. Kuahangatiño).
Kuartiñu.	
Kuatukatíñu	Roncar.
Kuértiñu	Frotar. Borrarr. Untar. Embarrar.
Kuéteratiñu	Dar de comer a los puercos.
Kujártiñu	Tragar.
Kundúkanaratiñu	Soñar en cacería.
Kúndusa. Hujústiñu	Entristecerse. Ponerse triste.
Kupinakatiñu	Quebrar.
Kurératiñu	Ensuciar. Ensuciarse.
Katamartíñu	Hilar. Moler caña (v. Paátamashiñu).
Llaluiértiñu	Echar la llave (voz tomada del español y que traigo aquí por mera curiosidad "Llaviamo" Está con llave.
Maákaktiñu	Pelear. Combatir (v. Mañutiñu - Mañumatiñu).
Matiñu	(Hispanismo?) Matar.
Mayugatiñu	Tapar. Cerrar. Alcanzar.
Maytiñu	Bañarse.
Majúratíñu	Flotar.
Manduatíñu	Mentir. Acción de ser arrebatado por el ihuanchi.
Mañutiñu	Combatir (v. Maákatiñu - Manumátiñu).
Masértiñu	Raspar. Roer ligeramente (v. Mekeratiñu).

Mátiñu	(del español?) Matar.
Mayétiñu	Respirar.
Mayaratiñu	Suspirar.
Majéatiñu	Heder.
Mejérstiñu	Oler.
Mekératiñu	Raspar (v. Masertiñu).
Menengtiñu	Perder.
Mengáратиñu	Chamuzcar.
Mesértiñu	Morir. Dañar. Lastimar, lastimarse con espina.
Metzácatiñu	Regar, derramar, derramarse una cosa.
Metzangarugtiñu	Derrumbar (v. Mikangatiñu).
Minékasetiñu	Cargar en los brazos una criatura.
Michátaratiñu	Enfriar.
Mimícatiñu	Podrirse una fruta.
Mañakatiñu	Abrazar.
Michiataratiñu	Enfriar, enfriarse.
Miñúgmumsatiñu	Cruzarse de brazos.
Misátiñu	Fermentar.
Mitzángatiñu	Derrumbar (v. Metzangaruktiñu).
Mitzeytiñu.	
Mitzekeratiñu	Soñarse muerto.
Muegratiñu	Rascar, rascarse.
Mukúmatiñu	Fumar. Chupar.
Mushúkatiñu	Absorver un líquido por la nariz. Oler.
Nakuátiñu	Mascar.
Najantiñu	Hacer.
Najártiñu	Pisar (Huajakakatiñu).
Najániptiñu	Quejarse.
Najanatiñu	Hacer. Construir. Fabricar.
Najématiñu	Doler.
Najuástiñu	Ajarse la palma de la mano, a fuerza de trabajo.
Nakástiñu	Esperar.
Nakuiktiñu	Abrir la mano.
Nakúrstiñu	Fugar.
Nanámpitiñu	Volar.
Nandáktiñu	Levantarse. Resucitar.
Nandayktiñu	Despertar una persona a otra.
Namértiñu	Hacer bien una cosa. Amasar barro.
Nangaykatiñu	Llevarse el río una cosa.
Nangámastiñu	Pasar. Exceder.
Nanguínatiñu	Tirar. Arrojar.
Nantáktiñu	Levantarse.
Nantúkertiñu -	
Natúkeratiñu	Arreglar.
Narúrtiñu	Quemarse.

Nekamartiñu	Contar.
Nekaptiñu	Medir.
Neriptiñu	Dar fruto un árbol.
Nijaátiñu - Nijiátiñu	Lavar ropa. Echar barbasco para la pesca.
Nijéramartiñu -	
Nijértiñu	Cohabiar. Hacer vida marital los casados.
Nijiákatiñu	Fregar.
Nijíngatiñu	Acabar de tejer un itipi.
Nijíngatiñu	Machacar barbasco.
Nikáparuktiñu	Mostrar.
Nikáperumaktiñ	La acción de percibir algo por medio del tacto.
Nikátiñu	Saber. Creer.
Nikingtiñu	Moler. Machacar.
Ninátiñu	Apretar (v. shitatiñu).
Niúkturstiñu	Enseñar.
Nuátakatiñu	Casarse (v. Ayésatiñu).
Nuiméteratiñu	Enseñar (v. Niúkturstiñu) Aprender.
Nujúmasatiñu	Cargar a cuestras una criatura (v. Puímasetiñu).
Nujúngaratiñu	Crecer el río.
Nukartiñu	Lamer.
Nukúrktiñu	Techar un edificio. Poner la hoja.
Nungurtiñu	Ponerse gargantillas.
Nuníngtiñu	Pasar el puente.
Nupuíktiñu	Vencer.
Paátamastiñu	(La primera t entre d y t) Moler caña.
Pachíktiñu -	
Pachímikatiñu	Contar cuentos. Referir.
Pasungaruktiñu	Hacer nido el ave.
Pakaktiñu	Pelar.
Patachamastiñu	Acción de descansar los pies en el patachi.
Patámastiñu	Pasar las aves.
Patástiñu -	
Patátakatiñu	La acción de dar adehala sobre el precio convenido.
Patúktiñu	Vender.
Patúратиñu	Hacer muros de piedra.
Paymakatiñu	Cocinar.
Peártiñu - Peatiñu	Sacudir. Vestirse la mujer.
Pengátiñu	Asar carne al fuego.
Petsáktiñu	Nacer un animal irracional.
Piéktiñu	Llenar.
Pimbiertiñu	Arrollar tabaco en andullos.
Pimbiktiñu	Cansarse.
Piñukamartiñu	Naufragar. Irse a pique la embarcación.
Pasártiñu	Huir, fugar.
Pokímatiñu	Enconar, enconarse.

Pombartiñu	Aumentar.
Puáратиñu	Desangrar.
Puímasetiñu	Poner un niño sobre los hombros. (v. Nujúmasitiñu).
Pujúkamatiñu	Acción de gotear la leche del pecho.
Pujuktiñu	Cerrar (Ji-pujukahé = ciego).
Pukúkatiñu	Acción de tumbar árboles el viento.
Pujustiñu	Sentarse.
Pumbiertiñu	Arrollar hilo.
Pusústiñu	Cerrar los ojos.
Saartiñu	Recobrar la salud.
Sahuártiñu	Amanecer.
Sahuétiñu	Envenenar.
Sakáramastiñu	Perdonar.
Sakártiñu	Crece, desarrollar un niño. Borrar.
Sakúsamatiñu	Enlodar, enlodarse.
Sangámagatiñu	Dar. Prestar. Dar posada.
Sangámatiñu	Consentir. Condescender.
Sangantiñu	Patear.
Sapaytiñu	Acción de crecer las plantas.
Sapíjimatíñu -	
Sapímeratiñu	Tener miedo.
Sartiñu	Curar. Aliviar. Disminuir la enfermedad.
Satzámatiñu	Cernir.
Seártiñu	Sudar.
Shiktiñu	Soñarse.
Shindartiñu	Recordar. Traer a la memoria una cosa. Despertarse.
Shinguiétiñu	Ir.
Shaymúkatiñu	Ladear el perro. Cantar el gallo.
Shinukámu	Enojarse. Hablar recio.
Shitátiñu	Empujar. Apretar. (v. Ushtúkatiñu).
Siématiñu	Aullar el perro.
Sikángtiñu	Correr. Brincar.
Sisértiñu	Florece (Sisa = flor).
Sitzémartiñu	Temblar de frío.
Suamératiñu	Curar a una mujer en cinta rociándole las espaldas con agua caliente.
Sucatiñu	Dar. Entregar.
Suhuastiñu	Negociar. Comerciar.
Suhuétiñu	Calentar comida guardada.
Sukáiktiñu	Llegar tarde a casa con hambre.
Sukámatiñu -	
Sukuáktiñu	Tener hambre.
Sumáktiñu -	
Sumáramaktiñu	Comprar.
Supinaktiñu -	
Supíktiñu	Cortar.

Surimatiñu	Mezquinar. Escatimar.
Suringdatiñu	Cortar. Quitar.
Surintiñu	Arrancar.
Suritiñu	Dar.
Surúktiño	Vender.
Surústiñu - Susatiñu	Entregar.
Tahuartiñu	Cavar.
Taitiñu	Cavar barbasco. Sacar niguas.
Takamatiñu -	
Takamatziñu	Callar, callarse.
Takástiñu	Trabajar. Tocar. Palpar.
Takúktiñu -	
Takustiño	Llevar una cosa consigo.
Tamarustiñu	Dormir con el brazo bajo la cabeza.
Tandátiñu	Regresar.
Tangumatiñu	Criar hijo ajenos.
Tapiktiñu	Indigestar, indigestarse.
Tartiñu	Faltar.
Tarítiñu	Encontrar.
Taruátiñu	Salir del monte un animal.
Taruástiñu	No salir del monte un animal.
Tarúmaguitiñu	Cruzar un camino.
Tatástiñu	Regresar, volver presto.
Taurtiñu	Cavar.
Tejástiñu	Emplear.
Temashimartiñu	Peinarse.
Temashtiñu	Peinarse.
Tenmáktiñu	Atajar un río. Estorbar.
Tepuéstiñu	Acostarse.
Tikétiñu	Latir el pulso. Dormir bocabajo.
Tikishatiñu -	
Tikishmaratiñu	Arrodillarse.
Tikishshamashtiñu	Resar de rodillas. Orar (voz usada por jívaro cristiano).
Tiktiktiñu -	
Tiktuktiñu	Tapar. Cubrir.
Tinvatiñu - Titiñu	Decir.
Tindinderatiñu -	
Tindiératiñu	Tejer nido.
Tinguématiñu	Prenderse el tarachi con aguja.
Tipuístiñu	Echarse. Acostarse.
Tukuúktiñu	Horadar las orejas. Apuntar con la escopeta.
Túmakatiñu	Dar una vuelta por el monte.
Tunduyatiñu	Tocar el tunduy.
Tuñurkatiñu	Acto de florecer el maíz.

Tupikaktiñu -	
Tupikakúmi	Correr.
Tupiéktiñu -	
Tupúktiñu	Correr.
Turímatiñu	Tirar. Pusilar.
Tutinaguatiñu	Estorbar.
Tzuartiñu	Curar.
Tzekíndiñu	Correr.
Uchiperatiñu	Refrescar.
Ugmatiñu	Esconder.
Uchuartiñu	Beber.
Uchmirtiñu	Desplumar.
Ujáktiñu	Avisar.
Ujájamatiñu	Cantar el coro de mujeres en las fiestas.
Ujuártiñu	Caer. Venir un cuerpo de arriba a abajo, llevado o arrastrado de su propio peso.
Ujujimastiñu	Silbar.
Ujúkatiñu	Toser.
Ujúktiñu	Esconder.
Ujumatiñu	Silbar.
Ujúndatiñu	Acción de dar maíz a las gallinas.
Ujuratiñu	Secar ropa.
Ukataratiñu	Trastornar.
Ukaytiñu	Sacar agua. Volcar la canoa.
Ukuáytiñu	Servir comida o nijamanchi.
Ukinakatiñu	Quitar. Sacar.
Ukueteratiñu	Derramar.
Ukuéktiñu	Nadar.
Ukunahuiñitiñu	Atrasarse.
Ukuyetiñu	Atajar.
Umartiñu	Beber.
Umbartiñu	Tocar un instrumento.
Umbruntiñu.	
Unbuetiñu.	
Umbundutiñu.	Acción de soplar, de zumbar el viento.
Umbumakatiñu.	
Umbúndakatiñu.	Poner lavativas.
Umiktiñu	Cumplir una promesa. Obedecer.
Unímeratiñu	Enseñar. Aprender. Saber. Imitar.
Unsuktiñu	Llamar.
Uráktinnu	Destapar.
Ureytiñu	Abrir la puerta.
Urcatiñu	Sacudir. Temblar la tierra.
Urkaje	Temblar.
Usheteratiñu	Aflojar.

Ushikartiñu	Reir.
Ushúkatiñu	Empujar (v. Shitatiñu).
Ustukeratiñu	Atrancar. Sostener. Empujar.
Usukarustiñu	Despedirse entre mayores.
Usúksatiñu	Despedir a los niños.
Usuktiñu	Escupir.
Usumatiñu	Pintarse, afeitarse.
Utiño	Llorar. Bramar.
Utitiñu	Traer.
Utzamberatiñu	Sembrar maíz (v. Utzartiñu).
Utzanduatiñu	Convidar a una fiesta.
Utzánagatiñu	Destruir.
Utzártiñu	Sembrar maíz.
Utzúkatiñu	Atizar el fuego.
Utúmtiñu	Traer leña.
Uyurtiñu	Hacer cerbatanas.
Yagartiñu	Medir.
Yahuératiñu	Hojea un libro (Aunque al jívaro es extraño el libro, pero tiende a poner nombre a lo que ve).
Yahuiyatiñu	Echar la llave a la puerta.
Yahúiteratiñu	Padecer.
Yajútamaratiñu.	
Yajútamertiñu.	
Yajútamastiñu	Engendrar.
Yakaktiñu	Limpiar la chacra con machete. (Aunque el machete es tan extraño para el jívaro, que apenas puede manejarlo).
Yakártiñu	Frotar.
Yangúратиñu	Acto de brotar flor la planta. (Yangura, rosa y en general cualquier flor).
Yapiájatiñu	Cambiar. Vengar.
Yapartiñu	Abrir los brazos. Extender una tela.
Yaruhúkatiñu	Robar.
Yarustiñu	Torcer.
Yenúkatiñu	Cargar al hombro.
Yertiñu	Caer, caerse.
Yuhátiñu	Comer.
Yujútamartiñu	Engendrar (v. Yujútamaratiñu).
Yujúma	Estar.
Yuki-chumatiñu	Nadar de espaldas.
Yukuaktiñu	Nadar.
Yukumitiñu	Lavarse la boca.
Yukarustiñu	Guardarse de las aguas con hojas a modo de paraguas.
Yuminsatiñu	Estar agradecido.
Yumirkatiñu	Llover.
Yunguatiñu	Envolver en hojas una cosa para asarla.
Yunúmeratiñu	Agacharse.

Yurúmasetiñu	Comer carne.
Yurumatiñu	Comer (yuruma = comida).
Yutúktiñu	Llover.
Yuturtiñu	Aplastar.
Yutúратиñu	Atajar por el monte.
Zantiñu	Hacer anzuelos.
Zukápsatiñu	Colgar del hombro.

Conjugación del verbo jívaro

En la lengua jívara hay una sola conjugación, cuya terminación acaba en iñu, como atiñu, amar; jastiñu, ser.

En esta conjugación la raíz es invariable, y la terminación, varía según el modelo siguiente:

Presente de indicativo

Yo trabajo el camino	Hui jinda takás-jai (la a de jai entre a y e).
Tu trabajas	Amue jinda takás-maka.
El trabaja el ...	Nisha jinda takás-ma.
Nosotros trabajamos	Ashí irúndura jinda takas-jei.
Vosotros trabajáis	Atumi jinda takás-maka.
Ellos trabajan	Ashi jinda takás-una.

Imperfecto de indicativo

Yo trabajaba el camino	Hui jinda takas-uma.
Tu trabajas	Amue jinda takas-umasa.
El trabajaba el camino	Nisha jinda takas-uma.
Nosotros trabajábamos	Ashí irúndurajinda takas-uma.
Vosotros trabajáis	Atumi jinda takas-umasa.
Ellos trabajaban	Ashi jinda takas-uma.

Futuro de indicativo

Yo trabajaré el camino	Hui jinda takas-tajay.
Tu trabajarás	Amue jinda takas-ta.
El trabajará	Nisha jinda takas-ti.
Nosotros trabajaremos	Ashi irúndura jinda takas-mi.
Vosotros trabajaréis	Atumi jinda takas-tarum.
Ellos trabajarán...	Ashi jindatakas-ti.

Pretérito perfecto

Yo trabajaré el camino	Hui jinda takas-ma.
Tu trabajaste	Amue jinda takás-maka.

El trabajó	Nisha jinda takas-ti.
Nosotros trabajamos	Ashi irúndura jidna takas-mi.
Vosotros trabajasteis	Atúmi jinda takas-maka.
Ellos trabajaron	Ashi jinda takas-ey.

Imperativo

Trabaja el camino	Jinda takas-ta.
Trabaje	Jinda takas-ti.
Trabajad	Jinda takás-tarum.
Trabajen	Jinda takas-ti.

Presente de subjuntivo

Yo trabaje el camino	Hui jinda takas-ti.
Tu trabajes	Amue jinda takas-ti.
El trabaje	Nisha jinda takas-ti.
Nosotros trabajemos	Ashipirúndura jinda takas-ti.
Vosotros trabajéis	Atúmi jinda takas-tarum.
Ellos trabajen	Ashi jinda takas-ti.

Imperfecto de subjuntivo (La 1a. y 3a forma)

Yo trabajara (se) el camino	Hui jinda takas-tiñu.
Tu trabajaras (ses)	Amue jinda takas-maka.
El trabajara (se)	Nisha jinda takas-máasa.
Nosotros trabajáramos (semos)	Ashi irúndura jinda takas-matiñu.
Vosotros trabajarais (seis)	Atumi jinda takas-maásaka.
Ellos trabajaran (ses) etc.	Ashi jinda takas-maásaka.

Imperfecto de subjuntivo (2a. forma)

Yo trabajaría el camino	Hui jinda takas-tiñu.
Tu trabajarías	Amue jinda takás-maka.
El trabajaría	Hisha jinda takas-ti.
Nosotros trabajaríamos	Ashi irúndura jinda takás-tiñu.
Vosotros trabajaríais	Atumi jinda takas-tarum.
Ellos trabajarían	Ashi jinda takas-tiñu.

Futuro hipotético

Si yo trabajare el camino	Hui jinda takae-chuasa.
Si tu trabajares	Amue jinda takas-chamúsha.
Si el trabajare	Nisha jinda takas-chuasa.
Si nosotros trabajáremos	Ashi irándura jinda takas-chuasa.

Si vosotros trabajareis
Si ellos trabajaren

Atumi jinda takas-chamuása.
Ashi jinda takas-chuasa.

Participio imperfecto. Trabajado

Gerundio Trabajando.

Negativo Yo no trabajo el camino.

P. S. Los demás tiempos que hubiera no se encuentran todavía Irúndura quiere decir (Todos reunidos). Añaden los jívaros al pronombre ashi, nosotros.

Alfabeto jívaro

A. B. CH. D. E. E. G. H. I. J. K. LL. M. N. O. P. R. S. SH. T. TZ. U. Y. Z.

La A. muy empleada.

La B. nunca al principio de una voz.

La CH. muy empleada.

La D. nunca al principio de una voz.

La E. É. larga, muy empleadas.

La F. no existe ni pueden pronunciar.

La H. I. J. muy empleadas.

La K. muy empleada.

La L. no existe ni pueden pronunciar.

La Ll. suena como la j francesa y es poco empleada.

La M. se pronuncia breve.

La N. muy empleada.

La O. poco empleada mas bien la U.

La G. no existe.

La R. dulce como en París.

La SH. menos fuerte que la TZ.

La T. muy empleada.

La TZ. muy empleada.

La U. como "U" en inglés, eu.

La U. también como U francés y alemán.

La V. no existe ni pueden pronunciar.

La X. no existe ni pueden pronunciar.

Números cardinales

1 = Chíkichíki.

2 = Jímera.

3 = Menendín.

4 = Sindiúke-aíndiuke.

5 = Huejaámuká.

6 = Pocos son los jívaros que conocen con nombre propio este número, y menos aún en tratándose del 7 y el 8. Desde el número 7 ya indican con la voz untzuri, que significa muchos, a la vez que muestran el número respectivo con los dedos de las manos. Para el 10 muestran los puños cerrados de ambas manos. Más de 10 hasta 19, los pies y el número respectivo en las manos. Para el número 20 muestran los puños cerrados y los pies. Cuando es más de 20, muestran los puños y los pies, más una serie de golpes entre sí de las manos cerradas, serie que se prolonga tanto más cuanto mayor es la cifra que quieren indicar, ayudándose para las cifras mayores con movimientos del cuerpo y sonidos de la boca, lo que dá a entender lo indefinido de la cifra.

Cuando quieren dar a entender que han comprado una cosa en algo que equivale a 20, entonces dicen: "Nahui untzuri-sumajéy" = Esto he comprado en un número igual a manos y pies (Náhui = pie. Untzuri = bastante. Sumajéy = compro).

Partes del cuerpo humano

CHINGÚNI	Codo.
HUÉNO	(La o entre u y o) = Boca.
INÉY IÑÁJE	Lengua.
JÍ	Ojo.
KANGÁJE	Pantorilla.
KANGÓHUI	Muñeca.
KIÚSHI	Oreja.
KÚNDU	Brazo.
KUNDÚJE	Cuello.
MÁKU	(La u entre u y o) = Pierna. Muslo.
MANDÁHUE	Dedo grande.
MANDÁRA	Encía (v. Puía).
MISHA	Mejilla.
MÚKA. MUKÁRA	Cabeza.
MUKA-MUKAKAHE	Calva.
NÁHUE	Pié.
TUNDUPE	Espalda.
TUNGUERA	Espinazo.
NANCHÍKI	Uña.
NAKIMI-HUENO	Labios (boca).
NAY	(La a entre a y e) = Diente.
NIJÉYE	Frente.
NITZÍPE	Pecho.
NÚJI	Nariz.
NUNGÁYMI-	
HUÉNO	Labio inferior.
PUÍA	Encía.
SÚE	Gargante (Collar, gargantilla).
TANDÁNGA	Músculo del brazo.

TANGUÍRA.	
TANGUÉRA	Espalda (v. Nakása).
TIKÍSHI	Rodilla.
TUNDUKE	Espinazo.
TURÚJE	Tobillo.
UCHÍCHI-UBUÉJE	Dedo pequeño.
UHUÉJE	Mano.
UHUÉJE-ISÁRAMA	La mano abierta.
SHUNSHÚU	Tripa.
SUÁCHI	Pulmón.
SIÚ	Cuello, pescuezo.
SÚSU	Barba.
TANIBAKÁRA.	
TANIBIKAJE.	
BUEKAJE	Ceja.
UNDÚCHE	Omblico.
UNAY	Muela.
UNSÚRA	Mano derecha.
URAJI. URANGINKI	Pestaña.
URÁNGTA	Pubis.
URIPUMI	Bigote.
USÚKA	Saliva.
YAKÁY	Hombro.
YAKÍNI	Labio superior.
YANDÁJE	Cadera.

Nombres de parentesco

AHUARU. ARUERU	Yerno (v. Satzártuma).
AHUÍTO	Sobrino.
AISHIRÚ	Marido.
APACHÍRU	Abuelo.
APÁRU	Padre.
HUÉRU	Suegro.
HUMÁRU	Hermano. Hermana (Entre varón y hembra).
UCHI	Tío. Tío político.
UCHÍRU	Tío.
KÁYMI	Tía.
KÁYRU	Hermana entre mujeres.
NAHUÁRDURU	Hija.
NUKÚA.	
NUKUÁCHU.	
NUKÚRU	Madre.
NUKÚCHIRU	Abuela.
SATZARTUMA	Yerno (v. Ahuáru-ahuéru).

SEKMÁ. SÉYRU	Cuñado.
URÁNGUIRU	Nieto. Nieta.
URÁNGUI	Nieto.
ÚCHI	Hijo.
UCHÍMARU	Sobrino.
YATZÚRU	Hermano.

Locuciones, frases, etc

Ahuaru	Atras de uno (v. Insakáhe).
Atu-usúktata	Escupe atrás.
Atu-usúke	Escupe a un lado.
Atzúma	No tengo. No hay.
Atzúnama	Muy lejos.
Ekémtzata	Retírate.
Etza-akáyguimi	Antes de ponerse el sol.
Etza-huakáma	A la salida del sol.
Etza-jeáhuay	A las tres de la tarde.
Etza-jeána	Al ponerse el sol.
Etza-pukúnday	(la a entre a y e) Al voltear el sol de medio día.
Etza-tutúpiñu	A medio día.
Huakéray	Quieres?
Huare	Que háy?
Huari	Qué cosa? Corre. Véte. Vuela.
Huarimba	Cuándo?
Huari-huakérema	Qué quieres?
Huéa-huekátaje	Me voy.
Huíka-huíki	Yo solo.
Huiñahe	Vengo.
Huiñita	Entre Ud.
Huiñi-huiñita	Ven presto.
Huomuk	En breve.
Insakáhe Itiúkatiñuki	Para qué?
Itiúra. Itiúrsa	Por qué? Cómo?
Itiúrkatum	Para qué necesitas?
Jaátzuy	Bien está.
Jimer-chik-nara	Hace dos días.
Kashiñi-huayatay	Mañana entraré.
Kitámajay	Tengo sed.
Matzama	Está allí.
Naquitay	No deseo, gracias, no quiero.
Nanto-takay	El acto de levantarse la luna por el oriente o dejarse ver.
Ningüi-ismáe	Se vió solo.
Nijamanchi surusta	Dame nijamanchi.
Muása	Por esto, por eso.

Nuchéshi	Así será, puede ser.
Nujinama	Poco más arriba.
Nuki	Lo mismo. Así es la verdad.
Páhe	Esta bien, muy bien.
Payumarta	Toma. Bebe.
Píngara	Está exquisito, está lindo.
Puikundahék?	Es medio día.
Pinjüi-umbarta	Toca el pingullo.
Shuara	En jívaro.
Tijúki; tijúchi	Muy cerca.
Tutupiñu-huéay	Vamos derecho.
Uitay	Vamonos.
Urutáma	Cuánto?
Urutay	Cuando?
Utúpujahua	Estoy llorando.
Yajá-núnga	País extranjero.
Yána	¿Quién? ¿De quién?
Yahuara-naínda	El cerro del tigre.
Yan-huayamá	Ayer entré.
Yukiekitáhue	Por encima, por sobre de.
Yuki-chumatiñu	Nadar de espaldas.
Ya	Que cosa? Cómo se llama.
Kashini-kashi	
(o kashi-ki)	Mañana demañana.
Pándama-tundukahe	Plátano bien maduro.

Adverbios

Uruma	Ahora.
Yajá	Lejos.
Yamáy	Hoy.
Yáu	Ayer.
Yahúncha	Antiguamente.
Yeyta Yeytamasa	Despacio.